

A l b e r t o C a b e r o

1872-1955 chileno.

Chile y los chilenos

Conferencias dictadas en la Extensión cultural de Antofagasta durante los Años 1924 y 1925.



E d i t o r i a l N a s c i m e n t o
S a n t i a g o — C h i l e — 1 9 2 6

*Impreso en los talleres de
la Editorial Nascimento
Arturo Prat 1430
Santiago de Chile.—1926*

ANTOFAGASTA 23 DE MARZO DE 1926.

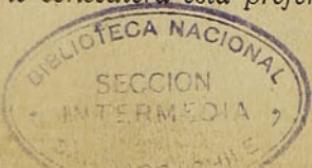
SEÑOR DON ALBERTO CABERO.—PRESENTE.

Distinguido señor:

El público de Antofagasta, que acude semanalmente a escuchar nuestras sesiones de carácter cultural, ha podido apreciar, en su justo valor, el gran mérito de las conferencias dadas por Ud. sobre el Alma Chilena, conferencias que, en conjunto, constituyen un estudio lleno de erudición, minucioso, ecuánime y de fina observación, relativo a los rasgos morales, físicos e intelectuales que caracterizan a nuestra raza, que adolece de muchos defectos, tal vez, pero que posee también magníficas cualidades que le distinguen, en gran manera, de los demás pueblos de la América.

Por todos conceptos, esta Extensión Cultural cree que su valioso trabajo debe darse a la publicidad en forma de libro, a fin de que todos los chilenos lo conozcan y puedan mediante él, ver y analizar su propio yo, y también lo conozcan los extranjeros, principalmente aquellos de escasa penetración que, en muchas ocasiones, sin comprender el alma del chileno, sólo saben ponderar sus vicios y olvidar sus bondades.

De aquí, pues, distinguido señor, que nos atrevemos a rogarle quiera concedernos el honor y la satisfacción de proporcionarnos su interesante trabajo, ya mencionado, para hacerlo publicar en un volumen que esté al alcance de todos. Antofagasta vería con agrado que Ud., indirectamente, le concediera esta preferencia y tam-



bien esta Extensión Cultural que tantas veces se ha visto honrada con su valioso concurso intelectual.

Esperamos, pues, que Ud. tendrá a bien acceder a esta petición que aquí nos permitimos formularle y, mientras tanto, aprovechamos esta nueva oportunidad para ofrecernos de Ud.

Muy attos. y SS. SS.—

C. RAMÍREZ N.
Secretario.

NÉSTOR DEL FIERRO,
Presidente.

ANTOFAGASTA, 6 DE ABRIL DE 1926.

SEÑORES NÉSTOR DEL FIERRO Y C. RAMÍREZ.—PRESENTE.

Estimados amigos:

Recibí la carta en que Uds., en representación de la Extensión Cultural de Antofagasta, me piden los borradores de las conferencias que he dado para publicarlas.

La apreciación que Uds. hacen de ellas es excesivamente benévolas; la tacho desde luego de parcial por la amistad y el compañerismo en la común labor que nos une.

No creo que ellas merezcan publicarse. Son sólo una vulgarización de conocimientos muy extendidos con algunos juicios personales que no tienen otro valor que ser sinceros.

Las conferencias que he dado no tienen mérito literario ni científico alguno: no soy escritor y no he tenido tiempo de leer. Eso sí, han sido sanos los propósitos que me guiaron al dictarlas y creo haber hablado con honradez.

Les acompañó también, porque completan la obra, las conferencias que dicté en Agosto de 1924, en el Instituto Comercial sobre la evolución económica del país y las que he dado, por no alterar la neutralidad de la institución que Uds. dirigen, en el Centro de Propaganda Radical sobre la evolución política.

Falta aún la parte última de estas conferencias: el momento histórico. Si la salud y el tiempo me lo permiten, desarrollaré más tarde este tema en las conferencias de la Extensión Cultural.



Repite: no creo que las conferencias que he dado merezcan la molestia y el gasto de una publicación; más como Uds. creen útil difundir lo dicho en ellas, no he podido oponerme a sus deseos.

Con muchas consideraciones de respeto y cariño, queda a sus órdenes S.S. y amigo.

A. CABERO.

PROEMIO

El alma colectiva

ESPIRITUALISMO.—DIFICULTADES PARA LA INVESTIGACIÓN DEL ALMA COLECTIVA.—ALMA DE LA RAZA.—EN QUÉ CONSISTE.—FORMACIÓN DE LAS RAZAS.—HERENCIA.—CUALIDADES ADQUIRIDAS.—SELECCIÓN SOCIAL.—MEDIO FÍSICO Y PSICO-SOCIAL.—VARIABILIDAD DE LA RAZA.—CARACTERÍSTICAS DE LA RAZA SUPERIOR.—EL ARTE EN EL ALMA DE LA RAZA.—BOSQUEJO DE DIFERENCIAS PSICOLÓGICAS DE LA RAZA INGLESA, NORTE AMERICANA, ALEMANA Y FRANCESA.—DEBER DE CONOCER NUESTRA RAZA.

Dar estas conferencias que la Extensión Cultural de Antofagasta ha propiciado es un amable deber.

Lo que somos y poseemos, además de nuestro esfuerzo, se lo debemos a la sociedad en que vivimos; devolver, pues, en parte estos bienes es pagar una deuda. Nos resistimos a devolver las riquezas materiales, porque al darlas las perdemos para siempre; no acontece lo mismo con los conocimientos que nuestra corta inteligencia y larga experiencia ha recogido en el continuo bregar, porque estos bienes pueden participarse sin perderlos: antes, al contrario, en vez de disminuir, este caudal acrece, pues el valor y prestigio de la verdad aumenta con la posesión en común y con su propagación.

Por esto, decía que éste es un deber grato que cumpliré sin tener la pretensión de hacer obra literaria, científica ni siquiera original, sino hacer obra útil.

No he tenido tiempo para profundizar las materias que voy a tratar en estas conferencias: la lucha por el pan ha absorbido mi tiempo y mi pensamiento.

Los pocos conocimientos que he adquirido en mis lecturas hechas al azar, sin método ni plan; en los libros que he encontrado al acaso, entre dos clases, dos informes o dos consultas, en el descanso obligado de los viajes, y las reflexiones que han venido a mi mente de improviso al correr de una vida presurosa y activa, los expondré en estas conferencias; de modo que no sería raro encontrar en ellas observaciones que puedan parecer pueriles e ideas ajena que se me han grabado en la mente por haberlas bebido a pequeños sorbos, con la fruición del sediento que pocas veces tiene a su alcance la copa cincelada por magno artífice, plena del agua pura de la verdad y que se llama el buen libro.

Trataré de dar una idea somera del alma chilena. Este será el objeto de mis conferencias.

Dejo a los psicólogos de verdad que profundicen este tema asaz interesante y que requiere mayor suma de conocimientos de los que poseo.

Espiritu- Me ha seducido para elegir este tema la nece-
lismo sidad en este momento histórico de que la vida material se subordine a la del espíritu; espiritualidad de la conciencia nacional que piden las inteligencias más elevadas, los corazones mejor puestos del país.

Hay un vigoroso renacimiento espiritual en la literatura, en la filosofía y en la política. En el orden estético, este renacimiento se manifiesta con el paso del parnasianismo al simbolismo; en el orden filosófico, con el predominio de la filosofía de Bergson sobre el mecanicismo, asociacionismo y determinismo. La sociología biológica tuvo éxito, cuando estaban en boga las ideas materialistas; va en derrota al mismo tiempo que envejece la filosofía en que se inspiraba.

La ciencia de la sociedad es muy distinta de la del organismo: en ésta no hay nada que se parezca a la libertad y espontanei-

dad de la conciencia: impone en ella la pura causalidad; en la ciencia social, por el contrario, domina la finalidad.

Este retroceso del materialismo es una reacción producida por el hastío de los placeres, por el ahitamiento del goce, por el estado de dolor del alma colectiva moderna, dolor que llegó al paroxismo durante la última gran guerra y que es la consecuencia lógica de todo refinamiento inmoderado de la civilización, de todo exceso de utilitarismo y del rudo choque de fuerzas colectivas, producido por la oposición de ideas que mueven sentimientos contradictorios.

Por esto, el pensamiento trata hoy de ausentarse del presente, refugiándose en los recuerdos amables del pasado y en las esperanzas risueñas del porvenir.

En la vida espiritual está la única grandeza de los pueblos, la que sobrevive a ellos mismos. Las riquezas materiales, la actividad comercial, la industria rebozante, no bastan para hacer la ventura de los hombres: necesita también vida intelectual; exige el reinado de la paz y la justicia y requiere un arte y una religión adaptadas estrechamente al mundo presente para que la ciencia y la actividad utilitarista no destruyan todo ensueño, sin el cual la felicidad es una quimera.

Un solo verso hermoso, dijo Anatole France, ha hecho más bien al mundo que todas las obras maestras de la metalúrgica.

En nuestro país lo hemos visto. El pobre y atrasado Chile del siglo pasado fué más venturoso que el Chile de hoy, más civilizado, industrioso y rico.

Nuestro pueblo, que era de natural apacible, sufrido, resignado, sin haber soportado las consecuencias inmediatas de la guerra, sin haberse agravado su situación anterior, se ha vuelto sombrío y taciturno; su dolor, podría decirse, que es casi intelectual, que es la obra del conocimiento de supuestos placeres materiales de que disfrutan las clases ricas y que envidia, que es el resultado de haber abierto los ojos y haber visto sorprendido su propia vida misérrima que antes la fe religiosa y su ignorancia la hacían pasable y hasta grata.

La actual conferencia, que será sólo la introducción de la serie, tiene por objeto dar una idea somera de lo que es el alma colectiva de un pueblo.

Dificultades para investigación del alma colectiva

Para inquirir y diseñar el alma de una raza, hay dificultades insuperables.

Es difícil conocer el alma individual, oculta muchas veces bajo una máscara física distinta; más lo es aún conocer el alma de una multitud, llámese asamblea, muchedumbre, pueblo y que depende de una complejidad de causas biológicas, sociales y físicas. Biológicas, según el sexo, edad, normalidad, delincuencia o deformación; físicas: temperatura, suelo, humedad; sociales: sugerencias, miseria, ideas nuevas, cultura, renacimiento o declinación de una civilización, densidad de la población, imitación o contraste.

¿Quién podría decirme, por ejemplo, cuál es la impresión dominante en este momento, cuál es el pensamiento jefe, cómo obraría esta asamblea en circunstancias determinadas? Cuánto más difícil será conocer el alma colectiva de un pueblo que, si tiene una conciencia y una voluntad propia, ella no reside en un cerebro colectivo sino en la totalidad de los cerebros individuales; no tiene existencia distinta de los espíritus de los miembros separados de la comunidad; pero tampoco puede juzgarse por el examen de ellos, porque cuando muchos espíritus individuales llegan a estar en contacto, se forman nuevos y complejos procesos y el alma colectiva no es la suma de ellos, sino la resultante de la dependencia recíproca que unos ejercen sobre otros.

Además, en un país varía de una región a otra, en diversos momentos de su historia y por las psicologías de clases sociales, gremios, profesiones, sexo, etc.

Los caracteres nacionales, en realidad, escapan a un análisis científico: podría decirse que mejor se siente la armonía suprema que existe en el fondo del alma de una raza que se conoce lo que es en realidad el alma de ese ser múltiple que reúne innumerables variedades de individuos con infinitos matices.

Entra también entre las dificultades la psicología del que juzga. Es imposible que el cristal con que se mira no colore la raza que se estudia. Así, el puritano estricto hallará sólo perversión en la sociedad en que el mundano vividor encontrará sólo fastidiosas virtudes.

Los latinos, especialmente españoles e hispano-americanos, que tienen la tendencia a denigrarse, juzgan con mayor seve-

ridad su raza que los anglo-sajones, que tienen la tendencia contraria.

Bartrina ha expresado esta observación psicológica en la estrofa siguiente:

Oyendo hablar a un hombre, fácil es
acertar donde vió la luz del sol:
si os alaba a Inglaterra, es un inglés;
si os habla mal de Prusia, es un francés,
y si os habla mal de España, es español.

Entre nosotros, el criterio tradicional severo sobre las relaciones sexuales de la mujer ha hecho que los literatos hayan juzgado con demasiada severidad a un grupo de damas que trajeron de Europa las costumbres libres y ligeras de la gran vida mundana; y lo que es más grave que, como éstas brillaban por su juventud, belleza y fortuna, hayan generalizado su crítica con ligereza a la mujer chilena en general, cuando en realidad nuestras mujeres son recatadas y honestas.

La civilización de una época no se extiende igualmente en un país y en un momento determinado a todas las clases sociales. Hay una verdadera inferioridad en las clases pobres donde la educación no se ha extendido suficientemente.

En realidad, todo país está formado, podría decirse, por varios pueblos con grados diferentes de cultura y mientras mayor sea la distancia entre ellos, mayor serán las dificultades que encontrará el progreso y mayor la debilidad del país.

Las reformas sociales, el bienestar económico de las clases pobres, la educación, tienden a reducir esta diferencia, a hacer homogéneo en lo posible la cultura, el bienestar, los ideales de la vida.

Desgraciadamente, en Chile, un abismo separa a las clases cultas de las clases analfabetas, abismo que es necesario colmar cuanto antes. Por eso, hay que hacer distinciones de clases. Así, la crisis moral que aqueja a Chile ha afectado principalmente a las clases altas, especialmente a las dedicadas a la política y al comercio. Tampoco se puede siempre decir en absoluto: tal virtud es propia de este pueblo, sino con relación a otros; por ejemplo: nosotros somos menos veraces que los ingleses y mucho más que los bolivianos.

Además de las psicologías propias de las clases sociales, hay las del sexo y profesión. La estrictez con que las mujeres juzgan la honestidad sexual contrasta con la indiferencia que manifiestan por la honradez comercial a la inversa de los hombres, lo que indica que hay una moral masculina y otra femenina y además de la virtud general asexual hay una virtud sexual.

El criterio del abogado se manifiesta tolerante en la apreciación de lo justo o injusto; el del médico, indiferente al dolor físico; el del comerciante, extraño a la veracidad en la oferta de sus mercancías.

¿Cuál es entonces el tipo medio en los diversos momentos históricos, en los distintos lugares, en las diferentes clases sociales, que sea el prototipo de la raza?

Desde luego, las características sociales no las determinan los individuos que constituyen una excepción por su superioridad o bajeza, sino las que tienen las cualidades medias tomadas en conjunto.

El tipo generalizado es más necesario para el bien de la raza que los genios y los especialistas cuya utilidad es tan manifiesta.

Don Nicolás Palacios, en su obra «Raza Chilena», creía encontrar el prototipo en las clases menos ilustradas, en donde los sentimientos se presentan menos alterados por las influencias de las ideas exóticas de la cultura europea.

Relativamente, esto es verdad. Los orígenes de una raza, el carácter del pasado, se manifiesta mejor en las clases bajas, esencialmente conservadoras, que en las altas, absorbentes de novedades e invadidas por el cosmopolitismo.

El pueblo sigue las modas desusadas, conserva añejas costumbres, emplea voces anticuadas y se commueve con historias, episodios, consejas, cuentos que antaño enterneциeron profundamente el alma popular, las que tiempo há se han borrado de la mente de las clases altas por los acontecimientos del día.

Con todo, no es ésta una razón para mutilar el alma nacional al no tomar en cuenta el carácter más complejo y modernizado de las clases altas.

Alma de la raza Hay, sin embargo, rasgos característicos comunes a la raza durante siglos, en todos los lugares y clases sociales; cierto modo general de sentir, de

pensar, de obrar en las grandes y difíciles circunstancias, como ha sido en Chile la de cumplir las obligaciones internacionales para conservar el buen nombre del país.

Hay también un ideal común que persiguen en un momento dado todos los individuos de un país, que arraiga en grados diferentes, pero da relieve al carácter nacional, como fué últimamente la aspiración unánime de terminar el litigio con el Perú sobre Tacna y Arica. Y por último, hay ciertas instituciones, tradiciones, costumbres, reglas de moral, herencias ancestrales que persisten por sobre las influencias educacionales, imitativas, económicas, que obran a favor de la mutabilidad; por sobre el gobierno, la industria, el comercio, que influyen en la variabilidad de un pueblo; algo relativamente estable, en fin, que limita las oscilaciones del espíritu inestable de los individuos y las multitudes. Esto es el alma de la raza que vamos a bosquejar, síntesis de su historia y de la herencia de los antepasados.

Esta alma colectiva, difusa, toma forma, se hace visible cuando la impresiona una gran desgracia o alegría que afecta al país. Ocurre entonces una especie de unificación, intensificación del sentimiento, pensamiento o acción de esa alma única que flota por sobre las unidades que las componen.

La hemos visto en las horas de duelo nacional, como en el incendio de la Compañía en que perecieron dos mil víctimas, y en el terremoto que ocurrió a Valparaíso; en las horas de ansiedad por peligros internacionales, como en los primeros meses de la guerra del Pacífico, y en 1908, cuando se creyó inminente la guerra con la República Argentina; en las horas de regocijo, por las nuevas de nuestras victorias que el telégrafo difundía, como la noticia de la epopeya de Iquique que se extendió como reguero de pólvora por todo el país y hacía llorar como niños, de emoción y alegría, a hombres duros y fuertes.

Cada pueblo posee una alma colectiva, típica, susceptible de modificaciones lentas; pues, a pesar de que los individuos de que se componen cambian constantemente, la raza conserva rasgos fisiológicos y psíquicos que persisten no obstante las influencias del medio social y las generaciones de hombres que se suceden y los acontecimientos que transtornan el mundo. Pasa en esto como con las moléculas de nuestro ser, que se renuevan totalmente en doce años, y sin embargo, nuestro cuerpo

mantiene su figura; o como la corriente de los ríos en que el agua se escurre y cambia constantemente, pero el lecho del río conserva su forma inalterable.

E n q u é Cada pueblo tiene, pues, una voluntad colectiva o manera habitual de obrar; un temperamento dominante, que es la orientación de la sensibilidad; una misma lengua, que influye en el modo de pensar; una opinión generalizada sobre su país y los extranjeros; una conciencia de su unidad, e intereses, pasiones, aspiraciones e ideales comunes, de lo que nace el sentimiento de solidaridad de sus miembros y de donde se afirma y se destaca la personalidad de la raza.

Todos estos vínculos exaltados por la tradición, la historia, los monumentos, los héroes propios, forman la religión del patriotismo y el orgullo nacional.

Estos rasgos especiales que forman el tipo general de la raza se heredan y se los asimilan niños y jóvenes por su aptitud para heredar y su facultad de imitación.

Hay épocas en que por la imitación a razas extrañas o por otras circunstancias, la mentalidad de un pueblo se aparta del genio habitual de la raza por cortos períodos históricos; mas vuelve pronto aquella a su curso natural arrastrada por las fuerzas hereditarias. En otras ocasiones, sólo en apariencia parece alejarse la raza de su carácter propio por estar mal representada a veces por los políticos dirigentes, o mal traducida, o desfigurado su carácter por las obras literarias o artísticas.

F o r m a - Las naciones son amalgamas físicas y psíquicas de diferentes razas, mezclas que sometidas a durante siglos al influjo de un clima y de una configuración geográfica determinada, a creencias, costumbres, instituciones, idioma, tradiciones y prejuicios, constituyen al fin una raza histórica, cuyos individuos poseen en común cierto tipo hereditario y un conjunto de ideas y sentimientos que constituyen el alma nacional; raza que se diferencia de otras por su temperamento y estructura corporal.

Los elementos de acción social favorables a la unidad de espíritu y conducta de la raza son: la semejanza de los individuos que la componen, la lengua, la religión, la obediencia al gobierno,

las instituciones o leyes que refrenan y disciplinan los instintos egoístas y el interés de conservar y aumentar el prestigio del patrimonio colectivo formado por el territorio, la historia, las obras literarias y artísticas y el recuerdo de los grandes hombres. Hay ciertos factores abstractos favorables también al desenvolvimiento social: el orden, la justicia, la democracia, la igualdad y la opinión pública.

La mayor o menor intensidad con que obran estos elementos hacen más o menos social o antisocial un pueblo. En este concepto, Chile ha superado a muchos países hispano-americanos.

Los elementos que hay que considerar para estudiar el alma de un pueblo son: los estáticos, formados por la herencia y el medio físico que subsisten a través de las mutaciones producidas por la vida social, y los dinámicos, formados por las fuerzas psico-sociales que transforman los elementos estáticos.

Hay desacuerdo sobre la importancia de estos elementos entre los que profundizan estas cuestiones, parcializándose según sus preferencias científicas: los etnólogos hablan del valor superior de la raza, el suelo, el clima; los psicólogos del incontrarrestable vigor de las fuerzas psico-sociales.

La verdad es que a medida que la civilización aumenta, obra con mayor intensidad el medio social sobre la herencia y el medio físico; el individuo se hace más plástico, obedece menos a los instintos hereditarios y transforma el medio físico en lo que se opone a su adaptación.

El estudio del alma de un pueblo comprende, pues, la raza, el medio físico, la evolución y el momento histórico en que se observa, o sea la velocidad adquirida.

Herencia Lo que da principalmente fijeza a la raza, grabando en ella cualidades útiles o nocivas, es la herencia, que es la trasmisión de los caracteres físicos y psíquicos del hombre a sus descendientes.

Nuestra conciencia moral es casi el resumen hereditario de las necesidades sociales de nuestros ascendientes durante infinidad de generaciones; en ella se descubren las huellas indelebles de las normas de conducta a que ellos se sujetaron y que se han conservado.

Se heredan no sólo las cualidades físicas, sentimentales, intelectuales, antiguas o nuevamente adquiridas de los padres,



pudiendo predominar la influencia de uno solo de ellos, sino también las cualidades propias de un antepasado, aunque no hayan sido heredadas por el ascendiente inmediato.

Las facultades intelectuales, las aptitudes complejas se transmiten en menor escala que las cualidades físicas y las aptitudes simples. Se heredan más fácilmente los instintos que las disposiciones afectivas, y éstas que las facultades mentales.

Cualida- Unos sostienen que las cualidades adquiridas
des adqui- por el trabajo habitual, las costumbres, las in-
ridas fluencias constantes de la educación, cuando han
penetrado bastante para modificar el temperamento,
se fijan en nuestra constitución psíquica hasta formar una se-
gunda naturaleza, estrechamente fundida con la hereditaria y se
trasmite por herencia, acumulándose en los descendientes, si
éstos a su vez persisten en ellas.

Eso sí, estas adquisiciones recientes permanecen en una es-
pecie de equilibrio inestable y son fácilmente modificadas o su-
primidas.

Otros afirman que estas influencias del medio y de la educa-
ción son temporales, afectan sólo al desenvolvimiento del in-
dividuo, no a la constitución de la raza y deben, por lo tanto,
repetirse en cada generación para que perduren.

Las consecuencias prácticas se aproximan, sin embargo, en
una y otra teoría, porque aunque los efectos del medio y de la
educación no fueren hereditarios, la educación, la experiencia
y el medio se agregarían de todos modos a las de las genera-
ciones siguientes por la continuidad, el medio social y la tradición.

Es cualidad adquirida por la civilización a consecuencia de
la vida intensa que hacemos, la abulia o debilitamiento de la
voluntad, producida por dos causas: el desequilibrio del esfuer-
zo cerebral excesivo en detrimento del animal debilitado y las
emociones fuertes que ocasionan movimientos desordenados
en las vísceras, con sus consecuentes desequilibrios físicos y
psíquicos.

La excitación de las pasiones influye en el carácter nacional,
transformando hereditariamente los pulmones, el corazón y el
cerebro.

Son, asimismo, cualidades adquiridas por nuestra civiliza-
ción: la viveza imaginativa de nuestros niños, que obliga a de-

cir a los ancianos que los niños nacen sabiendo; la destreza manual de nuestros operarios, la excitabilidad nerviosa de las clases ilustradas.

Selección social La selección social transforma la raza produciendo una desviación progresiva o regresiva del tipo primitivo: progresiva, cuando la selección destruye al inepto y permite la supervivencia de los más aptos en la lucha por la existencia, y regresiva cuando destruye o debilita los mejores, como sucede con las guerras, las enfermedades sociales, el celibato religioso, los vicios, el exceso de trabajo intelectual y las dificultades de la vida aunadas a egoístas aspiraciones políticas o sociales.

Medio físico y psíco-social El medio físico influye en la raza: la naturaleza del suelo, la configuración geográfica determinan el género de vida ya pastoril, minera, agrícola; el clima influye sobre el estado físico y éste, a su vez, en su intelectualidad, sensibilidad y voluntad.

Sobre la psicología individual y colectiva influye, más que el medio físico, las condiciones del ambiente económico y social. Y esta influencia es no solamente del medio presente sino también el formado por la memoria de experiencias pasadas y la anticipación de experiencias futuras que se esperan.

Por el solo hecho de vivir el hombre en sociedad, ésta lo modela, determinando su conducta por ideas y sentimientos que lo envuelven, por fuerzas sociales que generalmente ignora, de que es difícil sustraerse y a la cual debe adaptarse.

Esta atmósfera social que respiramos, que podría resumirse en la civilización en que vivimos, la constituyen el estado económico de un país, las formas de producción y distribución de la riqueza; la constitución de la familia; las religiones, las creencias que influyen en las costumbres y éstas en las leyes; la moralidad social; el lenguaje; las luchas de clase; los acontecimientos de la época; instrucción, educación, relaciones sociales, asociaciones; ejemplos, siempre más o menos contagiosos; sugerencias de todas clases, políticas, intelectuales, artísticas, producidas por los diarios, las conferencias, los libros y las obras de arte.

Esta influencia del ambiente social sobre el espíritu y la moral del hombre es evidente y poderosa, sobre todo en el pe-

ríodo en que el niño comienza a adquirir nociones que le sirven de punto de partida para la vida adulta y sobre el hombre sin personalidad que obra como hipnotizado, que sólo tiene ideas sugeridas por el medio, las que cree espontáneas.

Los hombres viven en un mundo de excitaciones psíquicas, sociales y morales, aplastados por los hechos sociales y económicos, teniendo que imitar las fórmulas y actos del grupo, obrar según las conveniencias y exigencias de la sociedad a que pertenecen. Sugestiones son éstas que producen una mentalidad colectiva, una brumosa conciencia social; estilos, gustos, costumbres sociales determinadas e ideas reflejas sobre el sentido de la vida que obran sobre su carácter, ventura y moralidad.

En una palabra, nuestros hechos, expresiones, pensamientos, aspiraciones, satisfacciones, responsabilidades, religión, son en gran parte los resultados de la influencia de nuestro medio y de la educación recibida en la niñez.

Este determinismo sociológico, esta acción y reacción reciproca del individuo y la sociedad, han hecho sostener a Gustavo Le Bon que en los pueblos contemporáneos, la acción inconsciente de las muchedumbres se sustituye a la actividad consciente de los individuos.

Esto no es absoluto, pues casi todos los progresos de la civilización son debidos a la acción individual activa y creadora de los hombres superiores, homogéneos a la masa, que representan generalmente el pensamiento más profundo y la voluntad más esencial de ella; pensamiento y voluntad desconocidos por las muchedumbres puramente receptivas, conservadoras, vulgares, intolerantes, tardías, sometidas incondicionalmente a la influencia de la raza y el medio; que no desean que se modifiquen sus creencias, sus opiniones, su situación social; con quienes las individualidades egregias tienen que luchar, sacudiendo su inercia, iluminando con su idealidad la densa masa y transformando así sus sentimientos que los impulsan a obrar.

La evolución requiere una dualidad esencial, una comunidad básica entre el espíritu superior y la muchedumbre mediocre.

Fundados en las costumbres, instituciones y convencionalismos sociales, se establece en la sociedad una escala de valores que los reformadores siempre intentan renovar, obteniéndolo a veces; fundados también sobre ellos, se forman juicios, que se

denominan «buen sentido» y que sólo personalidades superiores y energicas se atreven a contrariar.

Variabilidad de la raza

El alma de la raza evoluciona como todo hecho social, impulsada por las nuevas adquisiciones hereditarias, originadas por circunstancias influyentes, como las condiciones del desenvolvimiento económico, la selección, la educación, etc. En virtud de ellas, al cabo de siglos cambian los modos de sentir y pensar del pueblo, y religiosa, social y económicamente la raza es distinta de lo que fué en época anterior.

Estas fuerzas de impulsión social pueden ser permanentes o transitorias, obrar en el mismo sentido o contrariarse, ser poderosas o menguadas, combinarse favorable o desfavorablemente con el medio físico y por ello producirse irregularmente y sin razón ostensible, regresión, estancamiento o adelanto en las naciones.

Las transformaciones, ventajosas o nocivas, son muy lentas, se producen después de largos años y, si a veces sobrevienen inesperadas revoluciones políticas, religiosas o sociales, un estudio detenido de ellas demuestra que fueron producidas por una larga y lenta gestación formada por nuevos caracteres psíquicos adquiridos por la raza, en virtud de factores de renovación que han obrado en conjunto y en el mismo sentido, en oposición a la fuerza conservadora de la herencia germinal.

La revolución política de 1891 fué preparada por el debilitamiento del principio de orden y la propaganda durante medio siglo de los opositores a la omnipotencia presidencial y a la intervención electoral.

Una revolución más habríamos tenido si la terquedad conservadora de los dirigentes que negaban la existencia de la cuestión social en Chile, ya antigua y que creía ver en el malestar popular sólo la obra de unos pocos agitadores, hubiera triunfado y si no se hubiera aceptado, como se ha hecho, la evolución metódica hacia un nuevo y mejor estado social.

La revolución de 1924 contra el abuso del parlamentarismo venía preparándose desde la implantación de ese régimen, en 1891.

Esta evolución del alma colectiva de un pueblo,—que tiene su juventud, su virilidad y su senectud,—la tiene también el



alma individual. La observamos en nuestros deseos, gustos, placeres. Recuerdo que cuando muchacho me deleitaban los cuentos fantásticos de Anderson; joven, me agradaban las novelas románticas de Lamartine; en mi madurez, busqué la novela realista poética de Daudet o cruda de Zola; hoy confieso que me agrada más que la novela, la historia. De unos mismos agentes exteriores recibimos sensaciones diversas, según la edad o nuestros estados de alma. Esos caminos blancos, asoleados, de largas perspectivas, que serpentean entre los campos verdes del centro del país o entre el arenal gris del desierto, me producían antes un juvenil ardor de movimiento, una extraña alegría, como una invitación a seguir la ruta que señalaban; hoy me producen una velada y sutil melancolía, un inexpresable deseo de quedar inmóvil a su vera contemplando a los vian-dantes: es la vida que parece irse tras ese miraje y se desea retenerla.

Características de la raza superior Cada nación tiene el amor propio o prejuicio nacional de considerar en alta estima sus cualidades distintivas y disminuir el valor de sus defectos.

Cuando una nación está convencida de su superioridad, este orgullo nacional es una fuerza que impele a hacer los mayores sacrificios colectivos para mantenerla; por esto, son perjudiciales las campañas pesimistas sobre las aptitudes y valer del propio país.

Nuestro concepto de superioridad o inferioridad de una raza es convencional y relativo. Ciento, cuando se refiere a modalidades intelectuales o sentimentales que persisten y se acrecientan con el tiempo; no corresponde a ninguna realidad, es esencialmente relativo cuando se funda en el grado de civilización que la raza ha alcanzado en el momento en que se observa; porque el grado de civilización está en razón directa del tiempo recorrido por la raza; todos los pueblos la adquieren o pierden, y la raza inferior puede llegar a ser superior salvando las distancias que las separan de las más civilizadas.

Esto explica que pueblos diferentes ofrezcan curiosas semejanzas en el orden psíquico social en momentos diversos de su historia.

Generalmente, las razas que reciben últimas el patrimonio

constantemente acrecido de la civilización y no son refractarios a ella, tienen una evolución más rápida e intensa, como ha sucedido con el Japón y los países hispano-americanos.

En esta evolución, las razas no tienden a diferenciar su alma sino a aproximarla, a convertir en universales los rasgos distintivos nacionales, propagándose con más rapidez las ideas de los países poderosos y prósperos, en seguida la de los países justos, libérrimos e intelectuales.

Chile ha perdido mucho de su poderosa individualidad que lo distinguía de otros pueblos del continente y que se mantuvo incólume mientras permanecimos aislados. Hoy nuestro espíritu es en gran parte sólo el eco debilitado del espíritu dominante en Europa y Estados Unidos.

La tendencia universal contemporánea de los pueblos civilizados hacia la indiferencia o incredulidad religiosa, la crítica de todo el orden existente, la indisciplina social e insumisión a toda autoridad, ha alcanzado a Inglaterra, que en el siglo pasado dió ejemplo de respeto y lealtad a la tradición, a la ley y al trono, y a Chile, que en la primera mitad del siglo XIX fué creyente, casi fanático, aferrado al orden, sumiso al gobierno, cuyo jefe era un monarca temporal sin corona.

La preeminencia de determinadas voliciones distingue a los pueblos más que la inteligencia; porque las facultades intelectuales son más modificables por la educación que el carácter.

El cultivo intelectual hace progresar la ciencia; pero son los elementos biológicos, afectivos y místicos los que dirigen más intensamente al hombre; la razón ejerce sobre su conducta una acción restringida, que es menor todavía cuando se ejerce sobre la conducta de las multitudes a quienes mueven más enérgicamente los sentimientos y las creencias que las ideas.

Un pensador ha dicho: «Sólo el corazón impone y estimula «las verdades descubiertas por la inteligencia; él es el soplo «propicio que esparce la semilla en suelo fecundo; razonando, «no volarían más allá del árbol que las ha producido».

La intelectualidad sin carácter conduce a la duda, al escepticismo, a la abulia, que disminuye el vigor de la raza, en mayor escala que la ignorancia misma.

El lugar que corresponde, pues, a una nación en el mundo se determina por sus hábitos, costumbres y voluntad entera puesta al servicio de un ideal elevado. Distingue a una raza superior

la energía, la perseverancia, el respeto a las leyes y a la dignidad humana y la aptitud para luchar por el ideal; y caracteriza a una raza inferior, la movilidad de carácter, la abulia, la imprevisión, la cobardía para sacrificarse por el ideal, la ausencia de facultades creadoras, la tendencia a eludir la ley y obedecer al caudillo o al tirano, o sea no componerse una nación, como dice Aristóteles, de hombres libres por su naturaleza, sino por su naturaleza esclavos.

El alma latina, contemplada superficialmente, ocupa un nivel inferior a la anglo-sajona, porque su ideal es más elevado, está por encima del poder material y del utilitarismo; sus miradas van más allá del ras de la tierra, se pierden en el espacio, buscando la perfección en la belleza, en la justicia y en la verdad.

Como dice Anatole France:

«La civilización material más alta es una barbarie sabia». Y Guillermo Ferrero: «Es bárbara la época en que la fuerza y la materia dominan sin freno».

El desarrollo incommensurable de la gran industria y maquinaria moderna no constituyen por sí solas la civilización. Mientras más se afana la industria en realizar sus fines por el empleo de máquinas perfeccionadas, más tiende el obrero al menor esfuerzo, más cae por hábito en la actividad neuro-psíquica subconsciente, más obra con la pasividad del autómata. La máquina inteligente embrutece al obrero que la maneja, al hacer inútil su mente, mecánica y monótona su labor.

Mientras más enorme es la fábrica, más se empequeñece el obrero, que llega a ser sólo un rodaje ínfimo de ella, cuyos fines ignora, cuyo provecho no percibe, cuya vasta producción y aumento de la riqueza nacional no le dignifica ni enorgullece, porque no ve en la producción ni en la riqueza la obra de su esfuerzo.

El arte en el alma de la raza El arte revela el alma de un pueblo, más que en las obras que crea en la forma cómo éste reacciona al recibir las excitaciones exteriores de la belleza.

Una observación que a diario podéis hacer es la que he hecho en un teatro cinematográfico. En las películas de arte supremo de la casa Gaumont, por ejemplo, en las escenas más emocionantes, he visto a todos los chilenos con los ojos

húmedos y aún nuestro pueblo que llenaba los asientos del paraíso, guardaba un religioso silencio, muestra de la fuerte impresión interna que lo embargaba; en cambio, la fisonomía de ingleses y yankees mostraba el fastidio que les producía una pieza que no rasguñaba siquiera su dura epidermis sentimental. Otras veces era Chaplin que hacía reír a carcajadas a los niños y anglo-sajones, quienes aplaudían estrepitosamente, mientras los chilenos reían con moderación y displicencia de la mimética un poco clownesca del famoso actor, de su gracia para nosotros cierta, pero demasiado burda.

En otra ocasión, un virtuoso pianista de luenga melena, tocaba en un teatro música de maestros clásicos con arte exquisito. Los chilenos del paraíso, se salieron durante la ejecución uno a uno; lo mismo hicieron tres o cuatro ingleses después de haber conversado en alta voz y haber reído de la figura simiesca del pianista; sólo quedamos en el teatro los latinos de platea y gran número de alemanes extasiados con la música de Beethoven, sin importarnos un ardite la figura grotesca y ridícula del artista.

El buen gusto literario, tan desarrollado en Francia, en donde el buen sentido crítico es tan corriente, entre los norte americanos, grandes lectores, apenas se conoce; no les importa la corrección del estilo; las obras literarias más populares no tienen rigurosa realidad, ni profundidad psicológica, ni potente fantasía; son pueriles, monótonas en sus detalles, convencionales y vulgares, eso sí, siempre honestas.

Voy a bosquejar las líneas principales del alma anglo-sajona gala y germana.

Bosquejos psicológicos de la raza inglesa

Como el factor principal en la vida de Inglaterra ha sido la riqueza adquirida por el carbón y el fierro y su situación geográfica la hizo marina y comerciante, han dominado en ella la moral y el derecho utilitario, que no son los más elevados, y sus habitantes han adquirido las dotes hereditarias de cálculo y previsión para dirigir los negocios, eliminando en lo posible la casualidad.

La superioridad anglo-sajona reside en el carácter, en su iniciativa para obrar, en su tenacidad para llevar a término lo que comienza, en el dominio de sí mismo, en sus arraigados senti-

mientos religiosos, en el cumplimiento del deber, estimación del valor, respeto a la veracidad de los hechos, a las costumbres y a la tradición.

El inglés, más que inteligencia, tiene un buen sentido imposible de desequilibrar. Este juicio seguro se atiene más a los hechos que a las ideas generales; en sus edificios, muebles y trajes, busca la sencillez y la utilidad antes que la belleza, y en sus alimentos, artes y manufacturas procura obtener lo esencial. Su vida mental está dominada por la rebusca de hechos concretos.

Su temperamento es frío, su corazón árido, su sensibilidad física escasa y le falta gracia y delicado buen humor. No hace caso del ridículo.

A pesar de su falta de sensibilidad respecto de los casos particulares, la tiene y bastante para los casos generales y son entonces capaces de grandes obras filantrópicas. A pesar del egoísmo nacional, el sentimiento del deber y el respeto a la palabra empeñada, apartaron a Inglaterra del aislamiento político de que se ufanaba y la impulsaron a tomar parte en la Gran Guerra.

El inglés es insociable, salvo para el spórt; se asocia sólo para obrar. Brusco en decir lo que piensa, parco en prometer, lento en pensar, carece de imaginación y no admira las frases ingeniosas y brillantes.

Emerson ha dicho de ellos: «Cada uno de esos insulares es «una isla». Y de la religiosidad inglesa dice Nietzsche: «El inglés tiene necesidad de cristianismo; su disciplina le es necesaria para hacerse moral y humano. El inglés más taciturno, «más sensual, más voluntarioso y más brutal que el alemán es «también más religioso; tiene más necesidad de cristianismo».

Norte americana Los anglo-americanos tienen el espíritu práctico, la iniciativa fecunda, la religiosidad sin fanatismo y sin renunciar a los bienes y goces de este mundo de los ingleses; los superan en ardorimiento juvenil, en espíritu de empresa, en enérgica confianza en sí mismos; les son inferiores en corrección, en rectitud y en probidad comercial.

Como los ingleses, desdeñan también a los extranjeros a

quienes estiman inferiores por considerarse de una raza superior.

No les impresionan ni buscan la profundidad de las ideas, ni la intensidad y delicadeza de las emociones sino su amplitud.

Podría decirse de ellos que son los bárbaros más civilizados del orbe. Civilizados por sus ingeniosas y estupendas invenciones químicas, mecánicas y eléctricas, sus iniciativas y audacias comerciales, su espíritu democrático, su amor a la instrucción, a la paz y a la justicia: muestran incultura en su afición al box, en la aplicación de la ley Lynch, que aún persiste, y en su admiración por lo enorme, lo macizo, lo que cuesta más dinero, por sobre lo fino, lo delicado, lo artístico.

Por su fuerza expansiva, han corrompido el buen gusto en la música, en el teatro y en el baile: con su música endiablada, conjunto inarmónico de ruidos que han hecho perder la afición del grueso público por las obras de los grandes maestros; con las escenas violentas y grotescas de las películas cinematográficas de *cow-boys*, puñadas y choques de automóviles, sin sentimiento psicológico, argumento ni finalidad reales, y con sus danzas desgarbadas, sin gracia, como el *shimmy*, *fox-trot*, *cake walt*, que significan una decadencia del arte coreográfico, que debe ser armónico, estético, preciso y correcto, bailes de negros que han hecho olvidar el valse cadencioso, de ondeantes y voluptuosas languideces, la grave y ceremoniosa cuadrilla, el aristocrático lanceros.

Sintetizando: para los norte-americanos, la cantidad es todo; la calidad, muy poca cosa.

Alemana El pensamiento alemán es potente, pero no expansivo. Su tenacidad reemplaza la intuición rápida de que carece. Dogmáticos y deductivos, son los alemanes investigadores científicos laboriosos, concienzudos y profundos. Su sensibilidad es apasionada, intenso y delicado su gusto por la música.

Sus cualidades de perseverancia, disciplina, hábito de colaboración y genio organizador hacen de Alemania el pueblo industrial por excelencia.

El exceso de disciplina condujo a la raza al despotismo militarista; el nuevo espíritu democrático que hoy domina limpiará



de esta mácula transitoria a un pueblo orgulloso de su prosapia y de su carácter.

La raza es sobria, laboriosa, inteligente y artística, pero, según Nietzsche: «La falta de gracia, la rusticidad del gesto son cosas tan alemanas que en el extranjero se las confunde con la naturaleza alemana».

Francesa Francia tiene la ligereza, la gracia, el espíritu ponderado ateniense. Su carácter es festivo. Ama la risa, el placer, la galantería, las cosas bellas, el arte y la gloria. Es sincero y abierto por temperamento y muy sensible al ridículo.

Su sensibilidad y moderación impide a los franceses sacar provecho práctico de sus invenciones. Los satisface un esfuerzo insuficiente y discontinuo. Carecen de audacia individual y colectiva para grandes empresas comerciales e industriales. Ward decía: «Francia ha proporcionado la urdimbre de la ciencia y la filosofía; las otras naciones, la trama».

Los franceses son fáciles para entusiasmarse y caer en el abatimiento. La mayoría acepta la vida fluctuante entre el optimismo y el pesimismo. Son prontos para amar u odiar; movilidad femenil de carácter que contrasta con su virilidad.

Esta volubilidad es desconcertante. Guillotina o maldice a sus reyes para aclamarlos después. Lapida hoy lo que endiosó ayer. Pacifista y antimilitarista en 1914, en 1923 es imperialista y hace estremecer las entrañas aún sangrientas de Europa al arrastrar su sable en la región del Ruhr.

Superficialmente frívola y corrompida, la Francia es en el fondo abnegada y virtuosa; alegre, jactanciosa, excitable, sabe ser grave, serena y resuelta en las horas solemnes; ejemplos, 1789 y 1914.

La ligereza de carácter, su sociabilidad exagerada hacen que su espíritu se satisfaga con lo aparente, lo externo, lo bello, antes que con lo verdadero, lo profundo, lo útil. Se deja seducir a menudo por el verbalismo, la argumentación especiosa y la dialéctica.

Vive en perpetua teatralidad: habla para la galería y obra para satisfacer la opinión pública.

Es el pueblo sociable por excelencia. Ha hecho de la conver-

sación una necesidad y un arte amable del que ha desterrado la insipidez. Su refinada sociabilidad es la educación de siglos.

En extremo sugestionable, se enamora de las causas justas, se entusiasma por las ideas generosas y es capaz de hacer por ellas, esfuerzos y sacrificios supremos. Por este motivo, ningún pueblo ha sido más abnegado para defender los intereses humanitarios de los desbordes de la fuerza y del egoísta utilitarismo.

Su cualidad característica es la expansión. Su proselitismo hace que el ideal nacional se confunda con el universal.

Un pensador señalaba esta cualidad diciendo: «que no sólo florecía hacia adentro sino que esparcía sus frutos hacia afuera».

**Deber de
conocer
nuestra
raza** Nuestra raza de mentalidad española, que estudiare a su tiempo con mayor detenimiento, conquistada su libertad política, ha imitado a Francia en sus gustos, modas, literatura; y hoy, seducida por el progreso y vigor del pueblo norteamericano, pretende beber en su fuente espiritual, olvidando que cada pueblo evoluciona según sus tradiciones, su temperamento y su historia, y que nuestras modalidades son tan diferentes a las de los norte-americanos que corremos el riesgo de perder nuestras cualidades superiores sin adquirir las que pretendemos imitar.

No apartemos nuestro espíritu de las razas latinas superiores; debemos tomar de los anglo-americanos sólo sus medios prácticos de acción, su constancia e iniciativa, atemperados por la elegancia y delicadeza latinas; debemos copiar su acción vigorosa sin destruir la poesía y el ensueño.

Muchos de los defectos de nuestra raza no son sino virtudes no ponderadas o falta de madurez de nuestra cultura que nuestra rica trama nacional es susceptible de adquirir. Nuestros males son únicamente errores de dirección; las fuerzas del país están intactas.

Por esto, es útil estudiar nuestra alma nacional, conocer nuestras cualidades y hacerlas resaltar para combatir las malas y arraigar las útiles y buenas.

Ojalá estas conferencias aporten un modesto grano de arena a esta obra.



LIBRO I

CAPITULO UNICO

Medio físico

SUMARIO.—INFLUENCIA DEL MEDIO FÍSICO SOBRE LA RAZA.—

ZONAS TÓRRIDA, TEMPLADA Y GLACIAL.—INFLUENCIA DEL CLIMA.—EXTENSIÓN Y RELIEVE DEL SUELO.—RÍOS Y COSTAS DE CHILE.—ALIMENTACIÓN.—PRODUCCIÓN.—MONTAÑESES Y LLANEROS.—POBLACIÓN URBANA Y RURAL.—MEDITERRÁNEOS Y COSTANEROS.— AISLAMIENTO DE CHILE.—COMUNICACIONES.—COSTUMBRES LOCALES.—PAMPINOS Y LABRIEGOS.—LOS HOMBRES DEL NORTE.—LOS INSULARES.—RESUMEN.

**Influencia
del medio
físico so-**

bre la raza Las fuerzas de la naturaleza, más antiguas que el hombre, han moldeado su organismo con su incesante acción.

Toda raza debe adaptarse al medio físico, que la modifica en razón inversa de su cultura. Los bárbaros reciben el molde de la comarca que habitan; son sus esclavos. Pasado el primer grado de desenvolvimiento, los hombres comienzan a libertarse de la influencia del medio; ya civilizados, sin cambiar las leyes naturales, lo transforman, hasta anular las influencias nocivas a su desarrollo, hasta hacer habitables regiones que no lo eran, como el desierto del Norte de Chile.

De esclavos pasan a ser los amos de la naturaleza. Por esto, las primeras civilizaciones, cuando el hombre no ha cultivado ni el arte ni la industria, se desarrollan mejor en los países cálidos, donde las subsistencias abundan, las necesidades primordiales se satisfacen sin esfuerzo y donde hay bastante luz y calor para que el sistema nervioso obtenga energía necesaria para progresar.

Sin embargo, el progreso se retarda después en estos países, porque el calor laxa la musculatura, inclina a la pereza, a la inacción y la falta de esfuerzo afemina el cuerpo y entorpece el espíritu. En las regiones donde la vida es posible sólo mediante el esfuerzo corporal para aumentar la producción, extraerla o recolectarla con economía o mediante la explotación del subsuelo o el trabajo industrial, como acontece generalmente en las zonas templadas, las razas perezosas o incultas sucumben a menos que se truequen en laboriosas por la supervivencia de los más activos; el combate por la vida ha eliminado en ellas por selección natural a los que no estaban dotados de las condiciones necesarias para vivir en ese medio, los enfermos, los tímidos, los perezosos, y han subsistido los fuertes, los cuerdos, los trabajadores, que han transmitido sus cualidades a sus descendientes.

Por lo dicho, si las primeras civilizaciones se fundaron en la zona tórrida, el progreso ha sido mucho más rápido en las zonas templadas a donde las civilizaciones más altas han cambiado su sede.

Son favorables a la cultura, al desarrollo y a la energía de la inteligencia humana la irrigación, los métodos de cultivo aplicados al suelo, la extracción de las riquezas del subsuelo, especialmente de carbón, fierro, petróleo que han hecho la grandeza industrial de Inglaterra, Alemania y Estados Unidos.

Puede faltar el agua, ser yerma la tierra y bullir la vida en la superficie, como sucede en Antofagasta y Tarapacá, las provincias más ricas y activas del país.

En América, durante la colonia, la población española se aglomeró primero en los lugares abundantes de oro y plata. Potosí, colocado en la cumbre de los Andes, en una región árida e inhospitalaria, llegó a contar 150,000 habitantes. Sólomente después, cuando las riquezas mineras disminuyeron, se poblaron las ciudades en el centro de los campos fértiles y en

los puertos abrigados que eran al mismo tiempo salida natural de las comarcas ricas.

Aunque el paisaje y el clima no determinan inexorablemente los destinos del alma de la raza, influyen en su desenvolvimiento físico y psicológico, contribuyen a fijar la talla y actividad del hombre, gradúan su sensibilidad, forman sus hábitos y costumbres y hacen dulce o penosa la vida.

Los chilotas son más bajos que los hombres del centro; los hombres del Norte son más bulliciosos e inquietos que los del Sur, que son más apacibles. En el clima lluvioso y frío del Sur, el hogar es un refugio, el hogar lo es todo; hay que amarlo para hacer pasable la vida. En el clima seco y cálido del Norte, la vida se hace al aire libre; las calles, las plazas son puntos de reunión de la gente que huye de las habitaciones caldeadas.

Zonas tórrida, templada y glacial En la zona tórrida, la luz deslumbradora alimenta; el calor hace innecesario los vestidos que se usan más por pudor, por adorno o por costumbre; el calor abre los poros, hace los nervios y la piel más impresionables y excita la imaginación y la sensibilidad; la atmósfera encendida, sofocada, enerva, deprime el ánimo, no estimula al trabajo, hace falta el frío necesario para templar los nervios y el incentivo para obrar.

Con el frío, la alimentación que exige el cuerpo es más abundante y se distribuye mejor por todos los órganos; esto acrecienta la fuerza corporal y da mayor aptitud para los trabajos fuertes. Esta energía física incita a obrar y trae como consecuencia la energía moral. En las zonas glaciales, la necesidad de buscar alimentos y vestidos, absorbe toda la existencia; la reacción es escasa; los hombres son sosegados, parclos en las palabras y en los gestos; el hielo lleva calma al ánimo y detiene la actividad intelectual. Las zonas templadas son favorables al desarrollo y progreso de las razas que la habitan; su clima favorece al temperamento sanguíneo nervioso, a la vez ardiente y medido.

Influencia del clima Todo Chile está en la zona templada del hemisferio Sur; posee los climas más variados y, en algunas partes, el más suave y sano del mundo, como es el

de Antofagasta. Nuestro temperamento sanguíneo se hace tan optimista en este clima que nos lleva a la imprevisión; somos, por esto, también menos sensibles que los pueblos intertropicales, pero nuestras pasiones, una vez excitada nuestra sensibilidad, son más profundas y duraderas. El clima hace que seamos más flemáticos y sanguíneos que los peruanos y ecuatorianos, que son más biliosos o nervobiliosos e imaginativos.

El clima, que varía entre las temperaturas extremas con alternativas bruscas, como el de la pampa salitrera, predispone a un estado de emoción exagerada, a lo que contribuye también la monotonía del suelo.

Un clima casi igual, combinado con un paisaje variado, como el de toda la costa del centro de Chile, incita a la actividad y predispone a someter el sentimiento a la razón.

La influencia de la temperatura en la sensibilidad y sistema nervioso se manifiesta en el giro apasionado, acre, que toman en el Norte las luchas políticas, las intemperancias religiosas o antirreligiosas, los conflictos obreros y hasta las manifestaciones del patriotismo. Siendo este último igual en todo el país, sólo en el Norte hubo represalias por las persecuciones y vejámenes que soportaron los chilenos en el Perú bajo la dictadura de Leguía. En Tarapacá y Antofagasta se formaron ligas patrióticas con el objeto de expulsar a los residentes peruanos por medio de la amenaza y la violencia; lo que realizaron en parte, no obstante las instrucciones confidenciales dadas por el gobierno a los intendentes de impedir estos desmanes.

Asimismo, es indudable que la embriaguez del calor y del sol influyen en las agitaciones colectivas del Norte.

Las muchedumbres ametralladas con acerbidad en Febrero de 1906 en Antofagasta y en Diciembre de 1907 en Iquique; la áspera huelga ferroviaria de Diciembre de 1919; los asesinatos de San Gregorio en Febrero de 1921 y todas las demás huelgas sangrientas que han acaecido siempre en verano, son una coincidencia que no se explicaría sólo con las otras causas de predisposición permanentes o transitorias a las revueltas violentas, como son: la incultura obrera, la imprudencia de las autoridades, las crisis del trabajo, la actividad de los agitadores, la propaganda sedicosa, la injusticia patronal.

El estado higrométrico, la luz, la dirección de los rayos so-

lares influyen en la salud, en las costumbres y, por consiguiente, en la civilización. La duración del día y de la noche aumenta o disminuye las horas de labor; en los países nebulosos, la vida de las ciudades se concentrará en el hogar; esta es la causa originaria del vigor del *home* inglés.

Extensión y relieve Chile se extiende entre los paralelos 17° y 56°^{50°} de latitud Sur; en su parte más ancha tiene poco menos de 4° grados de longitud y en su parte más angosta, apenas grado y medio.

Aludiendo a la configuración del país, un viajero decía gráficamente: los chilenos tienen que aferrarse a la cordillera para no caerse al mar.

Los habitantes de las regiones elevadas y secas son más fuertes y resistentes que las de los valles bajos y húmedos. El aire puro y seco impide el desarrollo de los bacterios, permite la evaporación activa, estimula las funciones orgánicas haciendo al hombre activo y enérgico; el aire húmedo obstruye los poros de la piel, impide la evaporación cutánea y pulmonar, disminuye la fuerza del sistema vaso-motor, quita energía al cuerpo, apaga la sensibilidad y predispone a la inercia del temperamento flemático, haciendo a los hombres morosos y pesados.

Ríos y costas Son numerosos los ríos que cruzan el país; en el Norte y centro son casi torrentes que descienden con rapidez de la cordillera al llano, sirven para el regadío de los campos y la fuerza motriz que de ellos podría obtenerse sería suficiente para mover todos los ferrocarriles y fábricas del país. En el Sur, los ríos más caudalosos y con menos declive permiten la navegación de pequeñas embarcaciones.

Chile tiene un gran litoral de un metro lineal de costa por cada 170 metros cuadrados de superficie; ella es rectilínea en cerca de 23° de latitud; más al Sur del paralelo 41, esta configuración se altera con una multitud de islas.

El mar influye en el clima, naturaleza de las industrias, comercio, alimentación y costumbres de un país.

No hemos obtenido todas las ventajas que proporciona una

larga costa para el comercio y la marina mercante por nuestro alejamiento de Europa y la falta de buenos puertos.

Alimentación Las sustancias inorgánicas, los vegetales y animales de un país influyen en el desarrollo de la raza que lo habita; sobre todo el régimen alimenticio, porque el estado general de prosperidad y hartura o de miseria fisiológica recae directamente en la posteridad.

Los pueblos frugívoros cuya alimentación tiene por base la agricultura, pueden vivir en poblaciones más densas, son de menor talla, más pasivos y conservadores; los carnívoros, son de más elevada estatura, más emprendedores y belicosos.

Producción La variedad del suelo y los productos que da, determinan el género de trabajos de la población que lo ocupa: en el desierto, la minería; en la costa, la navegación y la pesca; en el llano central, la agricultura; en las montañas y en las praderas de Magallanes, la ganadería; en los bosques del Sur, el corte de maderas. La industria fabril se desarrolla en las ciudades.

La vida agrícola de los campos y sedentaria de los pueblos permite vivir a los débiles; la ganadería, la navegación, la minería exigen una constitución robusta.

Chile tiene abundantes minerales, fauna y flora variadas.

En el Norte no hay vegetación sino en cortos valles que forman oasis, pero abunda el salitre, única región del mundo en que se encuentra, y el bórax, sales potásicas, plata, cobre, azufre y fierro. Estos últimos productos se encuentran también en el centro y Sur del país. En la costa Sur de Chile, hay carbón mineral. Ocupamos el segundo lugar del mundo entre los países productores de cobre.

A medida que se avanza al Sur, aumenta la fertilidad del suelo. En las provincias centrales, se dan, con excepción de los frutos propios del trópico, todos los productos conocidos; en las provincias australes, se encuentran bosques de excelente madera; en el extremo Sur, el desarrollo de la vegetación arborecente es débil, y abundante el ganado lanar.

Con todo, Chile no es un país agrícola, El suelo fertilizable

constituye un poco más de un cuarto del área total que es de 760,000 kilómetros cuadrados: (*)

Montañeses y llaneros Los montañeses son honestos, rudos, de miraje estrecho, reservados, refractarios a la novedad, de ambiciones limitadas, enemigos de aventuras, su espíritu no vuela más allá del campanario de la aldea; el llanero es más civilizado, generoso y de ideas amplias como el horizonte que lo rodea.

Población urbana y rural La población rural es soñolienta, tesonera, de gustos sencillos; la naturaleza incomprendida, en vez de iluminar su semblante con la dulzura del paisaje, pone en él un dejo de tedio y aburrimiento. El obrero urbano por su trabajo más activo, la variedad del escenario en que obra, el medio tumultuoso en que se agita, es de espíritu curioso, vivo de imaginación, alegre, chancero, nervioso, sugestionable, ligero, indolente y preocupado sólo de su bienestar.

Mediterráneos y costaneros Entre los hombres de la costa y del interior establece una diferencia la atmósfera salina y yodada del mar, que es un estimulante de la acción, que exalta los nervios y hace a los costaneros atrevidos, pendencieros, veleidosos en sus ideales, novedosos, fáciles de asimilar la cultura y costumbres exóticas, al mismo tiempo que la familiaridad con el mar ilimitado, lo tenta a la aventura, a seguir lo desconocido, lo incita a empresas audaces.

El mediterráneo es más cauteloso, reposado, reflexivo, reacio para imitar lo extranjero; su quietud le permite llevar a cabo obras de aliento; es respetuoso de los títulos, de las creencias,

(*) La estadística oficial da los siguientes datos:

Terrenos susceptibles de cultivo por irrigación.....	40.000	Km. c.
Cerros, lomajes y planos sin riego.....	122.252	>
Tierras planas regadas.....	10.300	>
Praderas naturales de Magallanes.....	50.000	>
Bosques de pastar.....	36.049	>
TOTAL.....	258.601	Km. c.

de las reputaciones consagradas; en una palabra, es más conservador.

La mujer del litoral tiene el andar ligero; la de tierra adentro, cadencioso y calmado.

Todas las diferencias que he señalado, bajo ciertos aspectos y sin alterar los rasgos fundamentales que marcan la unidad de la raza, hacen de los habitantes de una comarca una especie de extranjeros respecto de los de otras regiones.

A comarcas diversas corresponden caracteres diversos. El hombre toma la peculiaridad de la naturaleza que lo rodea. Taine ha dicho respecto de Grecia: «La alegría de los griegos es el producto de su naturaleza variada, festiva y frívola; nada hay solemne en su naturaleza, nada en sus espíritus».

Aislamiento de Chile El aislamiento de un país favorece la unidad y homogeneidad de la raza; el de las provincias que lo componen, las perjudica.

La situación de Chile, desde el punto de vista continental y marítimo, alejado del centro comercial del mundo, separado de la Argentina por la cordillera de los Andes, del Perú y Bolivia por los desiertos del Norte, hizo que Chile viviera aislado más de tres siglos. Agréguese a esto su relieve, que dificulta y encarece las comunicaciones, y su escasa población, diseminada en un suelo de abundante producción, pero que nada ofrece sin esfuerzo de brazos y capitales, y se comprenderá la influencia que esto ha tenido en su carácter intersocial. Así se tendrá explicada una de las causas de que no haya sido el país favorecido por una expansión automática, que se haya mantenido una rudimentaria división del trabajo, desarrollado sólo una incipiente industria manufacturera, que apenas se hayan explotado sus riquezas naturales y el por qué, los movimientos sociales, las ideas democráticas y de libertad que se propagan por las grandes vías de comunicación comercial, salvando todos los obstáculos por el telégrafo, difundiéndose por la prensa, hayan llegado siempre a Chile tardía y debilitadamente.

La misma causa de los obstáculos de la Cordillera de los Andes y la larga navegación por el Estrecho de Magallanes hizo que fuéramos menos favorecidos por la inmigración que los países americanos del Atlántico.

Chilli en aymará quiere decir donde acaba la tierra, esto es, el fin del mundo, y *Chiri* en quechua significa frío. Una de estas palabras debe de haber sido el origen del nombre de Chile.

La diversidad de caracteres cristalizaría, se acentuaría, haciéndose más estable y vigorosa con el tiempo, si otro factor no destruyera la obra del medio, tendiendo a la unidad: las vías de comunicación cada vez más rápidas y expeditas.

Comuni-caciones Las comunicaciones fáciles entre las provincias, hacen perder a éstas sus costumbres locales, uniforman al país, fundiendo lentamente en el tipo nacional las peculiaridades regionales.

Hasta mediados del siglo XIX no hubo en el país otras líneas de comunicación que los caminos carreteros, polvorientos en verano, lleno de baches fangosos en invierno y las veredas o sendas labradas por el tránsito, ni otros medios de transporte que el caballo, los birlochos, carretas y tropas de mulas o burros. El primer ferrocarril de América del Sur fué el de Caldera a Copiapó, construído en 1851.

Los ferrocarriles, correos, cables, telégrafos, teléfonos y sobre todo el mar tienden a uniformar el alma de la raza.

Costum-bres Las costumbres locales van por esto desapareciendo.

locales Se ha perdido el traje peculiar de los mineros. uniforme de cotón largo, ceñidor, calzoncillos anchos y *culero*. Ha desaparecido el tipo del *huanay*, boga del Maule que acarreaba por el río a Constitución todos los productos de las provincias de Talca, Linares y Maule. Eran hombres tostados, membrudos, recios como calabrotes, que remontaban el río llevando en su mayor trecho a la sirga, con el agua a la cintura, sus toscas y pesadas embarcaciones.

Va perdiéndose el bonete maulino, alto cono de paño, con una ala pequeñísima, la ojota de nuestros labriegos, el zueco de madera de nuestras campesinas.

El arreo de fiesta de nuestro pueblo, poncho flecudo de colores vivos, guarapón de pita de anchas alas, pantalón bombacho y zapatos crujidores de taco alto, va cambiándose por el traje burgués, descolorido y mal cortado.

Hace sólo quince años era uso en Antofagasta que los corte-

jos fúnebres caminaron a pie al cementerio y hasta los más modestos fueran precedidos de una murga infeliz compuesta de astrosos músicos. Aun hoy queda como vestigio de usos pasados el pañuelo negro que reemplaza al cuello y la corbata, como señal de luto.

Los caracteres locales no se han fundido totalmente en el carácter nacional a pesar de ensancharse la imitación y los medios de propagarse con el progreso; subsisten pequeñas diferencias entre el obrero del Norte, el labriego del centro y el insular del Sur.

Pampinos y labriegos El trabajo de las minas y salitreras es más rudo que el de la agricultura, exige hombres más vigorosos, produce salarios más altos; los obreros están a merced de los patrones por su alejamiento de los centros poblados, conviven en mayor intimidad los trabajadores de la misma faena, hay menos independencia en los pocos hogares que existen que están en común formando campamentos y relativamente mayor número de vicios por la mala constitución de la familia y la población trashumante de célibes y gente hampesca que acude a esas labores.

La alimentación más fuerte de carne y estimulantes que recibe el hombre del Norte influye en su vigor y en sus pasiones; el rústico sólo se alimenta de legumbres y harina tostada; muy de tarde en tarde come carne.

La majestad de la Cordillera en todo el país, las largas y monótonas alamedas, los sonoros y claros arroyuelos, el éxtasis de las lejanías, la transparencia de la atmósfera, la esplendidez del firmamento, los lagos de amoroso azul del Sur, los misterios de las frondas, unos con su magnificencia, otros con su melancolía, adormecen, limitan, aplastan a nuestro huaso sumiso, apocado, menos alegre, locuaz y expansivo que el obrero de las ciudades, más parco en manifestaciones verbales y más frío y dueño de sí que el obrero del Norte.

La aridez desolada del desierto produce en el ánimo del pampino el fatalismo resignado, el desprecio por la vida, la actividad febril, alternada con largos y desfallecientes reposos; el calor y los excitantes de que abusa tienen su imaginación y sensibilidad sobreexcitadas; es de palabra más fácil, de gesto más expresivo y de maneras más rudas que el labriego del Sur.

Uno y otros tienen comúnmente el mismo origen; más los pampinos son los hijos pródigos de las familias del Sur y las penalidades, el clima, el esfuerzo les imprimen un sello más viril de arrojo, de audacia, de despectiva dejadez.

Si en un hogar rústico hay un muchacho díscolo, animoso, intrépido, soñador, ése será un futuro aventurero que encontrará estrecho el horizonte de su rancho, mísera la vida del labriego, humillante la situación del inquilino, y tarde o temprano se escapará, ora tras el regimiento que con sus clarinadas pasó alborotando la quietud del valle, ora tras la aldeana de ojos color de uva que fué a servir a la ciudad, ora en busca de fortuna, ora sin rumbo ni propósitos definidos, arrastrado por una necesidad imperiosa de ver mundo y otros rostros y otras tierras; éstos son los hombres del Norte; sus hermanos, cohibidos y sumisos, se quedan al amor de la tierruca.

Los campesinos tienen gran apego al dinero, porque sus jornales son escasos; son suspicaces, tímidos y respetuosos de toda autoridad, llámese patrón, cura, juez o subdelegado; su labor los adhiere a la tierra y el régimen de semi-servidumbre del inquilinaje los domestica y esclaviza. El clima suave, la humedad predispone su temperamento flemático a la inercia; las prolongadas lluvias del invierno, obligándolos a un forzado descanso, le hacen amar la pereza; el paisaje que los rodea los hace melancólicos y creyentes: todo contribuye a atenuar sus energías y a apagar sus ambiciones.

No son hombres de empresa y acción; son desconfiados para arriesgarse e inactivos para calcular; su vida tediosa y gris comienza en el rancho pajizo y termina a corta distancia en el cementerio de la aldea.

Los hombres del norte El hombre del Norte malbarata el dinero con el mismo desprecio con que derrocha la vida. La naturaleza no tiene para él sonrisas: las colinas áridas y abrasadas del desierto, siempre iguales, el cielo, de una diafanidad y monotonía irritantes; la atmósfera glacial en la noche, sofocante en el día; ni una ala fugaz, ni un verde oasis que alegre y refresque las pupilas fatigadas con la reverberación del sol; parece que la Providencia se hubiera alejado de esa tierra estéril e inclemente; por eso el hombre del Norte cambia de fisonomía y de carácter, más que por el trabajo,

por esta naturaleza hostil: por eso, es descreído y sólo tiene fe en la pujanza de su brazo.

El clima áspero, el trabajo rudo, la vida aporreada, los salarios más crecidos y las torpes diversiones más frecuentes, hacen que el pampino se embriague a menudo y con exceso de actividad, de palabras y de alcohol.

Su muerte es generalmente la síntesis de su vida acerba, borrascosa, desamparada; casi siempre muere sin afectos, sin lágrimas, sin preces, en el mísero camastro de hospital, los puños crispados, torva la mirada, impenitente y airado.

El hombre del Norte es un aventurero de tez bronceada por el viento y el sol, de miembros endurecidos, corazón temerario, siempre generoso, arrogante, intrépido, derrochador en la buena fortuna, altivo en la miseria y magnífico en la guerra.

Sin embargo, este tipo robusto y viril va desapareciendo. Las frecuentes crisis salitreras han producido los paros forzados que, como una tormenta, esparcieron por el país el rebaño humano que la necesidad y la codicia agrupa en la pampa; han formado las caravanas de astros desocupados que recorrieron el país en doliente éxodo, y han establecido el régimen desmoralizador de los albergues. Estos sucesos enervaron a los trabajadores con el hambre, los abestiaron con la miseria, los pervertieron con el ocio.

El mal fué más lejos; su miseria fisiológica debilitó su poder mental, creó el morbo nervioso y el desequilibrio e hizo de ellos masas sugestionadas de revoltosos que aullaron por las calles el odio insano que exhudaban sus harapos.

Hay también diferencias de verbosidad y viveza imaginativa entre los hombres del norte y sur del país.

La parsimonia de palabras disminuye a medida que se camina hacia el norte; los poetas y oradores del centro y sur son sencillos; los copiapinos más verbosos; los de Tarapacá tienen ya la imaginación y sonoridad tropical.

En Antofagasta, el lustrabotas que me limpia el calzado es mi comunero en unas minas y sabe más que yo sobre los informes de los metales dados por los ingenieros, ley de los metales, valor de las acciones y la probable negociación pendiente.

En la Caja de Ahorros encuentro un carretero con su cota de lona que ha dejado la carreta a la puerta para depositar sus ahorros.

Pregunta al cajero por la diferencia entre los intereses del dinero en cuenta corriente o en depósitos a plazo, y después de reflexionar, opta por depositar sus ahorrillos a seis meses plazos.

En Valparaíso, en un viaje a las Termas de Cauquenes, un fletero que dice haberme conocido en Antofagasta se encarga de mis maletas, las hace pasar por la Inspección del Resguardo, las deja rotuladas en la bodega de equipajes, me entrega el boleto y me da razón del itinerario de todos los trenes. Al preguntarle cómo había obtenido que no me abrieran mis cajas, me dice, guiñándose el ojo con malicia: El guarda es radical, patrón, y le dije que Ud. era diputado del partido. Llego a Rancagua y el cargador y acomodador no sabe retirar los bultos de la bodega y no sabe el itinerario del único tren de pasajeros que va a las Termas, no obstante estar en esa labor hace tres meses.

Los insulares El psicólogo Ribot, en una de sus obras dice: «Sería difícil encontrar hombres más dulces y más amables que los de Chiloé, oriundos de una mezcla de proporciones variadas de indios y españoles».

Los chilotas descienden de una raza indígena más apacible que la bravía del continente que se mezcló con los españoles. La influencia de estos últimos fué más profunda, pues su dominación duró hasta el año 1826. Esto y el medio físico han establecido algunas diferencias con los habitantes del centro y norte de Chile.

El alma del chilote, en contacto permanente con bosques poblados de misterios, palpitaciones, voces extrañas; con islas que nadan como cisnes, con un cielo brumoso, con una mar atronador convulsionado por huracanes y tempestades, subyugado por el encanto del paisaje o empavorecido por los terrors dispersos y las cóleras de la naturaleza, se ha reconciliado en sí mismo con cierto misticismo, ha adquirido el sentido de lo extraordinario propio de las almas sencillas, se ha hecho crédulo, melancólico y supersticioso. Por esto, su mitología es la más copiosa del país y es poco comunicativo, inclinado a la soledad y al ensueño. De dicción lenta, piensan, sienten y cantan más que hablan, dándole a la frase una especial modulación. Son además sobrios, económicos y hospitalarios.

Hay más asistencia media a las escuelas, mayor número de

éstas y menos analfabetos que en todo el resto del país. La instrucción general se observa en el trato de las gentes, en la corrección con que se expresan, pronunciando bien las palabras, sin perder la emisión de las *eses* finales y empleando vocablos propios, voces y giros arcaicos, desconocidos en el resto del país, como «redoma» por «botella de agua,» «mercar» por «comprar».

La difusión de una enseñanza sin fin práctico, que no habilita para la vida, hace que todos aspiren a los empleos públicos y que pululen los tinterillos y los politiqueros.

La política es el vicio de los insulares; sin dar valor a los ideales o programas de los partidos, la lucha es constante y enconada; sus incidencias y hazañas son el tema constante de las conversaciones, y el dinero de los cohechadores del voto electoral el maná que caía sobre la isla cada tres años.

Resumen Hemos visto que la luz o la niebla, el calor o el frío, la sequedad o la humedad, la fertilidad o aridez del suelo, la riqueza del subsuelo, la situación del país en el orbe, la extensión de sus costas y de sus ríos, el caudal y las caídas de éstos y el sistema orográfico, modifican física y moralmente al hombre, determinan su trabajo, delínean su carácter que recibe el molde de la comarca que habitan y apresuran o retardan el crecimiento de las civilizaciones jóvenes.

Esta es la acción del medio físico que obra con tanta más energía cuanto más inculta e inorgánica es la raza. Pasado el primer grado de desenvolvimiento, empieza ésta a libertarse de su acción, y, por fin, el hombre, merced a su fuerza psíquica, vence todos los obstáculos que la naturaleza le opone y hace habitables todas las latitudes.

Hemos visto, asimismo, que el progreso tiende a estrechar los vínculos de los pueblos, a hacer desaparecer el carácter y los usos locales, a transformar en internacionales el pensamiento y las costumbres nacionales.

En Chile, ya no podría hablarse del carácter provinciano como lo hacía Jotabeche en 1845: «el indomable pero noble «orgullo del talquino; la angelical resignación del maulino; «la agreste y habitual servidumbre del inquilino de Colchagua; «la amable *san facon* del coquimbano; el estirado, ceremonioso «y adocorado copiapino; el penquista tesonero; el chilote fa-

«talista». Estos firmes rasgos se han perdido; apenas subsisten algo borrados el tradicional orgullo de Talca, el fatalismo chilote, la vanidad por el pasado esplendor de la egregia Copiapó.

A Chile lo cercan erguidas montañas de cabeza cana y áspero perfil, que sólo muestran su faz rugosa cuando la tormenta desgarra el velo de nieblas que la envuelve y un mar espejeante y rumoroso que golpea irritado y bravío los acantilados de la playa, mientras entona una perpetua salmodia al infinito.

Aquellas han dado energía, austeridad, voluntad tenaz, noble orgullo a la raza que enseña ya sus muñones alados para alcanzar las cimas que la incitan a la ascensión ideal.

Del vasto océano, brazo enorme que se extiende a los países más lejanos, con el puño cerrado para el ingrato y la mano abierta para el amigo, ha recibido la raza iniciativa, audacia, espíritu aventurero y la esperanza de mejores días para la patria. El bardo, el vidente lo ha dicho en nuestra canción nacional: «ese mar que tranquilo te baña te promete futuro esplendor».

Cubre a Chile un palio de intenso azul de donde desciende ora una luz apacible que se refleja adormilada en las pupilas de nuestras mujeres, ora una claridad radiosa que ilumina el pincel de los artistas al copiar la niebla encendida del atardecer de nuestros valles.

Las zonas naturales del país son bien definidas.

En el Norte, tenemos un desierto blanco de sol que por contraste da pan al mundo; a continuación, una zona de transición minera y agrícola, de paisaje sobrio y austero; en el centro, entre la cordillera y el mar, un riente valle de trigales dorados, de verdes viñedos, de gozosos huertos; más al Sur, bosques seculares y sombríos de robles y araucarias, selva húmeda y sin color; más al sur todavía, islas de ensueño que surgen de una niebla violácea; en el extremo austral, suelo llano y frío de pasturaje, blanco de nieve.

El mar nos da pesca abundante y nos señala derroteros de futura riqueza comercial; escarbando el desierto, extraímos el oro blanco; horadando la cordillera de los Andes, cobre y fierro; arañando las montañas de la costa Sur, el oro negro; con sólo detener el empuje de los torrentes que se despeñan, tenemos fuerza motriz para todas nuestras industrias; con cultivar los frescos valles, cosechamos todas las riquezas agrícolas.

El ritmo armonioso del medio físico de Chile, hace de nuestro suelo una tierra de promisión.

Lo demás, capital, esfuerzo, trabajo, es obra de la raza.
¡Bendita sea nuestra tierra!

LIBRO II



RAZA

CAPITULO I

Latinos e ibero-americanos

SUMARIO.—EN QUÉ SENTIDO SOMOS NEO-LATINOS.—RASGOS DEL CARÁCTER DE LOS NEO-LATINOS.—DIFERENCIAS GENEALÓGICAS DE LOS PAÍSES IBERO-AMERICANOS.—RASGOS DE MULATOS Y CHOLOS.—SUPERIORIDAD DE LOS PAÍSES AUSTRALES.—CARÁCTER GENERAL DE LOS HISPANO-AMERICANOS.—CAUDILLISMO Y OLIGARQUÍA.—PROFESÍAS DE BOLÍVAR.—DICTADURAS.—DEPENDENCIA ECONÓMICA.—LITERATURA.—RASGOS DE CARÁCTER DIFERENTES EN LOS PUEBLOS IBERO-AMERICANOS.—EL CAUDILLEJO EN LA AMÉRICA LATINA.—MÉJICO.—COLOMBIA.—VENEZUELA.—ECUADOR.—BRASIL.—URUGUAY.—PERÚ.—PARAGUAY.—BOLÍVIA.—ARGENTINA.—EN CHILE NO HUBO TIRANOS.—SUPERIORIDAD DE CHILE EN EL SIGLO PASADO.—IMITACIÓN.—PROGRESO DE AMÉRICA.—AMERICANISMO.

En qué sentido somos neo-latinos Raza latina propiamente dicha no existe; la influencia étnica de Roma sobre los países neolatinos es nula; hay sólo un proceso de latinización.

Los pueblos de lengua romana no son latinos desde el punto de vista antropológico sino desde el punto de vista

intelectual; hasta cierto límite, somos hijos intelectuales de Roma por haber heredado la cultura romana, por la lengua, el derecho civil y el cristianismo, influencias que aun perduran.

Varios siglos de contacto de Roma con los pueblos conquistados de cultura inferior hizo que éstos asimilaran en parte sus ideas, hábitos y sentimientos; los bárbaros que después invadieron el imperio romano, sintieron, a su vez, la influencia dominadora de la cultura de los vencidos: éste es el lazo intelectual de los actuales pueblos neo-latino: Francia, Italia, España, Portugal, Rumania y América latina.

Los países ibero-americanos son de mentalidad latina por la influencia de la legislación española de origen romano; del castellano y portugués, lenguas romances; del catolicismo, que tiene su sede en Roma y habla en latín; de las ideas políticas y estéticas de origen francés, pueblo neo-latino.

Sin embargo, ésta puede ser sólo una faz pasajera de la evolución que tiende a destruir los rasgos distintivos y salientes de las razas con la mezcla incesante de ellas.

Rasgos del carácter de los neo-latinos

Los hispano-americanos tenemos, en general, atenuados o exagerados las virtudes o vicios de los países neo-latino. Estos tienen poder de imaginación, sentido artístico, inventiva, genialidad, inteligencia brillante y flexible, muy a menudo superficial, facilidad oratoria, culto por las formas bellas, aptitud para la vida contemplativa y para la especulación fantástica, fe en las ideas y en los dogmas políticos. Por idealismo, son ocasionalmente igualitarios o humanitarios, no obstante la natural desigualdad de los hombres y la hostilidad constante de naciones y razas.

El pensamiento sajón es más profundo, pero más oscuro; el sajón investiga pacientemente, pero su intuición es menos lúcida, adivina menos. El pensamiento latino es el continuador del griego; como aquél, sutil, ligero, ponderado, claro, busca por sobre todo el orden y la armonía.

La educación dada hasta ahora en los países neo-latino es más mnemónica que práctica; da demasiado desarrollo a la inteligencia en desmedro de la voluntad y del vigor físico y estimula el profesionalismo excesivo.

La originalidad de la educación anglo-sajona consiste en fomentar la especialización, lo que rebaja la cultura general, y

el desarrollo físico, lo que aleja el sensualismo, retardando la pubertad.

En Sud-América ha culminado el sistema escolar argentino, la enseñanza moral del Uruguay, la profesional del Brasil, la literaria de Colombia, la pedagógica y militar de Chile.

La vivacidad y el convencimiento de su aptitud intelectual hacen que el obrero neo-latino pretenda saberlo todo en perjuicio del desarrollo industrial que exige, para prosperar, unificar los fines y extremar la división del trabajo; en cambio, el anglo-sajón, más modesto y tardío, se conforma con hacer sólo una cosa y la hace a conciencia.

El catolicismo predomina en los países neo-latinoamericanos: en las clases ilustradas es común el materialismo en el pensamiento y en la vida y el escepticismo en religión; en las nescientes, la religiosidad se reduce a los actos externos del culto hechos casi mecánicamente a fuerza de repetirlos, sin íntimo sentimiento religioso.

Hay quienes creen que este escepticismo es causado por la pugnaciedad del clero católico con las ideas políticas dominantes. Profundo error. En los países anglo-sajones, los católicos son intensamente religiosos y su influencia ha llegado a ser potente por su unidad y el número de sus prosélitos.

Por exceso de individualismo y poco sentimiento del deber social, las multitudes neo-latinoamericanas, muchas veces conservadoras en sus sentimientos, son inconstantes, indisciplinadas, levantiscas en sus actos, lo que las hace mirar como atentado contra la libertad o vejamen personal los reglamentos o medidas de orden de la autoridad y las leyes mismas que no respetan.

El estado es generalmente omnipoente y existe un régimen administrativo centralizado y por lo mismo complejo y reacio para obrar.

El parlamentarismo en los países neo-latinoamericanos ha agravado los vicios inherentes a este régimen; ha hecho un gobierno instable, sin responsabilidad, y ha creado una poderosa y no siempre apta y honrada burocracia por la coalición de intereses locales, regionales, partidistas y privados que ahoga los intereses nacionales.

Se ha dicho por Le Bon y Ed. Demolins que los latinos aman más la igualdad que la libertad, y los anglo-sajones, al contrario; por lo que el socialismo es propio de las razas latinas. Esto no

es efectivo. El socialismo práctico ha prendido igualmente en todos los países. En Australia y Nueva Zelandia, los ingleses se han vuelto socialistas de Estado; en Inglaterra, hasta los conservadores o coaliciones formadas con este partido, hacen concesiones y obran como socialistas, y los laboristas gobernaron algunos meses el Imperio; y en Alemania, en donde el respeto a la jerarquía y a los títulos es excesivo, el socialismo es más fuerte que en los países latinos.

En Hispano-América, el socialismo apenas figura como partido organizado en algunos países; en Francia, una violenta reacción imperó después de la gran guerra; en Italia, donde los socialistas eran tan poderosos, han sido combatidos con las mismas armas por los fascistas, adversarios fuertes, violentos y exaltados como ellos, y en España impera un despótico régimen militar.

Inglaterra y Francia se democratizan sin peligro alguno de caer en la demagogia y el maximalismo.

Diferencia genealógica de los países ibero-americanos Las condiciones genealógicas y materiales han contribuído a la diferenciación de los países ibero-americanos; las revoluciones y las guerras han consolidado estas diferencias, fortaleciendo el sentimiento nacional.

canos El fundamento racial de los países hispano-americanos es el español y el indio; en éste el barón de Humboldt encontró mucha semejanza con los tártaros.

Las indias unidas a los Pizarros, Corteses, Almagros, Alvarejos, Sotos, Valdivias, Encisos y sus compañeros, no menos vigorosos y arrogantes, formaron esta hibridación de inteligencia y de sensibilidad superior que se llaman sub-razas hispano-americanas.

El español se mezcló con el indio por no haber traído mujeres, porque éste nunca fué esclavo y no tenía diferencias tan marcadas como con el negro o el chino.

Donde el indígena está al lado del blanco o del mestizo sin fundirse, es fácil el despotismo político; donde la masa indígena es superior a la blanca o mestiza no hay decadencia, pero el progreso es detenido por el peso muerto del elemento indígena.

Las razas indígenas más importantes fueron la azteca en

Méjico, la aymará y la quechua en América del Sur: los segundos, belicosos, egoístas, rencorosos, crueles y desconfiados; los últimos, apacibles, ordenados, obedientes y pasivos. Los diversos climas atrajeron a hombres de diferentes provincias de España según sus inclinaciones. Los andaluces prefirieron los trópicos, los vascos y gallegos las regiones templadas, los castellanos se esparcieron por todas partes; esto tendió a diversificar los caracteres de las razas, porque los vascos son más tenaces que los andaluces, los gallegos más industriosos que los castellanos.

En Bolivia, Perú, Ecuador, Paraguay y Méjico, los indios son mayoría; en Chile, la clase pobre es totalmente mestiza; los indios puros van desapareciendo; Argentina es casi totalmente blanca y el Uruguay lo es del todo.

En Mejico sólo un quinto de la población es blanca; la región del interior del Paraguay es totalmente india.

En Venezuela, las tribus de indios independientes que aún quedan en las selvas del Orinoco no forman parte esencial de la población; los demás han sido absorbidos por el resto, que es mestiza.

En Ecuador, más de la mitad de la población es indígena; casi $\frac{3}{8}$ son mestizos y hay un $\frac{1}{8}$ de blancos.

En Colombia, hay mayor número de familias españolas que en Venezuela y Ecuador.

El censo de 1910 dió al Perú 57% de indios y 11,9% de negros; hay 2.500,000 de habitantes; que viven en la Sierra, hablan quechua o aimará y conservan el comunismo tradicional.

En 1905, había en Bolivia 903,126 indígenas: 485,293 mestizos y 231,088 blancos.

En la Argentina, la sangre indígena sólo abunda en algunas poblaciones del interior; es mucho menor en la costa, escasísima en la pampa, y la capital es totalmente cosmopolita. Quedan tribus de indígenas en el N. O., en los flancos de la cordillera cerca de Jujuy y Tucumán y en el Sur, en el Chaco.

Otro elemento étnico que contribuye a la diferenciación de los países latino-americanos es la raza negra. La mayor parte de la población de Cuba y Santo Domingo es negra; hay negros en las costas caribes, en las ciudades marítimas de Colombia y Perú y en el Brasil. En este país, componen los $\frac{2}{5}$ de la pobla-

ción, cerca de 8.000,000. Los indios son escasos, excepto en Paraná y a lo largo de las riberas del Amazonas.

En la Argentina, Chile y Uruguay, los negros constituyen una excepción.

El Perú es un mosaico de blancos, indios, cholos, negros, chinos tímidos y astutos, japoneses ágiles y discretos. Los amarillos no son suficientes para cambiar el carácter de la raza, pero la complican.

Mulatos y cholos De las mezclas de las razas principales, resultan: el cholo, descendiente de blanco e indio, pero en que predomina este último; el mulato, descendiente de blanco y negro, y el zambo, de negro e indio.

Rasgo común de mulatos, cholos, indios y zambos es la falta de sentido moral, de probidad; cuando se les sorprende robando, no sienten la menor vergüenza.

El cholo es altanero, díscolo, fácil en deslumbrarse por todo lo que brilla, envidioso y muy susceptible; es más alcohólico, holgazán e inclinado a la rapiña que el indio.

El mulato es impulsivo, pretencioso, falso, irritable, voluble en sentir y en pensar, lo que hace que comúnmente viva de expedientes y abismado en vanos proyectos. Con su verbosidad y rapidez de imaginación simula talento; con su fanfarronería, valor.

La inconstancia es más propia de los mulatos que de los indios; la melancolía es herencia indígena; los celos feroces, herencia negra.

En Chile y Brasil se han establecido alemanes; en Uruguay, españoles e italianos; Argentina ha recibido una copiosa inmigración especialmente italiana que ha contribuido a individualizarla apartándola del carácter español, de tal modo, que la tercera parte de la sangre futura será italiana y hoy forma el conjunto menos homogéneo de América del Sur.

Cuando dos razas distintas subsisten en un mismo territorio sin confundirse, como sucede en los países en que hay fuerte proporción de indígenas puros, son un motivo de discordia permanente las diferencias de sus caracteres ancestrales y sólo los aproximarán debilitadamente los caracteres que juntos adquieran durante su convivencia.

En Perú, Bolivia, Ecuador, la clase blanca dirigente sigue las

costumbres de origen europeo; los indios conservan las suyas; en los países australes, las mismas leyes y costumbres rigen para todos los habitantes.

Superioridad de los países australes

La superioridad evidente de las repúblicas australes respecto de las tropicales del Pacífico consiste en que no tienen mezcla de negros, lo que acrecienta el orden interno, pues donde éstos abundan, los desórdenes son constantes; en que no tienen raza indígena pura en número apreciable que estorbe el progreso en conjunto e igual en todo el país, y en que sus mestizos tienen una proporción mayor de sangre blanca y éstos, por razón del clima más frío, tienden a aproximarse al tipo blanco puro, mientras que en los países cálidos se aproximan al tipo de color.

La raza peruana, mezcla de quechuas pacíficos con andaluces brillantes, exagerados e inactivos, y complicada con negros, es diferente de la raza chilena, mezcla de indígenas viriles y salvajes con tenaces castellanos y vascos sobrios y prudentes, sin contacto alguno de negro.

Francisco García Calderón dice que la inferioridad en la historia de las repúblicas americanas consiste principalmente en la heterogeneidad de razas que han formado por su mezcla seres desequilibrados y la imperfecta soldadura de herencias divergentes y de naturaleza antagónicas que se repugnan mutuamente.

No está comprobado que el mestizo sea inferior a las razas cuya sangre lleva. El mestizo hispano-americano es considerado blanco, y tiene las características mentales de éste, sus ideas y costumbres, apartándose más en su apariencia física.

Carácter general de los ibero-americanos

Se dan como caracteres genéricos de todos los mestizos hispano-americanos, cierta inarmonía psicológica y una relativa falta de sentido moral. Bunge dice: «el carácter de los hispano-americanos es no tener carácter».

Son inteligentes, de ingenio lúcido, valerosos, arrogantes, entusiastas, de temperamento vivo, de gesto expresivo, de severa moral doméstica, forman hogares sólidos donde reina la mujer por sus virtudes y el adulterio es un crimen; pero al mismo tiempo son indolentes, ostentosos, amigos del placer, dispu-

tadores y amorales en política, inconstantes y superficiales en sus obras, vanidosos y exhibidores en sus actos, verbosos y poco exactos en la expresión de su pensamiento y tienen un fondo de atávica tristeza que hace que sus alegrías sean sólo a flor de labio.

Sumadas la indolencia española, la pereza india, la apatía negra, resulta la negligencia criolla, a quien le place más reposar, soñar, divertirse, que trabajar. El que recibe una mediana instrucción desprecia las labores manuales; el obrero es reacio a ejecutar una obra paciente y ordenada; los cultores de las ciencias y letras gustan de las ideas generales y dan menos importancia a las rebuscas afanas, a las investigaciones perseverantes; los escritores aman más la gracia fácil, la frase cincelada, la verbosidad ampulosa que la profundidad de pensamiento; los políticos pierden su tiempo en líricas declamaciones doctrinarias, no como los estadistas de verdad, comúnmente parclos de palabras, siempre estudiados y fecundos en actos.

Durante la colonia, en toda América se repartía el tiempo entre la siesta, la mesa y la iglesia; hoy, el gaucho pasa sesteando; el cholo, adormilado, despiojándose.

El chileno de los puertos y grandes ciudades no es perezoso; queda sólo un poco de indolencia en los campos, en las aldeas en donde todo se adormece al abrigo de un viejo campanario, a la caricia del aura perfumada, al arrullo del agua que corre.

Esta negligencia lleva a los hispano-americanos al parasitismo burocrático, a esperarlo todo del Gobierno, al ansia de tener riquezas fáciles sin detenerse en escrupulos, a la falta de iniciativa y capacidad industrial y comercial de las clases dirigentes, que los constituyen en vasallos de los extranjeros en el orden económico.

La ostentación fanfarrona del criollismo ha obligado a la clase alta, y aún a la clase media, a hacer innúmeros sacrificios para mantener un falso rango, a rendir culto apasionado a las apariencias, a conceder importancia excesiva a las ceremonias sociales y a alejarse profunda y desdeñosamente de las clases inferiores con el objeto de exhibir una pureza de sangre que a veces no se tenía, una aristocracia sin tradición o una superioridad que careció en ocasiones de títulos legítimos.

Esta vanidad jactanciosa ha motivado revoluciones, ha elevado rápidamente a falsos héroes, a mentidos estadistas que han

aclamado por un día las multitudes para derribarlos al siguiente, y ha exagerado el sentimiento de la dignidad personal de tiranos y constitucionales jefes de Estado hasta llegar a la autolatría, exageración de que no se exceptuó nuestro gran Presidente don José Manuel Balmaceda.

Países nuevos han imitado de la vieja cultura europea lo que es de más fácil asimilación: el lujo, los placeres, la moda; se han nutrido de su corteza no de su médula; en consecuencia, su concepto de la vida es más superficial; su espíritu de asociación, sin el cual no pueden emprenderse grandes obras, es más limitado; su tolerancia, flor exquisita de la civilización moderna, es más estrecha.

En los países en que dominó el elemento andaluz, hay una exageración imaginativa que avecina con la mentira; en los que abunda el indio, se miente sin atenuaciones.

Complicadamente tristes y fatalistas fueron los conquistadores españoles, abismados por lo maravilloso de sus hazañas, por el pavor de lo desconocido, por la magnificencia de las tierras vírgenes que descubrían y abatidos por la nostalgia de la patria y los padecimientos soportados con estoicismo. Más sombríos aún fueron los indígenas, resignados a la humillación y esclavitud, temerosos de la naturaleza, del hombre y de un Dios vengativo.

De estos tétricos ascendientes nace la tristeza del chileno, del criollo argentino, del boliviano y demás hispano-americanos, que se manifiesta en su arte popular, compuesto de música melancólica, poesías doloridas, cantos lastimeros, como las tonadas, tristes y vidalitas.

Las condiciones materiales que han contribuído a diferenciar los países hispano-americanos son principalmente su riqueza y producción y su configuración geográfica.

Caudillismo y oligarquía

En los países muy extensos en que las comunicaciones son difíciles, obstruidas por desiertos, bosques, cordilleras, en que la escasa población se halla esparcida en unas pocas ciudades, separadas por grandes distancias, el gobierno democrático es imposible, porque no puede existir opinión pública, si carecen las ideas de medios expeditos de difusión, y la política es manejada exclusivamente por pequeños núcleos de personas que

viven en unas pocas poblaciones. En tales países, los funcionarios no son fiscalizados y el pueblo carece de influencia en el gobierno.

Obsta también al ejercicio correcto del gobierno democrático el analfabetismo, la situación del obrero que soporta una abyecta dependencia económica y la existencia en el mismo suelo de raza india o negra, que no se ha fundido con la blanca y que conserva sus costumbres e idiomas propios. Estas circunstancias establecen entre los habitantes del país distancias insalvables formadas por las diferencias de cultura, fortuna o raza, que impiden su solidaridad y hacen ilusorias las leyes electorales más perfectas.

Los países más favorecidos por estas condiciones materiales han sido: Chile, que hasta mediados del siglo pasado tenía la mayor parte de su población agrupada en una área pequeña del valle central; el Uruguay, pequeño, fértil y poblado, y la República Argentina, cuya política ha sido dirigida desde la populosa ciudad de Buenos Aires; además, en todas ellas han faltado los inconvenientes de más de dos razas diversas.

La mayor parte de los países hispano-americanos, por su heterogeneidad de razas, por habitar territorios muy extensos con malas comunicaciones, por tener una población muy poco densa, compuesta en algunos de indígenas en su mayoría, por el analfabetismo casi general, por la herencia colonial española de la cual no se han desembarazado del todo, por falta de tradiciones políticas que hayan formado el patriotismo cívico que impone a todos los habitantes una participación activa y desinteresada en los asuntos públicos, no constituyen verdaderas democracias, no obstante el siglo de vida republicana que llevan, y algunos son aún, a pesar de su nombre, organismos despóticos dirigidos todavía por la espada.

Según Ross y Bryce, las únicas Repúblicas bien organizadas son Argentina, Chile y Uruguay.

Hay que advertir que esta opinión sobre Chile fué dada antes de los golpes de estado militares de 5 de Septiembre de 1924 y de 23 de Enero de 1925.

En casi todos los demás países hispano-americanos, una minoría se ha apoderado del gobierno; el pueblo no interviene ni influye en su dirección, y en todos ellos, la práctica contradice la teoría: hay libertad electoral y el Gobierno elige los miembros

del Congreso; existe libertad de imprenta y se clausuran los periódicos adversos al Jefe del Estado; se condena la pena de muerte y se fusila a los militares acusados de sedición.

Declarada la independencia, se dictaron en todas las Repúblicas constituciones liberales y progresistas que impusieron la abolición de la esclavitud, la apertura de los puertos al comercio mundial, el fomento de la instrucción y la inmigración, la supresión de los títulos nobiliarios, el sometimiento al Estado de las autoridades eclesiásticas y establecieron teóricamente restricciones para los gobernantes y para los gobernados y las libertades de industria, de comercio, de imprenta y de reunión.

En el hecho, se mantuvo la rutina española y a pesar de las formas republicanas, ni las restricciones constitucionales impuestas, ni las libertades concedidas se cumplieron en la práctica.

Los jefes de Estado fueron más autócratas que los antiguos representantes de la corona; los jefes militares, el clero, los terratenientes formaron oligarquías que reemplazaron a los orgullosos peninsulares, con sus prejuicios, su tiesura, su desdén por la industria, el comercio, las profesiones innobles y su menosprecio por las clases desvalidas.

Quince años de continuo guerrear desarrollan un militarismo arrogante y belicoso. En todas partes, a raíz de las luchas de la independencia, imperan caudillos militares que exigen todo el poder público en cambio del progreso del país que prometen o de la defensa de su honor o integridad que toman y que dirigen masas fascinadas e ignoradas, políticamente con tendencias demagógicas, socialmente con instintos comunistas. Son dictadores de espada que se colocan por encima de las leyes y que con independencia de toda representación de intereses colectivos gobiernan sin contrapeso, salvo algunos militarotes ignorantes a quien domina algún civil astuto y adulón. En este período no hay partidos políticos, sino influencias personales fundadas en el prestigio o audacia de los caudillos.

La anarquía y confusión son generales: luchan los caudillos entre sí; la clase civil, con la militar; los mestizos, con la oligarquía o aristocracia; los radicales, con los cléricales; las provincias, con la capital de los nuevos estados.

Profesías de Bolívar En este caos, hay un vidente que predice el futuro y una república que se libra de la anarquía y el militarismo: el vidente es Simón Bolívar; el país es Chile.

En un mensaje, decía Bolívar con la clara concepción de un estadista: «El sistema de gobierno más perfecto es «aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política».

Y en una carta escrita en Jamaica en 1815, en que profetiza el porvenir de todas las naciones hispano-americanas, predicciones que se cumplen en todas sus partes, dijo de nuestro país: «Chile es llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres sencillas de sus virtuosos pobladores, por el ejemplo de sus vecinos, los altivos republicanos de la Araucanía, a gozar del bienestar que procuran las justas y dulces leyes de una República».

«Si alguna República dura largo tiempo en América creo que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad, los vicios de la vieja Europa y el Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del Universo. Su territorio es limitado y estará siempre fuera del contacto infeccionado del resto de los hombres. Ella no alterará sus leyes, sus costumbres, sus prácticas; ella conservará la uniformidad de sus opiniones políticas y religiosas. «En una palabra, Chile puede ser libre».

Dictaduras El cansancio, el desorden, la pobreza que produjo la anarquía militar, hizo que los pueblos aceptaran la autocracia de los caudillos más enérgicos, de los que imponían el orden con mano más ruda y de los que, dejando a un lado abstracciones políticas, impulsaban la agricultura y el comercio. Ellos, sin pretenderlo, echaron a veces la simiente de las futuras democracias al buscar el apoyo del pueblo compuesto de mestizos, indios y negros en sus luchas con las oligarquías aristocráticas.

Estos dictadores, elegidos con el nombre de Presidente de la República por un número reducido de ciudadanos que por su fortuna e ilustración eran los únicos que intervenían en la vida pública, eran los supremos electores; ellos formaban los Congresos a su antojo; la opinión pública no existía.

Hasta mediados del siglo XIX, en todas partes, con excepción del Brasil, gobernado por el bondadoso emperador Pedro II, y de Chile, donde el enérgico Portales había concluído con el caudillaje, dominan los dictadores; después se mantienen constantemente sólo en los países más desorganizados, en donde todavía existe el militarismo, como en Perú, Bolivia y en América Central, exceptuados Costa Rica y Salvador, países relativamente pacíficos.

En la segunda mitad del siglo XIX, a los generales suceden los jefes de los partidos; las libertades constitucionales comienzan a practicarse con eficacia; el desenvolvimiento de la fortuna privada y la difusión de la cultura, concluyen con los caudillos, y sus energicas personalidades son reemplazadas por un núcleo numeroso de profesionales, terratenientes, comerciantes, banqueros: empieza el período industrial y la influencia de la plutocracia.

La revolución, la anarquía, la dictadura fueron, pues, fases necesarias en la evolución de las nuevas repúblicas. En ella, Chile iba de avanzada. Y como la marcha no ha sido uniforme, hay países como Haití en donde el despotismo militar continúa; otros, como Bolivia, en donde persisten las dictaduras, mantenidas en provecho del jefe y sus amigos; en otros países, como Colombia, la opinión pública ya influye en el Congreso y éste limita el poder ejecutivo, y hay asimismo verdaderas repúblicas, como Argentina, Uruguay y Chile hasta ayer, donde las autoridades son elegidas libre y constitucionalmente.

En el siglo pasado, la clase media y la clase pobre no intervienen en el gobierno; el poder político y social está en manos de las clases ricas e ilustradas, especialmente de los terratenientes, que forman oligarquías que prestan decidida protección a sus intereses con olvido de las otras clases sociales.

Los individuos de la clase media que sobresalían por su inteligencia y cultura podían ingresar a la clase alta; los pobres, por su escaso salario y su analfabetismo, estaban colocados a distancia tan enorme de aquéllas que no podían cambiar de clase.

En este siglo, la clase media tiene influencia poderosa en el gobierno; la opinión pública es formada por todas las clases sociales; los partidos políticos, a quienes separaban antes sólo intereses personales o de bandería, van en camino de diferen-

ciarse por intereses económicos, dejando en segundo término las cuestiones religiosas, y en los países donde no hay razas desiguales, las libertades constitucionales no son una mentira: la libertad de sufragio es un hecho y el proletariado defiende sus propios intereses en el campo político.

En la intervención que va teniendo el pueblo en la formación y dirección del gobierno, la República del Salvador se adelantó a las demás Repúblicas.

Los beneficios de la paz, la explotación de las riquezas naturales han producido el engrandecimiento material y económico de la América, pero han creado al mismo tiempo nuevas necesidades y desarrollado el egoísmo, la pasión del bienestar, la avidez de oro; la evolución hacia una democracia verdadera ha producido la actividad política de gran masa de pueblo sin educación cívica, lo que ha ocasionado la tiranía de los de abajo, los peculados administrativos y los gobiernos deshonestos.

Dependencia económica

Durante los primeros años de la independencia, las Repúblicas Hispano-Americanas en absoluto dependieron económicamente del extranjero. Europa y Estados Unidos nos proveyeron de dinero y hombres preparados para construir vías férreas, emprender obras públicas, obtener y dirigir barcos, adquirir y enseñar el manejo de la maquinaria agrícola e industrial.

La agricultura bastó siempre para satisfacer nuestras necesidades; su excedente y los minerales a granel fueron nuestros productos de exportación. Comienza ya el período industrial con tendencia a independizarnos del extranjero.

El comercio de importación y exportación ha estado principalmente en manos de ingleses, alemanes y norte-americanos; el comercio interior, en poder de italianos, españoles, chinos y turcos; en Chile, además, de yugoslavos; porque los hispano-americanos han carecido de educación y tradiciones comerciales, les ha faltado espíritu de previsión y ahorro, conocimiento psicológico de la clientela, instinto y viveza comercial para seducir y engañar al comprador.

La educación y los prejuicios han apartado a la juventud del comercio y la industria impulsándola a las carreras profesionales. El Brasil, para contrarrestar esta tendencia perjudicial

al progreso material, suprimió en 1911 los títulos académicos y los sustituyó por certificados de competencia.

Los libros, revistas, el drama, el arte y la moda franceses imperan en el mundo intelectual de Hispano-América; en la ciencia, predomina el espíritu francés y alemán; en la industria y el comercio, el inglés, alemán y norte-americano.

De España queda a los hispano-americanos la afición por la política y sus intrigas, el gusto por la oratoria brillante; y de Francia, imitan la agudeza de sus ideas y el refinamiento de su literatura.

Literatura El idealismo ha adquirido en Hispano-América personalidad propia, ocupando los poetas el primer rango. Superan a los poetas de la metrópoli en sensibilidad refinada, colorido, armonía, libres de la aspereza y énfasis tradicionales.

En Colombia, Méjico, Cuba y Centro América ha habido grandes poetas y verbosos oradores; los pensadores sobrios están en los países australes, sobresaliendo la Argentina y Uruguay en ciencias políticas, y Chile en la historia.

A pesar del progreso intelectual alcanzado, se lee y se escribe menos en Hispano-América que en Europa; las publicaciones son más caras y el derecho de los autores es pocas veces respetado.

Rasgos de carácter diferentes en los pueblos hispano-americanos

El alma de las naciones hispano-americanas es común por la obra secular de las leyes, lengua, tradiciones y religión; no obstante, los distintos territorios, climas y mezcla en las razas han producido diferencias de carácter, lo que ha hecho diversa su historia, la cual depende más de éste que de las instituciones.

El argentino que habita el país más rico y comercial, es ostentoso, grandilocuente y optimista; el brasilero, que ocupa el territorio más extenso y poblado, es verboso e imaginativo; el boliviano, que tiene un subsuelo cuya inmensa riqueza está apenas explotada, es astuto, melifluo y falso; Colombia es el país de los literatos y oradores; en el Perú, país tropical de diplomáticos y estadistas habilidosos, que conserva el orgullo del virreinato colonial, sus habitantes son melosos, urbanos, pre-

tenciosos y fanfarrones; en Uruguay, la Atenas americana, abundan los pensadores y los sociólogos; en Chile, pueblo guerrero y viril, sus pobladores son rudos, prosaicos, fríos, poco imaginativos, pesimistas y tenaces.

El caudillaje en la América latina Para justificar la superioridad a que alcanzamos en el siglo pasado entre los países hispanoamericanos, es conveniente hacer una breve excursión por la historia del caudillismo y de las revoluciones de Ibero-América, excursión que es recreativa y educadora.

El individualismo exaltado que llenó la historia de América produjo caudillos tolerantes o crueles, torpes o astutos, caballerosos o ruines, retrógrados o civilizadores: en Méjico, el pendenciero Santa Ana, el progresista Porfirio Díaz; en Guatemala, el cruel Barrios, el feroz pedagogo Estrada Cabrera; en Venezuela, el valiente Páez, el rapaz y protocolar Guzmán Blanco, el boxer Cipriano Castro; en Ecuador, el místico inquisidor García Moreno; en Perú, el fastuoso General Castilla; en Bolivia, el ambicioso Santa Cruz, el torpe Belzu, el alcohólico Melgarejo, el ignorante Daza; en Paraguay, el ascético y sombrío doctor Francia; en Argentina, el sanguinario Rosas

Méjico Méjico ha vivido en perpetua anarquía, antes y después del gobierno autocrático de Porfirio Díaz que duró siete períodos presidenciales, 31 años. Subió al poder por una revolución y se mantuvo en él por medios aparentemente legales. Designó a su antojo los miembros del Congreso, interviniendo en las elecciones; amordazó la prensa adversa, cerrando imprentas, y acalló la opinión pública, desterrando a sus adversarios políticos. Se hacía obedecer así por legisladores y ministros.

Desarrolló un vasto programa de adelanto material, construyendo ferrocarriles, obras de regadío y estimulando vigorosamente la producción minera y fabril. Mas, gobernó sólo en intereses de una oligarquía formada por él, sin educar ni elevar a la gran masa del país para el ejercicio de la democracia y la libertad, por lo que, concluída su dictadura, en 1911, su obra se derrumbó y Méjico fué nuevamente desgarrado por las pasiones, la guerra civil, los caudillos y los asesinos.

El sucesor de esta personalidad, admirada en el país y en el extranjero, Francisco Madero, fué asesinado por el General Huerta a quien derribó el General Carranza, que murió también asesinado.

Colombia En Colombia, no fueron los caudillos los que destrozaron el país, sino la exaltación de jacobinos y cléricales. El ilustre presidente don Rafael Núñez decía con profunda verdad: «Entre nosotros hay un exceso de dogmatismo político. Nosotros no tenemos en Colombia virreyes sino anónimos dominadores. Nosotros tenemos la libertad escrita, pero no la libertad práctica. Nosotros tenemos república, pero solamente de nombre, pues la opinión no se expresa por su legítimo medio, que es el sufragio».

Esta gran figura política reformó la Constitución haciendo que el Consejo Nacional Constituyente estableciera en 1886 la Unidad Colombiana que puso término al absurdo régimen federal que era la causa principal de la anarquía.

La última guerra civil que duró dos años tuvo lugar en 1900.

Venezuela A pesar de que el predominio social y político de Venezuela fué ejercido en los primeros tiempos, como en las demás Repúblicas de América, por una oligarquía de terratenientes y jefes militares, esta aristocracia terminó sin violencia, porque no hubo nobleza; las grandes fortunas de los propietarios se disolvieron por las guerras civiles y las divisiones hereditarias y el militarismo se des prestigió en las continuas luchas internas en que los caudillos firmaban despachos de generales en blanco. Llegó a existir tal profusión de ellos que no fueron tomados en serio. En 1891, había 2950 generales en el país.

Si no hubo partido conservador ni antagonismo entre pueblo y aristocracia, tampoco hubo partidos doctrinarios; sólo simple personalismo que comenzó con la presidencia de don José Tadeo Monagas.

El más célebre de estos presidentes que no estaban a merced de las mayorías parlamentarias, que nombraban sus ministros con independencia del Congreso, que dirigían el país a su antojo sin temor a la censura del parlamento, que apenas se reunía para legislar, fué Guzmán Blanco, que gobernó durante 19 años, ya

como presidente, ya como inspirador del Jefe del Estado que él designaba.

Le levantaron innumerables estatuas en vida y el país lo aclamó con los pomposos títulos de Ilustre Americano y Regenerador de Venezuela.

De ideas anticlericales, suprimió conventos, estableció el registro civil y la instrucción laica, y si dió a Venezuela paz y progreso, llevó su deshonestidad hasta enriquecerse con los dineros fiscales que malgastó después en Europa.

Más tarde Cipriano Castro, que desafió a las potencias europeas, gobernó a Venezuela como un mayoral su hacienda. Cuéntase que nuestro Ministro don Francisco Herbozo, simpático vividor que se había conquistado el afecto de Castro, se atrevió a contrariar al tirano ocultando en la legación a un español que había caído en su desgracia. Castro llamó al Ministro y le dijo: «mucho lo quiero Ministro, pero tenga cuidado conmigo». El Ministro salió aquella noche de Caracas y no volvió a Venezuela. Aquél bárbaro tenía el mérito de cumplir siempre su palabra.

En 1921, hubo todavía una revolución en Venezuela.

Ecuador En el Ecuador, un tirano místico terminó con el militarismo y la anarquía y multiplicó las instituciones de crédito, de beneficencia y de educación.

Junto con estas magnas obras, este gran civilizador, estableció una dictadura teocrática sin libertad de prensa, de enseñanza, de asociación ni de reunión. Llegó su intolerancia hasta dictar en 1869 una constitución en que, conformándose a los principios del *Syllabus*, no podía ser elector ni elegible quien no profesara la religión católica, apostólica y romana. Decía: «Es necesario levantar un muro de división entre los adoradores del verdadero Dios y los de Satanás».

Este fanático protestó en 1873 ante el rey de Italia por la toma de Roma y la ocupación de los Estados Pontificios y pretendió hacer de su patria un feudo de Roma consagrando el Ecuador al Corazón de Jesús.

García Moreno, en los catorce años que se mantuvo en el poder, realizó la reacción a un régimen teocrático. Su conducta sincera fué una línea recta que no se apartó jamás de sus doctrinas y de su ideal. Murió asesinado al ser nuevamente reelegido en 1875.

Brasil

El Brasil, emancipado sin gran resistencia del Portugal, constituyó una excepción en América durante el imperio. Fué gobernado en paz y prosperidad económica por un soberano constitucional y una oligarquía política personificada en un senado vitalicio que sirvió de escuela a los hombres de gobierno. La Constitución imperial, que comenzó a regir en 1826, duró 63 años. El cambio de régimen político se verificó también sin lucha. Durante la República, ha habido agitaciones; en 1922 hubo motines militares producidos por la derrota del partido militarista que combatía al presidente electo Sr. Bernardes. Estos motines de cuarte! se han repetido en 1924.

Uruguay

El caudillaje en Uruguay mantuvo en constante agitación el país y sólo terminó con la muerte del último caudillo, Saravia, en 1904. Hubo todavía una revuelta en 1910.

La República Oriental fué ensangrentada constantemente por las luchas intestinas de blancos y colorados: los primeros constituyán el partido autoritario y tradicional, formado por la rancia aristocracia, el clero y los doctores; los segundos, el partido democrático formado por el pueblo y los caudillos. No obstante esto, es un país profundamente culto y liberal; la novedad y valentía de sus instituciones y reformas hace que se le considere como laboratorio americano de experimentación sociológica. En su progreso han influido la riqueza de su suelo, su proximidad a Europa y su raza homogénea, la más pura de Ibero América.

Perú

La acción enervante del trópico y el hibridismo de razas, hacen del Perú un país políticamente instable y desorganizado en que se suceden las revoluciones y las dictaduras, a veces saludables, como las de Castilla, Pardo, Piérola y Leguía.

Los caudillos, embriagados con el lirismo de su discursos, incapaces de acción serena, han agitado los odios internacionales para surgir y han mantenido la alarma del continente exaltando la falsa arrogancia y la enfermiza susceptibilidad del país. La época de mayor tranquilidad fué la dictadura de 13 años del General Ramón Castilla; la de mayor progreso en las

instituciones, fué la del Presidente Manuel Pardo, fundador del partido civilista que representaba la reacción contra el militarismo; la de mayor adelanto material, fué la del romántico caudillo Nicolás de Piérola, que fundó el partido demócrata, que tiene de tal sólo el nombre.

Los hermanos Gutiérrez derrocaron y asesinaron al Presidente don José Balta en 1872 y fueron después colgados de los faroles de la capital por el populacho..

Ha habido en el Perú ocho constituciones; y en pleno siglo XX, las revoluciones de los hermanos Durand en 1908, de los hermanos Piérola en 1909 y absurdos motines de cuartel que derribaron a los presidentes constitucionales, Billinghurst en 1914 y Pardo en 1918.

En 1921 y 22, el Presidente Leguía, ilustrado y patriota, apresa y destierra congresales sin hacer caso a las órdenes de las Cortes de Justicia que los ponen en libertad, y clausura y expone los diarios de oposición al gobierno. En 1922, el Congreso, servilmente, casi por unanimidad, reforma la Constitución para autorizar la reelección del dictador, lo que se realizó en 1924.

Paraguay En el Paraguay, preparado al servilismo por la dominación de los jesuítas, los tiranos Francia y los dos López, fueron casi adorados.

El doctor Francia, que gobernó desde el año 1814 hasta 1840, era un misántropo extraño cuyas venganzas recuerdan la残酷 chino. Tenía talento y una voluntad de hierro; llevó una vida parsimoniosa y austera, entregado al estudio y al gobierno, renunciando sus sueldos y no se le conoció afecto alguno de familia o amistad. Educado para el sacerdocio, terminó en ser volteriano, sometiendo la iglesia a su autoridad. No obstante esto, decía de él un prelado: «El Señor ha arrojado una mirada de piedad sobre nuestro país. El envió para salvarlo al doctor Francia».

En las escuelas, se enseñaba una cartilla política que daba las siguientes instrucciones: «¿Qué debe hacer un ciudadano cuando encuentre al Presidente de la República? Descubrirse y bajar la cabeza. ¡Y si el Presidente se detiene? Arrodillarse».

En 1822 todavía hubo una revolución militar para derrocar al Presidente Ayala.

Bolivia Bolivia y el Paraguay se han retardado en la civilización por ser heterogéneos los elementos étnicos de que se componen, por su alejamiento del mundo civilizado, por su inmensa población indígena que afixa la población blanca.

Los indígenas bolivianos llevan una vida parca, dura, miserable; son objeto de explotación y desprecio del blanco, humillación que soportan resignados sin alzar las frentes abatidas; sólo cuando el alcohol los excita, llegan a ser feroces. Existe aún el régimen de las encomiendas, una esclavitud disfrazada en que los patrones se apropián de los indios que están en sus tierras, a quienes llaman *pongos*, los obligan a transportar las cosechas a la ciudad y los alquilan como animales. Todo esto hace que el indio sea profundamente triste; no sabe reir; su música, única afección estética que se le conoce, es el recuerdo del sollozo de un niño maltratado, y hace que sea, además, receloso, rapiñezco, degradado y que en su escasa sensibilidad no conozca otro placer que el alcohol.

La pereza intelectual y física, la desconfianza exagerada del indio, la tendencia innata a disimular, son defectos, aunque más amortiguados, propios también del mestizo, cuyo rasgo característico es ser falso. Falso es su lenguaje, abundoso en términos cordiales, en cariñosos diminutivos, que no son la expresión del afecto sincero, sino algo de temor, respeto y mucho de interés e hipocresía; falsas son sus promesas, que jamás cumple, y falsos han sido sus hombres de Estado y diplomáticos, cuya personificación más perfecta fué el Ministro Olañeta del Protector Santa Cruz, veleidoso, zalamero y de doblez sin competidor.

Un diario chileno de la época lo retrataba así: «El ha engrabulado todas las banderas y a todas ellas ha podido entonarles entusiásticos cánticos. El ha sido el edecán de todos los presidentes, el secretario de todos los caudillos, el amigo de todos los generales, el Ministro de todos los gobiernos, el panfletario de todos los partidos, el panegirista de todos los vencedores y el sañudo perseguidor de todos los vencidos».

Sucre, según algunos, según otros, don Manuel Vicuña, distinguido hombre público que tuvo negocios de importancia en Bolivia, uno de ellos, al recibir la visita de un personaje boliviano que lo había engañado, no obstante su afectuosidad, le dijo al entrar: ¿Cómo están Uds.?—Si vengo solo, dijo sor-

prendido el boliviano. No, repuso Sucre o el Sr. Vicuña, en cada boliviano hay por lo menos dos personas.

En Bolivia, naturalmente, se enseñorearon los tiranos. Los hubo ambiciosos y organizadores, como Santa Cruz; honestos, como Linares; bien inspirados, como Pando; progresistas, como Arce y Montes; y soldadotes ignorantes, como Belzu, Melgarejo y Daza.

Manuel Isidoro Belzu fué el caudillo de la plebe, cuyos ocios y odios fomentó, halagando sus bajas pasiones, aplaudiendo los robos, saqueos y violencias hechos a sus adversarios.

En una proclama al populacho, le decía: «Cholos, mientras «vosotros sois del hambre y la miseria, vuestros opresores, que «se llaman caballeros y que explotan vuestro trabajo, viven «en la opulencia. Sabed que todo lo que tenéis a la vista os pertenece, porque es el fruto de vuestras fatigas. La riqueza de «los que se dicen nobles es un robo que se os ha hecho».

Y los cholos, desharrapados, haraganes y ebrios, aplaudían al salvador, al Mesías, al grito de «¡Viva el tata Belzu!».

Melgarejo Nerón de arrabal, alcohólico, torpe, bilioso y violento, ascendió en un motín de cuartel; se mantuvo en el poder sostenido por la soldadezca y cayó en una revolución.

Sus orgías terminaban siempre en sangre. En una de ellas fué abofeteado por el cónsul inglés; Melgarejo lo hizo pasear amarrado en un burro por las calles de la capital al día siguiente.

Era tal su altanería y desdén por el país que en un banquete de Palacio dijo:—«Mandaré a Bolivia hasta que me dé la gana, y al primero que me la quiera jugar, lo hago patear en la plaza».

En otra fiesta para celebrar la nueva Constitución dictada por Melgarejo, como la modificaban todos los tiranos al asaltar el gobierno, uno de sus ministros brindó por el presidente llamándolo «defensor de la nueva Constitución».—«Déjese de lesuras, ministro», le contestó Melgarejo, «la otra Constitución me la metí en este bolsillo», e indicó el derecho, «y ésta me la meto en este otro», y señaló el izquierdo.

Lo más vergonzoso era la rastrera actitud de sus partidarios que lo endiosaban y que, más que cortesanos, parecían esclavos. Con ocasión del rebajamiento hecho por el ejército de la pendiente del cerro Santa Bárbara, obra fácil, efectuada sin estudio y sin ejecutar obras de ingeniería, el diario más importante, semi-oficial, «La Situación» decía:

«El ejército boliviano acaba de emprender una obra que por sus dificultades puede ponerse al nivel de las Pirámides de Egipto y del istmo de Suez».

«Napoleón I, al tratarse de hacer una perforación por los montes Pirineos, dijo:—«Si es posible, hágase».

«El General Melgarejo ha dicho:—«Es más que probable nivelear una colina; pues, la niveló».

«Hágase, pues, justicia al genio iniciador, al espíritu potente, al hombre de empresa que, para gloria de la civilización boliviana, emprende obras dignas de la antigua Roma».

El general Hilarión Daza, glotón, sensual, ignorante, sin escrúpulos morales, dictó al subir al poder la décima Constitución, en 51 años de vida republicana.

El 14 de Febrero de 1879, al mismo tiempo que ocupaban a Antofagasta las tropas chilenas, celebrábase el natalicio de Daza. Con este motivo, el Ministro de Guerra lanzaba una proclama al Ejército en que decía: «Bolivia, la predilecta hija del Libertador, ha visto nacer en su suelo al ínclito varón, tras luengos años de amarguras, tras los estragos de la guerra civil. Dios nos ha mandado por ministerio de él, días de paz, de ventura y bienandanza»

Entre tanto, Daza ocultó la noticia de la ocupación chilena para no perturbar las orgías de Palacio y las fiestas públicas que se celebraban por su cumpleaños y el carnaval, y sólo la comunicó cuando el hastío, el cansancio de los miembros fatigados, de los estómagos asqueados de él y sus cortesanos pedían imperioso descanso.

La situación geográfica de Bolivia, que ocupa una alta meseta en el centro de Sur-América, hace que sus caudillos sientan el mareo de la altura, crean ser el eje de la política americana y hayan pretendido intervenir hasta en los asuntos europeos. Melgarejo quiso enviar tropas para ayudar a Napoleón en la guerra franco-prusiana y en la última gran guerra, Bolivia tuvo el gesto heroico de provocar a Alemania, rompiendo con ella sus relaciones diplomáticas.

En Bolivia han sido asesinados los presidentes Blanco, Belzu, Córdova, Morales, Melgarejo y Daza. Durante 73 años, hasta el año 1899, ningún presidente terminó tranquilamente su período; y el año 1920, un motín de cuartel derribó al presidente constitucional Gutiérrez Guerra, sucediéndole el dictador

Saavedra, que encarceló y desterró sin forma de juicio a sus adversarios políticos.

Sin embargo, sus riquezas naturales son tan enormes que, a despecho de su situación geográfica, de sus caudillos, de la indiada, Bolivia progresó en instrucción, en obras públicas y se acrecientan sus entradas fiscales y la fortuna privada.

Argentina Despues de la independencia, gobernaron la

República Argentina los caudillos provinciales y los terratenientes; las demás clases, por inercia, renunciaron a toda actividad política. Uno de esos caudillos, Rosas, gaucho audaz, venció a los otros en lucha leal o artera, con las armas, la traición o el asesinato, y fanatizando a los indios, a los gauchos, a la plebe, que en su imaginación lo deificaron hasta colocar su retrato en los altares, atizando los odios de clase, invirtiendo los valores sociales, destruyó la oligarquía porteña y sus privilegios.

Católico ferviente, demócrata fanático, misántropo que tenía una alta idea de sí, creyéndose el genio tutelar de su patria, al mismo tiempo que un desdeñoso concepto de sus parciales y la más triste idea de sus adversarios, gobernó con poder omnímodo durante 17 años. Fué adulado impúdicamente por la prensa, los funcionarios, sus adeptos y el clero, y permitió que a su amparo un grupo de asesinos, llamados la *Mazorca*, maltratara, hiriera o asesinara a todo el que era unitario u opositor a su política. El clero veía en él al hombre elegido por Dios «para presidir los destinos del país que lo vió nacer».

Con todo, hay que reconocer que así, cruel y bárbaramente, sin otro ideal que su ambición personal, impidió la disgregación del país, creó una nacionalidad y sirvió indirectamente a la democracia.

La obra democratizadora iniciada por Rosas la impulsó más tarde el genial Sarmiento, educador del país, y la completó Irigoyen, rígido patriota, gaucho culto, evolucionado, misántropo y autoritario que gobernó con el pueblo y para el pueblo.

A medida que la creciente inmigración poblaba el país y se construían ferrocarriles, la prosperidad general aumentaba y se afirmaban el orden y la paz. La rapidez de su progreso económico trajo el desborde de apetitos y la corrupción que culminó en el gobierno de Juárez Celman, quien cayó envuelto en

una revolución, la última que agitó el país, produciéndose desde entonces una reacción saludable. En esa época, como en Chile con el aumento repentino de riqueza que nos produjo el salitre, se abusó del crédito bancario, se aumentaron incesantemente los presupuestos y la deuda pública, se dieron dudosas concesiones de tierras, se hicieron emisiones, sin tasa, de papel moneda, se improvisaron fortunas, y el derroche y lujo desmedido de los particulares se sostenía con el juego y la especulación desenfrenados.

En la evolución de los móviles que agrupan a los hombres en partidos políticos, faltó en la Argentina el período del sentimentalismo religioso o anti-religioso; dió un salto; sin terminar aún la etapa de la influencia y prestigio personales, ya se encuentra en el período de evolución que diferencia a los partidos por intereses económicos.

Una continua y crecida inmigración, casi totalmente latina, ha ido borrando la personalidad formada durante cuatro siglos por la colonización española. A esa primera colonización guerrera y pasiva a que pertenecieron el gaucho, los caudillos, la oligarquía de los terratenientes, ha seguido la segunda colonización del siglo pasado, con dotes de trabajo, economía y esfuerzo que harán de ella la clase dominante y que marcó ya la evolución del caudillaje al capitalismo y la plutocracia.

No existe propiamente hoy una psicología argentina; la nueva, la elabora la corriente inmigratoria formada con elementos de todos los países, radicada principalmente en el litoral, que aun no tiene carácter propio. La República Argentina es hoy un crisol en donde se funden elementos de todas las razas, predominando la civilización latina, de donde saldrá el nuevo tipo humano que mental y moralmente no está definitivamente caracterizado y que será el argentino del porvenir. El trabajo actual es, pues, nacionalizar, fundir en el alma de su raza los elementos nuevos que continúan aumentando su población, obra encargada principalmente a la escuela en donde se cultiva con ahínco y perseverancia el sentimiento patrio.

Mientras tanto, el cosmopolitismo domina, lo que se manifiesta en la indiferencia política que ha obligado a dictar leyes que hacen obligatorio el sufragio, el menosprecio por la tradición, la corrupción popular del idioma, la falta de carácter propio en las costumbres.

La enorme ciudad de Buenos Aires en nada difiere de cualquier metrópoli europea en extensión, higiene, comodidad, riqueza y nada de característico la distingue; el alma nacional no la anima; no tiene la singularidad, la gracia, el perfume de los tiempos idos que aún conservan Santiago, Lima, Ouro-Preto y Bogotá.

¡Dónde se encuentra la vieja alma argentina? En la plebe gaucha, población rural del interior, y en gran parte de la antigua clase directiva, que reside en las grandes ciudades, conserva su fortuna en tierras, maneja aún la política y, aunque superficialmente cosmopolita, tiene en el fondo el carácter criollo inactivo, vanidoso, frívolo, derrochador.

La vida de la pampa desarrolló en el paisano o criollo rural, ora mestizo, ora de pura sangre española, instintos de defensa que aguzaron su oído y su vista. Estaba obligado a conducir ganado a enormes distancias, sin caminos, vadeando ríos, careciendo de agua y leña, lo que lo hizo tímido y supersticioso ante la naturaleza, altivo y vanidoso ante los hombres. Anhelaba ser rumboso, el primero en el aparejo, el primero en el caballo, el primero en la destreza de jinete y laceador.

Como para vivir le bastaba matar una res de las muchas que vagaban por la pampa y su trabajo era intermitente, el ocio fué su placer y la versatilidad, su carácter.

Digno émulo de nuestro huaso, el gaucho es como él, astuto, audaz, valiente, con profundo sentido práctico; difieren, en que el argentino, optimista, cree asir la fortuna en cualquier momento; el chileno, pesimista, se queja siempre de su suerte. A la vista del campo pleno de doradas espigas, el gaucho cree segura la óptima cosecha; el huaso duda aún, teme la lluvia, el viento, el hado fatal.

El gaucho ha soportado, sombrío y estoico, su descenso social, vencido en la lucha económica por la invasión de activos inmigrantes, incapaz de adaptarse a los nuevos métodos de labor más adelantados e intensos.

Es un héroe legendario que va desapareciendo en el nuevo ambiente. El recuerdo de su *pingo*, de su guitarra, de su mate de su poncho flecudo y su chambergo, de su rostro viril, tostado por el viento y el sol, perdurará como la pampa inmensa en donde fué señor y rey.

La inmensa riqueza de la República Argentina, la vasta ex-

tensión de su territorio, su población que se duplica en pocos años, hacen que sea superior a Chile por la extensión y fecundidad, al Brasil por el clima y la raza; de modo que cuando obtenga la unidad de alma racial, aunque a nuestro amor propio nacional sea doloroso decirlo, alcanzará la hegemonía material de Hispano-América.

En Chile no hubo tiranos Razón tenemos, después de conocer la anarquía y caudillaje hispano-americano, de enorgullecer-nos de nuestra historia pacífica, exenta de tiranos; de nuestro pueblo, celoso de sus libertades; de nuestros gobernantes, hasta ayer respetuosos de la constitución; de nuestra política, tan acremente censurada y, sin embargo, con opinión pública respetable, libertad de sufragio y partidos organizados que, por lo menos en sus programas, persiguen ideales de bien público.

Sus adversarios, en su tiempo, dieron a Portales, Manuel Montt y Balmaceda el epíteto de «tiranos»; la posteridad les ha hecho justicia y les ha levantado estatuas.

Y si la tiranía no ha sentado sus reales en este país, no es porque hayan faltado gobernantes con talla de caudillos que, como los tiranos de otros países suramericanos, sintetizaron en momentos decisivos de nuestra historia, el esfuerzo de los de abajo contra las clases directivas, sino porque sus vigorosas personalidades no encontraron ambiente propicio al desenvolvimiento de sus ambiciones, ni aún en sus parciales; el fuerte hábito de respeto a la ley ha podido más que las simpatías al caudillo; el altivo carácter chileno ha rechazado la sumisión incondicional del cortesano.

Con algunas modificaciones nos rigió hasta 1925 la Constitución de 1833. Desde 1859 hasta ahora, sólo ha habido una revolución sangrienta, la de 1891, y dos pacíficas, las de 1924 y 1925. Desde 1831 hasta hoy, ha habido sólo 15 presidentes, y por fallecimiento de los presidentes en ejercicio, tres vice-presidentes, elegidos sin dificultad alguna.

Méjico, en un siglo, ha tenido 2 emperadores y 55 presidentes; el Perú, desde 1822 hasta hoy día, 31 presidentes; el mismo número el Uruguay, desde 1830.

En Venezuela, desde 1811, ha habido 10 Constituciones y ninguna ha durado más de 27 años.

Así, como la intransigencia religiosa ha precedido a la tolerancia, las castas a las clases, los monopolios a la libertad comercial, los privilegios a la igualdad, en los países Ibero-americanos, encargados de gobernarse bruscamente a sí mismos, a los partidos políticos, organismos indispensables a todo gobierno democrático, precedió el militarismo y el caudillaje violento en los primeros tiempos, el personalismo manejado con astucia y habilidad, más tarde.

Superioridad de Chile en el siglo pasado

Chile se adelantó a los demás países en esta evolución. Terminada la primera etapa de anarquía y confusión del país, los dirigentes, organizados rudimentariamente, por intereses patrióticos confundidos con los personales, con lemas de guerra inscritos en sus banderas, se dividieron desde el primer momento en liberales y conservadores, partidos políticos que nacieron con escasas tradiciones que más tarde se afianzaron, orientaciones vagas que en seguida tomaron relieve, principios confusos que después se definieron y afirmaron.

García Calderón, ilustrado sociólogo peruano, se expresa así:—«En Chile hay odio a las revoluciones destructoras, lentitud en cualquier reforma y orgullo que explica la exageración del patriotismo».

Mientras la América se destrozaba entre la anarquía y los tiranos, la paz y el orden reinaban en Chile; la hacienda pública era próspera para nuestras exigüas necesidades; se reconocían y pagaban los empréstitos hechos en el extranjero; los Tribunales de Justicia eran respetados por su integridad; los gobiernos eran honestos y se preocupaban del adelanto material y de la instrucción pública; nuestro comercio se extendía a la Argentina y al Perú y llegaba hasta California; nuestras naves hacían flamear la bandera chilena en la costa del Pacífico, y el nombre de Chile era conocido y respetado en el Continente.

Imitación

Hasta ahora hemos sido serviles imitadores de los países sajones de Europa y de Norte-América en ideas, doctrinas, arte, leyes, instituciones, modas y costumbres, olvidando que la imitación es peligrosa, cuando se copia con indiscreción lo que no es adaptable al carácter nacional, olvidando nuestro pasado del que no podemos prescindir porque

sigue gobernando el presente, dirigiendo nuestros móviles de conducta con la enorme vitalidad de las costumbres seculares y la sangre heredada. La causa de este desvío ha sido el deslumbramiento que nos produjo la superior cultura europea, los agravios del pasado hechos por la cruenta lucha de emancipación y el desabrido recuerdo de la vida colonial.

No hay leyes que modifiquen la constitución mental de una raza, ni es posible imitar pueblos de diferente espíritu; sin embargo, los ibero-americanos hemos tenido el candor idealista de copiar la forma democrática y el federalismo de Estados Unidos, el parlamentarismo inglés, la literatura decadente y las exageraciones de la moda francesas, la organización militar alemana, hasta llegar en Chile esta tendencia a lo estéticamente ridículo de coronar el rostro ancho y cetrino de nuestros militiamos con pomposos y bronceados cascós sajones.

Los pueblos americanos, por causas étnicas, tenemos medios de acción diferentes para evolucionar que los pueblos sajones; no imitemos lo que debe nacer espontáneamente; mantengamos nuestra personalidad racial, que debe constituir nuestro orgullo, sin descaracterizarla, sin bastardearnos, desviándonos sólo de este propósito para copiar y apropiarnos las virtudes que nos faltan; a ello nos impulsará la ley igualitaria y de expansibilidad de la civilización que tiende a nivelar hombres y razas. Encaucemos las viejas energías de la raza en los canales de la actividad moderna; elijamos en todas las civilizaciones lo que concuerde con nuestra característica étnica. Como dice nuestro distinguido sociólogo, don Enrique Molina: «Escojamos «de los sajones la energía, la pasión por el esfuerzo, la paciencia «para la investigación, la profundidad para pensar y la tenacidad para luchar con la naturaleza, y de los latinos, el amor «a la justicia, a las formas bellas, al ideal, a la expansión del «pensamiento humano».

La libertad política, conquistada hace un siglo al independizarnos de España, no basta; los americanos deben completarla con la emancipación intelectual y económica. Nuestra dependencia de Europa, en este sentido, no puede ser perpetua; la inferioridad de nuestra civilización, no es absoluta: ambas terminarán con el tiempo, sea con la posibilidad lejana de producir una cultura propia y castiza, sea con la seguridad próxima de adaptar la europea a nuestra peculiaridad racial.



**Progreso
de Améri-
ca latina**

En el presente siglo, son casi generales el desarrollo de la industria y el comercio, el perfeccionamiento de los medios de comunicación y transporte, y la existencia de gobiernos estables y tranquilos, de régimenes liberales que sustituyen al militarismo y las dictaduras y los impulsos vigorosos dados por ellos a la educación intelectual, manual y artística.

En este desenvolvimiento, ha tenido gran influencia la inmigración extranjera, especialmente en Argentina, Brasil y Uruguay.

El desarrollo de Méjico, Argentina, Uruguay y Chile se ha efectuado principalmente en los últimos sesenta años.

Los países ibero-americanos comienzan a pesar ya en los destinos del mundo por sus riquezas naturales, su población que se acrecienta y la potencia de su desenvolvimiento material. Su influencia sería mayor, si se robusteciera la voluntad de sus individuos, se venciera la pereza, se sustituyera en los países la discordia por la disciplina y el orden, las castas por la democracia sana y la solidaridad social y si, despertando en sus conciencias la unidad de sus destinos, todos ellos obraran como una confederación de pueblos, como un continente latinoamericano y no como pueblos aislados.

No merecemos, pues, el injusto desdén del extranjero que nos conoce superficialmente, ni la exagerada laudatoria de nuestra insuficiente apreciación que nos juzga aislados sin parangón.

Vamos en marcha y aprisa.

**America-
nismo**

En continente alguno como en el nuestro ha habido condiciones más favorables para la formación de una alma colectiva; existe una confederación latente y espontánea; nuestros odios y recelos no tienen raigambre secular sino de ayer y, si vivimos confundidos en el pasado, lógico es que sigamos unidos en el porvenir. Bastará para que surja una conciencia continental, que gobernantes de amplias miras sigan el ideal acariciado por Bolívar y que el intercambio de productos e ideas acreciente la comunidad de propósitos y la necesidad de estrechar los vínculos raciales.

Bolívar decía:—«El viejo ideal del cristianismo tiene que ser una vez más nuestra inspiración y nuestra enseñanza a fin de que las fronteras políticas del Continente Americano

«no sean como barreras que separan, sino como los contrafuer-
tes que prestan mayor solidez a la estructura social o como los
«compartimentos herméticos que en los buques bien construí-
dos limitan la acción del agua en el momento del peligro e
«impiden el naufragio».

En el siglo pasado, hubo guerras entre todos los países hispano-americanos y se mantiene todavía una paz armada que sacrifica inútilmente un caudal de riqueza y esfuerzo que sólo aprovechan los constructores de naves de guerra, los fabricantes de armas y el militarismo que, desde las luchas de la independencia, mantiene su proponderancia en algunos países.

En Chile, a pesar del carácter militar de la raza formado por la lucha de tres siglos con los araucanos, su diplomacia ha favorecido el arbitraje para resolver los conflictos internacionales, su ejército estuvo hasta ayer siempre sometido al poder civil y desde 1851 hasta 1924 no había gobernado el país ningún general.

Los pueblos latino-americanos forman una reunión de naciones jóvenes, soñadoras, revoltosas, impacientes, audaces, que tienen todos los defectos de la juventud inexperta y también todo su vigor y su porvenir. Desbordantes de vida, de riquezas naturales, de nobles aspiraciones, tienen una pujanza tal que, llegadas a su madurez, alcanzarán donde quieran ir. En 115 años de vida independiente han recorrido mayor camino que la Europa en diez siglos. Sólo ha faltado la voz genial que despierte la conciencia de esta gran patria americana, destruyendo inquinas, acallando recelos, abatiendo fronteras y el vidente que, como Bolívar, señale la ruta segura que debe seguir esta confederación de pueblos unidos por los vínculos del abolengo histórico, tradición, idioma, religión, leyes, instituciones, costumbres, afectos e ideales étnicos comunes.



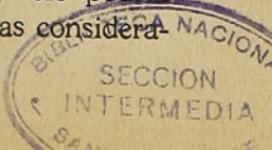
RAZA

CAPITULO II

Araucanos y españoles

SUMARIO: ORIGEN DE LA RAZA CHILENA.—ERROR DEL DR. NICOLÁS PALACIOS DE CREER QUE LOS CONQUISTADORES ERAN GODOS.—FORMACIÓN DE LA RAZA CHILENA.—RAZAS INDÍGENAS DE CHILE.—ALGO DE PSICOLOGÍA DE LA RAZA ARAUCANA.—ALGO DE PSICOLOGÍA DE LA RAZA ESPAÑOLA.—PROPORCIÓN DE SANGRE ESPAÑOLA E INDÍGENA QUE ENTRAN EN NUESTRA RAZA.—ELEMENTOS PROVINCIALES DE ESPAÑA QUE INTERVINIERON EN LA FORMACIÓN DE LA RAZA.—ORÍGENES DE LAS CLASES DIRIGENTES Y DIRIGIDA.—OPINIONES SOBRE EL MESTIZAJE.—PREJUICIOS SOBRE LA SUPERIORIDAD DE LAS RAZAS.—JUICIO SOBRE EL MESTIZO CHILENO Y EL PERUANO DE H. S. CHAMBERLAIN.—CAUSAS DE NUESTRA SUPERIORIDAD POLÍTICO-SOCIAL.—HOMOGENEIDAD DE LA RAZA CHILENA.—CAUSA DE LA EXALTACIÓN DE NUESTRA ASCENDENCIA ARAUCANA.—NUESTRO ORGULLO DEBE CONSTITUIRLO NUESTRA ASCENDENCIA ESPAÑOLA.—NO DESCENDIMOS DE ESPAÑOLES GODOS NI DE INDIOS EXTRAORDINARIOS.

Las razas homogéneas puras son desconocidas; sólo podría encontrárselas entre las tribus salvajes y, aún, si las considera-



mos tales, es en realidad ante la imposibilidad de conocer sus elementos constitutivos.

Los pueblos civilizados son esencialmente híbridos; después de frecuentes cruzamientos, la identidad de medio termina por formar razas que se distinguen de otras, no obstante el origen común que pueden tener con ellas, por algunas disposiciones innatas o adquiridas que se conservan más o menos inmutables a través de las vicisitudes históricas.

Constituye, pues, la raza un grupo de individuos ligados por ciertos caracteres muy durables y que se distinguen por otros rasgos pasajeros de las demás aglomeraciones humanas.

Origen de la raza chilena En este concepto, los chilenos, descendientes de españoles e indios, forman una raza o sub-raza nueva, casi homogénea, con características propias, sin tendencias regresivas hacia ninguna de las razas de que se deriva, predominando en la fusión la mentalidad y civilización españolas.

Los indios mapuches del centro, más pacíficos que los araucanos puros y tan vigorosos como éstos, constituyeron principalmente el factor femenino de la raza chilena. En mucho menor escala contribuyeron las araucanas que existían entre el Itata y el Reloncaví a la formación de la raza.

La raza paterna fué la conquistadora, producto étnico en que predomina la civilización latina y que procede de diez razas por lo menos: celtas, fenicios, cartagineses, romanos, judíos, visigodos, vándalos, alanos, árabes y berberiscos.

Esta mezcla de sangre de los mapuches del centro del país con españoles operó la fusión de las dos razas por lo que en diversas proporciones corre sangre indígena en la mayoría de los chilenos, existiendo todas las graduaciones posibles físicas, intelectuales y morales que demuestran la diversa proporcionabilidad de sangre española e indígena que cada chileno lleva y que afecta a todas las clases sociales.

No está, pues, terminada la evolución que producirá el tipo intermedio definitivo; por eso existe entre los chilenos toda una escala fisonómica que comienza con el tipo dolicocéfalo blanco, barbudo, a veces de cabellos y ojos claros que acusa el origen español y termina en el braquicéfalo moreno, de ojos y cabellos negros y cara lampiña que indica la ascendencia indígena.

La proporcionalidad de sangre española aumenta en las clases ricas y disminuye en las pobres, variando entre 10 y 100 por ciento.

Las razas antiguas que, al mezclarse en la Península, formaron la española no se distinguían ya en la época de la conquista.

Error del doctor Nicolás Palacios Carece, pues, de base la afirmación del doctor Nicolás Palacios hecha en su obra patriótica, no científica, «*Raza Chilena*», al asegurar que los conquistadores eran de pura raza teutona, que sólo el 10% presentaba signos de mestizaje ibérico y que el roto chileno es araucano gótico, o sea que el chileno es el único americano sajón no latino.

Sus afirmaciones proceden, ya de premisas falsas, ya del hecho cierto de encontrarse las características de la raza gótica en algunos ejemplares de campesinos, sin mezcla de sangre indígena y de encontrarse comúnmente en las clases dirigentes, los rasgos distintivos de las razas latina, hebrea o céltica. Pero ello no es suficiente para generalizar y dogmatizar en la forma en que se ha hecho.

Los españoles que vinieron a Chile en la segunda mitad del siglo XV! eran aventureros cogidos al azar de toda la Península, en donde ya no existían godos puros; todavía, ellos vinieron sólo por excepción directamente a Chile, vinieron al Perú y de ahí se trasladaron a Chile; de modo que es inverosímil que los conquistadores chilenos formaran un núcleo homogéneo de godos. Para que ello hubiera acontecido, era menester que esta homogeneidad existiera también en el Perú, por lo que los peruanos serían también gótico-quechuas. Es un hecho que los conquistadores de Chile étnicamente fueron los mismos que los del resto de América.

El distinguido crítico y erudito don Ricardo Dávila Silva ha demostrado de un modo indubitable que bajo la denominación de españoles se comprendía una compleja entidad étnica elaborada en el trascurso de más de veinticinco siglos.

Mezcla de dos distintas familias venidas del Norte y Sur y sobre la base de una raza más antigua se formaron los iberos; de éstos, absorbidos por las razas llegadas después de ellos, no quedan sino los vascos.

En el siglo V antes de J. C. se fusionaron con los iberos los celtas-galos, de donde surgió la raza celtíbera.

Después de los iberos llegaron las diversas razas mediterráneas: los fenicios, los griegos, los cartagineses, que dominaron en Andalucía.

La dominación romana llegó a la Península el año 205 antes de J. C. y dominó por su espíritu durante ocho siglos.

Los judíos llegaron a la Península en gran número mezclándose con la población; en el siglo XV se convirtieron más de 100,000 judíos al catolicismo.

En el siglo V franquearon los Pirineos y entraron a España los alanos, los vándalos y los visigodos, bastante romanizados, adoptando las leyes y la religión de los peninsulares.

En el siglo VIII invadieron la España los árabes, compuestos de egipcios, moriscos, persas y hebreos, que sostuvieron largas guerras hasta que fueron arrojados de España, no sin que introdujeran ideas, sangre, voces y costumbres.

Por último, se han mezclado también italianos y gitanos.

Termina el señor Dávila diciendo: «Si para determinar la filiación y características de una raza se atiende al mayor o menor grado de pureza de su sangre, al elemento que en ella prepondera, el género de su mentalidad y a los antecedentes y orientaciones de su cultura, queda fuera de toda controversia que la de Chile, por la fuerte proporción de sangre romana y por la índole espiritual de su civilización, es total y absolutamente latina».

En mi concepto, lo es sólo por esto último.

En la raza chilena existe más o menos la siguiente proporción:

raza blanca	65%
raza cobtiza	34%
raza negra	1%

Formación de la raza chilena La raza chilena demoró tres siglos en constituirse y formar su conciencia colectiva.

raza chilena Nuestros progenitores son: los conquistadores y los colonos españoles llegados después de aquéllos, venidos ambos de todas las provincias de la Península en diversas proporciones y las mujeres mapuches

del centro, en menor proporción las del Norte y Sur y un pequeño aporte de indígenas peruanas.

En general, ¿cómo se efectuó este mestizaje? El obispo de Santiago don Francisco de Salcedo se lo comunicaba al rey Carlos II de España en la siguiente forma: «Las indias que han quedado están en esta ciudad o en las estancias repartidas, las más asentadas por cartas o a su albedrío, de forma que no se casan, porque las que son mozas viven mal con mestizos y españoles y perseveran en su pecado con ellos de que tienen muchos hijos, de que hoy hay en este Reyno más mestizos habidos de esta forma que españoles».

En el siglo pasado, recibimos por la inmigración la influencia de costumbres y sangre germana en el Sur de Chile, anglo-sajona en la costa.

El elemento masculino indígena ayudó anónimamente a conquistadores y colonos a la obra civilizadora de fundar ciudades, cultivar tierras y abrir caminos.

Razas indígenas de Chile Había en Chile un pueblo indígena muy antiguo y atrasado. Posteriormente, llegó del Norte otro más culto que se dedicaba a la agricultura, vestía con tejidos de lana y fabricaba tosca alfarería. Este pueblo, que puede identificarse con el que ocupaban las provincias centrales a la época de la conquista, impuso su lengua en todo el país al Sur de Coquimbo y se fusionó con la antigua raza en el Continente y con los Chonos en el Archipiélago de Chiloé.

De las pampas argentinas, por los pasos de la cordillera entre el Toltén y el Bío-Bío, llegó todavía un nuevo pueblo más belicoso que se fusionó con los nativos comprendidos entre el Itata y el Cautín. El pueblo formado de esta fusión es el propiamente araucano.

Los otros pueblos indígenas del Norte eran: *Changos*, pescadores de la costa Norte y Central (quedan algunos en Paposo); *Atacameños* en Antofagasta y Atacama, de filiación peruana, y *Diaguitas* al Norte del río Choapa.

En el valle central, estaban los *mapuches* y en el extremo Sur los *huilidres*, estos últimos descendientes directos de los antiguos habitantes. En la cordillera, al Norte del Cautín, estaban los *pehuenches* y al Sur, los *puelches* que se dedicaban a la caza de

guanacos y aves y tenían una estatura más elevada que los llaneros.

A los mapuches del Sur del Itata y a los huiliches del extremo sur se les llamó araucanos en general.

Los indígenas americanos eran comúnmente ociosos, fatalistas y vengativos; tenían espíritu triste y semblante inalterable.

Los más belicosos fueron los Araucanos, los Pieles Rojas, Caribes, Guaraníes, Calchaquíes y Charrúas; a los dos últimos fué necesario destruirlos para dominarlos.

Los araucanos fueron sometidos después de tres siglos, cuando el alcohol y el tabaco los habían debilitado. Obraron, además, en su degeneración, como causa biológica, la mala nutrición, la falta de higiene, el régimen de esclavitud de los conquistadores; como causa moral, la dureza de los colonizadores, la injusticia de los chilenos.

Y, a pesar de todo, después de 380 años de combates y sometimiento a estas influencias degenerantes, aun conservan de sus antepasados sus juegos atléticos, su actitud desdeñosa, su soberbia taimada y su cuerpo robusto. Sus caciques caminan con la frente alta y el paso solemne, y en sus conferencias con las autoridades, aunque hablan castellano, por ancestral orgullo, parlamentan en lengua araucana por medio de intérpretes de que se hacen acompañar.

Su vigor muscular no era superior al de los conquistadores. El cronista González de Nájera relata que, en pruebas de fuerza que lucían grupos de indios con españoles, estos salían siempre vencedores.

La energía militar de la raza se conserva hoy sólo como un recuerdo. No nos han prestado ninguna ayuda en nuestras guerras extranjeras; pero en su lucha secular con españoles y chilenos demostraron tener todas las cualidades guerreras: sufridos, valientes, vengativos y astutos. No trabajaban; guerrreaban con ferocidad y saña; por un esfuerzo de voluntad parecían insensibles a los tormentos y dolores; morían heroicamente despreciando la vida, desafiando e injuriando a sus enemigos. Para conservar estas cualidades, no corregían a sus hijos por no abatirles el ánimo, y para mantener su vigor, se bañaban diariamente en los ríos y se entrenaban con juegos de agilidad y fuerza como la chueca.

Su valor era sentimiento de amor propio e ímpetu de rabia; su belicocidad, apego a la tierra, una vaga idea de independencia, principalmente odio al vencedor e interés del botín.

Su resistencia fué más porfiada que las de otras razas indígenas con excepción de los caribes, porque componían como éstos una multitud de tribus dispersas sin orden ni cohesión permanentes y no formaban grandes ejércitos, sino pequeñas partidas que combatían sucesivamente por grupos o zonas. Para ellos fué, pues, una ventaja no tener un jefe único o gobierno que, destruído, concluía con él la disciplina y la dirección de la lucha, como sucedió con el imperio mejicano e incásico. Favorecieron, además, la resistencia la topografía quebrada del terreno, el difícil acceso a sus bosques enmarañados, el clima lluvioso en el invierno que impedía las campañas constantes y las dilatadas persecuciones.

Estas condiciones topográficas, climáticas y sociales que prolongaron la lucha permitieron asimismo a los araucanos aumentar su capacidad bélica, aprendiendo de los españoles su modo de guerrear y el uso del caballo.

El genio de don Alonso de Ercilla inmortalizó a los indígenas de Chile en la epopeya «La Araucana» dando a sus hazañas fama imperecedera.

Está llena de episodios imaginarios; carece de fidelidad psicológica, presentando indios que sienten, piensan, hablan y obran como civilizados; los discursos que pone en sus labios son creaciones del pensamiento inspirado del poeta. Mas, a ese poema espléndido, preciada joya de la literatura hispana, debemos en parte el sentimiento de nuestra propia superioridad racial y la altivez del alma nacional: fuerzas psíquicas auto-sugestionadoras que, por producir el fanatismo patriótico y el heroísmo, son indispensables para vencer, estímulos poderoso que hemos sabido cultivar y aprovechar en difíciles momentos de nuestra historia. La Araucana los retrata así:

«Son de gesto robusto, desbarbados,
Bien formados los cuerpos y crecidos,
Espaldas grandes, pechos levantados,
Recios miembros, de nervios bien formados,
Agiles, desenvueltos, alentados,
Animosos, valientes, atrevidos,

Hasta
Duros en el trabajo y sufridores
De fríos mortales, hambres y calores».

Predomina en el araucano el tipo antropológico de musculatura gruesa y talla media; es menor la talla en los indios de la costa que de los valles y disminuye también al Sur del Toltén.

La talla media del hombre es de 1.62 cm. y la de la mujer de 1.46 cm.

La mujer alcanzaba una estatura inferior por su maternidad precoz y su excesivo trabajo.

El araucano es de brazos y piernas cortas, rechonchos y fuertes; pies gruesos y fornidos; los hombres son propensos a engordar, las mujeres a desarrollárseles el abdomen.

No hay unidad craneal. Su cabeza grande y redonda se caracteriza por la estrechez de la frente; predominan los braquicéfalos.

Su cara es plana, redonda, de pómulos desarrollados y salientes, de color cobrizo, con cejas rectas y poco pobladas, nariz roma, jamás aguileña, boca grande, labios carnosos, barba escasa por la costumbre de arrancársela, cuello corto, pelo grueso, liso, largo, negro que encanece muy tarde y tan firme que la calvicie en ellos es una excepción.

Sus ojos son pequeños, con la esclerótida de tinte amarillo, con un mirar calmado y fijo que le da un aire de tristeza y somnolencia.

Psicología de la raza araucana Tenía una gran potencia de vista y suma finura de oído.

Su pasión dominante era la embriaguez. Este era su hábito social, el complemento obligado de fiestas y ceremonias que daba origen a riñas y muertes. Bebían chicha de maíz y, como lo hacen actualmente los indígenas bolivianos, obtenían la levadura para fermentar el licor por la masticación del grano hecho por viejas que se ocupaban de esta labor.

Cuando la embriaguez no los excitaba o el furor bélico no conmovía sus nervios, pasaban en la inacción, sentados en las márgenes de los ríos, tendidos bajo la fronda de los bosques, lo que hacía su carácter taciturno y sombrío.

Por su mentalidad, el araucano no difería de los pueblos in-

feriores. Disponía en abundancia de ideas particulares y de escasas ideas generales; no tenía ideas abstractas; desconocía por completo los elevados ideales de los pueblos civilizados: los conceptos de ley, justicia, derecho eran restringidos al interés personal o del grupo. Por su memoria, pertenece al tipo visual motor; por eso tiene tan desarrollado el sentido de los lugares: recuerda un camino, un árbol, el perfil de una montaña después de muchos años y los niños aprenden con facilidad todo lo que entra por la vista y el oído, siendo ineptos para lo que requiere lógica y raciocinio.

No tienen imaginación creadora; su fantasía menguada no les permitió fabricar tejidos delicados, armas y joyas artísticas, poblar su naturaleza magnífica de dioses mitológicos, dar a sus rudos combates las desmesuradas proporciones de las leyendas, construir monumentos, ni siquiera habitaciones confortables.

No han dejado, como sus hermanos incásicos y aztecas, ruinas de ciudades y templos.

Sólo fabricaban toscos tejidos, joyas y armas de bárbara rusticidad, rucas miserables; y su arte se redujo a cuentos insulsos y vulgares y a una música reveladora de la tristeza habitual de su carácter, desenvuelta en una gama de pocas notas roncas, recitado monótono, especie de melopea adormecedora, quejumbrosa, angustiada, música más propia de difuntos que de jolgorios.

Han demostrado ser incapaces de evolucionar. Aun hoy continúan viviendo en sus rucas de tierra, mal olientes, en promiscuidad nauseabunda con animales, desperdicios y carroñas.

De carácter flemático, de aspecto taciturno, ninguna excitación animaba sus semblantes indiferentes, máscara que ocultaba sus fuertes odios, rencores y venganzas.

Apáticos, forzados a la inacción por las lluvias durante el invierno, sólo trabajaban en la agricultura lo indispensable para alimentarse; cualquier esfuerzo prolongado los cansaba, obligándolos a reposar largamente.

La mujer trabajaba tanto o más que el hombre, cultivaba el frijol y el maíz en los valles, pescaba en la costa, cogía piñones en los bosques, conducía leña, tejía y cocinaba. Gastada por el esfuerzo, sin voluntad, caminaba tras el marido, silenciosa y resignada.

Aun queda en nuestro bajo pueblo esta sumisión y conformidad de la mujer con su destino y esta costumbre de seguir tras el marido.

Los araucanos tenían poca cohesión política. Vivían en rancherías aisladas, buscando los lugares más abrigados.

No existía el comunismo en todo. Cada individuo era dueño de los bienes que podía adquirir. La tierra era de la comunidad; adac uno podía cultivar lo que quisiera, más no podía venderla ni arrendarla.

Existía la poligamia. El marido compraba a su mujer y el matrimonio se iniciaba por un rapto simulado.

El padre de familia no tenía derecho de vida y muerte sobre su mujer y sus hijos, excepto en el caso de flagrante adulterio de aquélla; los hijos heredaban sus bienes y sus dignidades, a pesar de la filiación materna.

Al llegar los españoles, los indios estaban organizados por un sistema totémico; el apellido se heredaba por línea femenina. La conquista concluyó con el totemismo y afianzó la situación del padre como jefe de la familia.

La mujer casada era honesta; no podía abrazársele ni bailaba sino con otras mujeres o varones que fueran sus parientes.

El pensamiento más alto, la ocupación principal del araucano era la guerra; para ella estaba preparado por sus hábitos de cazador, la unidad de lengua, la constancia en las fatigas, su energía en la desgracia, su fatalismo, su inclinación al robo y su educación. A los niños se les acostumbraba a vivir como hombres; acompañaban a sus padres en fiestas y borracheras y era común que golpearan a sus madres.

Sus resoluciones eran prontas y vivas; pasaban sin deliberación del pensamiento al acto; por eso sus tendencias eran irreflexivas y mudables y su carácter violento.

Por su instabilidad mental, el araucano era versátil; por la limitación de su memoria y dificultad para generalizar y asociar ideas, imprevisor; por su falta de facultad para meditar y de conocimiento de la ley de causalidad, supersticioso; por su incapacidad de distinguir entre el bien y el mal, ladrón; por su desprecio por la vida, heroico. Su mentalidad no les permitía elevarse a la noción de causa, por lo que para ellos todos los fenómenos tenían causas metafísicas; se veían envueltos por fuerzas misteriosas que les infundían pavor y les obligaban a

practicar ritos que ablandaran los rigores de la naturaleza. Creían en los sueños, que la tierra estaba poblada de monstruos imaginarios y de brujos que hacían daño y enviaban las enfermedades. El origen de la peste era para ellos un tarro de viruelas esparcido en el aire por algún brujo, y el del cólera, el envenenamiento de las aguas efectuado por los chilenos para concluir con ellos.

Para averiguar los males y quiénes los habían hecho, se servían de los adivinos, y, para curarlos de las *machis*, mezcla de médicas y sacerdotisas que procedían por exorcismos. La religión de los araucanos era el culto de los antepasados; no reconocían ninguna deidad, no adoraban ningún ser.

El culto de los espíritus presentaba dos fases distintas: una destinada a calmar las ánimas de los muertos recientes y la otra el culto a *Pillán*, el espíritu del antepasado fundador de la tribu.

El concepto de alma para el araucano era diverso del español. El alma para él conservaba su forma corpórea y la misma personalidad que tenía cuando ocupaba el cuerpo, pudiendo hacerse invisible e intangible a voluntad.

La moral indígena era rudimentaria e interesada.

El bien y el mal sólo existía en un sentido material y presente.

Prójimo era el de la tribu: con él se observaba la honradez y la veracidad, no con los demás; sin embargo, era hospitalario con todos.

Era moral lo que agradaba a *Pillán*.

El mismo hecho era bueno o malo, según las consecuencias que acarreaba. El robo no era delito; al contrario, laudable habilidad cuando se hacía a un extraño y sin dejar rastros.

Se aconsejaba por los ancianos de la tribu o por los padres no dar noticia del robo de animales y ocultar el dinero hurtado.

La violencia se equiparaba al robo; el infanticidio era indiferente; el adulterio, castigado con rigor.

La pederastía se practicaba excepcionalmente con los *machis* hombres que eran afeminados.

La insociabilidad, el ensimismamiento rencoroso, la disimulación, la tendencia a la mentira, cualidades propias de las razas esclavizadas, en vez de disminuir, deben haber acrecido durante la cruel y sórdida conquista. Más tarde, las costumbres, el laboreo de los campos, la condición de la mujer, las creencias,

la moral, la mentalidad araucanas, se han modificado con la proximidad de los pueblos, los ferrocarriles que cruzan el territorio, la vida pacífica, la enseñanza religiosa, la instrucción primaria y la imitación a los chilenos. Persisten aún hoy el desaseo, el decaimiento, la melancolía, la pereza, el alcoholismo, las supersticiones, las creencias sobre las causas de las enfermedades y de la muerte, las fiestas, los juegos y las ceremonias fúnebres de antaño.

**Algo de
psicología
de la raza
española**

Los mejores representantes de la raza española, los más audaces y corajudos, aquellos cuya acometidora sangre hereditaria bullía con más fuerza, los que encontraban estrecho a su pujanza, a su necesidad psicológica de dominar, a su ambición de riquezas, el horizonte de la península, fueron los que se aventuraron a la conquista de América; así como hoy mismo son éstos los que emigran.

Los conquistadores, últimos cruzados que salieron de España, eran principalmente castellanos enjutos, nerviosos, sobrios, sufridos, o andaluces impetuoso en que se compensaba la falta de perseverancia en el esfuerzo con el ímpetu brusco en el acometimiento.

Eran hijosdalgo por excepción; los demás, bajo pueblo, soldados de las guerras de Italia y Flandes, analfabetos, impulsivos, fanáticos, camorristas, imprevisores, codiciosos, fatalistas y crueles; apesar de esto, aventureros admirables por su genio, arrogancia, virilidad, audacia, tenacidad y valor: a la vez eran hombres de presa y héroes legendarios.

Ante lo maravilloso que ven, palpan y se apropián, nada les parece imposible: todo cuento fabuloso lo creen verosímil; toda empresa, viable; todo vasto imperio, asequible: la sed de aventuras los impulsa frenéticos tras lo ignoto y aleatorio.

Avidos para adquirir, pródigos para derrochar, en su afán de lucro no escuchan sino la voz de sus pasiones y sus intereses y son por esto insensibles, vengativos y crueles.

Sólo hombres así, extraordinarios, pudieron conquistar los imperios azteca e incásico con un puñado de soldados y vencer uno contra mil las meznadas de araucanos que los asechaban en las encrucijadas, después de haber triunfado del hambre, el frío, la lluvia y las enfermedades.

Por estas cualidades, fueron superiores a los españoles del siglo XVIII. La pobreza, el hambre, el abatimiento moral habían trocado al vigoroso y enérgico castellano antiguo en el charlador, dichero y holgazán matritense de ayer.

El desangramiento por la conquista de América, por la represión del protestantismo en las guerras religiosas bajo Felipe II y por las hogueras del Santo Oficio; la despoblación causada con la expulsión de moros y judíos, con las aventuras coloniales y emigración a América; la selección regresiva producida por el celibato de un clero numerosísimo, clase social superior que llegó a tener 148,000 individuos, cuando la población se había reducido a menos de 6.000,000 de habitantes, hicieron perderse para la herencia lo más selecto de España, eliminaron sus mejores elementos industriales, redujeron la población, estorbando las selecciones sociales y estagnaron la industria, trocando a los españoles de productores en intermediarios, de manufactureros en traficantes, lo que empobreció a la Península, a pesar del oro recibido de América, que iba sólo a enriquecer los centros laboriosos de Europa.

Así, se arruinaron su industria, agricultura y comercio; decayó su poder militar; se abatió el carácter y el espíritu público.

La época de mayor decadencia de España fué a fines del siglo XVII.

Como las causas que motivaron esta regresión física, económica y moral han cesado y España conserva vigorosa y sana su raigambre racial, vuelve a recuperar su laboriosidad, su riqueza, su prestigio como Nación. Esto explica que si el español conquistador de antaño no trajo a América dotes de trabajo perseverante, economía, inventiva, el colonizador de hogaño trae estas condiciones indispensables para alcanzar la cultura y prosperidad modernas.

La población de España es homogénea; la mezcla de pueblos diferentes ha creado un tipo de raza diverso de los demás de Europa, cuyos caracteres anatómicos dominantes son el del ibero y el celto-galo que constituyen más del 40% de la nacionalidad española.

Prevalece el tipo mediterráneo moreno y dolicocéfalo con una mezcla celto-germánica o sea, como dicen los técnicos, está poblada España de *Homo Mediterranensis* y de *Homo Europaeus*. El tipo mediterráneo, que es el dominante, es de talla pequeña,

se caracteriza por la estrechez de la cara y de la nariz, órbitas redondas, color oscuro, ojos y cabellos negros.

El español tiene el rostro oval, cráneo alargado: los hombres son de músculos fuertes que no desfallecen por fatigas y privaciones; las mujeres, de ojos negros, largas y espesas pestañas, talle estrecho, pie fino, marcha ondulante.

La sangre semítica suele aparecer con su nariz aguileña y el color mate del rostro y ha influído también en el carácter español.

Paul Barth dice: «La acción de la raza semítica en la raza «española se atestigua, porque han llegado a ser fanáticos, han «llevado toda concepción hasta el extremo, hasta el grado donde «ella pierde todo sentido razonable: la sumisión religiosa hasta «la obediencia de cadáver, la política hasta la molesta etiqueta «ceremoniosa, el honor hasta la más extravagante susceptibili- «lidad, el orgullo hasta la grandeza ridícula».

El predominio de la población montañesa en España dió a los peninsulares prontitud y violencia de reacción unido a una habitual lentitud de movimientos. El español es, ante todo, un pasional, un impulsivo en quien predomina el sentir sobre el pensar, el afecto sobre la idea, la intuición sobre la reflexión.

El temperamento español es nervioso-bilioso; gusta del placer; tiene un fondo de buen humor; pasiones violentas, concen-tradas, no expansivas; sensibilidad irritable. Carece de capaci-dad crítica, defecto que, unido a su orgullo, hace que se des-conozca e ignore al adversario, origen de muchos de sus fracasos nacionales.

No es alcohólico; es erótico, como todos los neo-latino-s: el clima cálido del mediodía hace precoces a los jóvenes, les des-pierra los instintos sexuales, los hace imprudentes.

Buckle escribe: «Los españoles son nobles, generosos, frances, «íntegros, probos, amigos sinceros y leales, afectuosos en to-«das las relaciones de la vida privada, caritativos y humanos». «Su sinceridad en materia religiosa no puede ser puesta en duda».

Los rasgos característicos del alma española son el individua-lismo, la arrogancia y la virilidad.

El individualismo produce la confianza propia, sirve para desenvolver la energía individual y mantener la independencia nacional; pero estorba la solidaridad necesaria para llevar a cabo grandes empresas, estimula el deseo de dominación en los

caracteres más enérgicos y entorpece la acción del gobierno por falta de respeto a la ley y por indisciplina de los partidos políticos.

Así, faltó por mucho tiempo en España la cooperación necesaria a las empresas industriales que requerían capitales crecidos; la anarquía política ha hecho casi ingobernable la Península, y hoy mismo, el español e ibero-americano son rebeldes que obedecen sólo a regañadientes al policía en la calle, al mayordomo en la faena, al juez en el tribunal, al presidente en las asambleas deliberantes.

El individualismo fué el resultado del medio geográfico que impuso el aislamiento a cada uno de los pueblos de la Península, lo que hace conservar hasta ahora en las provincias particularidades y aspiraciones diversas, que a veces toman el aspecto de rebeldías regionales.

Su carácter enérgico, su espíritu combativo hacen al español orgulloso, y no con orgullo reconcentrado, interno, sino expresivo y visual que desborda y se manifiesta en actos.

Este orgullo es la arrogancia española que en tiempos de grandeza fué exaltación religiosa, culto al valor personal, caballeresco pundonor, abnegación sin límites por el ideal; virtudes que trocaron el amor en adoración, la aventura en hazaña, la historia en epopeya.

Esta arrogancia tuvo su forma clásica en el estoicismo; su expresión literaria, en los libros de caballería; su sello, en el gesto altivo, el mirar desdeñoso, el andar acompañado y solemne del viejo hidalgo que envolvía a veces sus harapos en capa de amplios pliegues.

Tuvo su culminación en el siglo XVI. En la época de la decadencia, se convirtió en pereza, tiesura, fanfarronería, charlatanismo y maledicencia.

Fruto de esta arrogancia decadente fué el desprecio por el trabajo manual y el comercio, y la verbosidad que les hace sacrificar el pensamiento al período sonoro, el fondo a la forma. El orgullo apartó al pueblo español de los oficios e industrias lucrativas, al mismo tiempo que la religiosidad hacía infecundos en los conventos a los elementos más intelectuales.

Madame d'Aulnoy decía: «Prefieren soportar el hambre y «todo género de penalidades a trabajar. El orgullo y la indolencia les impiden labrar la tierra».



Los hidalgos de Santiago miraban con menoscabo a los mercaderes, artesanos y letrados.

Carvallo y Goyeneche decía: «Los hombres españoles de «clase inferior son menos ocupados. Viven del comercio inferior «de tiendas y tabernas». Y Núñez de Pereda llamaba a los letrados y abogados «polilla y carcoma de nuestra monarquía cristiana». Tal vez no le faltaba razón respecto de los últimos.

La visión que del hidalgo español me había formado desde niño, la ví plasmada al ver entrar una vez al Senado a don Claudio Vicuña. La cabeza erguida, el perfil aristocrático, envuelto en un gabán con pieles, descorrió la cortina con indolenencia y penetró en la sala pausadamente, llevando el compás de sus pasos con el balanceo de su brazo arqueado, que separado del cuerpo, empuñaba un bastón en que no se apoyaba. Era el tipo físico del hidalgo y lo era en realidad.

El individualismo y la arrogancia española tuvieron su gráfica expresión en lo que los nobles aragoneses decían al monarca al prestar el juramento de fidelidad: «Cada uno de nosotros vale tanto como vos y juntos valemos más que vos», y en lo que a su vez decían los grandes castellanos: «Somos iguales al rey, dineros menos».

La virilidad, de que tantas muestras ha exhibido la historia de España, se ha perpetuado y mantenido aún en las épocas de mayor decadencia. Ella ha hecho al español de una pieza, incapaz de ceder en el orden moral, incapaz de ductibilidad, de adaptaciones, de renunciamientos y le ha dado su espíritu de acometida, su inclinación a la guerra, su sequedad y dureza exteriores, su violencia en todos los tiempos, lo altivo de su carácter, el concepto del honor, la rebeldía individualista y el heroísmo.

En la filosofía de Séneca se encuentra expresada en su fórmula «Sé hombre» que obliga a obrar rectamente por amor propio, con entereza ante la adversidad.

Se ha puesto en relieve en sus luchas heroicas: con la fieraza de las mujeres cántabras, que mataban sus hijos para que no fueran esclavos de los conquistadores; con la toma de Numancia, en que entregaron a los romanos, como todo botín, la cenizas de la inmensa hoguera que había consumido a la ciudad; con Guzmán el Bueno, que arroja el cuchillo para que maten a su hijo prisionero, antes de rendir la plaza; con Hernán Cortés,

al quemar sus naves; con el octogenario Carvajal que, semejante a Lope de Aguirre, al frente de un puñado de rebeldes, desafía al monarca todopoderoso; con el sacrificio de Churruca en Trafalgar; con la defensa desesperada de Zaragoza en las guerras napoleónicas.

Hasta la lengua castellana es seca, viril, enfática. No tiene medias tintas, suavidades aterciopeladas; desconoce el *nuance* de la lengua francesa, la musical dulzura de la lengua italiana; es conceptuosa, llena de majestad, campanuda; muy apropiada a la arenga, a la elocuencia tribunicia, a la dialéctica jurídica; corresponde perfectamente al enérgico espíritu hispano que de ella se sirve. Esa energía, que fué rasgo fundamental de la raza, saturó hasta sus santos: ejemplo: San Ignacio.

En España culminaron el derecho y la teología; fueron ciencias españolas que respondían a su dogmatismo y a su tendencia de combatimiento.

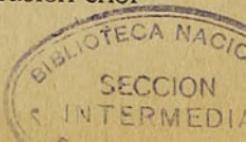
Su filosofía fué moralista con Séneca, educadora con Vives. Su genio se ha caracterizado por la austeridad.

Su estoicismo se ha confundido con el fatalismo de origen árabe. Por ambos, el español soporta todo con entereza; por el misticismo, desprecia todo con indiferencia. España continúa siendo católica, como una tradición de siglos pasados en que existía un exaltado sentimiento religioso.

La fe apasionada, el fervor religioso impulsaron sus empresas más osadas; en la decadencia, se satisfizo la fe con la observancia de rígidas fórmulas, persecuciones de heréticos y judaizantes y espectáculos del quemadero. Hoy la religión ha perdido la intensa vida interior que tuvo, se ha paganizado y hecho superficial y tolerantemente formulista.

La política absorbe gran parte de la actividad española; en sus luchas estériles y personalistas, en que cada político quiere ser jefe, se desperdicia más talento y energía que el que se gasta en las labores agrícolas y en la competencia industrial y comercial.

Los obreros, generalmente sobrios, sin grandes aspiraciones ni necesidades imperiosas, son industriales pero inconstantes, faltos de asiduidad, despreocupados; pasan sin transición del trabajo rudo a la indolencia; por eso confían más en el azar que en la economía y el esfuerzo, lo que explica la difusión enorme de las loterías.



El español tiene indolencia meridional y gravedad formulista; espíritu guerrero, no militar, por falta de disciplina; le falta el instinto social de la maleabilidad. Es católico, y poco cristiano; utilitarista, y carece de sentido práctico; democrático en la península, y tirano en las colonias; personalmente independiente, y ha soportado con paciencia gobiernos despóticos; hospitalero y poco humanitario, pues es duro y a veces cruel con sus semejantes y con él mismo. Ha recibido como herencia semítica la uniformidad de ideas y sentimientos prohibitivos del libre examen. Mas, lo que por sobre todo enaltece la raza y ha sostenido su espíritu levantado en las peores épocas de su decadencia, es su generosidad, su hidalguía proverbial, su instinto caballeresco, su constante aspiración a lo grande y a lo noble, su sentido ideal de la vida. Vive y perdurará por sus caballeros, sus santos y sus héroes.

**Propor-
ción de
sangre es-
pañola e
indígena
que entran
en nuestra
raza**

Pedro Valdivia llegó a Chile con 150 conquistadores y sólo una mujer española. La población indígena desde Copiapó a Chiloé se calculó entonces entre 1.070,000 y 1.540,000 habitantes.

Ocho años después, se calculaba la población en 500 españoles con algunas mujeres españolas y peruanas.

En 1598, habían llegado a Chile del Perú 3,670 soldados españoles y mestizos, algunos trayendo indígenas peruanas; los demás, se unieron en Chile con indias descendientes de quechuas que residían en Chile desde la conquista de los Incas, con indígenas chilenas del Norte y centro del país y en su mayor número con mestizas chilenas incorporadas ya a la sociedad.

El constante envío de tropas mantuvo una inmigración permanente de españoles, criollos y mestizos peruanos.

A fines del siglo XVII había como 80,000 habitantes de origen español. Mientras la población mestiza aumentaba con rapidez por la fecundidad de la mujer criolla, disminuía la población indígena por la separación que hicieron los españoles de hombres y mujeres, ocupando a aquéllos en las minas y a éstas en las faenas domésticas, por la guerra, la viruela, los malos tratamientos y más tarde el alcohol.

Los indios de la región central se habían reducido a cerca de 50,000.

El censo de 1907 dió 101,118 indígenas; el de 1920, 105,162.

Con los mismos elementos componentes continuó durante el siglo XVIII la mestización indígena del Norte y centro; la mezcla fué más activa, entre los ríos Maule y Bío-Bío.

Aún después de pacificada la Araucanía, ha habido sólo uniones accidentales de chilenos y araucanas y nunca el activo cruceamiento que existió entre las indígenas del centro y los conquistadores.

En la época de la Independencia, un 80% era mestizo y un 20% español de raza pura y hasta entonces habían llegado a Chile cerca de 46,000 españoles.

El minucioso investigador don Luis Thayer Ojeda ha llegado a estas conclusiones: nuestro pueblo tiene 18,5% de sangre española, 78,2% de raza chilena o mestiza y 3,3% de raza indígena.

En la constitución de la raza chilena, entran más o menos dos tercios de sangre española y un tercio de sangre indígena. El mismo investigador ha hecho un prolífico estudio de los diversos elementos provinciales de España que intervinieron en la conquista y colonización de Chile.

Elemen- tos pro- vinciales de España que inter- vinieron en la for- mación de la raza

Los conquistadores procedieron en su mayor parte del centro y Sur de España. La conquista fué la obra de Andalucía, Extremadura, Castilla y León; los oriundos de estas provincias alcanzaron hasta el año 1630 a componer el 80% de la población española. Los colonizadores fueron generalmente del Norte y centro Norte-oriental. La colonización fué la obra de los castellanos viejos, vascos, navarros, gallegos y asturianos.

Entre los compañeros de Valdivia, los andaluces ocupan el primer lugar y lo mantienen hasta fines del siglo XVII; el segundo lugar, lo ocupan en el primer tiempo los castellanos nuevos, después los castellanos viejos; en la primera mitad del siglo XVIII, los andaluces ceden su sitio a los castellanos viejos.

Después del año 1630, los galeones en vez de soldados traen comerciantes, funcionarios reales, empleados y servidumbre; esto hace que a fines del siglo XVII y en el siglo XVIII cambie

el origen de los inmigrantes; aumenten los vascos hasta desplazar en la segunda mitad del siglo XVIII a los castellanos viejos, ocupando el tercer lugar los navarros y el cuarto los andaluces.

Según el señor Thayer Ojeda, la sangre española en la población de Chile tiene 69,345% de origen castellano, leonés, extremeño y andaluz, 13,848% de vascos y navarros, 2,867% de catalanes y valencianos y 8,924% de gallegos, asturianos y aragoneses.

Orígenes de las cla- ses diri- gentes y dirigida

La pobreza de Chile y la guerra porfiada y dura de Arauco hizo que los primeros españoles no fueran industriales ni comerciantes, sino soldados, más viriles, energéticos y audaces que los que iban a medrar a colonias más ricas y tranquilas, y mucho más que los que, por no ser esforzados para correr aventuras, se quedaban en España.

La descendencia mestiza de estos conquistadores y de las mujeres indígenas, falta de aptitud en la lucha económica, fué aumentando en número y bajando en rango social y situación pecuniaria. Así, las familias formadas por los vascos, castellanos viejos, navarros y gallegos desplazaron a las familias andaluzas, extremeñas, leonesas y castellanas nuevas, y los descendientes de éstos forman hoy, principalmente, el inquilinaje de los campos y el proletariado de las ciudades.

Don J. L. Espejo dice: «Entre los 1,500 conquistadores que vinieron a Chile de 1520 a 1560, sólo tres dejaron familias que han conservado hasta el día su importancia social».

La aristocracia, los propietarios de los latifundios del siglo XIX, la oligarquía que gobernó la República casi todo ese siglo, no tiene, pues, su origen en los conquistadores del tipo militar, en su mayoría andaluces y castellanos nuevos, sino en comerciantes y marinos, especialmente vascos y castellanos viejos, que se establecieron en Chile, según el mismo señor Espejo, en proporción creciente de 5 a 80% entre los siglos XVI y XVIII, desplazando del comercio, la agricultura y la minería a los descendientes de los conquistadores.

La inmigración colonizadora conservó su sangre pura o ligeramente mezclada; influyó en la evolución económica, cultivando el suelo, laborando las minas, estableciendo tiendas y pulperías, exportando frutos del país; sus hijos nacidos en Chile,

provocaron y realizaron la revolución emancipadora, secundados por los mestizos y gobernaron orgullosamente el país formando una oligarquía, colocada a enorme altura sobre los mestizos dirigidos que, mal renumerados, trabajaban en penosos oficios.

Esto tal vez explique en parte, pues queda además el importante factor de la raza española pura o mestiza, la diferencia que existía y aún existe más atenuada, (más neta se ve mientras más se retrocede), entre la clase dirigente y la dirigida. En la primera, se manifiesta la hidalgüía, la vana arrogancia, el respeto a la tradición y a las formas jurídicas propias del castellano viejo; la energía de propósitos y tenacidad para ejecutarlos, la testarudez que caracteriza al gallego; la falta de imaginación y espiritualidad, compensada con la discreción y el sesudo buen sentido; la sobriedad de palabras y de costumbres hasta llegar a la dureza; la seriedad habitual, hasta la terquedad; la economía, hasta la avaricia; la tendencia asaz conservadora, ajena a novedades y reformas, y la adhesión incondicional al orden, cualidades todas de origen vasco.

Y en el pueblo, explicaría así mismo su audacia y valor sin lógica, su despreocupación y desprecio por la vida, su fantasía despierta, su viveza de expresión, su seducción por la palabra sonora, su placer por la jarana, su generosidad sin tasa, su perpetua inquietud que le incita a buscar la discordia y a refocilarse de la pendencia en plena paz, cualidades todas de origen andaluz, como son del mismo origen el baile popular, la cueca, la manta y la chupalla en los hombres y el manto en las mujeres que corresponden respectivamente a la capa jerezana, al sombrero cordobés y al traje de viuda andaluza.

De la raza indígena, indolente, rapiñadora, supersticiosa, alcohólica, triste, casi fúnebre, nuestro pueblo tiene sus vicios, pero también sus virtudes: la rudeza viril, la energía, el espíritu belicoso acrecido por la lucha secular llamada sin ironía alguna «de pacificación de la Araucanía».

Habiendo sido convivientes durante tres siglos españoles e indígenas, se produjeron influencias recíprocas, indianizándose aquéllos e hispanizándose éstos; influencias que los descendientes comunes conservan, como son, los mitos y leyendas de nuestro *folklore*, los chilenismos e idiotismos de nuestro vocabulario, la ojota de nuestro gañán, el lazo y la lanza, utensilio y arma

indios, los telares de lana y los zumos tintóreos de nuestros campesinos, que son los mismos para mantas y *choapinos*, y los ranchos, sucesores con pocas variantes de las rucas araucanas.

El elemento peruano dejó huellas en las costumbres populares de nuestra raza, y en el lenguaje. Lleno de expresiones quechuanas

Una clase media reducidísima formada en los pasados siglos primitivamente con mestizos en que primaba la sangre española con sus características raciales, en su mayor parte descendientes de conquistadores castellanos, ha ido ampliándose y robusteciéndose con los venidos a menos de la clase alta y con los elementos mestizos más vigorosos, surgidos del pueblo, hasta ir reemplazando paulatinamente a la aristocracia en la dirección del gobierno.

Como se ha visto, mientras la descendencia del elemento andaluz, formaba la clase pobre y sometida, los descendientes de castellanos viejos, llegados después de fines del siglo XVII, de vascos progenitores de orgullosas familias de Santiago y Concepción, de gallegos y navarros prolíficos, fundadores de casas ilustres e influyentes de la capital, formaron la aristocracia; tomaron la dirección del país, constituyéndose en oligarquía en el siglo pasado; pusieron su sello falto de sentimentalismo e imaginación a la raza, mostrando el ideal del individuo en el varón discreto, parco, sesudo y activo; imprimieron los rumbos de su carácter, que tenía algo del solar vasco, sobrio, severo, duro, al gobierno y a la administración, y nos dieron políticos ponderados, estadistas circunspectos, gobernantes escrupulosos y energicos que estabilizaron y organizaron la República.

A ellos se debe nuestro progreso moral jamás alcanzado en Hispano-América, la altivez y arrogancia de nuestra diplomacia, la ambición y aptitud que el país demostró para ensanchar sus fronteras por el trabajo o por las armas.

Opiniones sobre el mestizaje

Nuestro mestizaje, formado con españoles puros, con mestizos de españoles e indias peruanas o chilenas y en proporción escasísima con mulatos y zambos, mezclados con indias chilenas del norte y centro del país, con peruanas de estirpe quechua, y con pocas araucanas puras, constituyó, contrariando la mayor

parte de las teorías científicas sobre el mestizaje, una raza fuerte, sin señales degenerantes y una nación civilizada y progresista.

En el *tercerón*, comenzó a elevarse nuestro tipo híbrido y paulatinamente a desviarse del indígena aproximándose al europeo.

Algunos autores sostienen que los mestizos son, por lo menos, iguales en inteligencia a sus padres de raza superior; otros, que la raza mestiza no puede ser superior a la mejor de las que la han producido, de modo que el cruzamiento indefinido conduciría a la degradación. Desde luego, en la inteligencia esto no es exacto: Hispano-América lo prueba.

A los cruzamientos de razas diferentes, Gustavo Le Bon los califica de destructores del alma de la raza, de disociadores de las ideas y sentimientos cuya unión constituye la fuerza de los países, y, por ende, los pueblos formados por cruzamiento, según él, son incapaces de ser una nación, una patria verdadera.

Esta exageración, desmentida por Estados Unidos y la República Argentina, es atenuada por Schurtz, que cree que el cruzamiento puede ser ventajoso cuando el parentesco de las razas que se mezclan no es lejano.

Es cierto que el cruzamiento disocia los caractéres psicológicos ancestrales, produce la incoherencia del mestizo, su carácter sin consistencia, su conducta variable, atraído por las tendencias diversas de sus herencias psíquicas y que el ideal es más fijo, el carácter es más determinado, las virtudes y vicios no se adquieren y pierden fácilmente mientras más pura es la sangre de la raza. Así, la superioridad de los Norte-Americanos, más que de raza es de pureza de sangre; mientras ellos son blancos prácticamente puros, los hispano-americanos tienen menos sangre europea que ellos, ventaja que aquéllos pueden perder con la prolíficuidad de los negros.

Mas, en compensación, el cruzamiento crea la plasticidad y la variabilidad fisiológica y psicológica. El pueblo nuevo viene a ser una masa sensible a todas las influencias, y para formar un tipo progresivo le basta tener aptitud para imitar y fuerza de carácter para hacer progresar y conservar por él mismo las ventajas obtenidas; por esto también, la educación tiene en ellos mayor influencia que en los pueblos estabilizados, pudiendo hacer grandes bienes o grandes males.

Desde luego, está desacreditada la teoría que relaciona la

psíquicos de los individuos, el carácter de una raza, el sentimiento de una nación, a las mensuras craneales: hombres de la misma raza, cambian en medio diferente, como los irlandeses emigrados a Estados Unidos cuya mentalidad y estado de alma varía después de algunos años.

Tampoco el color es un signo de superioridad o inferioridad psíquica permanente; hombres de talla, color de ojos y de piel diferentes suelen tener mentalidad y voluntad casi análogas.

La fijeza y evidencia con que ciertos caracteres psíquicos aparecen como propios de determinada colectividad, lo son sólo en cierto momento o época de su historia: no hay, pues, nada inmutable en el temperamento y carácter de un pueblo; por eso, al hablar de ellos, hay que referirse al estado actual o a un período de su evolución.

Según esto, no hay tampoco razas superiores o inferiores precisa y perpetuamente; hay sólo razas que en un momento histórico están dentro o fuera de la influencia civilizadora más avanzada.

En el siglo XVIII, el abate Molina escribía este pensamiento, revolucionario y herético para su época: «Confesemos que todas las naciones, sean americanas, europeas o asiáticas, han sido semejantísimas en el estado salvaje del cual ninguna ha tenido el privilegio de eximirse».

Prejuicios sobre la superioridad de las razas Las últimas guerras han venido a destruir muchos prejuicios sobre la inferioridad de las razas. La amarilla, calificada de inferior, vence a la raza blanca en la guerra ruso-japonesa, y en medio siglo, el Japón se coloca de un salto al mismo nivel de cultura de las más adelantadas naciones del orbe.

La Francia latina, juzgada por los admiradores de la cultura germánica de inconstante, frívola, excitable, degenerada, en la gran guerra da muestras de vigor, paciencia, resignación y heroísmo que asombraron al mundo.

Cualquiera que sea, pues, su origen, una raza puede adquirir en su evolución energía de voluntad, probidad, devoción del deber, espíritu humanitario y progresista, y este carácter adquirido se heredará en menor grado que los caracteres congénitos; mas, al mismo tiempo, esta herencia, mantenida durante varias generaciones, llega a tener tal arraigo que se hereda con

tanta energía como si fuera congénita, hasta que llega a serlo. De este modo, la raza juzgada como inferior puede llegar a poseer las cualidades más favorables al desenvolvimiento de la actividad social y llegar a ser superior.

Según el juicio del psicólogo Le Bon, basado en gran parte en la anarquía y caudillaje del siglo pasado en Hispano-América, juicio que rectificaría si visitara hoy los países australes de este continente, debería haberse producido ya el retroceso o decadencia de esta América, poblada por un mestizaje de razas diversas, lo que está muy distante de acontecer.

Por sobre la mayor parte de las teorías formuladas sobre la mezcla de razas, existe el hecho constante de que el progreso, al facilitar los medios de comunicación, desarrolla el internacionalismo, el cosmopolitismo y aumenta el cruzamiento, sin que la civilización retroceda, y está la experiencia recogida por la historia, que es en gran parte el relato del cruzamiento permanente de las razas más diversas, de que los pueblos que han mostrado mayor vitalidad han sido siempre los más mezclados.

De los hechos, se deduce, además, que a ser ciertas dichas teorías, hace tiempo que el hombre habría vuelto a la barbarie o desaparecido de la tierra por las mezclas incessantes de razas que hacen que por las venas de todo civilizado corra sangre de todas ellas; y en vez de acontecer esto, la humanidad ha marchado hacia adelante, a pesar de sus caídas y rezagos, lo que prueba que los cruzamientos no constituyen siempre una degeneración y otras veces ayudan la evolución social.

Los mestizos chilenos son indudablemente superiores a los antepasados indígenas; y, a causa precisamente del mestizaje, del medio físico y la selección favorable, la raza mestiza es más prolífica y adaptable que las razas progenitoras y más fuerte, como lo prueba el desarrollo más rápido de sus niños y su talla más elevada.

El cruzamiento, producido principalmente en la antigüedad por las conquistas, es causa intensa e inevitable de alteración en el alma de las razas; hoy, que las mezclas violentas de pueblos por las conquistas van desapareciendo, se atribuye mayor importancia en estas modificaciones al funcionamiento de las selecciones sociales.

Entre las selecciones favorables, mucha influencia ha tenido en la elevación del nivel de la raza chilena el haberse forjado en

la pobreza y adversidad, y templado en la constante, pero no mortífera guerra de Arauco que aseguraba la superioridad a los más robustos y bravos, quienes ejercían favorablemente las funciones de reproducción sexual. Las guerras antiguas obraban como selección progresiva; las modernas, con ejércitos tan enormes y tan sangrientas, al eliminar a los más aptos y valientes, que son los que más se exponen, son regresivas.

Los chilenos, descendientes puros de raza española, son físicamente superiores a los españoles contemporáneos, porque las causas de la decadencia que han obrado en España no han influido en nuestro país y porque el elemento más vigoroso y enérgico de la Península fué el que vino a América.

En cuanto a nuestro carácter nacional, se aparta poco a poco cada vez más del carácter español, sin ser inferior a él.

Con el prejuicio de la influencia decisiva de la raza en el alma de los pueblos, ha dicho Albrecht Wirth, «Chile se ha beneficiado además con sus indios, los araucanos, que pertenecían a una raza particularmente noble. Han quedado hasta los últimos tiempos cazadores y pastores».

Desde luego, los araucanos nunca fueron pastores, porque no tenían rebaños.

Juicios sobre el mestizo chileno y el peruano de

H. S.
Chamberlain

I. H. S. Chamberlain dice acerca del mestizaje hispano-americano: «En la América del Sur, estos desgraciados peruanos y paraguayos son nacidos de una unión ilegítima (cuando no hay tres o más), de dos culturas que no tienen nada de común, de dos estados de desenvolvimiento muy diferentes de edad y de formación para unirse; son productos de una fornificación contra natura. La degeneración va a la par con la mezcla de sangre. Tomemos dos casos distintos: Chile y el Perú. Chile, donde una pretensión modesta a la cultura no aparece fuera de lugar y donde reina el hábito de un orden político relativo que lo distingue entre todos esos estados, 30% de los habitantes son todavía de pura sangre española y basta este tercio para tener la descomposición moral. En el Perú que, por el contrario, ha superado a las otras repúblicas dándole el ejemplo de la bancarrota moral y material, no existen casi indo-europeos de raza pura; si se exceptúan de su población los indios incul-

tos del interior, ella consiste enteramente de cholos, tercerones, cuarterones, «etc., provenientes de cruzamientos entre indios y españoles, entre indios y negros, entre españoles y negros, entre los mestizos así formados y las diversas razas de donde ellos descienden, y por último, mezcla de estos mismos mestizos».

Es cierto este hibridismo del Perú, pero hay un error al juzgar la proporción de descendientes de sangre española sin mezcla que hay en Chile y al afirmar que no existe raza blanca pura en el Perú.

No tomando en cuenta el elemento indígena, muy numeroso en el Perú y escaso en Chile, hay allí más sangre española que en Chile y menos raza mestiza y, como durante la colonia fué un rico virreinato, mientras Chile era una mísera gobernación, muchas familias peruanas lucen títulos nobiliarios legítimos, la influencia hispana es más efectiva y se ha conservado mejor en sus edificios, costumbres y diversiones: así, es muy español la mantilla de las mujeres, los balcones floridos, el lenguaje de castiza pronunciación, tan diverso del hablar chileno, y el entusiasmo desconocido en Chile por toros, zarzuelas y tonadilleras.

Nuestro mestizaje es el anatematizado por Chamberlain, «la unión de dos culturas que no tienen nada de común, de dos estados de desenvolvimiento muy diferentes de edad y formación para unirse», como eran la cultura y el estado de desarrollo español e indígena, pues las mujeres españolas que vinieron a Chile durante la conquista sólo alcanzaron a formar tres por ciento de los varones. Y sin embargo, el mismo autor dice «que en Chile reina el hábito del orden político».

Causa de nuestra superiori- dad políti- co-social

La causa de la superioridad política y social de nuestra raza respecto de otras del Continente Americano, de la continuidad de nuestra historia constitucional, consiste en la homogeneidad de nuestro pueblo mestizo, no de nuestra nación;

porque en realidad hay en ella dos castas poco cruzadas que se diferencian en su aspecto físico, vestuario, costumbres y, a causa de la inferioridad cultural de una de ellas, la diferencia alcanza hasta el sentir y el pensar. Una tiene más sangre europea y forma la mayor parte de la clase dirigente; la otra es de origen indio-europeo y constituye la clase dirigida,

la cual vive casi al margen de la cultura y de los placeres elevados que proporciona la civilización.

La homogeneidad de la nación sólo ha sido completa en la unidad de sus aspiraciones nacionales; las diferencias señaladas se han atenuado en sus consecuencias por la sólida organización del país, y ellas tienden a disminuir por el acrecimiento constante de la clase media que sirve de puente entre las clases extremas.

Mientras menos heterogénea es una sociedad, mientras menos elementos diversos y mal integrados entran en su composición, menos también la fantasía individual tiende a reemplazar a la razón común, menos divergentes son las concepciones políticas y filosóficas y el escepticismo tiende menos a enervar la acción colectiva y a destruir, sin reemplazarlas, las creencias básicas y tradicionales. En una palabra, la unidad de espíritu y de costumbres hace que la unidad del estado y de la sociedad sean más completos, lo que ha hecho más apto para el desempeño de las funciones político-sociales al pueblo mestizo chileno que a pueblos formados por blancos, mestizos, indios y negros.

Particularizando nuestra diferencia de raza con el Perú, favorable a Chile, veremos que es motivada por ser nuestra raza progenitora indígena más viril y enérgica que la quechua; por haberse fundido íntimamente en nuestro país la raza indígena y española, mientras en el Perú se mantienen aún separadas; por el hecho anotado por Chamberlain de los elementos tan diversos que han intervenido en la formación de la raza peruana, que demorarán siglos en confundirse, lo que no ha ocurrido en Chile, y por la diversidad del medio físico, especialmente el clima.

El trópico es propicio al desborde imaginativo, a las excitaciones cerebrales, al mismo tiempo que a la laxitud y a la inercia. Nacen con más frecuencia en las zonas intertropicales brotes de robusta genialidad que parecen absorber toda la savia del conjunto raquíctico, formado de mestizos apocados y abúlicos.

Homogeneidad de la raza chilena

La homogeneidad de la raza chilena, aunque no es absoluta por el distanciamiento de la clase rica y la clase pobre mantenido hasta ahora por el orgullo y el egoísmo de la primera, es, con todo, suficiente para constituir una ventaja apreciable respecto de otros pueblos hispano-americanos.

Esta homogeneidad proviene de que no han entrado en la formación de nuestro pueblo mestizo sino dos razas, haciendo siglos de vida en común, confundiéndose su historia y su sangre en proporciones no muy desiguales, más o menos dos tercios por un tercio; de que ambas razas estuvieron aisladas del resto del mundo por su situación geográfica mientras se fundían y estuvieron sometidas trescientos años a condiciones de vida idénticas, y de que cada raza aportó durante el mestizaje un solo elemento sexual, pues la descendencia mestiza tuvo siempre su origen de matrimonios o concubinatos de españoles con indias o mestizas. Esto último es, asimismo, el por qué hemos heredado los rasgos fisonómicos de la raza materna indígena, persistiendo en nosotros la tez morena, el cabello negro y los ojos oscuros y atápicamente tenemos la mentalidad característica de la raza paterna española, persistiendo los elementos fundamentales de su constitución espiritual: la moral doméstica, base de nuestras familias; el castellano, expresión de nuestro pensamiento; el cristianismo, fundamento de nuestras instituciones.

En la raza chilena no hay mezcla de negros.⁵ Su intervención étnica es de 1% solamente. Como Chile era pobre, carecía de industrias y no era un país minero durante la colonia, no había tanta necesidad de esclavos y el valor de ellos, que fluctuaba alrededor de \$ 500 en el Perú, era muy alto para la escasa fortuna de los terratenientes que tenían uno que otro, como un lujo, para el servicio doméstico.

En las pequeñas labores mineras, especialmente en el Norte de Chile, se ocuparon algunos; por eso no es raro que aparezcan atápicamente sus rasgos fisonómicos en familias oriundas de Copiapó.

Los jesuítas los tuvieron en gran número; al ser expulsados, salieron con ellos más de mil.

Los negros se extinguieron por el clima, sus vicios y el mal trato que recibían.

**Causa de
la exalta-
ción de
nuestra as-
cendencia
araucana**

Hasta 1810, nuestro orgullo racial fué nuestra ascendencia española. El criollo se creía superior al mestizo precisamente por no llevar en sus venas sangre indígena, y hasta hoy, la clase alta funda en ello su vanidad, llamando despectivamente «roto» al mestizo. Hay una literatura de heráldica española y son varios los libros publicados sobre orígenes de apellidos españoles.

La irritación, el odio que produjeron en criollos y mestizos las luchas de la independencia y las depredaciones y crueidades de los españoles inherentes a toda guerra, hizo renegar a los chilenos de nuestra paternidad y buscar nuestro blasón en la descendencia femenina de la raza araucana a la que dimos ejecutoria de nobleza, atribuyéndole todas las virtudes de una raza superior.

Felizmente, y a pesar de todo, seguimos constituyendo una clase especial de españoles; somos sólo una España trasplantada a una tierra virgen y fértil en donde la raza cobra mayores bríos. El encono ha pasado y hacemos amplia justicia a España.

La madre patria no fué más egoísta ni cruel de lo que fueron en el siglo de la conquista de América, Inglaterra, Holanda y Portugal. Todos ellos despóticamente explotan, despojan y maltratan a la intimidada muchedumbre indígena, con esta diferencia: los ingleses la destruyen; los españoles la conservan y mezclan su sangre con ella.

La maternidad costó a España su vigor; el éxodo creador de su raza trasplantada al continente americano la dejó exangüe; con él comienza su decadencia: la maternidad hizo la fortuna de Inglaterra; desde entonces comienza su grandeza.

El poder de España se derrumbó en el siglo XVII; desde ese siglo ha marchado rezagada en el progreso; en los últimos veinte años ha vuelto a emprender animosamente la marcha a pasos agigantados.

Somos más españoles de lo que nos imaginamos; quizás guardamos mejor el perfume de la vieja España que la España misma.

Nuestros paseos al aire libre en que salen a lucir, por coquetear más que por solazarse, muchachas graciosas que reciben complacidas miradas o requiebros de mozalbetes holgazanes; nuestros fríos templos con santos viejos y mujeres envueltas en mantos o mantillas que arrojan una acariciante sombra sobre

sus ojos oscuros; nuestros plañideros cantos nacionales acompañados por la música lánguida de la guitarra; la mesa nutrida de pesados platos criollos; las extensas casas de un piso, de patios enclaustrados; la afición a los juegos de azar, llámense naipes, carreras, loterías; la pachorra para alarmarnos sólo momentáneamente de las epidemias y crisis económicas; los basurales en los suburbios de todas las ciudades; la rutina, el papeleo inacabable de las oficinas fiscales; la tendencia abogadil que todo lo discute y hace tan numerosos y eternos los juicios; la política, que es el tema obligado de conversación en los corrillos y de los artículos de la prensa, que absorbe la atención pública y las mejores inteligencias del país, y el orgullo por los nobles abolen-gos que obliga a toda familia a tenerlos o a inventarlos, todo esto, y mucho otros hábitos son de clásico sabor español.

**Nuestro
orgullo
debe cons-
tituirlo
nuestra as-
cendencia
española**

A la vieja España, pueblo de enorme espiritualidad, cuyo valor caballeresco grita su gran corazón, así como su arte místico nos habla quedamente de su belleza interior, debemos gran parte de nuestros vicios y casi todas las virtudes de que nos enorgullecemos.

Lo que hay de altivo en nuestro carácter, de idealidad en nuestra mente lo recibimos de España. Es de origen español la hidalguía, la hospitalidad, el noble amor propio, la franqueza que rechaza el hipocritismo, la virilidad que repele la afeminación y el pensar alto, el sentir intenso y el vehementemente obrar.

No fueron las hordas araucanas, sino los tercios castellanos los héroes máximos, los fundadores de ciudades, los desbrozadores de la selva, los creadores de nuestra nación.

La exaltación de Arauco es la leyenda imaginaria de los poetas; la epopeya de España surge verídica de las frías crónicas de los prosadores.

La lanza fué símbolo de la barbarie, la cruz y la espada lo fueron de la civilización.



No decendemos de españoles godos ni de indios extraordinarios

El tesón de considerar a los araucanos no sólo vigorosos y bravos, como en realidad lo fueron, sino además una raza privilegiada, muy superior a las demás indígenas de América, y el error de algunos escritores de creer godos puros a los conquistadores están fundados en una virtud y un prejuicio: la virtud es el amor a la patria, que en este caso se traduce en una fuerza espiritual, el orgullo nacional; el prejuicio es producido por la excesiva influencia que para aquilatar el mérito de una nueva nacionalidad, se ha dado a las razas que concurren a su formación, olvidando que la herencia se modifica, sobre todo en los pueblos nuevos, por otras causas, como el medio y la selección.

Este prejuicio aristocrático de la sangre, tan común a los pueblos como a las clases sociales y a los individuos, aún los más pobres, es un necio orgullo.

Es más noble y meritorio levantarse de la nada por lucidez de la mente y rectitud del corazón que alcanzar la misma altura a la grupa de sus antepasados o de su nombre.

Así al menos lo pensaba el filósofo Bion que, al ser interrogado por el rey sobre su nacimiento, le respondió:—«Soy hijo de un liberto fallido y una perdida», y repitió el verso de Homero: «Desciendo de su sangre y me glorio».

El mismo orgullo mostró el gran polemista católico Louis Veuillot al contestar a Henry de Pène la pregunta burlona hecha sobre su origen: «Gentilhombre de Pène, yo asciendo de un tonelero y Ud. ¿de quién desciende?

Es más honroso y da más fundadas esperanzas, el hecho de que nuestra raza, teniendo un origen casi análogo a las demás naciones hispano-americanas, haya superado a muchas en varios conceptos; se haya ennoblecido poco a poco gracias al concurso de circunstancias especiales históricas y geográficas, selección favorable, medio, imitación y sugestión de hombres superiores, principalmente estadistas y guerreros, y elevándose así, haya llegado a formar un tipo étnico bastante homogéneo, físicamente fuerte, capaz, mediante una evolución ordenada y progresista, de nivelarse en cualidades y aptitudes a los más elevados tipos raciales de la civilización actual y de alcanzar un alto grado de inteligencia, moralidad y poder.

Y podemos aspirar para nuestro país a este ideal mientras

persistan, como han persistido hasta ahora, salvo en la crisis transitoria actual, los factores favorables a su evolución.

No necesitamos los chilenos para enorgullecernos de nuestra raza, para alcanzar el grado de perfectibilidad posible, que sólo da el equilibrio feliz entre las necesidades de nuestro cuerpo y las aspiraciones de nuestro espíritu, probar que descendemos de españoles godos, como lo sostiene el doctor Palacios, y de los araucanos sobrenaturales cantados por Ercilla, porque el mismo poeta lo ha dicho:

«No necesita abuelos el valiente»
«que defiende a su patria heroicamente».

R A Z A

CAPITULO III

Chilenos

SUMARIO: HOMOGENEIDAD DE LA RAZA.—EL ROTÓ.—DEFECTOS RACIALES HEREDADOS.—ASPECTO FÍSICO DEL MESTIZO.—ASPECTO MORAL.—PUGNACIDAD.— DESPRECIO POR LA VIDA.— ASPECTO SENTIMENTAL.— TRISTEZA Y CRUELDAD.— IMPROBIDAD.— INDIVIDUALISMO ANÁRQUICO.— INCONSTANCIA.— ENVÍDIA — SUPERSTICIÓN.— IMPREVISIÓN.— SENSUALISMO.— ALCOHOLISMO Y JUEGOS DE AZAR.— PESIMISMO.— NUESTRO DEBER.— RASGO CARACTERÍSTICO NACIONAL.— HOSPITALIDAD.— ACTIVIDAD FÍSICA.— ACTIVIDAD INTELECTUAL.— INTELIGENCIA.— VIRTUDES DOMÉSTICAS.— VIGOR FÍSICO.— ESPÍRITU GUERRERO.— PATRIOTISMO.— ANTIMILITARISMO.— ACTITUD DURANTE LAS CRISIS.— DESINTERÉS DE NUESTROS HOMBRES PÚBLICOS.— PROBIDAD DE LOS PRESIDENTES.— HONRADEZ INTERNACIONAL.— APEGO A LA TIERRA.— ORGULLO RACIAL.— CARÁCTER CHILENO.

Homogeneidad de la raza La decantada homogeneidad de nuestra raza es relativa.

la raza Por haber estado al alcance sólo de la clase alta la ilustración, el placer, la alimentación suficiente, las comodidades, el arte, y el país exento hasta ahora de tiranos

elevados por el populacho o de revoluciones que dieran el gobierno a la plebe, habríamos llegado a tener dos castas en Chile, las que ya se diseñaban, distanciadas enormemente por el desprecio que el criollo blanco o de escaso mestizaje, culto, dueño de la tierra, de la fortuna y el gobierno, sentía por la ignorante y pobre clase mestiza, si no hubiera ya comenzado a fundirse ambas a través de la clase media que se acrecienta y una pacífica revolución democrática no hubiera empezado a llevar al gobierno representantes genuinos de la clase popular.

Poco ha avanzado el mestizo en el siglo de independencia que llevamos; continúa ignorante, desaseado, habitando en pocilgas, viviendo al día, pues su escaso salario vuelve al patrón, por la pulperia en la industria minera, por el despacho en los campos o va a parar a la cantina o al prostíbulo, sus únicas distracciones. Sólo ahora despierta su ambición, su conciencia de civilizado y comienza a elevarse lentamente mejorando sus condiciones de vida intelectual y material.

El roto

El tipo de la clase popular es apodado *roto*, apodo que tuvo su origen en la falta de ropa de los conquistadores; se da al inquilino, al gañán, al que trabaja a jornal, por extensión al hombre pobre e iletrado.

La clase alta considera un insulto la palabra «*roto*»; la aplica al inculto, al grosero, al atrevido, al que ejecuta un acto canallesco. Es, por consiguiente, hipocresía en los que emplean esta voz como ofensiva, la admiración que aparentan sentir por el bajo pueblo en épocas electorales o de enardecimiento patriótico, entonando loas que no merece o exaltando virtudes que no posee.

A pesar de su decadencia en los últimos lustros, la clase blanca es todavía muy superior a la mestiza.

En los países vecinos, se llama despectivamente «*roto*» a todo chileno.

Todos los mestizos chilenos tienen rasgos comunes que los distinguen de los demás americanos. Tienen escasos matices locales, obra del medio físico, como es la diferencia que existe entre el místico, tímido y bondadoso chilote, que lleva en su mente la ensoñación del paisaje encantado de sus islas verdes y el pampino del Norte, rebelde, incrédulo, agresivo, que lleva

en la frente burilada por el sol la imagen del árido y abrazado panorama del desierto.

La homogeneidad, aunque relativa de nuestro pueblo, si por una parte lleva envuelto el peligro de que los sentimientos colectivos comunes a todos se impongan a cada uno, pudiendo con esto aumentar los impulsos nocivos del odio, cólera, brutalidad, lo que produciría una regresión psíquica; por la otra, permite esperar que la existencia de un carácter nacional en que predominen las buenas tendencias, produzca una unidad de conducta y de espíritu que lleven a nuestro pueblo a su progreso psíquico y a su engrandecimiento.

El mestizaje favorecido en su selección por la guerra, la bondad del clima, la topografía del país, la alimentación abundante y nutritiva que exigía, sin embargo, esfuerzo para adquirirla, obtuvo un manifiesto mejoramiento físico al cabo de varias generaciones, constituyendo entre fines del siglo XVII y principios del siglo XVIII un tipo racial bastante homogéneo, superior al indígena y al mestizo primario. Paralelamente al perfeccionamiento físico, evolucionó también la mentalidad del mestizo, ensanchándose su capacidad de asimilación, se elevó su nivel moral y se mejoraron sus hábitos y costumbres.

Así se formó nuestro roto, base étnica de la nación chilena; antaño activo, con profunda fe religiosa, leal con sus patrones, más respetuoso y alegre que ogaño.

Su carácter es una mezcla confusa de virtudes y defectos: patriota y egoísta; hospitalario y duro, hostil; fraternal y pendenciero, agresivo; religioso y fatalista, supersticioso que cree en ánimas; prudente y aventurero despilfarrador; sufrido, porfiado e inconstante; inteligente, con un admirable poder asimilador e ignorante; abierto en ciertos momentos, desconfiado casi siempre; resignado con su suerte, violento con los hombres; triste, pesimista, callado, tranquilo y con ribetes de picardía y buen humor; socarrón, rapiñador, marrullero y ebrio, *sucio... etc.*

Su moral es poco sólida; carece del sentimiento del ideal y del íntimo de la creencia, y es escaso su respeto por la ley, la verdad y la propiedad..

La mujer mestiza es sufrida, modesta, humilde, casta y prolífica.

En las clases superiores, menos mestizadas, politiqueras costumbres, predomina la envidia: sus ataques al derecho de pro-

piedad son más arteros y disimulados que en las clases inferiores, y siendo menos vigorosas que éstas, abundan en ellas los especulativos y arbitristas y no escasean los deprimidos, timoratos y abúlicos.

Por esto, no debemos vanagloriarnos demasiado de la cordura y buen sentido que hoy las clases dirigentes aparentan tener, porque estas cualidades lindan con la indolencia y timidez que pueden ser en muchos casos los rasgos reales de su carácter.

Este mestizaje arrogante, con ideales aun mal definidos, sin ninguna comprensión filosófica de la vida, y cuyo valor desconoce y desprecia, tiene a su favor en el porvenir su recia organización física, su inteligencia despierta, su poder enorme de resistencia en las faenas agrícolas e industriales, y forma una raza alta como la española, fatalista como la árabe, valiente como la araucana.

Defectos heredados Nuestros defectos raciales heredados de nuestros progenitores pueden señalarse así: del andaluz, las clases bajas han heredado la ligereza de juicio, la despreocupación del porvenir, el fatalismo; del indio, la misma tendencia fatalista, la inclinación al alcoholismo, al robo, a la violencia, a la acometividad.

Del vasco, seco como su solar, han heredado las clases altas su escaso sentimentalismo e imaginación, la dureza, la severidad, la suspicacia, el desabrimiento, el calculador egoísmo. Unas y otras de los españoles en general, la jactancia, el arrogante orgullo que produce una falsa aristocracia o ineficaz anarquía; la incapacidad para la cooperación y la industria, fruto de la indisciplina, como lo es también la resistencia a la autoridad y a la ley; el débil espíritu de iniciativa que hace esperarlo todo del gobierno y hace de la politiquería una profesión, y la crítica negativa, consecuencia de la envidia, que envenena la política con sus intrigas.

De indios y españoles hemos heredado la tristeza que en las clases altas asume el aspecto de gravedad, la pasión por los juegos de azar, la carencia de decidida voluntad y carácter constante, la falta de estricta veracidad, de escrupulosa probidad, de severo cumplimiento del deber y de respeto a la ley.

Aspecto físico del mestizo

El mestizo tiene el rostro de un óvalo mediano o corto. Su cabello es liso, oscuro, pocas veces claro en la infancia y entonces termina por oscurecerse entre los siete y los doce años. Su piel tostada, morena, tiene un viso rojizo más o menos acentuado; en el mestizo chilote este viso es más aceitunado que rojizo. Su frente es baja, porque el cabello lo invade. Sus ojos son generalmente oscuros y sus cejas horizontales. Su nariz es pequeña y media, casi nunca aguileña. Los labios los tiene gruesos, el bigote y la barba por lo general ralos y cerdosos. Encanece ya muy viejo y casi nunca es calvo.

La talla media del hombre es de 1.66 m. y la de la mujer 1.54 m.; los chilotes son a menudo más bajos. La talla media humana es 1.63 m. Se reputa en general de talla baja a los menores de 1.60 m. y de gran talla a los mayores de 1.70 m. En los últimos treinta años, la talla media del mestizo ha bajado; probablemente por obra de la alimentación inferior, del malestar económico, de las enfermedades sociales y del alcoholismo.

Es común el tipo rubio de piel y ojos claros en la zona cordillerana en donde tuvieron su guarida las montoneras de los Pincheiras.

El mestizo no tiene facciones finas; no es hermoso ni pretende serlo; cuida poco de su piel y su cabello; desconoce afeites y perfumes y, por desgracia, extrema la despreocupación de su persona hasta desconocer el uso del jabón. Su tez bronceada, su fisonomía tosca y viril, sus extremidades cortas y gruesas, lo hacen poco gentil y agraciado, pero le dan un sello tranquilo y bravío, recio y áspero que impone consideración y respeto.

Las mestizas de rostros suaves y tímidos tiene los ojos oscuros, pasivos, acariciantes, bovinos y sensuales; el cabello espeso y tan tupido que les reduce la frente estrecha; son generalmente gruesas, pero ágiles. Su conjunto es atrayente en su juventud, que es efímera; pronto las marchita la maternidad, el trabajo pesado, los sufrimientos y la vida dura. A pesar del concubinato, aceptado como una costumbre o una fatalidad, la mujer del pueblo es casta, fiel, sus modales son recatados y conserva el pudor de bañarse separada de los hombres.

M artor

Aspecto moral Rasgos del conquistador español que conserva el chileno en mayor proporción que los demás hispano-americanos es el estoicismo y el amor a la aventura. Pueblo de montañeses, agricultores y marineros, es frío, reflexivo, energético, forzadamente sufrido y vigoroso.

La pobreza relativa del país, que exige rudo trabajo para vivir, el abandono en su miseria, ignominia y desgracia le han dado al pueblo sequedad de carácter, el fondo de tristeza que lo domina, su reserva con tardíos esparcimientos y su estoicismo. La guerra de tres siglos con los araucanos que le inculcaron las virtudes guerreras del valor, el desprecio por la vida, la disciplina militar, no cívica, porque ésta pugnaba con su individualismo racial, unido al trabajo transitorio de las faenas agrícolas, lo han hecho aventurero. El clima, que influye en la producción y ésta en el alimento, que ha sido vigorizante y su educación física espontánea, lo han formado robusto.

Durante la colonia y en gran parte del siglo pasado, el pueblo estuvo bien nutrido, con abundantes comidas de farináceos y carne. El plato fué el frejol, condimentado con grasa, ají y cebolla. Los artículos de alimentación eran muy baratos por falta de exportación y la población poco densa. En el período colonial, los animales se mataban en las haciendas para sacarles la grasa y el cuero que se enviaban al Perú, regalándose la carne a los inquilinos que la secaban para su alimentación. Hoy sólo comen porotos y galleta, especie de pan ordinario.

Pugnacidad Si a esto se agrega la selección vigorizante por la falta de atenciones, de cuidados, de higiene de los niños que sólo permitía sobrevivir a los fuertes, a los duros y a los resistentes; el carácter agresivo formado en la infancia en las calles de la ciudad o en las carreteras de los campos, que eran su escuela, en donde todos los conflictos se solucionaban entre los muchachos a puñetazos o pedradas, y la educación y ejemplo de los padres que estimulaban a los niños al desdén por el peligro, a la resistencia, al dolor, apostrofándolos, con la frase usual; ¿qué no son chilenos que vacilan? ¿qué se quejan? ¿qué lloran?, se tendrá explicado en parte cómo se ha formado este tipo bronceado por el sol, la lluvia y el viento, bien musculado por sus juegos y su vida de trabajo al aire libre, con una salud de hierro, insensible a la fatiga y al dolor y con una

osadía y un coraje hombruno peligrosos por su falta de concepción definida sobre los derechos de la vida y la propiedad.

Desprecio por la vida Unase esta fuerza y vigor que desbordan, esta belicosidad racial, este espíritu fatalista por atavismo y trashumante por falta de trabajo permanente en las faenas agrícolas transitorias, a su vida aporreada, ignara, sin ideales, sin esperanza de ser propietario, sin distracciones que le eduquen y afinen los sentidos, y se tendrá a los de malos instintos, a los que sólo vieron ejemplos perniciosos en su niñez, convertidos en rateros, en ladrones de animales o salteadores de caminos, pasando años en las cárceles en donde se corrompen definitivamente, y a los de mejores tendencias, exponer diariamente su vida o su libertad, haciendo alardes de guapeza, luchando como púgiles en cualquier oportunidad, excitados por el alcohol, usando la penca o el puñal en cualquier circunstancias, por un gesto despectivo, por la preferencia de una muchacha, por un amigo, y muy amenudo, quijotescamente por el generoso impulso de proteger al débil y defender al agredido.

Estas mismas condiciones de valor, desprecio por la vida, vigor físico, naturaleza sufrida, fatalismo y espíritu aventurero, unido al amor a la tierra, hacen del roto un soldado admirable, capaz de los mayores sacrificios por la patria.

Uriel Hancock, dice de Chile que es un país belicoso, heroico y progresista, y E. Renel Smith, en su libro «The Araucanians», establece el contraste entre la energía del hombre y la humildad de la mujer, atribuyendo a la herencia la sumisión de la campesina chilena.

Efectivamente, la pugnacidad es cualidad característica del mestizo chileno, aunque también lo es de todo hombre o raza en la cual la civilización no ha alcanzado a dominar los sentimientos impulsivos, los instintos destructores que son hereditarios, prehistóricos. El fervor por la guerra, el militarismo provocador, el duelo por sutiles cuestiones de honor, el matonaje, en suma, la violencia empleada para rapiñar, convencer, dominar, vanagloriarse o resolver dificultades, es el atavismo de nuestros antepasados bárbaros y feroces que pesa aún sobre nosotros, es el antropoídeo que llevamos dormido bajo la epidermis del civili-

zado y que despierta sacudido por la ambición, la sensualidad, la ira o las músicas marciales.

Aspecto sentimental En el orden afectivo, nuestras emociones y nuestras pasiones, formas crónicas de aquellas, son más débiles que en los demás pueblos hispano-americanos; en cambio, nuestros sentimientos, menos repentinos y ciegos que la emoción, son más durables.

Las emociones están determinadas por la influencia de la raza y además por el temperamento personal, la edad, estados intelectuales, los que a su vez se transforman con la época y el grado de civilización alcanzado. Así, el temor y la cólera, emociones que comienzan en la infancia antes de los diez meses, son muchos más fuertes en las razas jóvenes y en las clases iletradas que en las razas viejas y en los espíritus cultivados, y lo mismo acontece con la intensidad de la alegría o tristeza, aversión, amor, simpatía, angustia o inquietud y emoción sexual.

Tristeza y crueldad Nuestra raza es reservada, reflexiva, triste por atavismo. Gris, soñolienta, monótona fué la vida colonial; fúnebres eran los indios, y las dificultades de la vida, la nostalgia de la patria, apagaron de los labios de nuestros abuelos españoles la sonora carcajada andaluza. De los primeros, ya que los últimos han sido siempre sobrios, heredó el chileno la inclinación a buscar la alegría sin espiritualidad, baja, soez, embrutecedora, en el vaso lleno de alcohol.

Esta atávica tristeza se ha conservado en nuestro pueblo por lo reducido de sus jornales, la servidumbre del régimen del inquilinato, el desprecio con que ha sido tratado por las clases acomodadas, la falta de diversiones honestas y de cultura para apreciarlas, los trabajos penosos, como los de las minas y salitreras y la melancolía que debe llevar al ánimo el vaho nauseabundo que flota en los hogares misérrimos y desaseados, en las callejas fangosas en invierno, polvorrientas en verano en donde habita.

Carecen del júbilo sano, casi infantil, de los sajones y anglosajones, que ríen de niñerías que a nosotros nos dejan indiferentes y de la alegría gala, bulliciosa y espiritual. Conocida es la burla que se hace de los cuentos alemanes, sencillos, de escaso ingenio, pero que hace reír a éstos copiosamente. Nuestro pue-

blo es ingenioso, gusta y prodiga las bromas; pero en el fondo de ellas hay algo más de ironía, de amargura, de crueldad que de alegría inocente y festiva. Nuestro pueblo, serio, taciturno, sombrío, resignado, parecería una raza servil si no tuviera para desmentirlo su masculinidad, sus soberbios arranques de altivez, su orgulloso desdén por otros pueblos, por el dinero y por la vida.

Esta tristeza ha contribuído a acrecentar en las clases pobres la sequedad de carácter, el fatalismo, la rudeza con los niños y los animales.

El fatalismo ocupa gran parte de su imaginación y lo desmoraliza disminuyendo su responsabilidad ante su conciencia. Se muestra tranquilo después de haber efectuado un hecho delictuoso; el remordimiento no le persigue ni le maltrata; se cree un desgraciado que ha cometido un acto involuntario, conducido por las circunstancias, arrastrado por el hado fatal. A la acción delictuosa la llama en su jerga «acriminarse», que significa haber sido guiado por la fatalidad.

Su rudeza y crueldad es la devolución de los golpes que ha recibido. Maltratado cuando niño, viendo a diario la ira desahogarse en el débil, su alma se endurece; aporreado después por la suerte, se desquita en su mujer resignada, en sus hijos temerosos, en los animales sumisos. En el golpe brutal del carretero sobre los bueyes cansados y mansos, hay mucho del odio acumulado toda una existencia, del azote vengativo que no puede dirigirse al amo duro o al destino implacable.

Se manifiesta la tristeza de la raza en sus entretenimientos y placeres, en su música, poesía y bailes populares. No ríe, no baila, no canta sino estimulado por el alcohol.

Le seducen los juegos que aquilatan el vigor muscular, el pugilato, las luchas de todas clases, la destreza del jinete. Son sus placeres las toreaduras, carreras de caballos, riñas de gallos, espectáculos de box y las remoliendas en las chinganas.

En los campos deslumbrantes de luz y color donde todo es armonía, no se oyen dilatadas por el eco las canciones de los labriegos, ni bajan ellas a las calles, como un alivio en la faena, de la andamiada de los edificios en construcción, ni hacen coro al chapotear del agua en los lavaderos, ni es el ritmo consolador de las esclavas de la aguja en las vigilias solitarias.

El alma impregnada de tristeza de la raza se condensa y se

expresa en sus canciones ciudadanas, callejeras o campesinas, llamadas «tonadas», iguales en todas las épocas de la vida chilena, de letra quejumbrosa, angustiada o nostálgica, de armonías suaves, de frase melódica doliente, que se cantan prolongando ciertas notas y acompañadas de monótonos acordes de guitarra.

El tipo de la canción poblana es el; ¡Ay! Ay! Ay! de Pérez Freire, y de la canción campesina: «La perjura» de autor anónimo.

La poesía popular es lastimera y llorona, pocas veces amorosa; sus temas más fecundos son los asesinatos, fusilamientos y suicidios.

Nuestro baile nacional, la cueca, simula una conquista amorosa con cortas treguas llamadas *aros* en que el galán corteja y pretende seducir con su donaire y apostura a una dama que esquiva con gracia y modestia sus ímpetus y acometidas hasta que cede, baja el pañuelo y se retira vencida del brazo del seductor. Durante el baile, la pareja se aproxima, o se aleja sin enlazarse jamás. La danza no es sensual; agitada en el hombre, que debe lucir soltura, agilidad y destreza; es recatada, inexpresiva y desdeñosa en el cuerpo de la mujer, que concentra toda su coquetería en la expresión del rostro.

La animación estrepitosa que a veces adquiere este baile, más que de los danzantes, cuyo temperamento puede ser apático o entusiasta, nace del jaleo producido por las libaciones de los asistentes que con su tamboreo y sus *huifas*, especie de chivateo indígena, hacen vibrar contagiosamente los nervios de la concurrencia.

El novelista Baldomero Lillo pintó en los cuentos «Subterra», de las minas de carbón, la tristeza del alma chilena, el instinto de resignación y respeto, alternado con sus rebeldías de orgullosa independencia. El mismo sello de verdad tienen los cuentos «Pampa Trágica» del poeta Víctor Domingo Silva. En su aspecto socarrón, bromista, audaz, con pupila de artista, adivinaron el alma del roto campesino Alberto Blest Gana y Joaquín Díaz Garcés, y del roto soldado, Daniel Riquelme.

Esta tristeza racial, alcanza también a las clases altas, donde es ficción de júbilo la parlería bulliciosa que forman los corrillos de muchachas; en donde hay muchos jóvenes que semejan viejos, hombres en plena virilidad que parecen decepcionados o

enfermos y en donde todos los hombres maduros, aún no déréritos, conservan la gravedad y circunspección que nos legaron nuestros abuelos.

En Viña del Mar, en el Parque Cousiño, en el Club Hípico de Santiago, la concurrencia elegante se mueve ordenadamente, recorre los mismos sitios a las mismas horas señaladas por la costumbre, sin salirse de la pauta fijada por la moda; es la hora de divertirse y se cumple con desgano este deber social que hay que ejecutar a conciencia. Les place más aparentar que se divierten que regocijarse verdaderamente.

No hace mucho, era corriente que las familias sin recursos, para ir a las playas durante el estío, por vanidad, se ocultaran en sus casas estrechas y calurosas, en vez de ir en las tardes templadas a solazarse, a saborear el soplo fresco que baja de la cordillera en los paseos públicos o alrededores de Santiago, donde hay paisajes amables y sombras discretas.

El sentimiento de tristeza colectivo deprime y predispone a la melancolía y a la ansiedad mórbida. Hay que combatir la tristeza, propagar los juegos al aire libre, las diversiones honestas, la música risueña, el baile festivo para que predomine la alegría pública expansiva, contagiosa, desbordante que favorece el vigor, la salud moral y psico-sociológica.

Impróvi- Nuestra probidad es mediocre. La honradez
dad es rara en las clases iletradas; en las altas, es-
casea también la buena fe en los negocios, por lo
que hay que tomar toda clase de precauciones legales en las
transacciones mercantiles de alguna importancia, lo que retrasa
y dificulta los negocios.

Hace pocos días, vi volcarse un carretón de pan en una calle central y precipitarse a recogerlo a cien manos de hombres, mujeres y niños que, con furia salvaje, atropellaron al pobre repardidor que en vano pretendió defender su mercancía con gritos, denuestos y puñadas. El saqueo terminó en pocos instantes.

Si la honradez privada es escasa, la honestidad política es excepción. El fraude electoral es astucia para muchos; el robo al Fisco, habilidad para no pocos. ¿Cuántos son los que han recibido sueldo del Estado sin prestar servicios al país? cuántos los que se han enriquecido en contratos leoninos con el Fisco o apoderándose de tierras o salitreras fiscales? ¡cuántos, en fin, ganan

pingües honorarios sin gran trabajo como gestores administrativos sin que estos hechos, muchas veces públicos, hayan amenizado su prestigio político ni siquiera la estimación social?

Ha habido quienes defienden la gestión administrativa como trabajo lícito. No lo es; o por ella se obtiene como favor lo que debe darse en justicia y se estafa al particular o se consigue injustamente mediante ilegítimas influencias lo que no ha debido darse o pagarse por el Estado y entonces se roban bienes nacionales.

Los gestores administrativos, que son gentes de figuración política o relacionados con ellos, nacieron con la riqueza fiscal y con las grandes compañías extranjeras que se establecieron en el país, que los tienen a sueldo, disfrazados como sus directores y abogados para defender sus monopolios o sus negociados.

La renovación de los valores sociales trajo consigo una renovación también de estos gestores; no han disminuido, tal vez han aumentado; eso sí, ya no llevan los apellidos ilustres de los fundadores de la República, son menos respetados, tienen nombres más democráticos y son abogados o políticos de segundo orden.

El sentimiento político tiene en Chile una fuerza tan extraordinaria que llega a constituir un verdadero mal para la República; la pasión que enciende nada respeta, todo lo desmoraliza y corrompe, desde las elecciones hasta la administración pública.

Individualismo anárquico Un falso espíritu aristocrático en las clases altas, un exagerado sentimiento de dignidad personal y susceptibilidad en todos, conducen al retraimiento, impiden cooperar en obras de interés común y ha servido a los agitadores para señalar a los dirigentes como responsables exclusivos de los males que aquejan al país.

Esta falta de espíritu de asociación, este individualismo pernicioso, esta indisciplina anárquica se manifiesta en todas partes, desde los campeonatos de *Foot-ball* en donde nuestros equipos fuertes y ágiles fracasan porque cada uno quiere distinguirse en perjuicio del grupo, desde las asociaciones obreras, Municipalidades, Juntas de Beneficencia siempre en luchas intestinas, desde las Sociedades Anónimas difíciles de organizar por falta de confianza mutua y en donde el que no es director

se abstiene de concurrir aún a las Juntas Generales, hasta el Congreso donde cada miembro quiere sobresalir, obrar por su cuenta en desmedro de la disciplina e influencia de su partido, del régimen parlamentario y la buena administración de la República. Esta ausencia del sentimiento de obediencia y jerarquía ha hecho que desde que la libertad electoral arrebató al Presidente la facultad que ejercía de elegir a su voluntad los miembros de la mayoría del Congreso, haya sido infructífera la labor parlamentaria por la anarquía e indisciplina de los partidos y por la rotativa ministerial.

Inconstancia Somos enérgicos, capaces de esfuerzos vigorosos, pero momentáneos, no constantes; esto nos hace aparecer de voluntad débil cuando en realidad esta inconstancia y versatibilidad es sólo falta de educación y disciplina del carácter, puesto que sometidos a prueba, ni ricos ni pobres, ni cultos ni iletrados, desfallecen ante ningún obstáculo.

Envidia A causa de la envidia, enfermedad del país, cualquier extranjero mediocre y vicioso prospera protegido por sus connacionales, y el chileno bien preparado y sin vicios no surge, detenido por sus compatriotas que le estorban el paso. Gran parte del odio a la propiedad, al capital, al superior, la tendencia niveladora, la crítica literaria malévola, la censura política despiadada, la maledicencia social y no pocas de la crisis ministeriales, no reconocen otro origen. Hay una permanente hostilidad al bienestar de los demás: se envidia la fortuna, el talento, la situación social, el encumbramiento político y hasta la reputación de honorabilidad.

Don José Victorino Lastarria en su «Manuscrito del Diablo» reconocía que la primera virtud del alma chilena era la envidia y don Justo Arteaga Alemparte decía a su vez «que si las manchas de sol hubieran sido desconocidas, un chileno seguramente las habría descubierto».

Superstición Nuestro pueblo no tiene el fatalismo religioso de abandono a Dios y de resignación a su voluntad sino el material sobre las desgracias que le ocurren y sobre el género y hora de la muerte que le está reservada.



Este fatalismo, signo inequívoco de incultura, si en la guerra y en los peligros le da seguridad y arrojo sin límites, lo perjudica en su vida que descuida, expone y desprecia; vidas que el país está interesado en defender y prolongar.

Por carencia de fe, nuestro pueblo tiene el escepticismo de la ignorancia y la creencia en las formas degeneradas de la religión; la más arraigada a su sentir es la superstición.

Las apariciones de ánimas, los maleficios de brujas, la intervención del diablo, las curaciones maravillosas con oraciones o prácticas absurdas, fueron el tema obligado de las conversaciones y la preocupación constante de la gente de escasa o ninguna cultura del siglo pasado, como lo había sido de todas las clases sociales en los siglos anteriores.

Estas supersticiones nos vienen de los indios y de los españoles poco menos supersticiosos que aquéllos; unos y otros coincidían en sus creencias sobre los hechizos, los adivinos, las ánimas, las curas asombrosas con exorcismos, palabras y ademanes adecuados: todo lo cual ha dejado huellas profundas en el ánimo del pueblo.

La hechicería es el dominio de ciertos individuos sobre los espíritus diabólicos para dañar a los hombres en su salud o en su juicio. Al adivino lo creían en comunicación con el demonio, y mediante obsequios lo consultaban sobre la pista de crímenes o robos, paradero de algún ausente o sobre el afecto de una persona.

Las ánimas son el espíritu de los muertos que vuelve a exigir a los vivos sus preces para salir del purgatorio.

Muchas de estas supersticiones perduran.

Las imágenes milagrosas existen por centenares en los campos.

La causa de todos los terremotos que han arruinado ciudades ha sido el castigo de Dios por la incredulidad de los hombres; sin embargo, las primeras en caer han sido las torres de las iglesias.

Hace pocos años, en el pueblo de la Ligua, había un niño semi-idiota llamado Davisito a quien habían enseñado el nombre de algunas yerbas que él nombraba cuando se le interrogaba; los enfermos acudían en romería a consultarlo, y fué tal la afluencia de gente que tuvo que intervenir la autoridad para evitar epidemias y una mayor explotación.

Algo análogo ocurrió en Chillán con un curandero que se pre-

sentaba a los incautos tendido en un tablón del que no podía desprenderse, según la creencia popular, por haber amenazado con él a su madre. Un médico que examinó al quasi santo comprobó que la palidez y demacración de su rostro, que tanto influía en la sugestión mental de las gentes, era el efecto de enfermedades venéreas no curadas.

Las curaciones asombrosas del hábil y virtuoso padre capuchino Tadeo, en realidad hombre de ciencia que aplicaba el sistema curativo Kneipp en Río Bueno, atrajeron tan gran número de gente acomodada que el pueblo se llenó de hoteles y pensiones y el padre se veía obligado a examinar y recetar a cuarenta personas, en una hora que duraba la consulta.

Muchas curaciones, especialmente de enfermedades nerviosas, eran debidas al clima inmejorable, al aire puro, a la comida frugal, a las continuas abluciones, a las tempraneras levantadas que los médicos preconizan sin ser obedecidos. Era de ver en la madrugada a elegantes niñas, cloróticas por la vida ciudadana, andar sobre el césped, sin corsé ni medias, calzadas con sandalias, sacrificios que no hubieran hecho si el padre Tadeo no se los hubiera ordenado.

Muchos de los enfermos creían que el padre adivinaba las enfermedades.

Pregunté a una señora si habría seguido el sistema curativo que el Padre le había impuesto si se lo hubiera aconsejado un médico. Me contestó ingenuamente que no, porque lo habría creído un farsante.

De Río Bueno, el padre se fué a Constitución y quedó en su lugar un médico alemán que seguía el mismo sistema hidroterápico. La clientela se redujo; faltaba la fe y la sugestión. La confianza fundamentaba más que en la ciencia cierta del Padre en su hábito religioso.

Son innumerables los métodos curativos absurdos que no tienen relación de causa a efecto con la enfermedad, llamados «secretos de la naturaleza». Así, para curar las verrugas, una señora con alguna instrucción me daba este remedio infalible: se empapan migas de pan con sangre de las verrugas y se hechan a los pollos, diciéndoles: «pollos, cómanse mis verrugas».

Imprevision Aparentemente, el pueblo no es económico, porque no se había estimulado ni facilitado el ahorro de las clases trabajadoras y porque los jornales que ganaban apenas bastaban para satisfacer sus necesidades más esenciales, al mismo tiempo que las tabernas, amparadas por las autoridades, los tentaban a las puertas mismas de sus propias faenas. Hoy, que la Caja Nacional de Ahorros hace propaganda y extiende sus oficinas a todo el país, que se han dictado leyes contra el alcoholismo que algunas autoridades hacen cumplir, el ahorro ha aumentado enormemente en las épocas y en los lugares en que los jornales son buenos. La clase media es por lo común económica; especialmente los pequeños propietarios rurales son casi avaros.

Sensualismo Somos precozmente sensuales por temperamento, por falta de educación moral y por no haber dado sino ahora la importancia que tienen al *sport* y a los ejercicios físicos. En este sentido, en la edad en que en otras razas los niños son niños, aquí son hombres. En compensación, en esos países los hombres de cincuenta años están en todo su vigor, en todo Hispano-América en esa edad comienzan los reumas y demás achaques de la senilidad.

Nuestros mejores talentos han tenido generalmente una madurez opaca por haber adorado a Venus con exceso.

Pero si nuestra raza es sensual, los refinamientos de la lujuria le son desconocidos y le repugnan.

Alcoholismo y juegos de azar La embriaguez y los juegos de azar son sus más peligrosas pasiones. Ineducado para encontrar satisfacción en los placeres cultos, honestos, tranquilos o estéticos, nuestro pueblo la busca en estas excitaciones bruscas y fuertes que satisfacen su temperamento y su rudeza. Se embriaga la mayor parte de las veces por desesperación.

El alcohol despierta sus instintos feroces; acostumbrado a madrugar, cuando trasnocha y se embriaga, se aturde y se enloquece. Este vicio lo hace perezoso, imprevisor, provocativo y violento, arruina y destruye sus hogares, los conduce a la miseria, a la abyección y a la cárcel, pues la mayor parte de los

delitos cometidos en Chile contra las personas, lo son en estado de embriaguez.

La pasión del juego está igualmente extendida en todas las clases sociales. Se juega al monte en sórdidos garitos y al bacará en Clubs aristocráticos; por todos, a las loterías y a las carreras. La ruleta, perseguida por la policía, se ha refugiado en los Clubs políticos en donde es su principal sostén.

El escaso valor que da el mestizo a la vida y los vicios como la imprevisión, la embriaguez, la sensualidad, la violencia son propios de todo pueblo joven que está aún cerca del estado primitivo; las naciones más morales, como Inglaterra, han pasado por ese estado; en él se manifiestan los instintos rudos, pero siempre varoniles.

Nuestro pueblo carece de conciencia civil, que es la preparación para conocer y practicar sus deberes de ciudadano y su aptitud para defender sus derechos. La falta de educación cívica hace que nuestro pueblo venda su voto al mejor postor y que sea, por consiguiente, mentida nuestra democracia. La falta de educación moral y de íntimo sentimiento religioso hace que sea contumaz en sus vicios, que sea escaso su respeto por la verdad y la propiedad ajena y que sea corriente el concubinato y el abandono de los hijos que engendra el amor fuera del hogar.

Nuestra raza fué formada principalmente por el concubinato de los soldados españoles y de las indias y esto perduró en las costumbres; después esta práctica se extendió por la ignorancia de los derechos que los cónyuges y los hijos adquieren por el matrimonio legal, y los perjuicios que para ello trae no celebrarlo y por la campaña del clero que estimuló la desobediencia de la ley de matrimonio civil durante los primeros años que siguieron a su promulgación.

Todos estos defectos, que con crudeza he señalado, no son generales; hay muchos individuos laboriosos, honrados, morales entre los obreros; es común el ahorro, las virtudes domésticas, el esfuerzo silencioso y paciente de la clase media, y lo es el sentimiento religioso, caritativo, altruista de las clases altas así como el recato y la distinción en sus damas. Tampoco son éstos defectos absolutos; se destacan comparando el país con otros pueblos: así, somos más veraces que la mayoría de los pueblos hispano-americanos, mas no como los ingleses; somos menos

alcohólicos que los bolivianos, pero no tan sobrios como los argentinos, peruanos y españoles.

Pesimismo Nuestro pueblo no es pesimista por naturaleza, pues su vigor y buena salud debieron hacerlo optimista y a esta condición de carácter corresponden sus cualidades de generosidad, altivez y hospitalidad. Su pesimismo es el resultado de una situación social deprimida y hostil. Tres siglos ha soportado el distanciamiento y desdén de las clases dirigentes; sólo en los últimos años, los artesanos, no los peones, han alcanzado la nivelación aproximada de los salarios con sus necesidades. El pueblo está desesperanzado de encontrar alivio en un gobierno formado por banqueros, terratenientes y abogados que durante un siglo se preocuparon sólo de defender los intereses de su clase o de las empresas extranjeras que pagan bien; ora con leyes protecciónistas que aumentaban el valor de los artículos de primera necesidad en beneficio de los ricos hacendados o industriales; ora con disposiciones que mantenían la depreciación de la moneda o favorecían a los banqueros que han practicado la usura en grande escala; ora con injustas contribuciones indirectas y escasas directas que apenas gravaban algunos capitales y que todavía en éstos eran disminuidas con la tasación falsa de los grandes latifundios; ora con la construcción de ferrocarriles antieconómicos que duplicaban el valor de las tierras que atravesaban, de estaciones a sabor de los grandes propietarios y con tarifas ferroviarias que dejaron hasta hace poco pérdidas al Fisco y aumentaban el margen de ganancia de los agricultores.

Fué optimista cuando la alimentación era abundante y barata, cuando su rudeza primitiva subordinaba en gran parte el concepto de felicidad a la buena nutrición.

La mesa pletórica, la gula, fué asimismo el pecado de las clases altas en los tiempos en que era de buen tono celebrar el día onomástico de los dueños de casa con succulentas comidas de doce o mas copiosos platos sin contar los postres. La mayor parte de las enfermedades de nuestros antepasados fué ocasionada por el exceso de alimentación.

El placer de la buena alimentación transforma el carácter y las costumbres. En la época ya feneida de los altos jornales del Norte, al poco tiempo de llegar a la región del salitre, el

campesino acostumbrado a una comida diaria, se regalaba tomando té en el desayuno, almorcando y comiendo con carne y café, se permitía el lujo de tomar once y era de ver cómo rápidamente se refinaba, cómo se erguía, cómo ganaba en buen humor y dignidad.

El pueblo fué relativamente feliz, sus aspiraciones fueron casi nulas, soportó resignado su suerte y satisfizo sus placeres mezquinos, mientras su alimentación fué abundante, estuvo convencido de su inferioridad de clase y tuvo fe en un más allá donde se recompensaba la pobreza y la observancia de las prácticas religiosas.

Mas el progreso hace dar cada vez mayor valor a la vida, evitar el dolor y cambiar la estimación del placer; en consecuencia, deseó obtener más amplios goces materiales, cuando precisamente el alimento encarecía y la vida se hacía más difícil, no porque bajaran los jornales sino el valor de la moneda; lo perturbó la contradicción entre su menguada situación económica y la soberanía con que los políticos que solicitaban su adhesión lo envaneían, enseñándole sus derechos, jamás sus deberes; ambicionó mayor influencia política, mayor dignidad, más igualdad, satisfacciones morales que le dejaba vislumbrar el poder de que dispone por el sufragio y la organización; al mismo tiempo, disminuía la fe en un cielo consolador y desaparecía la austeridad en los hogares de las clases altas, exhibiendo éstas un boato provocador que contrastaba con sus andrajos, su mugre y su miseria: todo esto lo hizo infeliz.

Los obreros urbanos se sienten más desdichados que los campesinos cuya vida es más dura y esclavizada. Las suntuosas moradas, los restaurantes de lujo que ostentan tras sus vidrieras apetitosos manjares, las calles limpias, pavimentadas, por donde se deslizan calladamente los automóviles que conducen damas elegantes y burgueses satisfechos aparentemente felices, hace a aquéllos más insoportables, las habitaciones sórdidas, oscuras, húmedas, clientes o comidas rancias, los harapos en que envuelven sus hijos, las callejas infames donde viven, llenas de polvo o lodo y de montones de estiércol y desperdicios fermentados.

Todo esto ha trocado en misticismo demagógico las doctrinas democráticas y ha hecho surgir en los obreros una sorda irritación que la envidia exacerba, una áspera lucha de clases que el

odio agrava y complica, quimeras y ensueños de ventura imaginados por el dolor social y estimulados por la prédica ambiciosa de los *meneurs*.

Nuestro deber El deber de los dirigentes, de los ilustrados, es apaciguar la irritación, desarmar el odio, destruir las desigualdades artificiales producidas por el individualismo exagerado, por los prejuicios, por el Gobierno; convencer que es imposible obtener igualdades también artificiales entre los hombres, contrariando las leyes de la naturaleza, lo que traería mayores males y una regresión de la cultura; enseñar, elevar el nivel moral y material del proletariado, haciendo su vida en lo posible sana, grata y segura.

Y esta obra debe emprenderse por justicia y con amor, no por explotar la credulidad de las masas con la ambición de conservar el gobierno del país o arrojar a los actuales dirigentes para sustituírlos por otros.

Rasgos característicos nacionales Los aldeanos ignorantes y sumisos, los terratenientes económicos y previsores, los soldados sufridos, el clero numeroso y unos pocos letrados que vivieron dos siglos aislados del mundo, rígida y sencillamente, con la solidez y firmeza que da el trabajo de la tierra, formaron este pueblo de labriegos, soldados, abogados y frailes en que predominaba el espíritu militar y jurídico y en quienes el mayor interés público fué la tranquilidad, y la suprema aspiración de su gobierno el respeto a la autoridad, la honradez y el orden.

Pinta de relieve el carácter nacional la comunicación dirigida al Gobernador de Chile en 1810, poco antes de la declaración de la independencia, por el cabildo de Santiago con 82 firmas de vecinos de los más caracterizados para reclamar de abusos y prisiones arbitrarias de la autoridad. Decía: «Nosotros «conocemos el carácter del pueblo que componemos y en que hemos nacido y sabemos por experiencia que lo mejor es huir de «novedades y dejar correr el adormecimiento en que vivimos».

Este espíritu nacional pacato, práctico, sensato, casi sanchesco, que no se abandonaba a meditaciones o especulaciones estériles, que no se apasionaba por doctrinas abstractas, ni se dejaba subyugar por la atracción de una espada afortunada o por la influen-

cia y encanto a veces funesto de la palabra, hizo del alma chilena la menos latina de las hispano-americanas y nos dió gobiernos sólidos, reputación de pueblo serio, disciplinado y fuerte, evitándonos la anarquía política, los caudillos y los tiranos.

Este carácter, que dominó casi todo el siglo pasado y que desgraciadamente va perdiéndose, lo encarnaron mejor que otros, un político de voluntad firme, ni gran estadista, ni gran ilustración, que aprendió poco en los libros y mucho en el trato de los hombres burlón, práctico, patriota, Portales, y un escritor de costumbres nacionales, espíritu sereno, desprovisto de fantasías, ladino, positivo, enemigo de ensueños y reformas, respetuoso de la tradición y del orden, Jotabeche.

Por ser menos imaginativos, menos abúlicos, menos apasionados y más prácticos y activos que los hispano-americanos intertropicales, se nos ha llamado los ingleses de Sur-América. Hay en esto un fondo de verdad: no somos iguales a los ingleses de hogaño, pero sí lo somos a los de antaño, antes que adquirieran las virtudes sociales que hoy poseen. Como aquellos ingleses, somos tristes, violentos, bebedores, rudos, fracos y siempre varoniles.

Emerson en un viaje que hizo a Inglaterra en 1847, decía: «los ingleses sin ilustración son una nación brutal. Una pelea es «cosa cara al corazón inglés. La brutalidad de las costumbres en «las clases bajas aparecen en el boxeo, riña de gallos y otra «porción de bárbaras aficiones».

Menos egoístas que los ingleses de hoy para semejarnos, nos falta la iniciativa individual, el sentido práctico, la constancia, la veracidad y la probidad en el grado que ellos las poseen y sobre todo, el espíritu de disciplina, la firmeza de voluntad y el sentimiento religioso. Nuestros estudiantes son más precoces que los anglo-sajones; mas, por desgracia, lo son también sexualmente, lo que unido a su indisciplina y falta de perseverancia destruye las ventajas de su precocidad intelectual.

Como el que vive en la montaña sólo ve sus ásperas quiebras, sus hondonadas pedregosas, sus torrentes bravíos, y el que la contempla de lejos no percibe aquéllas y, en cambio, admira sus picachos enhiestos que incendian crepúsculos y auroras, así, dentro del país nos denigramos constantemente, exagerando nuestros defectos, olvidando nuestras virtudes; fuera, sucede lo contrario: se atenúan aquéllos, se exaltan éstos, y nos sentimos

orgullosos de nuestros hombres, de nuestra historia, de nuestra nacionalidad.

Conozcamos nuestras cualidades verdaderas y hagámoslas resaltar para que, aún sin salir del país, no quede borroso el perfil del alma nacional.

Somos hospitalarios y activos; tenemos empuje, vigor físico e intelectual, una franqueza viril, un espíritu despierto, práctico, asimilativo, aventurero, simpatía individual; poseemos virtudes domésticas y cualidades guerreras y, sobre todo, un patriotismo que no se ha limitado al arrojo, al sacrificio en las guerras, se ha traducido también en la paz, en honestidad de los hombres públicos, seriedad del gobierno, honradez internacional, lo que constituye nuestro orgullo racial.

Hospitalidad Aún hoy que la vida es dura, el pueblo es hospitalario, y las clases acomodadas, obsequiosas

y liberales. El más pobre comparte su lecho y su pan con cualquier advenedizo; en los hogares más modestos, hay amigos, parientes lejanos, viejas allegadas que hacen vida en común con los dueños de casa y que viven casi siempre a sus expensas, retribuyendo el hospedaje con servicios domésticos. Esta dadivosidad demuestra los instintos de simpatía de nuestro pueblo que se manifiestan asimismo por los epítetos familiares, cariñosos y tiernos que le son tan comunes: «patroncito, compadrito, hijita».

Aunque presto a comunicar sus escasos recursos voluntaria y generosamente, nuestro pueblo por su individualismo atávico no es comunista por temperamento. Poco afecto a tener jefes, era antes respetuoso sin bajeza con el superior, hoy es demasiado soberbio para darse jefes dictatoriales y para que acepte de buena gana formar parte en organizaciones de disciplina estricta.

Actividad física El desdén que los conquistadores tenían por el trabajo hubo de modificarse en nuestro país por la necesidad de vivir, por las dificultades que ofrecía una tierra generosa sólo para el que la riega con sudores y poblada por indígenas perezosos, inquietos e ingobernables.

La adquisición de las subsistencias primero, el acrecimiento de nuevas necesidades que la civilización ha traído después, ha obligado a los chilenos a ser trabajadores, actividad a que lo in-

clina la emulación, su temperamento y su vigor físico. Las costumbres adquiridas en las labores campestres, el clima fortificante y la continuada inyección de sangre de laboriosos extranjeros y su esfuerzo ejemplarizador, ha librado en parte de la indolencia a las clases ricas, sobre todo a la que habita en los puertos. La clase más esforzada es la clase media.

Así como la naturaleza avara nos ha hecho laboriosos, la superabundancia de producción de la naturaleza pródiga y el clima, no la raza, ha hecho más perezosos a los americanos inter-tropicales.

La pereza del obrero chileno es relativa, es obra principalmente del alcohol, (el San Lunes no reconoce otra causa); es más falta de disciplina, de método para el trabajo y a veces es represalia por los salarios bajos, a eso obedece en parte la resistencia organizada que exige ocho horas de trabajo y sábado inglés. La flojedad del gaucho es el hábito adquirido por su ocupación de ganadero en la época en que le bastaba un pequeño esfuerzo para apoderarse de las reses salvajes que se habían propagado en la pampa. La sorprendente actividad industrial y agrícola de la Argentina es la obra de la emigración europea, no del criollo argentino.

La pereza del boliviano es absoluta, está en su naturaleza.

El chileno temperante, aunque menos activo que el europeo del norte, no es flojo. En los trabajos a jornal, cuando su salario es inferior al vital, trata de hacer el mínimo de labor diaria; en las obras a trato, en que se le paga en proporción al rendimiento, su pujanza no tiene rival, pocos le superan en tezón, ejecuta entonces una labor doble o triple por día.

¿Cómo podía exigírselle al gañán que ganaba hace cuarenta años cuarenta centavos, hace treinta años, sesenta centavos, hace veinte años, un peso, que trabajara sin descanso, de sol a sol, para acrecentar la fortuna del hacendado egoísta que lo ocupaba? En cambio, ¿quién ha efectuado un trabajo más prolongado y más rudo en las mismas épocas que el particular de la pampa salitrera para obtener salarios triples del corriente?

El chileno es hombre de acción y de pocas palabras; fuera del país tiene iniciativas, empujes, bizarrias que en su patria no desarrolla por carencia de ambiente propicio.

Es conocido el arrogante empuje de los jóvenes aristocráticos que corrieron tras el miraje de espléndente y fácil riqueza de

California; empobrecidos, desengaños, no desmayaron, trabajaron rudamente como gañanes, mozos, arrieros, sin perder sus modales distinguidos y su buen humor.

Actividad intelectual El temperamento activo de nuestra raza se manifiesta en la conversación y en la literatura. Sin zalamerías, sobrio de palabras, sincero en sus expresiones, rápido en pronunciar, el chileno afirma o niega con firmeza; el boliviano es perezoso hasta para conversar, habla con lentitud y se excusa o miente; el gaucho dilata la charla con dejadez, la deja correr sin esfuerzo, exagerando, *macaneando*, como se dice en la Argentina.

En los países intertropicales se cultivan más en literatura los géneros en que predomina la imaginación sobre el raciocinio; en Chile, sucede lo contrario: parcos en manifestaciones verbales, de palabra medida, caen en ridículo los oradores de verbosidad exaltada, delirante; escasean los poetas de romántica melena que hacen versos endiablados y decadentes; faltan casi en absoluto los cubistas. En cambio, no son pocos los estudiosos, los pensadores, los estadistas, los jurisconsultos, los sociólogos, economistas, sobresaliendo los historiadores de verdadero mérito.

Nuestros oradores políticos tienen el carácter de la raza; son lacónicos y de conceptos más bien profundos que de ideas diluidas en sonoras y eufónicas palabras; su mérito reside más en la lógica del razonamiento que en el brillo y pompa de las imágenes; nuestros literatos son más reflexionadores que imaginativos, más claros que refinados, su pensamiento es antes hondo que brillante; nuestros escasos poetas expresan sus ideas con sencillez no emplean giros rebuscados, frases ampulosas, ni pensamientos quintaesenciados que sólo unos pocos iniciados descifran.

Sólo contados vates y pintores ofician en el altar del arte modernísimo, ingravido, irreal, intrascendente, cuya tendencia característica, según Ortega y Gasset, es a deshumanizarse y que, por esto mismo, es perecedero. El no tiene otra razón de existir sino como un ensayo que busca formas nuevas para sustituir las ya gastadas.

El tropicalismo tampoco es planta que se aclimata en nuestro fértil aunque no frondoso campo literario.

Nos falta la especialización en materias científicas; la variedad de funciones que desempeñan los intelectuales estorba el desarrollo del tecnicismo; la ironía, que es la resultante del refinamiento literario, tiene entre nosotros escasos cultores.

Inteligencia El amodorramiento colonial ha desaparecido ya en Chile; se conserva en escasas familias rancias a quienes asusta la agitación del siglo; nuestro pueblo tiene una mentalidad nueva, evolucionada, con ideales todavía confusos de mejoramiento económico e intelectual, con sueños de reivindicaciones sociales.

El pueblo chileno es despierto, agudo, ingenioso. Su modestia, falta de verbosidad y brillo imaginativo, hacen dudar de su rapidez de comprensión, claridad de pensamiento, aptitud de asimilación.

Su mentalidad no es inferior a la de sus antepasados españoles.

Más que originalidad y genio creador, tiene una buena memoria, don poderoso de asimilar los conocimientos de la técnica industrial, sorprendente facilidad de imitación y adaptación admirable a los trabajos y costumbres más diversos. *XXX*

Con escasos conocimientos hace tanta labor eficiente como obreros de mayor saber y preparación.

Esta misma facilidad para imitar y asimilar y carencia de preparación técnica hace que no se especialice en oficio alguno y que con una corta práctica pase de uno a otro: de labriego en el valle central o Sur de Chile o artesano en las ciudades pasa a ser minero en el norte, o marinero en la costa, o comerciante en Bolivia, o arriero en la Argentina, o fogonero en Estados Unidos y apto para soldado en cualquier parte.

Es una excepción el chileno que no haya ejercido varios oficios y no haya hecho toda clase de trabajos.

En el mineral de Chuquicamata, la Chile Exploration Company hizo funcionar a cargo de especialistas norte-americanos para extraer metal, las poderosas palas que se usaron en el Canal de Panamá. Dos de estos ingenieros mecánicos faltaron y sus ayudantes chilenos, obreros sin conocimiento de mecánica, con sólo haber visto usarlas, continuaron en el manejo de ellas con igual pericia y destreza.

Si el pueblo en gran parte es analfabeto, no es porque sea

reacio a la escuela o torpe, sino porque se dictó tardíamente la ley de instrucción primaria obligatoria; la necesidad de vivir exigía el trabajo de los niños y faltaron propaganda, escuelas y maestros.

El mismo despejo y la misma falta de especialización técnica existe en las clases ilustradas. No son raros los que mediocremente han ejercido dos o tres profesiones a la vez y en desmedro de nuestra industria, agricultura y comercio, la profesión de abogado sirve igualmente para defender pleitos como para ser comerciante, minero o agricultor.

La instrucción general de los Liceos ha habilitado malamente para toda clase de industrias, empleos y trabajos

Las escuelas especiales pedagógica, naval y de ingenieros en Talcahuano han tenido pleno éxito. Cuatro naciones hispano-americanas han tenido instructores militares chilenos y dos, profesores titulados en el Instituto Pedagógico. Jóvenes centro-americanos se educaron en el mismo establecimiento y paraguayanos y colombianos recibieron su instrucción en la Escuela Militar.

Aunque no tiene la sutil y despabilada imaginación gala ni la expresiva y chispeante andaluza, el mestizo chileno posee una imaginación intensa, vigorosa, poco constructiva, moderada armoníicamente por su espíritu arbitrista y práctico. De ello dan fe las leyendas populares que revelan en sus creadores vasta e impresionable fantasía, los muchos cuentos con intenciones moralizadoras unos, salpimentados de sensualismo otros y los chistes y chascarrillos cuya gracia y malicia no está en las palabras, por lo común toscas y mal hilvanadas, sino en el concepto o en las reticencias que ocultan la picardía, dejándola sólo columbrar al auditor malicioso.

El alma popular, su lúcida inteligencia, su despierta imaginación, su temperamento activo, se manifiestan principalmente en estos chistes, en las respuestas oportunas y jocosas del roto y en sus ingeniosos dichterios que son proverbiales.

Virtudes domés- ticas

Desde la época de la colonia, la fuerza espiritual de la mujer chilena se ha consagrado al mantenimiento de su nobleza moral, al cuidado de sus hijos y a la práctica de las virtudes familiares de honestidad y abnegación que faltan en otros países. En la

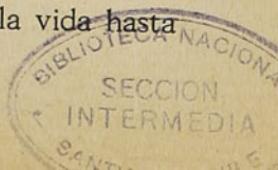
colonia, la limeña era coqueta y ligera de costumbres, la quiteña lasciva, lo que hacía disoluto algunos círculos de la alta sociedad de esas capitales, contrastando con la severidad general de costumbres de la santiaguina que, fuera de su afán de vestir con lujo, no obstante la pobreza de la época, de lucir nobles abolengos de que por lo común carecía y de las murmuraciones sociales a que la inclinaba su falta de distracciones, tenía hábitos y maneras sencillas, sin artificios, era hacendosa, aguda, a pesar de su ignorancia, amable y ceremoniosa. En confianza no llegaba jamás a la licencia; en sus charlas, nunca a las expresiones maliciosas de sensual doble sentido: en toda ocasión se mantenía siempre digna sin pesadez.

Estas virtudes no se han perdido; las damas de la clase alta conservan, junto con su distinción, el espíritu cristiano que la hace dedicarse a obras de beneficencia que mantienen y vigilan con tesón, y las de la clase media, sin perder su feminidad, se han consagrado al estudio, alcanzando muchas a desollar con brillo en literatura, medicina y pedagogía.

La solidez de nuestras familias continúa y con ella la fecundidad de los matrimonios y la paz de los hogares en donde los escándalos domésticos, los divorcios son excepción, merced a la obediencia que guarda la mujer al marido, a la conformidad y a veces al placer que siente de vivir sin agitaciones, consagrada a sus hijos, replegada sobre sí misma, sin que el tedio la corrompa ni la vida metódica la exaspere y a la extremada severidad de costumbres que la hace recelar de las divorciadas y sentir desprecio por las mujeres adulteras. En otros países, la familia se disuelve fácilmente con uniones efímeras y matrimonios estériles voluntariamente a causa de que la mujer usa una libertad raya en la licencia, siente una necesidad de agitación de goces refinados, de excitaciones fuertes, incompatibles con los deberes domésticos y su liviandad no tiene sanción social eficaz, por lo que el divorcio y el adulterio son frecuentes y el tema obligado de conversaciones, dramas y novelas.

La mujer chilena, por las leyes, las costumbres y su carácter está más distante que la de otros pueblos de librarse de su esclavitud social; sin embargo, en estos últimos años, la inteligencia cultivada de gran número de ellas ha dado un gran paso en esta vía.

Las virtudes domésticas, la dulzura del clima, la vida hasta



ayer relativamente fácil y la fecundidad racial de la mujer criolla, han dado la gran natalidad del país.

En nuestro pueblo, la natalidad ilegítima es abundante como lo es el concubinato fruto de la costumbre, de la vagancia del macho, de la incultura y de la sensualidad. Con todo, aún en estos lazos ilegítimos, es común la fidelidad de la concubina y la estabilidad y fecundidad de estas uniones.

Descendiendo hasta la mujer pública, conserva aún el pudor de abominar de exóticas depravaciones sexuales.

Vigor físico Las razas más viriles son tan fuertes como la nuestra, pero pocas pueden rivalizar con ella en resistencia física.

De los aventureros de todo el orbe que acudieron a California atraídos por el descubrimiento de las minas de oro, los chilenos por su gran número, por su energía física y temeridad adquirieron tal reputación que todo trabajador vigoroso, todo extranjero de puños fuertes o provocador sin miedo que hablara castellano era considerado chileno y en el desorden de esa población cosmopolita, ellos se hicieron respetar y temer a fuerza de audacia, puñadas y tajos.

En las obras del Canal de Panamá fueron trabajadores chilenos los que mejor soportaron el clima después de los negros y mulatos, y en todos los pueblos del Pacífico ha habido cargadores y fleteros chilenos que se han encargado de los trabajos más rudos y penosos. Es fácil distinguirlos por su virilidad, empuje, resolución y ¿por qué no decirlo? por su lenguaje grosero y varonil, especialmente por una interjección vulgar, signo de masculinidad para increpar la torpeza.

Chilenos fueron los que exploraron la pampa salitrera antes que hubiera caminos y ferrocarriles y chilenos los que mejor resisten en ella el trabajo bajo un sol abrasador donde han fracasado japoneses y yugoslavos, dos razas fuertes.

El trabajo de 12 y 14 horas era común en casi todas las faenas, no hace muchos años; y en las minas de carbón de Arauco y Concepción los mineros trabajaban a 300 mts. verticales bajo el mar y 2,000 mts. al interior, en cuclillas, encorvados, arrodillados, tendidos, doce horas diarias y todavía el trabajo se doblaba los sábados a 24 horas, jornada bárbara, sin más descansos que los limitados para comer.

En Hamburgo, hace treinta años, los cargadores protestaron del peso de los sacos de salitre de más de 100 Kg. que nuestros jornaleros acostumbraban trasladar al hombro sin fatiga desde las bodegas a las lanchas. Desde entonces su peso se redujo a 100 Kgs. En 1923, una ley lo ha reducido a 80 Kgs.

Muy pocos pueden parangonarse al chileno en resistencia para una labor prolongada, para soportar el calor, el frío, las privaciones; parece que los atrajeran los trabajos más rudos y peligrosos.

En los campeonatos atléticos internacionales sud-americanos nuestro simples aficionados, ocupados a veces en oficios energantes, han vencido a los campeones oficiales de otros países, rentados por clubs de *sport* que les permitían un entrenamiento constante. Así, el vencedor de la carrera de Maratón en 1918, Juan Jorquera, era un hijo del pueblo, mordido por la miseria desde la niñez, que ganaba penosamente la vida como vendedor de diarios.

En la 2.^a olimpiada de Buenos Aires en 1918, obtuvimos 48 puntos, por $37\frac{1}{2}$ los argentinos y $11\frac{1}{2}$ los uruguayos; en la 3.^a de Montevideo en 1919, Chile obtuvo 67 puntos, Uruguay 45; en la 4.^a de Santiago en 1920, Chile obtuvo 61 puntos, Uruguay 43 y Argentina 20.

En el campeonato atlético de Río Janeiro en 1922, ocupamos el segundo lugar por escasos puntos a causa de la indisciplina de nuestros atletas, no por falta de vigor. Argentina obtuvo 94 puntos, Chile 85, Brasil 56, Uruguay 49. En él, nuestro campeón Manuel Plaza ganó el mayor número de puntos de todos los atletas. En el de 1924 obtuvimos asimismo el 2.^o lugar.

Si en los ejercicios en que el principal factor es el entrenamiento, el arte, nos pueden vencer, en los que el factor es la resistencia, triunfamos siempre. Todas las carreras de Maratón han sido ganadas por nosotros: en 1917, Juan Sánchez fué el vencedor; en 1918, Juan Jorquera; en 1922, Manuel Plaza, el primer atleta también en 1924. Y en nuestro ejército, los aviadores chilenos fueron los primeros en cruzar los Andes, en todas direcciones y el capitán Aracena, partiendo de Santiago, llegó en el Centenario de la Independencia del Brasil, a pocas jornadas de Río Janeiro: ha sido el primer vuelo más largo y audaz efectuado en Sud-América.

Espíritu guerrero En nuestro país, es asombrosa la facilidad con que se improvisa y forma el buen soldado; posee innata muchas de sus cualidades y pronto adquiere las que le faltan.

En nuestras guerras exteriores, el primer factor del triunfo fueron las admirables condiciones guerreras del pueblo: su disciplina en el cuartel, su fácil aprendizaje en las armas, su arrojo incomparable en el combate, su constancia para soportar con ánimo sereno y alegre todas las fatigas y privaciones, su desprecio por la vida que le permite reír y chancearse a pocos pasos de la muerte y su amor e incondicional abnegación por la patria.

«Sólo una cosa conserva intacta el corazón chileno»,—decía «don Domingo Santa María,—«pero impetuosa, irreflexiva y hasta petulante: el valor. De aquí, es que hayamos dado malones «y no batallas esplendorosas; pero con estos malones, en que el «valor personal ha sido todo, hemos dominado al Perú y Bolivia».

Su espíritu guerrero lo ha llevado a servir de mercenario en las contiendas extranjeras: al lado de Francia, en la guerra Franco-Prusiana; por Cuba, en su lucha por la independencia; por los boers, en la de Sud Africa; en la legión extranjera francesa, en la última gran guerra.

Preguntado el legionario chileno Ortiz, un héroe, por qué había ido a combatir por Francia, respondió con sencillez: «Para ver cómo era la guerra; para que no me contaran cuentos».

Patriotismo El amor a la patria es un rasgo vigoroso y acentuado de nuestro carácter nacional.

El patriotismo es el sentimiento de orgullo por pertenecer a una colectividad que creemos superior; es la creencia a veces fundada en la historia de que nuestro país tiene gloriosas tradiciones que conservar y elevados ideales que cumplir; es la voluntad serena de sacrificar la propia individualidad a la prosperidad nacional, y es la adhesión incondicional y agradecida al suelo, gobierno y sociedad patrios a quienes debemos el crecer, aumentar el bienestar, expandirse nuestra personalidad gracias al medio físico y social del cual recibimos alimentos, comodidades, educación e idioma, creencias, ideas y aspiraciones comunes.

El sentimiento social común más elevado se expresa hasta ahora en estas formas esenciales: el patriotismo asentado más en

instintos primitivos que en convicciones adquiridas y el civismo, forma más evolucionada de aquél, que se afirma más en el raciocinio que en el instinto. Uno y otro contribuyen al orgullo racial del individuo, a su exaltación personal, a su vital expansión. Esenciales a la existencia de las democracias, mientras subsistan en la mayoría, no hay temor de agresiones extrañas ni de que los apetitos personales, los cálculos egoístas de individuos o grupos puedan corromper al país, porque los ciudadanos le ofrendan lo mejor que hay en sus espíritus.

Cuando el patriotismo y el civismo desaparecen, se amenazan los propósitos colectivos para la realización de altos fines comunes; las cargas que la nación impone aparecen demasiado onerosas y se trata de eludirlas; el individualismo epicúreo y anárquico triunfa y se avanza al abatimiento del carácter nacional, a la corrupción y debilidad del gobierno del país y a la disolución social.

El chileno es patriota especialmente por la lucha incesante que formó la cuna de su raza y que tuvo que sostener hasta su virilidad y porque los límites del país son muy netos. La perfecta demarcación de nuestro territorio por el mar y la cordillera nos aislan del extranjero y hacen que la concepción geográfica del país sea muy clara en la mente chilena. Es, pues, un patriotismo gráfico, expresivo y exaltado por las hazañas de nuestros héroes, la única idealidad que ha nutrido tal vez el espíritu del pueblo desde niño, exornada con la fantasía maravillosa y atractiva de fabulosas leyendas:

Además del aislamiento geográfico y las guerras, ha contribuido a acrecentar el patriotismo chileno la relativa homogeneidad de la raza que le da carácter común, idealidad colectiva, formados por el acervo acumulado en toda su integridad durante tres siglos de intereses, ideas, sentimientos, simpatías, temores, alegrías y peligros comunes. Por esto, al amar la patria, no amamos sólo sus valles, sus montañas, su mar y su cielo, sino también sus hombres: los pasados, que dieron lustre al país; los presentes, que bregan por aumentar la herencia recibida de aquéllos.

El patriotismo más elevado es el que se confunde con el civismo; que se exterioriza ofreciendo con resignada humildad a la patria, por excepción, la vida en la guerra, normalmente las energías de la juventud y de la virilidad en las faenas de la paz para todo cuanto signifique obra fructífera; que coloca la honesta

tidad pública al nivel de la honradez privada y considera más grave faltar a los deberes cívicos que huir ante el enemigo en las batallas.

Aunque nuestro patriotismo no alcanza todavía esta labor de dignidad colectiva, sólo excepcionalmente es vocinglero, ostentoso y agresivo; no se limita a invocar para todo el nombre de la patria con clarinadas de frívolos homenajes, a prodigarle epítetos y ditirambos en escenarios exhibitivos; ni se contrae a denigrar con espíritu *boxer* al extranjero o su cultura o a provocar los odios nacionales; es más altivo, sensato e independiente; en las clases cultas, sobre todo, se funda en el orgullo racial, se dedica a mantener la normalidad y solidez de las instituciones, se manifiesta en la sobriedad y moralidad de nuestros grandes hombres públicos, en la cordura del gobierno, en la liberalidad de las leyes.

Los verdaderos patriotas no son los fariseos que gritan concitando los odios nacionales en tiempo de paz, ni los turbulentos que lanzan clamores estólicos en las plazas públicas, sino los laboriosos, económicos que enriquecen al país; los veraces, sobrios, honestos y virtuosos que dan buen ejemplo a sus conciudadanos; los espíritus serenos que trabajan silenciosamente en modestos laboratorios, bufetes o talleres.

Ellos, si la paz se rompe, esperarán tranquilos que el país los llame a su defensa cuando se hayan agotado todos los medios de conciliación internacional.

La falta de verbosidad de nuestra raza, de fantasía, de impresionabilidad estética de nuestros sesudos dirigentes, en una época en que la democracia no existía, hizo triunfar el pensamiento sensato sobre la frase brillante y favoreció la aptitud a la acción y al buen gobierno.

Los oradores políticos, si su palabra no iba acompañada de profundidad de pensamiento, de actividad sana, de reputación de honestidad, fueron escuchados, pero no seguidos. Los verbosos no fueron conductores de hombres entre nosotros. Portales, Montt, Matta, Irarrázabal no fueron oradores.

De los presidentes, sólo Santa María, Balmaceda y Alessandri han sido elocuentes y tuvieron administraciones difíciles y oposiciones violentas.

Antimilitarismo Este mismo espíritu calmado, reflexivo, sin arrebatos ni entusiasmos delirantes, ha hecho que este pueblo militar por excelencia haya señalado su rol verdadero al ejército sin endiosarlo jamás, no obstante sus glorias ciertas. Lo admira, lo ama; pero repudia el militarismo.

Entre la institución militar sumisa a la autoridad civil, que no tiene otra misión que defender el derecho y el orden, respetar las libertades públicas, resguardar la integridad del país, cual corresponde a la cultura política alcanzada, pues mientras más se civiliza la sociedad, más debe reducirse el papel del ejército a una función meramente protectora y más debe aproximarse el tipo del soldado al del ciudadano común; entre la institución así diseñada y el militarismo arrogante, de vistoso uniforme, que pretende formar una casta privilegiada, manejar el gobierno, sobreponerse al elemento civil de quien es servidor, que confunde el medio con el fin y sus ambiciones de recompensas, ascensos y glorias con el amor a la patria, hay la diferencia que existe entre el patriotismo, excelsa virtud que se cultiva y brilla con igual intensidad durante la paz que durante la guerra y la patriotería, altanera y agresiva, que es una amenaza para la tranquilidad internacional, porque perturba el criterio hasta glorificar la guerra y ensalzar la superioridad de la fuerza, hasta hacer creer que los ideales pacifistas y de respeto al derecho, opuestos a aquéllas, son ensueños de los vencidos y los débiles, mentira que muestra impotencia y cobardía.

En Chile no habría ocurrido el suceso Dreyfus cuya trascendencia social fué originada más que por el error jurídico excusable de la Corte Marcial, por la agitación de la casta militar, para sostener una iniquidad que vilipendiaba a la justicia.

Actitud durante las crisis Nada revela mejor el carácter de un pueblo y sus probabilidades en el porvenir que su proceder durante las crisis, las revoluciones y las guerras.

En las crisis intensas en que ha peligrado la estabilidad nacional, nos hemos unido, se ha renunciado por los patriotas verdaderos a los intereses privados que parecen mezquinos ante el interés público y la abnegación y el sacrificio han sido elevados por la opinión pública a la categoría de deberes cívicos; en las revoluciones, no nos han dividido los hombres

sino las doctrinas; en las guerras, a las que fuimos casi siempre como caballeros del ideal, en defensa del derecho, la moderación y el valor cierto han sido el carácter distintivo de los jefes.

Con el país agotado, sin recursos y sin hombres, sin estar totalmente afianzada nuestra independencia, organizamos la expedición libertadora del Perú para luchar por la libertad de las naciones del Norte.

La campaña de 1838 y 1839 contra la confederación Perú-boliviana puso en evidencia las cualidades guerreras del pueblo y la eficiencia del gobierno que demostró después del triunfo una altura de miras, una generosidad con los vencidos, un americanismo fraternal que sólo encuentra parangón en la historia con el desprendimiento de los Estados Unidos en la gran guerra europea.

En 1866, fuimos a la guerra con España en defensa del Perú y por mantener el honor de la América.

La gloria de la guerra del Pacífico pertenece tal vez más que al ejército a los gobernantes que, sin ruido, sin aspiraciones personales, cooperaron a la victoria; el triunfo se debió al esfuerzo de todos los chilenos y a la superioridad de nuestra raza más homogénea, de nuestra historia sana y moral sobre otra convulsionada y corrompida, de un gobierno de orden y honesto, sobre otro de caudillaje, peculados y trastornos.

Fué un contraste honroso para Chile su actitud con la observada por el Perú respecto de los residentes enemigos al declararse la guerra. En el Perú, se confiscaron los bienes de todos los chilenos, se les persiguió y expulsó; el Consejo de Ministros de Chile acordó no molestar a los peruanos residentes en Chile, con excepción de tres o cuatro acusados de espionaje que fueron expulsados; el resto se quedó en Chile, muchos contrajeron matrimonio y se arraigaron definitivamente en el país.

La revolución de 1891, cuya génesis fué de carácter personal, al generalizarse y tomar las proporciones de guerra civil, se transformó en lucha de principios entre el régimen representativo y el parlamentario y en ella, no obstante el encarnizamiento y rudeza de la lucha, con raras excepciones, uno y otro bando dió testimonio de nobleza, elevación de carácter, honestidad y abnegado desinterés.

La revuelta militar de 1924 enarboló una bandera grata a la opinión pública por satisfacer esperanzas largo tiempo

acariciadas por ella. Ofreció reformar la Constitución, terminar con la corrupción política, la miseria del pueblo, la especulación, la instabilidad económica y devolver al país el libre ejercicio de sus instituciones.

Por eso se impuso sin derramar sangre y la mutación de régimen se efectuó sin resistencias, con la tranquilidad del cambio de un gobierno legal a otro. Los congresales de mayoría y el Presidente de la República abandonaron sus funciones sin protestar y los partidos arrojados de la Moneda sólo combatieron al gobierno de *facto* meses después, cuando ya estaba consolidado.

Desinterés de nuestros hombres públicos

Hasta hace treinta años, las clases dirigentes fueron casi sin excepción un modelo de probidad, celo y desprendimiento personal en el gobierno del país.

En O'Higgins, el fundador de la República, brilla más alto que sus glorias militares, que su prestigio político, su abnegación patriótica, su triunfo sobre sí mismo, sobre su justa ambición y lógico orgullo, por haberse desprendido del mando, al manifestarle su descontento el vecindario de Santiago. Comprendió que su misión había terminado y que debía iniciarse un gobierno más democrático.

Dignos de recordarse por su desinterés y amor patrio son: el noble gesto de don Antonio Varas, ministro omnipotente de don Manuel Montt, que renunció una candidatura que era la elección misma de presidente de la República, en aras de la tranquilidad del país; y la actitud del presidente Errázuriz Zañartu que, elevándose por encima de los intereses creados, prohijó las reformas que cercenaban las facultades excesivas del poder ejecutivo que ejercía; de Balmaceda que prefirió el suicidio a la fuga vergonzosa; de don José Alfonso, Ministro de la Corte Suprema, que se negó a hacer uso del derecho de jubilar con sueldo íntegro, no obstante tener más de sesenta años de edad y cuarenta de servicios públicos; de don Santiago Aldunate Bascuñán, teniente coronel del ejército revolucionario triunfante, que herido, sin fortuna, rechazó la pensión de invalidez que se le ofrecía, y de don Vicente Reyes, candidato a la presidencia, que se obstinó en no hacer promesas a dos venales electores de presidente que necesitaba para triunfar y que estaban alojados en casa de uno de sus partidarios esperandos sus insinuaciones.

En las luchas presidenciales en que el triunfo fué indeciso, como entre Reyes y Errázuriz, Barros y Alessandri, no obstante el apasionamiento político y creyendo cada cual en la efectividad de su triunfo, los contendientes entregaron a tribunales de honor la decisión que las urnas no habían dado, acatando su fallo.

La Alianza liberal pudo estorbar la proclamación de presidente de su adversario Errázuriz Echaurren y no lo hizo; concurrió con 62 votos a dar mayoría para que fuera elegido por el congreso.

El liberalismo democrático, vencido en la revolución de 1891, entró a la Cámara en 1894 y poco después fué gobierno en virtud del parlamentarismo implantado por la misma revolución.

Falleció el presidente don Pedro Montt y fué reemplazado por el Ministro del Interior don Elías Fernández, quien murió también antes de elegirse al sucesor y ocupó la presidencia el Ministro de Justicia don Emiliano Figueroa, sin agitaciones, sin disputas, sin que los políticos ni los partidos pusieran tropiezos a esta sucesión constitucional.

Probidad de los presidentes Es timbre de orgullo para Chile la tradicional probidad de sus mandatarios. Los que han subido ricos a la presidencia han descendido con su fortuna mermada; los que han ido pobres a la Moneda, han salido de ahí a trabajar para ganarse el pan.

O'Higgins, dictador del país durante nueve años, al abdicar, no tuvo dinero para irse a Inglaterra como deseaba. Prieto salió de la Moneda al ejército; don Manuel Montt, a la magistratura, don Germán Riesco, don Antonio Varas, don Domingo Santa María, al foro; don Jorge Montt, a la marina; don Aníbal Pinto, a la prensa.

Para ayudar decorosamente en su pobreza a este último, que se negó a admitir puestos públicos, el director del diario «El Ferrocarril» creó en su periódico, para ofrecérselo, el puesto de traductor de francés.

Don Jorge Montt, enviado a Europa en comisión poco después de ser presidente, tuvo que pedir dos meses adelantados de sueldo para preparar su viaje.

Don José Manuel Balmaceda, que heredó gran fortuna, en los últimos años de su administración se vió obligado a pedir en préstamo \$ 25,000 para concluir su casa y rechazó obsequios

principescos que pretendió hacerle el rey del salitre, Mr. North.

Don Manuel Bulnes economizaba hasta la luz en la Moneda; la fortuna de los Errázuriz, de Balmaceda, de don Pedro Montt disminuyó en la presidencia; Santa María bajó pobre; Riesco, después de terminado su período, ejerció con mayor actividad su profesión para rehacer su hacienda.

Nuestros parlamentarios no tenían antes dieta; nuestros bomberos son voluntarios que trabajan abnegadamente con peligros de sus vidas, sin más recompensa que la gratitud social, caso único en el mundo.

El primer cuerpo de voluntarios de esta generosa institución se organizó en Valparaíso en 1851 y en Santiago en 1863.

Chile tiene en su historia otros motivos de orgullo. El primer acto del gobierno independiente en 1811, fué prohibir el tráfico de esclavos y declarar libres a los que nacieran; en 1823, se estableció la absoluta libertad de los esclavos, diez años antes que la Gran Bretaña lo declarara en sus colonias.

Honradez inter-nacional Chile fué el primer país hispano-americano que arregló con sus acreedores el pago de los empréstitos hechos durante la guerra de la Independencia, reconociendo como deuda nacional, tanto los levantados en tiempo del gobierno republicano, como durante la reconquista española y las deudas contraídas en el interior bajo los títulos de donaciones, contribuciones extraordinarias o multas.

Por el reconocimiento correcto de sus deudas y pago puntual de sus intereses, por mantener la paz interna, renovar sus gobernantes por las vías legales y ser éstos probos y discretos, el crédito de Chile se afianzó hasta alcanzar los bonos chilenos a cotizarse en el Mercado de Londres a mucho mejor precio que los bonos de los demás sud-americanos.

El año 1842, los bonos de Chile se cotizaban a 71%, mientras tanto los peruanos y colombianos no tenían compradores, los argentinos se cotizaban a 20%, los venezolanos a 28% y los de la rica Méjico a 29%.

En Mayo de 1844, los bonos de Chile de 6% se cotizaron con premio, a 105%.

Las entradas eran muy escasas antes de la adquisición del salitre. En 1835, alcanzaron a \$ 2.003,421; sin embargo, la gue-

rra contra la confederación Perú-boliviana, que duró tres años, desde 1837 a 1839, se hizo con las entradas ordinarias, pues un empréstito interno que se lanzó dió únicamente \$ 105,000.

Con tan pequeñas entradas, se organizó y sostuvo un ejército en campaña de 6,000 hombres y se equipó una escuadrilla de diez buques en guerra.

En las revueltas contra la Administración Montt, ésta no aumentó sus gastos, no elevó el sueldo de sus tropas y apenas pasaron los trastornos, dedicó todas sus energías a trabajos de progreso general, como el ferrocarril de Valparaíso a Santiago.

En las crisis económica aguda de 1873 y 1879 pagamos religiosamente nuestras deudas.

La hacienda pública de Chile, hasta la guerra del Pacífico, se dirigió con economía rigurosa; los caudales del Estado se invirtieron con parsimonia, casi mezquinamente; la contabilidad fué llevada con claridad y precisión, y la honradez de los funcionarios públicos, que vivían en una modestia a vecinada a la pobreza por sus escasos emolumentos, fué perfecta, sin sombras, jamás hubo robos ni desfalcos.

En plena revolución de 1891, en medio de los azares de la lucha, de la necesidad de dinero de los bandos contendientes, se vió el caso curioso y confortador de que uno y otro bando, temiendo que las dificultades del erario hubieran impedido a su enemigo cubrir los intereses de la deuda externa, se apresuraron ambos a pagar a los acreedores para evitar este bochorno a Chile.

Apego a la tierra Se ha exagerado injustamente el espíritu aventurero de nuestro pueblo.

El labriego del centro y Sur, si es gañán, va de una hacienda a otra, recorre el país en busca de trabajo; si es de condición superior, emigra a veces a la Argentina en donde encuentra más campo, más porvenir y más tranquilidad para sus labores.

En Chiloé, por la pobreza de la isla, hay una población ambulante que emigra anualmente a Magallanes, a Osorno, a Valdivia, en busca de mejores jornales y retorna a sus hogares a las cosechas de papas.

Los pampinos vuelven a los valles del Sur atraídos por los gratos recuerdos de su mocedad; mas, el dolor que los ha amol-

dado a su manera los hace sentir la nostalgia de la pampa desolada que los atrae como una fatalidad.

Los obreros de las minas y salitreras cambian constantemente de faena a causa del tedio que les produce la aridez del paisaje y la inquietud molesta de un pasar ingrato; sienten la necesidad psicológica de cambiar de panorama, de ver algo nuevo que, si no es una distinta naturaleza más amable, son rostros, maquinarias y campamentos diversos, en donde quizás arrastrarán la misma vida perra y aburrida.

Los trabajadores de nuestros puertos, por su espíritu inquieto y ágil, su aptitud para amoldarse a las costumbres de otros países, son los únicos que emigran por inclinación natural a la aventura.

El roto chileno es aventurero por necesidad más que por temperamento. Tiene apego al suelo y una vez radicado en él, si tiene un pasable vivir, se vuelve económico y previsor. Lo prueban las colonias chilenas, sedentarias, ricas, que hacen la prosperidad de las provincias limítrofes argentinas; por eso, si se les hiciera propietarios, dedicarían su vigor al cultivo de la tierra en su país y en vez de recorrer inquietos y harapientos en busca de trabajo, se transformarían en ciudadanos tranquilos, y formarían hogares sólidos.

Orgullo racial La admiración por el coraje del roto, el culto por los héroes nacionales, la fe en la superioridad de la raza, han impreso rumbos a la sociedad chilena.

El obrero chileno tiene una conciencia colectiva de su superioridad. Este elevado concepto de sí mismo lo siente de un modo confuso; lo manifiesta pidiendo los trabajos más penosos, los hace pesar sobre los obreros de otras nacionalidades, dirigiéndolos como caudillo en sus resistencias a los patrones.

Los antiguos romanos tenían una alta idea de ellos mismos; no podían hacer nada que fuera indigno de sus antepasados; los habitantes de otros países eran denominados bárbaros.

Para el inglés, no hay en el orbe algo más grande que Inglaterra; el inglés no miente, respeta su palabra y las leyes, tiene absoluta confianza en la integridad de sus tribunales por orgullo de raza. Para el alemán, no había nada superior a su industria, a su ejército, a su emperador antes de la derrota.

Los norte-americanos y argentinos fundan su vanidad en su

grandeza material, en su exuberante riqueza. Los chilenos tenemos el orgullo racial del coraje del pueblo, de nuestras hazañas guerreras, lo que ha mantenido hasta hoy vigoroso el patriotismo.

Es signo de decadencia la crítica que rebaja la alta conciencia nacional.

El orgullo individual es un defecto; el colectivo, una virtud que domina el egoísmo, un ideal que eleva el espíritu hasta hacer grato el sacrificio por la patria, una fuerza moral necesaria para impulsar el engrandecimiento del país.

Nuestro orgullo por el vigor físico y nuestras glorias militares hay que encauzarlo por medio de la educación para convertirlo en orgullo por el trabajo paciente, por los triunfos de la ciencia y de la industria a fin de levantar las energías descuidadas del pueblo para que este pueda vencer en la lucha económica que ha reemplazado a la lucha armada en donde tantos laureles conquistó.

Carácter chileno Por lo común, como todos los hispano-americanos, unimos a la especulación imaginativa una vanidosa ambición.

Los chilenos somos generalmente de carácter normal, templado, pródigos, hospitalarios, cautelosos, suspicaces, irregularmente industriales, difíciles y tardos para entusiasmarnos, poco sentimentales, parclos en los elogios y rudos en las censuras.

Somos asimismo activos, sin alcanzar al optimismo y sin desceder a la violencia; intelectuales, sin degenerar en abúlicos ni atropellar los feros del corazón.

Susceptibles a los emblemas, a los símbolos, arrastrados por ellos, más que por convicciones, reclutan prosélitos y adeptos los partidos políticos y las asociaciones obreras.

Nuestro espíritu de imitación es poderoso.

Respetamos la tradición y nos inclinamos ante los apellidos aristocráticos.

Después de ser un pueblo de labradores, soldados y abogados, hemos sido además marinos, comerciantes, mineros y especuladores, lo que ha variado la fisonomía nacional.

De económicos, casi avaros, hemos pasado a manirrotos; de modestos, a ostentosos y fatuos; de fanáticos, a incrédulos y escépticos.

La intolerancia religiosa va desapareciendo, queda aún la intolerancia política.

Cuando la nación fué dirigida por personalidades ambiciosas y honestas, tuvo un carácter estable y continuo; hoy han aumentado los apáticos, pírrónicos, descorazonados y el carácter nacional tiende a ser incoherente e incierto. Así, es característico hoy la violencia que momentáneamente despiertan los asuntos de interés público y la rapidez con que ella desaparece transformándose en apatía.

Antes concebíamos como el ideal del hombre al personaje austero; de ahí la atracción de Montt, Varas y Matta; hoy cunde la popularidad del jovial y del emotivo; esa fué la causa de la seducción y triunfo de la llaneza de Errázuriz el pequeño, de la burlona sonrisa de Sanfuentes y de la oratoria sentimental de Alessandri. Sólo cuando la corrupción y el desorden espantan, volvemos a concebir como ideal al hombre superior y severo; así se explica el cambio de opinión que elevó a Montt en 1906, después de haber sido derrotado estruendosamente cinco años antes.

Mientras gobernó una oligarquía severa, la nación fué rígida y previsora; comienza a ensayarse el gobierno de una democracia confiada e incapaz y derrochamos nuestras fuerzas y nuestros recursos.

En las clases ilustradas, dominan los arbitristas sobre los especulativos; hay bastantes plácidos, tenaces, prudentes, perseverantes, no pocos deprimidos, timoratos, melancólicos y escasos contemplativos, estetas o dilettantes.

En las clases analfabetas, dominan los excitados-activos, audaces, inconstantes, impulsivos, sensuales, incontinentes en la bebida, desaseados, agresivos, desordenados e imprevisores.

El sentimiento religioso se ha refugiado en la aristocracia de sangre. En las clases ricas, se envidia más que se emula y sus individuos son muy sensibles al ridículo por la distancia que separa sus pretensiones exageradas de sus realidades mediocres.

El bajo pueblo es inelegante, falto de gracia física y por su triste humor, de atracción moral.

. Sin íntimo sentimiento religioso, se entrega a la supersticiones; con un pesimismo activo, de insaciable rebusca de cosas nuevas, lo atrae la peripecia, la aventura; con vagas ambiciones de bienestar y poder, vive al día, no se preocupa del mañana; en su

atávico fatalismo, recibe impávido los vientos favorables o adversos con la estoica frase «Qué tanto será».

Mas, quién sabe si esta impasibilidad ante el destino que revela una superioridad psíquica sobre los acontecimientos, que le permite acometer aventuras difíciles, travesías ignotas, empresas irrealizables, desafiar hasta la muerte con una sonrisa despectiva, esta impavidez hecha dinámica y bien encauzada, pueda trocarse en potente energía, en aptitud eficiente para la lucha económica, en seguridad de triunfar.

El roto tiene buenas cualidades fundamentales, es hecho de una maravillosa madera, dura, flexible, pero está sin pulir, a merced de sus instintos casi primitivos, pues no ha recibido educación moral alguna; a pesar de su vigor, está destinado a degenerar o sucumbir triturado por el engranaje económico de la vida moderna cada vez más complicado, si no se le defiende, si no se combaten sus vicios atávicos, si no se corrigen sus defectos de pueblo niño, con leyes sociales y una educación integral conveniente.

Esta es la obra de los dirigentes, de los legisladores, de los que guían las fuerzas espirituales del país: periodistas, literatos, sacerdotes de todas las creencias y sobre todo educadores.

LIBRO III

EVOLUCION

CAPITULO I

Líneas generales

SUMARIO: LA EVOLUCIÓN.—LAS MANIFESTACIONES DEL PROGRESO.—EVOLUCIÓN PSICOLÓGICA INDIVIDUAL.—EVOLUCIÓN SOCIAL.—FACTORES PRINCIPALES DE LA EVOLUCIÓN SOCIAL.—MEDIO FÍSICO.—SATISFACCIÓN DE LOS DESEOS.—IMITACIÓN.—DESIGUALDAD DE LOS HOMBRES.—COMUNICACIONES.—DESCONTENIDO DEL PRESENTE.—TOLERANCIA.—EDUCACIÓN.—ACONTECIMIENTOS IMPREVISTOS: GUERRAS DE 1836, 1866 y 1879; REVOLUCIONES DE 1891 y 1924.—LOS GRANDES HOMBRES. PARALELO ENTRE BELLO Y LASTARRIA; BERNARDO O'HIGGINS, DIEGO PORTALES, JOSÉ VICTORINO LASTARRIA, MANUEL A. MATTIA Y ARTURO PRAT.

La evolución Al hablar del alma colectiva, hemos visto que ella rige los destinos de los pueblos con mayor eficacia que el capricho de los déspotas y los deseos de los gobiernos democráticos que únicamente dentro de estrechos límites reglan la evolución de la sociedad y que sólo en apariencia modifican las costumbres tradicionales, reguladoras

de la vida privada, que permanecen casi inalterables a su influencia.

Dependemos más de los instintos y costumbres que de las constituciones y las leyes.

La acción constante y consciente del estado no prevee, por lo general, los efectos de los fenómenos sociales, porque la complejidad de las causas le impide verlos con claridad, ni puede determinar el objetivo desconocido a que tiende la sociedad, porque sólo está a su alcance desviar levemente su marcha, apresurándola o retardándola.

Las tradiciones no son siempre una rémora; ellas mantienen la continuidad moral de la existencia nacional, acostumbrando la voluntad a obrar conforme a ciertas normas bien definidas.

Cuando en vez de soportar pasivamente la acción del pasado, se inquiere su historia, se recogen sus experiencias, se las esclarece y no se pretende recomenzar lo ido definitivamente, las tradiciones, resumen de los recuerdos ancestrales, son los puntos de apoyo necesarios para emprender seguro vuelo.

Inglaterra, rica en respetables tradiciones, ha evolucionado con soltura, rapidez y sin tropiezos.

Nuestra índole tradicional ha sido obrar reflexiva y patrióticamente, dejándonos conducir por el buen sentido, no exento de idealismo, más sin exaltación imaginativa.

Conforme a ella, a nuestra historia, nuestra evolución ha sido sin tropiezos y sólo hemos tenido contratiempos cuando nos hemos apartado de esta vía fácil y segura.

Hemos evolucionado o mejor dicho hemos progresado, porque el progreso es el aspecto consciente y moral de lo que la ciencia llama evolución o desenvolvimiento, marcando el paso durante la colonia, lentamente pero con firmeza en los tres primeros cuartos del siglo pasado, con premura y desorientados después.

Las manifestaciones del progreso

Según el sentir vulgar, evolución es sinónimo de progreso indefinido, es el mejoramiento ilimitado, el camino natural de las cosas hacia un objetivo, que es la perfección. A *prima facie* se considera como progreso toda modificación social, sin juzgar si el valor de lo nuevo compensa el valor de lo antiguo que viene a reemplazar.

El problema del progreso no tiene la sencillez de una progre-

sión aritmética, es más complicado; no se sabe cómo se desarrolla, a quién favorece, a dónde se dirige. Lo único que sabemos es que en la vida todo se continúa y nada se repite, que el alma de las razas, de las culturas, de las civilizaciones posee cada una sus posibilidades propias de expresión, que su moral, mentalidad y conducta habitual cambian, las de hoy no son las de ayer ni serán las de mañana, porque el espíritu que las anima nace, madura, se marchita y muere. Sabemos, asimismo, que este camino se hace en grados diversos de rapidez y en un sentido que no se conforma siempre con nuestra lógica. La evolución es siempre creadora.

En la eterna variación de las cosas y las ideas, la psicología de los pueblos no podía permanecer inalterable; por eso, al indicar su carácter, sus vicios o virtudes, que son un producto de las circunstancias debemos limitarnos a señalarlas como propios de una época dada.

No hemos llegado a una cumbre suficientemente alta para abarcar el conjunto que no es una continuada ascensión, sino fases diversas en que tan pronto se sube como se desciende. Además, todo avance aparece indeciso, confuso y perturbador; porque tiene que romper algunos de los caros lazos que ligan al hombre al pasado y que alarman su tranquilidad, vinculada muchas veces a la existencia de errores, prejuicios, supersticiones, intereses egoístas, rezagadas costumbres que vacilan y se derrumban ante el ímpetu de las nuevas ideas, produciendo con esto agitación y desorden.

Como vemos, pueblos, culturas y civilizaciones que avanzan, se detienen, avejentan o rejuvenecen al contacto de nuevas necesidades, de nuevos estímulos o de trasfusión de sangre nueva, apreciamos como universales y permanentes situaciones que pueden ser sólo parciales y transitorias.

Por lo general, hay un ritmo histórico en que a períodos de pacífica labor, de paciente organización, suceden períodos de crítica destructiva, de disolvente agitación, producidas por el despertar de nuevas necesidades y nuevas ideas y sentimientos, épocas aparentemente regresivas, que preparan períodos constructores, colocados en planos más elevados y de un orden más favorable y justo que los anteriores.

Estos son los períodos de mocedad y senectud de que habla Ortega y Gasset.

En los primeros, se siente una profunda heterogeneidad entre lo espontáneo del presente y lo adherido del pasado; son épocas eliminadoras y de iniciación en que se pretende destruir y reemplazar lo existente; en los segundos, la homogeneidad entre lo recibido y lo propio es perfecta; se permanece fiel a la tradición en política ciencia y arte; son épocas gerontocráticas en que se conserva, acumula y organiza.

¿A dónde vamos?

Podría estimarse en el momento actual que la evolución tiende a que desaparezca el concepto de individualismo puro, incompatible con los hechos e ideas del presente, lo que parece verdadero, y a que del individualismo propietario se pase bruscamente al colectivismo, por el incremento progresivo adquirido por estas ideas, pero este movimiento, que no ha sido jamás absoluto y que sólo ha triunfado en Rusia, parece haberse detenido por una reacción mundial.

Ojalá así sea.

Es más propicio a la humanidad la armonía de una socialización que no concluya con la iniciativa, la conciencia de las responsabilidades y el carácter individual, sino que, imponiendo a los individuos el deber de aportar una suma de trabajo a la colectividad que corresponda a las ventajas sociales de que participan, los deje que libre y espontáneamente acepten y se adapten a las exigencias de una vida social más elevada y más intensa.

Un profundo instinto social nos dice que es más perfecta la vida que se desvela por crear que la afanosa en poseer sólo bienes materiales.

Son manifestaciones reales y palpables del progreso, susceptibles de apreciarse y medirse por la estadística, entre otras: el fomento de la educación integral, el mejoramiento de la higiene y la vida material, los descubrimientos científicos, la disminución de los delitos y la criminalidad, la facilidad de las comunicaciones interiores y exteriores, las leyes que aseguren la libertad y seguridad de los habitantes, el sistema racional de impuestos que no estorben el bienestar general y la ausencia de privilegios y monopolios.

Estas demostraciones de adelanto no corresponden generalmente a otros órdenes del progreso tan importantes como ellas, pero difíciles o imposibles de evaluar en números, como son: las consideraciones que tengan aseguradas los individuos, el senti-

miento de igualdad ante la ley, el respeto a la dignidad humana, el aprecio que se da a la vida, disminuyendo el mérito de arrasarla, el altruismo, la honestidad, el desarrollo del espíritu de justicia y solidaridad social y la extensión que alcance el sentimiento estético y religioso.

El progreso intelectual y material solos son un progreso truncado. Bergson dice de la inteligencia que ella es caracterizada por una incomprendición natural de la vida, y otro escritor ha agregado «y de la verdadera felicidad», aspiración suprema de la existencia.

Evolución psicológica individual

La evolución psicológica individual va en el orden intelectual de la distraída ligereza a la atención y reflexión, de la representación sensible a la concepción abstracta; en el orden sentimental, de las pasiones desordenadas y violentas a los sentimientos más moderados y persistentes; en el orden de la voluntad, de la acción impulsiva y atropellada, a una más tranquila y mejor orientada en sus móviles y fines, de la actividad automática a la voluntaria.

Evolución social

Para Herbert Spencer, la evolución consiste en el paso de lo homogéneo a lo heterogéneo, de lo indefinido a lo definido, de lo incoherente a lo coherente.

La solidaridad humana entre los individuos de un pueblo, más tarde entre los pueblos entre sí, cada vez más intensa y más amplia y la tendencia a aumentar las semejanzas y abatir las diferencias de hombres y naciones, en una palabra, la unidad del mundo, ha sido en el progreso cultural, desde hace cuatro siglos, la más constante e inconsciente finalidad que señala la historia.

En virtud de esta solidaridad, el mundo civilizado, en este momento histórico de su evolución, está empeñado en un esfuerzo vasto y complejo de reajustamiento de valores para obtener una redistribución más equitativa que facilite el acceso de todos a una relativa cultura y felicidad. Jurisconsultos y políticos, doctos y literatos, predicadores y demagogos con ánimos y por rutas diversos llegan a idéntica finalidad; se preocupan de atenuar las desigualdades e injusticias del destino.

En virtud de esta misma solidaridad, es también manifiesta la

tendencia evolutiva de cambiar la noción de mando de los gobernantes, antes amos y señores, en la de deber, convertidos hoy en servidores del pueblo, y de modificar la noción de derecho intangible sobre la propiedad capitalista, en la de función social que el capital debe cumplir. Todavía, se esboza la tendencia de no limitar el movimiento sindicalista a las clases proletarias, en nombre de la guerra de clases, sino extenderlo a todas las clases sociales, las que se asociarían por identidad de labores, uniéndose en nombre de un propósito más humano de pacificación y armonía social. El ideal del presente es crear un futuro en que impere el deber del trabajo.

Si el camino recorrido hasta hoy por el progreso, en las *esas* hechas por las vacilaciones y contradicciones de la marcha, no se percibe con precisión y claridad, sobre todo en cuestiones morales de vital importancia, en cambio se tiene fe innata en el mejoramiento producido por la evolución: son los menos lo que sólo ven en ella la obra inconsciente e irremediable de la necesidad y se dejan arrastrar contemplativa y pasivamente por la corriente de la vida, como hojas secas caídas al arroyo, y los más, los que rechazan este determinismo absoluto, tan inaceptable como la absoluta libertad y sienten que algo pueden influir en este movimiento, sentimiento que da un sólido punto de apoyo a la vida, estimula a trabajar por su perfeccionamiento y eleva mente y corazón sobre el ras de la tierra.

Es una filosofía desconsoladora y enervante que debe rechazarse, porque no está de acuerdo con los hechos, la que sostiene que todos nuestros actos son fijos, que nada es determinado por nosotros mismos. El fatalismo mecánico del mundo físico y la libertad cada vez mayor del mundo moral son dos procesos divergentes en el curso de la evolución humana.

El esfuerzo humano no podrá contrariar abiertamente el advenimiento, progreso, decadencia o perecimiento de una raza o de una cultura, porque dadas determinadas circunstancias hay en la historia una sucesión necesaria como la del Invierno que debe seguir al Otoño, pero puede despertarla de su estado primario y prolongar su virilidad y retardar su abatimiento y agonía, descubriendo nuevas posibilidades por realizar.

Factores principales de la evolución social

Como no es lícito aplicar a la historia la relación de causa y efecto, no diremos que son causa de la evolución sino que la estimulan, entre otros, los factores siguientes: la influencia de la raza y del medio físico de que ya hemos hablado, la voluntad de remover los obstáculos que se oponen a la satisfacción de los deseos, la imitación, la lucha con el hombre, la selección, las comunicaciones, la desigualdad de los individuos, la conciencia del deber, el sentimiento de descontento del presente y de temor ante el porvenir, la educación y organización económica, los hombres superiores y lo imprevisto o casualidad a quien Anatole France llama Dios.

Medio físico

Al tratar del medio físico, hemos visto su influencia en nuestra evolución: el clima suave ha formado en parte nuestro carácter normal, templado, nuestro temperamento sereno; la reducida área agrícola, en el centro de Chile en donde se formó la raza, que nada produce sin trabajar, nos evitó caer en la molicie; la riqueza minera, cuyas labores imponen esfuerzo, constancia, desprendimiento, imaginación, impusieron algunas de estas cualidades a los hombres del Norte; la industria salitrera y carbonífera, que exigen grandes capitales, comienza a impulsar el espíritu de gran empresa y asociación.

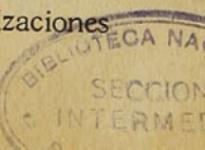
Organización económica

La organización económica y la educación son dirigidas principalmente por el gobierno y la ley, instituciones de disciplina social que deben mantenerse en actividad y armonía con el desenvolvimiento social, pues cuando se quedan rezagados o se detienen, obstruyen la evolución progresiva y se convierten en motivos de regresión que eclipsan o petrifican a los pueblos.

Satisfacción de los deseos

La fuerza impulsiva de satisfacción de los deseos, siempre crecientes y cambiantes, transforma el medio físico y social, modifica o reemplaza las estructuras sociales existentes y se rebela contra las costumbres y leyes envejecidas, propiciando cambios y reformas.

La evolución consciente predomina en las civilizaciones



avanzadas en que el hombre modifica el medio, la inconsciente en las inferiores en que el medio modifica al hombre.

Imitación La imitación favorece la evolución tendiente al nivelamiento de las clases por la extensión de la cultura y la riqueza.

El acercamiento que trae la complicación y compenetración moderna de intereses comunes en asociaciones, negocios, política, que permite ver de cerca, familiarizarse, conocer las flaquezas y defectos de los hombres que figuran como superiores, en la bolsa, en el gobierno, en los clubs, en la sociedad, al mismo tiempo de ensanchar la imitación, hace descender a éstos del pedestal en que por su alejamiento la opinión pública los había colocado, atenuar el reverencial respeto que imponían y disminuir, en consecuencia, la distancia que separa las clases sociales.

La imitación propende a un nivelamiento progresivo cuando las clases superiores merecen realmente este título, porque se imita siempre al superior o tenido por tal, aunque se le odie. Entre nosotros, el aristócrata pudiente es imitado por el comerciante, industrial o profesional enriquecido o político afortunado; éstos, por los ricos de provincia y la clase media; los que a su vez son imitados por los artesanos de las ciudades a quienes imitan campesinos y gañanes.

Hace algún tiempo, un grupo de aristócratas damas, que el vulgo bautizó con el apodo de *cachetonas*, quiso hacer vida parisina en la gran aldea santiaguina, lo que desató las murmuraciones y la maledicencia. Probablemente, sus mayores faltas eran su juventud, hermosura y fortuna. Y bien, la sociedad timorata que tenía frases compasivas y graves para sus locuras y que, escandalizada, cerraba los ojos a sus devaneos, los abría desmesuradamente para copiar sus trajes, comidas y gran vivir.

Esta imitación que abarca mobiliario, vestidos, alimentación, juegos, modas, arte, costumbres, lenguaje, maneras, en poblaciones densas y no habiendo interferencias, es tan rápida que se extiende en progresión geométrica y eleva la cultura de las clases inferiores, aproximándolas a las más elevadas.

Se puede medir el tiempo en que la imitación hace su camino: así, en las modas, la falda corta que comenzó a usarse en las damas elegantes hace cinco años, se vió sólo hace tres años copia-

da por las niñas del pueblo. Mucho más ha demorado la imitación en el *sport*; mayor resistencia ha encontrado en el aseo personal y el lenguaje culto que todavía no se generalizan.

La aproximación producida por la imitación externa es simultáneamente interna; al imitar el inferior sus exterioridades al superior toma al mismo tiempo de éste sus gustos, sus ideas, sus sentimientos y aspiraciones.

La tendencia niveladora de la imitación es regresiva cuando la superioridad de las clases llamadas ilustradas, ricas o dirigentes es sólo aparente y su moralidad, su cultura, sus sentimientos, sus gustos son inferiores a las de las clases malamente llamadas también así, o cuando aquéllas permanecen estacionarias en la evolución creadora o en la imitación a las clases superiores de países más avanzados.

En Chile, la imitación de la clase culta, honesta, del siglo pasado, ha sido indudablemente progresista; con muchas reservas, podría afirmarse lo mismo de la imitación a las clases altas del presente.

Desigualdad de los hombres Hemos enumerado entre las causas principales de evolución la diferencia de las clases, derivada de la desigualdad mental y corporal de los hombres.

La desigualdad de los individuos en vigor y belleza físicos, inteligencia, voluntad, valor, mérito, experiencia, que es una realidad objetiva, un hecho natural, inevitable y necesario, es base de la selección y causa de evolución social.

Es irracional el sentimiento de la igualdad absoluta, noción artificial que en la naturaleza no existe.

Este sentimiento agita a los que están en grado inferior de la escala social y que aspiran por innato instinto a igualarse a los que están sobre ellos y mueve a obrar en el mismo sentido de concluir con toda desigualdad a unos pocos individuos, superiores por sus altruistas instintos, a quienes domina un misticismo igualante, cuya raigambre podría tal vez encontrarse en la idea evangélica de que todos los hombres son iguales en naturaleza y libre voluntad a los ojos de Dios. Mas aún, en este mundo ultraterreno, hay una cumbre, la santidad.

Si los hombres son desiguales, en el uso que hacen de su razón y por la atención, el desenvolvimiento o la orientación

que a ella le dan, son iguales en el hecho de tenerla, lo que les permite juzgar las cuestiones que examinan libremente y poseer los principios y facultades elementales indispensables para discernir lo verdadero de lo falso.

En esta mínima razón común se funda el principio de la igualdad política establecida no obstante la desigualdad natural existente entre los individuos, que nadie puede desconocer.

Un sentimiento humanitario y de justicia impulsa a los altruistas a hacer que desaparezcan las desigualdades artificiales y a que las naturales se limiten en lo posible, mejorando y elevando el nivel físico, moral e intelectual de los individuos inferiores.

Sólo los egoístas satisfechos de su situación social, que no son pocos, retardan la evolución hacia la relativa igualdad económica en su deseo que perduren las desigualdades artificiales y las injusticias sociales que les aprovechan.

Esta tendencia igualante y la resistencia que en su marcha encuentra, han agitado en todos los tiempos al mundo; la civilización ha acrecentado la lucha, aumentando el impulso de los que avanzan desde abajo.

Los medios que se propician para alcanzar con mayor o menor premura los ideales que se forjan son tan diferentes como las doctrinas en que se fundan.

En Chile, la desigualdad política de dirigentes y dirigidos, las diferencias entre el arraigado sentimiento religioso y el espíritu de tolerancia de los tibios o libre pensadores originaron todas las luchas políticas del siglo pasado; la desigualdad económica de capitalistas y proletarios será el origen de la mayor parte de las luchas del presente siglo.

Comunidades Las difíciles comunicaciones con el viejo continente a causa de la barrera casi infranqueable de los Andes y la travesía larga y expuesta por el Estrecho de Magallanes y Cabo de Hornos nos mantuvieron aislados más de tres siglos, lo que nos hizo tardos al debilitamiento de las antiguas creencias, a la sugestión de las ideas avanzadas, a las agitaciones religiosas o políticas que comolvían la Europa espiritual, a la imitación de instituciones más perfeccionadas, de novadoras escuelas literarias, de las comodidades y lujo de pueblos más cultos.

Con todo, este aislamiento tuvo la ventaja de darnos tiempo para defendernos en parte de la esclavitud económica a que necesariamente conducen las relaciones comerciales entre pueblos ricos e industriales con pobres y atrasados, y de permitirnos fortificar nuestra constitución moral con la disciplina hereditaria, haciendo menos peligrosa la violenta expansión que lógicamente se habría producido, si desde el momento de adquirir la libertad tenemos una expedita y fácil comunicación con Europa.

Descontento del presente

El descontento del presente, los temores del porvenir son sentimientos favorables a la evolución.

Los reformadores, en todos los órdenes de la actividad social, señalan unas veces descabelladamente sendas tortuosas que llevan al fracaso; otras, con intuición genial indican vías amplias que conducen a una sociedad más elevada a la que orientan su actividad, pues las reformas se hacen en nombre de ideales concebidos por la razón con el propósito de alterar la realidad del presente y la mente inquieta vislumbra siempre, sobre las instituciones establecidas, una justicia superior; sobre los regímenes existentes de gobierno, otros más perfeccionados; sobre las escuelas literarias de un arte esotérico, aristocrático, convencional, uno más humano.

Los descontentadizos, los soñadores, los críticos constantes que tratan de cambiar lo existente que juzgan malo, ocupan un puesto igual a los convencidos, a los prácticos, a los tradicionalistas. Unos y otros son aseverativos, organizadores, constructivos; negatorios, impotentes, destructorios son los escépticos irónicos, los burlones hastiados que insatisfechos del presente nada hacen por corregir lo que encuentran deplorable.

Ellos son generalmente el fruto de una refinada civilización a cuyo decaimiento y derrumbe contribuyen.

El tradicionalista fiel al pasado, complacido de lo que existe, aferrado a caros prejuicios o privilegios, hace oír la voz de la experiencia: su política es de hecho. El reformador o racionalista, atisbando el porvenir, malquisto del presente, arrastrado por sus ideas y deseos personales, hace oír la voz de las nuevas necesidades: su política es de ideas.

Las convicciones de ambos, aun las que parezcan absurdas, merecen, pues, ser respetadas, siempre que al primero no lo

perturben la indolencia y las miras egoístas y al segundo, la ambición y el dogmatismo.

Tolerancia De esta amplia tolerancia, aceptada ya como principio inconcuso por los espíritus selectos, nacen las grandes conquistas de libertad de pensar, sobre el régimen medioeval que las condenó, y de abolición de los delitos de opinión, sobre la práctica del régimen moderno que las ha perseguido.

La opinión hablada o escrita sólo es punible cuando se traduce en actos delictuosos contra el orden público o las leyes. Desgraciadamente, esta tolerancia no es general. La mayoría no sabe respetar las creencias ajenas, porque no se ha esforzado en adquirir las propias; las ha recibido hechas del medio, y en vez de alcanzar la fe profunda y tolerante que dan los ojos escudriñadores y abiertos, tiene el fanatismo de los ojos cerrados a toda discusión.

El rey Asoka escribió en uno de sus edictos —«No se debe honrar más que las propias creencias; pero es preciso no desacreditar nunca las de los demás hombres. Así no se hace mal a nadie y hay circunstancias en que debe honrarse la creencia de los otros. Obrando así, se justifican las propias y se viene en ayuda de las demás. Quien se conduce de otro modo, debilita su creencia personal y daña la del prójimo».

Han corrido desde entonces más de 2170 años y todavía la tolerancia constituye un privilegio inaccesible a los mediocres; todavía hay violentos que sienten odio racial por todos los habitantes de un país, repulsa o desprecio por los que adoran a Dios conforme a determinados ritos, encono o antipatía por los que desean que su patria se gobierne según ciertas ideas.

Es penoso imaginar el corto camino hecho por la tolerancia en tan dilatado espacio de tiempo.

El presente vive de las creencias del pasado y las utopías por realizarse en el futuro, y mientras unas y otras sean sólo pensamiento o propaganda, están bajo la égida de la libertad de pensar.

Las creencias religiosas más groseras sirvieron en su tiempo a la evolución progresiva, pues eran la única fuerza moral capaz de domar las pasiones de los hombres que estorbaban su marcha.

Quien adora, dando al objeto de su veneración, por mezquino que sea, un sentido divino, se eleva.

El sencillo salvaje que primero ofreció su muda adoración a la estrella vespertina, sin duda recibió en los rayos tenues y delicados que la serena pupila de su Dios le devolvía, una fuerza íntima, una elevación de espíritu que lo colocó por encima de los compañeros de tribu que no habían recibido esa apacible y confortante mirada de la altura.

Jamás he comprendido el afán de arrancar en nombre de la verdad el sentimiento religioso a quienes lo poseen.

Suponiendo que fuera una ilusión ese suspirar eterno por el infinito, ¿para qué arrebatar la esperanza de encontrar la justicia, generalmente ausente de la tierra, de hallar la felicidad perenne fuera de este mundo, si esa piadosa mentira sostiene a los débiles, consuela a los desheredados del placer y hace amable el horror a la muerte de millares de seres?

Nada podría dárseles en cambio, sino la duda penosa.

Si la ciencia proporciona a todos satisfacciones morales, placeres materiales, la religión da al creyente paz y serenidad.

Cuando contemplo feliz el semblante de mi hijo iluminado por la dicha, al recibir del viejo Noel su regalo de pascua, nunca he tenido la crueldad inútil de romper el encanto de esa fábula, diciéndole la verdad.

Las ideas mesiánicas, exorbitantes, desquiciadoras del orden actual, que apasionan y desorientan a veces a la muchachería ilusa de hoy, son casi siempre inspiradas por un alto ideal de justicia y de amor, y muchas de ellas, despojándolas de sus exageraciones, son el ultraísmo, la utopía del presente en que se engendra la verdad probable del futuro que, hecha luz, vivirá mañana en las plazas públicas y brillará esplendorosamente en las conciencias.

El programa de los partidos políticos tiene el mismo origen: es un núcleo de reformas que el descontento del presente incita a idear y que se creen salvadoras y realizables en un devenir próximo. Ellas impulsan a los hombres a agruparse en nombre de comunes ideales y a los partidos a obrar para obtener su realización.

Educación La sociedad es artificial y relativamente modificable por la educación, como lo es el hombre que, si no obtiene por ella cambiar su temperamento, puede sacar de él todo lo bueno que es capaz de producir, según su naturaleza.

El hombre recibe el carácter innato, fondo original que trae al nacer, sobre el cual superpone el carácter adquirido que se forma en el transcurso de su existencia. En las células sexuales no se predermina su personalidad, porque la determinación hereditaria va unida a la correspondiente al medio, el cual ejerce profunda influencia sobre su organismo, especialmente en el transcurso de su desenvolvimiento. Si el hombre recibe, pues, como se ha dicho, la urdimbre en que teje su vida de sus ascendientes, el tejido lo hacen después, en parte, la reacción de la inteligencia y voluntad sobre su propia naturaleza, principalmente las influencias que soporta consciente e inconscientemente.

Si el medio resulta inadecuado para realizar las posibilidades hereditarias, éstas quedarán latentes; por esto, es a menudo preferible para el desenvolvimiento individual una herencia mediocre aliada a condiciones superiores de medio, que una buena herencia unida a condiciones desfavorables.

El determinismo no es pues todo; según esto, queda a la libertad por lo menos el poder de añadir algo a la naturaleza humana. La vida amplia es posible precisamente por el conflicto entre la libertad y la necesidad.

Esta libertad relativa consiste en la aptitud del hombre para impedir, con mayor o menor eficacia, los actos instintivos por la acción de estímulos intelectuales, sociales y morales y para regular su conducta por el juzgamiento de las experiencias del pasado y las previsiones del futuro.

Stuart Mill ha dicho. «Somos tan exactamente capaces de hacer nuestro propio carácter como otros lo son de formarnoslo». Esto último es la educación.

Ella comienza en el hogar desde el día en que se nace, continúa en la escuela en donde comprende la instrucción y sigue más tarde en la sociedad o sociedades diversas en que se forma parte por medio de la influencia de leyes, costumbres, opinión pública y demás sugerencias claras o brumosas que de ellasemanan.

La tradición y la historia añaden a esta educación la experiencia de siglos.

La educación literaria y científica de los liceos ha formado nuestra culta clase media y ha sido propicia a la expansión de las ideas; mas como no ha educado el corazón, deja a éste sin freno; como no ha fortalecido el carácter, desarrollando la personalidad, el yo, sin egoísmo, acostumbrando a la voluntad a que se forme por sí misma, a que ande sola, prepara mal para la vida. La falta en ella de aplicación práctica para adquirir dinero, ya que el mayor número de niños no recibe otra instrucción peculiar y técnica, ha sido dañosa a la economía nacional y al porvenir del educando, pues no ha formado industriales ni comerciantes ni proporciona al adulto medios seguros de ganarse la vida.

La escasa difusión de la instrucción primaria, que sólo hace poco tiempo se ha hecho obligatoria, nos mantiene aún lejos de una verdadera democracia.

Las instituciones escolares de Chile no se han desarrollado suficientemente ni se han adaptado a las nuevas circunstancias.

Tenemos dos clases de alumnos: el hijo del proletario que se instruye en la escuela pública y el de las clases alta y media que se educa en colegios particulares y liceos. De este modo, desde la niñez, consolidamos los prejuicios sociales y fortalecemos las barreras que separan las clases.

Debemos coordinar mejor la instrucción primaria, secundaria y superior o especial.

La escuela primaria debe ser escuela común de todos los chilenos en la que se debe respetar en cada alumno al individuo, y el Estado debe conducir a los aventajados en ella, cualquiera que sea su origen, desde allí hasta la Universidad.

La enseñanza primaria debe tender a dar al niño una vocación y procurarle las primeras nociones de su futuro oficio; la secundaria debe acoger a todos los muchachos dignos de recibir una preparación más extensa para el futuro y no como hasta ahora que ha sido un lugar de selección para una clase social destinada a dirigir al país.

El fin de la educación es el desarrollo, amparo y expansión de la personalidad humana para acrecentar la herencia científica, institucional, moral y estética que cada generación recibe del pasado.

Educación significa, por consiguiente, adaptación paulatina al patrimonio espiritual de la raza con el fin de contribuir al mantenimiento y progreso de su civilización.

Sus métodos y propósitos deben, por lo mismo, depender de la filosofía de la vida que dirige nuestra inteligencia y voluntad y estar en perfecta armonía con el adelanto material y los ideales intelectuales, éticos y artísticos de cada generación, los que a menudo varían.

De acuerdo con estas ideas, Nicholas Murray Butler ha formulado estos postulados fundamentales: la educación es uno de los más importantes de los intereses humanos; este interés puede y debe estudiarse con espíritu y métodos científicos; en una democracia, es un fracaso toda educación que no esté íntimamente relacionada con los deberes y oportunidades de la ciudadanía.

Acontecimientos imprevistos

Hemos dicho que influyen progresiva o regresivamente en la evolución los acontecimientos imprevistos, como las guerras, las revoluciones, los descubrimientos e inventos, los terremotos, las epidemias, las crisis económicas mundiales y las monetarias o de productos nacionales.

Los sucesos imprevistos de mayor trascendencia para Chile fueron: la guerra de 1879 y la revolución de 1891; ocupan un lugar subalterno: la guerra contra el Protector Santa Cruz de 1836, la de España de 1865, los descubrimientos mineros de Chañarcillo y Caracoles, la epidemia del cólera, el terremoto del año 1906, la guerra mundial de 1914, la reacción militar de 1924 y el motín sin derramamiento de sangre de 1925.

En nuestra economía nacional tuvieron influencia favorable los descubrimientos de las minas de Chañarcillo en 1832, de Caracoles en 1870 y de California, que acrecentó la exportación de trigo y harina en 1852; la incorporación al territorio nacional de la riqueza salitrera de las provincias de Tarapacá y Antofagasta y la guerra mundial de 1914; e influyeron depresoramente la crisis monetaria de 1878, económica de 1896, el terremoto de 1906, la crisis económica universal de 1907 y la salitrera de 1919, que también fué universal y se convirtió con mayor intensidad en económica en 1921 y 1922.

La guerra de 1914 produjo por cerca de un año graves pertur-

baciones económicas: la paralización de 91 oficinas salitreras, el alza del carbón y de los artículos alimenticios, la disminución de las rentas nacionales, el aumento de precio de los transportes marítimos por falta de marina nacional y el encarecimiento de la vida en todas sus fases. Después vino un aumento inesperado de la producción y la riqueza nacional por el alza de los productos de exportación, salitre, cobre, cereales, para caer una vez terminada la guerra en una nueva crisis salitrera y económica, más honda y más larga, por el abatimiento en los precios y en la producción de los mismos artículos.

Las epidemias del cólera, viruela, peste bubónica y tifus exantemático han sacudido nuestra flema habitual y despreocupación por la vida, estimulando la higiene pública y privada y la creación de organizaciones sanitarias que no existían.

Guerra de 1836. La guerra de 1836 con la confederación Perú-boliviana fué concebida y emprendida audazmente por Portales.

La causa próxima y visible fué de carácter político-comercial, el gravamen impuesto al trigo chileno en el Perú y la contribución a las mercaderías que hubieren estado depositadas en el puerto libre de Valparaíso: el motivo mediato y oculto, el anhelo del Ministro de distraer al país de las agitaciones internas; el aparente, la falsa protección dada por el Gobierno del Perú a las expediciones de revolucionarios chilenos: la causa remota, de carácter internacional, el mantenimiento del equilibrio Sud-americano.

Fué una campaña gloriosa para el ejército, pero una guerra injusta que comenzó con el atrapamiento de la escuadra enemiga antes de la declaración de la guerra.

Guerra de 1866 A la guerra con España, fuimos hidalga y quijotzcameente sin elementos con qué hacerla en defensa del Perú y de la dignidad del país y de la América.

Guerra de 1879 La guerra de 1879 tuvo origen económico. El Perú, con el propósito de establecer el monopolio del salitre, instó a Bolivia, con quien había pactado en 1873 un tratado secreto de alianza ofensiva y

defensiva, a imponer nuevos gravámenes a la Compañía Chilena de Salitres, burlando un tratado celebrado cuatro años antes; al mismo tiempo, dictaba una ley de expropiación de las salitreiras de Tarapacá que afectaba a los industriales y capitalistas chilenos.

La Compañía Chilena de Salitres se negó a pagar el nuevo gravamen y el gobierno de Bolivia le embargó sus bienes e intentó rematarlos. Chile ocupó entonces militarmente la provincia de Antofagasta.

Fuimos a esta guerra atravesando una profunda crisis monetaria que nos había obligado a dictar el año anterior la inconvertibilidad del billete bancario y a reducir nuestro ejército al míimum. Con 30.000,000 de pesos de papel moneda, improvisándolo todo, obtuvimos la victoria.

Nos dieron el triunfo, la unidad y vigor de nuestro pueblo, la virtud racial del patriotismo, la virilidad y energía alcanzadas por un vivir austero, la organización sólida de nuestro gobierno constitucional y el crédito exterior ganado en sesenta años de exacto cumplimiento de nuestras obligaciones.

En Chile había orden en el gobierno y las finanzas, historia sana y moral; en los aliados, convulsiones, peculados, caudillaje, historia en que la patria se abatía oprimida entre los intereses egoístas y personales.

Las consecuencias favorables de la guerra fueron: el estímulo moral y el orgullo de la victoria, un acrecimiento no imaginado de las entradas fiscales y de la riqueza privada, un aumento considerable de obras y servicios públicos de que carecíamos y la reducción, la casi anulación de los impuestos por satisfacerse sobradamente los gastos administrativos con los derechos de Aduana. Las adversas fueron: decaimiento de la agricultura por la pérdida del mercado peruano, despertar de nuevas necesidades y apetitos, desinterés de los contribuyentes por la cosa pública, inflación de los presupuestos, derroche fiscal, olvido de la sobriedad y austeridad pasadas, inquietud internacional por las dificultades que dejó pendientes el tratado de Ancón y el arraigo definitivo del papel moneda.

**Revolu-
cion de
1891** La revolución de 1891, tuvo su origen en las luchas parlamentarias de predominio de las fracciones liberales, divididas por ambiciones personales y en la resistencia del Presidente de la República para abandonar su prerrogativa tradicional que le permitía influir en la elección del Congreso y en la de su sucesor.

Durante medio siglo, la oposición al gobierno había pedido en vano libertad electoral. Su voz encontró eco en la opinión pública por el ejemplo de Francia e Inglaterra que ejercían gran influencia ideológica en Chile y por la sugerión de los cerebros más potentes del país que patrocinaban la reforma. Se estableció de este modo una nueva coordinación de ideas que se incrementó por su persistencia hasta constituir una aspiración social, nueva también, la cual hizo odiosa la práctica establecida hasta entonces por los gobiernos. Se despertó así un sentimiento público que, contrariado, produjo la revolución.

Don José Manuel Balmaceda recibió de su antecesor don Domingo Santa María, que había extremado la intervención electoral, esta desgraciada herencia.

Las fuerzas adversas al gobierno que durante la administración anterior eran ya una minoría vigorosa, en la suya llegaron a dominar en el parlamento.

La presunción de una candidatura a la presidencia amparada por el gobierno, precipitó los acontecimientos y lo que en un principio fué únicamente lucha de mezquinos intereses de los dirigentes que se disputaban los favores del gobierno, por la necesidad de atraer prosélitos, se trocó en lucha levantada de principios.

Llegó un momento en que la aspiración de libertad electoral había acrecido en tal forma que sólo quedó esta alternativa al Presidente: ceder ante la clase dirigente, que dominaba en el Congreso, adaptando las instituciones y las prácticas gubernativas a este cambio de los sentimientos e ideas comunes o resistir para mantener su autoridad que hasta entonces había sido centro de la dirección social y en quien la tradición vinculaba el orden. Ofendido en su dignidad por sus adversarios, su orgullo y vanidad optó por esto último, que era la revolución violenta, en vez de haber aceptado la revolución pacífica que se imponía.

La mayoría del Congreso alzó la bandera de libertad electoral; la minoría que acompañaba al Presidente, la bandera del orden; aquélla sustentó el régimen parlamentario; ésta, el régimen representativo o de conservación de las prerrogativas presidenciales; ambas se llamaron defensoras de la Constitución.

Pendiente la aprobación de los presupuestos para 1891, el Presidente no convocó el Congreso a sesiones extraordinarias para aprobarlos y lanzó el 1.^º de Enero de ese año un manifiesto para justificar su actitud en que declaraba que opondría resistencia a la voluntad del Congreso por haber desconocido éste sus fueros y prerrogativas.

El 5 de Enero decretaba la vigencia para ese año de la ley de gastos públicos del año anterior.

La escuadra se sublevó en nombre del Congreso el 7 de Enero y el Presidente asumió todo el poder público, haciéndose dictador.

Abandonado y hostilizado por la oligarquía, transformada ya en clase dirigente por la extensión de los derechos políticos concedidos generosamente por ella misma, Balmaceda, aristócrata de sangre de figura, de modales, de temperamento, recurrió a la clase media y popular y se abrazó sinceramente a ellas, desafiando a los dirigentes.

Desde el comienzo de su administración, había prodigado las obras públicas en las provincias siempre olvidadas, se había acercado y elevado a muchos de sus hombres hasta entonces preteridos; producida la ruptura con el Congreso, llamó a su lado a los provincianos, denunciándoles el centralismo santiaguino.

Acompañaron a Balmaceda sus amigos personales, gran parte de la clase media y la mayoría del ejército.

El pueblo no le escuchó; no estaba preparado para seguir a este precursor; para su mentalidad poco evolucionada se trataba de una pelea entre *futres* y combatió con desgano a favor del Presidente, sin comprender las cuestiones constitucionales o de principios que dividían el país.

En las poblaciones del Norte, en donde el pueblo era más despabilado y escuchó la inteligente propaganda revolucionaria, tomó partido franco a favor del Congreso, incrementando voluntariamente las filas de su ejército.

Precisamente, por la falta de conciencia de los soldados de Balmaceda, reclutados a viva fuerza, sucumbió éste, no obstante contar con tropas y recursos bélicos superiores.

La revolución que derrocó a Balmaceda afirmó el régimen parlamentario, más bien dicho el gobierno del parlamento, interpretando así la constitución presidencialista de 1833; estableció sólidamente la libertad electoral; cambió el sitio de la soberanía que pasó del Presidente al Congreso, y consolidó el predominio de la clase dirigente, contra la tendencia, apenas esbozada durante la lucha, de dar al pueblo influencia efectiva en el gobierno.

La revolución de 1891 tuvo consecuencias más graves que la guerra del 79: detuvo el desarrollo de la economía nacional, dividió la familia chilena, introdujo nuevos elementos de desorden en las luchas políticas y originó perjuicios económicos incalculables que todavía soporta el país. Los revolucionarios obraron patrióticamente y de buena fe, pero sin tranquila y desapasionada cordura, olvidando que las ideas se abren paso y los regímenes cambian conforme a ellas a despecho de todos los obstáculos y, sobre todo, que estos regímenes apenas influyen en las costumbres y en las condiciones de las personas, lo que hizo que el esfuerzo y sacrificio hechos no correspondieran a los resultados obtenidos.

Como las personas y las costumbres quedaron inalterables, la intervención gubernativa fué sustituída por el fraude de los partidos y el cohecho, males que anulan en la misma forma que antes la pureza del sufragio electoral.

La intervención del gobierno en las elecciones habría concluído de todos modos, probablemente diez o veinte años más tarde, mientras que los males económicos y políticos de la revolución duran todavía.

Por supuesto que estas reflexiones fluyen naturalmente después de treinta y cuatro años, cuando los hechos las han comprobado y porque la mente de quien las hace no vivió aquellas horas trágicas por ser un niño y residir en un pueblo apartado de la capital.

Mas, sitúese a los hombres representativos de aquella época en la atmósfera caldeada por las pasiones, en la vorágine de los odios exitados por los protervos y los violentos que surgen y se imponen en todas las revueltas, y se comprenderá cómo la

fiebre política pudo perturbar el criterio de los estadistas más esclarecidos. Hubo una excepción: el virtuoso presidente del Senado don Vicente Reyes, con serenidad filosófica, condenó a Balmaceda y repudió la revolución previendo los immensos males que acarrearía.

Las obras públicas que Balmaceda construyó por todas partes y la holgura fiscal y privada durante su administración que se tradujeron en aumento de los salarios y bienestar material de los obreros; su estoica muerte de republicano romano; el recuerdo de sus elocuentes discursos, de su palabra insinuante, de su acento inflamado de amor por el pueblo; lo teatral de sus actos, hicieron su nombre más popular que durante su gobierno, lo que aprovecharon sus herederos políticos, muchos de ellos ajenos a las doctrinas del gran caudillo.

Las injurias de la prensa, las violencias de la guerra civil, acumularon odios implacables que se resolvieron a veces en crueles venganzas; sin embargo, por sobre ellos se mantuvo en general un elevado espíritu cívico que honra a las clases dirigentes y Balmaceda mismo, llamado *tirano sanguinario* fué extraño a las persecuciones odiosas de algunos de sus subalternos.

Poco antes de la revolución, en los momentos en que la lucha periodística era más ruda, en que parecían desterradas la prudencia y la justicia, Balmaceda se opuso con energía a las pretensiones del representante francés que exigía a Chile el reconocimiento de los créditos del banquero Dreyfus contra el Perú. La prensa opositora, que a diario injuriaba a Balmaceda, fué unánime para aplaudir este gesto de altivez.

Revuelta de 1924 El falseamiento y los excesos del parlamentarismo, tales como la intromisión de la política en la administración pública, la debilidad del gobierno para defender los intereses generales de la agresión de los privados, las granjerías y concusiones de algunos políticos, vicios que iban acumulándose y agravándose por la acción de todos los partidos que han estado en el gobierno, desde 1891; la intervención electoral del Ejecutivo en las elecciones de Marzo de 1924; la indisciplina social que ha alcanzado hasta el ejército; la expansión de los partidos avanzados por el aumento de la cultura en la clase popular; los errores e indisciplina de estos últimos; el temor y resistencia de la clase acaudalada,

y de los partidos conservadores ante el avance de la democracia, todo esto hizo crisis: el criterio simplista de mucha gente, acogido por los militares, los hizo abominar del parlamentarismo, de la política y de los políticos, y un profundo anhelo público de regeneración de nuestros denigrados métodos de dirigir al país condenó en un mismo anatema Congreso y Ejecutivo, preparando los espíritus a la rebelión, la que se realizó el ejército el 5 de Septiembre de 1924.

Tímida al principio, la revuelta se limitó a exigir que se aprobaran las leyes que reclamaba la opinión pública; obtenido esto y soliviantada por su fácil éxito y por el odio y agresividad de la prensa y los partidos de oposición, terminó por apoderarse del Gobierno, derrocando al Presidente de la República y disolviendo el Congreso.

Se estableció así una dictadura militar.

Si juzgamos que toda revolución es un estado nuevo de espíritu, un cambio de mentalidad del pueblo, más bien que la obra de la fuerza, de las barricadas o del sable, la verdadera revolución con tendencia democrática había comenzado ya en la administración Alessandri y, en este concepto, la insurrección de Septiembre fué un movimiento reaccionario, eco de la ola dictatorial que se ha extendido sobre Europa, la que Ferrero condensó en esta frase: «Sila vuelve a ser personaje de moda».

Los gran- des hom- bres Entre las causas determinantes de evolución social, figura asimismo la particularidad de los que se imponen en la sociedad como grandes hombres.

Naturalezas de selección, su influencia parece a veces avasilladora.

Los reformadores, los conductores de pueblos, sugestionadores y sugestionados a la vez del ambiente social que los rodea, intuitivamente o sintetizan la mentalidad de su época o de su raza, impulsando las fuerzas espirituales existentes, o la contraría como videntes que descubren en las mediocres multitudes gémenes nuevos de vitalidad que ellas mismas ignoran. Y aunque en la evolución social, en definitiva, contribuye con más eficacia la masa anónima que las individualidades geniales, como éstas la guían o la empujan conforme a su idealidad, el instinto simplificador de los hombres hace de la multitud

sólo el pedestal en que las personalidades superiores se elevan.

La vida de la humanidad se transforma principalmente por los impulsos del sentimiento y de la voluntad.

Por esto, es mayor la influencia social de los grandes hombres en que supera el carácter a la de aquellos en que aventaja el saber.

Por lo general, son los hombres de carácter enérgico y tenaz los que con mayor fuerza imponen sus ideales a la multitud por sugestión y repetición; en seguida los hacen aceptar por seducción, los hombres amables, joviales, aduladores, de moral acomodaticia que nada reprueba, y sólo en último término, por convencimiento o respeto a sus virtudes, logran ser seguidos los intelectuales o austeros.

Los hombres de talento son las piedras de contornos suaves que forman el lecho del arroyo popular que les canta y les acaricia; los de carácter son los guijarros de ásperas aristas en donde el agua irritada choca y cuya obstinación acumula obstáculos hasta desviar su curso.

Paralelo entre Bello y Lastarria La influencia del venezolano don Andrés Bello, el primer cerebro de América, en la evolución social del país, es inferior a la de su émulo don José Victorino Lastarria, carácter obstinado y combatidor.

Bello, talento admirable y laborioso, impulsó nuestro desenvolvimiento intelectual, reformó nuestra legislación civil y tuvo la acertada dirección de nuestra política internacional.

Bello vivió alejado del turbión social, en la serena quietud de sus libros, laborando obras de perennidad por su belleza y profundidad de pensamiento; Lastarria, militante social inquieto, áspero luchador, dispersó su talento escribiendo obras menos acabadas y perfectas.

En su época, el espíritu del país no salía aún de la oscura mansión colonial. Bello, morosamente, abrió las ventanas sobre sus quicios naturales para que penetrara la luz que faltaba; Lastarria, derribó con estrépito las murallas para que la luz deslumbradora entrara a raudales.

Bello recibió en vida la admiración unánime de sus conciudadanos, el mármol inmortaliza ya la apacibilidad del sabio;

a Lastarria todavía se le discute; la estatua del nervioso luchador aún no se eleva.

Si los ideales de la humanidad son mudables y perfectibles, si las necesidades, las aspiraciones y las virtudes de hoy no son las de mañana, lógico es que, para alcanzar la gloria, los grandes hombres necesiten que el medio y la hora en que actúen les sean propicios. El secreto de su éxito está muchas veces en haber coincidido oportunamente con el ambiente y el momento que los hacían necesarios.

O'Higgins, nacido antes o después de la revolución independizadora, habría sido sólo un rico y generoso hacendado; Portales, contemporáneo nuestro, un corredor de comercio alegre vividor, de filiación nacional, perpetuo gruñidor contra la licencia parlamentaria y el desorden administrativo; Prat, sin la guerra, un modesto y estudioso marino; Matta, forjador de bellos ideales, en nuestra época se habría empequeñecido. Unicamente el talento vario de Lastarria habría encontrado en nuestros días una atmósfera más favorable a su orientación intelectual.

Los grandes hombres que han impulsado principalmente la evolución de Chile, han sido: O'Higgins, Portales, Lastarria, Matta y Prat.

Bernardo O'Higgins El carácter enérgico de O'Higgins, su rostro encendido, su aire marcial y nobles maneras, su espíritu belicoso innato en él, su arrojo sin parangón, hicieron de él un soldado admirable. Estas mismas virtudes lo inclinaron a la rudeza y despotismo militar que fueron sus defectos como gobernante.

La instrucción superior a la de su época que recibió en Inglaterra, lo hizo un dictador progresista; su educación le permitió conservar sus convicciones religiosas exentas de fanatismos y supersticiones; su acendrado patriotismo le impidió trocar su dictadura en tiranía.

Diego Portales Portales, encarnando todo el temor y la repugnancia que el espíritu colonial latente y fuerte sentía por los reformadores, acaudilló una reacción hecha necesaria para salvar el país del naufragio del régimen social a que lo conducía la desorganización del gobierno.

Portales abatió al militarismo ensoberbecido, aplastó las pasiones y los odios que comenzaban a fermentar en las masas ignorantes.

Tenía genio político y carácter de caudillo, escasa ilustración y ninguna fantasía. Sin idealismos, era un espíritu eminentemente práctico.

En lucha contra el caudillaje y la anarquía, en su obra de orden y organización, hizo superponer la fuerza sobre el derecho; se equivocó; cometió errores; fué injusto a veces y duro casi siempre en el ejercicio del poder. Sin abrigar malos sentimientos, no tuvo condescendencias con los infractores de la ley ni compasión con los perturbadores del orden a quienes persiguió, arruinó y dejó condenar a muerte.

Sus defectos quedan oscurecidos ante sus méritos como director del país. Estos consistían en tacto, previsión, probidad, cordura; perspicacia para conocer a los hombres y maña para dirigirlos; aliento, osadía y rapidez en sus resoluciones; absoluto desprendimiento por la fortuna y el mando.

Alma del gobierno, árbitro de los destinos del país, no aprovechó en su beneficio la enorme suma de poder de que dispuso.

Pudo ser Presidente de la República cuando lo hubiese deseado, dictador con sólo insinuarlo, prefirió ser el ministro omnipotente y aún más, dirigir desde su retiro a Chile sin ningún cargo oficial.

Su desdén por la política y los negocios públicos los sintetizó en esta comentada frase: «Prefiero bailar una zamacueca a la banda presidencial».

Como Ministro no cobró jamás su sueldo.

Retirado del gobierno y en tal quebranto en sus negocios que se ve obligado a vender sus bienes para liquidar aquéllos, escribe a uno de sus íntimos: «Hasta en la comida economizo». «No soy hombre a quien asuste la miseria; el ánimo está hecho y no debiendo a nadie, tal vez sea más feliz en la pobreza que en la abundancia».

Ha sido el político más discutido por su enorme popularidad, la veneración fanática y odios feroces que provocó y por su conducta paradógica y contradictoria.

Defensor de la religión, es poco observante de ella, medio excéptico, desdeñoso e irónico con el clero; desinteresado hasta la exageración, le molesta que otros manden sin su beneplácito;

altivo con los hombres públicos, en el trato amistoso es jovial, expansivo, chancero, casi truhán; en los negocios de estado es severo, terco, sombrío a veces, irritable otras; en la vida privada, es de costumbres livianas, vive en concubinato y se divierte en jolgorios de arpa y guitarra; generoso de altas miras, se obstina a veces en fútiles preocupaciones, en bastardos caprichos, en odios mezquinos.

José Vic-torino Lastarria Lastarria, impulsor del progreso literario y jurídico del país, combatiente sistemático de la rutina y el autoritarismo reaccionario, fué un tenaz sembrador de ideas en el libro, en la prensa, en la cátedra y en el parlamento.

En un ambiente desfavorable al desarrollo de sus facultades, sorprende la variedad de sus conocimientos y la novedad de sus ideas.

Se adelantó a su época; no siguió servilmente el pensar de ella; contrarió el sentimiento público; personificó la lucha del porvenir con el pasado y no aduló la sociedad en que vivía, desconcertando con todo esto a sus contemporáneos y lastimando la vanidad de los dirigentes. Por la conciencia que tenía de su propio valer, desdeñaba las mediocridades, asumiendo un dogmatismo provocador; por su naturaleza ardiente, apasionada y su carácter terco, orgulloso, sin dobleces ni contemporizaciones, no sabía ocultar su pensamiento por mortificante que fuera. Ambas causas le captaron resistencias, antipatías, hostigadoras enemistades que lo agriaron, desterrando poco a poco su jovialidad y le entorpecieron el paso, impidiéndole ocupar la elevada y permanente situación política que le correspondía.

Muy conocida es la siguiente anécdota de su vida política. Un congresal le interrumpe su discurso en que culminaba el «yo», diciéndole: «no nos haga perder tiempo», «se sabe que su señoría tiene talento». «Lo tengo y lo luzco» contestó rápidamente Lastarria y continuó imperturbable. Era el tono propio de una altivez y amor propio exagerados.

Lastarria, como su discípulo Francisco Bilbao, fueron inactuales en su época, saturados del espíritu de reformas que conmovía el viejo mundo, estaban fuera del torbellino que agitaba la América, y del gravedoso ambiente que envolvía a Chile.

Las obras de Lastarria fueron el eco, tan sonoro como la voz

que repetían, de los libros y los pensadores europeos de su época, especialmente de Quinet y Guizot. El hizo claros y vibrátiles los vagos rumores de las nuevas aspiraciones y necesidades. Anticipándose medio siglo, sentó doctrinas, lanzó ideas, propició reformas, fomentó sentimientos que sólo germinaban sin ruido y confusamente en las avanzadas de su tiempo.

Fué un precursor.

Manuel Antonio Matta Ocupa también un alto solio en nuestra historia don Manuel Antonio Matta, que fué todo abnegación y olvido de sí mismo.

El deber hizo su vida consecuente y fija y abroquelaba su corazón contra los ataques y los desfallecimientos.

Para él comenzaban los deberes en la familia y no terminaban en la patria; iban más allá; abarcaban la América en donde refundió sus ideales humanitarios. El filósofo desterrado don Eugenio María Hostos dijo de él: «Su conciencia del ideal americano lo hacía tan dulce, tan bueno, tan pío, tan ardiente, que «los pobres proscritos íbamos a guarecernos de los fríos morales «de estas latitudes en aquel corazón sin latitudes».

Las ideas dominaban su alma activa y serena.

A pesar de su dicción lenta, golpeada, seca, de su complicada elocución sin vivacidad, gracia ni trasparencia, su palabra era racha de aire sano que purificaba la atmósfera del Congreso, elevaba el tono de los debates y ennoblecía las discusiones políticas por su franqueza, ilustración, bondad de alma, idealismo de doctrinas, sinceridad y firmeza de convicciones.

Ejemplo de magnanimidad eran sus consejos: «En política, decía, lo que no se funda en la justicia y en el respeto al derecho es deleznable, perecedero».

Abrazó la causa de las libertades públicas y le fué fiel a pesar de todo y contra todos hasta su muerte, sin que ningún accidente o seducción alterara la firmeza de sus doctrinas.

La defensa de las garantías individuales que iban a proteger precisamente a sus adversarios políticos, dictaron el día antes de su muerte las últimas palabras con que enmudeció su voz en el Senado.

Le llamaron el Patriarca, y en verdad, era más patriarca del radicalismo que jefe de este partido político.

Fué un apóstol.

Arturo Prat La acción de Prat ha tenido cien símiles en las guerras de Chile; sin embargo, el héroe epónimo, el héroe insuperado, el héroe por antonomasia es él.

¿Por qué?

Por sus antecedentes y las consecuencias de la acción; por el valor moral de la víctima que sublimó el sacrificio y por el momento culminante en que se inmoló señalando a Chile el camino de la victoria.

El valor irreflexivo no es una virtud. Necesita ser ajuiciado y con noble propósito para constituir heroísmo.

Los malvados suelen ser también valientes en sus fechorías.

Nada extraño es que un pendenciero, que expone a diario su vida, la hubiera sacrificado en esa ocasión; que un escéptico desesperado arroje la carga de la existencia con gesto desdenoso; que un violento, en la furia de la pelea, se precipite como un toro sobre el trapo rojo. Pero que un abogado estudioso, austero, tranquilo, de carácter dulce, de honesto vivir, con un hogar feliz, más pensador que soldado, tenga ese rasgo heroico, tan ajeno a su temperamento, evidencia que no hubo en su acción arrebato, desesperación, odio, sino el sublime y frío cumplimiento del deber.

Como Decio, tuvo la intuición de que su sacrificio era necesario y se preparó a realizarlo con plena conciencia y serenidad.

Se inmoló en la portada de la guerra, en el primer combate naval, sabiendo que sería imitado por sus compañeros de armas y que después de este alto ejemplo de heroísmo no habría chileno capaz de retroceder o de rendirse.

La sugestión moral del combate de Iquique fué decisiva en la guerra de 1879.

El lampo de gloria de esa hazaña hizo invencible Chile.

Viva el Cola-Colo -
A. Farías - Roto!
ABAJO QALESTÍNO



E V O L U C I O N

C A P I T U L O II

Evolución política y constitucional (1)

SUMARIO: RESUMEN DE LAS DIVERSAS ÉPOCAS POLÍTICAS.—OPINIÓN PÚBLICA.—OLIGARQUÍA.—LAS PRIMERAS CONSTITUCIONES.—LOS PARTIDOS POLÍTICOS.—PARTIDO LIBERAL Y LA CONSTITUCIÓN DE 1828.—PARTIDO CONSERVADOR Y LA CONSTITUCIÓN DE 1833.—CONTROVERSIAS RELIGIOSAS.—PRESIDENTES DE CHILE.—DICTADURA DE O'HIGGINS Y GOBIERNO DEL GENERAL FREIRE.—ADMINISTRACIÓN PRIETO.—INTERVENCIÓN ELECTORAL DEL GOBIERNO.—ADMINISTRACIONES DE BULNES Y MANUEL MONTT.—PARTIDO NACIONAL.—LOS ULTRAMONTANOS Y LAS LUCHAS POLÍTICO-RELIGIOSAS.—ADMINISTRACIÓN PÉREZ.—PARTIDO RADICAL.—ADMINISTRACIÓN ERRÁZURIZ ZAÑARTU.—REFORMAS

(1) A pesar de mis propósitos de tratar con imparcialidad el tema de la evolución política, por no juzgarme del todo libre de prejuicios o de espíritu de bandería, lo que hubiera podido comprometer la neutralidad política de la Extensión Cultural, di estas conferencias en el Centro de Propaganda Radical. En verdad, la historia de un país aparece diferente para cada partido político y el más recto juicio sobre los hombres de estado no deja de teñirse con el afecto o malquerencia de quien lo emite.

CONSTITUCIONALES.—ADMINISTRACIONES DE PINTO, SANTA MARÍA Y BALMACEDA.—PARLAMENTARISMO.—PARTIDO LIBERAL DEMOCRÁTICO.—PARTIDO DEMÓCRATA.—ADMINISTRACIONES DE JORGE MONTT, ERRÁZURIZ ECHAURREN, RIESCO, PEDRO MONTT, BARROS LUCO Y SANFUENTES.—CRISIS DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS.—ADMINISTRACIÓN ALESSANDRI.—CRISIS PARLAMENTARIA.—REVUELTA DE SEPTIEMBRE DE 1924 Y PRIMERA DICTADURA MILITAR.—REVUELTA DE ENERO DE 1925 Y SEGUNDA DICTADURA MILITAR.—PRIMERA DICTADURA CIVIL Y REFORMA CONSTITUCIONAL DE 1925.—RETIRO DEL PRESIDENTE ALESSANDRI.—SEGUNDA DICTADURA CIVIL.

**Resumen
de las
diversas
épocas
políticas**

La República ha tenido en su evolución política seis épocas bien marcadas.

Desde 1817 a 1830.

Se establece la dictadura de O'Higgins; después de ella reina el desorden y la anarquía.

No existen verdaderos partidos políticos sino personalismo.

Desde 1830 a 1851.

La República es oligárquica y conservadora.

Prevalece un régimen de autoridad ejercido por la oligarquía, cuyo jefe, el Presidente de la República, aunque omnipotente, entrega la dirección política del país a grandes Ministros.

Gobierna el partido conservador.

Chile atraviesa por un período de organización y de equilibrio. Hay unidad y paz religiosa y social. La vida colectiva se desarrolla morosa y normalmente.

Desde 1851 a 1861, época llamada «El Decenio».

Subsiste la misma República oligárquica, conservadora, y el mismo régimen de autoridad del período anterior; pero el autoritarismo es más resistido a causa de la difusión de las ideas de libertad.

El Presidente de la República toma desde entonces la dirección exclusiva del Gobierno.

El partido conservador se fracciona en laico y clerical.

Hay agitación política, motines y revoluciones. Comienza a perderse la unidad religiosa.

Desde 1861 a 1891.

La República es oligárquica liberal.

La oligarquía formada por los terratenientes se ensancha con la nueva aristocracia de la fortuna mobiliaria, industrial y profesional.

Los partidos de oposición tratan de abatir la omnipotencia presidencial y obtener la libertad electoral.

Gobierna el partido liberal que lucha por la libertad de conciencia.

Hay controversias político-religiosas y una aparente cordialidad entre las clases sociales.

Desde 1891 hasta 1920.

La República tiende a democratizarse. Cesa la intervención del Gobierno en las elecciones y disminuye el poder del ejecutivo, que pasa al Congreso.

La oligarquía, que domina en el parlamento, se ensancha y transforma en clase dirigente.

Acrece la influencia de la opinión pública, de la clase media y de las asambleas políticas.

Se alternan en el poder combinaciones de los partidos liberales con radicales o conservadores.

Despierta el proletariado a partir de 1887 e inicia la lucha de clases; su influencia aumenta progresivamente con su cultura y organización; en defensa de sus intereses, se forman los partidos democrático y comunista.

Desde 1920 hasta hoy. Este ciclo no ha terminado

El país marcha aprisa; pero desorganizadamente.

En los últimos cinco años, se extiende el espíritu de crítica demoledora y empieza a delinearse claramente un Gobierno democrático, tendencia que persiste a pesar del movimiento reaccionario del ejército en 1924.

Los vicios del parlamentarismo anárquico hacen que parte de la opinión pública pida el retroceso brusco hacia el Gobierno presidencial vencido en 1891, y esa finalidad se obtiene con las reformas constitucionales de 1925.

La sociedad marcha desorientada y vertiginosamente.

La actividad política comienza con la República.

Antes, sin libertades ni opinión pública, sometido el país incondicionalmente al rey, las autoridades españolas dominaban sin contrapeso.

Gobernadores progresistas, en los últimos años de la Colonia, fundaron ciudades, construyeron caminos, fomentaron el comercio y la instrucción, lo que unido al fresco soplo de ideas nuevas que se escurrían desde Europa a través de la estrecha verja de restricciones coloniales, desperezó el espíritu de los patrios criollos.

La lucha se inició entre la Real Audiencia, la más interesada y genuina representante de la Metrópoli, y el Cabildo, donde tenía representación o influencia el criollismo.

Los terratenientes, comerciantes y oficiales criollos hicieron la revolución libertadora; el pueblo ignorante se dejó conducir por sus patrones y combatió indiferentemente por la Patria Nueva o por el Rey.

Imbuídos en las ideas de la revolución francesa, los directores de este movimiento hablaban y escribían sobre democracia, derechos del pueblo, opinión pública.

Palabras, simples palabras.

Ellos formaban una oligarquía. Por derechos del pueblo entendían los propios con relación a la tiranía de España, y la opinión pública, que no debe confundirse con la sentimental creencia popular, no existía en realidad.

Opinión pública La opinión pública es la totalidad de las concepciones políticas, morales, religiosas, económicas y literarias que nacen en un pueblo, las que se neutralizan en lo que se diferencian, y se refuerzan en lo que tienen de común o de susceptible de entrar en una combinación casi coherente.

Ella, formada por la historia, la tradición, las costumbres, las ideas, los sentimientos, la educación, la situación económica, y todos los fenómenos sociales, es la verdadera fuente de los principios jurídicos y ejerce en los países democráticos una influencia tan considerable con relación al poder público, cuya actividad guía e impulsa o refrena, que puede llegar a ser ilimitada y omnipotente en la vida del estado.

Se fundamenta la opinión pública en la razón y en el sentimiento de equidad que domina en la mayoría de las conciencias de un pueblo sano, por lo cual pierde su prestigio y su poder cuando la Nación está enferma y tiene síntomas de disagrega-

ción social y disminuye la solidaridad de sus miembros. La opinión pública es entonces sólo obra del contagio vulgar.

No se necesita la uniformidad de pareceres para que exista opinión pública. Al contrario, para que su acción se acentúe, es necesario que la sociedad se democratice, que se difunda la participación de las masas en la vida pública. Para que su influencia sea salutífera, es menester que los que la forman y mantienen estén en todas las clases sociales, pertenezcan a diversos credos religiosos y distintos partidos políticos, a fin de que dicha opinión no sea inspirada por los prejuicios e intereses de clase, religión o partido.

En este concepto, no existía en esa época opinión pública, pues no puede calificarse de tal la opinión de una reducida categoría social formada por unas pocas familias del mismo sentir, en donde se había concentrado todo lo que por elevación de propósitos, carácter e ilustración, erguía sobre la mediocridad del espíritu colonial.

La opinión pública comienza a manifestarse en Chile con las primeras voces de oposición al Gobierno, en la Prensa y en el Congreso; con el aparecimiento de la Sociedad de la Igualdad, en que un grupo de obreros tomó participación en las luchas políticas, y existe realmente, después de 1860, con el Club de la Reforma, la organización de los partidos políticos, las luchas populares por las libertades públicas, las controversias de creyentes y libres pensadores y la libertad de la Prensa.

Cuando Chile surgió a la vida independiente, carecía de práctica política.

Oligarquía Gobernó a Chile una aristocracia agrícola, por lo tanto, estable y profundamente nacional, formada por hombres probos que dividían su tiempo entre las faenas campestres y la administración pública y que dedicaron al país todas las horas graves de su parca vida.

Ellos impusieron el orden y el respeto a la Constitución, empañaron el espíritu nacional con el buen sentido político de que tantas muestras dieron las administraciones del siglo pasado y escribieron con sus hechos el período más virtuoso de la historia de Chile.

Fueron los creadores de esta República, democrática sólo en el nombre, en realidad, gobernada por una aristocracia egoísta,

que todo lo resolvía mirando su interés, por lo que dejó subsistentes la opresión, la ignorancia y la degradación que habían soportado las masas populares en la época colonial.

La aristocracia frívola de hoy no tiene nada de común con sus antepasados, modestos en sus aspiraciones, austeros en sus costumbres, orgullosos, tanto de su sangre pura, cuanto de su conducta íntegra.

Al mantener la armadura y las características sociales de la colonia, la oligarquía conservadora temperó, sin embargo, el absolutismo a que lo impulsaban sus tradiciones, sea estorbando la tiranía de un Gobierno unipersonal, sea impidiendo las dictaduras militares. Dueña del Congreso, legisló para su clase, dando a la propiedad territorial influencias y ventajas, de que participaron la banca, el alto comercio y la gran industria minera, cuando sus jefes se incorporaron a la oligarquía.

Mientras tanto, al pueblo sumiso se le imponía obediencia.

Hasta 1871, dominó la oligarquía, sumisa a su jefe, el Presidente de la República; desde aquel año, hasta 1890, se mantuvo en equilibrio el poder de éste con el de los partidos gerárquicamente organizados. Después la oligarquía transformada en clase dirigente, dirigió sin contrapeso la República, formando mayorías parlamentarias, hasta las elecciones de 1918, en que comienza la insubordinación del electorado.

Su influencia duró casi un siglo. Para conservar el Gobierno que el sufragio universal le arrebataba, se defendió de la clase media, y después del proletariado, con el cohecho electoral, en las ciudades; con su imperio sobre el inquilino, en los campos; con sus abusos, en la calificación de las elecciones en el Congreso.

Las primeras constituciones Desde el comienzo de la República, los gobiernos procuraron dar una constitución al país.

Toda constitución escrita comprende los principios jurídicos que determinan los órganos superiores del Estado, la forma de su creación y sus mutuas relaciones, y que señalan sus facultades, limitan sus atribuciones y establecen los derechos de gobernantes y gobernados. Existen, además, deberes no escritos que se fundamentan en las convicciones éticas de los que tienen la responsabilidad del mando. Las mejores constituciones fracasan, si falta moralidad a los gobernantes y a los generadores del poder.

También establecen las constituciones garantías individuales que la evolución jurídica, en pugna con el despotismo de la autoridad, ha ido conquistando poco a poco; pero más eficaces aún son las garantías sociales, como costumbres honestas, opinión pública sana e influyente, espíritu cívico: contra ellas se ha estrellado siempre la arbitrariedad de los gobiernos, sin lograr abatirlas.

La conciencia jurídica evoluciona, y por ende el derecho, generalmente en la misma medida en que se mueven las diversas clases sociales y en que cambian las costumbres, las ideas y los sentimientos.

Dos elementos originarios transforman el orden jurídico: uno conservador, que cambia la norma existente en ley escrita; otro racionalista, evolutivo, que se propone modificar la situación jurídica que existe, por concebir un derecho superior al positivo.

Como en todo, la marcha hacia un nuevo orden de cosas es siempre indecisa, lenta y confusa. Se produce insensiblemente, a menudo con detenciones que simulan movimientos retrógrados; a veces soportando verdaderas reacciones, que suceden a los avances. En este último caso, para que haya progreso, es menester que el avance arraigue más profundamente, dure y prolongue sus efectos por más tiempo que el retroceso.

Hay un ritmo en la evolución de las instituciones. A períodos constructores de elaboración y estabilidad social en que se respetan las instituciones existentes, sigue su desprestigio y el de los hábitos políticos y sociales que con ellas concuerdan, y le suceden, por natural consecuencia, períodos de confusión, de crítica y de reforma.

Al desconcierto anterior a la constitución del 33, debilitante del poder ejecutivo, sucedió una época de orden que culminó en bienestar y tranquilidad durante la administración Bulnes, consolidándose sin restricciones la autoridad del Presidente de la República. Comenzó luego la crítica y la oposición a esa omnipotencia, exteriorizadas desde 1871 por menoscabadoras reformas de su poder, hasta que la censura y el descontento crecientes produjeron la revolución del 91, que cambió el predominio presidencial por el del parlamento. La tranquilidad política y el respeto al régimen triunfante duraron muy poco; empezó nuevamente la censura y el desprestigio del parlamentarismo que

hizo crisis en 1924, retornando el país, con la reforma constitucional de 1925, al régimen presidencial abolido el 91.

En la evolución de nuestras instituciones, ha prevalecido el tradicionalismo peculiar de nuestro carácter nacional, poco novelero, adherido a los hábitos políticos y sociales. Merced a él, nuestras instituciones políticas han evolucionado en forma lenta y progresiva, sin exponerse a profundos trastornos. Por lo común, se desecharon las instituciones políticas importadas, inadaptables a nuestro medio social; se establecieron las que respondían a necesidades efectivas, a nuestras tradiciones, a ideas largo tiempo incorporadas a la conciencia nacional. Así, los dogmas de la soberanía popular, de la igualdad ante la ley, de la separación de los poderes públicos, figuraron en nuestras instituciones después de haber echado raíces en la opinión concienzuda del país.

El Gobierno de 1910 dictó el primer documento político, conocido con el nombre de «Declaración de los derechos del Gobierno del pueblo chileno».

La vida constitucional se inicia en Chile en 1811, al constituirse el primer Congreso del país, asamblea que elaboró la primera carta denominada «Reglamento para el arreglo de la autoridad provisoria ejecutiva de Chile». En ella se fijaban las atribuciones de la Junta Superior de Gobierno, se dejaba la administración local a los cabildos y se reconocía la igualdad de derechos de todos los habitantes del país.

Disueltos el Congreso y la Junta de Gobierno, tomó el mando don José Miguel Carrera, quien dictó el Reglamento Constitucional Provisorio de 1812, en el cual se deslindaron las atribuciones del poder ejecutivo, constituido por una Junta de Gobierno, y del legislativo, formado por un Senado, y por primera vez se consignaron algunas ideas sobre garantías y libertades de los ciudadanos, ordenándose respetar el derecho de éstos a la seguridad de sus personas, casas, efectos y papeles.

El Reglamento Constitucional de 1814 sustituyó la Junta de Gobierno por un Director Supremo del Estado.

Redactada por una comisión que designó O'Higgins, la constitución de 1818 se promulgó, después de haberse aprobado por medio de listas de suscripciones. Esta carta hacía del Director Supremo un funcionario vitalicio con facultades omnímodas, entre las cuales figuraba la de elegir el poder legislativo consti-

tuído por un Senado Conservador. Dividió el país en tres provincias, Santiago, Coquimbo y Concepción; tendió a dar independencia al poder judicial, y declaró inviolables la casa y los papeles de los ciudadanos.

A causa del descontento que reinaba por el régimen absoluto imperante, O'Higgins convocó en 1822 un Congreso Constituyente, que dictó una nueva carta cuya duración no pasó de tres meses. Su autor principal, don José Antonio Rodríguez Aldea tomó sus principios de la Constitución de Cádiz de 1812.

Designado Director Supremo don Ramón Freire, convocó una asamblea constituyente que aprobó la carta de 1823, inspirada por don Juan Egaña, sabio anacrónico, intolerante y dogmático. Esta constitución utópica, confusa mezcla de principios de la democracia griega y de aspiraciones políticas más modernas, inaplicable a país alguno, creó nuevos organismos, sin base en el pasado colonial y que tampoco satisfacían las aspiraciones del estado social del país. Entregaba el Gobierno a un Director Supremo inviolable, asesorado por un Consejo de Estado que preparaba las leyes, y a un Senado legislativo conservador que las aprobaba. La Cámara Nacional servía únicamente para resolver los conflictos entre el Director Supremo y el Senado.

Esta carta estableció principios sanos de organización del poder judicial; sometió a censura previa todo impreso, y autorizó a los ciudadanos para reunirse en asambleas electorales con el objeto de practicar elecciones, hacer nombramientos y censurar al Gobierno.

Debía completarse la constitución con treinta y dos reglamentos entre los cuales figuraba el de las «Instituciones morales «sobre los deberes cívicos de los ciudadanos en todos los estados y clases del Estado Social». Elaborado por Egaña, este reglamento prohibía residir en Chile a los ateos; vedaba a los sacerdotes tener opiniones políticas, y reglamentaba prolijamente hasta el comportamiento de los particulares en banquetes y saraos.

Los partidos políticos

El origen de los partidos políticos de Chile no se encuentra en las controversias que se suscitaron entre los patriotas tímidos, sumisos al rey que no se atrevían a romper abiertamente con la corona, y los

alentados que desde el primer momento concibieron establecer la República.

Tampoco nacen en los primeros años de la dictadura de O'Higgins, en que todas las fuerzas del país se concentraban sin discrepancia en consolidar la independencia alcanzada.

Aparece ya un embrión de partido, en la oposición posterior al gobierno de O'Higgins, formada o por jóvenes descontentos del régimen militar, autoritario y personal que existía, impacientes porque imperaran las libertades públicas y deseosos de una constitución más liberal que la establecida, o por la alta clase social, herida en su vanidad por haberse decretado la extirpación de los signos heráldicos que lucían en los frontispicios de sus casas solariegas, o por los reaccionarios, los timoratos y el clero, que acusaban al Director Supremo de irreligiosidad por su protección a los extranjeros.

Después de la abdicación de O'Higgins, aparecen por primera vez divergencias de principios políticos entre los que sostenían ideas de libertad, democracia y reforma de las antiguas instituciones, a quienes dirigía en el Senado el austero don José Miguel Infante, y los que sostenían ideas reaccionarias se horrorizaban de las reformas y reconocían por jefe al ministro don Mariano Egaña, estatista intransigente y de inclinaciones monárquicas.

Durante los años de anarquía y agitación que precedieron a la revolución de 1829, se esbozaron verdaderos partidos políticos formados por las luchas y tradiciones colectivas que iban depositando poco a poco sedimentos de ideas, sistemas, aspiraciones, afectos, odios y pasiones en cada una de los dos grupos que se disputaban el Gobierno.

En 1830, estaban ya diseñadas las dos tendencias clásicas que dependen de la mente de los individuos, de la influencia del medio, de las condiciones económicas, de la educación, de los intereses que hay en juego: la tendencia conservadora y la reformista o liberal.

Siguen la primera, hombres de arraigo social y económico, prudentes, temerosos, desconfiados, quienes, como se encuentran satisfechos, creen estar en el mejor de los mundos y piden, cuando están en el Gobierno, que la situación continúe como está o con pocas variaciones. Esta tendencia es tradicionalista y re-

presenta el orden; se juzga moralmente y cree defender el interés actual de la sociedad.

Siguen la segunda tendencia los desarraigados, los descontentos, los idealistas, que se enamoran de las teorías coordinadas y generosas, que se inquietan por su insatisfacción personal o la de los demás y piden que las cosas cambien. Esta tendencia es reformadora y representa la libertad o la justicia; se juzga intelectualmente y cree defender el estado social por venir.

De este modo, se formaron los partidos políticos de Chile, dividiéndose entre partidarios de un gobierno fuerte, centralista y de omnipotencia presidencial, individuos morosos en aceptar novedades, resignados a soportar las imperfecciones de las instituciones por las cuales se regían, y partidarios de la descentralización administrativa, de un gobierno más suave y tolerante, de ampliar las libertades públicas, de disminuir las facultades presidenciales, ciudadanos afanosos de reformas políticas, incrédulos de la bondad e inmutabilidad de las leyes en vigencia y de las prácticas políticas corrientes.

La denominación de *liberales* y *conservadores* correspondió perfectamente a estos partidos políticos, aunque la índole general del gobierno fué en todo el siglo pasado conservadora y oligárquica, aún bajo las administraciones liberales, en el sentido de formar gobiernos fuertes, dirigidos por la aristocracia de abolengo o de dinero, respetuosos de la constitución y parclos en reformas sociales. Sin embargo, los hombres superiores de uno y otro partido prohijaron liberales leyes y moderadamente se avecinaron a un régimen más democrático.

Partido liberal y la constitución de 1828

El partido liberal no defendió siempre las libertades: por la libertad electoral lucharon conservadores y radicales bajo el gobierno de Santa María. Por lo común, las libertades públicas, que robustecen la oposición y debilitan el Gobierno, fueron reclamadas con mayor ahínco por el partido excluido del poder, ya liberal, ya conservador.

Al partido liberal, sus adversarios lo apodaron *piapiolo*, de una voz provincial con que se designaba, no al principiante como lo indica el léxico, sino al individuo sin posición, inquieto y movecido; significando que era formado por gente de escasos recursos y de poca consideración social.

Nace propiamente en 1826. Sus doctrinas eran progresistas; sus intenciones, sanas; su patriotismo, sincero. Mas el régimen que sustentaba, sobre todo la descentralización administrativa hecha práctica con la creación de las asambleas provinciales, era inadecuado a los hábitos coloniales del pueblo, a los antecedentes y al atraso del país y a la anarquía reinante, heredada por las guerras de la independencia.

Tuvo por jefes al General Pinto, de vasta ilustración, tildado de irreligioso, y al ideólogo Infante, y por adeptos, a algunos oficiales superiores, honorables y leales, sin ninguna experiencia política, juventud ardorosa con vacilantes ideales de teóricas reformas, sin preparación intelectual y gente de modesta condición social que en su mayor parte militaban en las filas liberales por impresiones, no por convencimiento, obedeciendo más a sugerencias de bandería que a doctrinas políticas y cuya figuración indignaba a los rancios pelucones.

La constitución del año 1828 constituyó el programa del partido liberal.

Por no romper con los federalistas, la constitución fué el fruto de una transacción entre estos liberales que creían salvar el país con la implantación del sistema que preconizaban y los que habían ya palpado el fracaso de las tentativas hechas para consolidarlo; sin embargo, aquellos no se conformaron y fueron hostiles a la nueva constitución liberal.

Se estableció así un régimen unitario de gobierno y se introdujeron en él, mal ajustadas, las asambleas provinciales que se habían creado por los federalistas en 1826 y que estorbaron la unidad y la expedición administrativa, produciendo desorden general en el país.

Ni las tradiciones, ni la educación política, ni el momento histórico, en que aun no estaba asegurado el orden, permitían el funcionamiento del sistema federal.

La utópica carta de 1828, redactada en pocas semanas por don José Joaquín de Mora, formaba en lo demás un todo armónico y bien concebido y se conformaba a las más avanzadas doctrinas de derecho público por lo que fué la más progresista de las instituciones hasta entonces dictadas en la República.

Estableció equilibradamente los tres poderes constitucionales

que «no debían reunirse jamás» y la mayor parte de las libertades públicas de que hoy gozamos.

El poder ejecutivo era ejercido por el Presidente de la República, armado de un voto meramente suspensivo. El Presidente no podía ser reelegido.

La cámara de diputados se renovaba popularmente cada dos años.

Los jueces eran inamovibles.

El intendente y las asambleas provinciales, elegidas por el pueblo, gobernaban las provincias.

Las asambleas provinciales designaban los senadores y proponían ternas para que de ellas se eligieran intendentes y jueces de primera instancia.

Para que estas asambleas hubieran hecho uso discreto de sus facultades, habrían necesitado tener largos años de cultura y práctica política y contar con hombres instruidos; pero carecían de todo.

La constitución del 28 garantizaba, como derechos imprescriptibles e inviolables, la seguridad individual, la igualdad, la propiedad, la libertad de imprenta, y el derecho de petición. La tolerancia religiosa era contenida en esta frase: «nadie puede ser perseguido ni molestado por sus opiniones privadas».

Aunque casi perfecta en teoría, ésta constitución estaba destinada a su frustración en la práctica.

Como en los demás países hispano americanos, los espíritus avanzados se ilusionaron con cambiar totalmente el pasado colonial por medio de avanzadas constituciones que sólo quedaron en el papel.

La constitución del 28 que no alcanzó a entrar en ejercicio cayó con el partido liberal vencido en la batalla de Lircay, en 1831.

X Partido conservador y la constitución de 1833

Los liberales apodaron *pelucones* a los conservadores, voz derivada de peluca y que despectivamente significaba viejo, anticuado.

El programa del partido conservador triunfante se sintetizó en fortalecer la autoridad para concluir con la anarquía y el desorden y en el mantenimiento de las tradiciones coloniales en el Gobierno y en la administración.

En nombre de este programa de orden y paz pública, hicieron la revolución de 1829; vencedores, lo esculpieron en la constitución de 1833.

En ella está su obra y su espíritu.

El Congreso de 1831, facultado por sus asambleas y sus electores, dictó una ley para anticipar la fecha en que debía reunirse la convención para reformar la carta de 1828.

En el seno de la asamblea constituyente se diseñaron dos corrientes de opinión: la encabezada por el ilustrado reaccionario don Mariano Egaña que deseaba la reforma total de la constitución del 28, y la dirigida por don Manuel José Gendarillas, talento más espontáneo que cultivado, que deseaba modificar y adicionar sólo en parte dicha constitución.

El contraproyecto presentado como voto particular por Egaña en provecho de la oligarquía colonial, organizaba la cámara alta con algunos senadores perpetuos y establecía la dictadura presidencial, haciendo irresponsable al primer magistrado, facultándolo para disolver la Cámara de Diputados y permitiendo su reelección indefinida.

La convención que aceptó en gran parte el voto de Egaña no aprobó los senadores por derecho propio ni su perpetuidad en el cargo; rechazó la facultad concedida al Presidente de disolver la cámara, y permitió la reelección de éste por sólo un período.

Los constituyentes acertaron al respetar el pasado y al dejar paso franco a las nuevas instituciones que en el futuro fuere necesario implantar. Obraron con prudencia al no establecer desde luego un régimen democrático con amplias libertades cuando la independencia nacional no había producido transformaciones sociales de importancia. La República siguió a la colonia, sin exigir cambios bruscos en sus instituciones. A pesar de su nombre, continuaba siendo la efígie de la matrona colonial, engreída en su sedeña y crujiente basquiña, pasando semiadormecida entre sus dedos las cuentas del rosario, mientras sutiles auras de libertad agitaban apenas sus gudejas blancas.

Los constituyentes, no obstante conocer algunos de ellos los conceptos jurídicos elementales de las constituciones extranjeras más avanzadas, tuvieron muy en cuenta los principios del derecho indígena y los recursos, los resabios, la incultura y el temperamento del pueblo chileno; en suma, las fuerzas con que

se contaba para resolver mecánicamente el problema de la organización constitucional.

Los principios solos no bastan para construir una constitución política, porque los sentimientos y las pasiones determinan con mayor vigor las acciones humanas y hay que atenerse a ellas para el gobierno de los hombres aún antes que a las ideas.

La constitución del 33 tuvo, pues, la virtud de no ser sugerida por la sola imitación de otros países ni impuesta por una autoridad ideológica; brotó por sí misma, según lo exigían las circunstancias, conforme a la naturaleza de nuestro pueblo, a su evolución histórica, y correspondiendo exactamente a las necesidades de su época, eslabonó el pasado colonial con las aspiraciones democráticas que deseaban implantarse.

En su fuerte urdimbre, tejió pacientemente el país, durante noventa y dos años, la tela de nuestra legislación; junto con ella, a la cual Juan Bautista Alberdi atribuyó nuestra paz interna, terminó la anarquía política, mientras los demás países americanos vivían en perpetua revuelta y las libertades de sus democráticas constituciones existían escritas, pero no respetadas.

El pensamiento que prevaleció entre los constituyentes concordaba con las ideas de Portales expresadas diez años antes en carta a un amigo. Ahí decía:

«La República es el sistema que hay que adoptar; pero ¿sabe «cómo lo entiendo para estos países? Un Gobierno fuerte, centralizador cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud «y patriotismo y así enderezar a los ciudadanos por el camino «del orden y de las virtudes. Cuando se hayan moralizado, venga el gobierno completamente libre y lleno de ideales, donde «tengan parte todos los ciudadanos».

Las circunstancias exigieron que se fortificara la unidad orgánica del Estado y se hiciera al Presidente de la República eje del orden público, para lo cual se suprimieron todas las libertades provinciales y locales y se creó un poder ejecutivo omnímodo, armado de tales facultades, que hizo decir después a don Ambrosio Montt: «Nuestro presidente es un rey pobre y mal vestido».

Irresponsable mientras gobernaba, el Presidente llegó a ser un gran elector como jefe del partido de gobierno; dueño del Congreso, porque con su influencia electoral designaba sus miembros; gran legislador, al intervenir en la formación de las leyes, en

su discusión y aprobación, y, si por ventura cámaras rebeldes aprobaban alguna ley contra su voluntad, podía castigar la osadía con un voto absoluto. Era asimismo el Director Supremo de la administración interna y de la política internacional; nombraba y removía todos los empleados públicos, y hasta las municipalidades dependían de sus representantes.

Este soberano sin cetro duraba diez años, por la invariable reelección después de su primer período.

El Ejecutivo, cuya función administrativa debe consistir principalmente en resolver las normas jurídicas abstractas establecidas por el Congreso, o dentro de sus límites, avasallaba así a todos los demás poderes; al legislativo, al judicial, al municipal, al constituyente formado por el Presidente y dos congresos sucesivos, al electoral compuesto de los ciudadanos activos con derecho a sufragio y hasta al poder de la opinión pública, que se expresa, cuando hay libertades, por los comicios, la prensa y los acuerdos de las asambleas políticas.

La constitución estableció el gobierno popular representativo, lo que significa que todas las funciones del Estado son ejercidas por personas a las cuales se elige periódicamente. Estos representantes son órganos secundarios de un mismo y único órgano primario, el pueblo: por consiguiente, no representan a sus electores, sino al conjunto del pueblo, en su unidad, a la totalidad del país, lo que les da amplia libertad para obrar sin que pueda imponérseles imperativamente la conducta política que deben seguir, como han pretendido hacerlo frecuentemente las asambleas políticas.

Según la carta del 33, el derecho de sufragio era un privilegio que sólo podían ejercer los que tenían una propiedad, capital o renta llamada censo; este régimen censual era impropio de una República que aspiraba a llamarse democrática, como lo fué también el restablecimiento que se hizo de la ley de mayorazgos y demás vinculaciones abolidas por la constitución del 28.

Los derechos que asegura la constitución del 33 se dirigen a garantir la igualdad y a reconocer las libertades públicas.

La afirmación del derecho a estas últimas fué provocada por las restricciones autoritarias.

Hicieron necesarias la libertad de conciencia y la de prensa, la coacción religiosa y la censura; hicieron indispensables el

derecho de reunión y asociación, las prohibiciones y abusos de la policía y de la autoridad.

La constitución del 33 no reconoció las libertades de culto, de reunión, de asociación y de enseñanza.

Al Congreso, compuesto de dos cámaras, se encomendó el desempeño de las funciones legislativas.

El senado se componía de veinte miembros designados por electores especiales que votaban por veinte nombres. Estos senadores, que duraban nueve años en sus funciones, por la forma de su elección, no formaban propiamente, como dice Lastarria, un cuerpo representativo.

En el interregno parlamentario, funcionaba la comisión conservadora, compuesta de siete miembros designados por el Senado.

Las incompatibilidades parlamentarias eran muy reducidas: se referían a los curas párrocos, eclesiásticos regulares, jueces de primera instancia, intendentes y gobernadores.

El grado de rigidez de las constituciones aumenta con los obstáculos establecidos por ella misma para poder modificarse.

La inflexibilidad favorece la permanencia de la constitución y proteje a las minorías del abuso o dominación indiscreta de las mayorías absolutas; al mismo tiempo, contraría la evolución constitucional, cuya naturaleza dinámica, como en todas las instituciones humanas, debe adaptarse al proceso de mutaciones exigidas por las necesidades de épocas nuevas o por espíritus noveleros que aspiran a sustituir las instituciones consagradas por otras que juzgan mejores. En todo caso, no puede evitarse que se desenvuelva junto a la constitución escrita y contra ella un derecho constitucional no escrito.

La constitución del 33 era rígida, pues las formalidades establecidas para poder modificarla eran de tal naturaleza que favorecían su inalterabilidad.

Contro-versias re-ligiosas

Las cuestiones religiosas no estaban incluídas en los programas de los partidos políticos, ni dividían la opinión pública en aquella época en que la unidad religiosa era completa.

Los liberales eran creyentes sinceros; los conservadores, ora poco observantes como Portales, ora fanáticos como Egaña, eran

todos regalistas en sus relaciones con la autoridad eclesiástica y acérrimos defensores de las prerrogativas del Estado.

En pleno régimen pelucón, el obispo don José Ignacio Cienfuegos tuvo que prestar el siguiente juramento ante el Ministro del Interior: «Reconocer en el ejercicio del episcopado el «patronato nacional que compite al Presidente de la República «y no ofender en manera alguna sus regalías con arreglo a lo «prevenido en las citadas leyes».

Jamás en las administraciones liberales se hizo pasar después a los obispos por semejantes horcas caudinas.

Las cuestiones político-religiosas empezaron a ocupar la atención pública cuando comenzó a debilitarse la ortodoxia del país con la lectura de libros heterodoxos o escépticos y con la inmigración de disidentes.

Algunos hechos ocurridos en 1844 pusieron al día las controversias religiosas.

El prócer de la Independencia don José Miguel Infante murió sin confesarse y el vicario capitular no permitió que se le hicieran exequias religiosas, lo que levantó la airada protesta de los estudiantes y de sus amigos.

La armonía del Estado y la Iglesia se perturbó asimismo con la ley de matrimonio de disidentes (1) que redujo a los párrocos en esta ceremonia al papel de simples ministros de fe. Al mismo tiempo, una publicación de «El Mercurio» de Valparaíso sobre tolerancia religiosa provocaba discusiones en la prensa, y más tarde otro artículo intitulado «Sociabilidad Chilena» que publicó en «El Crepúsculo» Francisco Bilbao alarmaba profundamente a los timoratos y al clero.

Este último levantó una tempestad de indignación por lo insólito que era en aquella sociedad pacata un ataque a las tradiciones del régimen imperante, al sentimiento religioso, común a liberales y conservadores, a principios y creencias tenidos por invulnerables y eternos.

Este artículo, cuyo mérito se reducía a una alta afirmación de la libertad de pensar y que en nuestros días habría pasado inadvertido, produjo tal escándalo, causó tal sensación, que los representantes de todos los poderes públicos se confabularon para detener el peligro y castigar el atentado. Bilbao fué expul-

(1) Ley de 6 de Septiembre de 1844.

sado del Instituto Nacional, en donde estudiaba; la Corte Suprema ordenó que el impreso que contenía el artículo contumelioso fuera quemado por la mano del verdugo, y el Fiscal lo acusó de blasfemo, inmoral y sedicioso.

Bilbao adquirió celebridad en un día. Joven sentimental, soñador, apasionado, la quiebra de sus creencias de niño no lo trocó en escéptico; su acendrado misticismo lo hizo refugiarse en la fuente de la fe perdida, el evangelio, y en la mesiánica metafísica de Lamennais, después su maestro y su amigo.

En su estilo aforístico, publicó en 1850 el opúsculo «Boletines del Espíritu», en que combatía al catolicismo romano, a los gobiernos que habían defraudado los principios democráticos y revolucionarios y al partido pelucón que trataba de mantener el pasado colonial.

Sin originalidad ni perfección en el estilo, los escritos de Bilbao carecían asimismo de novedad en el fondo: repetía en ellos las críticas hechas en esos días por el liberalismo al partido dominante, a las ideas y preocupaciones coloniales, y las ya hechas desde antiguo por el libre pensamiento al catolicismo y al clero.

De carácter suave, de figura atrayente, su valer consistía en la fe de sus principios y en la excelencia de sus cualidades morales.

Defendiéndose de la acusación fiscal ante el Tribunal que lo juzgaba, dijo Bilbao:

«Aquí dos nombres, el del acusador y el del acusado»

«Dos nombres enlazados por la fatalidad histórica y que rodarán en la historia de mi patria. Entonces veremos, señor Fiscal, cuál de los dos cargará con la bendición de la posteridad».

«La filosofía tiene un código y este código es eterno».

«La filosofía os asigna el nombre de retrógrado. ¡Eh! bien, «innovador, he aquí lo que soy. Retrógrado he ahí lo que sois!».

Bilbao en esos momentos tuvo clara visión del futuro.

El nombre del Fiscal se conserva sólo como curiosidad histórica, desprestigiado por aquél proceso en que actuó representando orgullosamente la sociedad y la ley. La figura romántica de Bilbao, el demagogo condenado por inmoral y blasfemo, preside las asambleas democráticas; su nombre es una bandera; en su honor lo llevan calles y plazas, y su recuerdo vive en el corazón del pueblo, abultado por la leyenda, no por sus escritos,



extraños a la simplista mentalidad popular, sino por haber sido el primero y más noble agitador de Chile.

Desde esos años, comienza a disminuir la preponderancia social del clero, hasta entonces sin contrapeso, y empiezan las controversias entre ortodoxos y libres pensadores.

Presidentes de Chile Todos los textos de enseñanza de la historia de la patria que he leído presentan a nuestros presidentes de la República como dechados de perfección.

Además de su inexactitud histórica, es inverosímil que hayan alcanzado tan alto grado de bondad o excelencia gobernantes elevados por la suerte de las armas o elegidos por el capricho de los hombres, y es desconsolador para los estudiantes comparar la aparente virtud o eficiencia de los mandatarios de antaño con la maldad o incompetencia que la crítica malévolamente, la envidia y la pasión política se encargan hogañamente de inventar o abullar y difundir sobre los gobernantes actuales.

Es necesario desprenderse de esta excesiva benevolencia con los muertos y de esta apasionada severidad con los vivos para juzgar serenamente hombres y acontecimientos; sólo así podremos librarnos del pesimismo que nos invade.

En nuestros gobernantes, como es lógico, han estado mezclados en diversas proporciones las virtudes y los vicios propios de la naturaleza humana. Los ha habido indolentes, vanidosos, impulsivos, truhanes, violentos, débiles, intrigantes, y activos, modestos, nobles, enérgicos, previsores, abnegados y clarividentes.

Las virtudes comunes, sin excepción, han sido el patriotismo y la honestidad en el manejo de los caudales públicos.

Han sido paralelos: Prieto y Bulnes, soldados afortunados, sin ilustración, con buen sentido para elegir sus colaboradores; los dos Montt, padre e hijo, severos y grandes estadistas, pertinaces y testarudos; Pérez y Barros Luco, desapasionados, so-carrones y prácticos; Pinto y Jorge Montt, modestos y virtuosos; Errázuriz Echaurren y Alessandri, de carácter ligero, inexcrupulosos en el empleo de los medios para obtener los fines que perseguían, leales con sus amigos sumisos y con los partidos que los elevaron; diferían en que el primero, menos impulsivo y más astuto, fué una figura y un talento opacos, y el último es un

arrastrador de multitudes por su simpatía y su elocuencia tribunicia.

Balmaceda, fué único, no tuvo par en sus virtudes y en sus defectos.

Por lo general, a cada Presidente ha sucedido otro que por sus tendencias o temperamento significaba una reacción a la propensión o carácter del mandatario anterior. Después de Balmaceda, que atropelló al Congreso, Jorge Montt que dejó extremar la influencia del parlamento; en pos de Errázuriz deshonesto, Riesco recatado; sucedió Montt temoso y enérgico, a Riesco débil; a Barros Luco, que dejó gobernar libremente a los partidos políticos, sucedió Sanfuentes que intentó dividirlos para manejarlos; tras de Sanfuentes oligarca cauteloso de la hacienda pública, subió Alessandri, manirroto, demoledor y revolucionario.

Dictadura de O'Higgins y gobier- no del ge- neral Freire

En 1823, las resistencias levantadas por O'Higgins provocaron la sublevación de las provincias de Concepción y Coquimbo y la reunión en Santiago de un Cabildo abierto, formado por las autoridades, corporaciones y patricios de la capital, que pidió su dimisión.

O'Higgins pudo resistir y disolver el cabildo; su patriotismo, pudo más que su bravura y su encono y abdicó, expatriándose después voluntariamente al Perú.

Freire, amigo personal de O'Higgins, al ponerse al frente del movimiento contra su jefe, expuso que no le impulsaba ningún interés personal y agregó: «Si algún día admitiera el cargo supremo, decid que os he faltado a mi promesa y entonces tendréis motivo para dudar del fin santo que me anima».

Poco tiempo después, aceptaba el cargo de Director Supremo. Freire, soldado valiente, falto de cultura intelectual, de penetración y sagacidad para valerse por sí mismo en los trances difíciles, se dejó dominar por malos consejeros que le hicieron cometer desaciertos y ejecutar actos contrarios a su bondadosa caballerosidad.

El Congreso pretendió administrar y se puso en pugna con Freire, quien imprudentemente toleró o preparó representaciones populares contra el poder legislativo, y suspendió, apoyado en ellas, el Senado legislador de 1824, disolvió en Mayo de 1825

el Congreso Nacional y en Octubre del mismo año, el Congreso siguiente.

Este desgobierno, así como la falta de fondos para subvenir las más premiosas necesidades públicas, la paralización del comercio y las industrias, la pobreza general, el cansancio y la fatiga de los espíritus en tensión, eran la obra del analfabetismo del pueblo, de la escasa preparación intelectual de las clases acomodadas, incapaces de constituir el régimen republicano, y de las energías gastadas, recursos invertidos y pérdidas de vidas y haciendas sufridas durante la guerra de la independencia, de las cuales el país aun no se reponía.

Exento de ambiciones malsanas y de caudillaje militar, el partido liberal que dominaba en el gobierno se consagró con ahínco a organizar la administración; pero no logró acallar el descontento creciente ni contener la miseria y la anarquía.

Freire dimitió y acreció el desconcierto del país, del que se aprovecharon para derribar a mano armada a los liberales los O'Higginistas que soñaban con la vuelta de su caudillo, los liberales moderados y autoritarios, apodados estanqueros y los reaccionarios.

Contribuyó a la derrota del partido liberal, además de sus errores, su fraccionamiento entre federalistas y unitarios, y la conducta crédula, indecisa, y desacertada de Freire, que engañado, apoyó primero a los pelucones, que pronto lo abandonaron, para tomar tardíamente la defensa de sus verdaderos amigos, los liberales.

Junto con anatematizar la anarquía reinante, el partido pelucón tomó como pretexto para tomar las armas y derrocar a los liberales del gobierno, las infracciones constitucionales, las elecciones viciadas y el peligro de las libertades públicas. Una vez triunfante, es cierto que impuso el orden, mas violó la constitución, hizo de las elecciones una parodia, las libertades públicas desaparecieron y en su venganza con los vencidos, llegó hasta borrar del escalafón militar a los jefes más ilustres de la guerra de la Independencia.

**Adminis-
tración
Prieto**

Los conservadores eligieron presidente al jefe de la revolución vencedora en Lircay, el general Joaquín Prieto.

Falto de ilustración, según sus propios turificadores, que

sólo han loado sus costumbres intachables y su moderación de carácter, dejó gobernar a su albedrío a Portales, ya desde el Ministerio, ya desde su retiro a donde iban a consultarle todas las dificultades políticas.

Portales fué inflexible en su propósito de organizar la administración y de cimentar el gobierno en el orden, en la paz y obediencia de los ciudadanos.

El temor, mal consejero, hizo en varias ocasiones que por risibles denuncias, por tentativas irrisorias que no llegaron a realizarse, se alarmara el gobierno y suspendiera las garantías individuales y el ejercicio de la constitución.

El poder omnímodo que ejercía Portales lo llevó hasta obtener del Congreso sumiso de 1837 la declaración inconstitucional del estado de sitio mientras durara la guerra con la confederación Perú-boliviana y la autorización al Presidente de la República para establecer tribunales especiales.

Dos días después de dada la autorización por el Congreso, Portales creó consejos de guerra permanentes, que con desprecio de todas las garantías legales, cometieron abusos y llegaron hasta fusilar, como sucedió en Curicó, a vecinos honrados y pacíficos.

En 1836 el general Prieto fué reelegido en silencio, sin oposición ni proclamas volanderas, ni campañas de prensa, ni asambleas políticas.

Durante los primeros setenta años de vida republicana las elecciones fueron un ardid.

Intervención electoral del Gobierno

El prestigio y la autoridad del Presidente dominaban sin contrapeso sobre un pueblo indiferente e ignorante de sus deberes cívicos.

Las elecciones eran hechas por el gobierno, en cuyas manos estaban todos los medios de acción, todos los resortes electorales. Contaba con los jefes de la guardia nacional, a quienes seguían los milicianos; con los intendentes y gobernadores, a quienes obedecían los empleados públicos, y con la influencia que estos funcionarios ejercían sobre los comerciantes e industriales y sus dependientes en las ciudades y sobre los propietarios e inquilinos en las aldeas y los campos.

El sistema de elección facilitaba además el fraude electoral efectuado por la autoridad.

La elección se hacía por medio de calificaciones o boletas entregadas a los inscritos en los registros electorales, las que debían depositarse en las urnas el día de la votación.

Los jefes de los cuerpos cívicos, recogían todas las calificaciones de los soldados; los comandantes de policía se las quitaban a todos los inscritos que apresaban, votos que sumados a los de los empleados públicos ponían en manos de los agentes del gobierno elementos sobrados para triunfar.

Los representantes del ejecutivo eran los jefes del partido de gobierno en las provincias. Al gobernador que perdía una elección se le separaba inmediatamente de su puesto y lo mismo acontecía con los empleados públicos que no manifestaban su adhesión incondicional al gobierno.

Así se comprende como, desde 1830, año en que se alejó del gobierno al partido liberal, hasta 1840, no llegó al Congreso ningún político de esas filas y sólo en ese año entraron por primera vez a la Cámara de Diputados algunos miembros hostiles al gobierno.

Esta intervención del gobierno en las elecciones provocó en todo el siglo pasado una lucha constante entre la oposición y el gobierno y sus amigos y dió ocasión a grandes debates en el parlamento.

Cesó después de 1891; pero al abuso gubernativo en la suplantación de la voluntad popular lo sustituyeron los fraudes de los partidos políticos y de las cámaras constituidas en tribunales calificadores de elecciones, régimen pútrido que terminó en parte después de la escandalosa elección de 1912.

Los fraudes electorales subsisten aun hoy como hechos aislados; pero queda el cohecho, que se ejerce todavía en vasta escala.

En la administración Prieto, tuvo lugar la guerra con la Confederación Perú-boliviana dirigida por el protector Andrés Santa Cruz y que terminó con la victoria de Yungay. El general vencedor, don Manuel Bulnes, sobrino del Presidente, sucedió a éste en el poder.

En su elección patrocinada por el gobierno, no hubo violencia ni cohecho: en ella se gastaron menos de \$ 30,000.

Administración de Manuel Montt A estos generales, sin reflexiones ni relieves, sucedió una personalidad civil, don Manuel Montt.

Instruído, versado en los negocios de Estado, de comprensión fácil, de entendimiento lúcido, de sólidas convicciones, era al mismo tiempo autoritario por carácter y sistema, cauteloso, enérgico y obstinado, inflexible para mantener el orden y hacer cumplir las leyes.

Montt ascendió paciente y laboriosamente. Ahogó en su juventud las expansiones y desbordes propios de su edad para entregarse de lleno al estudio y al trabajo. Maestro severo, juez integerrimo, después siguió en la Presidencia ejerciendo sin mudanza el magisterio que había moldeado su carácter.

Con don Manuel Montt, concluyó la Presidencia de los militares.

Conmovieron su Gobierno conspiraciones frecuentes. Hubo motines en Santiago, Valparaíso, San Felipe, Petorca y Coquimbo, y dos revoluciones; en el Sur, en 1851, la dirigida por el general José María de la Cruz, vencida en Loncomilla; en el Norte, en 1859, la que encabezó y costeó con su fortuna el caballeroso tribuno y poeta don Pedro León Gallo, aplastada en la batalla de Los Loros.

A pesar de estas revueltas, Montt emprendió obras públicas de aliento, reformó leyes caducas y dió vasto desarrollo a la instrucción pública. En 1855 (1) promulgó el Código Civil.

El partido liberal derrotado en la guerra civil, con sus jefes perseguidos o desterrados, no presentó candidatos a la legislatura de 1852 y era tal la sumisión del Congreso, que el Ministro de Justicia, don Waldo Silva, calificó en la Cámara como un descaro la moción de una ley de amnistía presentada sin consultar antes la opinión del Presidente Montt.

En 1857, los pelucones, hasta entonces unidos por estrecha disciplina, a causa de una mezquina disputa de sacristanes, que produjo la ruptura del Presidente Montt con el enérgico e inflexible arzobispo Valentín Valdivieso, se dividieron en conservadores laicos, adictos al Presidente, a su Ministro Varas y a su política regalista y autoritaria, y conservadores afectos al clero, defensores de las prerrogativas de la Iglesia, a quienes se

(1) 14 de Diciembre de 1855.

les puso el apodo de contorberianos, ultramontanos después de 1863 y por último cléricales.

A principios de 1856, el sacristán mayor de la Iglesia Catedral separó de su puesto a otro sacristán menudo; el Cabildo amparó a éste, y el Provisor del Arzobispado, por el contrario, mandó cumplir la expulsión ordenada por el sacristán superior. Dos canónigos rehusaron obedecer esta resolución y el Provisor los suspendió del ejercicio del ministerio sacerdotal.

Los canónigos castigados, amigos personales del Ministro, entablaron un recurso de fuerza ante la Corte Suprema de Justicia.

La Corte declaró en su fallo que el Arzobispo *hacía fuerza*, jerga jurídica que en buen romance quiere decir que el Prelado había extralimitado sus facultades, y en consecuencia, los canónigos condenados no estaban impedidos de confesar, decir misa y predicar.

No se dió con esto por vencido el tenaz Arzobispo, quien se puso en abierta rebelión contra el Estado, desobedeciendo la sentencia de la Corte Suprema que amparaba a los canónigos de la censura eclesiástica.

Esta mísera cuestión, exagerada por el amor propio y el orgullo, tuvo, pues, una trascendencia política enorme.

Partido Nacional

Los conservadores laicos, continuadores genuinos de los pelucones, formaron el partido Montt-Varista, denominado así por el apellido de sus dos jefes. Este partido, fuertemente centralista, de tradiciones y tendencias personales, compuesto principalmente de funcionarios públicos nombrados en el decenio Montt, adoptó por divisa «la libertad dentro del orden», defendió en todo momento el principio de autoridad y el predominio del Estado sobre la Iglesia y se mantuvo vigoroso durante medio siglo merced a su disciplina e incondicional adhesión a sus jefes ilustres.

Llamado después partido nacional, prohijó un programa que difiere muy poco del liberal, partido con el que se refundió en varias ocasiones para resurgir en seguida más autónomo y potente, a costa del liberalismo.

Sin base en la opinión pública, sin raíces en el pueblo ni en la juventud, muertos sus nuevos grandes jefes, don Pedro Montt y don Miguel Varas, no aparece hoy en sus filas el estadista que

puede reemplazarlos y está condenado a desaparecer por no representar ideal político alguno, ni siquiera la mente o voluntad de ningún hombre superior.

Para las elecciones de 1824, en sus ansias por no morir, ha estado vacilando entre la alianza y la coalición, y en 1925 se refundió nuevamente con el partido liberal unionista.

La división del partido pelucón en 1857 acercó a los antagonistas conservadores y liberales.

El año 1858, se formó la alianza liberal conservadora, entre otras bases, sobre la aparente de reformar la constitución, con el fin práctico y verdadero de combatir al gobierno; coalición que a pesar de la intervención oficial, logró obtener catorce asientos en la cámara de diputados.

Don Joaquín Tocornal, jefe conservador, al pactar la reforma de la constitución, expuso «si ella pudo servir para el objeto «que se tuvo en mira cuando se dictó, en el día, por no reflejar «el verdadero interés político y social del país y por mantener «una situación de que ya se ha salido, es origen de las pertur- «baciones que presenciamos y de los abusos de que somos ví- «timas, sin que haya correctivo que oponer al gobierno dentro «de la Constitución».

Esta doctrina era la liberal.

Los ultra-montanos El poder ejecutivo todopoderoso, la administración centralizada, el respeto intangible sobre el derecho de propiedad individual, principios que el partido conservador había sostenido incólumes hasta entonces, fueron poco a poco abandonándose o atenuándose su rigidez hasta cambiar el rumbo que Portales y demás fundadores del partido pelucón les habían dado.

Desde ese año, acepta el partido conservador que se socave su propia obra, la constitución de 1833, y comienza a minar la omnipotencia presidencial que había afianzado, hasta contribuir a derribarla en 1891. Más tarde, olvida sus tradiciones de severidad administrativa, al tolerar las incorrecciones de los partidos liberales con quienes se coliga, y contribuye a disminuir el vigor de la centralización administrativa, con la creación de la comuna autónoma, obra en gran parte de don Manuel J. Irazábal, y a atenuar el idólatra respeto al derecho incontrovertible sobre la propiedad individualista, con el apoyo dado a la

dictación de las leyes obreras por Don Juan Enrique Concha y demás conservadores atraídos por las doctrinas del socialismo cristiano.

Desde entonces el partido conservador deja de ser autoritario y regalista, y en su dirección se inmiscuye el arzobispo Valdiveo y después su sucesor en el gobierno de la archidiócesis, el vicario capitular don Joaquín Larraín Gendarillas, que ejerció influencia preponderante sobre sus más distinguidos jefes, don Abdón Cifuentes, don Domingo Fernández Concha y don Carlos Walker Martínez.

En adelante, defiende la pretensión del clero, congregaciones y cofradías católicas, de dominar en el Estado, lógica consecuencia del espíritu de cuerpo tan ampliamente desenvuelto y energicamente sostenido por ellos.

En los programas políticos de 1864 y 1874, el partido conservador sostuvo que el Estado, como cuerpo social, debe tener religión, doctrina que aun sustenta.

Por el lado opuesto, liberales y radicales, con el designio de someter al régimen del derecho común hombres y cosas y consolidar en toda su amplitud la libertad de conciencia, combatieron los privilegios de que gozaba la iglesia desde hacía siglos.

Por esto, se tildó de perseguidores de la iglesia a los liberales y radicales que en 1875 suprimieron el fuero eclesiástico, y en 1884 implantaron las leyes de matrimonio civil y la secularización de los cementerios, reformas que se denominaron teológicas, cuando en realidad eran únicamente reformas administrativas.

Monseñor Fuenzalida, obispo de Concepción, en 1923, defendiendo la intervención del clero en las elecciones, llamaba anti-religioso al principio de laicización del Estado, principio del más puro liberalismo.

Las cuestiones malamente llamadas religiosas han sido, pues, sólo problemas de índole civil.

Luchas político- religiosas

Anacrónicas hoy, estériles siempre, estas confrontaciones político-religiosas, culminaron por su acritud y violencia bajo la administración Santa María y han aumentado en todo tiempo las asperezas de las luchas electorales, resultado natural de sumar las

controversias religiosas, que exaltan, con las disputas políticas, que apasionan.

Ellas hicieron desinteresarse a los dirigentes de los problemas económicos, dándoles colocación secundaria, no obstante su primacial importancia; ellas condenaron al ostracismo del gobierno a muchos políticos prácticos a quienes disgustaban la vaciedad de estas controversias o dudaban de su eficacia y oportunidad y a más de un católico o libre pensador tolerantes a quienes repulsaban estas disputas, hombres cuya contingente de luces y ecuanimidad hubiera sido útil a la República.

Ellas asimismo son quizá la causa en parte de la infiltración del escepticismo religioso en la clase asalariada. Imagino que al ver al clero, jerarquía privilegiada, apoyar las clases ricas, banderizo del partido conservador en donde la aristocracia adinerada manda, el proletariado creyó que estas instituciones seculares se habían coaligado contra él y envolvió a ambos en su repulsa, haciéndose irreligioso, sin razonamientos ni convicciones.

En este siglo, las controversias político-religiosas han ido poco a poco perdiendo interés, absorbidas por las cuestiones sociales. Contribuyó poderosamente al apaciguamiento de estas contiendas la pastoral del sabio arzobispo don Crescente Errázuriz que aconsejó al clero abstenerse de tomar parte en las luchas electorales.

Hoy, con la separación de la Iglesia y el Estado establecida constitucionalmente, las cuestiones político-religiosas carecen de entidad política.

Sin embargo, aun se trata de mantener vivas estas controversias como medio de atraer prosélitos, como agujador electoral, porque las doctrinas simplistas e impresionantes son más accesibles a la mentalidad de las asambleas populares que generalmente simpatizan con los políticos escasos y sencillos de ideas, con los que les hablan en su lenguaje apasionado, que les dicen lo que ellas piensan confusamente o hubieran querido decir si pudieran expresarlo.

En provincia, principalmente, las disputas religiosas no han perdido del todo su importancia; son un incitante electoral para sacudir la somnolencia de los commilitones.

El partido conservador, alejado del gobierno en 1857, volvió a la Moneda junto con los liberales bajo la administración Pérez, en donde se mantuvo hasta que en 1873 don Federico Errá-

zuriz Zañartu, lo arrojó a la oposición, aunando todos los partidos laicos para reformar las relaciones del Estado y la Iglesia. Su influencia política decayó; pero el laicismo triunfante que exasperó al clero, las arbitrariedades electorales de Santa María, que estrecharon las filas del partido, lo prestigieron ante la opinión de los creyentes y el valiente caudillo don Carlos Walker, tribuno de voz bronca y grandes mostachos, que supo unir dos sentimientos generalmente en lucha, el amor a la Iglesia y el amor a la libertad, lo condujo nuevamente al gobierno en 1891, unido a los partidos liberales con quienes hizo la revolución.

Después de la administración de don Manuel Montt, se atenúa el autoritarismo gubernativo y va formándose una opinión pública cada vez más influyente, con la intervención de la clase media en la política y la difusión de las doctrinas liberales por el Club de la Reforma, en donde todas las cuestiones políticas y sociales de actualidad se dilucidan por los más hábiles políticos de aquella época.

El cuerpo electoral se ensancha paulatinamente. En 1840, sólo un 4% de la población electoral disponía del derecho de voto; medio siglo después, bajo la administración Balmaceda, un 24% estaba inscrito en los registros.

Administración Pérez Don José Joaquín Pérez sucedió a Montt y aunque elegido por el partido de gobierno, su elección contó con el ascenso de todos.

De ideas moderadas y temperamento conciliador, Pérez representaba el *macuquismo* nacional: mezcla de serenidad y egoísmo, de ecuanimidad e inercia, de ilustración, conocimiento de los hombres y desdén por los ideales, de buen sentido y malicia suma, de rectitud y oportunismo político.

Subió como liberal y aparentó servir las aspiraciones de su partido; ya en el gobierno, en hecho de verdad, contemporizó con los conservadores, hizo abortar las reformas exigidas por el liberalismo, esquivando conflictos doctrinarios y entregó a los conservadores la dirección de la Universidad y de la enseñanza pública.

Si doctrinariamente hizo un gobierno amilanado, en cambio, con discretas medidas impulsó la evolución material del país.

Partido radical

El liberalismo avanzado repudió la unión con los conservadores, no aceptó este forzado descanso a la vera del camino apenas recorrido, ni este desfallecimiento al iniciarse la lucha de principios y alzó tienda aparte con el nombre de radicalismo, dirigido por el austero Matta y el romántico revolucionario del 59, Gallo.

De origen filosófico, el partido radical nació con alentado espíritu de progreso constructor no demoledor. Orgulloso de su bandera de corrección electoral, moralidad administrativa, reformas constitucionales, políticas y legales, levantada en alto por hombres probos e idealistas que desdeñaban lucros fáciles y funciones gubernativas, ganó rápidamente adeptos en la opinión del país.

De él dijo el filósofo Hostos que era: «científico en su fundamento, metódico en su conducta, positivo en su ideal, orgánico en sus principios, en sus medios y en sus fines».

Al publicar «La Voz de Chile» en 1862, Matta expuso el programa del diario, adoptado después por el partido radical. Decía: «reforma de la constitución, enseñanza laica, descentralización administrativa y libertad electoral».

En las innovaciones legales que han descentralizado la administración, en la brega por obtener la libertad electoral, contó con el apoyo decidido del partido conservador; en ruda contienda con él y de acuerdo con los liberales, alcanzó la abolición del fuero eclesiástico y las reformas atañederas al estado civil.

El partido radical se organizó propiamente como autónomo en 1888 y propició en ese mismo año el régimen parlamentario de gobierno, sosteniendo que «no es posible desconocer que este régimen (refiriéndose al parlamentario) es el único que dada nuestra organización social, nuestro estado económico intelectual y moral, y nuestros hábitos y costumbres, puede proporcionarnos gobiernos de opinión, respetuosos del derecho y con prestigio y poder para cumplir sus fines».

Desde el principio, la organización del partido se basó en asambleas de electores esencialmente democráticas.

La asamblea radical de Santiago, comenzó a funcionar en 1864.

El partido liberal, dirigido por personas de indiscutible talento y prestigio, acostumbrados a llegar al parlamento por la imposición del gobierno que los señalaba a los directorios del

partido, después de resistir la brega de los asambleistas jóvenes que ansiaban un régimen más democrático, cedió y adoptó hace pocos años la organización de las asambleas radicales.

Los adversarios han motejado a los radicales malamente de jacobinos, el nombre del bando que desprestigió la revolución francesa con sus exageraciones y la deshonró con sus crímenes.

Aunque la opinión ilustrada del país asentía a la libertad religiosa que la constitución en su art. 5 negaba, el gobierno no se atrevió a modificar la carta, y en 1865, esquivando la cuestión doctrinaria, permitióse el culto privado de todas las religiones por medio de una ley interpretativa del citado artículo.

La reforma era necesaria. El Estado sólo dispone de medios externos, no puede obrar sobre lo que pertenece exclusivamente a la vida humana íntima, la conciencia y los sentimientos religiosos que nacen y se desarrollan independientemente del Estado. Y lo que acontece ampliamente con los sentimientos religiosos sucede hasta cierto límite con la moralidad, el arte, la ciencia, cuya difusión puede el Estado sólo proteger, vigilar o estorbar, puede sólo por medios externos impelentes o retardativos, ayudar a desenvolver sus actividades o entorpecer su desarrollo.

En la administración Pérez, dos sucesos conmovieron el país: la guerra con España y la acusación hecha por don Vicente Sanfuentes contra la Corte Suprema de Justicia que presidía don Manuel Montt, fundada en notable abandono de sus deberes.

Administración Errázuriz En 1871, la coalición de liberales y conservadores elevó al poder a don Federico Errázuriz Zañartu.

Zañartu En 1872, se dictó la ley sobre abusos de libertad de imprenta (1) que derogó la restrictiva de 1846; aquella ley, la más avanzada de su tiempo, nos rigió sin tropiezos hasta 1925, en que un decreto-ley la mutiló.

Pronto comenzaron los recelos entre los partidos aliados, especialmente con ocasión de la libertad de enseñanza, cuyo triunfo preparaba el hábil Ministro conservador de Instrucción don Abdón Cifuentes. Su decreto sobre libertad de exámenes motivó las primeras escaramuzas.

(1) Ley de 17 de Septiembre de 1872.

Según los liberales, más que libertad, con esos propósitos se buscaba contrarrestar la enseñanza del Estado, seminario de ideas avanzadas, y la influencia que sobre los alumnos del Instituto Nacional ejercía su Rector, el sabio don Diego Barros Arana, quien con sus libros y enseñanza hizo una propaganda liberal más eficaz que la de todos los políticos de su época.

El enérgico Ministro obligó a renunciar a don Diego Barros.

En 1873, el partido conservador, fundándose en la libertad de asociación, pretendió asimismo obtener para todas las corporaciones, incluso las cofradías religiosas, el derecho de heredar y poseer bienes raíces libremente.

Estos avances del clericarismo produjeron su ruptura con los liberales.

Santa María, que había contribuído a unirlos para derribar a los nacionales, capitaneó entonces la concentración liberal para desembarazarse de los conservadores.

Matta y los radicales secundaron el movimiento.

Reemplazada en el gobierno la fusión liberal conservadora por la alianza liberal radical, cayó el ministro Cifuentes, se derogó el decreto de libertad de exámenes y comenzaron las reformas constitucionales y las agitaciones religiosas.

Reformas constitucional- cionales

Se abre en 1871 el período de reformas de la constitución en que se vuelve lentamente a los principios fundamentales de la constitución liberal del año 28.

Se empieza por prohibirse la reelección del Presidente de la República para el período siguiente a su administración (1) con lo cual, éste pierde la mitad de su influencia.

En 1874, (2) se incorporan a la constitución las libertades de reunión, asociación y enseñanza; se facilita la nacionalización de los extranjeros; se modifica radicalmente la composición del Senado, cuyos miembros pasan a ser reelegidos en votación directa por provincias, reduciendo la duración de sus funciones a seis años, y se agregan a las incompatibilidades parlamentarias de los diputados la de no poder aceptar empleos retribuidos

(1) Reforma de 8 de Agosto de 1871.

(2) Reforma de 13 de Agosto de 1874.



después de ser elegidos, ni poder ser diputados los empleados públicos que tengan su residencia fuera del lugar donde funciona el Congreso.

El mismo año (1), para prevenir la repetición de los excesos a que habían dado ocasión las antiguas facultades extraordinarias que el Congreso otorgaba al Presidente, se redujeron sus efectos a limitar la libertad personal y de imprenta y suspender o restringir la libertad de reunión. Se redujo asimismo la facultad que tenía el Presidente de velar por la cumplida y pronta administración de justicia a los límites que hoy tiene, de sólo poder requerir a la Corte Suprema o al Ministerio Público para que exija medidas disciplinarias o acuse a los jueces. En la comisión conservadora, se dió representación a las dos cámaras y se le facultó para que durante el interregno parlamentario ejerciese las facultades fiscalizadoras del Congreso y pudiera pedir al Presidente su convocatoria a sesiones extraordinarias. Por último, al Consejo de Estado, cuerpo netamente presidencial, se le dió una composición mixta de cinco miembros elegidos por el Presidente y seis por el Congreso.

Se atenuaron, en 1882, (2) las cortapisas que existían para reformar la constitución y se aprobó por el Congreso, en 1884, (3) una ley que establecía la absoluta libertad de cultos, la cual no se ratificó por el Congreso siguiente y caducó.

El desarrollo de las ideas democráticas hizo odioso el requisito de censo exigido a los ciudadanos como garantía de independencia para tener el derecho de sufragio y como inducía, además, a frecuentes abusos la comprobación de dicho requisito, por ley electoral de 1874 (4) se estableció la presunción de derecho de que tenía la renta necesaria para inscribirse en los registros electorales el que sabía leer y escribir. Esta amplitud del sufragio se ratificó por la reforma constitucional de 1888 (5).

Después de la revolución de 1891 y en ese año (6), se dió a la comisión conservadora la facultad de convocar por sí misma al Congreso a sesiones extraordinarias, y al año siguiente, en

(1) Reforma de 24 de Octubre de 1874.

(2) Reforma de 12 de Enero de 1882.

(3) Ley de 3 de Noviembre de 1884.

(4) Ley de 12 de Noviembre de 1874.

(5) Reforma del 10 de Agosto de 1888.

(6) Reforma del 12 de Diciembre de 1891.

1892 (1), se ampliaron las incompatibilidades parlamentarias hasta rebajar la intelectualidad del Congreso, alejando de él a empleados públicos, como los profesores universitarios, de cuya independencia no se podía dudar. Se declaró incompatible el cargo de Congresal con todo empleo público retribuido y con toda función o comisión de la misma naturaleza y se hicieron extensivas a los senadores las inhabilidades e incompatibilidades de los diputados.

Con la reforma de 1893, (2) que cambió el veto absoluto del Presidente de la República en veto meramente suspensivo, se cierra el período de reformas constitucionales que comenzó en 1871 y que tendieron a restringir las facultades del ejecutivo, a reforzar la acción del Congreso y a establecer nuevas libertades y garantías.

Durante la administración Errázuriz, se promulgaron respectivamente en 1874 (3) y 1875 (4) el Código Penal y la ley de Organización y Atribuciones de los Tribunales que abolieron el fuero eclesiástico.

Orador destemplado, dejándose arrastrar a menudo por la violencia, a causa de su apasionado temperamento, sin ser un estadista superior, Errázuriz Zañartu ha sido llamado, sin embargo, el grande, para distinguirlo de su hijo también Presidente, porque sus defectos y vacuidades desaparecieron ante su honestidad, su sencillez, su elevación de miras y su inflexibilidad de propósitos.

Terminan con él, que gobernó cinco años, las presidencias decenales y los largos ministerios que hacían fructífera la labor gubernativa. Con excepción de un ministro, en toda su administración lo acompañó el ministerio presidido por don Eulogio Altamirano.

Pinto, sucesor de Errázuriz, tuvo siete ministerios; Balmaceda, catorce; si Santa María escapó a esta fatalidad que ha sido acrecentándose con los años, fué porque suprimió toda oposición en 1882, excluyendo del Congreso por medio de la intervención electoral a conservadores, liberales independientes y radicales.

(1) Reforma de 7 de Julio de 1892.

(2) Reforma de 26 de Junio de 1893.

(3) 12 de Noviembre de 1874.

(4) 15 de Octubre de 1875.

Al terminar Errázuriz su período en 1876, la intervención indebida del gobierno en las elecciones, que hasta entonces sólo había levantado protestas aisladas, fué resistida por primera vez con energía, por el partido conservador, influyente, rico y exaltado por la propaganda del clero a quien las reformas liberales habían herido profundamente.

**Adminis-
tración
Pinto**

Una gran convención liberal, la más importante de las que se han reunido hasta hoy, dividió sus votos entre don Aníbal Pinto y don Miguel Luis Amunátegui, dando el triunfo al primero.

Pacifista por temperamento, tuvo que contrarrestar la pretensión de los patrioteros que deseaban arrastrar al país a una guerra con la República Argentina.

Las circunstancias, sin embargo, le obligaron a declarar la guerra al Perú y Bolivia, después de haber agotado los medios conciliatorios. Dirigida con acierto desde la Moneda, la guerra apaciguó sólo momentáneamente la inquina de los partidos políticos y no puso término a la división del partido liberal en cuatro o cinco grupos que se combatían entre sí: la voz del patriotismo acalló en muy pocos hombres superiores la de los intereses partidistas.

Pinto tuvo dos defectos como gobernante: careció de visión clara del porvenir y de la intuición necesaria para descubrir las cualidades utilizables de los hombres. Así, estaba empeñado en enajenar nuestros dos únicos acorazados un año antes de la guerra del Pacífico, y durante ella, resistió dar un puesto superior y de responsabilidad a don Patricio Linch, cuyo carácter y habilidad como jefe demostraron estar muy por encima de sus imperfecciones.

De baja talla, con dificultad para expresar su pensamiento, enemigo de la publicidad, ajeno a toda exhibicionismo, de modestia suma, Pinto no habría sido elegido por una verdadera democracia. Las multitudes que en ella mandan y cuyo contacto él rehuía, impulsivas más que reflexivas, sensibles más que razonables, tienen oídos únicamente para los que gritan alto y las adulan, y ojos, sólo para lo que brilla, confundiendo a menudo el precioso metal con el oropel.

De costumbres sencillas, de conciencia recta, de honradez

casi quijotesca, sincero en todos sus actos, se consagró en absoluto a servir a su país.

A pesar de que era inteligente e ilustrado, como carecía de verbosidad, hablaba poco; infacundo, se complacía más en obrar que en hacer frases, en escuchar que en opinar, por lo que se le consideró mediocre por la generalidad; mas a través del ropaje conciso, frío, modesto de sus discursos, se trasluce su discreto saber y su ardiente patriotismo.

Gobernó en paz y completa armonía con el Congreso y con la opinión pública.

En su gobierno, se promulgó la ley de instrucción secundaria y superior de 1879.

Bajó de la Moneda rodeado de popularidad y de respeto, lo que no han obtenido sus sucesores, quizá porque gobernar va siendo sinónimo de desagradar, o porque la opinión se preocupa más de incensar al gobernante que sube, que en hacer justicia al que desciende.

Al día siguiente de abandonar el poder, comenzó a ganarse penosamente el pan y sus amigos y admiradores le costearon la adquisición de una modesta casa en la que terminó sus días.

**Adminis
tración
Santa
María**

Sin ser don Domingo Santa María, el candidato de las simpatías de Pinto, éste lo aceptó por haberlo elegido el partido de gobierno.

A Santa María correspondió terminar la guerra del Pacífico; celebrar con el Perú el tratado de Ancón, y con Bolivia el pacto de tregua que después se convirtió en tratado de paz definitivo.

Subió al poder con gran prestigio; pero una vez en el gobierno, se disgustó con el ex-presidente Pinto y con don Miguel Luis Amunátegui, miembros conspicuos del liberalismo; en seguida, alejó y combatió a los liberales independientes, y más tarde intervino descaradamente en las elecciones.

Esta política personal e indiscreta; este apasionado proselitismo, le creó una fuerte oposición y le obligó a mantener una incesante y candente lucha que amenguó su popularidad.

La intervención electoral del ejecutivo, efectuada antes para formar congresos sumisos, en donde no hubiere obstrucción ni oposición, iba encontrando mayor resistencia a medida que aumentaba el progreso político del país y acrecía el ascendiente de

la opinión pública. A pesar del avance político alcanzado, Santa María intervino con violencia e impudicia hasta entonces desconocidas.

El gobierno, secundado por intendentes, gobernadores, jueces y policías, hizo falsificar actas, plagiar mayores contribuyentes, ocultar registros, amenazar y golpear electores. Quedaron sin representación en el Congreso los departamentos de Putaendo, Santiago, Cachapoal, Curicó y Talca, en donde la oposición tenía mayoría, a consecuencia del robo de los registros electorales efectuada por los agentes del gobierno.

En esta administración, recreció asimismo la lucha religiosa; se rompieron las relaciones diplomáticas con el Vaticano y se promulgaron las leyes de cementerios laicos (1) y de matrimonio y registro civiles (2, 3).

A excepción del período revolucionario de 1891, nunca se vió en Chile tanta acritud, tanta exaltación y tal violencia en las contiendas políticas.

Los conservadores, para no dar sepultura a los cadáveres de sus deudos en los cementerios laicos, los escondían y los llevaban a enterrar trágicamente en las sombras de la noche a los campamentos; no pocos fanáticos contrajeron sólo matrimonio eclesiástico, negándose a legalizar su unión y dar estado legal legítimo a sus hijos, y en los templos y colegios católicos se predicaba contra estas leyes heréticas y se elevaban preces para que Dios librara al país de un gobierno satánico.

Han pasado cuarenta años y parece increíble lo hecho por aquellos sensatos creyentes. Hoy nadie cree que el cementerio común sea sólo para los réprobos, y que el matrimonio legalizado ante el Oficial del Registro Civil sea un concubinato. Las reformas que tan enconadas pasiones encendieron son ahora aceptadas por creyentes y libres pensadores.

El más hábil de nuestros presidentes ha sido tal vez Santa María.

Fácil de maneras y de palabras, mundano atrayente, afable camarada, su figura tenía movimiento, originalidad, seducción.

Unía a una gran sagacidad, rapidez y vehemencia en sus concepciones y excepcional energía para ejecutar sus propósitos.

(1) Ley de 2 de Agosto de 1883.

(2) Ley de 10 de Enero de 1884.

(3) Ley de 17 de Julio de 1884.

En el parlamento, como polemista, su voz sonora, ardiente, firme, sabía trasmisir las emociones que lo agitaban. Su oratoria era una mezcla de familiaridad, franqueza y discreción; cuando se le contrariaba, respondía con ademanes enérgicos y desdenes olímpicos, abrumadores para el adversario.

Sus faltas fueron consecuencia de su carácter inconstante, ambicioso del éxito, combatidor y violento en sus pasiones.

Amó a su patria y prefirió servirla a ganar el dinero que copiosamente le habrían dado su talento y su actividad profesional, si hubiera abandonado su intensa labor pública.

Volvió a la vida privada aislado, perseguido por los odios políticos y mermada su escasa fortuna.

Hasta entonces, todos los Presidentes, las más veces con sanos propósitos, habían impuesto su sucesor, lo que de buen grado aceptaba la opinión pública; mas, en los últimos años, la influencia de ésta había aumentado ya lo bastante para dejar oír su voz en la Moneda, a consecuencia de la expansión de la riqueza, del perfeccionamiento de los medios de comunicación, y del desarrollo del periodismo y de la instrucción pública.

Conservadores, radicales, y algunos liberales independientes desafectos al gobierno resistieron la candidatura oficial, a pesar de que el candidato, acababa de obtener un brillante triunfo diplomático en la misión que le confió el gobierno en la República Argentina.

Se rechazaba el sistema, no el hombre.

**Adminis-
tración
Balma-
ceda**

Don José Manuel Balmaceda, tenía gestos de gran señor, figura esbelta, garbo principesco, frente amplísima, cabeza de artista, mirada enérgica y vivaz.

Con elocución clásica, ademanes netos y expresivos de actor, voz clara, armoniosa, ora meliflua, ora enfática, siempre persuasiva e insinuante, hasta llegar a ser pastosa en la intimidad, seducía por su oratoria henchida de frases rotundas, salpicada de pensamientos atrevidos y reminiscencias históricas. Con su brillante talento, suplía su deficiente instrucción.

Era todo un caudillo, demasiado aristocrata de sangre y de temperamento para ser popular.

Soñador, anheloso de gloria, sus proyectos surgían deslumbrantes en su cerebro neurótico de grandeza, más como una in-

tuición que como un pensamiento reposado; las contradicciones, los tropiezos, le irritaban; la desconfianza en su capacidad le ofendía; el ardor de su mente oscurecía sus facultades críticas. Por esto, el concepto exagerado de su dignidad, su excesiva susceptibilidad, su pertinaz ideología, la exaltación vesánica sobre su valer personal, lo perdieron, no obstante que estas imperfecciones eran baladíes comparadas con sus enormes dotes de activo político, su talento y su patriotismo.

Estos defectos le hicieron formarse un concepto erróneo sobre su situación y la de sus adversarios; le impidieron acceder a la petición de avenencia que en 1890 le hicieron los hombres más notables del país; le llevaron a sacrificar miles de vidas por mantener ileso lo que consideraba el prestigio de su autoridad, y le condujeron a ofrecer en holocausto su vida al juicio del mundo y de la posteridad.

Balmaceda recibió el país en la más próspera situación que haya tenido hasta hoy.

Las entradas por derecho de exportación del salitre habían doblado las rentas fiscales y los presupuestos estaban apenas recargados con el pago de sueldos, pensiones y jubilaciones.

Activo, reformador, con dineros sobrados, emprendió grandes obras públicas: construyó escuelas palacios, cárceles modelos, y mil kilómetros de ferrocarriles; dotó con servicios de agua potable a muchas ciudades, y realizó reformas trascendentales en finanzas, instrucción y colonización.

No obstante sus servicios prestados al país, la vidriosa situación interna, heredada de su antecesor, se agravó de tal modo al fin de su administración, que sólo un desprendimiento semejante al de O Higgins habría podido evitar la guerra civil.

Si hubiera gobernado treinta años antes, habría sido omnipo-tente jefe de la oligarquía; si treinta años después, caudillo endiosado por el pueblo.

La época de transición le fué fatal.

La autoridad presidencial estaba minada; el poder de la oligarquía había empezado a declinar después de la guerra del Pacífico; una plutocracia sin tradiciones comienza a influir en el parlamento; el pueblo, a mezclarse en las luchas políticas, y los liberales, eje del gobierno, se dividen en sueltos, montt-varistas, mocetones y presidenciales que se disputan encarnizadamente el poder; están ya en el gobierno, ya en la oposición;

un día se manifiestan adictos a Balmaceda; al siguiente lo censuran y combaten.

Los antiguos valores políticos se habían alterado. La preponderancia del poder ejecutivo, socavada por leyes que restringían sus atribuciones y por la difusión de los principios del parlamentarismo inglés que la opinión pública acogía, se derrumbaba al choque de la oposición del Congreso.

Balmaceda sostuvo el régimen presidencial; el Congreso, el parlamentario.

En el primero, como en Estados Unidos, el presidente ejerce sus funciones con independencia del Congreso y elige con libertad sus ministros, que obran bajo sus órdenes como altos empleados; no son responsables ante el parlamento ni les afectan los cambios políticos. En el segundo, cuyo tipo clásico lo ha dado Inglaterra, el poder ejecutivo reside en el hecho en los ministros, que son directamente responsables ante el Congreso, cuya mayoría representan.

Puede condensarse la diferencia de ambos sistemas en que el rasgo distintivo del gobierno parlamentario es la combinación de los poderes ejecutivo y legislativo, y el del gobierno presidencial, la independencia de ambos poderes.

Balmaceda no cedió un ápice de las prerrogativas presidenciales conservadas tradicionalmente y que la mayoría del Congreso quería arrancarle, y afrontó la situación proclamándose dictador. Abandonado de los hombres más prestigiosos del país, se rodeó de amigos personales; llamó en vano al pueblo, que permaneció indiferente, sin comprenderlo, y cayó vencido por una revolución que marca dos épocas en la historia política de Chile.

Los triunfadores, al no mantenerse unidos, a lo menos por un lustro, como lo deseaban Matta e Irarrázabal, al no organizar el nuevo régimen, que requería mayor preparación política y mayor suma de virtudes que el que venía a sustituir con reformas constitucionales y leyes apropiadas, y al no apuntalarlo con la formación de mayorías parlamentarias disciplinadas y estables, capaces de asumir la responsabilidad del gobierno y de dominar en ambas ramas del Congreso, olvidaron que un profundo cambio de régimen de gobierno no se improvisa ni se mantiene con éxito sin una modificación de las leyes pertinentes y una adecuada alteración de las prácticas políticas.

Parlamentarismo

Al caer bruscamente la cabeza en donde residía el principio de autoridad, sostén principal de la organización del Chile viejo, que durante ochenta años había unido y guiado la acción política de este país, sobrevino lo inevitable: un gobierno de clientelas en que han medrado los audaces y los gestores administrativos, o mejor dicho, un desgobierno caracterizado por la impotencia del ejecutivo, la dictadura parlamentaria sin responsabilidad, la inestabilidad ministerial, el predominio de pasiones e intereses inconfesables y la supremacía dentro de los partidos de viejos políticos tramoyistas o de jóvenes faltos de ponderación mental.

Se consolidó así un régimen parlamentario exagerado y defec tuoso en su aplicación, que afirmó la omnipotencia del Congreso, verdadera oligarquía electiva de camaradas que se inmiscuía en los detalles de la administración, infestando con la política sus dominios.

Lo dicho, aunado a la indisciplina de partidos cuyo proselitismo desquiciaba la administración pública, a la falta de clausura de los debates en el Congreso, lo que permitía a los parlamentarios obstruir la acción de las mayorías, o por lo menos des moralizarlas, a la inestabilidad ministerial que favorece la anarquía política, impide la continuidad en la dirección ordenada del Estado y esteriliza la administración, todo esto, ha hecho los gobiernos inestables, sin unidad de propósitos, débiles, multiplicados y sin responsabilidad que siguieron después de 1891, desgraciadamente en una época en la cual, por el acrecimiento de las entradas fiscales, más se necesitaba de gobiernos fuertes y responsables que vigilaran, administraran y defendieran la riqueza producida por el salitre, que iba alterando la vida económica y moral del país.

Los partidos constitucionales, como se denominaron los adversos a Balmaceda, antes de la revolución habían establecido el voto acumulativo para la elección de miembros del Congreso, con el propósito de garantir el derecho de las minorías, y después, dictaron la ley de comuna autónoma, para privar al gobierno de sus eficaces medios de acción sobre las provincias.

Las teorías en que estas reformas se fundaron no eran nuevas, habían sido expuestas cuarenta años antes por Lastarria.

A pesar de lo establecido por la constitución, que garantizaba todas las libertades, las prácticas políticas contradijeron el de-

recho electoral; hasta la revolución, el pueblo no había podido ejercer libremente sus derechos políticos ni fijar ni modificar el rumbo del gobierno.

Después del 91, los partidos libres ya de la intervención electoral del gobierno, no les bastó para triunfar la bondad de sus programas o las influencias de sus dirigentes, burócratas, terratenientes, capitalistas, profesionales, y recurrieron al fraude, adulterando todos los actos de la elección, hasta constituir este falseamiento de la voluntad popular un abuso más dañoso a las costumbres políticas que la antigua intervención electoral del gobierno.

Cuando amenguó el fraude, arreció el cohecho.

Los partidos, para ganar prosélitos, necesitaron propagar intereses morales, accesibles a la mentalidad general y que apasionaran a las masas; los económicos no eran de esta índole.

Esos intereses sintetizáronse en el ideal educativo y en el ideal religioso.

Los radicales defendieron la educación fiscal y la enseñanza obligatoria laica, y proponían la separación de la iglesia y el estado; los conservadores defendieron las prerrogativas de la iglesia y la instrucción religiosa, y se esforzaron por obtener la libertad de enseñanza, con el propósito de que el Estado, en que predomina el laicismo, edique lo menos posible y las escuelas congregacionistas, que dilatan la fe católica, alcancen el máximo de educandos.

*Partido
liberal
democrá-
tico*

Los vencidos del 91 formaron muy pronto el partido balmacedista, llamado después liberal democrático, que nació con vigorosa raigambre en la masa popular, seducida por el fin trágico del dictador y por el recuerdo de la abundancia de trabajo y el alza de los salarios que hubo en su administración. El partido se constituyó en defensor de un poder ejecutivo fuerte, conforme a las doctrinas expuestas por su fundador; sin embargo, contrariando en la práctica este principio fundamental, contribuyó a afianzar la dictadura del Congreso, a debilitar aún más el poder ejecutivo, formando para dominarlo, ora alianza con los radicales, ora coalición con los conservadores.

El partido liberal democrático, por ser partido de centro y por la flexibilidad doctrinaria de sus jefes, tuvo influencia deci-

siva y casi permanente en la administración del estado muy poco después de su fundación, lo que atrajo a sus filas a todos los pancistas, buscones de empleos o prebendas. Así, abultó sus fuerzas políticas y obtuvo considerable representación parlamentaria, ficticio incremento que se deshizo apenas abandonó la Moneda; al finalizar el gobierno de Riesco tuvo su primera mengua, al comenzar la administración Alessandri la de más entidad.

El oportunismo de los partidos liberales, que por interés de conservar el poder se aliaban, ya con los radicales, ya con los conservadores, o se fraccionaban de continuo, atraídos por aquellos partidos, constituyó unas de las muchas causas del fracaso de nuestro régimen parlamentario criollo y convirtió, por el olvido de las doctrinas, a cada liberal de calidad en jefe de un grupo que generalmente estaba en desavenencia con los demás, por rivalidades de preponderancia interna.

**Partido
demó-
crata**

El partido más avanzado antes de la revolución, el radical, partido de la clase media que contaba entre sus miembros a muchos obreros librepensadores, se mantenía individualista puro y extraño a las aspiraciones económicas de las clases trabajadoras. Un grupo sin importancia dentro del partido, formado por Malaquías Concha, Antonio Poupín, Avelino Contardo y Juan Rafael Allende, quiso hacerlo francamente partido de la clase obrera, y no obteniendo ampliar el programa del partido sobre este punto considerable, se separó y fundó en 1887 el partido demócrata.

Desde sus primeros pasos, este partido conquistó la adhesión de los obreros en las grandes ciudades. Su tendencia es abiertamente reformista, y según su programa persigue la emancipación política, social y económica del pueblo, y ha sido el único grupo político que ha aumentado lenta y constantemente su representación parlamentaria, sin recurrir al cohecho.

En la convención radical de 1899, quince convencionales propusieron que se adoptara el mínimo del programa del partido radical socialista francés. Fueron vencidos por el prestigio y la seducción de la palabra de don Enrique Mac-Iver, el primero de nuestros oradores parlamentarios. Sólo en la convención de 1906 se incorporó la justicia social como aspiración del partido, gracias a la labor educadora de don Valentín Letelier.

Mientras tanto, la oligarquía había ensanchado sus filas, fundiéndose en una clase dirigente más extensa y de fácil acceso, que heredó su influencia política sin tener los modales distinguidos y el elevado espíritu público de aquélla.

La clase dirigente, como medio necesario para aproximarse a obtener una manifestación de la voluntad general, estableció el sufragio universal, creyendo hacer sólo una reforma política. En realidad, la extensión del sufragio ha producido una revolución lenta en la cual la misma clase dirigente, formada hasta ayer por capitalistas y profesionales, va perdiendo poco a poco su predominio ante la fuerza del número y va siendo sustituida por los *meneurs* del proletariado, inferiores en ciencia, raciocinio y serenidad a los que antes manejaban el poder.

Después del 91, los presidentes anteriores a don Arturo Alessandri han sido respetuosos de la constitución y complacientes con el Congreso; mas, exceptuando a éste mismo y a don Pedro Montt, ha faltado a todos ellos iniciativa, relieve personal.

Administración de don Jorge Montt

Ante el peligro de un choque entre los partidos revolucionarios, éstos eligieron presidente, a pesar de su negativa para aceptar el cargo, al jefe de la revolución triunfante, don Jorge Montt, que no pertenecía a ningún bando político.

Benévolo, circunspecto, parsimonioso, profundamente honesto, escrupuloso en la inversión de los gastos públicos, enemigo del exhibicionismo, administró correctamente el país, con el tacto, la sindéresis de que a menudo carecen oradores, filósofos y sabios.

Con un personal administrativo improvisado, ensayando un régimen nuevo, sin estudios ni práctica políticos, sin conocimiento de los hombres públicos, cometió por cierto errores, corregidos pronto por su buen sentido, y para no reincidir, buscó el consejo de estadistas, por estar exento de toda vanidad.

Hizo un gobierno tranquilo, legal, en donde por primera vez en Chile hubo elecciones libres, lo que permitió a los vencidos del 91 entrar en gran número al Congreso de 1894.

En su administración no hubo derroches ni peculados.

Respetuoso de las demás autoridades, nunca alteró la norma que se fijó de elegir en el personal administrativo al propuesto por los jefes de oficina o al que ocupaba el primer lugar en las

ternas formadas por los Consejos de Estado o de Instrucción Pública.

Las antesalas de los ministerios, vacías de pretendientes, acreditaban que el favor y el empeño habían huído de la Moneda.

Presidente de la República, después Jefe de la Armada, más tarde alcalde de Valparaíso, mostró incesante abnegación por el bien público.

Cuando la casa Armstrong, contratista naval, le regaló un automóvil, él lo dió a los arsenales de marina. Al dejar la presidencia, sus amigos, como ocurrió con Pinto, le donaron una casa para que viviera; al morir, no dejó más bienes que el dinero que le correspondió por derecho de presa en la captura del Huáscar.

Era ya una práctica establecida elegir los candidatos a la presidencia de la República por medio de convenciones restringidas o amplias. Las primeras no han expresado generalmente el sentir del país; las segundas han sido un remedio de las elecciones comunes por sus fraudes y suplantaciones.

En la convención amplia que designó al señor Errázuriz Echaurren, una tercera parte de los convencionales de provincia eran falseados; en la que eligió al señor Alessandri, sólo cinco convencionales, de diez que concurrieron por Antofagasta, reunían las condiciones exigidas para asistir.

Para señalar el candidato que debía suceder a don Jorge Montt, se celebraron dos convenciones: una restricta, a la que concurrieron liberales doctrinarios, esto es, avanzados, radicales y liberales democráticos, con sus estados mayores, que eligió a don Vicente Reyes, y otra extensa, de nacionales, descontentos de todos los partidos liberales o ya comprometidos con don Federico Errázuriz que designó a éste en la primera votación.

Administración Errázuriz Echaurren Errázuriz, como Santa María, fué un corruptor político: falseó la convención que iba a designarlo; repartió promesas de empleos públicos a sus partidarios; cohechó electores en proporciones no vistas hasta entonces y llegó hasta sobornar dos electores de presidente que se decían liberales de buena cepa.

De avanzadas ideas, para triunfar, se unió a los conservadores, los que adquirieron gran ascendiente en su administración.

Con todo, la campaña fué ruda: un tribunal de honor declaró

que ninguno de los candidatos había obtenido mayoría absoluta y la elección la verificó el Congreso, que designó al señor Errázuriz por 62 votos contra 60, incluso en la mayoría el voto de sus propios parientes.

Por no cohechar, por no hacer promesas, por ser escrupuloso hasta no solicitar la cooperación de nadie, mientras su contendor escribía afectuosas cartas a todos los que tenían derecho a voto en el país, fué derrotado don Vicente Reyes, estadista que tenía treinta años de vida pública, fijeza de principios, sapiencia y práctica en los negocios de estado y que representaba el buen sentido y la rectitud tradicionales.

De borrosos contornos, fisonomía vulgar de mestizo, espíritu travieso, ladino, socarrón, Errázuriz interrumpió la tradicional rectitud administrativa, gobernando para sus amigos, entre quienes repartió empleos y sinecuras. Uno de sus ministros, en plena cámara, para justificarse de la reconvención por falta de celo partidista que se le hacía, afirmó haber nombrado sólo correligionarios para los empleos vacantes.

Ociosas fueron las aptitudes y la técnica para obtener un cargo público. Irónicamente designó Errázuriz como Director de la Escuela de Artes y Oficios, a un intenso agricultor, traído de Cauquenes; del Conservatorio de Música, a un abogado sin pleitos, de la Escuela de Sordo-mudos, a un médico de provincia, polítiquero, por añadidura.

Nuestros mejores funcionarios vieron con desaliento reservar los puestos que a ellos correspondían a ex-ministros de estado, jefes o directores de partido, escribientes de parlamentarios y menudos agentes electorales.

Desde entonces perdura el régimen del favor que vino a reemplazar al del mérito en la dación de los empleos públicos.

La Moneda dejó de ser el edificio austero por donde habían pasado sombríamente don Manuel Montt, trágicamente Balmaceda, para convertirse en una corte versallesca, en donde el Presidente distraía su hastío poniendo a sus cortesanos apodos jocosos o incisivos que la crueldad popular propalaba y aplaudía, y en donde un círculo de viejos espirituales, zumbones y crapulosos desgranaba su charla ligera, espumante, sobre chismes sociales, viviendas y orgías.

Para Errázuriz, un chiste, la sonrisa de una mujer fácil, eran

mejores recomendaciones que los méritos y los servicios prestados al país.

Este epicúreo gastado, de maltrecha salud, que tuvo el infusto deseo de improvisarse gobernante, se había, sin embargo, ilustrado con la lectura y con los viajes; tenía sobre todo sagacidad; conocía las debilidades y pasiones de los hombres y supo utilizarlas, manejándolos a su antojo.

Campechano, sin empaque, sencillo en su persona, en sus maneras, en su conversación, atraía principalmente por tener la innata sutileza de asimilarse el modo y tono de sus contertulianos y de hablarles en su lenguaje.

Dió pruebas de energía al castigar a varios generales y jefes militares ensoberbecidos; al destituir altos funcionarios públicos que entorpecían su política pacificadora, fomentando el conflicto de límites con la Argentina, que arreció en esa época, y sobre todo, al persistir en evitar la guerra desatinada con esa República y en llegar con ella a un arreglo. Tuvo que arrostrar por esto la impopularidad de gran parte de la opinión pública, a la que logró moderar, y las infundadas acusaciones de traición de sus adversarios políticos, las que despreció.

¡Qué hubiera sido del país sin la fortaleza de ánimo de Errázuriz para encararse con los patrioteros que por lo común defienden un falso honor o un injusto interés?

En la hipótesis de que hubiéramos tenido éxito en una guerra, estaríamos ahora más arruinados de lo que estamos con veintisiete años de paz armada por temor al desquite.

La entrega de la Puna de Atacama, fabuloso Eldorado, cuya riqueza hasta ahora no se ha descubierto, y el abrazo que se dieron en el estrecho de Magallanes, el presidente Roca y Errázuriz, alejaron todo peligro.

Administración Riesco Arrancado a los tribunales para llevarlo a la presidencia, contra sus deseos, don Germán Riesco, juez integerrimo, hombre de hogar, bondadoso y honesto, débil de carácter no obstante su pesada figura sajona, no tuvo experiencia política ni energía suficiente para detener el impulso de corrupción dada por su antecesor, ni el desorden administrativo producido por el abuso del parlamentarismo.

El agio, los peculados, la formación de sociedades anónimas

fraudulentas, las usurpaciones de tierras en el sur y de terrenos salitrales en el norte, la audacia de los gestores administrativos, llegó a ser más escandalosos que nunca y, como estos últimos eran amigos políticos o personales del Presidente, se formó una atmósfera pesada alrededor de este severo magistrado, embebido en la reforma de la legislación, completamente ajeno a procederes torcidos, pero incapaz de impedirlos.

Como aquel rey sabio que mientras contemplaba los astros perdió su reino, durante el tiempo en que Riesco se desvelaba estudiando reformas de leyes anticuadas, los osados se enriquecían con los latrocinos hechos al país. X

Y cosa rara, los que hicieron fortuna ilícita en aquella época, algunos de ellos más tarde graves políticos o ceñudos hombres de gobierno, abrumados de respeto y consideraciones sociales, fueron los que mayor indignación demostraron por los actos de los menudos gestores que en la administración Alessandri vivieron a reemplazarlos.

Riesco, elegido por la alianza liberal, que se rompió por las veleidades de los liberales democráticos, se vió obligado a gobernar con la coalición conservadora, con lo cual aumentó la incoherencia gubernativa y la inestabilidad ministerial: en su período hubo diecisiete ministerios.

Además de su empeño en la reforma de la legislación, Riesco concluyó el litigio de límites con la Argentina y firmó el tratado de paz definitiva con Bolivia que vino a reemplazar el pacto de tregua existente.

Riesco subió apoyado por radicales, liberales doctrinarios y liberales democráticos, en oposición a don Pedro Montt, a quien ayudaron conservadores y nacionales. Este le sucedió patrocinado por los radicales y liberales doctrinarios que lo habían combatido cinco años antes, por los nacionales y por un selecto grupo de conservadores que le fueron fieles.

**Adminis-
tración
de don
Pedro
Montt**

Hastiado el país del desorden y de la inmoralidad reinantes, en Montt buscó al estadista de carácter en quien veía resurgir la probidad, el tesón y la rigidez de su padre.

Sobre la plataforma de regeneración administrativa y tregua doctrinaria, Montt obtuvo un enorme triunfo: natural reacción al gobierno débil de Riesco.

Apoyó su candidatura el gran número de electores independientes que no está afiliado a los partidos, compuesto por lo general de comerciantes e industriales que tienen indiferencia o aversión por la política y que influyen e inclinan la balanza de la opinión cuando es necesario corregir un mal social o salvar la República.

Su vasta ilustración, sus antecedentes de honradez, su roquena fidelidad y su abnegación sin límites para servir a Chile, al que dedicó toda su vida activa y esforzada, garantizaban el cumplimiento de las esperanzas que en él cifró el país.

Fracasó, sin embargo.

Sus fuerzas estaban quebrantadas: las agotó más todavía la improba labor que se impuso trabajando hasta doce horas diarias. Su espíritu minucioso, analítico, opuesto al compendio, a la síntesis, que hizo decir de él a don Marcial Martínez que era más estadístico que estadista, lo hizo extraviarse en minucias, perdiendo el concepto de las grandes vicios que debía atacar, y sus bríos se estrellaron contra arraigadas corruptelas políticas, contra una mayoría hostil en el Senado y la indisciplina de una favorable en la Cámara de Diputados.

La corrupción política no aumentó; pero fué impotente para volver a encauzar al país por los rumbos de seriedad, corrección y honradez que parecen idos para siempre.

De tez oscura, de energicas facciones, sus pupilas inquisitivas atraían a través de sus lentes de chispeante armadura.

Hablaba rápidamente, sin emocionarse jamás; sus veriloquios fatigaban el oído con sus largos períodos sin modulaciones eufónicas y cansaba la atención del auditorio con la árida solidez de sus raciocinios.

En su administración, se emprendió la grande obra del ferrocarril longitudinal norte y las olvidadas provincias extremeñas recibieron ferrocarriles, caminos, escuelas y sus ciudades, alcantarillado y agua potable.

Hizo también esfuerzos supremos para realizar la conversión metálica. Murió en 1910, antes de obtenerlo y de terminar su período. Su ministro del Interior, don Elías Fernández Albano, que tomó el gobierno, falleció al poco tiempo y fué reemplazado por don Emiliano Figueroa, ministro más antiguo.

Administración Barros Luco Don Ramón Barros Luco, elegido Presidente de la República sin lucha, gobernó alternativamente con la alianza liberal y con la coalición. Este anciano venerable, de vasta idoneidad administrativa, adquirida en cincuenta años de vida pública, sabía intercalar una nota de ingenio criollo, una chanza sedante en momentos solemnes o difíciles en apariencia. Tenía el arte de escuchar calmado las discusiones más enardecidas y sólo cuando el cansancio atenuaba la vehemencia de los preopinantes, rompía su silencio, proponiendo la resolución razonable que todos aceptaban.

La opinión popular creía que los más serios asuntos de Estado los resolvía dormitando.

Al contrario de su antecesor, se despreocupaba de incidentes y detalles para resolver en síntesis y con ánimo sereno los problemas trascendentales, a los que prestaba decidido interés.

No era orador; carecía de entusiasmos; no arrastraba multitudes; tenía la sabiduría de saber callarse y esperar el momento favorable para que sus ideas, siempre rectas, siempre justas, fueran aceptadas.

Durante esta administración, grupos de obreros en las grandes ciudades o faenas, dirigidos por compañeros más leedores e inquietos o por jóvenes instruidos, desarraigados de tradiciones, ávidos de surgir, comienzan a agitar la opinión sobre cuestiones económico-sociales.

Por la acción tesonera de un agitador, don Luis Recabarren, nace el partido socialista, que repulsa al demócrata por sus comitancias con los partidos burgueses y se organiza en Iquique y Punta Arenas en 1912. Al incorporar después a su programa las aspiraciones soviéticas, tomó el nombre de comunista.

Unos pocos estudiosos, dirigidos por don Guillermo Subercaseaux, tratan de fundar un partido nacionalista con un programa puramente económico, con el objeto de transformar las bases de la organización partidaria, prescindiendo de las cuestiones político-religiosas. Este propósito no tuvo eco en la opinión: las masas populares necesitan de ideas sencillas que las seduzcan y sentimentalismos que las apasionen.

El Congreso alcanzó su más alto poderío en la administración del señor Barros Luco.

Para juzgar hasta donde había menguado la autoridad del



ejecutivo y crecido la influencia de los miembros del parlamento, basta recordar lo que un Senador escribía a un ministro: «He recibido la citación que a su nombre se me ha hecho para el «Jueves. Confío que no se ha de tomar resoluciones sobre nombramientos administrativos antes de ese día, pues supongo que «la reunión tendrá ese objeto».

Se llegó a pactar por los partidos de mayoría repartirse proporcionalmente o por turno el nombramiento de empleados públicos.

Un poder ejecutivo sin acción propia; ministerios de dos o tres meses sometidos a los caprichos de los congresales, y éstos sumisos a las peticiones de sus electores por el deseo de tenerlos complacidos para sus reelecciones; cámaras regidas por reglamentos en que nada podía hacerse sin contarse con la unanimidad, explicarán el caos creciente a que caminaba la administración, la incoherencia en el gobierno, la incapacidad del Congreso para hacer reformas que no fueran el resultado de transacciones entre los partidos adversos.

Administración Sanfuentes Como resultado de esta confusión, triunfó el más genuino representante de esta política, don Juan Luis Sanfuentes, elevado al gobierno por una coalición de conservadores, nacionales y liberales democráticos.

En el Senado tenía mayoría la Alianza liberal; la coalición prevalecía en la cámara de diputados, por lo que hubo que formar gabinetes anodinos llamados universales o de administración. Sanfuentes distaba de ser un estadista; tenía práctica en los negocios, adquirida como corredor de comercio, y habilidad en la política de combinaciones, artificios, plegaduras, la única que conducía entonces al éxito. Sabía barajar hombres y partidos con la destreza de un tahur y atraer con arte especial por medio de floreos y promesas a dirigentes y electores.

Corpulento, rubicundo, rozagante, con una perenne sonrisa entre bondadosa e irónica, más parecía un agricultor satisfecho que un político tan discutido como fué.

Ladino, suspicaz, para conservar su libertad de acción, intentó en la presidencia dividir más de lo que lo estaban políticos y partidos, pero no lo consiguió. Quien había manejado los gobiernos anteriores a su antojo, como jefe del partido liberal de-

mocrático, como presidente se encontró cogido entre las mismas mallas que había tejido tantas veces.

Desalentado, dejó entonces entregados a su suerte, a la incoherencia de ministerios fugaces, los asuntos de interés nacional, sin tratar de resolverlos o dirigirlos con su diligencia o autoridad.

No tuvo visión de conjunto de las necesidades políticas y sociales del país, ni propósitos definidos para solventar la crisis salitrera, los conflictos obreros y las dificultades internacionales; todas estas cuestiones sorprendieron al país desapercibido y las tardas soluciones que propuso y apoyó se redujeron a atenuar el mal ya causado.

Los negocios financieros, sí, los dirigió con acierto. Suyo fué el discreto procedimiento de retirar los fondos de conversión depositados en Alemania. Durante su administración, sólo se levantó un empréstito de \$ 10.000,000 para edificación escolar y disminuyó la deuda pública, con los recursos ordinarios de la nación, en 5.000,000 de £.

Terminó su período repulsado por sus adversarios políticos, que apasionada e injustamente lo acusaron de intervención electoral, y por los estudiantes y obreros, quienes lo culparon de persecuciones contra ellos, ordenadas o toleradas por él.

Crisis de los partidos políticos

Durante la administración Sanfuentes se agravó la crisis de los partidos políticos.

El mal se exteriorizó por el sañudo ardor con que se disputaban las candidaturas parlamentarias en el seno de cada asamblea y por el hecho de haber desaparecido gobernistas y opositores en el antiguo concepto de estos vocablos, manifestándose uno y otros descontentos de la situación política y del gobierno.

Los partidos parecían caminar a su disolución por la divergencia de sentimientos de sus miembros sobre cuestiones fundamentales, lo que disgrega y dispersa sus aspiraciones; por el debilitamiento del principio de autoridad que acarrea el desprecio de los jefes y perturba la disciplina, y a causa del indiferentismo creciente por el ideal común.

Los programas políticos que antes dividían la opinión pública se conservaban como oriflamas desplegadas sólo en épocas electorales y que ya no apasionaban. La razón de esto era el haberse obtenido totalmente la libertad electoral y quedar poco por al-

canzar de la libertad de conciencia, motivos profundos hasta entonces de trascendental oposición.

En el fondo, no quedaba otra divergencia entre los partidos históricos que la vieja cuestión religiosa, o sea, la lucha por principios plasmados de épocas ya muertas que los dirigentes desdenaban en su fuero interno y que afirmaban sólo para mantener el sectarismo en sus parciales. Fuera de ésto, la mayor parte de los programas de los partidos antagónicos se yuxtaponían.

Cuando los programas se confunden o se olvidan, las controversias políticas se truecan en escarceos retóricos, y los políticos disputan, se encolerizan y cometan hasta desaguisados sólo por palabras.

Por todo esto, el personalismo envenenó las luchas electorales. Nos conformábamos con patrocinar reformas que contaban con el acuerdo unánime, y satisfechos, no nos esforzábamos siquiera en llevarlas a la práctica. Conservadores y radicales, unidos a grupos liberales, se alternaban en la Moneda, sin causa social alguna que justificase estos cambios; los partidos de oposición, cualesquiera que fuesen sus nombres, eran más liberales que los que estaban en el gobierno, por el interés momentáneo de afianzarse en el poder, y la política, ciencia de la vida de las sociedades, arte de conducirla a fin de obtener su concienzudo desenvolvimiento, llegó a ser entre nosotros una simple aspiración de atrapar el poder.

Los no sectarios sabían que el triunfo de éste o de aquél partido o combinación de partidos no corregían los errores del gobierno, no abarataban la vida, no impulsaban la industria, aumentando la producción de Chile: en suma, no influían en el bienestar general, ni acrecentaban la vitalidad del país.

Los partidos políticos, verdaderas corrientes de opinión de la conciencia nacional, son por su naturaleza espontáneas agrupaciones de individuos que tienen los mismos intereses morales que defender y comunes convicciones referentes a determinados fines del estado que hacer predominar y realizar, por estos dos medios respectivamente: la difusión de sus principios por la propaganda y discusiones públicas, y el triunfo de sus candidatos al parlamento y a la presidencia de la República por el voto popular.

Los partidos políticos se componen de los jefes impuestos por su talento o su carácter; de una masa moderada y pasiva de

electores que simpatiza con el programa del partido o con sus adalides, y de un grupo de doctrinarios exaltados, constantemente en acción.

Los fanáticos, órganos eficaces de propaganda, dominan en las asambleas y hacen triunfar en ellas sus ideas extremas; los moderados, más numerosos, eligen regularmente los directores y los parlamentarios; por esto las decisiones de las asambleas aparecen casi siempre más avanzadas e intemperantes que el sentir casi general del partido.

Para merecer legítimamente el título de partidos políticos, es menester que éstos inscriban en sus banderas credos económicos y sociales que abarquen los puntos fundamentales de la vida general del estado; es indispensable que alcen principios políticos, esto es, jalones de mira determinados sobre problemas nacionales de actualidad y sobre los fines últimos del estado.

No merecen el título de partido las agrupaciones que se forman para la defensa o ataque del capital, de señaladas clases sociales, de una confesión religiosa, lo que es desfavorable al mantenimiento de la unidad nacional; ni las que por tradición siguen las opiniones que profesaron hombres públicos feneidos, cuyas ideas son ya inactuales; ni las que insertan en sus programas lo que es anhelo común de todas, sin fijar los linderos que las separan de los demás partidos.

Sólo así, con verdaderos partidos políticos, separados por doctrinas, se puede juzgar si es acertada o errónea la dirección que éstos siguen, y es más probable que sean dirigidos entonces por políticos esclarecidos, no por politicastros serviles a las masas populares o a sus electores.

En todos los países, los partidos políticos se distinguen por los nombres de conservador, liberal y radical, conforme a las diversas tendencias del espíritu humano; mas los mismos partidos, en sus fines, se diferencian de un país a otro de la misma manera que se singulariza cada estado de los demás por su formación histórica, su vida religiosa y su organización económica.

Esta división lógica de los partidos políticos se complicó en Chile con la intervención electoral; con las controversias religiosas levantadas como bandera de principios por el partido conservador; con las doctrinas constitucionales, favorables ya al régimen parlamentario, ya al presidencial; con las teorías económicas libre-cambistas o proteccionistas y las campañas

de oreros y papeleros, y por fin, con los intereses y luchas de clases sociales.

De este modo, no hemos obtenido las ventajas que para el correcto funcionamiento del régimen parlamentario tiene la existencia de pocos y fuertes partidos políticos. Ha habido constantemente liberales y radicales de gobierno, de oposición o independientes; conservadores laicos o cléricales; liberales, nacionales o liberales democráticos inclinados, ya a los radicales, ya a los conservadores; alianzas de oreros o papeleros; confederaciones de partidos constitucionales o representativos, durante la revolución de 1891; más tarde, ligas de partidos aliandistas o coalicionistas, y todavía los nuevos partidos demócrata, asalariado y comunista.

El partido conservador, formado en todos los pueblos por un grupo o clase en que coinciden el poder social con el poder del estado que ejercen los que desean conservar en su integridad, se extravió por su alejamiento del gobierno de los principios con que fundamentó la República. En su seno, comienzan a exteriorizarse tendencias contrapuestas de clases sociales y se notan rebeldías que desdicen de su disciplina y cohesión del pasado.

En 1902, algunos periodistas y políticos distinguidos pensaron desligar al partido del clero, conservando su base doctrinal católica; pero esta tendencia no prosperó. Más tarde, se formó asimismo una corriente democrática con propensión hacia el socialismo cristiano, inspirada en la encíclica del papa León XIII, *Rerum novarum*.

El partido conservador mantiene, sin embargo, sus puntos de vista contrarios al socialismo. Ve un peligro en aumentar las atribuciones del estado, acrecentando el poder del partido dominante en el gobierno; teme a los sindicatos independientes que pueden convertirse en instrumentos de guerra social y de tiranía para los obreros mismos y estima que es mejor confiar el mejoramiento del proletariado, antes que al estado y a los sindicatos obreros, a la iniciativa de los patronos y hombres activos que obran por inspiración de sentimientos religiosos o por espíritu de filantropía.

Y en este sentido, ha sido fecunda la labor práctica que sus miembros han realizado: han construido barrios de habitaciones baratas para hacer propietarios a los asalariados; han fundado

patronatos obreros, una federación católica de obras sociales y numerosos establecimientos de enseñanza manual.

Poderoso ya al comenzar la administración Sanfuentes, el partido radical creció con desmesura en el último lustro, deformándose por su ventrosidad. Aumentáronse sus prosélitos sin que se robusteciera equivalentemente su dirección; aparentó alcanzar mayor influencia sin que su poder político acreciera; pues, con su ingreso al gobierno, disminuyó su actividad propagativa y con la heterogeneidad de los neófitos, amenguó su cohesión.

Mientras fué reducido el número de correligionarios, evitó el personalismo, ya pletórico de ellos, ese mal lo ha amagado.

Mientras se temieron las persecuciones del gobierno o de otros partidos más fuertes, se mantuvo sólida la subordinación a los organismos directivos y a los principios comunes; ya en plena virilidad y sin peligros, comenzaron a discutirse y rechazarse los acuerdos de su Junta Central Directiva por algunas asambleas, se condenaron al ostracismo los antiguos jefes y faltó en todas partes la férrea disciplina en que antes se asentaba el vigor del partido.

En algunos radicales, como una supervivencia de las luchas político-religiosas del pasado siglo, se conservaba el odio al clero; en otros, se manifestaba la modernista hostilidad por los privilegios de fortuna o aristocracia, signo inequívoco del interés de clase; mientras tanto, los cultores del partido continuaron encauzando sus energías renovadoras para evitar el cohecho electoral, extirpar los vicios del parlamentarismo, extender la instrucción pública, aumentar su eficiencia y avecinar el reinado de la justicia social en el país.

Todavía queda uno que otro *Hommais flaubertiano* en nuestras filas.

No hace mucho tiempo, en una fría tarde de invierno, encontré en la puerta de una iglesia parroquial de provincia a uno de mis jefes, orador ramplón, con una vestimenta inverosímil, de *smocking*.

Estaba aterido.

La iluminación del templo para una fiesta nupcial y las sonoridades del órgano hacían presumir dentro un ambiente tibio y grato que atraía.

Mi doctrinario jefe, testigo de la novia, esperaba obstinado,

impertérito, desafiante que saliera el cortejo para acompañarlo a la ceremonia civil.

Días más tarde, mi jefe, con su estado mayor, después de un mitin, quemaba un fraile en efigie frente al mismo templo.

Tuve que reconocer la lógica de mi perínclito jefe: vengaba su resfío.

Divididos desde hace cuarenta años, los partidos liberales, antes de aproximarse a la unificación, tendían a subdividirse cada vez más. Agrupados por recuerdos, amistades, intereses, fijeza de principios, estaban segregados en liberales doctrinarios y coalicionistas, liberales democráticos y nacionales. Los primeros, sostenidos por el prestigio de eminentes políticos, veían poco a poco ralear sus filas, convirtiéndose en un cuerpo de jefes sin soldados; los últimos, partidos personales, nacidos al influjo de sus egregios fundadores y de las necesidades de su época, por afinidades o conveniencias, se subdividieron a su vez en aliancistas y unionistas.

Estas dos agrupaciones de partidos afines, denominadas alianza y coalición, con rumbos indecisos, programas vagos, se disputaban el poder; la primera, con más popularidad, tenía por núcleo el partido radical y poseía mayor base electoral; la segunda, cuya principal fuerza era el partido conservador, contaba con mayor cohesión en sus filas y más dinero. El gobierno del país entregado alternativamente a ellas ha sido débil e inestable, porque hombres cuyos intereses y principios difieren se enredan en controversias y obran morosamente sólo por medio de transacciones.

En el partido demócrata, comenzaban a agitarse gérmenes de división entre los evolucionistas, fieles a sus tradiciones de obtener reformas sociales dentro de las vías de orden y legalidad, y los de tendencias comunistas, que deseaban arrastrarlo a la lucha de clases.

La agrupación de los asalariados, constituida por los descontentos de los partidos radical y demócrata, reunidos por intereses transitorios de clase, se ha organizado en este año como partido político, con el nombre de Unión Social Republicana de Asalariados.

El partido comunista, cuya cohesión y disciplina es insuperable, constituye ya una fuerza política en el norte del país.

Además de los convencidos de todas estas parcialidades po-

líticas, han existido siempre los que engruesan por interés las filas de los partidos que están en el gobierno. Ellos son aspirantes a empleos, ascensos u honores, desde el menudo polizonte hasta el caballerete que desea tener un cargo diplomático, una diputación o una sinecura. Montan la guardia junto al Jefe del estado o acompañan al partido vencedor: fueron conservadores hasta el gobierno Montt, nacionales después, liberales desde el primer Errázuriz hasta el segundo, liberales democráticos más tarde, ayer radicales o demócratas y militaristas durante las últimas dictaduras.

Los partidos políticos van renovando evolutivamente su organismo con la sangre joven que ingresa a sus filas, la que les da el aspecto moral de continua renovación; pero hay épocas de crisis en que esta marcha paulatina no basta, en que se produce una desviación súbita de la conciencia pública, y es menester saltar a la par con ella, si no se quiere que las nuevas generaciones sean extrañas a las ideas agónicas de los partidos rezagados.

Así ocurrió.

Se abandonaron por ineficaces las antiguas aspiraciones partidistas a que sólo el interés de mantener la fe en los electores daba vida y calor; las cuestiones que apasionaban antes de la guerra mundial quedaron relegadas a segundo término, y en cinco años se experimentó una transformación de siglos que varió por completo el escenario político, desorientó la opinión pública y cambió rápidamente la mentalidad de la clase obrera.

Esta última mudanza fué ocasionada por las alternativas continuas de paros desastrosos y excesos de actividad industrial causados por la guerra europea; por el rudo contraste de fortunas hechas rápidamente con la miseria producida por las crisis económicas, y por el flujo de ideas sociológicas revolucionarias originadas por el maremoto social que conmovió la Europa después de la gran lucha.

Como nuevos valores sociales atrajeron bruscamente al pueblo y a los estadistas, los programas políticos rancios hicieron crisis, los principios en que se inspiraban perdieron su autoridad y se hizo necesario una revisión general de ellos, amoldándolos a la acción política y social que exige el imperio de las nuevas ideas.

El aumento de instrucción de las masas populares, el sentimiento ascendente de su dignidad y poder, han creado en el

proletariado crecientes necesidades, subjetivas primero, objetivas después, perdurables una vez alcanzadas.

Enorme distancia separa al pueblo de ayer, que era sólo el roto deprimido que vertía su sudor y derramaba su sangre por una oligarquía distinguida, aristocrática, de innegable espíritu público, sin merecer de ella consideración alguna, y el pueblo de hoy, unido y confederado en todo el país, ensoberbecido con sus derechos de petición, de reunión, de huelga, y su influencia electoral, que le da valimiento en el gobierno y eleva a sus propios jefes, tal vez los futuros oligarcas, seguramente bastos, atropelladores y con menos espíritu cívico que los de antaño.

Sólo algunos viejos senadores, sordos al crujido del edificio social que se conmovía, quedaron a la vera del movimiento y del contagio universal, al cual nos impelen las fuerzas permanentes de la evolución, creyendo que todo era obra de unos cuantos agitadores contra quienes debían tomarse medidas represivas. Ellos, cuando se avanzaba con lentitud, impulsaron la evolución; se aceleró ésta y quedaron rezagados, sufriendo la nostalgia de los buenos tiempos en que disfrutaban de ventajas y privilegios iniguales. No presintieron el instante en que deben abandonarse las ideas gastadas para suavizar las asperezas de las transformaciones ineluctables.

El establecimiento del sufragio universal en 1874 había señalado el primer paso de la república oligárquica a la poliárquica cuyos límites imprecisos ya cruzamos.

Al finalizar la administración Sanfuentes, estábamos pues, en presencia de una renovación, más que política, social; pasábamos por un período de transformación ideológica en la cual de día a día se subvertían los valores políticos, económicos y sociales, mutaciones que, como la de todo organismo, iban acompañadas de una suspensión de energías vitales.

Era un momento crítico que debíamos encarar con actividad y vigor para encauzar las nuevas aspiraciones por el camino del orden y de la legalidad.

Administración Alessandri

Uno de los candidatos a la presidencia, que desde hacía tiempo ambicionaba el cargo, enarbóló esta bandera: don Arturo Alessandri.

Señalado y complejo personaje de acentuadas líneas, vivo,

rebelde, díscolo desde niño, continúa siendo en su virilidad, brillante, impulsivo, osado, intercadente y sentimental. Todas estas cualidades se revelan en su semblante vivaz y lampiño, en donde no hay sombras que oculten los matices fugaces de la expresión de su rostro, luminosidad que le da un aspecto de vigor y de juventud propio de los predestinados.

Es de gran potencialidad de trabajo, de incontrastable energía para alcanzar lo que se propone, a lo que todo sacrificio sin reparar jamás en los medios. Vehemente, optimista, semipoeta, se entrega sin medida, con todo ardor, a las causas que defiende, a sus odios, a sus amigos y prosélitos.

Obra siempre por impresiones más que por convicciones o raciocinios; hay en él mucho de vidente, lo que le da fe para acometer las empresas más arduas, fe fascinadora que arrastra dos poderosas fuerzas guiadas por la intuición: las muchedumbres y las mujeres.

Antes que correcto parlamentario, es elocuente tribuno de voz cálida y rotunda, saturada de romanticismo.

Se rompen con él los viejos moldes de los mandatarios descendientes de tercos vascos que se imponían por su tiesura, circunspección y austeridad; de verba fogosa y sangre ardiente, es otro temperamento, con diversa expresión, lengua y voz; es el del locuaz y apasionado italiano, con la astucia y amable mundanidad de aquel pueblo.

Impulsivo y verboso por sobre todo, a estas cualidades ventajosas para la ascensión de un político, inconvenientes para el prestigio de un gobernante que necesita obrar con cautela y pesar las consecuencias de sus expresiones, a ellas debió en gran parte el señor Alessandri su encumbramiento.

Cuando habla al pueblo, tiene siempre el corazón a flor de labio.

Como en todo gran actor, no es simulado su enardecimiento, ni mentida su sensiblería; mientras perora, se indigna, se enternece en verdad, emocionado de oír vibrar su propia voz. Así, este magnetizador de voluntades fascinó al pueblo, sedujo a las mujeres, atrajo a la clase media e intimidó a los dirigentes.

No habíamos tenido caudillaje, porque desde la colonia las trascendentales disidencias que nos han separado sobre orden, libertades, religión, libre pensamiento, no consintieron que la preponderancia personal fuera el eje de la política. Perdieron

estas cuestiones su importancia, sin adquirirla otras que las han reemplazado, y en este período de transición aparece el primer gran caudillo. Y como tal, nadie ha sido más capaz que él de impulsar la evolución democrática en Chile, ninguno tuvo visión más clara de esta necesidad, ni mostró mayor audacia para realizarla.

Hasta sus imperfecciones hicieron de él un hombre providencial.

No muy estrecho de conciencia, el respeto a la verdad no detiene su palabra acariciadora o amenazante. Y esto, que extrañará al pensador, es lo habitual en los políticos que con voces insinceras disfrazan su pensamiento, porque su propósito no es darlo a conocer sino realizarlo. La meticulosidad de los hombres de pensamiento no es la norma de los hombres de acción. Un pacato, un puritano, quizás no habría triunfado profesional y políticamente con tanta facilidad; no habría obtenido la senaduría de Tarapacá, ni la presidencia de la República; no habría dominado los resabios oligárquicos de la clase dirigente; ni conducido a Chile al arbitraje con el Perú a despecho de la desidia gubernativa y de los prejuicios patrioteros; ni establecido el régimen presidencial de gobierno en la nueva constitución, contrariando la concienzuda voluntad del país.

Como todo genial *meneur* o *condottiero*, el señor Alessandri ha sugestionado a las multitudes proyectando sobre su amorfia la sombra de su destacada personalidad. Prestigiador, exuberante de frases falaces, mueve con ellas a las muchedumbres a su antojo: a su ascensión y a la de sus camaradas, la llamó renovación de valores; al despotismo presidencial, sistema criollo de gobierno; a los elementos apolíticos que pretendió oponer a los partidos que rechazaban su proyecto de constitución, fuerzas vitales.

Como todo caudillo, posee admirable dinamismo; se da por entero al momento que vive; le place la brega, no abandona las armas; su descanso es el pelear. Cuando no tiene adversarios, los busca combatiendo a los más independientes de sus adeptos y se mezcla en las luchas internas de los partidos que lo apoyan.

Todo lo hace girar alrededor de su persona; considera el país dividido en amigos y enemigos; concede todo a los primeros, de quienes sólo exige incondicional adherencia, y niega el pan y el agua a los últimos.

Toma actitudes, crea sin necesidad situaciones extremas para deslumbrar al pueblo y busca por sobre todo la popularidad.

Espíritu a quien seducen las palabras, las que despiertan su pensamiento y estimulan sus voliciones, el apodo cariñoso de sus partidarios ha influido poderosamente en su conducta.

Muchos de sus acometimientos debe haberlos provocado el recuerdo de esa voz sugerente.

Se siente león.

El señor Alessandri, hasta la elección senatorial de Tarapacá, en 1915, fraternizó con los que después llamó oligarcas y militó en la coalición conservadora, en cuyos brazos surgió, usufructuando de sus privilegios.

Por su clara visión política, percató antes que otros, la indiferencia y el cansancio por los credos feneidos, el deslustre de las opiniones dominantes, el descontento por el régimen existente, el anhelo general de renovación y sacó del oscuro fondo del alma popular fórmulas nuevas y seductivas, modernos conceptos de justicia y derecho que correspondían a los nuevos sentimientos hasta entonces inexpresados en Chile por otra voz de tan grandes ecos.

Tuvo la virtud, interesada o no, de renovarse incesantemente, sin que lo encadenara la gratitud o la palabra empeñada ni lo detuvieran graves meditaciones. Su actividad febril en la lucha electoral y después en el gobierno lo compelió a ser, a pesar de su talento, un comediante de grandes gestos y escasas ideas originales, porque pocas veces pudo hacer vida interior.

Un filósofo dice que el ideal del pensador difiere de la aspiración del político; aquél busca la verdad en la serena contemplación de los hechos, a éste, más copioso en apetencias que en reflexiones, lo cautiva la brega con los hechos mismos que tiene diariamente que sojuzgar. Y el Sr. Alessandri ha mostrado ser un político pleno de voluntad y acción.

En la contienda, acaudilla las nuevas tendencias y, como es combatido por todas las fuerzas tradicionales, aristocracia, clero, dinero, influencias gubernativas, hace a sus amigos y partidarios, con labios tremulantes de ímpetu, la promesa irrealizable de cambiar las actuales condiciones políticas, sociales y económicas, la verbosidad es en este caso motivo de su propio engaño; incita todas las pasiones, envidias, odios, justos resentimientos, la aversión a los egoístas intereses creados, el malestar acumulado.

lado de las clases pobres por la indiferencia o desprecio de las clases ricas a las que llama «canalla dorada», y empuja a la lucha la mesocracia de las provincias contra la aristocracia de la capital con el título de centralismo, la clase dirigida contra la dirigente con el distintivo de oligarquía, el proletariado contra el capital con el nombre de explotación y usura.

Sin intermisión, pronuncia enternecido esta vieja frase que se remoza en sus labios y que hace célebre: «el odio nada engendra, sólo el amor es fecundo».

Favoreció su exaltación la ligereza de su carácter, que le permite transformarse por instantes; la veleidad de sus ideas, que le había facilitado el paso de la coalición a la alianza liberal y le dió oportunidad de atraerse algunos adversarios del día anterior; su instinto del sentimiento de la multitud, que le impelió a impresionarla con lo teatral de sus actos, a hablarle el lenguaje que hiere su sensibilidad, a encontrar el acento que la conmueva y arrastre, y su irresistible simpatía personal, su poder de comunicabilidad sentimental, su fecunda imaginación y un no sé qué de atrayente, magnético, que sugestiona a la muchachería y a las clases populares. Lo favoreció asimismo el momento propicio de subversión de los valores sociales en que no se respeta la autoridad, ni los hábitos políticos, ni los prestigios bien adquiridos; que hace desoir la voz de los jefes de la alianza liberal que repulsan su pretensión, y, para complemento de todas estas circunstancias, le ayuda hasta la personalidad de su contendedor.

Varón de arraigadas convicciones liberales, don Luis Barros Borgoño no era el candidato que podía oponerse al señor Alessandri en ese momento histórico. Frío orador académico, carácter no vigorizado por las luchas estimulantes de las asambleas populares, sus ilustres apellidos, el influyente puesto público que ocupaba, la presidencia que ejercía del Club más aristocrático del país, su inclinación a la suntuosidad, todos ellos motivos de impulsión en época anterior, pasaron a ser entonces causa de impopularidad; hasta su rectitud, que le impidió emplear en la lucha electoral armas enherboladas, obstó a su triunfo. Apareció como el representante genuino de la oligarquía decadente, del Chile tradicional que va hundiéndose en las sombras de la historia para dejar libre paso al Chile nuevo, evolucionado y democrático.

Nunca el pueblo se interesó tanto por una elección; ningún jefe del Estado, asumió el mando rodeado de más grandes simpatías populares; la plebe montó la guardia a su alrededor, creyendo con esto impedir contra él arreglos o confabulaciones de los dirigentes.

El roto, despertado de improviso y doliente del letargo de su ignorancia y miseria, necesitaba palpar sus afectos y sus odios, ya que sus inejercidas facultades de abstracción le impedían sintetizar vivamente sus aspiraciones en ideas y programas políticos. Sus rudos sentimientos fueron encarnados en Alessandri, a quien convirtió en símbolo del nuevo espíritu, en redentor del proletariado. De ahí, la idolatría que aquél despertó en su alma de niño; de ahí, las esperanzas mesiánicas que colmaron su corazón angustiado; creyó en el advenimiento de una nueva era de hartura en que el poder caería en sus manos para vengar siglos de agravios.

La victoria quedó indecisa en las urnas. El señor Alessandri amenaza entonces con huelgas, agitaciones populares y sublevación del ejército a sus adversarios, quienes ceden y entregan la solución del conflicto a un tribunal de honor que da el triunfo a aquél por un voto.

La constitución de este tribunal en esta áspera contienda y el acatamiento de su resolución, muestran que hasta entonces persistía aún el instinto racial de orden en nuestro país y que las clases dirigentes, cuando peligran nuestras instituciones, deponen para salvarlas sus más caros afectos, sus más intensas pasiones.

Con mayoría en la cámara baja y minoría en la alta, desde el momento en que el Congreso ungíó al señor Alessandri, empezó éste una acerba lucha con sus adversarios. En la charla con un reportero, mientras se vestía para ir al Congreso a recibir su investidura, amenazó al Senado con lanzar sobre él sesenta mil hombres del populacho.

Todos los conflictos políticos posteriores se produjeron por la enconada aversión al señor Alessandri de la mayoría del Senado, por la tenacidad de esta cámara en resistir las reformas sociales necesarias, en defender los privilegios de su clase, en mantener su situación electoral, y por los arrebatos del Presidente; pues, al sostener ambos principios o intereses opuestos, no tuvieron la abnegación de sacrificar sus resentimientos persona-

les en homenaje a las conveniencias del país que, para su prosperidad, necesitaba por sobre todo gobierno honrado, paz y armonía de los poderes públicos.

El gobierno del Sr. Alessandri, que tantas esperanzas hizo concebir y que en realidad mejoró la condición del proletariado por medio de leyes o haciendo justicia al obrero en los conflictos con el capital, se deslustró cual muchos de los anteriores con escándalos en la administración, como los robos hechos en los albergues de los desocupados y con el enriquecimiento de audaces gestores administrativos que, por desgracia, eran al mismo tiempo amigos íntimos del Presidente.

Se avecinaba la renovación del Congreso de 1924.

La Alianza Liberal tenía mayoría de electores; la Unión Nacional, más dinero. La Alianza, sin jefes con temple de caudillos y sin cohesión, podía ser vencida por la Unión, compacta, con jefes astutos y resueltos. El señor Alessandri no titubeó: acaudiilla a los partidarios de la Alianza, y con el pretexto de inaugurar una exposición industrial en Osorno, recorre el sur del país pronunciando violentos discursos, en contra del Senado y de la Unión Nacional, en todos los pueblos del trayecto.

Acongojado ante el temor de una dictadura, a su regreso, fuí a escuchar al Presidente.

Desde las últimas filas de la muchedumbre que llenaba la plazuela de la Moneda, sólo pude oír unas pocas palabras aisladas pero confortantes: ¡patria! ¡libertad! ¡derechos! ¡constitución!

Mi regocijo pronto se desvaneció por el recuerdo de la escena final del romance Numa Roumestan de Daudet: Mientras la esposa del verboso meridional devoraba en el silencio de su alcoba el desastre moral de su hogar arruinado por las infidelidades del gran político, éste arengaba en la calle a la multitud, y al oído de la mujer dolorida llegaban solamente las más acentuadas palabras del tribuno: ¡mi alma! ¡mi sangre! ¡la moral! ¡la religión! subrayadas por el batir de palmas de un auditorio hecho a su imagen que resumía sus cualidades y sus defectos.

Al día siguiente, leí el discurso, que decía: «Hay en el Senado una mayoría que no cuenta con la opinión pública, que no tiene raíces en el país, que no responde a nada y que, a pesar de todo, ha pretendido frustrar el movimiento de opinión que yo represento y que en estos momentos yo encarno». Y más ade-

lante: «Yo me encargaré de purificar los asientos parlamentarios».

Días después, el Presidente telegrafió a uno de sus Ministros a fin de que impidiera la propaganda adversa a su política de algunos congresales que hacían una correría por el sur de Chile. «Obtenga», le decía, «de los amigos de esa y demás ciudades que «traten a Ismael Edwards y su comparsa como lo merecen: una «vez por todas deben expulsarlos violentamente donde vayan, «para secundar así la actitud del gobierno y acabar de una vez «con la campaña».

El temperamento del caudillo vibra en estas arengas y estos actos.

El Chile laborioso, ajeno a los políticos profesionales, permaneció indiferente al apasionamiento de esta contienda.

A través de las frases ampulosas sobre reformas sociales, rendición de las clases explotadas, por una parte, y sobre defensa del orden constitucional subvertido, de la moralidad administrativa, por otra, el país industrioso adivinaba que los choques del Senado y la Unión Nacional con el Ejecutivo y la Alianza Liberal eran originados, más que por esas oriflamas, por nombramientos diplomáticos u otros cargos importantes, inveterados odios políticos, atrincheramiento de intereses creados y, sobre todo, por el propósito de alcanzar la supremacía en las elecciones de 1924.

Por esto, ni los gritos desaforados de los senadores que rasgaban indignados sus vestiduras, ni el frenesí del Presidente sacudieron su apatía. En lo más arduo de la controversia política, los elementos de más valía siguieron laborando silenciosamente y durante ella subió el cambio.

La Unión Nacional temía con fundamento que el Presidente hiciera triunfar con las influencias oficiales de que disponía las candidaturas de sus amigos personales y contertulios de palacio. Para obtener garantías en las elecciones, la tercera mayoría del Senado suspendió las leyes constitucionales, negándose a aprobar la renovación de su vigencia.

La prudencia aconsejaba una transacción. Los mediadores obtuvieron que el gobierno ofreciera dar a la oposición garantías de libertad en las elecciones, a condición de que ella facilitara el rápido despacho de anheladas y justas reformas constitucionales, interpretativas, legales y reglamentarias que iban a disminuir las facultades políticas del Senado, a autorizar la disolución de

la Cámara de Diputados por el ejecutivo y a reformar el reglamento de ambas cámaras, facilitando la acción de las mayorías.

La actitud decidida del Presidente obligó a ceder a la oposición, que se comprometió en un pacto de honor a dar paso libre a las leyes constitucionales suspendidas y a aceptar las reformas propuestas.

Todas ellas fueron aprobadas; mas el Presidente, al recordar aquella observación de Maquiavelo: «no debe un señor guardar la fe, si es el que guardarla puede perjudicarle», no creyó que debía cumplir su promesa, se negó a retirar o alejar de sus puestos a los funcionarios sindicados de parcialidad e intervino en las elecciones por medio de sus representantes y del ejército y carabineros, en tres o cuatro provincias, para satisfacer sus afectos u odios personales y cumplir su anhelo de tener mayoría en ambas cámaras que le permitiera gobernar con firmeza.

Aunque esta última aspiración era patriótica, como siempre, el señor Alessandri, al defender nobles ideales o grandes causas, en su vehemencia por vencer, se excedió en los medios que empleó para triunfar.

Al precio de cualquier sacrificio, las clases populares deseaban concluir con las viciosas prácticas parlamentarias que permitían que los partidos vencidos en las urnas, por medio de combinaciones políticas o de la obstrucción a los partidos triunfantes, continuaran influyendo o participando en el gobierno.

No es extraño entonces que la *querida chusma*, como llamó el señor Alessandri al populacho, y los funcionarios que eran adictos a su persona obraran en las elecciones de 1924, con rudeza y ordinariet y extremaran su celo por la causa del caudillo para terminar con el desgobierno producido por mayorías divergentes en ambas cámaras y concluir con la incomprendión o terquedad de una combinación política que, desconociendo la psicología popular, el cambio profundo que en ella se había producido, el irresistible movimiento universal que la había sacudido e impulsado a la rebeldía, estuvo siempre, con raras excepciones, en son de combatir las nuevas aspiraciones de renovación social.

Resultó así elegido un Congreso con menos ascendiente que los anteriores y con mayoría aliancista en ambas cámaras, el cual podía cooperar a la realización de los proyectos del Presidente y permitirle gobernar sin tropiezos, como en los buenos tiempos de la omnipotencia presidencial.

A pesar de sus máculas, a gran número de ciudadanos, este resultado pareció preferible al desgobierno y esterilidad de los últimos lustros. Así puede explicarse que el país soportara resignado la intervención electoral del Presidente y que muchos aplaudieran sus arrestos caudillesscos, sacrificios que se creían necesarios para alcanzar reformas sociales impostergables y obtener estabilidad y eficiencia en el gobierno.

Pronto sobrevino el desengaño. La indisciplina de los partidos que componían la Alianza Liberal hizo estéril la victoria alcanzada y se desvaneció de este modo la postrema esperanza de restablecer la autoridad y eficacia del gobierno.

Crisis del parlamentarismo No sólo en Chile está desprestigiado y atraviesa una penosa crisis el régimen parlamentario. Es un fenómeno mundial. Nace del avance democrático, que ha conducido al poder nuevas clases populares, ávidas de dominar, cuyos representantes expresan más fielmente los anhelos del pueblo; pero con menos ciencia y ponderación que los congresistas que han venido a sustituir, lo que ha menguado las prácticas parlamentarias. Se ocasiona entre nosotros, porque, salvo en breves períodos, no hemos tenido mayorías parlamentarias homogéneas, a causa de la multiplicación de los partidos políticos. Se origina en todas partes por las inculpaciones que a los parlamentarios se hacen de gestionar empleos para sus correligionarios, privilegios para sus circunscripciones electorales y, lo que es más grave, de favorecer interesadamente a individuos o empresas particulares, y por último, procede del excesivo poder del estado moderno aún no descentralizado, de la multiplicidad de funciones que ejerce y que aumentan progresivamente con la civilización, o sea, de la complejidad cada día mayor de los problemas sociales y económicos que exigen mayor preparación técnica de la que por lo general poseen los congresistas para dictar leyes.

. Los ciudadanos más idóneos hayan dificultades para ir al Congreso; el sufragio universal coloca a los parlamentarios más que antes al nivel intelectual medio de sus electores; declinan por esto la competencia, la oratoria y el tono de las cámaras y no inspira las consideraciones de antaño la calidad de congresista.

El desprestigio alcanza hasta la democracia. Los descontentos

discurren contra ella y contra el parlamentarismo, inculpándolos de todos los vicios que son propios de cualquier régimen político cuando el espíritu público desfallece, el egoísmo cunde y mengua la solidaridad social, males que pueden resumirse en irresponsabilidad, inercia, verborrea, favoritismo, ineptitud, veleidad y corrupción política.

En Chile, se agravó el descrédito del gobierno parlamentario con la indisciplina de los partidos, las corruptelas administrativas, el abandono del correcto ejercicio de las facultades ciudadanas, y sobre todo, con la desidia del congreso y el desorden financiero que retardaba el pago de sus emolumentos a los empleados públicos durante meses.

Mientras tanto, exasperada por su impotencia para vengar los agravios recibidos, la Unión Nacional exageraba en la prensa los errores y faltas del gobierno y conspiraba contra él. Hubo conciliábulos políticos y reuniones con jefes militares. La conspiración no tuvo éxito; pero quedó latente.

La disciplina de las fuerzas armadas difería de la del glorioso ejército de 1879.

Hubo síntomas de indisciplina en la administración de Errázuriz Echaurren, que éste reprimió con severidad; en el gobierno de Riesco, a quien el general Yáñez compelió a aumentar los sueldos del ejército; en la presidencia de Montt, que obligó a retirarse a varios oficiales insubordinados; en la de Barros Luco, que permaneció impávido ante la amenaza de un motín de tropas durante un desfile de ellas el 19 de Septiembre, y en la de Sanguineti, que hizo juzgar por un tribunal militar que los condenó a varios generales y jefes que habían instituído una junta para organizar, según ellos, un gobierno fuerte y en realidad, para dirigir el país con criterio miliciano.

El propio Presidente había contribuido a relajar la disciplina, con el apoyo que prestó a los militares castigados en 1919; con inducir a jefes del ejército a sublevarse, caso que lo hubieran vencido en la contienda política de 1920, y con la intervención electoral de 1924, en que mezcló al ejército.

**Revuelta
de Sep-
tiembre de
1924 y pri-
mera dic-
tadura
militar**

En el desbarajuste general del país, en la carencia de autoridad, sólo quedaba en Chile una fuerza organizada y potente, la de las instituciones armadas. Ellas podían dominar en cualquier momento y lo hicieron.

Al ejemplo que ofrecía España, al malestar que flotaba en el ambiente y que repercutía en el ejército, se agregó el propio descontento de los militares, con su tropa mal pagada y desatendidos en sus exigencias para que se aumentara la planta reducida de oficiales y se reformaran las defectuosas leyes de ascensos y retiros:

Fué causa inmediata de la revuelta de Septiembre, la posterización en el congreso del proyecto de mejoramiento de la situación del personal del ejército y demás leyes militares, y sirvieron de pretexto para llevarla a cabo un proyecto del gobierno, mal recibido por la opinión pública, para emitir \$ 110.000,000 de papel moneda y la aprobación inoportuna de la dieta parlamentaria. Estos hechos precipitaron los acontecimientos.

Sin relación alguna con el complot que venía preparando la Unión Nacional, la oficialidad joven de la guarnición de Santiago, en las noches del 2 y 3 de Septiembre de 1924, hizo en las tribunas del Senado espontáneas manifestaciones de desagrado por la aprobación de la ley que concedía dieta a los congresistas; pero sólo más tarde tomó el movimiento una orientación más definida contra el parlamento.

Sin un plan trazado de antemano, este movimiento, al cual el Gobierno pareció no darle importancia, por el solo dinamismo de los acontecimientos, prosperó rápidamente, casi apesar de sus autores, tomando aliento a medida que el Gobierno cedía, y se despertaba la ambición de los jefes, incitados por los dirigentes de la Unión Nacional, suspensos estos mismos del auxilio inesperado que les llegaba.

Dos tendencias diversas entre los militares convergieron así en el propósito común de derrocar al gobierno; la de algunos oficiales superiores que trabajaban concienzudamente en este fin de acuerdo con la Unión Nacional y la de casi la totalidad de los oficiales inferiores que, sin miras políticas, sólo deseaban obtener reformas en el escalafón militar, en la ley de retiro y medra de sueldos.

Fuera del ejército, los civiles con sus discordias intestinas es-

timularon la revuelta y coadyuvaron a ahogar el respeto a las tradiciones de orden y devoción de los intereses nacionales.

En la tarde del 4 de Septiembre, se reunieron en el Club Militar cerca de 400 oficiales, los que acordaron exigir del gobierno que despachara las leyes militares y opusiera su voto a la ley que concedía dieta a los parlamentarios.

En la noche, el Presidente llamó a la Moneda a un oficial de los más descollantes del movimiento; este acudió con otros dos a quienes designaron los oficiales para la entrevista.

El Presidente les dijo más o menos: «Uds. saben que el Señor anterior no me dejó gobernar; saben que en las últimas elecciones hice todo lo posible por obtener un congreso afecto a mi gobierno; pero lo que Uds. parecen ignorar es que aquellos que me debieron apoyar son precisamente los que me impiden gobernar.

Los oficiales le pidieron consejo y el Presidente les agregó: «Pídanme Uds. por escrito el despacho de tales y tales proyectos, los que a pesar de mis esfuerzos no he logrado obtener; «yo me comprometo a patrocinarlos. Si el ejército está conmigo, yo estoy con el ejército; no olviden Uds. que yo cuento con el apoyo de la opinión pública».

En la mañana del 5, los oficiales designaron a los compañeros que debían formar la Junta Militar para dirigir el pronunciamiento en nombre del ejército y aprobaron las peticiones que iban a presentar al Presidente, las cuales en su mayoría eran las insinuadas por él mismo.

Una delegación de la Junta militar acudió un poco más tarde a la Moneda a pedir el cambio de gabinete y la aceptación del pliego de condiciones que la Junta había redactado.

En esa reunión, un joven oficial impetuoso expuso en nombre de sus compañeros que exigía el cambio de Ministerio. El señor Alessandri, en un gesto de dignidad, repulsó la demanda impetuosa. Los jefes superiores intervinieron dando explicaciones satisfactorias y la reunión continuó en tono cordial.

El Presidente les expuso que las peticiones se conformaban a sus ideas y sus deseos y en obedecimiento a la imposición de los militares, ofreció vetar la ley que concedía dieta a los parlamentarios, aceptó la renuncia del Ministerio y encargó al general Altamirano la organización del nuevo gabinete, creyendo

con esto apaciguar la sedición. Llamó después a su despacho al señor Altamirano y le interrogó sobre los rumores circulantes de que su asunción obedecía al plan premeditado de derrocarlo. El general rechazó como falsa esta especie. Preguntados asimismo algunos jefes de la revuelta sobre sus propósitos por los congresistas de mayoría, expusieron que pretendían sólo restablecer la normalidad constitucional, por lo cual continuaban prestando su cooperación al ejecutivo y al congreso y exigían únicamente la rápida aprobación de los presupuestos, de los proyectos pendientes de leyes sociales y de las leyes militares. (1).

Por la presión militar, por instancia del Presidente y por instinto de conservación, las cámaras abatidas, con una sola voz de reclamo, pronto ahogada, aprobaron en la tarde del 8 de Septiembre sin discutir dichas leyes.

A media noche del 6 de Septiembre, el Presidente había llamado a un miembro de la Junta Militar para pedirle que dicha dirección presentara un nuevo pliego de peticiones con el objeto de sustituir el régimen parlamentario, que había hecho crisis, por el presidencial (2).

Hasta esa noche, creyó el Presidente poder dominar el movimiento; mas la Junta Militar, que desconfiaba de él y le temía más que al Congreso, pensaba ya en alejarlo y ocupar el gobierno, olvidando las reiteradas promesas que había hecho de respetar los poderes constitucionales.

La mayoría del Senado pretendió resistir débil y morosamente, al rechazar el día 9 la renuncia que acababa de hacer el señor Alessandri y acordarle permiso para alejarse del país. Era demasiado tarde. El Ministro del Interior asumió la Vicepresidencia y después una Junta de Gobierno compuesta de los ge-

(1) Las leyes militares despachadas fueron:

N.º 4043 que daba personería jurídica a las Fábricas y Maestranzas del Ejército.

N.º 4044 sobre caja de retiro del Ejército y Armada.

N.º 4047 que aumentaba la planta del Ejército.

N.º 4048 que aumentaba los sueldos del personal del Ejército, Armada y Carabineros.

N.º 4040 de ascensos del Ejército.

N.º 4050 de retiro del personal del Ejército y Armada.

(2) Estas actuaciones del Presidente, fueron conocidas por una exposición que hizo la Junta Militar el 30 de Noviembre de 1924 para justificar sus procedimientos.

nerales Altamirano y Bennett y del almirante Neff, que contaba con la adhesión incondicional de la armada, se apoderó del poder el 11 y el mismo día clausuró las cámaras.

La bota militar dió un puntapié al intimidado Congreso y otro al Presidente, que se creía invulnerable, confiado en su popularidad.

Fué esta la caída de un régimen, no de un partido, pues todos habían contribuído a provocarla.

Entre el júbilo desbordante de sus adversarios y la templada satisfacción de algunos de sus parciales, tuvo el señor Alessandri, asilado en la Embajada Americana, que alejarse del país en la tarde del 10, antes que la Junta de Gobierno aceptara su renuncia.

Su derrocamiento no provocó resistencias del populacho, ni el pueblo se congregó en magnos comicios de airada protesta como se esperaba; hubo sólo reducidas manifestaciones de sus amigos frente a la Embajada y al Congreso y en la Plaza de Armas después de su partida.

En unas cuantas horas, se desvaneció su popularidad, suceso extraño, desconcertante, ilógico, como también lo fueron la apoteosis con que fué recibido cinco meses más tarde, el 20 de Marzo de 1925 y la apática actitud popular ante su recaída, verificada poco después el 1.^o de Octubre y antes de concluir su período presidencial.

A primera vista, si sólo las leyes de la causalidad rigieran estos hechos, en donde los sistemas no tienen cabida, y si inquiriendo más no hubiéramos encontrado algunas de las causas que los produjeron, ellos nos habrían inducido a creer faltas de toda cordura y fijeza a las multitudes, que, aparte de sus intereses materiales, ignoran lo que desean y lo que les conviene y que las domina una enfermiza sensiblería o una indiferencia alternada con esporádicos entusiasmos.

El señor Alessandri había siempre percibido con certeza el impulso poderoso del alma veleidosa e irritable de la multitud y siempre había sabido servirse de ella y dominarla; mas en esta ocasión, quiso su sino que su influencia se anulara y que fuera abandonado por ese mismo espíritu popular que había antes dirigido.

En esa época, se había ya esfumado la ilusoria esperanza en una próxima revolución social, erróneamente deducida por la

imaginación popular de las ideas de solidaridad que el Presidente había esparcido en la plebe y, junto con la pérdida de esta ilusión, había también amenguado la fe y el entusiasmo por el caudillo. Con todo, esto no explica tan general indiferencia en las clases populares; porque su gobierno había hecho adquirir valimiento y relieve a nuevas clases sociales y hecho surgir dentro de ellas prestigios nuevos que debieron serle agradecidos y que, sin embargo, se fundieron en el indeferentismo común.

En las clases letradas, no abúlicas, unos por pasión política, otros por esperar en el cambio un mejoramiento acorde con el profundo y general anhelo existente, presenciaron también impasibles la revuelta y facilitaron de este modo su triunfo.

Entonces como hoy, tener un gobierno estable, eficiente, fuerte, que sustituyera al incierto, siempre provisional de los últimos tiempos, que activamente protegiera y estimulara la prosperidad material del país y el desarrollo de su cultura, funciones que constituyen en esta época el concepto predominante de la administración de los pueblos, y sobre todo, que satisficiera el anhelo de orden, de economía en la inversión de los fondos públicos y de autoridad, imponiendo el respeto a la ley, ha sido y continúa siendo la constante aspiración de todos los buenos chilenos.

Mas, como toda demasía es perjudicial, aun el justo deseo de perfeccionamiento ético, político, social, truécase en peligroso cuando es excesivo. La aspiración exagerada e irrealizable de alcanzar un gobierno perfecto produce descontento del presente y censuras a veces injustas que inducen a sacrificar a esta utopía instituciones correctas y hasta bienes de incommensurable precio como son las libertades públicas.

Por un paralogismo explicable por el trastorno de las instituciones, gran parte de la opinión pública, condenó el sistema de gobierno representativo, execró la política y abominó de los políticos.

A pesar de sus defectos, no se ha encontrado todavía gobierno más adecuado al régimen democrático y que garantice mejor las libertades públicas que el representativo; fuera de él no queda sino el despotismo de un dictador o de una minoría, casta o facción. No se concibe un gobierno democrático sin política y partidos políticos. Ni mejores ni peores que los partidos o clases sociales que representan y que de ellos emanan son generalmente

los políticos; aparecen más corrompidos, porque el odio de facción desmenuza, comenta y exhibe apasionadamente sus actos y palabras.

Hombres, partidos, castas se esfuerzan siempre por legitimar sus justas o ilegítimas ambiciones y los actos que ejecutan para realizarlas. No ha habido revolución, tiranía, caudillaje que no haya procurado poner de acuerdo el móvil interesado o mediocre que lo guiaba con un ideal superior.

La Junta Militar, comité ejecutivo compuesto de jefes y oficiales que se hizo cargo de la dirección de la revuelta, buscó razones que la justificaran, quiso interesar al país en el movimiento, atraer al pueblo, dar aire de idealidad a los móviles prácticos que la impulsaron y el 11 de Septiembre de 1924 expidió un manifiesto a los chilenos en que pedía que esperaran y tuvieran confianza en las instituciones armadas y en el gobierno que habían formado.

Según decía el manifiesto, los había inducido a efectuar el movimiento sedicioso ver que «la corrupción de la vida política llevaba las instituciones al abismo» que «la propia carta fundamental empezaba a resbalar empujada por intereses meramente personales» y que la «miseria del pueblo, las especulaciones, la mala fe de los poderosos, la instabilidad económica y la falta de esperanza en una regeneración habían producido un fermento peligroso en las clases cuya lucha por la vida es más difícil».

Por último, agregaba que su finalidad era «devolver a la patria el libre juego de sus instituciones nuevas y sanas, convocar una libre asamblea constituyente de la cual surga una Carta Fundamental que corresponda a las aspiraciones nacionales» y una vez obtenido esto «proceder a la elección de los poderes públicos sobre registros hechos por inscripciones amplias y libres».

Con sana intención y para congraciarse con las clases populares, la Junta Militar quiso dar tendencia democrática al movimiento de Septiembre, olvidando que la democracia mal se aviene con el militarismo y su mentalidad. La organización militar es rígidamente oligárquica, contraria a la índole de la verdadera democracia.

Con muy buena fe, prometió mantener las libertades públicas, ignorando que un gobierno que no es de origen civil sólo puede

sostenerse por la coacción militar, la cual tiende a ahogar toda crítica y toda oposición. El gobierno de *facto* lo primero que hizo fué atropellar las leyes fundamentales, cuyo respeto es el mejor amparo de las libertades ciudadanas.

Con muy laudables propósitos, deseó por último que la Junta de Gobierno se mantuviera alejada de los partidos políticos, prescindiera de ellos, sin pensar que todos los hombres públicos de Chile están afiliados a las parcialidades políticas y estas no habían desaparecido con la revolución. Existirán mientras haya ideas, intereses y pasiones que son las que suscitan las opiniones, las controversias y las luchas políticas.

La Junta de Gobierno creyó no hacer política y desde el momento que asumió el mando la hizo; tuvo admiradores y adversarios, y, como no podía pedir la colaboración de los partidos que había expulsado del gobierno, formó su Ministerio con políticos contrarios a la Alianza Liberal, los que naturalmente hicieron política unionista.

Quizá con mayor eficacia por su libertad de acción que los gobiernos anteriores, la Junta de Gobierno y su ministerio civil administraron honradamente el país; mas, por la fuerza de los acontecimientos, por la índole militar del ejecutivo, hicieron un gobierno despótico y prestaron apoyo a la reacción, dictando decretos-leyes electorales que la favorecían, separando funcionarios políticos aliandistas y disolviendo sus municipalidades.

La Junta Militar, en donde predominaban los oficiales jóvenes y sus tendencias avanzadas, que continuaba inmiscuyéndose en el gobierno, juzgando que la revolución era su obra, cuya dirección le correspondía, se puso en abierta pugna con el ministerio a quien sindicaba de reaccionario, el cual contaba con el apoyo de la Junta de Gobierno y de la Armada que se había manifestado contraria a la injerencia de la Junta Militar en los negocios del Estado. El choque entre la Junta Militar y el Ministerio acarreó la disolución de la primera y el retiro del segundo. Pareció atenuarse con esto la inquietud que existía, mas no terminaron, ni el descontento de la Alianza Liberal por las tendencias conservadoras del Gobierno, ni el malestar dentro del ejército.

Durante la primera dictadura militar, las finanzas fueron dirigidas con acierto y hubo una relativa estabilidad del cambio.

Los decretos leyes que se dictaron tuvieron por objeto

preparar las nuevas elecciones, reducir los gastos, equilibrar los presupuestos y organizar discretamente algunos servicios públicos.

La revuelta, la clausura del Congreso, el ostracismo del Presidente, la dictadura militar no habían cambiado el sentir de los hombres ni el semblante de los partidos políticos. Subsistían estos con las mismas aspiraciones y fuerzas que antes del trastorno; conservaban aquéllos sus ideas, afectos y odios, caracterizándose unos y otros, como en la época de normalidad civil, por su acometividad dañosa al país.

Por esto se frustraron los esfuerzos de los que, más patriota que políticos, quisieron inducir a los partidos a que designaran de común acuerdo un candidato a la presidencia, cuya actitud imparcial y serena hubiera arrastrado los sufragios de todos los chilenos.

La Unión Nacional, que para vencer creía contar con la influencia del gobierno, proclamó la candidatura de un caballeroso caudillo que representaba al patriciado que había ya cumplido su obra y cuya época había ya pasado, adverso al fenómeno trascendental presente de la admisión de las clases proletarias a la vida pública, a los modernísimos conceptos de justicia social y a las nuevas orientaciones que el desarrollo de la sociedad contemporánea ha planteado.

A este candidato diligente y ardoroso, de temperamento y oratoria extraños a la sutileza, discreción y sencillez de nuestra época democrática, la Alianza Liberal tuvo que oponerle otro caudillo de empuje y recursos iguales y no encontró en sus filas sino al presidente desterrado cuyas grandes condiciones de luchador son insuperables.

Desde ese momento, los partidos avanzados, los estudiantes y los obreros comenzaron una activa campaña popular favorable al regreso del Presidente y a su candidatura.

La oposición de la oficialidad joven al candidato de la Unión Nacional, su resentimiento con la Junta de Gobierno por su desabrida actitud con la extinta Junta Militar y el retiro y alejamiento de la guarnición de Santiago de los oficiales más inquietos, impulsó a los descontentos a la revuelta.

**Revuelta
de Enero
de 1925 y
segunda
dictadura
militar**

El 23 de Enero de 1925, con una audacia inaudita y sin verter sangre, un grupo de oficiales y unos pocos soldados, comandados por los mayores Carlos Ibáñez y Marmaduke Grove, asaltaron la Moneda y apresaron a la Junta de Gobierno y sus ministros.

La Marina quiso resistir, mas, ante el temor de una guerra civil, cedió por patriotismo, allanándose a acatar el nuevo gobierno y, a pesar de su renuencia, aceptó también la vuelta al poder del Presidente Alessandri.

Este golpe a mano armada, como todos los actos posteriores de los gobiernos de *facto*, fueron colocados bajo la égida de los postulados del manifiesto de Septiembre, los cuales sirvieronles desde entonces para prestigiar todo lo que por malas o por buenas deseaban hacer.

En aquel documento, se habían hecho tres promesas: dictar una constitución concorde con las aspiraciones nacionales libremente manifestadas; depurar la administración, y mantener las libertades públicas. Veremos cómo se cumplieron ellas por esta segunda dictadura militar y las civiles subsiguientes.

Se pidió al Presidente, en Roma en esas circunstancias, que regresara. Este aceptó condicionalmente en un cablegrama modelo de cordura, patriotismo y ecuanimidad que hizo exclarar a sus adversarios: ¡Qué gran maestra es la desgracia!

Decía el cablegrama enviado desde Roma: «Estimo indispensable la inmediata constitución del gobierno civil, formado por «hombres de amplia confianza en la opinión general del país «y cuyos antecedentes de patriotismo sean prenda segura de «que sabrán sobreponerse a las pasiones e intereses particulares «y que, echando un velo sobre los dolorosos acontecimientos «pasados, encaminen su acción al restablecimiento de la concordia y de obtener las reformas indispensables que requiere la «constitución».

La nueva Junta de Gobierno, compuesta por don Emilio Bello, el general Dartnell y el capitán de navío Ward, tuvo que arrostrar una situación difícil y arriesgada: a la inconsistencia de un gobierno formado apresuradamente, se agregó la irritación de los jefes militares y partidos políticos alejados del gobierno, el descontento aun no apaciguado de la Armada y agitaciones populares en Santiago y Valparaíso.

Para afianzarse, la Junta declaró en estado de sitio las provincias de Santiago, Valparaíso y Aconcagua y dictó decretos-leyes que reflejaban sus temores, ora restringiendo las libertades públicas, ora aceptando las imposiciones de los gremios en huelga, como ocurrió con el desacertado decreto-ley sobre alquileres de habitaciones, dictado por la presión de la liga de arrendatarios.

Al mismo tiempo que se acogía al amparo de las espadas y cedia al constreñimiento de los obreros en huelga y hasta al de los sindicatos de empleados públicos, forzada pusilanimidad que colocó al país durante varios días entre un populacho ensoberbecido y un militarismo autoritario, el Gobierno establecía la censura de la prensa, clausuraba los diarios que no la aceptaron y, a causa de un intento de revuelta del Regimiento Valdivia, ordenaba incoar un proceso en el cual el tribunal militar mezcló a algunos distinguidos políticos de la Unión Nacional, extraños al complot, los que fueron vejados y expulsados de Chile.

Con el propósito de atraerse el apoyo de dos poderosas clases sociales organizadas, la burocracia y las fuerzas armadas, mejoró la situación pecuniaria de ambas, para lo cual alteró las leyes de retiro y ascensos del ejército, redujo a treinta el plazo de cuarenta años de servicios fijados por las leyes entonces vigentes para la jubilación de los empleados públicos y aumentó los sueldos de las policías y de los empleados de los ministerios, correos y telégrafos, administración de justicia, aduanas, impuestos internos, estadística, tribunal de cuentas, tesorerías, dirección del Tesoro, contabilidad y muchos otros más.

Y las medras excedieron en muchos casos del doble o triple de los sueldos pagados en 1924. Así, en los ministerios:

	Ganaban en 1924	Se aumentó en 1925
Jefes de Sección	\$ 12,000	\$ 24,000
Oficiales de partes	6,000	18,000
Archiveros.....	4,800	15,000
Oficiales primeros	3,600	12,000
Oficiales segundos.....	3,000	9,000
Oficiales supernumerarios.....	2,400	6,000
Introduktor de embajadores.....	7,200	24,000

	Ganaban en 1924	Se aumentó en 1925
Bibliotecario de R. Exteriores	6,000	15,000
Of. 1. ^o del Archivo general	3,000	12,000
Of. 2. ^o del Archivo general	2,400	9,000
Of. 3. ^o del Archivo general	1,500	6,000

Esto acrecentó considerablemente los gastos públicos; las jubilaciones y retiros de oficiales se triplicaron y pronto hubo un personal de empleados públicos en ejercicio y otro de jubilados, sanos y fuertes; un ejército activo y otro en retiro. (1)

En siete meses de dictadura militar, se retiraron del ejército nueve generales de división, diecisiete de brigada y diecinueve coroneles; durante los gobiernos de *facto*, gran número de jefes ascendieron dos grados. (2)

Para formarse concepto de lo que significan estos dos ascensos en el escalafón, basta recordar que ascensos iguales solamente obtuvieron en la guerra del Pacífico, oficiales distinguidos en cuatro años de duro guerrear.

Además de los decretos-leyes sobre jubilaciones y aumentos de sueldos, se dictaron muchos otros necesarios que la opinión reclamaba desde varios años.

El segundo gobierno dictatorial, caracterizado por la profusión de decretos-leyes que dictó, efectuó así una revolución puramente legislativa en que derramó tinta en vez de sangre.

En sus postrimerías, esa dictadura, contrariando el sentido de las proporciones que hasta entonces había revestido de dignidad todos los actos públicos, dictó un decreto-ley, felizmente revocado por el propio Presidente, que cambiaba el nombre de la Alameda de las Delicias por el de Presidente Alessandri.

Como la aspiración de mejoría, contraste perenne entre lo real presente y lo ideal, sombra que siempre huye, supera a toda reflexión, la generalidad confió en que la vuelta del Presidente, Enriquecido con la experiencia recogida en el destierro que le habría dado la templanza, la serenidad de espíritu que le faltan y libertado ya de compromisos políticos y del constreñi-

(1) Las pensiones, retiros y jubilaciones que en 1924 llegaron a \$ 16,550.837 y para el presupuesto de gastos para 1925 alcanzaron a \$ 17,841.384, en 1926 suben a \$ 67.000.000.

(2) Hoy hay 58 generales retirados.

miento del Congreso, de los amigos, de los correligionarios, traería el sosiego que el país necesitaba y terminarían con su regreso las conspiraciones que se urdían en las sombras de los cuarteles, el exaltado afán de renovación lleno de escollos, el anonadamiento del principio de autoridad, el egoísmo, la petulancia, las zozobras, resultados de la revuelta, que cargaban de congoja el ambiente.

**Primera
dictadura
civil**

Por esto el anuncio del retorno del Sr. Alessandri abrió horizontes a la esperanza y su llegada fué una apoteosis; alborozo general, arcos triunfales, aplausos de la multitud.

Las turbas tornaron a aclamar al ídolo; el pueblo volvió a creer en él.

Y en ese día, en el discurso que pronunció el señor Alessandri desde la Moneda correspondió plenamente a la confianza que inspiraba.

Habló con moderación, alteza de miras, serenó a los adversarios, apaciguó resentimientos y unió todas las voluntades en nombre de la patria. Dijo: «El partido con que yo gobernaré «será el partido de la nación, el partido del bien público, el partido de los que amen a Chile. No acepto dictaduras. Buscaré «la cooperación de todas las fuerzas sociales».

Vibraba todavía el eco de estas confortantes palabras, cuando ya el Presidente las había olvidado. Su primer acto político fué conservar el Ministerio formado por la segunda Junta de Gobierno, y compuesto sólo de liberales, amigos personales suyos y del cual se había eliminado a la Unión Nacional y a radicales y demócratas que eran los más poderosos partidos de la Alianza Liberal: no se constituyó pues «un gobierno con hombres de amplia confianza en la opinión general del país», como lo había expresado el cablegrama de Roma.

Los políticos que creyeron en sus promesas y que intentaron producir un acercamiento de todas las fuerzas civiles para colaborar con el Presidente en la reforma constitucional, facilitar su administración y obtener el pronto retorno al régimen de normalidad civil, fueron combatidos por el gobierno que dió una torcida interpretación a sus propósitos unitivos y desde la Moneda se alentó a los descontentos del partido radical para que

hostigaran su dirección y el frente civil único, como se denominó a esa patriótica finalidad.

Esta primera dictadura civil, parca en decretos-leyes, tranquilizó el país, aumentó los sueldos de los empleados de instrucción pública, convirtió en decretos-leyes los proyectos presentados por la misión de consejeros financieros presidida por el señor E. Walter Kemmerer sobre ley general de Bancos y de Banco Central, creando este indispensable organismo y la Superintendencia de empresas bancarias, y emprendió la trascendental reforma de la constitución.

Reforma constituci- onal de 1925

Desde algunos años, se sentía la necesidad de reformar la constitución casi secular del 33. Osea armadura del país, ella había resistido los embates de la política y por sostener sus principios, interpretados de diversa forma, hubo una sanguinaria revolución. Respetada herencia que varias generaciones se trasmisieron sin vulnerarla, esa carta fundamental, estrechamente unida al concepto de nacionalidad y al sentimiento de amor patrio, contaba con el prestigio de sus noventa años de existencia y con la veneración propia de las tradiciones nacionales que representaba.

Ningún gobernante se había atrevido a alterarla. El señor Alessandri lo pensó y tuvo el valor de hacerlo.

En el mensaje inaugural de su administración, hizo suyas las reformas constitucionales que contaban con el auspicio de los partidos avanzados. Ellas eran: quitar al Senado sus facultades políticas, autorizar al Presidente de la República para disolver la cámara de diputados, instituir la vice-presidencia de la República, descentralizar la administración dando relativa autonomía a las provincias, realizar la separación de la Iglesia y el Estado, suprimir algunas incompatibilidades parlamentarias y el Consejo de Estado, modificar el artículo constitucional que imponía la igual repartición de los impuestos y contribuciones a proporción de los haberes para establecer el impuesto progresivo sobre las rentas, retribuir las funciones legislativas y crear la incompatibilidad del puesto de Ministro de Estado con el cargo de congresista.

Para estudiar las reformas y como medio de que fueran aceptadas sin grandes resistencias, el señor Alessandri hábilmente reu-

nió en la Moneda una comisión consultiva que presidió, compuesta de caracterizadas personas de todos los partidos y de todas las tendencias.

No hubo discrepancias sustanciales en el seno de la comisión sobre la mayor parte de las innovaciones, o si las hubo, como en la reforma que separaba la Iglesia del Estado, para evitar dificultades más graves, los opositores se ciñeron a hacer doctrinarias protestas.

Las reformas aceptadas fueron las siguientes: el estatuto administrativo; la simplificación en los trámites del juicio político; normas nuevas y más justas fijadas para elegir los miembros de los tribunales de Justicia; la descentralización administrativa que se efectuará confiando atribuciones y facultades a las asambleas Provinciales, corporaciones en que entran representantes de las municipalidades de cada provincia; la libertad de cultos; el impuesto progresivo; la limitación del ejercicio del derecho de propiedad en cuanto lo exija el mantenimiento y el progreso del orden social; la protección al trabajo, a la industria y a las obras de previsión social, propendiendo el Estado a la división de la propiedad y a la constitución de la propiedad familiar; la implantación de un sistema electoral que dé por resultado una efectiva proporcionalidad en la representación de las opiniones y de los partidos; la calificación de las elecciones entregada a un tribunal especial; la inviolabilidad parlamentaria reducida a que los congresistas sean juzgados por los tribunales ordinarios superiores; las incompatibilidades parlamentarias extendidas a los ministros de Estado, a los abogados o mandatarios de causas contra el Fisco y a los gestores administrativos, eliminándose de ellas a los empleados de la enseñanza superior, secundaria y especial; el establecimiento de la dieta parlamentaria; la elección directa del Presidente de la República; la facultad concedida al mismo para hacer presente la urgencia en el despacho de un proyecto y en tal caso, la cámara respectiva deberá pronunciarse acerca de él dentro de treinta días, y la supresión de la Comisión Conservadora y del Consejo de Estado. Por último, se permite a un sólo Congreso reformar la constitución quitándole así su rigidez tradicional. Sesenta días después de aprobadas por un *quórum* especial, las reformas deben ratificarse por las cámaras reunidas; en caso de desacuerdo con el Ejecutivo, este podrá someter sus observaciones a un plebiscito.

Hubo discrepancia entre el señor Alessandri y los partidos políticos, excepto el demócrata y algunas fracciones liberales que apoyaron al Presidente, sobre las reformas que establecían un nuevo régimen político de gobierno.

En las reformas patrocinadas por el señor Alessandri y que triunfaron, se separó casi en absoluto el Congreso del poder Ejecutivo representado por el Presidente y sus ministros. Estos últimos son funcionarios políticamente irresponsables que dependen sólo del primer mandatario de la nación, bajo cuya responsabilidad obran y que se mantienen en sus puestos mientras tengan su confianza. La cámara de diputados, que conserva sus facultades políticas de fiscalización, no puede dar votos de censura ni derribar ministerios.

Bien es verdad que a la cámara de diputados se le faculta para acusar ante el Senado a los ministros de Estado por los delitos de traición, concusión, soborno y otros taxativamente expresados; pero esta es una responsabilidad penal no política. Una política desacertada interior, exterior o financiera no tiene la sanción inmediata de imponer la renuncia del cargo.

Con el mismo objeto de conservar la independencia del poder ejecutivo, el proyecto del Presidente suprimió las autorizaciones constitucionales que este poder antes necesitaba, ya para decretar el cobro de contribuciones cada dieciocho meses, ya para permitir que residieran cuerpos del ejército permanente en el lugar en que funciona el Congreso.

Con idéntico fin y para no retardar el pago de sus sueldos a los empleados públicos, corruptela a que el Congreso habíase ya habituado, se estableció que el proyecto de ley de presupuesto se presente al Congreso con cuatro meses de anterioridad a la fecha en que debe empezar a regir y, si a la expiración de este plazo no se hubiera aprobado, regirá el proyecto presentado por el Ejecutivo.

Los partidos políticos defendieron un parlamentarismo moderado, racional, que permitiera al Ejecutivo el ejercicio de sus facultades en toda su plenitud, que le devolviera su independencia y poder y terminara con los abusos del falseado régimen parlamentario que existía en la práctica; pero, para garantir una correcta administración y el respeto a las libertades públicas, creyeron necesario mantener el derecho efectivo de fiscalización de la cámara de diputados por medio de votos motivados y

resueltos en sesiones y con *quórum* especiales, los cuales debían recaer exclusivamente sobre el ministro o ministros responsables.

Con el mismo propósito, aceptaban los partidos que el proyecto de presupuestos presentado por el Ejecutivo y sobre el cual no se hubiera pronunciado oportunamente el Congreso entrara en vigencia el primero de Enero, salvo que la cámara de diputados acordara el aplazamiento de su aprobación por mayoría absoluta o por los dos tercios de sus miembros presentes.

El temor de que se produjeran trastornos, ya porque la forma en que se acordara elegir la asamblea constituyente no satisficiera a las clases populares ya porque podrían designarse miembros de ella a violentos agitadores y el recelo de que se frustrara el régimen de gobierno que patrocinaba el señor Alessandri por la oposición de los partidos políticos, hizo que el Presidente abandonara la idea de convocar la asamblea constituyente ofrecida por el manifiesto militar de Septiembre y por la revolución de 23 de Enero, ofrecimiento ratificado varias veces por él y sustituyera la asamblea prometida por una consulta plebiscitaria entre el proyecto del gobierno, el mismo con las modificaciones defendidas por los partidos y el rechazo de toda reforma.

Y aunque someter al criterio de electores ignorantes un Código de leyes constitucionales de árdua comprensión para su suficiencia u obligar a electores aptos para discernir acerca de ellos a repulsar o aceptar las reformas en conjunto, sin tener derecho a rechazar unas y aprobar otras, parece ilógico, con todo así se hizo.

Nadie abusó más del régimen parlamentario por su labor obstrucciónista que el diputado por Curicó Señor Alessandri que decía entonces: «los hombres no han inventado hasta hoy un «sistema de gobierno más perfecto que el sistema parlamentario» después, nadie combatió con habilidoso oportunismo político tan pertinazmente este sistema, ni se empeñó tanto en retornar al régimen presidencial vencido el 91, como el Presidente señor Alessandri.

Conforme a su carácter, para triunfar puso en ejecución todos los recursos imaginables.

En una sesión solemne de la Gran Comisión consultiva presidida por él en que se discutía el régimen de gobierno, hizo representar el papel de internuncio al más alto jefe del ejército que habló de este modo: «Los dirigentes de los diversos par-

«tidos políticos en que está dividida la opinión, deben aprovechar en esta ocasión las múltiples lecciones objetivas que han recibido desde el 5 de Septiembre hasta hoy. De ellas deben deducir lo que el país quiere, como asimismo inclinarse respetuosos ante su voluntad soberana, pues, de otro modo, se tendrán a corto plazo que hacer, *por imposición de la fuerza* las reformas que, en representación del pueblo, ha reclamado en forma tan significativa el elemento joven del ejército».

Por supuesto, ni los pacenzudos postulados del manifiesto militar de Septiembre, ni la oficialidad joven, ni el ejército, ni el país habían manifestado todavía su opinión sobre el régimen de gobierno.

Para alcanzar éxito en el plebiscito, el gobierno remuneró propagandistas, publicó folletos, compelió a votar a los empleados públicos y redactó tendenciosamente el decreto que convocaba a elección plebiscitaria y los avisos que explicaban su procedimiento, exhibiendo el voto de los partidos como favorable no a un régimen parlamentario moderado y sensato sino a la continuación del corrupto que el país repelía.

El Presidente inclinó así la balanza electoral a favor de su causa con todo el peso del valimiento oficial.

Ninguna extrañeza habrían causado los esfuerzos del señor Alessandri para hacer triunfar las doctrinas constitucionales que creía salvadoras para Chile, si hubiera obrado con menos apasionamiento. Era innecesario; los opositores, que no deseaban quebrar lanzas con el Presidente, sostenían desmayada y fríamente sus principios, absorbidos en su afán de retornar pronto a la normalidad civil.

El tono de sus peroraciones da la medida de la excitación del Presidente en la campaña plebiscitaria.

En el cuartel de cazadores, habló de las reformas constitucionales que sustentaba, discurso que hizo fijar en todas las oficinas públicas del país y en el cual decía, aludiendo a quienes las impugnaban: «Cuando contemplo los obstáculos que se oponen a mi camino, cuando oigo esas voces que hoy como ayer se levantan apasionadas y ardientes, recuerdo algo que leí y que dice: La caravana pasa. La envuelve el polvo del camino. Los perros ladran y la asaltan; pero la caravana sigue su camino y llega al término de su ruta, lejos, allá donde los perros ni su ladrido jamás podrán llegar».

Con la abstención de los partidos políticos, que redujo el número de votantes al 44,9% de los inscritos, triunfaron las doctrinas que el gobierno defendía y de cuyas ventajas no dudamos, porque el régimen parlamentario puro de origen anglosajón no es congénito ni natural a los pueblos de raza latina; mas, esta lucha inmoderada rompió la armonía que para bien de la República existía entre el Ejecutivo y los partidos, volviendo a reinar la desconfianza.

Las reformas del régimen político que planteó la constitución promulgada el 18 de Septiembre de 1925, aunque parezca extraño, se inspiraron en las líneas fundamentales de la carta del 33, y, lo que es natural, obedecieron a la reacción que robustece el poder Ejecutivo, tendencia victoriosa en todos los países latinos, dimanante del des prestigio del parlamentarismo.

La cordialidad entre los miembros que componían el gobierno se quebrantó de las pretensiones de algunos Ministros para suceder al señor Alessandri en el cargo y de la imputación de parcialidad del Presidente a favor de la candidatura del jefe del gabinete.

Retiro del Presidente Alessandri

Los ministros dimitieron, excepto el de Guerra, coronel Carlos Ibáñez, que había provocado la crisis fundándose en el hecho de hallarse en el Ministerio un candidato presidencial y, como el Presidente exigiera a aquél también su renuncia por haber sido proclamado ya candidato y el ministro de Guerra se negara a retirarse apoyado por el ejército, el señor Alessandri abandonó el gobierno, dejando en su reemplazo, en el carácter de vice-presidente, a su adversario de 1920, don Luis Barros Borgoño.

De este modo, intempestivamente y poco antes de concluir su período, el 1.^o de Octubre, se puso término al gobierno del señor Alessandri, quien se retiró de la Moneda con su prestigio y popularidad momentáneamente mermados a causa del balance desfavorable con que se cerró su administración.

Los partidos políticos estaban divididos por la discordia que en ellos introdujo la actitud batalladora del Presidente; la lucha de clases, excitada por el encarecimiento de la vida, las incitaciones del proselitismo y la aguijadura que el populacho recibió de la acción irresoluta y pusilámine de los gobiernos de

facto, el ejército, con la disciplina relajada por las revueltas y por su intervención en la política y en el gobierno; el respeto a la constitución y a las leyes, perdidos por los atropellos que habían soportado; las industrias, paralizadas o entorpecidas por las gabelas y las huelgas, y la real hacienda, agobiada por el acrecimiento excesivo de los gastos públicos y gravada por muchos años con los fuertes empréstitos que se habían contratado: tal es el resultado de ese balance en el régimen interno del país.

Hasta las gestiones plebiscitarias para decidir el dominio de Tacna y Arica, en cuyo éxito la nación tenía tanta confianza, en esos días, comenzaban ya a sufrir los tropiezos que terminaron posteriormente en un definitivo malogro. Entre las muchas causas enumeradas como frustratorias del plebiscito, se ha olvidado señalar una psíquica: nuestra incomprensibilidad del alma yanqui, más práctica que lógica y que a pesar de su mercantilismo, tiene un sentimentalismo pedestre e ingenuo que nuestros enemigos internacionales supieron explotar.

Esta administración ha sido, pues, una de las mas conturbadas; durante ella, ocurrieron crisis económicas y políticas, huelgas, revoluciones, dictaduras; en este período, hubo una renovación general de valores y se disolvió y desquició todo. Ingeniosamente, un literato apodó al señor Alessandri, el *gran liquidador*, olvidando la responsabilidad que en estos resultados cupo a las dictaduras parlamentaria y militar y que aún los más grandes personajes de la historia, que ilusivamente han creído gobernar los sucesos y los pueblos, han estado casi siempre a merced de las ciegas vicisitudes de la vida.

No obstante, cualesquiera que hayan sido los errores o faltas de este caudillo, su influencia y el recuerdo de su gobierno vivirán en el afecto de sus amigos a quienes se dió por entero y perdurarán en la imaginación del pueblo, cuyo sentimentalismo exaltó hasta hacer que su nombre simbolizara el ansia de renovación que le embriagaba, y en el apasionamiento del populacho, a quien placen los amos audaces, las interjecciones políticas, las palabras simplistas y seductivas.

Tampoco esas faltas o errores alcanzan a empañar sus méritos ciertos: haber abierto horizontes nuevos a la conciencia del país, haber torcido con hercúleo brazo las corrientes de opinión hacia la democracia.

Como todo progreso en libertad o justicia es la obra de los que

bregan no de los inertes y se obtiene siempre con sacrificios, a veces con violencia, nunca sin esfuerzo, la posteridad seguramente excusará los arrebatos, los desaguisados, las prodigalidades de este caudillo en consideración a que intentó resolver con valentía y firmeza impostergables problemas sociales, políticos, internacionales y económicos, hasta entonces aparentemente insolubles por abulia de los gobernantes anteriores o por temor de lastimar los intereses creados.

La historia, a menudo tan maravillosa como una leyenda, en donde no debe buscarse la coherencia ni la necesidad, porque al perderse en los laberintos de lo imprevisto, se desvía de la línea recta de la lógica, es además obra de los hombres, expresión de la conciencia humana y por ende de sus pasiones e injusticias.

Estúpida comedia la llamó Schopenhauer.

Ella no juzga a los humanos por sus virtudes privadas, por lo deleznable que muere con ellos, los juzga por las vastas proyecciones de sus hechos, por las consecuencias imperecederas de sus obras y eterniza solamente el recuerdo de sus actos trascendentales, aunque los medios elegidos para realizarlos hayan sido ilícitos o haya contribuído mucho a su éxito el azar, el medio social, el momento histórico. Y el azar estuvo casi siempre al servicio del señor Alessandri. Tuvo ambiciones y las satisfizo; luchó por derruir el Chile tradicional y lo obtuvo, porque comenzaba ya a hundirse al subir a la Moneda. Le tocó gobernar cuando el país estaba hastiado de un papel moneda que era una estafa, de contiendas político religiosas anacrónicas, de un falseado régimen parlamentario, de una querella internacional sin término y en los momentos en que el más profundo anhelo popular era solventar estos asuntos excedidos ya de madurez.

Le correspondió así cumplir la voluntad nacional.

No obstante que su obra haya sido en síntesis más destructiva que constructora, pues su labor de reconstrucción fué puramente jurídica y a pesar de que sus resultados seguramente beneficiosos aun no se palpan, puede predecirse que la historia realzará la administración Alessandri por su intento venturoso en unos casos, nugatorio en otros, de obtener la realización de estos tres designios: la armonía internacional sud-americana con la avenencia de las controversias con el Perú por medio de arbitraje; la tranquilidad política y de conciencia por las reformas

constitucionales que llevó a cabo, y la paz social por la estabilidad de la moneda y por la promulgación de las leyes obreras que en gran parte fueron su obra.

De este modo, el gobernante y caudillo inquieto, pugnáz, breguero por excelencia pasará a ser en virtud de la magia historia el paladín de la paz.

Segunda dictadura civil En la segunda dictadura civil la influencia del militarismo llegó a su apogeo; de nueve ministros del gabinete del vice-presidente señor Luis Barros, sólo cuatro eran civiles.

Esta dictadura, no obstante la vigencia de la nueva constitución, fué más pródiga en decretos-leyes que todas las anteriores y acrecentó los gastos públicos en mas de cien millones de pesos con el aumento de sueldos del ejército, armada, policías y carabineros.

El Inspector General del Ejército, que en 1924, antes de la revolución, percibía un sueldo anual de \$ 28,500, en 1925 pasó a recibir \$ 55,200; los generales de división, de \$ 24,000, pasaron a ganar \$ 48,000; los coroneles de \$ 16,800, a \$ 40,000, sin tomar en cuenta las obvenciones, que algunos reciben, de zona, de mando, de especialidad para los oficiales de estado mayor, de arma para los aviadores y otros gajes como automóviles, ordenanzas, etc.

En comisión en el extranjero, los generales de división obtuvieron los emolumentos siguientes:

Sueldo	\$ 144,000
Viático.....	54,700
Gratificación de casado. .	21,600

	\$ 220,350 anuales,

estipendio superior al de dos mariscales de Francia.

El aumento de sueldos de la armada correspondió también al del ejército.

Los sueldos y gratificaciones de los empleados públicos que en el presupuesto de 1924 ascendían a \$ 217.090,916 moneda corriente y \$ 2,180.217 oro, con las leyes dictadas en 1925, ascendieron a \$ 482,000.000 para el presupuesto de 1926 y con

las rebajas htchas durante el presente año, han quedado en \$ 432, 000.000.

En 1925, especialmente durante la segunda dictadura militar y segunda civil hubo igual desorientación, idénticas corruptelas y mayores despilfarros en el gobierno que los que provocaron la caída de la dictadura parlamentaria.

Sin censuras de la opinión pública ni divulgación, porque no se daba a los decretos ministeriales la debida publicidad y se había restringido la libertad de prensa y de reunión, se crearon puestos innecesarios y canonjías para los amigos y allegados del gobierno, los sueldos se aumentaron sin tasa, antiguos funcionarios retirados fueron incorporados al servicio público para ser jubilados pocos días después con sus rentas acrecidas, numerosos empleados jóvenes y sanos se acogieron voluntaria o forzadamente a los amplios decretos-leyes dictados sobre jubilaciones y se envió a pasear a Europa con bien retribuídas comisiones a cuanto civil o militar lo deseaba y tenía valimiento en el gobierno.

Nunca fué mayor el derroche en la administración.

El país no supo a punto fijo hasta fines de 1925 a cuanto llegaban los gastos de la nación ni en qué se invertían los impuestos acrecidos que agobiaban a los contribuyentes.

Terminadas las dictaduras se vió su desastre financiero: dejaban un déficit de \$ 144.586,753, y los gastos de la nación que en 1919 ascendían a \$ 549.000,000 de 6 d., en 1924 a \$ 644.609,157 de 6 d., estimados por la primera dictadura en \$ 718,800.000 para 1925,, los acrecieron las dictaduras subsiguientes a la suma inaudita de \$ 1,188.740,000 para el presupuesto de 1926.

La dieta parlamentaria, pretexto de la revolución, importaba un gasto de \$ 3.720,000; el período revolucionario, en 16 meses, aumentó los gastos públicos en \$ 544.000,000.

Con las elecciones presidenciales en que todos los partidos, excepto el comunista y el asalariado, llevaron a las urnas un candidato único, condición exigida por el Ministro de Guerra para retirar su candidatura, y con la elección del congreso, terminó la dictadura, y aunque subsisten todavía las influencias del militarismo, con amenazas esporádicas de empleo de la fuerza y las zozobras consiguientes, el país vuelve con lentitud y solidez a la normalidad constitucional, porque así lo desea la

unanimidad del paisanaje y a ello nos impele nuestro tradicional respeto al derecho.

Algunas veces de utilidad transitoria para concluir con un estado de anarquía por crisis de autoridad, con un régimen putrefacto o para salvar el país de la invasión extranjera, las dictaduras son siempre perniciosas cuando sobreviven a las necesidades que las precisaron; cuando esto acontece, toman ellas todas los vicios de los régímenes de libertad y les añaden los propios de las tiranías. Por eso, aun los despotismos populares terminan por ser repulsados.

Las mutaciones de ideas, instituciones, costumbres pasan por lo común inadvertidas para los que las producen o presencian. Con todo, los cambios verificados en Chile en el último lustro han sido tan profundos que, a pesar de lo dicho y de la desorientación ocasionada por lo vertiginoso de la marcha, actores o pacientes de estas mudanzas las han percibido con toda claridad.

Se ha cambiado violentamente la fisonomía tradicional de la República; se ha dado un ritmo nuevo a la marcha del gobierno. Durante el período revolucionario, copiosas leyes de vastas proyecciones reforman la estructura legislativa del país, la constitución se modifica dando al Ejecutivo las facultades necesarias para hacer un gobierno fuerte y eficiente y se establece un extenso plan constructor y de comprobación de la hacienda pública propuesto por la misión Kemmerer, el que cumplido exactamente producirá una saludable reacción en el régimen financiero de la República.

Los partidos políticos son los irreemplazables órganos de contacto entre el gobierno y el pueblo que permiten a la inmensa población de las naciones modernas manifestar su voluntad. Los gobiernos personales o de círculo prescinden de ellos o tratan de anularlos, preocupándose de servir los intereses particulares para obtener de los favorecidos una adhesión capaz de quebrantar sus doctrinas.

En presencia de los nuevos problemas económicos antes ignorados o desatendidos, debe transformarse la estructura de los antiguos partidos, desarticulados por la lucha de clases.

En adelante, los correligionarios desertarán de las filas de los partidos que no sientan el imperativo de la justicia y de la eficiencia y la voz de sus jefes no tendrá eco en el pueblo; urge por

esto adaptarlos a las necesidades presentes, remozar los programas caducos, alzar banderas nuevas y entonar himnos rejuvenecedores.

Es necesaria la acción de todos los partidos: los avanzados son el acicate que evita la fosilización de los gobiernos misóneistas; los reaccionarios, los moderadores que impiden el atropellamiento de los gobiernos extremistas.

Todos evolucionan; ni los tradicionalistas permanecen inmóviles, pues la inacción, que es el negamiento de la vida, no puede ser finalidad de un partido. Todos adelantan, como se dice en términos milicianos, manteniendo las distancias. Los conservadores de hoy habrían parecido ultrarradicales, demagogos a los del tiempo de Portales.

Tradisionalismo, liberalismo, radicalismo, socialismo son únicamente abstracciones si se les considera estáticos; en movimiento, contemplados en un momento histórico, son realidad.

Los partidos, salvo lo imprevisto, tienen su hora indicada en la historia para gobernar, la que corresponde a la evolución política del país.

En Chile, el horario la ha señalado gráficamente.

Cuando imperó la aristocracia formada por las castas religiosa y militar y por los terratenientes, únicos poseedores de la fortuna, el país tenía pocos intereses armónicamente combinados, la evolución social marchaba con lentitud, el ideal casi unánime era el orden, rigió a Chile el partido tradicionalista; cuando la influencia de los dueños de la tierra se compartió con la burguesía industrial, bancaria y profesional, los intereses del país acrecieron sin discordar todavía, la evolución social apresuró sus pasos, el ideal de la mayoría fué la libertad, gobernó el partido liberal; hoy, que la instrucción más difundida ha dado la dirección política a la clase media, equidistante de la acaudalada que defiende sus privilegios y de la proletaria que despierta reclamando sus derechos, hay numerosos y variados intereses que están inarmónicamente yuxtapuestos, la evolución social se acelera, el ideal de los más es la solidaridad y la justicia social, toca a los partidos radicales dirigir el país.

Si el avance y la lucha social en el futuro fuesen impetuosos y desquiciadores, ante la necesidad de vivir más que de mantener el orden, no sería extraño una reacción en la cual los partidos tradicionalistas capten prestigio y aumenten sus prosélitos

hasta obtener el gobierno; a la inversa, si hubiera retroceso o el avance fuere moroso, al no dar satisfacción a las nuevas y justas aspiraciones populares, los partidos extremistas se expandirían quizá hasta alcanzar el gobierno pacífica o violentamente, lo que no sería una calamidad si, a su advenimiento al poder, el proletariado hubiera podido adquirir cultura y moralidad suficientes y no intentare hacer un gobierno exclusivo de clase.

Abandonando hipótesis, es lógico conjeturar que los partidos avanzados, que constituyen mayoría en el país, la conserven; los favorecen las circunstancias de la hora presente, en especial ellas son propicias al partido radical.

En efecto, sus directores pertenecen a la clase media, la cual en los demás partidos está avasallada por la clase alta o los *meneurs* del proletariado. Además, colocado entre los que se extasían en las rememoraciones del pasado o tienen por única finalidad política el aferramiento o apropiación del poder y aquellos que se abstraen en los ensueños de un futuro nebuloso y lejano y cuya política activa se reduce a la crítica simplista y al grito, el partido radical chileno cuenta con el apoyo de los que viven en la realidad presente y aspiran a sacar de ella el máximo provecho posible y trata de resolver las complicadas cuestiones de gobierno, especialmente, la insuperable de la vitalidad nacional, en prolongadas vigilias, con estudios afanosos y eficiente actividad.

Se ha purificado y fortalecido en su apartamiento de la Moneda. Su programa de acción inmediata es hoy obtener la justicia social máxima y dar impulso eficaz a la vida nacional.

Sin fuertes vinculaciones con la tradición, puede mirar confiado el porvenir; sin intereses creados que defender, carece de trabas para renovar lo existente; sin delirios mesiánicos, no pretende cambiar el mundo con arengas y proyectos químéricos; en verdad, no tiene los atropellamientos de la mocedad inexperta ni la senectud que le obligue a buscar los nuevos derroteros que señalan los astros en las aguas estancadas del pasado. Le basta erguirse para atisbarlos de frente en la plenitud de su luz y de su serenidad.

CAPITULO III

Evolución económica (1)

SUMARIO: EVOLUCIÓN ECONÓMICA DURANTE LA COLONIA Y LA REPÚBLICA.—BAJA DEL CAMBIO INTERNACIONAL.—BALANZA ECONÓMICA.—INFLUENCIA DEL PAPEL MONEDA—LA INCONVERTIBILIDAD DEL BILLETE FISCAL.—LA CONVERSIÓN METÁLICA DE 1895 Y SU FRACASO.—LOS PAPELEROS.—DAÑOS DEL PAPEL MONEDA.—INTERVENCIÓN ECONÓMICA DEL ESTADO.—LIBRE CAMBIO Y PROTECCIÓN.—EVOLUCIÓN DE ESTAS DOCTRINAS EN EL PAÍS.—ESTATISMO, LIBERALISMO, SOLIDARISMO.—MARINA MERCANTE NACIONAL.—PRODUCCIÓN: SALITRE, COBRE, AGRICULTURA, INDUSTRIA FABRIL.—CONTRIBUCIONES.—PRESUPUESTOS.—DEUDA PÚBLICA.—DECAYIMENTO ECONÓMICO RELATIVO DEL PAÍS.—CAUSAS DEL DECAYIMENTO ECONÓMICO.—LO QUE DEBEMOS HACER PARA DETENERLO.

(1) Estas conferencias fueron dadas en el Instituto Comercial de Antofagasta en el mes de Agosto de 1924, a petición de su Director y simultáneamente con la Semana de la Moneda, celebrada en Santiago por iniciativa de la Facultad de Comercio de la Universidad Católica.

Evolución económica durante la Colonia y la República

No voy a decir novedades; expondré muchas cosas sabidas, compendiándolas y ordenándolas para que se vean con más relieve.

Durante la Colonia, la evolución económica fué lenta.

La agricultura y la minería fueron los primeros trabajos honrosos de la Colonia.

En el siglo XVIII, algunos comerciantes vascos se dedicaron al negocio de telas y frutos del país y con su prestigio de peninsulares a los ojos de criollos y mestizos, dignificaron el comercio que llegó a ser también una ocupación honorable.

Se exportaban cueros, carne salada y sebo al Perú. A principios del siglo XVIII, se regularizó la exportación de trigo al mismo país.

Se importaba azúcar, tocuyo, yerba mate, arroz y toscos tejidos elaborados en el Perú y Quito.

Se explotaron lavaderos de oro y minas de plata y cobre, en pequeña escala por falta de capitales. Estos metales se exportaban en barras y acuñados el oro y la plata después de establecerse la Casa de Moneda; con el cobre se hacían además utensilios domésticos, como pailas y almireces.

La política comercial seguida por España era estrecha y restrictiva. A Chile, sólo se le permitía comerciar con la Metrópoli y los virreinatos del Perú y Buenos Aires.

Las contribuciones eran numerosas y pesadas.

Con la República, comienza la independencia política y comercial.

La Junta Provisional de Gobierno dictó la primera ley económica del país que declaró abiertos al comercio libre los puertos de Coquimbo, Valparaíso, Talcahuano y Valdivia y estableció que los habitantes de Chile podían comerciar con todos los puertos extranjeros de las potencias aliadas o neutrales.

Junto con la consolidación del orden durante la administración Prieto, empieza la expansión económica.

Un gran ministro, don Manuel Rengifo, estudioso, probo y de gran labor, organizó la hacienda pública, protegió la industria nacional, especialmente la marina mercante y, haciendo economías, transformó en superávit el déficit que hasta entonces habían dejado constantemente los presupuestos.

Con el descubrimiento de las minas de California, recibió

la agricultura un poderoso estímulo; las primeras cantidades de trigo, harina, madera y frutas secas que se enviaron a esa región obtuvieron magníficos precios. Pronto se perdió ese mercado, mas los precios de los productos agrícolas que se habían doblado se mantuvieron por algún tiempo.

En la administración del primer Montt, las obras públicas y las instituciones de crédito recibieron un poderoso impulso. Se empezó a construir en 1850 el ferrocarril de Copiapó a Caldera, el primero de Sud-América y se inició la construcción del ferrocarril de Santiago a Valparaíso que se entregó al tránsito en 1861.

En 1855, se creó la Caja de Crédito Hipotecario, avanzada institución para su época, que hizo dar un salto al progreso agrícola del país, acrecentando la movilidad de los capitales. La Caja facilita préstamos por hipoteca a 21 y 36 años plazo, exigiendo el pago de ellos por semestralidades que comprenden los intereses y la amortización del capital.

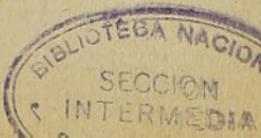
Hay en circulación cerca de 900.000.000 de pesos en bonos de diversas series.

Las instituciones anexas a ellas, la Caja de Ahorros de Santiago, fundada en 1884 y la Caja Nacional de Ahorros establecida en 1910, tenían en Abril de 1924 depósitos por valor de \$ 313.213,578.

En 1860, se dictó la ley de Bancos de emisión.

Hubo crisis económica en los años 1858 y 1859 a causa de las agitaciones políticas y revueltas armadas, la que continuó en los años siguientes 1860 y 61 por la sublevación de los araucanos, la restricción de la explotación minera y la pérdida, para Chile de los mercados de trigo de Australia y California, regiones que de consumidoras pasaron a ser exportadoras.

La vida bursátil adquirió animación en 1870 con el descubrimiento de las minas de Caracoles. La producción de este mineral duró poco. Su decadencia, agregada a las malas cosechas del año 1876, produjeron una nueva crisis que fué agravándose hasta alcanzar a su máximo en 1878. Esta fué crisis monetaria en que el oro y la plata amonedada subieron de valor y se exportaron para pagar las importaciones por desequilibrio de la balanza comercial y al mismo tiempo crisis fiscal en que las entradas públicas no alcanzaron a cubrir los gastos de la administración.



Esta crisis, que motivó la declaración de la inconvertibilidad del billete bancario, tuvo un término inesperado en 1879 con la adquisición de la riqueza salitrera de Tarapacá.

Se mejora rápidamente la situación hasta llegar en 1882 a un bienestar económico que se manifiesta por el aumento de salarios, de las exportaciones y del consumo de productos nacionales y extranjeros. Se siente holgura en todas las clases sociales y, a pesar de la crisis salitrera por aumento de producción en 1883 y la de 1884 por haber disminuido la exportación de los productos agrícolas y descendido el precio del cobre y la plata, el desahogo no amengua, porque la riqueza del salitre se mantuvo y la vida no encareció por la superabundancia de la producción industrial extranjera.

En la administración Santa María, se aumentaron los empleos y los sueldos, se redujo la deuda nacional y se emprendieron obras públicas de importancia con las entradas fiscales que se doblaron y triplicaron con relación al período anterior.

Continuó el desahogo fiscal y particular durante la administración Balmaceda quien emprendió la construcción de líneas férreas, de la canalización del Mapocho y del dique de Talcahuano.

La revolución de 1891 quebrantó las finanzas nacionales.

Don Jorge Montt trató de normalizar la hacienda pública por medio de economías, como asimismo de abolir el régimen de curso forzoso, lo que obtuvo en 1895.

En 1894, comenzó una crisis económica, que recrudeció en 1896, producida en parte por las consecuencias funestas de la revolución que aún duraban, malas cosechas y baja de los productos de exportación, en parte por exceso de trabajos públicos e inversiones crecidas en naves de guerra y armamentos a causa de las dificultades internacionales con la República Argentina.

Las propiedades rurales y urbanas y los valores mobiliarios bajaron, se paralizaron los negocios y, cuando la situación empezaba a mejorar, las amenazas de guerra con la Argentina y la autorización para contratar un empréstito produjeron un pánico en los círculos comerciales que, en 1898, dió al traste con la conversión metálica.

El fracaso trajo como resultado emisiones excesivas de papel moneda, baja del cambio y aumento de la especulación y el juego basados en la inestabilidad de la moneda.

El Gobierno de Riesco se caracteriza por la inflación del crédito, estimulada por las emisiones de billetes que se destinaban a prestarse al público por medio de los Bancos.

Este abuso desordenado del crédito hizo que los años 1904 y 1905, se lanzaran al mercado sin discreción alguna sociedades anónimas sobre negocios industriales o comerciales problemáticos unos, sin ninguna base efectiva otros, cuyas acciones se cotizaban con premio antes de constituirse definitivamente las sociedades y cuyos accionistas no sabían a veces en qué consistían los bienes sociales.

En 1904 se autorizó la existencia legal de 59 compañías con un capital de \$ 93.663,900 y en 1905, de 170 sociedades con un capital de \$ 271.000,000.

Tanto se perturbó el criterio general que se creía en la existencia dentro del país de grandes capitales disponibles y de enormes riquezas prontamente aprovechables.

Improvisáronse así muchas fortunas ficticias que luego se derrumbaron. Las maquinarias pedidas al extranjero, el derroche de los nuevos ricos, hizo que las importaciones superaran a las exportaciones. Como ejemplo, recuerdo que en 1907 se importó un millón de pesos oro en champaña y \$ 3.500,000 en sedas.

Con las remesas hechas al extranjero, el cambio bajó; al mismo tiempo, se desarrolló una desenfrenada especulación y, como no se cubriera la cuota necesaria para iniciar las operaciones de muchas sociedades, estas se liquidaron con grandes pérdidas.

Comienza entonces el descenso penoso de la montaña de sonada riqueza: se liquidan muchos negocios, se paralizan otros, se circunscriben las operaciones de crédito, bajan todos los valores, sube el interés del dinero, se cotizan a menos precios los bonos hipotecarios y quiebran algunos comerciantes. Junto con esto, las excesivas emisiones de papel moneda encarecen cada vez más la vida y hacen más difícil la vuelta al régimen metálico por el aumento de la deuda interna.

A la administración de don Pedro Montt, correspondió luchar con la crisis ya dicha, agravada con la pérdida de los bienes destruidos por el terremoto de 1906 que hubo que reponer y los déficit que dejaron los ferrocarriles fiscales que, entre los años 1906 y 1910 alcanzaron a sumar \$ 41.704,118 oro de 18 d.

Don Pedro Montt, con su peculiar tenacidad, obtuvo del Con-

greso la ley de contratación a precio alzado de la construcción y equipo del ferrocarril longitudinal Norte, el que ha sido de escaso valor económico por atravesar regiones pobres y poco pobladas y soportar la competencia de la vía marítima.

Con este ferrocarril, la línea longitudinal tiene 3,150 kms. de extensión.

Dos ministros activos dieron prestigio a la administración Barros Luco: Manuel Rivas V. y Ricardo Salas Edwards. A este último lo sorprendió la gran guerra de 1914; a causa de ella, suspendiéronse en gran parte el trabajo en las salitreras, las rentas fiscales disminuyeron por la menor exportación del salitre, los fletes aumentaron por escasez de marina mercante nacional y los artículos alimenticios tuvieron una alza considerable.

Se afrontó el peligro por el Ministro Salas por medio de un anticipo de fondos a los productores de salitre que continuaran su elaboración, emitiendo vales del Tesoro al portador a un año plazo y limitando la exportación de productos de primera necesidad.

En la misma administración, el Ministro Enrique Zañartu, aseguró el porvenir financiero de los ferrocarriles del Estado dándoles una organización autónoma, fundamentada en la fijación de su servicio en oro y de sus tarifas sobre la base de cubrir con sus entradas sus gastos ordinarios.

La administración Sanfuentes se inició con un déficit de \$ 100.000,000. Inesperadamente la situación mejoró a causa de la misma guerra que aumentó el consumo y elevó el precio de los artículos de exportación, especialmente del salitre, cobre, yodo y lanas.

El comercio exterior por primera vez alcanzó a más de \$ 1.000.000,000 oro en 1917 y hubo superávit fiscal entre los años 1916 y 1918.

Se continuó la construcción de los puertos de Valparaíso y San Antonio, obras contratadas por la administración anterior; se emprendieron importantes obras de regadío y se acordó la ejecución del puerto de Antofagasta.

La terminación de la gran guerra europea produjo una crisis económica que comenzó en 1919 con un descenso de las exportaciones a menos de la mitad de lo normal, pareció amenguar en 1920, para agravarse en los años 21 y 22 hasta el 23 en que la situación empieza a mejorar.

La administración Alessandri recibió pues el Gobierno en situación económica difícil y con un déficit de cerca de 100.000,000 de pesos oro.

La reducción de las exportaciones de salitre ocasionó la paralización de muchas oficinas, lo que dejó a miles de obreros sin trabajo y el menoscabo de las entradas fiscales, sin que el Congreso arbitrara rápidamente los medios de obtener nuevas entradas que sustituyeran las del salitre.

Al mismo tiempo que disminuían las entradas acrecieron los gastos con la creación de nuevos e indispensables servicios y con el aumento de sueldos del ejército y armada, profesorado y empleados judiciales.

Las leyes dictadas en 1920 aumentaron en \$ 130.000,000 los gastos públicos. El presupuesto de instrucción primaria que en 1920 era de \$ 24.000,000 en 1924, llegó a \$ 57.828,724.

Para mantener los servicios públicos, se ha recurrido a empréstitos cuya amortización e intereses gravan cada día más el presupuesto de la Nación. En 1920, este servicio importaba \$ 38.331,000 oro y \$ 15.910,000 papel. (1)

La crisis fué mundial y lentamente ha ido volviéndose a la normalidad; fué crisis del poder comprador, de la capacidad adquisitiva de los países consumidores, empeorada con las perturbaciones obreras y la complicación y extensión de los problemas sociales.

En Chile, la crisis salitrera y comercial produjo una crisis fiscal preparada y agravada por cuarenta años de despilfarro y desorden financieros, por presupuestos frecuentemente en déficit y por un régimen de papel moneda sujeto a incessantes y bruscas oscilaciones.

Y en esta situación económica avecinada a la bancarrota, el Senado resistió y demoró la aprobación de leyes que creaban nuevos impuestos, como la ley de impuesto a la renta cuya necesidad se evidenció en 1918, se pidió en Enero de 1923 y fué despachada solamente en 1924. Por su parte, la Cámara de Diputados aprobó un proyecto que no llegó a ser ley que elevaba los sueldos del profesorado en esta proporción: el sueldo del rector de la Universidad y profesor de \$ 22,129 a \$ 43,500 anuales,

(1) El servicio de la deuda pública en 1926 es de \$ 215,794.436 y aumentará para 1927 en más o menos \$ 28,000.000 por el empréstito de la ley número 4087.

el del rector y profesor del Instituto Pedagógico de \$ 41,320 a \$ 58,380, el de secretario y profesor de la Universidad de \$ 12,750 a \$ 39,300. Esto, más que despilfarro, demostraba desorganización en los servicios de instrucción pública. El ejecutivo a su vez aumentaba las jubilaciones, ya para premiar servicios electorales, ya para retirar adversarios políticos cuyos puestos eran necesarios para los amigos. Así subió el monto de las jubilaciones de 1920 a 1921 en \$ 1.354,000.

El año 1922, año de desbarajuste y pobreza, fué el más triste de la historia financiera de Chile. Por un momento, pareció que el derrumbe hacia la insolvencia era inevitable: crisis de producción sin precedentes; empleados impagos; compromisos sin cumplir; cuentas por servicios prestados y suministros que se aglomeraban sin esperanza de ser cubiertos; especulación desenfrenada en papeles de dudoso valor; depreciación de la moneda hasta valer la libra esterlina, en Enero de ese año, \$ 45.50; \$ 270.000.000 de déficit acumulados en tres años, circulación de \$ 300.000.000 de papel moneda y aumento progresivo de la deuda pública con onerosos empréstitos cuyo servicio pesaba con \$ 150.000.000 en un presupuesto de gastos que no alcanzaba a \$ 450.000.000.

En 1923, un acuerdo entre el *Pool*, asociación de compradores, y los productores de nitrato permitió concluir poco a poco el *stock* que paralizaba la producción y las ventas de salitre y desde entonces la situación empezó a mejorar.

Durante esta aguda crisis, la situación fiscal se ha mantenido mediante gravosos empréstitos que han producido \$ 763.000.000 y que impondrán a las generaciones venideras \$ 1.530.000.000 de desembolso para cancelarlo.

En 1924, la hacienda pública comienza a regularizarse con la imposición de nuevas contribuciones y con el aumento de las entradas fiscales por la mayor exportación del salitre. Con todo eso, en estos momentos vuelve a repetirse la situación de 1922: empleados impagos desde hace dos meses, déficit fiscal de caja y el cambio a menos de 6 d.

Baja del cambio internacional

¿Qué causas han influido en esta baja del cambio? Entre estas, que son numerosas, figuran: el descenso del valor de nuestra moneda con la cual se adquieren letras de cambio sobre países extranjeros y con relación al valor de la moneda de dichos países, descenso producido por las emisiones inmoderadas de papel moneda y el razonable temor de que ellas aumenten, la desorganización de la hacienda pública, el desequilibrio de los presupuestos siempre en déficit, el acrecimiento de la deuda nacional, el factor psicológico de la desconfianza en el gobierno y en el porvenir del país por falta de estabilidad de aquél y de un plan completo de política financiera y económica, por las repetidas postergaciones de la fecha de la conversión metálica y las incertidumbres sobre el tipo en que ella se hará; figuran asimismo entre esas causas la abundante oferta de letras de cambio sobre el extranjero con motivo de una balanza económica desfavorable, la que es imposible precisar matemáticamente por la estadística, pero aparece visible por la excesiva internación de mercaderías extranjeras que no corresponden a las necesidades efectivas del país, y por último, las especulaciones de los particulares.

El cambio oscila sin vallas donde impera el régimen de papel moneda; entre límites estrechos, en donde existe régimen metálico. El billete de curso forzoso no es causa única, fundamental y directa de las alteraciones del cambio; es uno de los tantos factores que pueden intervenir en su variación, pero indudablemente es uno de los más importantes e influye agravando la baja, cuando la balanza comercial es desfavorable o cuando la desconfianza o el pánico se apodera del público.

El decaimiento del cambio desde 1878 ha sido, y es efecto principalmente de la depreciación del billete de curso forzoso que en realidad es una promesa de entregar una moneda y que ha descendido y continuará descendiendo por las inseguridades cada vez mayores de que pueda ser canjeado alguna vez por oro sellado.

La vida económica del país se divide en dos grandes períodos respecto del cambio. Desde 1810 a 1878, bajo el régimen metálico, el cambio fluctúa entre el máximo de $47\frac{1}{2}$ d. por peso que tuvimos en 1853 y $40\frac{9}{16}$ d. mínimo del año 1876, a causa

de la balanza comercial desfavorable, baja de la plata y dificultades bancarias.

En el segundo período, bajo el régimen de papel moneda, excepción hecha del corto paréntesis de 1895 a 1898 que hubo régimen metálico, el cambio comienza con un promedio de 39,6 d. en 1878, se desliza como por un plano inclinado y desciende paulatina y constantemente hasta llegar a menos de 6 d.

Desde 1851 a 1860, bajo el régimen exclusivamente metálico, el tipo del cambio dió un promedio de 45,6 d.; desde 1861 a 1871, en que comenzó a circular el billete de Banco junto a la moneda metálica, el promedio fué de 45,4 d.

Desde 1871, por la baja del metal blanco, el tipo medio hasta 1875 baja en el quinquenio a 45,1 d.

En Enero de 1879, el cambio estaba a 38,68 d; simultáneamente con declararse la guerra del Pacífico, comienza rápidamente a bajar hasta llegar en Septiembre del mismo año a 25,5 d.

Los triunfos obtenidos por Chile lo hacen subir en Diciembre a 36,5 por la confianza en el resultado de la guerra favorable a Chile. La lucha se prolongó más de lo que se esperaba, lo que unido a las emisiones de papel moneda hechas para costear los gastos bélicos, que alcanzaron en 1880 a \$ 28.000.000 la emisión fiscal y \$ 14.000.000 la bancaria, hacen llegar el cambio en ese año a 30,87 d. por término medio, para volver a subir a 35 d., a fines de 1881, con el triunfo definitivo de Chile.

Con un tipo superior a 35 d. se mantuvo el cambio durante los años 1882 y 1883, como consecuencia de la victoria y de la incorporación de las salitreras de Tarapacá a la riqueza del país para bajar en 1885 por el desequilibrio de la balanza comercial del año anterior.

En 1890, la emisión fiscal llega a \$ 21.000.000 y a \$ 20.000.000 la bancaria; el cambio ha bajado ya a 24 1/16 d. Sobreviene la revolución de 1891 y el cambio llega a 16 d.; una vez terminada ésta vuelve a 22,125 d. Mas, como los gastos de esta aventura aún pesaban sobre el país, el cambio sigue bajando constantemente hasta el año 1895 que empieza con un cambio de 14,187 d.

En ese mismo año, apenas aprobada la ley de conversión metálica, el cambio subió a 16 3/4 y en Junio a 17 3/4 d.; se mantuvo a un tipo superior a 17 d. durante los años 1896 y 1897 para abatirse bruscamente en 1898 con el fracaso de la conversión metálica, la ley de moratoria y la emisión de \$ 50.000.000 de bille-

tes fiscales. En Diciembre de ese año, el cambio cerró a 12,75 d.

La restricción de las importaciones y el aumento de las exportaciones mejora el cambio durante los años 1899 a 1904, dando durante los años 1903 y 1904 promedios superiores a 16 d.

Desde 1904 a 1907, aumenta la emisión de billetes de \$ 50.000,000 a \$ 150.000,000; la situación se agrava además con la crisis monetaria de Estados Unidos y el pago extraordinario de mercaderías y materiales de construcción destruidos por el terremoto de 1906; con todo esto, llegó el cambio en 1908 a 9,62 d. por término medio.

El cambio se mantuvo sobre 10 d. como término medio desde 1909 a 1912; bajó a menos de 10 d. el año 1914 y a menos de 9 d. el año 1915 a consecuencia de la disminución de la exportación de salitre y subió, por exceso de la exportación a 12,73 d. el año 1917 y a 14,59 d. el año 1918. Contribuyó además a esta alza del cambio el hecho de que la cotización de nuestro cambio se hacía en peniques papel el que, a causa de las emisiones de papel moneda del gobierno británico, se había despreciado hasta 30%.

Terminada la guerra mundial, concluyó el uso abundante de salitre para explosivos y quedó limitado el consumo a la agricultura, cuyo empleo se restringió por la falta de capacidad para adquirirlo por la desvalorización de la moneda en los países consumidores y por la competencia siempre creciente del salitre artificial.

El cambio bajó a consecuencia de esto a 10,58 d. en 1919 y continuó abatiéndose hasta llegar en Enero de 1922 a 5,6 d., coincidiendo este descenso con la existencia de \$ 324.000,000 en billetes fiscales y vales del tesorero en circulación.

La baja brusca del cambio se produjo ocasionalmente después de la guerra por la repercutida en nuestro mercado de la crisis mundial que paralizó o redujo durante tres años las ventas de nuestros grandes productos, salitre, cobre y lanas; persiste de manera principal por nuestro régimen de papel moneda y por la desproporción entre nuestro crédito y el monto de nuestras obligaciones a causa de la pequeñez de nuestra capacidad económica, la falta de industrias que nos hacen tributarios del extranjero, la tendencia al derroche, a gastar inmoderadamente ya los particulares, lo que motiva la escasez de capitales, ya el Fisco, lo que causa los déficit de los presupuestos y el acre-

cimiento de la deuda pública, todo lo cual mantiene en nuestro desfavor la balanza económica, y secundariamente influye en la persistencia de la baja, la falta de estabilidad de la Administración Pública, las perturbaciones obreras que alejan los capitales de las industrias y empobrecen el país y las especulaciones de los agiotistas que juegan con las letras de cambio.

**Balanza
econó-
mica**

La balanza económica o sea la relación del total de los débitos y créditos del país con los del extranjero, manifiesta el verdadero poder económico de la nación; los saldos que resultan en pro o en contra de ella se cancelan principalmente con letras de cambio, lo que produce la mayor o menor oferta o demanda de letras.

El activo de la balanza económica lo forman: los capitales extranjeros que entran al país para ser invertidos en él, las mercaderías exportadas, el pago de transporte y comisión de ella percibidas por los nacionales, los intereses y dividendos recibidos por estos de compañías extranjeras, los valores enviados por nacionales que viven fuera del país, los gastos hechos en Chile por extranjeros y los empréstitos externos; y el pasivo lo constituyen: los capitales que salen del país, las mercaderías importadas, el pago hecho a extranjeros por transporte y comisión de ellas, los intereses y dividendos de compañías extranjeras establecidas en Chile o por préstamos de capitales extranjeros hechos al Fisco o particulares, los gastos hechos por chilenos apartados del país y los valores que los extranjeros residentes remiten fuera de Chile.

La balanza económica no la dan con precisión las estadísticas, ya que no las hay para los valores invisibles; se alejan ellas tanto más de la realidad cuanto más se complican las relaciones comerciales del país.

Hasta el año 1878, en que la base de las exportaciones fueron trigo, cobre y plata, producidos casi todos por capitales nacionales, estuvo la estadística desatendida de entonces más próxima a la verdad que la atenta y minuciosa de hoy en que son muy variados los productos de importación, cuyos avalúos de precios difieren del efectivo y en que gran parte del valor de las exportaciones no queda en el país por pertenecer a sociedades extranjeras que se llevan las utilidades. Así, sólo aproximadamente pueden calcularse los capitales nacionales o extranjeros

que se retiran del país, las utilidades e intereses invertidos en Chile por personas que viven en el extranjero, las ganancias de las casas de comercio extranjeras que tienen agencias en Chile y los gastos de los chilenos que viven fuera del país, partidas todas ellas invisibles.

En 1923, las exportaciones fueron \$ 543.000.000 y las importaciones, \$ 239.000.000; aparece, pues, un saldo aparentemente favorable que no ha existido. De la exportación del salitre, hay que rebajar un 40% y casi la totalidad de la exportación del cobre, por pertenecer la propiedad de esos productos y por consiguiente, las utilidades, a extranjeros. Del saldo, hay todavía que rebajar las utilidades e intereses de las empresas y personas extranjeras provenientes del comercio y otras industrias y el servicio de la deuda externa del Fisco, Municipalidades y empresas nacionales.

En armonía con lo expuesto, la acción práctica, beneficiosa, concreta para obtener la estabilidad del cambio es ante todo abolir el régimen de papel moneda que no se basa en ningún valor efectivo del mercado internacional y volver al de la circulación metálica; para ello es menester crear antes una institución central, de carácter monetario y bancario, ajeno a la política que de estabilidad al valor en oro de la moneda y atienda a la regulación del circulante para amoldarlo a las variables necesidades del mercado, dando una racional elasticidad a las emisiones de billetes; (1) es necesario además, para mejorar el cambio, activar nuestra producción agrícola y minera y nacionalizar esta última; fomentar la industria manufacturera; desarrollar el comercio y la marina mercante nacional; restringir los consumos de productos extranjeros; estimular el ahorro; equilibrar los presupuestos aumentando las contribuciones dentro de los límites de nuestra capacidad tributaria y haciendo economías con firmeza y premura; reformar nuestra anticuada legislación bancaria en forma que ofrezca al público mayores seguridades en la organización y funcionamiento de los Bancos, derogando la ley de los de emisión; impedir la contratación de nuevos empréstitos; hacer que cese el pago de las deudas del país con emisiones de papel moneda francas o disfrazadas; tomar

(1) Esto se hizo en 1925, con la creación del Banco Central y la concesión de una versión metálica.



medidas contra el agio; alcanzar la estabilidad política, y obtener que el Gobierno inspire confianza al capital.

Hemos visto que las cifras de importaciones y exportaciones solas no pueden suministrar datos precisos sobre el estado efectivo de las deudas o créditos exteriores y por ende, basar la estabilidad del cambio y la prosperidad interna de la Nación en el equilibrio de la balanza comercial fué sólo una majadería que repitieron durante años los papeleros tratando de desviar la atención del pueblo que instintivamente veía con malos ojos las emisiones excesivas de papel moneda.

Los precios cambian o por elevarse o descender el valor de las cosas o por subir o bajar el valor del dinero; por tanto, el valor de las letras de cambio varía por alterarse el valor de la moneda.

Influencia del papel moneda

La influencia del papel moneda en el cambio es principio inconscio. Como en el cuerpo raquílico toma carácter de gravedad cualquier dolencia, así, en el país debilitado por el papel moneda, las bajas del cambio se truecan en crisis considerables y las fluctuaciones son mayores que en donde existe régimen metálico.

A medida que acrece la suma de billetes de curso forzoso en circulación, disminuye su valor, depreciación que sigue en progresión geométrica pasados ya ciertos límites.

En 1860, sin salitre, con rentas que no pasaban de \$ 50.000.000 valía 46 d. el peso; en 1880, con \$ 28.000.000 de billetes fiscales, el cambio estuvo a 31 d.; en 1900, con \$ 50.000.000 de emisión estuvo a 17 d.; en 1910, con \$ 150.000.000, baja a 11 d.; en 1922, con \$ 324.000.000, el cambio llega a menos de 6 d., y en 1924, restablecida ya la normalidad de la exportación del salitre, con \$ 299.707,242 en circulación, \$ 150.000.000 en billetes y 149.707,242 pesos en vales del Tesoro, el cambio se mantiene aún a menos de 6 d.

Con razón decía en 1824, el Ministro don Diego José Benavente, cuando, urgido por las necesidades, recurrió a imponer nuevos impuestos, que debería ser tenido «por visionario, tirano y aún hereje» el que propusiera la circulación de papel moneda.

Con razón los más hábiles hacendistas de Chile han hecho constantes esfuerzos por restablecer el régimen metálico.

Como moneda, se usó en Chile al principio oro en polvo, después barritas con peso y ley de fino limitados, más tarde monedas de oro y plata acuñadas. La primera ley monetaria de la República se dictó en 1834 y estableció las monedas de oro, doblón y escudo y de plata, real y cuartillo.

El primer régimen monetario, introducido por España, fué el bimetalmismo que se mantuvo puro hasta 1860 en que comienza el segundo período monetario caracterizado por las emisiones bancarias. En ese año, se dictó la mencionada ley de Bancos de emisión, la cual autorizó a los Bancos para emitir billetes pagaderos a la vista y al portador hasta la suma de 150% de su capital efectivo.

Por primera vez, en 1865, a causa de la guerra con España, se declaró temporalmente inconvertibles en dinero los billetes emitidos por los Bancos.

A causa de la baja de la plata, se desequilibró la balanza comercial que en aquel tiempo marchaba más o menos a la par con la balanza económica, lo que en 1878 hizo exportarse el oro amonedado para saldar las diferencias entre las importaciones y las exportaciones y creó una difícil situación comercial y fiscal que obligó al Gobierno a emitir obligaciones del tesoro por dos años, a celebrar un contrato de préstamo con los Bancos y por último, a declarar la inconvertibilidad de los billetes emitidos por los Bancos que habían celebrado el contrato anterior con el Estado, hasta la suma de \$ 15.000,000.

Esta resolución tomada por el Congreso en sesión extraordinaria y secreta, que beneficiaba directamente a los Bancos, se estimó como necesaria para salvar a éstos de una quiebra de otro modo irremediable.

Desde entonces comienza en Chile el régimen de papel moneda de curso forzoso, que debió haber terminado el primero de Marzo de 1880, pero que un suceso imprevisto, la guerra de 1879, dejó a firme. Comienza así el tercer período monetario.

La incon- vertibili- dad del bi- llete fiscal

En Abril de 1879, se dictó la primera ley de papel moneda que autorizaba al Presidente de la República para emitir \$ 6.000,000 en billetes fiscales al portador, expediente financiero indispensable para subvenir a los gastos urgentes de la campaña que nos había sorprendidos desarmados y sin

fondos. El mismo año, se autorizó al ejecutivo para emitir otros \$ 6.000,000 en vales del Tesoro; en 1880 se autorizaron dos nuevas emisiones por \$ 16.000,000.

El propósito dominante en el Congreso era limitar las emisiones a lo estrictamente necesario para volver al régimen metálico, con este objeto empezaron a retirarse de la circulación \$ 50.000 mensuales en billetes y se autorizó al Presidente de la República para recibir depósitos abonando el 5% de interés anual por la suma de billetes que excediera de \$ 16.000,000. Este designio se frustró a pesar de haber existido en 1883 recursos suficientes para el rescate del papel moneda y de haber llegado el cambio a 36 d. en ese año, porque el aumento de las rentas fiscales trajo como consecuencia la inflación de los presupuestos y al mismo tiempo, los intereses creados al abrigo del papel moneda comenzaron a resistir la conversión.

En 1887, se dispuso la incineración de \$ 100,000 mensuales de billetes hasta reducir la emisión a \$ 18.000,000. Nos habría llevado a la conversión metálica esta medida, si la revolución de 1891 no hubiera hecho fracasar esta tentativa. En ese año, se autorizó el uso y venta del depósito metálico que existía para preparar la conversión y se aumentó la emisión fiscal en \$ 20.809,297.

Se promulgó en 1892 una ley destinada a realizar la conversión del peso billete por moneda de oro de 24 d. Según ella, el billete se destruiría poco a poco y se retiraría definitivamente de la circulación el 31 de Diciembre de 1895. A fines de aquel año, comenzó a sentirse una contracción monetaria por la merma del billete fiscal incinerado y del bancario que los Bancos retiraron de la circulación porque temían ser obligados a canjearlo en malas condiciones. Agravada esta restricción al comenzar el año 1893, hubo de modificarse, en Mayo de ese año, la ley antes dictada, suspendiéndose la incineración de billetes fiscales y dando entrada a los billetes bancarios en las oficinas públicas.

La conversión metálica de 1895 y su fracaso

La ley de 11 de Febrero de 1895 ordenó que los Bancos garantizaran el valor total de su emisión, la que se limitó a \$ 24.000,000; como transacción con los papeleros, bajó el tipo de la conversión a 18 peniques; dispuso que el Estado pagaría sus billetes en oro a contar desde el 1.^o de Junio de 1895, antici-

pando la fecha de la conversión, y para afianzarla, autorizó un empréstito de 2.000,000 de libras esterlinas.

Con esta ley, terminó el sistema bimetálico, adoptándose el padrón de oro de 18 d. por peso, el que jurídicamente existe hasta hoy. (1)

Efectuada la conversión de \$ 53.493,300 en billetes fiscales y bancarios, para asegurarla, la prudencia aconsejaba reducir los gastos públicos y las obligaciones por pagar en el extranjero, dar confianza al país robusteciendo la acción del Gobierno con la estabilidad ministerial, afirmar la paz exterior y defender con energía este régimen de salud pública de las hostilidades de adversarios poderosos que espiaban el menor tropiezo del régimen metálico para precipitarlo al abismo.

Nada de esto se hizo.

La crisis, consecuencia de la revolución y de otros factores, continuaba su curso; era aun fuerte en 1898, pero el país la resistía con firmeza; paulatinamente se iba a su liquidación definitiva y el *stock* de dinero amonedado era suficiente para las operaciones normales.

Se estableció el régimen de paz armada; se autorizó la contratación de un empréstito de £ 4.000,000 para comprar armas y barcos de guerra, lo que debilitó nuestro crédito y agravó las dificultades internacionales; los partidos políticos continuaron derribando ministerios, y por último, la alarma de una guerra próxima con la República Argentina, abultada por mil voces pesimistas de los papeleros que esparcieron el rumor de que se preparaba la vuelta al régimen de papel moneda, hizo que los depositantes, para salvar su oro, comenzaran a retirar precipitadamente sus depósitos de los Bancos de Santiago y Valparaíso.

Más tarde, se señaló como causa mediata de este pánico que hizo fracasar la conversión, la que sigue: Se dijo que el Ministro chileno en Lima había pedido autorización para comprar un documento importante que se le ofrecía. Era él la copia de una sesión secreta del Congreso en que se aprobaba un tratado de alianza ofensiva y defensiva de Argentina, Bolivia y Perú contra Chile. Nuestro Gobierno tomó activas medidas; hizo movilizar el ejército, tener la escuadra lista para zarpar al estrecho y pidió autorización al Congreso para proceder con libertad hasta declarar la guerra a la República Argentina en caso

(1) Hay que recordar que esta conferencia se dictó en 1924.

necesario. Los congresales no guardaron el secreto de la sesión en que esto se trató; lo comunicaron a sus íntimos, y ellos y éstos retiraron sus fondos de los Bancos, lo que produjo el pánico y la corrida consiguiente.

El documento adquirido por nuestro Ministro resultó apócrifo.

Esta corrida que dió el público a los Bancos, en Julio de 1898, los colocó en dos días en tan difícil situación que el Gobierno, sacrificando el país para salvarlos, autorizó a estos para suspender sus pagos; el 11 de Julio dictó una ley de moratoria por treinta días y antes de vencerse este plazo, optó por la vuelta del papel moneda, emitiendo \$ 50.000,000 de billetes fiscales de curso forzoso.

Comenzó entonces la segunda época de papel moneda de curso forzoso.

Los papeleros Sin organizarse oficialmente, los papeleros formaron en realidad un partido poderoso que dominaba en el Congreso. Tenían también su órgano de publicidad «LA TARDE», diario alarmista, vibrante, ligero, dirigido hábilmente por los hermanos Galo y Alfredo Iraírrázabal Zañartu. «LA TARDE» hizo tres campañas perniciosas para el país: de desprecio de los más altos y honestos políticos que defendían la candidatura presidencial de don Vicente Reyes, de inquietud internacional provocadora de recelos y odios contra la República Argentina y de defensa del papel moneda.

Agricultores, industriales, mineros que veían en el papel moneda abundante un recurso para obtener mayor crédito y desarrollar así sus negocios; productores en grande de salitre o de trigo que con el mal cambio aumentaban el valor en papel de sus productos sin que simultáneamente les acreciera el costo de producción y menos los salarios; industriales que con la baja del cambio evitaban la competencia extranjera y podían alzar sus productos sin importarles un comino la carestía de la vida; deudores que aligeraban su deuda pagándola con menor valor efectivo en papel depreciado; arrendatarios de propiedades a largo plazo, y sobre todo especuladores a quienes complacía para sus juegos de Bolsa las bruscas alteraciones del cambio, formaron el partido papelero que indudablemente contribuyó a aumentar el pánico que derribó la conversión metálica en 1898,

así como lo habían combatido con armas lícitas e ilícitas desde 1892.

La conversión metálica cayó por las causas mediáticas señaladas y por no tener a mano los Bancos oro suficiente para resistir la corrida, pues el oro no se había exportado; se escondió sólo por desconfianza; se exportó inmediatamente después de la vuelta del papel moneda.

Se fijó la fecha de la conversión del papel moneda para el 1.^o de Enero de 1902; en 1901, se postergó hasta el 1.^o de Enero de 1905, y llegada esta fecha, se retrazó nuevamente hasta 1910.

Los papeleros achacaron la crisis, cuya liquidación favorable comenzaba en 1898, al régimen metálico y atribuyeron el término de ella que se verificó más o menos en 1902 y el desahogo de la situación económica que continuó hasta culminar en 1904, al papel moneda. Como tenían mayoría en el Congreso, lanzaron en ese año una nueva emisión innecesaria de \$ 30.000.000 que inició un período de emisiones de cantidades arbitrarias y que dió pábulo a la fiebre especulativa de esa época.

Al año siguiente, con un pequeño esfuerzo del Estado, la conversión habría podido realizarse, porque fué un momento excesivamente propicio: el cambio estaba casi a la par, los negocios prósperos y zanjadas todas las dificultades con la Argentina.

En vez de hacer la conversión el Gobierno, continuó la orgía de millones. Los Bancos dieron facilidades inconcebibles a sus clientes, con lo que se acometieron empresas sin fundamento serio; se encontraba dinero para sociedades inverosímiles, para negocios fantásticos, lo que produjo una especulación nunca vista.

La reacción comenzó en 1906, las cajas de los Bancos disminuyeron en forma alarmante, los créditos se restringieron, por lo que sin otra razón financiera que la justificara, se lanzó una nueva emisión de \$ 40.000.000.

Hubo nueva alza de precios, nuevo abuso del crédito, nueva escasez de circulante y una última emisión en 1907 de \$ 30.000.000 que fué autorizada, a pesar de haberla resistido enérgicamente el Presidente Montt y su ministro don Guillermo Subercaseaux.

Las dificultades bancarias y el empeño de aumentar el circulante, que naturalmente disminuía a medida que el cambio bajaba, motivaron todas las emisiones de papel moneda desde

1898 hasta la gran guerra; el Gobierno no necesitó de ellas para sus gastos; sirvieron para satisfacer las necesidades de los negocios y empresas en aumento constante y para calmar la grita de los papeleros que con la idea absurda de que la prosperidad del país la da el circulante copioso y barato producido por el papel moneda, encontraban el circulante siempre escaso.

Los papeleros se hartaron; la crisis se produjo y la aparente situación próspera producida por la inflación, castillo de naipes levantado por el abuso del crédito, se derrumbó con estrépito.

La conversión ha ido postergándose sucesivamente hasta 1915, 1917, 1919, 1920, 1921 y por último hasta el 31 de Diciembre de 1924.

A causa de las circunstancias extraordinarias de la guerra, se dictó en 1914 la primera ley de emisión de emergencia, autorizándose al Presidente para emitir vales de Tesorería al portador a un año plazo sin interés.

Entre los años 1920 y 1922, se autorizó la emisión de vales de Tesorería y bonos de la deuda interna en beneficio del Estado que se colocaron en los Bancos nacionales, dándoles autorización para extraer con ellos vales del Tesoro de curso forzoso.

Se entonó así el crédito del Estado a costa del valor de la moneda.

Al revestir los bonos de la deuda pública de la facultad de emisión, se aumentó de un modo arbitrario el monto del circulante y se empapeló al país suave, automática e hipócritamente.

De \$ 150.000,000 de circulante existente en 1907, se llegó paulatinamente con estas emisiones de emergencia a \$ 300.566,262 en Junio de 1924.

En cualquier momento, con los fondos de conversión que alcanzan a \$ 114.110,600 oro de 18 d., se ha podido hacer inmediatamente la conversión de la moneda a un precio fijado arbitrariamente 6d. por ejemplo, que es el más indicado. A este tipo se tendrían \$ 342.331,800. (1)

La injusticia que este cercenamiento del valor de la moneda acarrearía por una sola vez para acreedores y rentistas, sería inferior a la suma de injusticias que produce cada año la inestabilidad de la moneda.

(2) Esto se ha hecho en 1925.

Daños del papel moneda Hemos visto a quienes aprovecha el descenso del valor de la moneda; perjudica a la inmensa mayoría del país, principalmente al proletariado y a la clase media, a los que viven de jornales, sueldos, pensiones, rentas fijas e intereses de capitales.

El papel moneda altera incesantemente los valores; al debilitar la seguridad en el cumplimiento de los contratos, perturba y hace inciertos los negocios, ahuyenta los capitales extranjeros, incita al agio, formenta la especulación en la Bolsa; la depreciación de la moneda que produce, falseando la medida del trabajo, impulsa a contraer deudas, retrae del ahorro y de la contratación de seguros, disminuye la remuneración de las labores, sobre todo las del asalariado y aumenta el costo de la vida, lo que mata el amor al esfuerzo paciente y la virtud de contentarse con una plácida medianía.

La inconsistencia social, el espíritu de revolución y revuelta producido por la vida cara es obra en gran parte de la inestabilidad de la moneda.

Intervención económica del Estado Hemos visto como el Estado interviene en la vida económica por su política interior y exterior, por su administración y por su legislación, dictando leyes monetarias; interviene asimismo por medio de leyes aduaneras, de contribuciones y sociales.

Respecto del comercio exterior, el Gobierno dispone de poderosos medios de acción y fiscalización, tales como los impuestos aduaneros que le permiten restringir la entrada y aún el tránsito de mercaderías extranjeras y la salida de productos del país; puede también, respecto del transporte, limitar o prohibir el tráfico entre puertos nacionales a naves que no lleven su bandera.

Libre cambio y protección La política aduanera dió principalmente lugar a las controversias que comenzaron a fines del siglo XVIII entre libre cambistas y proteccionistas.

Los primeros, cuyas doctrinas tuvieron su auge en la primera mitad del siglo XIX, lo que dió lugar a una serie de tratados de comercio muy liberales, sostienen que los derechos de aduana a la importación hacen ésta más difícil y costosa, disminuyendo las ventajas del comercio internacional en perjuicio de los habitantes del país, considerados en su calidad de consumidores.

Los segundos sostienen que es preciso considerar por sobre todo el desenvolvimiento de las fuerzas productoras de la Nación para adquirir cierto grado de independencia económica que asegure la tranquilidad y progreso social del pueblo y preconizan, con el fin de acrecentar la producción económica y comercial, la protección de las industrias en todos los países que, como el nuestro, no ha alcanzado todavía el último estado de su evolución, esto es, que no son suficientemente industriales, por medio de elevados aranceles aduaneros sobre los productos que se dan o elaboran en el país, por primas a los productores o por adopción de tarifas diferenciales en los ferrocarriles o por garantías de interés a los capitales invertidos en industrias o por reducción de impuestos a los mismos.

El régimen aduanero consiste en derechos o impuestos sobre las mercaderías que pasen las fronteras con el objeto de suministrar entradas al Fisco o de asegurar al productor nacional una protección eficaz sin perjudicar el interés general, favoreciendo principalmente la entrada de materias primas necesarias para las industrias establecidas y estorbando las importaciones de productos similares a los que se fabrican en el país.

La política aduanera del mundo, con excepción de Inglaterra, es proteccionista y aun, el individualismo ilimitado, la libre competencia absoluta, el *Free Trade* han concluído en ese país, cuna del individualismo.

Evolución de estas doctrinas en el país La política económica de la República fué proteccionista hasta 1848, libre cambista desde ese año hasta 1900, a partir de esa fecha, se vuelve lentamente al proteccionismo, acrecentándose cada día más esta tendencia.

Don Mariano Egaña, en 1824, para establecer industrias en Chile, contrató en Londres maestros para elaborar fierro, fabricar loza ordinaria y porcelana, tentativas que fracasaron. La administración Prieto fué francamente proteccionista; declaró exento del pago de diezmos las plantaciones de lino y cáñamo, impuso derechos al ganado vacuno, caballar y lanar que se internara por la Cordillera y liberó de derechos de importación los utensilios que se emplearan para la pesca en buques nacionales.

En 1834, se impusieron derechos de importación a las mer-

caderías extranjeras, los que fluctuaban entre 5 y 35%, haciéndose una rebaja en los derechos de 10 a 20% a las mercaderías que se importaran en buques nacionales. Esta última disposición se derogó en 1850.

Para la importación de trigo y harina, se estableció un derecho progresivo con relación al menor valor que tuviera el producto nacional: cuando el valor del trigo excedía de \$ 6 fanega y la harina de \$ 7 quintal, entraban libres de derechos.

Basadas en el principio de que las fuerzas económicas deben ser libres, ajenas a toda intervención del Estado para obtener así un progreso económico universal de perfeccionamiento en la calidad de los productos y de abaratamiento en los precios por la competencia comercial y por producir cada pueblo aquello para lo cual está en condiciones superiores a los demás, las ideas libre cambistas comenzaron a ganar prosélitos por la influencia del notable economista Gustavo Courcelle-Seneuil que llegó a Chile en 1855.

Su triunfo hizo que la marina nacional se arruinara con la competencia de la de otros países; que la explotación de los seguros y de la industria bancaria fuera absorbida por compañías extranjeras que no traían capitales a Chile y no pagaban contribuciones o pagaban menos que los nacionales; que la industria minera, que el Estado pudo nacionalizar fácilmente, la entregara al extranjero y que nos sirviéramos de la tarifa aduanera sólo para obtener renta fiscal y no para defender la economía nacional.

En 1899, las utilidades y amortizaciones del capital extranjero, formado por compañías de navegación, de seguros, de ferrocarriles como el de Antofagasta a Bolivia, los de Tarapacá y de Curanilahue, de tranvías y luz eléctrica, casas de comercio de importación y exportación, Bancos, Cables, empresas industriales, mineras y salitreras, se calculó que representaban el 65% de la producción del país.

El salitre nuestro principal producto de exportación, no era una riqueza propiamente nacional; hasta hace pocos años su explotación se hacía casi en su totalidad por capitales extranjeros. El auge alcanzado por las compañías nacionales de Salitre de Antofagasta, Loa, Lastenia y otras y el empuje de los industriales chilenos Augusto Bruna, Jorge Buchanan, Jorge Jones, los hermanos Astorga, ha permitido que la fijación del tanto por ciento de productores nacionales llegara en 1920 a 55,96%.

Vuelve de nuevo este tanto por ciento, a reducirse a menos de 50% con las transferencias hechas últimamente de compañías salitreras chilenas a firmas extranjeras.

El país, a consecuencia de lo dicho, no recibe las sumas que señala la estadística por sus exportaciones, pues aparece exportando como propio salitre y cobre perteneciente en gran parte a compañías extranjeras en cuyos países quedan los intereses del capital invertido y las ganancias.

Todo esto es causa de empobrecimiento y de baja del cambio.

Nuestro mayor empeño debe ser, pues, nacionalizar nuestras industrias y esta política sigue la nueva generación de economistas como Armando Quezada, Julio Philippi, Enrique Oyarzún, Guillermo Subercaseaux, Francisco A. Encina, Alejandro Silva de la Fuente, Daniel Martner y el hábil político Elio-doro Yáñez.

La reacción contra las exageraciones libre cambistas comenzó a principios de este siglo. Ya en 1897, se fijó como derecho de internación un 25% *ad-valorem* a los artículos de uso común, 35% a los de fácil fabricación y 60% a los de lujo, fijándose derechos ínfimos a las materias primas. Estos derechos fueron alterados en 1912 y recargados en 50 y 100% en 1921.

En 1899, se declaró libre de derechos de internación el algodón en rama y la maquinaria necesaria para su fabricación; más tarde se impuso derechos proteccionistas de internación al ganado, a los fósforos de madera y a los productos manufacturados en el país.

Se han modificado asimismo las leyes que protegían a las Compañías de Seguros Extranjeras y se ha favorecido abiertamente la Marina Mercante Nacional.

En 1910, mucho más de la mitad de los seguros vigentes en Chile correspondía a Compañías Extranjeras; en 1923, de \$ 5.527.092,543 de seguros, el total asegurado en las Compañías Chilenas ascendía a \$ 3.292.495,554.

Y en 1922, concurrieron a la exposición industrial de ese año más de trescientos exponentes de productos manufacturados en Chile, adelanto que constituyó una grata sorpresa para el país.

**E statis-
mo, libera-
lismo, soli-
darismo.**

La tendencia doctrinal que domina en la actualidad se encuentra equidistante tanto del intervencionismo exagerado y utópico del Estado, del proteccionismo lindante al *boxerismo*, como de un liberalismo rancio que en política comercial sostiene un exaltado cosmopolitismo, que es libre cambista *a outrance*, que estima ventajoso para la sociedad una abstención completa del Estado en el dominio económico, que somete a rigurosa crítica sus diversos modos de intervención y se muestra excéptica sobre su aptitud para dirigir explotaciones industriales y desconfiada de las innovaciones legislativas sobre cuestiones obreras.

La tendencia intermedia del solidarismo, reconociendo que nuestra organización económica se basa principalmente sobre la propiedad que respeta y la iniciativa privada que estimula, no rechaza la acción del Estado que a cada uno señala su papel en la vida económica; en su nacionalismo, es proteccionista prudente que acepta el régimen de los tratados, fundado en la cooperación internacional, como política comercial exterior, y admite una extensión oportuna de las atribuciones del Estado por razones de seguridad, higiene y justicia social, propiciando innovaciones, sobre todo en lo referente a la legislación obrera.

Trasporte La capacidad del transporte ha progresado.

En 1823, había en Chile 35,362 kilómetros de caminos, correspondiendo un klm.. de estos a 21 klmts. cuadrados de territorio y 8,661 kilómetros de ferrocarriles, de los cuales 5,402 kilómetros pertenecen al Estado.

En el acarreo terrestre, interviene directamente el Estado; se reserva el monopolio del correo, a veces el de las líneas telegráficas, telefónicas y ferrocarriles y en todo caso, reglamenta sus tarifas.

**Marina
Mercante
Nacional** La protección de la marina mercante nacional que se hace por ventajas o monopolios que se le conceden o por subvenciones o primas a la construcción de naves o a la navegación, ha seguido en Chile el vaivén de la influencia alcanzada en la opinión por las teorías proteccionistas o libre cambistas.

En 1811 y 1834, se dictaron leyes de protección a la navega-

ción nacional. En este último año, se reservó el transporte de cabotaje a los buques nacionales, sus dueños y capitanes debían ser chilenos. En 1848 se suspende la disposición de que los capitanes sean chilenos y se permite a los extranjeros domiciliados en Chile ser dueños de barcos nacionales; al año siguiente se autoriza al Presidente de la República para conceder permisos a los buques extranjeros para hacer el cabotaje y un año después, se deroga la ley que rebajaba los derechos a las mercaderías importadas en buques nacionales. Por último, en 1866 se concede a los vapores extranjeros hacer libremente el transporte de cabotaje.

En 1917, se vuelve a la política protecciónista de 1811 y 1834, aprobándose la ley que establece una contribución de tonelaje a todas las naves que toquen en puertos chilenos y que fija el plazo de diez años para que a su término quede reservado el cabotaje a los barcos nacionales; en 1919, se crea la Caja Hipotecaria de crédito naval y en 1922, se anticipa para el trasporte de carga la reserva de cabotaje hecha por la ley de 1917.

¿Qué resultados ha producido este cambio de política en la economía nacional?

El año 1866, había 247 buques de vela con un tonelaje de 66,011 toneladas y 11 vapores con 2,207 tons., todos nacionales; el año 1868, los veleros bajan a 19 con 2,780 tons. y los vapores a dos con 644 tons. Es verdad que en esto influyó la guerra con España que hizo cambiar de bandera a muchos barcos, pero el aumento de la marina nacional desde entonces fué muy lento. Hasta el año 1885 no se supera el tonelaje total de 1866.

Dos años después de dictada la ley de cabotaje, la marina mercante nacional, se acrecentó con 17 naves de más de mil toneladas de registro, que ocupaban 1,500 hombres, cuyo mantenimiento importaba \$ 17.000,000 y que producían anualmente mucho más. En el mismo período de tiempo, los fletes y los pasajes bajaron.

En 1923, registraba la estadística 121 vapores nacionales con una capacidad total de 83,788 tons. y 19 veleros con 19,864 tons. de registro en total.

La ley de protección a la marina mercante nacional ha desarrollado la flota mercante del país, mejorado el servicio y aumentado la riqueza de Chile.

Producción: Las industrias extractivas son las más importantes del país. Nuestros principales productos de exportación han sido salitre, cobre y lanas.

Antes de la guerra del Pacífico, el salitre se explotaba en Tarapacá, provincia peruana, generalmente por extranjeros y en Antofagasta, departamento de Bolivia, por industriales chilenos.

En los años 1872 y 1873, se descubrieron varios yacimientos de salitre en el desierto de Atacama, en la provincia del mismo nombre, en los cantones de Cachinal de la Sierra y Aguas Blancas que forman parte hoy de los departamentos de Taltal y Antofagasta respectivamente, los que fueron pedidos por los descubridores. En las mismas regiones, se hicieron nuevos pedimentos de salitre en 1876.

Ocupado el litoral de Antofagasta por los chilenos, se hicieron los pedimentos del cantón de Salinas, durante los años 1879, 80 y 81.

El salitre dejó de ser denunciable por decreto del año 1884 y por ley, desde la promulgación del Código de Minas de 1888.

Las salitreras de Tarapacá estaban en poder del gobierno peruano que las había expropiado. Su sucesor, el gobierno de Chile, ordenó otorgar títulos definitivos de propiedad a los que entregaran los certificados o bonos emitidos por el Perú en pago de las oficinas salitreras.

En lugar de conservar las salitreras o instar a los capitalistas chilenos para que se quedaran con ellas, dándoles facilidades especiales, el gobierno permitió que emprendedores extranjeros, de más iniciativa que nuestros nacionales, por precios ínfimos y con dinero obtenido del Banco de Valparaíso, adquirieran los títulos de las salitreras y los llevaran a Londres, en donde se valoraron en millones de libras esterlinas que no quedaron en el país.

Se rescataron de este modo 27 oficinas; además se subastaron 18.

Se perdió así la mejor oportunidad de nacionalizar esta industria.

El peligro de entregar las salitreras totalmente a manos extranjeras, lo vió más tarde Balmaceda, cuando dijo: «El «Estado habrá de conservar siempre la propiedad salitrera suficiente para resguardar con su influencia la producción y su «renta y frustrar en toda eventualidad la dictadura industrial de Tarapacá».

Desde que se incorporaron a Chile las provincias salitreras de Tarapacá y Antofagasta, la vida fiscal y las industrias del resto del país quedaron subordinadas a la industria salitrera. Se cultiva y se fabrica principalmente para su consumo. Ella contribuye a la economía nacional con \$ 450.000,000.

Se comenzó por establecer un derecho al salitre elaborado al Norte del paralelo 24, de 40 centavos por quintal métrico, después se elevó a \$ 1.60 y más tarde, en 1880, a 28 peniques por cada 46 Kgs. o sea \$ 3.38 oro de 18 d. por qq. métrico, derecho que subsiste hasta ahora.

En los años 1881 y 1882, se fijó el derecho de exportación del salitre de Aguas Blancas y Taltal en la mitad del que se pagaba en Tarapacá, después se igualó.

Estos derechos son superiores a los dividendos que reparten las compañías salitreras, equivalen casi al 70% del valor total líquido producido por la industria.

El salitre en 42 años, desde 1880 hasta el 1.º de Enero de 1922, ha dado al Fisco por derechos \$ 1.991.312,239 y el yodo, en el mismo tiempo, \$ 21.081,935, en ambas sumas, oro de 18 d.

Esta enorme entrada que debió destinarse al pago de deudas o invertirse en obras públicas reproductivas, se dedicó a reemplazar los impuestos eliminados, destruyendo el régimen tributario, a aumentar los empleos y a la ejecución de obras improductivas; mientras tanto, las vías de navegación interior en el Sur, las líneas férreas transversales en el Norte, los puertos abrigados, los caminos y puentes en todas partes, desde hace tiempo, han sido insuficientes para satisfacer las necesidades del país.

Desde 1880, fecha en que se estableció el derecho de exportación que hoy rige, el costo de producción ha subido por alza en el precio de los salarios, materiales y combustibles, gastos que imponen las nuevas leyes sociales, más largo acarreo del caliche a las máquinas y baja de la ley del caliche empleado. En 1880, la ley media de los caliches era 35% y el costo de producción, un peso de 48 d. por quintal métrico de salitre; ahora, la ley media es de 18% y el costo, 1.50 dólares.

En el otro siglo, el salitre no tenía competidores, constituía un monopolio, pues no podían llamarse tales el guano y otros abonos inferiores. Desde hace veinte años, la producción y consumo de los abonos artificiales ha ido aumentando y el salitre

chileno, que antes doblaba su producción cada doce años, desde hace quince años se ha estacionado, mientras el consumo mundial de ázoe aumenta en progresión creciente. En 1913, Chile proveía el 54.7% del ázoe que se consumía en el mundo, en 1923, esa cifra había descendido a 39.2%.

Al Estado y a los productores ha faltado fijeza, eficiencia y cooperación recíprocas, para impulsar la industria, a pesar de su mutua conveniencia en hacerlo.

En lo relativo a las ventas, hay entre ellos intereses contrapuestos. Con vastas miras, como es de dilatada la vida nacional, y con yacimientos de salitre explotables por más de un siglo, al Estado le conviene que se venda mucho y a bajo precio para aumentar sus entradas y asegurar el porvenir de sus reservas, venciendo a los competidores del producto; con miras más limitadas, como es de corta la vida natural, y en posesión de extensiones circunscritas de terrenos salitrales, el industrial aspira sobre todo a vender caro, aunque para ellos se restrinjan las ventas, a fin de evitar que se agoten las existencias de caliche de sus oficinas, de amortizar a corto plazo el capital invertido y de obtener crecidas utilidades.

El Fisco, desidioso, se ciñó a percibir crecidos derechos aduaneros, contribuyendo a la propaganda en la mezquina proporción de 16.8% por 83.2% con que concurren los industriales, sin catear la pampa para apreciar la riqueza salitrera, sin impedir que los ferrocarriles particulares explotaran a los productores, sin estimular la nacionalización de la industria y sin proteger al obrero inerme ante la codicia del capital. Los productores, rutinarios y satisfechos de sus enormes ganancias, sólo excepcionalmente trataron de cambiar el sistema de elaboración por otro más eficiente y económico, de buscar aplicaciones industriales nuevas a los subproductos del salitre y casi nada hicieron para defenderse de la competencia siempre creciente del salitre artificial.

Solamente en los últimos años, la Asociación de Productores de Salitre ha intensificado la propaganda, ha establecido la sección del Bienestar en beneficio del obrero y estudia la fundación del departamento de investigaciones científicas para abaratar el costo de producción (1).

(1) En el año salitrero 1925 a 1926, se ha invertido por la Asociación de Productores, £ 361,830 para fomentar el consumo, £ 50.000 en la sección de investigaciones científicas y \$ 16,155.306 en el departamento del Bienestar.

A fin de obtener esto último y hacer una propaganda activa para poder luchar con eficacia con los abonos competidores de nuestro salitre, es menester una mejor cooperación del Fisco y los productores y reemplazar el impuesto rígido que hoy existe por uno más elástico sobre las utilidades de la industria.

A consecuencia de la guerra de 1914, suspendieron sus trabajos 91 oficinas de 134 que habían en actividad.

Para salvar la industria salitrera y evitar la desocupación de 60,000 trabajadores que emplea, se dictó la ley de auxilios salitreros que autorizaba al Gobierno para dar un anticipo a los productores que mantuvieran la explotación de sus oficinas de \$ 3 por qq métrico de salitre elaborado que tuvieran en cancha y \$ 4 en puerto, préstamos que después se aumentaron a \$ 6 y \$ 7.50 respectivamente, constituyendo garantía prendaria sobre el salitre a favor del Fisco.

Esta ley transitoria produjo tan excelentes resultados que se ha ido prorrogando periódicamente con pequeñas modificaciones; la última ley es de Febrero de 1923. Los préstamos alcanzaron a cifras considerables en momentos de crisis, reduciéndose cuando la industria volvía a la normalidad.

Pronto se restableció la exportación que aumentó con las necesidades de la guerra hasta llegar a su máximo en 1916 con 2.980,227 toneladas. Se mantuvo el buen mercado durante los años 1917 y 18 para alcanzar el mínimo en 1919. En 1920 hubo una expansión artificial creada por el *Pool*, la exportación llegó a 2.746,118 toneladas, descendiendo en forma brusca en 1921 y 1922, para acercarse poco a poco a la normalidad en 1923.

La Asociación de Productores de Salitre que deja a cada uno de sus adherentes su autonomía, limitándose a imponer ciertos principios reguladores de la producción y del precio de venta y a hacer propaganda en el extranjero, hizo contratos de venta en 1920 de 100,000 toneladas mensuales de salitre para entregarlas desde Junio de 1920 a Abril de 1921 a los elevados precios de 16 sh. 6 d. a 17 sh. por qq. español.

Mientras tanto, el producto se hacía invendible a consecuencia de la terminación de la guerra, lo que formó un stock de un millón de toneladas en poder del *Pool* o asociación de compradores y de 1.500,000 toneladas en manos de los productores, lo que produjo la paralización casi total de las oficinas.

Un acuerdo, estimulado por el Gobierno, entre estas dos

asociaciones, que impuso a ambas la pérdida de algunos millones, permitió bajar los precios, con lo cual se vendió el salitre acumulado y se normalizó la producción. (1)

Los pedimentos de pertenencias salitreras hechos en la provincia de Antofagasta entre los años 1872 y 1881, salvo unos pocos que se mensuraron y explotaron sin éxito, permanecieron como títulos sin valor durante veinte años; después surgieron los compradores de ellos, que los mensuraron y los vendieron a los industriales ganando ciento por uno.

El ingenio del interés individual es maravilloso como es admirable la desidia del interés colectivo en defenderse.

El derecho a mensurar los títulos del rico cantón de Salinas estaba caducado por no haberse hecho en las épocas fijadas por los respectivos decretos. Se hizo valer entonces un decreto que autorizaba suspender las mensuras hasta que se construyera el ferrocarril de Taltal a Cachinal y de Antofagasta a Aguas Blancas y esta disposición, que favorecía a los dueños de pertenencias de esos lugares, se extendió a los tenedores de títulos de Salinas.

Desde 1900 a 1910 fué una época febril de mensuras. La mayoría de los pedimentos hechos sin estudio prolíjo del terreno por cateadores que no sabían el valor que después iban éstos a adquirir, señalaban ubicaciones en donde no había caliche. Se inventaron entonces las *cachimbas*. Colocando el punto de partida de la mensura en el lugar fijado por el pedimento, se seguía mensurando por estrechas fajas de unos o dos metros de ancho hasta llegar a depósitos abundantes de salitre en donde se mensuraba el gran resto de la pertenencia.

Para apremiar la constitución definitiva de la propiedad salitrera particular, se dictó la ley de Febrero de 1906 (2) que declaraba prescritos los derechos de los que no activaran los juicios de mensura o efectuaran esta operación en plazos breves. Se simularon entonces juicios de oposición de mensura y con este subterfugio, se eludió la ley, de modo que aún quedan títulos sin mensurar amparados en esta forma.

(1) Hoy una nueva crisis más aguda ha dejado sólo 40 oficinas en actividad en setiembre de este año. En el año salitrero 1925 a 1926, se vendió 21,796.129 qq., cifra menor en 1,428.636 qq. al salitre vendido en 1924 a 1925. La paralización es causada principalmente por el stock de salitre que existe, y éste, por el menor consumo, motivado por ser el precio de venta de nuestro salitre más elevado que el de los productos rivales.

(2) Ley N.o 1815.

Esta táctica del interés particular ha redundado en beneficio del país. La industria no habría alcanzado el vasto desarrollo que tiene en Antofagasta, si esos terrenos no hubieran sido catedados y valorados por sus poseedores, quienes los vendieron a buen precio a industriales activos que han invertido millones de pesos en la construcción de oficinas.

Sea por las exigencias de la defensa fiscal para que se ubicaran según sus títulos, sea por falta de recursos para hacer catenos prolijos, gran número de pertenencias se mensuraron en terrenos de escaso valor. En 1913, se descubrió el sistema de remensurar dichas pertenencias por medio de la gestión de reposición de linderos. Se anunciaba al Juzgado que los linderos habían desaparecido y en juicio sumario se pedía su reposición; obtenido esto, se mensuraron las pertenencias a enormes distancias de su ubicación primitiva. Pertenencias mensuradas en Aguas Blancas; al Sur de Antofagasta, compradas en pocos miles de pesos, se remensuraron en el departamento de Tocopilla en donde hoy valen millones.

La última treta para apoderarse de los terrenos salitreros fiscales es valerse de falsificadas concesiones bolivianas de terrenos, inscritas con la complicidad de jueces suplentes y defensores fiscales. Una de ellas, de gran extensión, concedida en 1870 por las autoridades de Calama, correspondía a la solicitud de un indio que pedía terrenos para cultivarlos y además los *fó-siles* (sic) que en ellos se encontraren.

La política del gobierno en esta lucha con los intereses privados ha sido versátil. A ministros de hacienda fiscalistas excesivos que han puesto tropiezos innecesarios a la industria, han sucedidos abogados de salitreros o interesados en sus negocios que revocaban las disposiciones de aquellos. Al íntegro delegado fiscal don Wáshington Lastarria se le obligó a jubilar. Con motivo de las reposiciones de linderos, los celosos abogados fiscales Eugenio Vigneaux y Luis Gutiérrez fueron trasladados inmotivadamente a Iquique, para que abandonaran la defensa en Antofagasta, obligándolos así a renunciar.

Cobre Durante los siglos XVI y XVII, se explotó el cobre para hacer cañones y utensilios domésticos; en el XVIII, se exportaba ya en abundancia.

En el siglo pasado, se explotaron las minas próximas al mar

y de rica ley; la producción fué aumentando hasta alcanzar su máximun en 1876, en que se produjeron 52,608 tons. o sea el 38.14% de la producción mundial. Desde ese año, a medida que la producción del orbe acrecía, la importancia de Chile como productor iba descendiendo; en 1906, la producción de Chile representaba sólo el 3.62% en el mundo.

Sí La declinación de la minería se debió a la competencia de Estados Unidos, Japón y Australia que hizo bajar el precio del cobre; a la industria salitrera que le arrebató brazos, capitales e iniciativas; a los aumentos de los salarios y de las dificultades del laboreo; a la falta de técnicos, cuando ya la explotación no podía hacerse sin ellos.

Sí En efecto durante el auge, fueron explotadas por los nacionales los ricos veneros con leyes de 30 y 40% que pronto se agotaron, quedando abundantes minerales de baja ley que no eran beneficiables con los sistemas en uso.

Sí Desde el año 1912, las minas comienzan a trabajarse industrialmente y el país recupera su importancia en el mercado mundial. En 1917, se produjeron 102,500 tons. de cobre; en 1922, 125,000 tons.; hoy ocupa Chile el segundo lugar como productor de cobre en el mundo.

Sí Este resurgimiento minero se debe a las empresas extranjeras que durante años invirtieron millones de pesos en estudios, exploraciones y preparación de las minas antes de obtener rendimiento. Esto ha producido al mismo tiempo la desnacionalización de la industria. En 1920, la producción nacional de cobre representaba en el país sólo el 11,21% del total.

Sí Las principales compañías mineras nacionales, como Tocopilla y Gatico, producen 6,000 y 3,000 tons. anuales respectivamente, mientras el Teniente produce 60,000 tons. y Chuquicamata 100,000 tons. Esta última, con minerales de 2.12%, es la primera mina del mundo; puede producir la mayor cantidad de cobre y al precio más reducido. Hoy produce la tonelada de 2,000 libras de cobre electrolítico a \$ 120 oro americano y puede dar 13.000,000 de tons. de cobre fino. El Teniente tiene a la vista 4.275,000 tons. de cobre.

No El precio del cobre ha fluctuado entre 100 £ a que alcanzó en 1840 y 40 £ a que llegó a 1886; por excepción durante la guerra se vendió a 110 £.

No Durante la colonia, los mineros pagaban el quinto real. Desde

la independencia hasta el año 1897, se cobró impuesto sobre la exportación de minerales; en ese año se abolió, aunque en realidad había dejado ya de cobrarse en 1884. El impuesto sobre la renta impone hoy una contribución de 5% sobre las utilidades anuales de las minas. Los minerales de hierro, salitre y borato pagan una contribución especial; el salitre y yodo por ley de 1880, el bórax por ley de 1915, el hierro por la misma ley de impuesto sobre la renta.

Sí. No hay una contribución más justa que la impuesta sobre la exportación de minerales, porque es una concesión que hace el Estado de bienes que le pertenecen; ni más necesaria, porque como las minas están en su mayor parte en poder de compañías extranjeras, de la riqueza que se extrae, no queda en el país otra cosa que el buen ejemplo de su labor concienzuda y administración eficiente y el pago de provisiones y salarios. Lo último no es una ventaja ya que hay escasez de brazos para las industrias propiamente nacionales.

Sí. Debe modificarse el impuesto por uno progresivo y proporcional a determinados precios *Standard*.

Sí. La minería junto con la expansión manufacturera y de la marina mercante serán la riqueza del porvenir; la primera prepara al país para impulsar las últimas. Tenemos incalculables depósitos de cobre y fierro y abundancia de hulla blanca para desarrollar en el futuro las industrias electro-químicas y electro metalúrgicas.

Sí. Las minas de cobre actualmente reconocidas en Chile pueden producir 400,000 tons. de cobre fino al año, que al precio medio de 70 £ por tons. darían 28.000,000 de £, suma superior a la que produce el salitre.

No. La producción de carbón en 1920 fué de 1.063,185 tons.

No. Nuestro país es minero. Desde 1901 a 1910, la exportación de productos mineros alcanzó a \$ 2,171.829,465 y la de productos agrícolas en el mismo período a \$ 299.305,391.

No. Crecida riqueza, pero transitoria, han dado a Chile las minas de plata de Arqueros, descubiertas en 1825; las de Chañarcillo en Atacama, en 1832 y las de Caracoles en Antofagasta, en 1870.

No. La minería se asimila hoy a las industrias fabriles por sus exigencias de fuertes capitales y aptitudes técnicas y administrativas; por esto, para su desarrollo necesita capitales acumula-

lados, vías fáciles de comunicación, buenos puertos, enseñanza técnica, cuerpo de ingenieros de minas y una reforma de la legislación minera ya anticuada.

No El capital chileno ha preferido aventurarse en Bolivia a radicarse en negocios mineros en Chile por las mayores expectativas de ganancias que hay en la explotación de las minas de estaño, lo que ha permitido a los extranjeros apoderarse de la industria del cobre.

Sz Las grandes empresas cupríferas de Chuquicamata, Teniente, Potrerillos, Catemu, Naltagua y Lo Aguirre son extranjeras.

El 70% de la producción minera corresponde a las sales naturales, 18% a las sustancias metálicas, 11% al combustible y 1% a las sustancias no metálicas. En la industria minera general se ha invertido 460.000,000 oro de 18 d. y en ella un 49% pertenece sólo a los nacionales.

Agricultura e industria fabril Las condiciones climatéricas y geológicas no son favorables en Chile a un vasto desarrollo agrícola; para la agricultura se aprovecha sólo una cuarta parte de la superficie del país.

Llueve en invierno, circunstancia que obliga a regar artificialmente en verano; las montañas muy extensas se utilizan únicamente para ganadería y para extraer madera, y de los 200,000 Kms. cuadrados, susceptibles de cultivo, aún no se aprovechan cerca de 150,000 Kms. c. que necesitan ser destroncados y desecados en el Sur, regados por canales en el Norte y centro, trabajos todos costosos y lentos que exigen tiempo y capitales.

La expansión agrícola que tuvo el país en la primera mitad del siglo pasado se detuvo después de haberse cultivado los 6,000 Kms. c. de suelos feraces del valle central a causa de la baja mundial del precio de los cereales que fué ocasionada por la competencia de países de enorme producción, como Estados Unidos, Rusia, Australia, India y Argentina, lo que no se vió entonces con claridad en el país por coincidir este hecho con la baja de nuestra moneda.

Desde 1873 a 1896, descendió el precio de los cereales a la mitad; durante la guerra europea alcanzaron un precio considerable.

La agricultura se ha desarrollado y puede continuar desarrollándose expansiva e intensivamente para lo primero, se

necesita el esfuerzo de varias generaciones y mayor aptitud económica a fin de hacer utilizables, tierras hoy sin provecho; el progreso es posible sólo haciendo de la agricultura una industria científica; para lo segundo, se requiere el fraccionamiento del latifundio. En Chile hay una propiedad rural por cada 41 habitantes; en 1917, había sólo 163,351 propietarios rurales y 135,370 urbanos, lo que no da el término medio propicio de dueños de la tierra que para la solidez social debe tener toda nación bien constituida.

La subdivisión de la propiedad marcha con lentitud por falta de aptitudes de nuestros labriegos, sin voluntad ni capacidad para llegar a ser propietarios, por los salarios miserables que ganan, por el alcoholismo, por falta de cooperativas agrícolas y de instituciones que faciliten al campesino la adquisición de pequeñas propiedades. Sobre esto último, ha habido sólo un ensayo hecho por la Caja de Crédito Hipotecario por iniciativa de su progresista director don Luis Barros Borgoño.

Los miles de hectáreas laborables con que se ha enriquecido en este siglo el país, especialmente el Sur, ha sido la obra de una minoría de agricultores perseverantes, económicos y novedosos; la mayoría sigue esclava de la rutina y un buen número practica el ausentismo, está eternamente adeudado y derrocha lo que producen sus tierras en viajes a Europa o suntuosas construcciones en la capital; por eso le interesa mantener los salarios bajos, el inquilinaje miserable y sumiso y el billete depreciado. Los mismos hacen que la población rural, que lleva una vida tediosa, misera, intranquila, con malos caminos, sin distracciones, sin servicio médico, amenazada con todas las incertidumbres y todos los peligros, escasee y huya de los campos y se acumule en las ciudades.

Debe combatirse el ausentismo, disminuirse la extensión de los latifundios y mejorarse la condición del labriego, dándosele salarios equivalentes a lo que gana el obrero urbano, habitaciones higiénicas, haciéndosele grata la vida de familia para arraigarlo a la tierra.

El principio de la constitución alemana, que la explotación del suelo constituye un deber del dueño para la comunidad, debe también adoptarse por la nuestra cuando se reforme.

Hasta hace poco, los agricultores dominaban en el Congreso y han legislado en su provecho; han tenido crédito abundante,

tarifas en los ferrocarriles que dejaban pérdidas al Fisco, leyes protecciónistas, como los derechos a la importación del ganado, bastantes escuelas agrícolas, comparadas con las especiales de otras industrias y han pagado escasas contribuciones, que en muchos casos burlaban por medio de irrisorios avalúos.

El valle central, cuyas tierras son más valiosas, tiene ubérrimas huertas y produce ganado y vinos finos; la zona de ganadería más importante es Valdivia y Llanquihue que en 1923 tenía 450,000 vacunos; el granero de la República, Bío-Bío, Malleco y Cautín, tuvo en 1923 un rendimiento de 2.136,082 quintales métricos de trigo; las provincias vinícolas por excelencia, Talca, Maule, Linares y Concepción, produjeron el mismo año 933,644 hectólitros de vino y el territorio de Magallanes, rico por su ganado lanar, produjo en 1922, 61,937 qq métricos de lana.

No obstante el vuelo tomado por la agricultura en las provincias del Sur, no es bastante para equilibrar la balanza económica con la exportación de sus productos; en general, abastece únicamente nuestras necesidades, exportando en abundancia lana, cereales y carnes congeladas.

La propiedad rural particular se evaluó en 1917 en \$ 3,702 millones, 794.852 y ocupó en sus faenas 141,522 personas.

El desarrollo de la industria manufacturera ha sido tardío por falta de enseñanza especial, escasos capitales y mercado reducido.

Por primera vez, aparecen los industriales concurriendo en pequeño número a la exposición de 1884. En la exposición de Minería y Metalurgia de 1894, se organizó una exhibición de productos industriales a la cual concurrieron 254 exponentes. Influyó en el desarrollo de la industria fabril la ley aduanera de 1897 que gravó 59 artículos con el derecho protector de 60% y 117, con el de 35%. Su progreso fué moroso hasta mediados de 1915 en que tuvo un gran resurgimiento a causa de la guerra que restringió los mercados europeos, por la escasez de fletes. Terminada esta, se abatió temporalmente, obligando a cerrar muchos talleres, para seguir de nuevo un progreso lento y firme apoyado por la ley aduanera de 1921 que elevó en 50% los derechos fijados en 1916.

En 1922, había 8,444 establecimientos industriales con un capital invertido de \$ 1,017.482,868 que ocupaban 86,522 emplea-

dos y que produjeron una riqueza líquida de \$ 459.280,962 distribuídos en forma de salarios, sueldos, contribuciones y utilidades.

Contribuciones Las contribuciones obligatorias impuestas a los ciudadanos suministran los fondos necesarios para atender los gastos públicos.

En materia de contribuciones hubo dos períodos: hasta 1879 en que el régimen tributario fué normal y después de ese año hasta 1915 en que las entradas del país se reducen a los derechos de exportación del salitre. En ese año empiezan a imponerse nuevamente contribuciones directas.

Las contribuciones del tiempo de la colonia y que se mantuvieron en los primeros tiempos de la República eran excesivas, engorrosas y gravaban principalmente el consumo y el comercio: diezmos, alcabala, quinto real sobre las minas, derechos de exportación sobre el cobre, trigo, harina, estanco del tabaco, abasto, pontazgo, monopolio del expendio de nieve, contribuciones sobre los espectáculos de canchas de bolas y de gallos, etc.

En 1817, por la pobreza del erario se impusieron varias contribuciones nuevas por un año; entre ellas, una sobre la renta de los empleados públicos y otra de 1% anual sobre el valor de las propiedades.

Los gravosos impuestos coloniales fueron reduciéndose paulatinamente.

En 1831, se dictó la ley de impuesto directo sobre los predios rústicos que se llamó catastro, para ponerla en observancia en 1835 y destinada a preparar la abolición de los diezmos.

En la administración Montt, se abolieron los mayorazgos y se trató de favorecer la subdivisión de la propiedad, exonerando del pago de alcabala la venta de tierras a diversas personas por parcialidades.

Desde 1856, por ley del año 1853, el diezmo quedó convertido en impuesto directo.

En 1878, se dictó la ley de contribución sobre las herencias y donaciones, progresiva de 1 a 8%, según el grado de parentesco.

En 1879, se estableció la contribuciónmobiliaria de 3% anual sobre los capitales impuestos a censos, invertidos en tí-

tulos o préstamos, en Bancos o Compañías de Seguros, sueldos, pensiones o jubilaciones.

En 1880, se abolió el derecho de alcabala en los contratos de arrendamientos de bienes raíces, se autorizó el libre cultivo del tabaco y su expendio y la fabricación y venta de naipes. En el año siguiente, dejaron de figurar entre las rentas fiscales el impuesto agrícola, la contribución de herencias y donaciones, de peaje, de especies estancadas y los derechos de exportación de guano.

En 1883, se abolieron los derechos de faro y tonelaje; en 1884, los de exportación al cobre y plata; en 1888, el derecho de alcabala sobre los contratos de compra-venta de bienes raíces.

La ley de Municipalidades de 1891 entregó a los municipios los impuestos sobre haberes y patentes profesionales, industriales y comerciales, con lo que el Fisco quedó sin contribuciones directas y todo el peso de los gastos públicos gravitó sobre el derecho de exportación del salitre.

En 1855, los derechos de importación proporcionaban el 44% de las entradas fiscales y los de exportación el 3,5%; en 1913, los de importación dan el 31% y los de exportación el 50%; en 1923, los de importación el 24% y los de exportación el 40%.

Las entradas fiscales han sido:

En 1878. En 1918. En 1923.

Por derechos de importación	52,7%	24,5%	24%
Por derechos de exportación	3,3%	50,4%	40%
Impuestos	33,7%	13,64%	21%
Servicios públicos	2, %	4,06%	4%
Otras entradas	8,3%	7,4%	11%

Como se ve, en 1878, el régimen tributario era más armónico; no existía aún la enorme desproporción que después hubo entre los impuestos a la riqueza y los impuestos a los consumos y a la exportación, lo que es contrario al concepto correcto de justicia y al interés público.

Con el aumento de los derechos de exportación del salitre, acreció el poder económico de la población; mas, al mismo

tiempo, esta se habituó a no pagar contribuciones y las entradas públicas perdieron en estabilidad.

Esta inesperada riqueza del Fisco permitió a los Gobiernos suprimir los antiguos impuestos, transformar la Empresa de Ferrocarriles en institución de fomento de la agricultura que dejaba pérdidas crecidas y reemplazar a las Municipalidades en la atención de los servicios de agua potable, policía, higiene, instrucción y caminos que abandonaron negligentemente.

En 1892, se dictó la ley tributaria de patentes para el expendio al público de bebidas destiladas y fermentadas; en 1904, la de contribución de faros y valizas.

Sólo desde 1915, a consecuencia del trastorno que trajo al erario la guerra europea, se produce un franco cambio en el régimen tributario. En ese año, se volvió a imponer la contribución de herencias y donaciones progresiva entre 1 y 5%, según el grado de parentesco (1) y se dictó la ley de contribución de haberes que dispuso que los bienes gravados con impuesto municipal de haberes quedaban afectos a un impuesto adicional fiscal de 2 a 4% (2) y la que impuso un derecho a la exportación de borato.

En 1916, se reformó el arancel aduanero (3) y la contribución de alcoholos y se establece la contribución fiscal y municipal sobre la propiedad territorial edificada o no, los bienes muebles y los valores mobiliarios (4) y se amplía la ley de patentes municipales (5).

En 1917, la ley de protección a la marina mercante establece la contribución de cabotaje y se duplican los derechos de papel sellado, timbres y estampillas.

En 1921, se dictó una ley sobre cultivo e impuesto al tabaco, cigarros y cigarrillos; en 1922, se estableció un impuesto fiscal sobre naipes, fonógrafos y pianos eléctricos.

El prototipo del impuesto directo se establece en 1924 con el impuesto sobre la renta de bienes raíces, capitales mobiliarios, beneficios de la industria y el comercio, explotación minera y

(1) Ley 2982.

(2) Ley 2988.

(3) Ley 3.066

(4) Ley 3.091.

(5) Ley 3165.

metalúrgica, sueldos públicos y privados, pensiones, jubilaciones y profesiones (1).

Estas leyes promulgadas desde 1915 que aumentaron los impuestos directos y acrecentaron la contribución casi nula que pagaba la riqueza, han hecho que las clases poseedoras de ella desarrollen mayor esfuerzo creador, fiscalicen mejor los gastos públicos, se interesen por elegir gobernantes aptos y honestos y que en todas las clases sociales se arraigue un concepto más claro de la justicia social.

Con todo, la contribución que paga la riqueza en Chile hasta ahora, en Agosto de 1924, es aún menor que la que paga la mayoría de los países del mundo. (2)

El gobierno actual no ha sido responsable de la anomalía de nuestro sistema tributario. Lo son sus antecesores. Lo único que puede reprochársele es no haber ido más aprisa en las reformas de reemplazar los impuestos aduaneros y sobre los consumos que componen principalmente los impuestos indirectos para satisfacer los gastos ordinarios de la nación por los impuestos directos o sociales sobre la renta, la herencia y los *plus-valios*.

La reforma será completa cuando se asegure la elasticidad de los nuevos impuestos a fin que correspondan en cada momento a las necesidades del Fisco y cuando se imponga en la conciencia pública el concepto de que los impuestos no son sólo una necesidad para pagar los gastos públicos sino también una función de gobierno en el sentido económico y también social.

Presupuesto Las finanzas públicas se distinguen de las particulares en que el Estado no produce, sólo consume y en que no está estrictamente limitado en sus gastos por el monto de sus entradas; puede recurrir para aumentar éstas a alzar los impuestos o a levantar empréstitos.

El presupuesto es el cómputo preciso y ordenado de los gastos que un Estado ha de hacer en el próximo ejercicio financiero para atender los servicios públicos y sus compromisos. No puede hacerse determinación previa si no hay moneda de valor estable, porque toda variación de ella provoca el desorden de la administración financiera.

(1) Ley 3996.

(2) Hoy no puede decirse lo mismo.

El afán de todos los gobiernos hasta 1879 fué mantener la normalidad y equilibrio entre las entradas y las salidas.

En 1833, se produjo un déficit de \$ 414,764; el gobierno impuso severas economías para salvarlo, equivalentes a una sexta parte de las salidas y que recayeron principalmente sobre los gastos del ejército y la diplomacia.

Merced a la paciente labor de arreglo, determinación y consolidación de entradas y gastos del país, realizada por los ministros Rengifo y Tocornal, hubo superávit en los años 1836, 1838 y 1839, los que fueron después casi constantes en la administración Bulnes.

Las entradas aumentaron considerablemente desde el año 1850, sobre todo después de la guerra del Pacífico. En 1850, alcanzaban a \$ 4.434,344 oro de 48 $\frac{3}{4}$ d. y en 1900, a \$ 109 millones 762 mil oro de 18 d.

Los gastos fiscales han aumentado cuatro veces en cincuenta años, sobre todo acrecieron en los períodos de 1880 a 1890 y de 1900 a 1910. Entre 1880 y 1890 el presupuesto de gastos pasó de \$ 43,950,000 a \$ 91.049,000; en 1920 fué de \$ 264,171,000 oro de 18 d. (1)

El primer síntoma alarmante de falta de severidad en los gastos públicos comenzó a sentirse con el crecimiento de la partida de imprevistos que de \$ 154,000 con que figuraba en el presupuesto de 1881, pasó a \$ 820,000 en 1886.

El fenómeno de crecimiento de los gastos públicos es universal y a él se debe en gran parte en casi todos los países el progreso alcanzado en el orden material por la construcción de obras públicas y en el espiritual por la difusión de instituciones de fines culturales.

El aumento de los gastos por habitante ha sido el siguiente:

En 1870, \$ 16.6 oro de 18 d.

En 1880, \$ 19.18 oro de 18 d.

En 1890, \$ 34.8 oro de 18 d.

En 1900, \$ 31.6 oro de 18 d.

En 1910, \$ 48.5 oro de 18 d.

En 1923, \$ 55.3 oro de 18 d. (2)

Desde 1910 a 1923, con excepción de los años 1918 y 1920, el

(1) El total de gastos en 1925, fué de \$ 824.731,241 moneda corriente.

(2) El gasto efectivo por habitante fué en 1925, de \$ 215,47 moneda corriente.

gasto por habitante ha sido inferior a \$ 56, lo que explicaría el retardo del progreso material de Chile en los últimos catorce años.

Las entradas disminuyeron en 1914 y 1915 para aumentar progresivamente durante los años 1916, 17 y 18 y bajar en 1919 hasta igualarse con el año 1915, subir luego el año 1920 y reducirse violentamente después de ese año, recuperando su normalidad sólo en 1923. Todas estas fluctuaciones fueron ocasionadas por las alteraciones en la exportación de salitre.

Los gastos aumentaron progresivamente desde el año 1915 hasta el 20, reduciéndose en los años 21 y 22, lo que manifiesta que es hasta cierto punto injusto el cargo de despilfarro hecho exclusivamente a la actual administración.

Ha habido déficit los años 1915, 19, 20, 21, 22 y 23 y superávit en el ejercicio financiero de los años 1916, 17 y 18.

Nuestro presupuesto de gastos no ha crecido en comparación con el de otros países, porque las generaciones pasadas tenían un criterio distinto del que comienza a imponerse respecto del aumento creciente de gastos que exige el progreso.

En Chile, de \$ 172.826,000 oro de 18 d. de gastos públicos en 1914, se pasó a 264.000,000 oro en 1920 para bajar a 209.000,000 oro en 1921 y menos en 1922. Ha habido pues casi igualdad de gastos fiscales ordinarios en los años 1914 y 1922.

En Inglaterra de £ 250.000,000 que se gastaban en 1914, se pasó a 1.040,000 de £ en 1923.

Según esto, en la actualidad, (1) más que inflación de los gastos con relación a la población y al progreso que exige el país, hay mala inversión y distribución del presupuesto. En 1921, en un presupuesto de \$ 209.700,000 no se invirtieron más de 12 millones de pesos en obras públicas necesarias para el desarrollo del país.

Además, el servicio de la deuda pública absorbe hoy más de la tercera parte de nuestro presupuesto ordinario, lo que produce la estrangulación del saldo del presupuesto destinado a la administración, servicio y obras públicas. Así, hoy con un presupuesto de \$ 600.000,000, el servicio de la deuda externa e interna demanda 240.000,000; en sueldos y pensiones se invierten \$ 200.000,000 y quedan sólo \$ 160.000,000 para obras públicas,

(1) Año de 1924.

provisiones y gastos generales, suma demasiado exigua para impulsar el progreso del país. (1)

Deuda pública Para hacer frente a los gastos provisorios, se recurre generalmente a los empréstitos internos o externos. Los primeros, con cambio depreciado, si se tiene el propósito de mejorarlo, son operaciones ruinosas y contraproducentes.

En 1817 se contrató el primer empréstito interno de \$ 300,000 y en 1822, el primer externo, lanzado en Londres por 1 millón de £ y que dió un capital efectivo de sólo £ 675,169.

Los empréstitos autorizados durante la administración Alessandri produjeron \$ 738.850,000 billetes en efectivo, reduciendo los pesos oro a 200% y estimando el dollar a \$ 9.

El crecimiento de la deuda externa ha sido:

Años	Deuda en millones oro de 18 d.	Servicio anual de la deuda en millones oro de 18 d,
1860	34,5	2,4
1870	73.9	6
1880	93	5.3
1890	128.8	6.5
1900	229.7	15.1
1910	342.9	24.9
1920	378	383
1923	438	49.3 (2)

Entre los años 1879 y 1918 la deuda pública ha crecido de \$ 156.000,000 a \$ 692.000,000 y el circulante fiduciario de \$ 12.000,000 a \$ 227.000,000. El servicio de la deuda externa ha aumentado desde 1883 a 1923 de \$ 5.732,508 a \$ 49.360,317 oro de 18 d.

El primero de Enero de 1924 la deuda pública ascendía a \$ 592.517,966 oro de 18 d. y \$ 231.579,604 billetes sin contar el

(1) Hoy los sueldos, jubilaciones y pensiones absorben 60 por ciento del presupuesto.

El servicio de la deuda 26 por ciento.

(2) El servicio anual de la deuda pública externa e interna, en 1926 es de \$ 215.794,436 moneda corriente y para 1927, aumentará más o menos en \$ 28.000,000.

papel moneda, el déficit del presupuesto y las garantías del Estado (1)

**Deca-
imiento
económi-
co relati-
vo del
país**

En 1874, el diplomático inglés Horace Rumbold escribía a su Gobierno: «Chile es una nación sobria, práctica, laboriosa, bien ordenada, prudentemente gobernada que forma contraste con los otros estados del mismo origen y de instituciones semejantes que hay en el continente americano.

Chile debe los beneficios de que goza a las tradiciones implantadas en su administración por los fundadores de la República, a la parte preponderante que la clase educada y acomodada toma en la dirección de los negocios públicos, a la feliz extinción del militarismo, al cultivo esmerado de los instintos conservadores innatos en él, a la ausencia casi completa de esas fuentes accidentales de riqueza que la providencia ha prodigado en tanta abundancia en algunas naciones vecinas, a la necesidad por consiguiente de recurrir a un gran trabajo, rápidamente recompensado por un suelo generoso, a la constancia y aptitud para el trabajo de su población, etc. Todo esto puede resumirse en dos palabras: trabajo y constancia».

Cuarenta y cinco años más tarde, Blanco Fombona escribe: «Chile en nuestros días es la bancarrota organizada».

Aunque esta opinión es exagerada ¿cómo se ha llegado a este abismo en menos de cincuenta años?

El desenvolvimiento económico es favorecido por los gobiernos estables, pacíficos, sin inquietudes, por las administraciones normales, probas, activas, suficientemente centralizadas pero sin exageración. En una época de austera pobreza, de feliz pobreza, tuvimos ese gobierno y esa administración, los que hicieron la ventura del país, obedientes al lema puesto en nuestra medesta moneda de cobre: «economía es riqueza».

A pesar de la pobreza franciscana del erario nacional, del mezquino sueldo que ganaban los más altos funcionarios públicos, de la fortuna privada escasa, circulaba moneda de oro, el cambio oscilaba débilmente, los presupuestos se cerraban sin

(1) El 31 de Diciembre de 1925, la deuda pública era de \$ 1,973.941,063, con los empréstitos del presente año alcanzará el 31 de Diciembre de 1926 a más o menos \$ 2,383.000,000.



déficit, eran desconocidos los peculiares de los empleados públicos, los particulares vivían con modestia y sin deudas y existía equilibrio entre la producción y las entradas con los consumos y los gastos, tanto en los individuos como en el Estado.

Los rumbos económicos trazados por Rengifo, Portales, Tocornal, Montt y Varas, se mantuvieron hasta la guerra de 1879; hasta entonces, hubo orden en las finanzas y se invirtió útil y eficazmente el dinero fiscal. Después obtuvimos una de esas fuentes accidentales de abundante riqueza de que careciamos, en concepto del diplomático británico citado y perdimos las tradiciones de cordura implantadas en la administración del país por los fundadores de la República. Comienza la desorganización en las finanzas con la aplicación de un absurdo régimen tributario, el desequilibrio de ingresos y egresos con la inflación de los gastos en los presupuestos y el desorden en las inversiones, el acrecimiento de la deuda pública y privada con el despilfarro de gobiernos y particulares cuyos gastos han ido aumentando mucho más a prisa que las fuerzas productoras del país.

El mal arreció con la revolución de 1891. Además de los enormes gastos hechos por los dos Gobiernos que soportó el país, todo el personal de la Administración Balmaceda fué separado de sus puestos y su reposición exigida poco más tarde, cuando el partido vencido volvió al Gobierno, lo que aumentó los funcionarios públicos y por ende acrecieron los presupuestos.

Después, el abuso del régimen parlamentario, en el cual cada congresal quería recompensar a costa del Fisco a sus agentes electorales, contribuyó a aumentar rentas, empleos y jubilaciones (1).

Nuestro régimen tributario nos ha hecho vivir fuera de la realidad y de toda previsión, fijando los gastos fiscales según la exportación salitrera máxima. Cuando la exportación del salitre ha sido abundante, se han elevado los gastos públicos, los que generalmente quedan fijados por leyes que es necesario cumplir y que por los intereses que crean nadie se atreve después a derogar; cuando disminuye la exportación de salitre,

(1) Las dictaduras militar y civil de 1925 que acrecentaron los gastos públicos por empleos y jubilaciones en más de \$ 200.000.000 hace hoy juzgar comparativamente como parsimoniosos y discretos todos los gobiernos anteriores.

se producen déficit que se salvan con empréstitos que elevan el servicio de la deuda pública y por consiguiente los gastos anuales. Así, en el año 1920, de favorable exportación salitrera, se aumentó el presupuesto anual en \$ 81.000,000, aumento que no fué posible reducir después, no obstante la penuria fiscal.

A partir, pues, de la guerra del Pacífico, nuestra hacienda pública abandonó las entradas estables procedentes de las contribuciones directas, por las inestables de los derechos de exportación del salitre, debilitándose con esto el espíritu público de iniciativa y fiscalización.

Todo aumento extraordinario de exportación de salitre ha sido estímulo y justificación para nuevos y mayores gastos ordinarios. Diez años después de la guerra, los gastos fiscales se habían duplicado; en 1880, sumaban 44.000,000 oro de 18 d. o sea \$ 19 por habitante; en 1890, alcanzaban a \$ 91.000,000 o sea \$ 35 por habitante. Entre los años 1890 y 1900, los gastos se mantuvieron prácticamente constantes; en 1910, se habían casi duplicado, alcanzando a \$ 163.000,000 o sea \$ 49 por habitante; en 1920, llegaban a \$ 264.000,000, o sea \$ 70 por habitante.

A pesar de la entrada enorme del salitre, para ejecutar obras públicas de importancia, se ha recurrido a empréstitos y esa entrada, malamente llamada ordinaria, se ha invertido en gran parte improvisando servicios y funciones públicas, enviando a pasear a Europa en comisión a cuanto civil o militar tenía influencias o había prestado servicios electorales, dando jubilaciones a funcionarios sanos y aptos para ganarse la vida o pensiones a viudas de políticos que sólo estorbaron la aprobación de leyes útiles en el Congreso.

El advenimiento de la riqueza del salitre que nos liberó de un trabajo más duro y nos permitió vivir con más holgura ha transformado lentamente nuestros hábitos políticos y sociales, ha estimulado los apetitos hasta romper poco a poco las vallas de nuestra tradicional honradez administrativa y ha cambiado los hombres tenaces, emprendedores y resueltos del siglo pasado, los antiguos *pioners* de la costa del Pacífico, en burócratas que sólo aspiran a liberarse de todo esfuerzo individual o en ne-gociantes que han trocado la honrada y secular pertinacia vasca en impaciencia por hacer fortuna sin reparar en los medios o en políticos ambiciosos e infatuados, cuyo mayor arte positivo es

engaños a las multitudes y negativo impedir que los demás hagan una labor política considerable.

Causas del decadimiento económico Las multicausas de nuestra decadencia económica son de orden público y privado.

Además de nuestro régimen tributario desatinado, del desequilibrio de nuestras finanzas, ha entorpecido el acrecimiento de la producción la falta de cooperación administrativa, la escasez de capitales, las malas comunicaciones y los malos puertos, la anticuada legislación comercial, la deficiente preparación económica de la juventud, la inseguridad de los campos, la insalubridad de las poblaciones, el desarrollo del alcoholismo y el malestar obrero. (1)

El aumento de las entradas fiscales que dió el salitre y los empréstitos no se ha utilizado en fomentar la producción nacional, en preparar la independencia económica del país ni en mejorar las condiciones de la vida del pueblo.

El Estado además de constituir por el personal de que se sirve y los recursos que maneja el núcleo económico de mayor importancia en el país, interviene en la actividad económica por su política, administración y legislación.

En Chile, hemos vivido en plena incoherencia gubernativa, satisfaciendo las necesidades del día y las exigencias de la política electoral. Y ¿qué fijeza en los rumbos económicos, que requieren homogeneidad de acción, puede tener un gobierno con ministerios de tres meses, y cómo llevar al ministerio hacendistas de verdad, con autoridad moral, prestigio y preparación, cuando este cargo se adjudica al azar a alguno de los muchos partidarios que ocasionalmente forma la combinación que gobierna?

Prieto y Bulnes tuvieron siete ministros de hacienda; don Jorge Montt, ocho; Errázuriz Echaurren, trece; Riesco, catorce; Pedro Montt, nueve; Barros Luco, ocho, Sanfuentes, trece; y Alessandri, trece en tres años y medio de gobierno.

Por otra parte, la anarquía producida por el régimen parlamentario mal aplicado, en donde los partidos han carecido de orientación económica y financiera en sus programas políticos,

(1) Hoy hay que agregar el exceso de contribuciones que pesa sobre la industria y el comercio.

hasta el punto de declarar abiertas las más fundamentales cuestiones que a ellas se refieren, ha sido la causa de que se haya pretendido ensayar en el país y a sus expensas todas las doctrinas económicas y monetarias en boga en otras naciones.

Nuestra anticuada legislación comercial, en especial la que se refiere al comercio marítimo y a las quiebras, es otro de los obstáculos opuestos al desarrollo del comercio.

Una quiebra es el negocio más lucrativo para un síndico inexcusable.

El 90% de las quiebras de Antofagasta no han producido un centavo a los acreedores.

Conocí un especialista en la materia, síndico obligado de todas las quiebras por el favor de los jueces cuya voluntad se ganaba con su servilismo.

Fué el terror del comercio durante varios años: provocaba quiebras injustificadas adquiriendo créditos por cualquier medio contra la voluntad de sus acreedores, se ponía de acuerdo con algunos de éstos para acordar preferencias a sus créditos, hacía ventas simuladas de los bienes del concurso, cobraba honorarios exagerados, se apropiaba de todos los pequeños créditos no cobrados por los interesados y resistía los convenios hasta obtener primas del fallido.

Se hizo millonario.

El cambio económico producido entre los años 1865 a 1885 por el detenimiento de la expansión agrícola, el descenso de la producción minera y el rápido desarrollo de la riqueza salitrera que siguió a aquel empobrecimiento, se ha reflejado en la política y en la moralidad del país.

Las generaciones que laboraban ya cuando ese cambio económico se produjo habían vivido hasta entonces sin grandes ambiciones ni grandes necesidades. Las que se formaron durante esta alteración de los valores económicos, favorecidas al mismo tiempo por la riqueza procedente del salitre y por las facilidades de las comunicaciones con el viejo mundo, imitaron pasiva y rápidamente el lujo y placer europeos, se asimilaron su refinamiento y capacidad de consumo, sin copiar sus energías para producir, sin imitar su tradicional vigor moral y económico, sin adquirir sus aptitudes comerciales e industriales, lo que acontece siempre del contacto brusco entre pueblos colocados en diversos planos de cultura y moralidad.

Esto produjo en las nuevas generaciones una avidez de dinero para satisfacer las exigencias siempre creciente de consumos que no correspondía a los deseos y a la capacidad de producir; porque no se había estimulado suficientemente la iniciativa privada, ni fortalecido el carácter para la lucha industrial y comercial, ni ennoblecido el ideal económico.

Este desequilibrio entre el ansia de goces y la incapacidad de obtenerlos ha traído el rebajamiento moral, la acrecencia de la especulación en los negocios, los juegos de azar, el parasitismo social.

La repulsa de nuestra juventud por los trabajos que demandan reposado juicio, iniciativa, energía, tecnicismo, constancia y el desdén de la opinión pública por los *pioners* que abren surcos y descubren horizontes en la vida económica del país, es obra en parte de la educación que hemos recibido.

Se ha olvidado que es nociva la instrucción que por cualquier motivo conduzca a la formación de hábitos de negligencia y ociosidad y que, siendo deber primordial del hombre mantener su independencia económica, el primer objeto de la educación es por consiguiente proporcionarle los medios de ganarse la vida, desenvolviendo la aplicación y la actividad que le aseguran el éxito.

Se ha olvidado la inscripción de la tumba del historiador Felipe de Comynnes «*Qui non laborat non manducet*» que es también el lema comunista «quien no trabaja no come».

Necesitamos una enseñanza técnica en todos los grados de instrucción. Nuestra escuela primaria lanza al niño directamente de la escuela al taller sin un aprendizaje racional de su oficio. El artesano se forma al azar; los empleados de comercio que salen de la escuela o del liceo no tienen ninguna preparación mercantil.

En los planes de estudio de instrucción secundaria, se parte de la hipótesis de que todos los alumnos van a seguir carreras liberales, sin percatarse de la subsistencia de los que no la siguen, por lo que todos reciben una educación clásica y literaria apropiada para rentistas.

Se ha olvidado también que cada momento histórico requiere una educación adaptada a las nuevas necesidades y que las democracias modernas deben cuidar porque ella provea a lo práctico e inmediatamente útil.

La instrucción muy vasta está calculada para mentalidades altas, no para las mediocres que constituyen la generalidad. La nuestra no ha enseñado al niño a pensar por si mismo, a respetar la autoridad, ni ha educado el carácter. Ha formado generaciones de retóricos y políticos incapaces muchos de ellos de luchar honestamente para ganarse la vida. Estos últimos, sin ideales, nulos para el esfuerzo, aspiran con todo a llegar muy alto para gozar plenamente de la vida y cuando los obstáculos naturales les cierran el camino recto, toman cualquier atajo vedado para alcanzar el logro de sus ambiciones o se cruzan de brazos a maldecir la sociedad, a encontrar injusta su organización y a forjar propósitos de destruirla. Ellos son a los que Bismark se refería con esta paradoja «proletariado culto» y decía que eran fuente perenne de perturbaciones sociales.

Los que interrumpen sus estudios o los concluyen, pero se espantan más tarde del noviciado en el libre ejercicio profesional, se hacen asalariados del Estado o se dedican al comercio de frutos del país que es lo único que se les ocurre. Y, como hay exceso de estudiantes fracasados, se extiende la empleomanía y las conciencias capitulan ante la necesidad de vivir.

Es de Bismarck la frase: «la mayor parte de los candidatos del hambre son estudiantes fracasados».

Son aún pocos los jóvenes que se preparan para la agricultura, el comercio, la industria, la navegación con relación a los que se necesitan; en crecido número van a aumentar la pléthora de profesionales mediocres que soñolientos ven pasar la febril vida moderna.

Las profesiones liberales, especialmente la abogacía, constituyen casi una aspiración nacional, absorben los mejores elementos, la siguen los muchachos más talentosos de la clase rica y media, arrancando así actividades, aptitudes, fuerzas efectivas a la industria, a la agricultura y al comercio.

¿A qué se debe esta falsa orientación de la juventud?

Lo hemos dicho. En parte, a los programas y tendencias educativas desfavorables a la expansión económica; en parte, al prejuicio español que no reconocía otro trabajo honroso que la agricultura, ni más profesiones nobles que la religiosa, las armas y las leyes, sólo avanzada ya la república, se equiparó a las leyes, la medicina y la ingeniería; a la circunstancia de ser la abogacía la profesión que mejor habilita para la política,

y, como este es el medio más fácil de obtener rápidamente situación social en las democracias, se ve sólo a los que han obtenido éxito, todos profesionales y no se repara en la multitud de rezagados que vegetan en provincia o que ocupan empleos ínfimos en la capital; a no advertir que la espectable posición alcanzada por muchos profesionales es precisamente porque a lo más selecto de la juventud se le hace seguir carreras liberales, y por último, a que la riqueza adquirida por el salitre y la ganadería dió demasiada confianza en la prosperidad pública y privada y la clase dirigente preparó a sus hijos para la magistratura y la ciencia, creyendo con esto conservar su situación, lo que imitó la clase media para tener la misma influencia en la dirección del país.

Como hay más abogados que juicios importantes, son muchos los que trasgreden los principios de moralidad profesional y pocos los que mantienen reputación de probidad. Si se dedicara la mitad de los leguleyos a otras ocupaciones útiles, ganaría la justicia y acrecentaría la riqueza del país con un millar de inteligentes empresarios.

Conocí al hijo de un honrado agricultor que habría hecho una honesta fortuna si hubiera cultivado la heredad de su padre. Abogado mediocre, para vivir defendía malas causas por medio de juradores falsos. Cuéntase que en las tardes soporíferas de verano, estos esperaban adormilados en la antesala de su escritorio hasta que los despertaban las palmaditas suaves del abogado regordete que con voz melíflua les decía «prueba niños».

Felizmente las reformas impulsadas por don Francisco Araya Benet y Francisco A. Encina que tomaron la iniciativa de esta campaña y secundados por los pedagogos Pedro Aguirre Cerda, Darío Salas y Maximiliano Salas Marchán, tienden a corregir estos defectos.

El tecnicismo domina hoy el mundo.

Nuestra juventud sólo en corto número ha acudido a los institutos y escuelas técnicas; los programas de instrucción no son adecuados a las necesidades actuales de Chile y, como su espíritu comercial es rudimentario por herencia, no puede improvisarse en empleados competentes, empresarios instruídos, perseverantes y audaces, por lo que los extranjeros la han generalmente reemplazado en estas ocupaciones.

En Chile, como en todo hispano-américa, los extranjeros monopolizan la industria y el comercio. Sólo puede consolarnos neciamente el hecho de encontrarse algunos países, como Bolivia, en situación inferior a la nuestra. En esta nación hemos penetrado con nuestro capital y esfuerzo industrial; la tercera parte de sus empresas mineras son sociedades anónimas chilenas.

Hasta mediados del siglo XIX, la pequeña industria de molinos de piedra movidos por caídas de agua, la industria minera, el comercio interior, el cabotaje en buques de vela de pequeño calado y su construcción misma era nacional; sólo el comercio exterior estaba en manos de unas pocas firmas extranjeras, establecidas en Valparaíso con sucursales en otros puertos.

En los últimos sesenta años, nuestra iniciativa comercial ha decaído; el extranjero nos bate sin dificultad en el terreno económico, nos desaloja del comercio y la industria por faltarnos preparación, espíritu de empresa, voluntad, perseverancia, orden, veracidad y rectitud mercantiles.

El comercio exterior ha quedado por completo en mano de ingleses, americanos y alemanes; generalmente el de pulperías ha pasado a ser italiano; el de tiendas, montes de piedad, español; el de modas, sastrería, lencería fina y sombreros, francés; el de baratijas y chucherías, turco.

En Magallanes y Antofagasta todo el comercio está principalmente en manos de yugoslavos.

Conservamos como propio el comercio más lucrativo: el de cantinas.

Donde quiera que vamos, tenemos que pagar tributo al capital extranjero, colocado bajo la protección de abogados de gran situación política; por todas partes, nos impone su vasallaje comercial, capitalista y de transporte.

Las grandes fortunas de los terratenientes han sido constituidas por el valor siempre creciente del suelo; son debidas más al desenvolvimiento natural del país que a su iniciativa y esfuerzo personal.

Una gran parte de las compañías de transportes, salitreras y de seguros, la mayoría de los bancos y de las grandes empresas mineras y los ferrocarriles particulares tienen su directorio fuera del país.

Esto revela que no estamos emancipados económicamente.

Este desplazamiento del nacional en los negocios y posesión de la riqueza manifiesta ineptitud económica en los indígenas y que el sentimiento de la nacionalidad, verdadero instinto de conservación social, ha decaído. No sentimos orgullo por la prosperidad de la industria nacional: capitalistas, no arriesgamos el dinero para impulsarla; industriales, carecemos de audacia y perseverancia; simples consumidores, no hacemos el menor sacrificio por preferir el artículo nacional al extranjero.

Vigoroso física e intelectualmente, de mentalidad positiva, el chileno no ha desarrollado las aptitudes y la voluntad que da el éxito en la actividad industrial. Le falta asiduidad en el trabajo, su criterio comercial e industrial es ligero e iluso, no medita bastante sus proyectos, confía demasiado en la suerte, su capacidad de asociación es mediocre y fuerte todavía su individualismo atávico.

La cooperación es esencial en la industria moderna. Los resultados gigantescos alcanzados en los países manufactureros se han obtenido con el concurso sistemático de grandes masas de hombres y capitales.

Somos poco verídicos en nuestras afirmaciones y faltos de puntualidad en la hora que fijamos.

Nuestra honradez es deficiente: el empleado procura cumplir apenas medianamente con sus obligaciones con el menor esfuerzo; el comerciante engaña en el peso o calidad de las mercaderías; el fabricante falsifica o no mantiene uniforme el tipo de lo que vende.

Se tiene menos conciencia del valor del tiempo que en los países manufactureros. Es común oír la frase «voy a matar el tiempo» en oposición al proverbio inglés «*time is money*».

Nuestros obreros cuando trabajan a jornal flojean y hacen a menudo *San Lunes* a causa del exceso de alcohol que beben los domingos; en general, carecen de iniciativa y perseverancia, porque no tienen ambición de surgir. Las clases altas la tienen, pero desean alcanzar fortuna sin esfuerzo. Se aspira a tener dinero para proporcionarse placeres, alardear riquezas y holgazanear.

Y esta morosidad se nota en todo: en la dilación de las tramitaciones judiciales y administrativas, en la tardanza del gobierno para resolver los múltiples problemas sociales y económicos que exigen pronta solución, en la pobreza de nuestro voca-

bulario, en la abstención política de los ciudadanos más honestos, en la abundancia de días festivos y en muchos otros detalles.

Carecemos de capitales economizados que son valiosos instrumentos de producción cuando circulan a bajo interés y con valor fijo.

Más que hábitos de economía, tenemos de prodigalidad, tendencia a la ostentación; nos seducen los consumos de lujo.

El obrero por la imposibilidad de ahorrar y hacerse propietario rehuye las responsabilidades de la familia, permanece célibe y se hace vagabundo.

Por todo lo dicho, no se ven surgir grandes empresas que exigen esfuerzo, cooperación y capital. Este último se encuentra momificado; busca la mayor utilidad y el menor peligro o se entrega a juegos de azar; se coloca a interés usurario con buenas hipotecas o se invierte en especulaciones de bolsa.

El propietario de minas, pertenencias salitreras, concesiones de tierras o aguas se afana mas que en buscar cooperadores para trabajarlas, en encontrar el extranjero a quien vendérselas.

La inquietud que incita a emprender negocios deslumbrantes o a crear nuevas industrias se ha amortiguado; hemos ganado en cultura y perdido en carácter; sabemos más y obramos menos.

Hasta la clase dirigente agrícola que trabajaba antes personalmente sus tierras, como la *gentry* inglesa, se ausenta hoy de la hacienda, hace vida de club y politiquea en la capital o se divierte en Europa.

Lo que debemos hacer Necesitamos para reconstituir nuestra situación económica, para concluir con el malestar financiero y monetario que un gobierno que inspire confianza, coherente, formado por hombres aptos y honestos, adopte un plan de reformas bien estudiado y tenga el propósito de ejecutarlo inexorablemente.

Esta política económica de vastas proyecciones debe abarcar la reforma tributaria, el restablecimiento del equilibrio financiero, la fijeza de la moneda, el desarrollo de la producción y de los transportes, la educación comercial e industrial, aumentar la eficiencia del factor económico hombre y la protección a la industria nacional. Para esto último, se requiere una organización comercial e industrial que estimule las iniciativas, el per-

feccionamiento técnico de la mano de la obra y de las maquinarias y la movilización de capitales.

Necesitamos forzar la máquina; huir de la rutina, de los formalismos burocráticos; andar más de prisa. Hemos progresado, mas no lo bastante con relación a los otros países.

Debemos proseguir la reforma tributaria ya comenzada que tiende a eliminar poco a poco la renta del salitre de las entradas ordinarias para invertirla en la reducción de la deuda nacional y en obras públicas reproductivas.

Restablecer con rapidez y firmeza el equilibrio financiero aumentando las entradas ordinarias provenientes de los impuestos directos y disminuyendo los gastos improductivos. Con sólo la reducción de los gastos, que únicamente puede hacerse dentro de muy estrechos límites, no se obtiene el equilibrio de la hacienda pública.

Intensificar y espaciar la capacidad productora del país para constituir una potencia económica fuerte y respetable, lo que se alcanza protegiendo la marina mercante y las industrias que ofrezcan fundadas expectativas de fácil expansión en Chile, por medio de la reforma del arancel aduanero y la celebración de tratados comerciales, principalmente con los países sudamericanos, sobre la base de obtener facilidades para la internación en ellos de nuestros productos agrícolas e industriales. Todo país moderno evoluciona hacia el tipo industrial; debe vender lo más posible y comprar el mínimo.

Obtener la fijeza de la moneda cuya instabilidad hace de todo negocio un juego y aleja el capital extranjero. Y para obtener y conservar esta fijeza, en vez de decretar la conversión obligatoria del billete por moneda de oro, es necesario mantener la circulación del papel con todo su poder liberatorio, estableciendo su canje por letras de cambio a oro y es preciso fundar el Banco Central que producirá las siguientes ventajas: regularización automática del circulante, baja del interés del dinero, facilidades de crédito a los productores, modificación de las malas prácticas bancarias.

Formar generaciones aptas para explotar la riqueza de nuestro suelo, para vencer en la lucha de la activa competencia industrial y comercial, creando en el niño la vocación por las carreras que acrecientan la riqueza a que lo aparta el medio familiar y social, reformando la instrucción que tiende a formar

filósofos adocenados, literatos pedantes, políticos retóricos antes que hombres prácticos, sobrados de franqueza, con espíritu activo e independiente, preparados técnicamente para triunfar en la vida y rompiendo por último, los prejuicios que toleran la existencia de una casta de parásitos, destinados por lo común a vivir de expedientes en esta época ágil, niveladora y laboriosa.

La ciencia debe guiar el trabajo del más humilde obrero, del contramaestre, del empresario y del capitalista.

En las empresas industriales debe seguirse un plan bien organizado, dócil a las leyes científicas que imponga el sometimiento de las voluntades particulares a la disciplina general establecida por los hechos y la cooperación de los esfuerzos.

Resolver el problema social, las dificultades siempre crecientes entre el capital y el trabajo que al profundizarlas se ve que son más cuestiones económicas que morales y educativas. Así, sería demagógico pensar en decidir las intrincadas controversias de la repartición de la riqueza antes de haberla alcanzado por medio de una abundante producción; así, entre las satisfacciones morales e intelectuales y el bienestar económico, hay tan íntima conexión que no es posible obtener aquellas sin conseguir previamente esta, y así, el esmero por la salud, el cuidado por el vigor físico, la atención por el desarrollo intelectual del obrero aumenta su eficiencia económica, su capacidad productora, por lo que en suma su perfeccionamiento se trueca en riqueza efectiva.

Esto último lo ignoraron durante muchos años los capitalistas para quienes el deterioro físico de la raza tenía importancia secundaria comparado con el aumento de sus provechos y dividendos.

El dineral no levantará envidias, no provocará trastornos sociales, será respetado universalmente, cuando con él se persiga más que el goce o el poder, el servicio social, la más elevada función de la riqueza.

Por último, hacer que predomine en el gobierno del país el concepto económico sobre el meramente político que ha imperado hasta ahora.

La política no es un fin en sí, es un medio de obtener para la patria el orden, la justicia, la prosperidad y el progreso.

Este cambio de rumbo lo exige el incremento de la industria

y el comercio, la interdependencia de los mercados y el desenvolvimiento adquirido por la democracia; lo anhelan los laboriosos, los técnicos, los estadistas y los patriotas.

Desean que continúe perdiéndose el tiempo en luchas doctrinarias estériles, agitándose inútilmente las pasiones religiosas o de clases, fomentándose el personalismo, los ignorantes, los retóricos, los politicómanos, los ganadores de elecciones.

La desorganización económica del país se debe al hábito de nuestros gobernantes *de vivir al día*, de buscar expedientes fáciles para resolver sin esfuerzo problemas trascendentales; se debe a la despreocupación de la opinión pública por los impuestos, tarifas aduaneras, legislación bancaria, régimen monetario, salario vital, tasa tributaria única, fuerza motriz, etc., mientras afanosamente atrae su interés, comenta y la absorbe las disputas políticas o personales, el lance o el escándalo del día, la actividad de los púgiles y otras minucias análogas.

La producción abundante, la distribución equitativa de los consumos, el bienestar de los hombres, el abaratamiento de la vida, son cuestiones que superan en interés a todas las discusiones dogmáticas; el estudio de aquellas disipa ilusiones, ilumina rutas; su aproximada verificación es el más alto fin práctico que puede perseguir un gobierno, es la realidad misma de la existencia que no carece de ideales, como son alcanzar para todos el derecho al trabajo, a la vida, a un mínimo de satisfacciones materiales y morales.

Ha llegado su hora a la democracia económica: los métodos reemplazan a los sistemas; ante la contundente cifra estadística enmudece la elocuencia sentimental; la realidad triunfa sobre los dogmas políticos.

Ha llegado la hora de orientar al país hacia sus grandes destinos.

CAPITULO IV

Evolución social

SUMARIO: LAS CLASES SOCIALES DURANTE LA COLONIA.— SALARIOS, COSTO Y CONDICIONES DE LA VIDA OBRERA.— COSTUMBRES DE LA CLASE ALTA.—INFLUENCIA DE LA IGLESIA.—EL ROTO EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX.— SALARIOS, ALIMENTACIÓN Y DIVERSIONES DEL PUEBLO.— ESPÍRITU ANTIHISPANICO.—RELIGIOSIDAD.—INSTRUCCIÓN.— LITERATURA.— PERIÓDICOS.— JUVENTUD.— FAMILIA.— RASGOS CARACTERÍSTICOS DEL PAÍS.—OLIGARQUÍA.—PARALELO DE CHILE CON ROMA.—DESTINO DE LA ARISTOCRACIA.— REFORMADORES.—EVOLUCIÓN SOCIAL EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX.—INFLUENCIA DEL DINERO.— RELAJACIÓN DE LAS COSTUMBRES.—MUDANZA UNIVERSAL DE LOS VALORES IDEALES.— ALTERACIÓN SOCIAL.— INMORALIDAD.—IRRELIGIOSIDAD.—JUVENTUD.—INSTRUCCIÓN.—LITERATURA.— PERIODISMO.— SALARIO Y COSTO DE LA VIDA —JORNALES EN LAS SALITRERAS.—CRISIS SALITRERAS.— ASOCIACIÓN OBRERA.— CAMBIO DE MENTALIDAD DEL OBREIRO.—LOS AGITADORES.—HUELGAS.—DIGNIDAD DEL OBREIRO.—MEJORAMIENTO DEL ASALARIADO POR EL PATRÓN.— LEGISLACIÓN SOCIAL.— ESCASO APROVECHAMIENTO DE LAS REFORMAS.— EVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA.— SUS MALES Y

SUS VENTAJAS.— EN QUÉ CONSISTE LA DEMOCRACIA.— DEFECTOS DE UN PRECOZ REGIMEN DEMOCRÁTICO.— DICTADURAS.— DEMOCRACIA Y COMUNISMO.— EL GOBIERNO DEL PROLETARIADO.— DECADENCIA DE LA CIVILIZACIÓN TEMPORÁNEA.

Nuestro pueblo ha evolucionado conforme a su tradición y su temperamento, asimilándose poco a poco la cultura europea, mejorando sus instituciones, su prosperidad y bienestar general, que es la suma de los fines por los cuales existe la sociedad.

Nuestra racial tendencia conservadora y tradicionalista se ha compensado con la inestabilidad propia de todo pueblo joven.

Su historia breve, sus instituciones políticas y organización sin raigambre secular, lo hace carecer de influencias atávicas vigorosas y le permite adaptarse fácilmente a la evolución mundial.

Comparado con los demás pueblos del continente de raza afín, ha hecho progresos enormes respecto de los más; ha quedado rezagado con relación a los menos, sobre todo en el orden económico y poblador.

Las clases sociales durante la colonia En la época colonial, predominó la influencia de la Iglesia y el clero; en el siglo pasado, mandó la oligarquía; en el presente, todo gira alrededor del proletariado.

Los pueblos indígenas que habitaban el país antes de la conquista no tenían historia ni monumentos; sus costumbres y sus guerras han sido descritas por cronistas y poetas que muchas veces confundieron la fábula con la verdad.

La España monárquica y ortodoxa del siglo XVI formó colonias de soldados y funcionarios en donde faltó ambiente propicio a la ciencia, la industria y el comercio.

En los pueblos nuevos, la imitación es considerable.

Formada en el apartamiento del extranjero, conforme a la política egoísta seguida por España, la sociedad chilena copió de ella su sentir, sus costumbres y siguió rutinariamente sus ideas, prejuicios y supersticiones.

Los cabildos eran los únicos organismos políticos a que alcanzaban los criollos; en ellos se incubó la futura independencia;

ellos fueron las colectividades organizadas que levantaron primero la bandera de rebeldía.

Durante la colonia, hubo tres clases sociales separadas por sangre, prejuicios y vanidad.

Un cuatro por ciento de la población era formada de españoles, la clase más elevada, compuesta de funcionarios públicos, comerciantes, militares,—todos ellos con ciertos rudimentos de letras,—ingenieros y frailes.

El peldaño inmediatamente inferior lo ocupaban los criollos, hijos o descendientes de españoles, sin mezcla de indios o negros, dueños de las tierras o las minas y algunos letrados o frailes que formaban en todo el treinta por ciento de la población del país.

Tenían los mismos defectos y cualidades de los españoles, su misma manera de pensar y de sentir; eso sí, eran menos activos en sus negocios, menos ordenados y económicos en la vida, más dados a la holganza; se distinguían además por su amor a Chile, que sea por ignorancia o afecto, o ambas cosas a la vez, consideraban una tierra insuperable.

Esta clase fué la moderadora de los abusos de las autoridades coloniales, organizó la campaña de la Independencia y tomó después la dirección política del país.

El resto lo formaban los mestizos descendientes de europeos o criollos e indígenas. Componían el bajo pueblo que en los campos reemplazó en las encomiendas a los indios con el nombre de «inquilinos», y que continuaron, como aquéllos, adheridos al suelo; en las ciudades, eran «domésticos» que envejecían en casa de sus amos sin exigencias ni ambiciones.

Más triste era aún la existencia del peón, célibe, desarraigado, sin hogar, que tenía trabajo sólo por cortas temporadas y después vagabundeaba buscándolo por las faenas mineras y campesinas y terminaba a veces por hacerse cuatrero o salteador para poder vivir. Llegados a viejo, mendigaban por los caminos públicos.

Más de las dos terceras partes de los chilenos estaban diseminados en los asentamientos mineros y en los campos donde la vida era peligrosa, ingrata por su aislamiento, falta de recursos, misérrima.

**Salarios,
costo y
condicio-
nes de la
vida
obrera**

A los siervos de la gleba, el amo les daba en uso pequeños lotes de terreno con la obligación de trabajar gratuitamente en sus faenas con uno o dos peones, que generalmente eran sus hijos.

No ganaban, pues, salario y, por el hábito de la servidumbre, rendían profundo acatamiento al patrón, quien impartía órdenes, que para ellos eran leyes, les administraba justicia menuda y les aplicaba castigos.

El trabajo era escaso e intermitente.

El salario de los jornaleros era ínfimo. Estos ambulaban por todo el territorio para ganarse medio real al día y su comida, que consistía en una libra de charqui con trigo machacado o sólo este último, tostado y molido.

En los últimos años de la colonia, la paga del peón llegó a real y medio; el jornal de los herreros, albañiles y carpinteros, a cincuenta centavos.¹ Hoy la retribución del artesano fluctúa entre seis y veintiún pesos al día; del trabajador corriente, de cinco a siete pesos; del inquilino, un peso ochenta a dos pesos cincuenta, con casa, tierra para siembra y tala para animales.

El gañán gana de \$ 3 a \$ 4 con ración de fundo (1).

Los artículos de uso común, con excepción de los alimentos y materiales de construcción, que eran baratísimos, tenían los precios corrientes del siglo pasado; mas como el gasto principal en el presupuesto del obrero es la casa y la alimentación, resultaba la vida barata. Una vaca valía \$ 1.50, la fanega de trigo \$ 2.00. Según don Manuel Salas, a principio del siglo XIX, la fanega de frejoles valía de 9 a 15 reales, la de maíz de \$ 1.00 a \$ 1.50.

Relacionando los jornales y costos de la vida y comparando aquella época con la actual, resulta que los salarios de entonces, tan reducidos como eran, representaban un estipendio relativamente superior al de hoy.

Así, en los alimentos, el frejol, que valía por término medio un peso cincuenta centavos la fanega, vale hoy noventa y seis pesos; ha subido sesenta y cuatro veces de valor, y casi en la misma proporción han subido los demás artículos alimenticios; mientras tanto, el jornal del artesano ha subido treinta veces de valor; el del peón, treinta y tres veces.

(1) Véanse anexos *a* y *b*.

Las condiciones para satisfacer las necesidades materiales de más vital importancia eran, por consiguiente, más favorables en aquellos tiempos que en los actuales; la vida del proletario, aunque más miserable, era más tranquila y segura que en el régimen de igualdad política posterior, que los arrojó sin protección a una lucha económica llena de zozobras.

El mestizo no tenía verdadero sentimiento religioso. Su culto se había transformado en un bajo paganismo.

Sin normas de moralidad, los apasionaba el juego, los seducía el alcohol, los tentaba el robo; estos vicios y su violencia natural los arrastraba a las riñas y a los asesinatos.

La criminalidad hacía pavorosa la vida de los campos, recorridos por bandas organizadas de bandoleros.

En las calles de la ciudad, era corriente que la policía recogiera los días Lunes seis u ocho cadáveres de hombres apuñaleados en la noche anterior, en una época en que la población de Santiago llegaba apenas a cincuenta mil habitantes.

A pesar de la buena nutrición, del clima suave y de la vida al aire libre, las epidemias eran asoladoras por falta de hábitos higiénicos y médicos, por la ignorancia de los curanderos y la miseria.

Las familias habitaban ranchos infectos con el piso de tierra apisonada y techados con totora por donde se colaba el aire y la lluvia y dormían sobre montones de paja, amontonados en la más repugnante promiscuidad de sexos y próximos a perros, cerdos y gallinas.

Andaban siempre descalzos.

No existían escuelas en los campos y eran escasas en las ciudades. A ellas acudían muy pocos muchachos mestizos, pues los patrones y la necesidad de trabajar estorbaban su asistencia; éstos creían que la instrucción hacía concebir al proletario aspiraciones que lo apartaban de los trabajos a que estaban destinados por su clase social.

Todavía se les humillaba en la escuela colocándolos separados de criollos y españoles.

Carecía el mestizo de estímulo para aprender y trabajar, ya que le era imposible mejorar de condición y desembarazarse del fardo de su origen, que lo aplastaba toda la vida.

No gozaba de las ventajas de la propiedad ni de la familia bien constituida, bases de la civilización moderna; no adquiría

jamás la primera; la segunda la destruía, por lo general, su miseria, sus vicios y hábitos de vagabundez.

Esta situación sórdida, deprimente, que duró más de tres siglos, encarnó en el mestizo hábitos de imprevisión, vagancia, desaseo, alcoholismo y violencia que hasta ahora perduran y que sólo la educación constante de varias generaciones puede extirpar.

No constituía pueblo el mestizo de la colonia; era una plebe fanática, astrosa, analfabeta y feroz que del templo, a donde acudía por costumbre y miedo al infierno, pasaba sin transición a la taberna, al garito, al reñidero de gallos, sus únicas distracciones.

Costumbres de la clase alta

Las clases pudientes desconocieron el confort moderno hasta mediados del siglo pasado.

Las familias acomodadas de los terratenientes, oidores copetudos, tiesos encomenderos o comerciantes enriquecidos, vivían en casonas de un piso, construidas de adobes y maderas con pesados techos cubiertos de tejas que se prolongaban formando aleros. Eran espaciosas, sin gusto y de aspecto monótono. La entrada era un ancho y oscuro zaguán que comunicaba a patios abiertos con noria y jardín o empedrados de guijos menuditos, claustrados de corredores con pavimento de ladrillos, a los cuales se abría una serie de habitaciones grandes, altas, frías, de paredes enlucidas con cal. El estuco, los vidrios, el empapelado de las paredes, los canales y cañas de hojalata para recoger las aguas lluvias, eran lujos muy raros.

El precio excesivo de los artículos extranjeros hacía que carecieran de muebles y utensilios, que hoy son indispensables en los hogares de modestos burgueses.

En la sala de estrado y comedor, se ostentaba un lujo que desdecía con las demás piezas desmanteladas y pobres. Consistía en pesada vajilla de plata, muebles de rica caoba, mesas pacientemente taraceadas con bronce o nácar, arañas de cristal, cornucopias venecianas en vez de cuadros, jarrones de porcelana de Sevres, argentados candelabros y sahumadores en donde se quemaba incienso.

Análogo contraste existía entre la pobreza general de la población y las ricas joyas y vestidos de seda de las mujeres, que

eran un reflejo del boato de la corte española que la mísera colonia pretendía imitar.

La organización social de la clase alta durante la colonia estaba sólidamente fundada sobre la familia unida, compacta, sumisa a su jefe, que ejercía una autoridad sin contrapeso.

Los hogares eran hospitalarios, sinceros y virtuosos.

No obstante la situación de inferioridad en que se encontraba la mujer por la ley y la costumbre y su absoluta ignorancia, pues la mayoría no sabía leer ni escribir, llamaban la atención de los viajeros por su hacendosidad, virtud sin doblez, natural ingenio y gusto por la danza y la música.

Don Alfonso González decía en 1600: «Las españolas criollas «de Chile son dotadas de particular hermosura, gracia y donaire, «calificada de discreción y cortesía; son ejemplo de toda honestidad, de noble y señoril trato, de varoniles ánimos y de «buen gobierno».

Además de las escuelas de primeras letras, existía la Universidad de San Felipe en que los estudios comenzaban con la gramática latina y seguían y terminaban con la filosofía, teología y jurisprudencia.

Esta cultura letrada, adherida a las formas y exterioridades que adquirían todos los hombres de ilustración y valer, creó el tipo de la sociedad colonial formulista, retórico, leguleyo, e informó su espíritu estrecho, egoísta, incapaz de libertarse de la letra muerta de los maestros y de los precedentes añejos de sus comentadores.

Las infundadas preocupaciones de nobleza, la pobreza general del país y la ociosidad abatieron todo espíritu de empresa e hicieron arrastrado y lánguido el comercio y la agricultura e imposible la industria.

Las discusiones académicas, los conflictos entre las autoridades coloniales y entre el gobierno eclesiástico y civil por confusión de facultades sacudían la modorra de los intelectuales que lucían en ellos su saber. Con estos incentivos y el apasionamiento en las elecciones de priores y abadesas de los conventos, se desperezaba el espíritu de los prohombres de la época.

Los días de holganza eran tantos como los de trabajo. Había 139 días festivos fijados por el Cabildo, la autorización del gobierno eclesiástico y las costumbres.



Las ciudades eran grises, soñolientas y desaseadas. En Santiago, no había alumbrado público y las tortuosas y estrechas calles no se barrían. En 1688 se presentó al Cabildo un propONENTE ofreciendo barrerlas una vez al mes. No había otras distracciones que los juegos de naipes y bolas, las lidias de toros, las riñas de gallos, los rodeos y las carreras a caballo. Bajo el gobierno de Muñoz de Guzmán, se inauguró un modestísimo teatro para comedias.

La autoridad eclesiástica agravó la tristeza de la ciudad, prohibiendo, por el sínodo de 1668, que se abrieran los negocios los días festivos, los de rogativas y los de procesiones por donde ellas debían pasar, y en los días de trabajo, que permanecieran abiertas las tiendas y pulperías más allá de las nueve de la noche en verano y de las siete en invierno.

Llegó el celo del clero por morigerar las costumbres hasta ordenar a las mujeres, por el mismo sínodo, «Que suelten las «basquiñas hasta los empeines y talones del pie sin descubrir «otra parte.»

Esos pudibundos sacerdotes ignoraban que lo que incita al pecado es el misterio: las faldas que hoy llegan a la rodilla han hecho perder todo incentivo y prestigio a lo que antes ocultaban.

Influencia de la Iglesia El clero era numeroso y tenía una decisiva influencia, muy justificada por sus riquezas y su saber superior al común de las gentes. Cura, confesor o prelado eran los consejeros natos de todos los hogares.

A fines del siglo XVIII, había en Chile 38 conventos con 400 monjas y 5 monasterios con 250 monjas contemplativas.

Tan soporífera era la atmósfera intelectual y tan mezquinos los placeres y bienes terrenales que todos los pensamientos de los espíritus superiores tendían a una vida mejor ultraterrena, ofrecida como consuelo admirable por la religión. Ella llenaba la existencia colonial y constituía un poderoso vínculo social por las numerosas hermandades y cofradías a las cuales era distinción pertenecer.

Las erguidas torres de los templos que enviaban plegarias silenciosas al cielo era lo único esbelto que se alzaba en los pueblos sobre el caserío aplastado y opaco, de paja y barro, con puertas conventuales y ventanas cubiertas de tupidas rejas de cobre;

las campanas, la voz alta, clara, sonora que acallaba el murmullo de chismes e insultos que ascendía confusamente hacia ellas, y según dobraran o repicaran, daban el tono doliente o placentero a la ciudad; los claustros, el solo lugar en donde se refugiaba la meditación, adonde convergía toda idealidad, todo rudimento de arte, y las continuas fiestas religiosas, rogativas, trisagios, aniversarios piadosos, misas cantadas, expléndentes novenas y aparatosas procesiones con un cortejo de frailes ceremoniosos, bandadas de monaguillos aturdidos y lo más selecto de la colonia llevando acompañadamente cirios que lloraban lágrimas de cera, eran las únicas diversiones honestas que mantenían la sociabilidad y apasionaban y commovían a las gentes, alterando la monotonía colonial. X

El roto en la primera mitad del siglo XIX

Durante la primera mitad del siglo pasado, persistió la división profunda entre la clase pobre formada por el «roto» o «plebe» en las ciudades, «peón» o «inquilino» en los campos, y la clase rica compuesta de «caballeros» o «gente decente».

La pobreza, más que un accidente, era un estado que se adquiría con el nacimiento; no podía el roto cambiar de clase ni por el ahorro, por lo bajo de los jornales, ni por el estudio, porno tener ocasión ni facilidad de instruirse.

El pobre no era ciudadano. Cuando se le obligaba a inscribirse en los registros electorales y recibir una boleta que debía depositar en la urna el día de las elecciones, la recogía y votaba después por él, ya el patrón, ya el jefe del cuerpo militar en que servía, ya el prefecto de policía que se la arrebataba cuando caía preso.

Se le hacía servir en las milicias de soldado a las órdenes de jovencitos imberbes, y si entraba a los cuerpos de línea, ahí envejecía, no obstante su inteligencia, disciplina o actos de arrojo. Para los «jóvenes decentes» se había creado el puesto de soldado distinguido que les permitía ascender a general.

El inquilino continuaba habitando en su rancho pajizo sin más fortuna que su caballo, su freno y su montura de pellejos. El gremio de artesanos y obreros libres, cuya condición mejoró más rápidamente que la de los campesinos, acrecía en las ciudades, en donde habitaba con sus familias cuartos estrechos e insalubres de los arrabales.

A mediados del siglo pasado, las calles de los barrios obreros de la capital, como San Diego, Cañadilla, estaban cubiertas de pestilente lodo en el invierno y de polvo nauseabundo en el verano. En sus calzadas, jugaban todo el día muchachos descalzos, mugrientos, greñudos, con los vientres abultados por el exceso de alimentación poco nutritiva hecha una o dos veces al día. Transitaban, principalmente los domingos y lunes, ebrios tristes, soliloquidores, que caminaban haciendo equis y tropezando. Las fiestas de esos barrios eran las provocaciones, las pendencias, las cuchilladas. Se hacía coro a los combatientes, los que desnudos hasta la cintura, después de haberse injuriado soezmente, se venían a las manos o se daban de puñaladas.

En el año 1826, en el departamento de Santiago, que sólo tenía 60,000 habitantes, hubo más de quinientos asesinatos.

Campesinos y obreros usaban calzoncillos anchos de tocuyo, ponchos tejidos a mano y ojotas, que eran plantillas de cuero sin curtir sujetas con correas; sus mujeres, descalzas o con zuecos, vestían faldas de balleta de castilla u otra jerga; los chiquillos andaban en pernetas, semi desnudos.

Sombrero de pita de anchas alas, manta corta de vivos colores, pantalón bombacho, con el aditamento de enormes espuelas de plata, ha sido la vestimenta del huaso pudiente.

Los muebles consistían en rústicas tarimas para dormir, toscas mesas de madera sin pulimentar, sillas de paja; los utensilios, ollas y fuentes de greda cocida y cucharas de madera.

El azúcar, el té, el café, el vino, lo desconocían; tomaban mate amargo, chacolí y aguardiente impuro.

Salarios Los jornales, de un real a principios del siglo XIX, aumentaron a real y medio en los primeros años de la República, y fueron subiendo, hasta llegar a fines del siglo, a un peso en las faenas rurales del centro del país, a un peso cincuenta centavos para los gañanes en las ciudades, y doble o triple a éste en las minas y salitreras del Norte.

Alimentación A pesar de lo exiguo de los jornales, la alimentación era abundante por lo barato de las legumbres, carne y cereales.

El precio corriente de los artículos de alimentación era en 1850 de:

\$ 4.00 la fanega de trigo,
 \$ 1.80 la fanega de papas,
 \$ 2.60 la fanega de frejoles,
 \$ 2.95 el quintal de harina,
 \$ 3.00 un cordero,
 \$ 5.00 un cerdo, y
 \$ 3.00 una docena de gallinas.

Diversio-

nes Además de las carreras de caballos, de los rodeos, fiestas criollas en donde alardeaban los jinetes de bríos y arrojo, del juego infantil del encumbramiento de cometas, el pueblo carecía de diversiones honestas y cultas, ya que no podían calificarse de tales, toreaduras, riñas, de gallos y *remoliendas en las chinganas* en donde se cantaba, bailaba y sobre todo se bebía en abundancia.

A pesar de que un palco costaba dos pesos y la luneta un real en el teatro de comedias que existía a principios de la República, concurría a él sólo la gente pudiente y era tan pobre el espectáculo, alumbrado con velas de sebo, que los personajes de la edad media aparecían muy orondos con los trajes del día.

Al mestizo, libre sólo en el nombre, porque la libertad es incompatible con la ignorancia y la pobreza suma, se le consideraba como un sér inferior, destinado a trabajar para el ocio, las comodidades y el placer de la clase rica, cuya base económica ha sido hasta hace poco la explotación de la clase mestiza. El patrón protegía la vida del sirviente o inquilino y de sus familias con un piadoso egoísmo que tenía por límites evitar que perieran y mantenerlos en la miseria y en dependencia constante. A la perpetuación de este servilismo, contribuía la mentalidad del mestizo, sin ideas claras de su posible mejoramiento social; por eso, más tarde ha producido terror su exaltado despertar y sus exigencias de participar en los placeres de la vida y en la dirección del país. Esto mismo retardó la formación de una clase media influyente que apresurara la evolución democrática del país.

Las ciudades continuaban desaseadas. Las calles se barrían de tarde en tarde; a lo largo de ellas, corrían acequias descubiertas a donde se arrojaban los desperdicios de las casas; muy pocas tenían sus calzadas con pavimento de piedra de río y sus aceras con piso de piedrecillas.

Los elegantes paseaban por el malecón del Mapocho en las tardes otoñales y por la Alameda de las Delicias en las de primavera.

El paso apresurado de algún trasnochador y el canto soñoliento de algunos guardianes que decían la hora y el estado del tiempo interrumpía el silencio de las noches desalumbradas y silenciosas.

Espíritu anti-hispánico En los primeros tiempos de la República, la violencia de la lucha por la independencia produjo el divorcio con España e hizo que el Gobierno tomara enérgicas medidas contra el clero hispanófilo y que los patriotas exaltaran el heroísmo de los indígenas en quienes vieron sus precursores. Se intentó apartarse de todo lo hispano, romper con el espíritu colonial sin conseguirlo: su raigambre era demasiado vigorosa. Estos propósitos ideológicos debilitaron únicamente el espíritu de autoridad, nos avecindaron a la anarquía, sin que desaparecieran el orgullo aristocrático, el espíritu de cuerpo de las corporaciones, los privilegios de la clase alta amparados por la costumbre y la ley.

El pasado, defendido por la tradición, la fortuna, el clero, el valimiento y las consideraciones sociales, triunfó definitivamente con la revolución conservadora de 1830.

Desde entonces, la repulsa a todo lo hispano se apacigua; se produce una reacción sentimental en dirección inversa; vuelven a constituir un orgullo los abolengos españoles; se estrechan las relaciones con la Santa Sede; acrece la influencia del clero y la vida colonial continúa sin variantes bajo el nombre de República democrática.

Religiosidad Por un decreto de 1832, se reglamentó la asistencia del Presidente de la República, ministros, empleados superiores y profesores a las fiestas religiosas de Corpus Cristi, Semana Santa y Apóstol Santiago; debían comulgar en la Catedral el Jueves Santo y rezar en alta voz las estaciones en las calles e iglesias de la ciudad.

Se oraba públicamente dos veces al día: al tañer de las campanas que anunciaban el instante de la consagración en la misa parroquial y al toque del *angelus*; en esos momentos suspendíase

el tránsito en las calles, descubríanse todos y la inmensa mayoría rezaba de hinojos. El mismo año 1832, se creó una junta de censura para que, asociada a la que designara el obispo, examinaran todos los libros extranjeros antes de ser entregados por la Aduana, decreto que subsistió hasta el año 1878 en que fué derogado por el ministro Dn. Miguel Luis Amunátegui.

La unidad religiosa empezó a quebrantarse en 1845. Influyó en esto el proyecto de abolición del fuero eclesiástico que patrocinó en el Senado su presidente don Diego José Benavente y en la prensa don Domingo Faustino Sarmiento, y la polémica periodística provocada por la pastoral del Obispo de la Serena, don José Agustín Sierra, que ordenaba entregar, para destruirlos, todos los libros anotados en una lista y requería a los intendentes, gobernadores y magistrados judiciales para que cooperaran a su cumplimiento.

Instrucción El país carecía de libros, maestros competentes y recursos para impulsar la instrucción. En

1827, en cada ciudad se estableció una escuela pública; Santiago tenía dos de hombres y dos de mujeres, insuficientes para difundir la enseñanza primaria.

En 1830, se impuso a los conventos la obligación de mantener escuelas de primeras letras y en 1840 se establecieron escuelas dominicales en los cuarteles cívicos. Fracasaron unas y otras por falta de maestros. Para formarlos, se creó en 1842 la Escuela Normal de Preceptores.

La instrucción secundaria se recibía en el Instituto Nacional y en el Seminario.

Restablecido el Instituto en 1819, se reorganizó en 1826 por Charles Lozier. Sus innovaciones fueron resistidas por los rutinarios que triunfaron al reemplazar a Lozier por el presbítero don Juan Francisco Meneses, exaltado representante de las tradiciones coloniales.

El literato español don José Joaquín de Mora fundó el Liceo de Chile, colegio particular en que por primera vez se estableció un plan de estudio de humanidades en que figuraban conocimientos científicos. La esposa de don Joaquín inauguró, asimismo, en 1828 el primer colegio particular para señoritas.

Ambos duraron poco; el gobierno conservador triunfante desterró al ilustre educacionista.

La instrucción de los varones continuó saturada del espíritu escolástico medioeval y sobrecargada de cuestiones estériles; la de las mujeres, superficial y estrecha, dada en los conventos, fomentaba la pereza intelectual de las jóvenes, estimulaba su orgullo y lisonjeaba la vanidad de las familias linajudas.

En 1832 se creó una modesta escuela de medicina y farmacia.

Impulsada vigorosamente por don Manuel Montt, como ministro primero, como Jefe del Estado después, comenzó desde 1842 un surgimiento general en la enseñanza.

La apertura de la Universidad de Chile fué el acontecimiento más trascendental del año siguiente. En el discurso inaugural, don Andrés Bello asentó estas dos doctrinas que caracterizaban el espíritu dominante de la época: el primero de los objetos de la corporación y el de mayor trascendencia es el fomento de las ciencias eclesiásticas; la subsistencia y bienestar de la clase trabajadora deriva de la clase afortunada.

La enseñanza especial recibió preferente atención del gobierno.

En 1849, se inauguraron las Escuelas de Artes y Oficios bajo la dirección de don Julio Jariez y la de Arquitectura dirigida por don Francisco Brunet. Se creó la Escuela de Bellas Artes con un solo profesor, don Alejandro Cicarelli, y en 1850 se fundó el Conservatorio de Música, dándose en él lecciones de piano, violín, órgano y armonía por don Adolfo Desjardin.

En 1851, la Sociedad de Agricultura estableció la primera Escuela Agrícola del país.

Ilustres sabios extranjeros, tales como Claudio Gay, Aimé Pissis, Andrés Bello, Carlos Moesta y Rodulfo Amando Philippi, despertaron en Chile el amor a las ciencias.

Literatura En los comienzos de la República, el aletargamiento social se reflejaba también en las letras; entre los poetas, sólo don Antonio José Irrizarri pasaba de lo vulgar.

Hasta 1836, las preocupaciones cívicas absorben los más selectos espíritus; en esas horas de lucha, la política lo domina todo. Las manifestaciones literarias se reducen a la polémica partidista, la proclama sedicosa, el periodismo apasionado, y áridos estudios jurídicos y filosóficos, bastos géneros literarios en los cuales se destacaron, sin embargo, Egaña, Camilo Henríquez, Melchor José Ramos y Manuel José Gendarillas.

Más o menos desde esa fecha comienza un tardío movimiento literario en que predomina la retórica y en que falta a todas las obras el calor de la vida, la emoción intensa, la sensibilidad artística. Maestros de esa generación fueron Mora, Marín, Ventura Blanco y principalmente Bello, que gobernó sin contrapeso la República de las letras hasta el despertar intelectual de 1842. Produjo esta alborada la tranquilidad social que trajo un gobierno más tolerante y la influencia de la talentosa emigración argentina que la tiranía de Rozas arrojó a nuestro suelo, entre la cual sobresalía Sarmiento, escritor recio, nervudo, más pensador y original que todos los retóricos imitantes de entonces.

En este movimiento tomaron activísima parte Lastarria, Sanfuentes, Vallejo, Tocornal y García Reyes, dotados de superior preparación y disciplina intelectual en los ensayos históricos, de mayor sensibilidad en los trabajos propiamente literarios, de más ingenuo humor nacional en las pinturas de costumbres que sus antecesores.

Junto a las frías y monótonas leyendas de don Salvador Sanfuentes apareció la Recopilación de los regocijados artículos de costumbres nacionales de don José Joaquín Vallejo y la primera novela chilena «La Aritmética en el Amor» de don Alberto Blest Gana. Poco a poco, Bello pierde su incontrastable influencia y Lastarria, siempre renovador, continúa el impulso dado a las letras por la escuela cuyana.

Las polémicas literarias, a veces vibrantes, entre neoclásicos y románticos o independientes, y las doctrinarias, siempre ásperas, entre ortodoxos y libre pensadores o tolerantes, conservadores y liberales, contribuyeron poderosamente a la emancipación espiritual.

La reacción contra el dogmatismo retórico fué un romanticismo desaliñado y con fingida espontaneidad, pues la literatura chilena continuó casi todo el pasado siglo sin carácter propio ni originalidad, imitando los modelos de España y Francia. El pueblo, iletrado, no contribuía a su desarrollo; las clases ilustradas gastaban sus actividades en las controversias del parlamento y la prensa.

Periódicos Los periódicos políticos o personales, de duración efímera, de los primeros tiempos de la República, empleaban comúnmente un lenguaje procaz y, como

arma de sus polémicas, la diatriba y la injuria. Faltaban lectores y sólo por excepción había periódicos que sostuvieran principios o dieran simplemente noticias. Entre los principales, figuraban «El Araucano», órgano del gobierno, respetado como la autoridad de la cual era eco, y «El Mercurio» de Valparaíso, que representaba los intereses comerciales del puerto.

Juventud En esta sociedad en embrión de la primera mitad del siglo XIX, dominaba una franqueza sin disimulo, sin sujetarse a otras normas que las impuestas por la moral, la etiqueta y la religión. La mocedad, más atollondrada que estudiosa, sin presunciones ni hábitos distinguidos, hablaba recio y claro, reía a carcajadas, tuteaba a sus iguales o inferiores, maldecía por cualquier contrariedad y le gustaba mostrar aires de matón. Discutía y charlaba en el café sobre negocios, política y mujeres; paseaba a caballo, jugaba al billar y bailaba a menudo ya en saraos distinguidos, ya en fiestas de medio pelo.

La juventud intelectual, reservada y laboriosa, era observante en religión, casuista en derecho, retórica en bellas letras, partidaria del gobierno en política.

Las jóvenes, siempre honestas, que lucían ya el arte de vestir bien y con recato, continúan siervas de futilezas, entregadas a su confesor en la dirección de su espíritu y sin otra aspiración que mantener su rango y alcanzar un matrimonio que lisongeara la vanidad de su familia.

Familia La organización familiar se asemeja al tipo patriarcal.

Junto al padre o abuelo, que unía al prestigio de la autoridad moral el respeto impuesto por la costumbre y la fuerza del poder financiero, congregábanse, obedientes a sus órdenes, los hijos, los yernos, las nueras y sus proles.

Esta sólida organización contribuía a formar una sociedad conservadora, con sus gerarquía y sumiso respeto que iba ascendiendo desde el padre de familia hasta el jefe del Estado.

Rasgos característicos del país Además del valor, común en toda Hispano-América para conquistar la libertad, Chile, por excepción, en virtud de una serie de felices circunstancias, mostró el carácter suficiente para mantenerla por medio de una voluntad disciplinada, paciente y constructiva.

Estas circunstancias propicias, que culminaron en la primera mitad del siglo XIX, fueron, sin lugar a duda, la existencia de una aristocracia que pronto adquirió aptitudes para dirigir, y organiza, legisla, educa y gobierna energica y pacíficamente el país; la ausencia de odios religiosos y rivalidades de raza,—la unidad religiosa se mantuvo más de medio siglo, la raza continúa homogénea—; la cohesión, la fuerza, la unidad perfecta de la conciencia social por estar asidas en la sociedad la moral, la religión y la política, y el nivel superior alcanzado por el país sobre el resto de Hispano-América, tal vez no en cultura, mas sí en honestidad política, sobriedad, espíritu de trabajo y en una frialdad de temperamento que permitió a los gobernantes ver serenamente los hechos sin que los cegaran el brillo de la espada ni los deslumbraran las galas oratorias.

La música de las palabras nunca encontró eco en nuestras asambleas legislativas; la elocuencia tribunicia se hizo aplaudir en el parlamento y aclamar en los comicios, pero hecho el silencio, como bruma de estío herida por el sol, el contagio cesaba, el encanto se desvanecía, volviendo a predominar el buen sentido de que estaban impregnadas las clases dirigentes.

El militarismo tampoco encontró arraigo entre nosotros.

Esta tradición de civilidad, que duró hasta 1924, afirmóse en nuestro país en 1851, en que dejó la presidencia el último militar que nos gobernó, y no la rompió siquiera el entusiasmo por el general en jefe victorioso de la Guerra del Pacífico, candidato a la Presidencia de la República. Cargado de laureles, el pueblo delirante lo aclamó, levantóle arcos triunfales, pero no lo eligió.

Oligarquía En los países jóvenes donde aun no se ha formado una aristocracia civil ni menos una democracia verdadera, gobierna la espada y se enseñorean los tiranos. Ninguno de éstos gobernó a Chile sino una oligarquía abierta y sin exclusivismos, sin experiencia en los nego-

cios públicos de los que había estado siempre alejada, pero con inspiraciones sanas y relativamente progresista.

Bryce pudo, pues, decir con razón: «Chile y Brasil son repúblicas, mas no verdaderas democracias, porque el poder real pertenece a algunas personas solamente».

Por necesidad de mantener su predominio político, esta oligarquía dió entrada a la inteligencia y fué ensanchándose así con elementos de la clase media hasta convertirse a fines del siglo pasado en clase dirigente. Así se comprende cómo don Manuel Montt y don Antonio Varas, sin abolengos, sin fortuna, llegaron a ser en su tiempo jefes de la oligarquía y árbitros de los destinos del país.

A semejanza de éstos, los hombres de valer y nobles ambiciones, anhelosos de notoriedad y de organizar la sociedad según sus ideas, buscaron, como en las sanas democracias, el único camino accesible entonces a la superioridad intelectual para surgir y convivir con la alta clase tradicional: el de la vida pública.

Chile ganó con esto más que si por una creación artificial de ideas exóticas, inaccesibles a las masas, se hubiera establecido desde luego una democracia ignorante, manejada por jefes militares o caudillos civiles; pues, a pesar del falso nombre de gobierno democrático que éstos le hubieran dado, sólo habrían constituído ellos con sus paniaguados una oligarquía de advenedizos, sin ninguna de las virtudes de una clase superior y con todos sus defectos, especialmente la de presunción trocada en altanería.

Esta aristocracia oligárquica, católica y devota, reservada y severa de costumbres, la componían hombres pudientes, hacedores en su mayor número, escasos comerciantes, clero, jefes militares y unos pocos intelectuales y letrados. Ella llevó una vida patriarcal, ruda y resignada, sin entusiasmos ni vanidosa ostentación; se mantuvo ajena al lujo, al goce de las comodidades modernas, a los caprichos de la moda; no tuvo más diversiones lícitas que continuas fiestas religiosas, tardíos saraos, anuales trillas y rodeos, ni más placer legítimo que la mesa ubérrima de platos succulentos.

Respetuosa de la tradición, desconfiada de las innovaciones, ignora del pensamiento contemporáneo europeo, repudió con

temor y enojo las ideas liberales por pocos conocidas; con todo eso, dió muestras de intenso patriotismo en los trances difíciles, formó gobiernos estables que siguieron una política definida, impulsó la instrucción, fomentó el comercio y mantuvo el orden, como ideal supremo de gobierno, mediante los eficaces elementos de dominación de que disponía.

En efecto, ellos eran incontrastables. Dueña del gobierno y parlamento, hacía y aplicaba leyes, daba honores y prebendas; con el ejército, manejaba la fuerza; con el apoyo del clero, contaba con la influencia moral decisiva de la religión, y disponía de la fortuna, constituida por extensos latifundios, principal riqueza de aquella época.

Esta oligarquía, hoy anacrónica, más ilustrada y moral que el resto del país, correspondió perfectamente al estado social de aquella época, respondió a sus modestas necesidades, se conformó a su espíritu pacato, a su austera simplicidad, tan distante de las luchas democráticas, de la vida azarosa y complicada, de los lucros fáciles del salitre, la ganadería y las especulaciones de estos tiempos.

Ella nos evitó el ensayo frustráneo de una prematura democracia y la peligrosa inestabilidad propia de los Estados noveles que apenas empiezan a balbucir la palabra «libertad» quieren ya aplicarla en toda su amplitud. Ella, estimulada por el sentimiento de la dignidad personal que fluía de su elevada posición, la que mantuvo intacta durante varios lustros, reunió en sus manos todas las fuerzas morales de la nación, produjo las voliciones y sentimientos sociales, impulsó el progreso del país, imprimiendo al Chile viejo el sello de su carácter severo, dándole, conforme a su orgullo dominador, la pujanza conquistadora que lo hizo respetable en el continente.

Cuando miramos hacia atrás y vemos dibujarse en la penumbra del siglo pasado la talla moral de los prohombres del Chile viejo que la distancia agiganta y que en su tiempo sólo merecieron el título de respetables, no hay con quien parangonarlos en la actualidad, y la mente, para quedar complacida, va a buscar sus paralelos en el perfil de los austeros patricios de la República Romana.

**Paralelo
de Chile
con
Roma**

Y quién sabe si hay alguna semejanza entre nuestra corta y modesta historia con la dilatada y brillante de Roma, excepción hecha de la grandeza de ésta, de su poderoso impulso expansivo y de dominación?

Ensayemos de establecerla.

Despojados los reyes de autoridad sobre el pueblo romano, como lo fué el monarca español del dominio de esta mísera colonia, asumió el gobierno de una y otra república la oligarquía dueña de la tierra que, si en Roma dominaba sobre los clientes y la plebe, aquí imperaba sobre el semisiervo, llamado inquilino, y el gañán, sin ninguna influencia política.

El Estado tomó en ambos pueblos su fisonomía y su raigambre en esta dura, egoísta y austera oligarquía, fuerte por el noble sentimiento del deber que la animaba, sólidamente asentada por su base familiar en donde dominaba la soberanía absoluta del padre. En los dos países, esta oligarquía se debilitó interiormente desmoralizándose poco a poco; en Roma, por la filosofía y las religiones venidas de oriente; en Chile, por las costumbres, modas, caprichos y placeres imitados del Viejo Mundo.

En Roma, como en Chile, el espíritu militar de la raza era innato en el campesino acostumbrado, además del continuo guerrear, a la frugalidad, a la brega con un suelo fértil sólo mediante una esforzada y sostenida labor.

En Roma, constantes y pacíficas revoluciones hicieron ingresar clientes y plebe a la ciudadanía, transformaron el principio religioso del gobierno en el principio del interés público, permitieron a los caudillos del populacho disputar el gobierno a la oligarquía dominante y al dinero imperar sin contrapeso, reemplazándose la lucha entre patricios y plebeyos por la de ricos y pobres.

En Chile, el ensanchamiento del sufragio y de la instrucción, cambió el gobierno oligárquico en el de una dilatada clase dirigente, en la que poco a poco fué entronizándose la fortuna, la que, entre otras causas, ha traído la lucha económica de clases.

El equilibrio de estas sociedades pobres y virtuosas se rompió en Chile, como en Roma, por la acción socavativa de estas tres fuerzas: las improvisadas fortunas sojuzgadoras, las nuevas ideas y los recientes deseos y necesidades.

Estas fuerzas, reforzadas por los descontentos que por esti-

marse iguales a los privilegiados se creen preteridos por ellos, han impulsado la evolución produciendo el indiferentismo de las creencias, el olvido de las tradiciones, minando prestigios y derribando fetiches, descubriendo injusticias en las leyes, vicios y defectos en las instituciones, hasta obtener el cambio o derrumbe de la organización social que existía.

En Roma, el contacto con el Oriente y la conquista de los tesoros de Mitrídates por Lúculo y de la Siria por Pompeyo, en Chile, el acercamiento a Europa por las comunicaciones más fáciles y cortas y la riqueza del salitre, conquistada en una afortunada guerra, produjeron generaciones ávidas de lucros fáciles, ansiosas de satisfacer el corazón y la vanidad, los instintos y apetitos y de llevar una vida más grata y sensual, más amplia e intelectualmente más intensa que la llevada hasta entonces,

Así se alteró el alma de la raza.

Ante el deslumbramiento de las improvisadas riquezas adquiridas en las minas, la ganadería, la Bolsa y el salitre, quedaron en la sombra las fortunas agrícolas amasadas con sudor y privaciones.

**Destino
de la aris-
tocracia,
en el
siglo XIX**

El lujo, la prodigalidad, las reparticiones hereditarias, la falta de aptitudes para el esfuerzo industrial o comercial han empobrecido a gran parte de los descendientes de los fundadores de la República que en otra época formaron la aristocracia única del país.

Los que conservan sus tierras mantienen todavía su alta influencia política; los frívolos y gozadores se esfuerzan por imitar a la aristocracia adinerada de nuevo cuño que, más energética y audaz, infatuada y anhelosa de publicidad, derrocha bulliciosamente el dinero en ostentación y placeres; los venidos a menos que guardan sus virtudes atávicas, se han alejado de la cosa pública, viven sin ruido, en discreta penumbra, consagrados comúnmente a trabajos agrícolas; los que nada han conservado de sus antepasados, faltos de espíritu de trabajo y empresa, amparados por sus vínculos sociales, se han asido a los empleos públicos.

Aun en su vacua vida actual conservan los hombres distinción de modales; las damas, honestidad y virtudes domésticas.

La oligarquía aristocrática ha perdido gran parte de su in-

fluencia y fortuna. Se ha dispersado por agotamiento interno. A fines del siglo pasado era ya solo un crepúsculo que se hundía con el siglo en que brilló. El recuerdo de su omnipotencia que mantuvo al pueblo durante cien años bajo tutela hace que todavía se combata su nombre por el proletariado que la confunde con la plutocracia y la clase dirigente.

La existencia de un corto número de dirigentes no constituye siempre una oligarquía y es compatible con la democracia moderna, pues ella exige para la eficiencia del Gobierno, cuya complejidad crece cada día, que haya subordinación, coordinamiento y concentración del poder directivo. Eso sí, este poder, ejercido por unos pocos, para ser democrático no debe degenerar en un gobierno de clase formada por la fortuna o el nacimiento, debe ser constantemente renovado por méritos y dejar campo expedito a las posibilidades de ingresar a él. A los dirigidos, toca en la democracia elegir los dirigentes, vigilarlos para que no hagan uso indebido de su mandato y señalarles los fines que deben cumplir.

Reformadores El Gobierno autoritario oligárquico sofocaba todo espíritu renovador e hizo que los reformadores constituyeran una atrevida excepción. Entre estos, sobresalieron José Benavente por sus cartas liberales, elevadas por su concepto y estilo, José Miguel Infante con su tesonera acción en el «Valdiviano Federal», Francisco Bilbao como agitador, los hermanos Arteaga Alemparte como periodistas, y Lastarria, el eco más vibrante de todas las nuevas ideas.

Para variar los hábitos políticos y las costumbres sociales, es menester cambiar las ideas, y esto hizo el desarrollo intelectual de 1842. Simultáneamente con él, se notó una tendencia emancipadora de la rutina social: espíritus selectos comienzan a manifestarse libre-pensadores en religión, liberales en política, románticos en literatura.

La democrática revolución europea de 1848 tuvo amplias resonancias en América: soplan brisas liberadoras por todo el continente; los reformadores se agitan contra los gobiernos despóticos, Lamartine inspira los discursos políticos, y el romanticismo prende en la literatura chilena. Mas, fué un romanticismo falso, sin sentimiento natural, en que se escribía por impresiones

sin perder de vista el modelo preferido. Las clarinadas de libertad no tardaron en ser acalladas por la reacción de 1851.

Hasta mediados del siglo pasado, las faenas rutinarias del campo, los hábitos adquiridos, las ideas heredadas continuaban regulando la vida como lo habían hecho durante los tres siglos coloniales.

Años después, cesa en Chile el desarrollo creciente de la agricultura y la explotación fácil de las minas de plata y cobre de rica ley y comienza a debilitarse la influencia de las categorías sociales, nobleza y clero, ingresando a la aristocracia exclusiva de la sangre y de los dueños de la tierra, la del talento y del dinero, sobre todo esta última que se impone con mayor vigor.

Evolución social de la segunda mitad del siglo XIX

En la segunda mitad del siglo XIX, la rapidez de las comunicaciones exteriores por las líneas de navegación a vapor, el aumento de riqueza por el salitre, explotación de nuevas tierras en el Sur y la ganadería, el desenvolvimiento de la instrucción general por el aumento de escuelas, especialmente

de liceos, acrecienta el bienestar de la clase acomodada, ensancha la influencia de la clase media, despierta en el proletariado ambiciones y deseos hasta entonces desconocidos y modifica el alma nacional demudando las ideas y los sentimientos sociales.

En el orden material, la transformación de Santiago fué sub-tánea, como no se había visto desde la Independencia, entre los años 1870 y 1875 y más aún después de la guerra del Pacífico.

Las ciudades se hermosean, se higienizan, se construyen palacios. En los paseos, se ostentan troncos magníficos; en la Ópera, trajes y joyas suntuosas.

Con presteza, se imita de la vida europea, principalmente por la clase rica, habitaciones, mueblaje, vestidos, mesa, confort, todo lo fácil y externo; espiritualmente, quedó en las ciudades mediterráneas, aún en Santiago, un ambiente lugareño preocupado de las intrigas y murmuraciones sociales, de los enredos políticos, de las fiestas religiosas.

En las ideas, se imita sobre todo a Francia e Inglaterra; la primera da los modelos literarios; la segunda, los modelos políticos. En 1891, Balmaceda quiere imitar el régimen de gobierno de Estados Unidos, los revolucionarios, el parlamentarismo



inglés; después se copia la comuna autónoma de Suiza, la educación y el ejército de Alemania.

Esta precipitada evolución civilizadora producida por la imitación es superficial y a veces devorante, porque el afinemento adquirido, no pasa de la epidermis e impone obligaciones, placeres, esfuerzos que no pueden satisfacer quienes, a pesar de sus apariencias, son aún hereditariamente hombres más retrazados que la civilización que copian.

Los perfeccionamientos de las condiciones materiales de la existencia la complican; la civilización refinada multiplica los deleitosos deseos y las imprescindibles necesidades y en la muchedumbre, inhábil para adaptarse a ella, produce desorientación, inarmonía, contrariedad entre los rudos instintos primitivos y los elevados ideales que impone la cultura, lo que trae un sentimiento de fracaso, desesperanza, quiebra de la vida, lo que explicaría, en parte, el descontento, el pesimismo y la angustia de la hora presente.

Económicamente, como las satisfacciones de consumo se imitan con más facilidad que los correspondientes esfuerzos de producción, desde 1890 comienza a ser corriente el desequilibrio de los presupuestos privados y de la hacienda pública.

Moralmente, las novedades y el lujo provocan una exaltación que sacude y trastorna la antigua apatía y serenidad chilenas.

Influencia del dinero Para que la riqueza enaltezca espiritualmente a un país, es menester que esté preparado para recibirla con una intensa cultura, con sentimientos superiores y altruistas y con firmeza de carácter que conduzca a usar de la riqueza como un medio no como un fin.

A medida que aumentaban las necesidades y las exigencias de la vida, que nuestros hábitos se hacían más dispendiosos, el dinero que proporciona placer y comodidades comenzó a ser el más fuerte acicate de la voluntad e incita a nobles bríos a las almas fuertes, a desconcertantes actividades, traducidas en agio, peculados, sucio mercantilismo, a los espíritus débiles. Acreció así desmesuradamente la influencia social de la fortuna, pujante, opresiva, insolente, a la que se rinde hoy más respeto y consideración que al talento y la virtud.

La insólita riqueza bastardeó la sobriedad de la raza y todo cambia desde entonces.

**Relajacion
de las cos-
tumbres**

Las costumbres patriarcales desaparecen, quedan como un anacronismo, como una supervivencia del pasado en una que otra gran familia.

Los lazos tradicionales basados en la autoridad del jefe del Estado, del aristócrata, patrón, padre, marido, maestro, se laxan y de la añeja concepción jerárquica de la sociedad van desapareciendo el súbdito respetuoso, el roto o fámulo servil, el hijo reverente, la mujer sumisa, el discípulo dócil.

La sólida trabazón de los hogares se debilita, sobre todo en las grandes ciudades, por la influencia de la educación, las dificultades de la vida, la avidez de placeres y la igualdad de los derechos civiles de los dos sexos.

La codicia, el ansia de figuración, el lujo, la coquetería han venido a socavar en gran parte las virtudes de las madres modelos.

Según su categoría social, la mujer ha pasado de las ocupaciones domésticas, a las que consagraba toda su existencia, ya a la gran vida mundana de placer moderno en donde sus nervios en tensión se destrozan en la lucha por desollar socialmente, ya a las oficinas en donde la clase media vive llena de zozobras, absorbida por equilibrar los recursos con los gastos, ya a los talleres por los cuales la clase pobre abandona sus hijos y soporta pesadas labores.

En las relaciones entre el capital y el trabajo, ha desaparecido el amor cristiano en los patrones, la adhesión sumisa y la resignación en los obreros.

La antigua unidad religiosa se ha roto también. Desde mediados del siglo pasado, disminuye paulatinamente la autoridad que la iglesia católica ejercía antes sin disidencias y aumentan los libre-pensadores.

El pueblo que encuentra insuficiente la teoría de la vida aprendida en su niñez para satisfacer sus aspiraciones a la justicia y al bienestar, va perdiendo la fe religiosa y el respeto al superior civil.

Y esto no sólo acontece en Chile, es achaque de la civilización occidental.

**Mudanza
universal
de los
valores
ideales**

Se duda de la ciencia, decrece el arte, acrecientase el lujo, se disuelve la familia, se debilita la fe y la autoridad, se igualan los sexos, desaparece la estabilidad espiritual, se derrocha el dinero, impera la burocracia en los estados, no encuentran brazos las labores agrícolas vigorizadoras, superabundan para los trabajos fabriles en las urbes debilitantes con lo que se extiende la urbanización y crece desmesuradamente la influencia política y la importancia de las clases sociales más atrasadas.

Carecen ya de certeza paladín, incentivo, fuerza, los valores ideales que en el otro siglo encontraban atractivas resonancias en todas las almas, que agitaban y commovían las masas populares y eran copioso tema de oradores y poetas (1).

A la generación presente, que sólo anhela el bienestar material alcanzado con el menor esfuerzo, parecerá peregrino que el orden, las libertades públicas, la soberanía popular, la República, la democracia, principios que hoy se discuten con frialdad, hayan podido sacudir tan intensamente las multitudes y parecerá irrisorio que se haya dado hasta la vida por defenderlos.

Esta mudanza de los valores ideales y sociales, esta insumisión general, esta indisciplina universal tiende a la desgregación de la sociedad, sin encontrarse aún el ideal superior que pueda unir los espíritus, principal causa del desorientamiento actual.

La falta de ideales y de acatamiento al superior hacen más acerba la lucha de clases; la ausencia de aquéllos impulsa a gozar sin restricciones y tumultuariamente de la vida; la de éste trae consigo la indisciplina y la rebeldía.

Y hasta ahora, no se impone una fe religiosa, una filosofía, una aspiración elevada que absorban e impulsen la vida, que obliguen al pueblo a mirar más alto del ras de la tierra, ni se ve una autoridad moral que infunda respeto y se haga obedecer sin coacción; las instituciones tradicionales han perdido su prestigio, los viejos principios carecen ya de imperio, los nuevos aún no lo adquieren.

En el mundo civilizado, se siente la necesidad de modificar

(1) Ortega y Gasset.

la estructura económica y la filosofía práctica y dominante de la vida.

Es indispensable el imperio de ideas morales que guíen la conducta privada de los individuos, de ideas políticas cuya mayor aspiración sea el respeto al Gobierno y la ley, forma depurada del patriotismo, de ideas filosóficas que afirmen la fe en la razón humana. Es necesario el dominio de un sentimiento que ayude a elevar al hombre sobre la esfera egoísta de los intereses materiales y que lo impela a alcanzar una vida desinteresada y superior.

En Chile, el cambio mundial tomó formas bruscas, ha producido mayor trastorno en la conciencia colectiva, porque la civilización europea y el ansia de imitarla, la riqueza pública y privada y el progreso material que ella trajo, irrugaron aquí con mayor violencia.

Alteración social Como a estados sociales diferentes corresponde mentalidades diversas, el noble y alterista idealismo

social de ayer, se ha trocado como reflejo de esta prosperidad material, en el egoísmo antisocial de hoy, en la ambición casi única de adquirir rápidamente fortuna. Y cimentar sobre esta aspiración exclusivamente la dicha humana, es formar un concepto de la vida que incita al hombre a alcanzar un resultado egoísta, un disfrute de bienes materiales, la deleitación sensual y no a ejercer una actividad desinteresada guiado por un impulso creativo y elevado.

Y, aunque el culto de Mammon es tan antiguo como el uso de la moneda, ahora causa mayor daño, porque el industrialismo ha hecho más intenso y más ingrato el trabajo y la civilización, más corrosivo el placer.

Esta mutación del estado social que ha cambiado el criterio individual, reobra a su vez sobre la sociedad, pues los hombres más representativos de esta época esclavizada por el dinero, sin una alta comprensión de sus deberes públicos, sin más aspiración que la riqueza, confunden egoístamente sus intereses personales con el interés público y sacrifican a menudo éste a aquéllos. Así, hemos visto defender y hacer triunfar en el congreso, por políticos honestos en su vida privada, los intereses de los banqueros, agricultores, salitreros, rentistas que estaban muy distantes de concordar con las conveniencias del país.

El interés de los grupos, llámense partidos o clases, obra también con un egoísmo más perjudicial a la sociedad que el individual. Se olvida a menudo que la nación es más que un simple agregado de individuos en clases o en partidos; ella es un gran todo organizado con fines más elevados que los intereses de aquéllos, mediocres si se les compara con los del país.

De tanto repetir los políticos que la felicidad de la patria depende del triunfo de su bando, se produce en ellos una auto-sugestión que sacrifica sin escrúpulos el bienestar del país a las ventajas de sus parcialidades políticas, como sucede cuando estorban la acción útil y eficaz de un ministerio adverso y que no pueden reemplazar, combaten leyes necesarias por ser de iniciativa del adversario o reemplazan funcionarios adversos y aptos por partidarios ineptos.

Todavía, no siempre el talento, la preparación, la rectitud, habilitan para la dirección del país; generalmente por este desconcierto social, obtienen el poder los que a su ambición unen el dinero o la destreza para adular y engañar a las masas o la sutileza para combinar planes electorales.

Todo esto ha producido en Chile desconfianza en la acción de los partidos políticos y un descenso en la estimación y respeto de nuestros hombres públicos con mengua de su prestigio y autoridad.

Inmoralidad Los repetidos actos de inmoralidad política o administrativa han adormecido al mismo tiempo la opinión pública que es menos vigilante y no admira ya la virtud ni le irrita la maldad con el ardor del siglo pasado.

La apropiación de bienes fiscales, los desfalcos, peculados, prevaricatos, en la primera mitad del siglo XIX tenían la gravedad de un crimen; a fines del siglo, se consideraban todavía como deshonrosos delitos; en el presente, son faltas que por eufemismo se llaman ocupación indebida de terrenos baldíos, distracción de fondos, parcialidad de un funcionario.

Con su lujo y prodigalidad, mantienen prestigio, situación política y estimación social, el especulador sin conciencia que arruina infinitos hogares, el prestamista usurero, el terrateniente que esquilma a sus inquilinos, el abogado inescrupuloso, el gestor administrativo, el político o juez prevaricador, el salitrero que

con malas artes se apodera de pertenencias fiscales y el concesionario de tierras del Sur, que arrebata las suyas al indio inerme o al Fisco descuidado.

Y la riqueza así adquirida siquiera ayudara a sostener instituciones de cultura o beneficencia! Carecientes de orientación espiritual, la dadivosidad de estos enriquecidos se ostenta sólo en el cohecho electoral y en fiestas sociales.

Nuestra disolución social se manifiesta por una indulgencia excesiva para los delitos y por no sentir nadie la necesidad de luchar solidariamente contra el mal.

¿Por qué la sanción social no alcanza a la fortuna?, por qué esta lenidad? Porque las condiciones jurídicas y económicas de cada cultura, cada época, cada generación determinan sus ideas morales; cada una de ellas posee su propia concepción ética, que no es por tanto más que la suma o la condensación de hábitos, usos, prejuicios, intereses materiales reducidos a pocas fórmulas imperativas que con ellas empiezan y con ellas terminan y que logran imponerse por sobre los elevados principios de la filosofía y la religión.

El estilo de la moralidad se respira en el ambiente emotivo que nos rodea; no existe, pues, una moral universal y humana igual en todos los tiempos.

Y la moral generalizada entre nosotros corresponde a las costumbres adquiridas súbitamente por una riqueza inesperada que nos ha desorientado, y por la rápida y superficial imitación de una civilización deslumbrante, después de haber estado el país durante tres siglos aislado y sometido a la dura disciplina de un ambiente económico desfavorable.

Irreligio-sidad Nuestro pueblo, creyente y supersticioso, ha quedado solamente supersticioso por ignorancia y ausencia de sentido crítico.

Las clases ricas, especialmente las mujeres, que desde niñas han recibido educación religiosa, se limitan a observar escrupulosamente las fórmulas consagradas, a concurrir con asiduidad a los actos rituales de la Iglesia, a recitar sin fervor las oraciones corrientes.

Por hábito van a los templos, frecuentan los sacramentos y algunas, por conveniencia social, aparentan cristiana piedad.

Las impele a esta actitud la necesidad de conformarse con el

orden social establecido, la docilidad y respeto al sentir común, el temor de lo ignoto. El verdadero sentimiento religioso, que exige recogimiento, introspección, absorción de la mente en la altura, y el misticismo que impone la necesidad íntima de comunicarse con un poder suprasensible y que es fuente de energía, perseverancia y abnegación, como es imposible tenerlos en la dispersión intelectual y sentimental en que nos agitamos, sólo se encuentran ya en pocos creyentes selectos, generalmente apartados del bullicio mundano.

El formulismo religioso sin fe real y profunda bien se aviene con nuestra incesante distracción, con la actividad febril en que vivimos y mal con una severa moralidad.

Según esto ¿hemos adelantado moralmente o sólo es un progreso trunco nuestro acrecentamiento de bienestar, riqueza, población, cultura intelectual, alcanzados en menor escala aún que el de algunas naciones nacidas al mismo tiempo a la vida independiente?

Esta interrogación sobre el progreso moral alcanzado en los últimos años, no sólo se hace en Chile, se repite en todo el orbe civilizado.

La guerra de 1914 exacerbó el dolor universal que el refinamiento de la civilización había originado; ella produjo la exaltación del misticismo igualitario, el des prestigio del principio de autoridad, el trastorno de todo lo organizado, el debilitamiento de la religiosidad, del convencimiento filosófico, de la pasión por la ciencia, de la fe en el progreso de la humanidad que hasta ayer vivía para la cultura, el arte y la libertad, y esto acontece cuando más se necesita de gobiernos fuertes que los pueblos no toleran y de ideales y de aspiraciones elevadas que la gran masa de las poblaciones no tiene.

La sociedad amenaza desquiciarse por carecer de un principio de autoridad y no tener una disciplina intelectual.

Pesan sobre nuestros contemporáneos, suspensos entre dos abismos, el pasado que conocen y desdeñan, el porvenir que ignoran y anhelan, una brumosa melancolía y una enorme ansiedad.

Semejante inquietud debe haber gravitado sobre los espíritus en la época también de renovación del advenimiento y triunfo del cristianismo, cuando lentamente se hundía el Imperio Romano y su cultura.

No deja, pues, de tener algún fundamento el pesimismo del apóstol indio Mahatma Gandhi sobre la civilización contemporánea al llamar este momento histórico: «La hora negra», «La hora de las tinieblas».

Pero quizá profundizando este menoscabo moral, visible por la declinación de algunas virtudes individuales y decaimiento de otras sociales, deba confortarnos ver que otras nuevas se conservan latentes o se expanden infiltrándose en las multitudes, tales como el respeto al derecho, la prevención por la ociosidad, la repulsa al abuso de la fuerza, los sacrificios por la solidaridad social, pues todos ellos conducen al triunfo de la virtud máxima: la justicia.

Juventud En la juventud de la segunda mitad del siglo XIX, más reflexiva, liberal y reformadora, menos sana, fuerte y movediza que la anterior, va poco a poco, hasta llegar a estos años, aumentando su ahínco por defender sus derechos y disminuyendo su escrupulosidad para cumplir sus deberes.

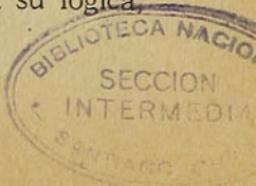
Acrece cada vez más su dedicación al *sport* y se vigoriza con el desarrollo de la educación física; espiritualmente se hace vanidosa y frívola.

Tal vez por el hartazgo intelectual de nuestra enseñanza, a las conversaciones que interesaban a los jóvenes del siglo pasado sobre temas sociológicos, políticos, literarios, se ha sustituido una charla pocas veces ingeniosa, siempre insustancial sobre mujeres, caballos y alza de acciones, lo que no corresponde a nuestra superior cultura.

Y cuando un mozo meditativo, de esos a quienes el medio no ha hecho olvidar los conocimientos adquiridos en serias lecturas, diserta sobre temas que se apartan de aquellos vaniloquios, un gesto de fastidio se nota pronto en el auditorio y se murmura la palabra aplastante *«lata»* aplicada a la disertación.

El arte exquisito de la conversación va perdiéndose.

Aun en los jóvenes estudiosos y pensadores, se ha relajado la disciplina; no tienen ya respeto por los maestros, por la tradición, por la grandeza moral de las generaciones anteriores; por carecer del sentido de las posibilidades, son levantiscos y desorbitados en sus pretensiones y desearían, sin más años, sin mayor estudio ni esfuerzo, tener ya fortuna y, conforme a su lógica, reformar y dirigir al país.



Con las niñas de familias pudientes, acontece otro tanto. A pesar de ser más instruidas que antes, sus únicas preocupaciones son el *tennis*, la coquetería, los bailes, las modas y de todo esto se parlotea en cortados y nerviosos diálogos, casi telefónicos, entre risas inoportunas y fingidas, con muchos aspavientos y usando exagerados adjetivos: *colosal*, *horrible*, *regio*, *encantador*. A las que admirán la naturaleza, gustan de la música, saborean la buena lectura, se las llama despectivamente *románticas*.

Con todo, la juventud no está en decadencia, --lo que sería considerar perdido el porvenir del país; sufre sólo del mal de apresuramiento y vértigo de la época. Signos inequívocos de renovadora y fecunda inquietud, anhelos de pergeñar obras de bien público, indignación por los dolores de los humildes, impaciencia por saberlo todo, mal comprendidas pero sanas altiveces, muestran en los jóvenes de fe y voluntad, por lo general de ideas exaltadas, que sustentan altísimos ideales, que en ellos está latente el vigor racial y que sólo se requiere tiempo para que alcancen la serenidad que da la continuada introspección o la mirada tenazmente avisora o la satisfactoria ejecución de actos plausibles.

Instrucción

La instrucción pública continuó progresando en la segunda mitad del siglo pasado, pero sin recibir otro impulso poderoso como el que le había dado don Manuel Montt, hasta la administración Balmaceda, que construyó escuelas-palacios en diversas ciudades y creó el Instituto Pedagógico. El número de escuelas públicas alcanzó en aquella época a 1,500 y el de alumnos a 80,000; en 1900, llegó a 1,553 escuelas con 114,410 alumnos; en 1924, a 3,427 escuelas con 449,697 alumnos.

En los liceos, establecidos en todas las capitales de provincia y en algunas de departamento, se reformaron los métodos de enseñanza, aplicándose el sistema de estudios concéntrico.

Después se han creado institutos comerciales en todas las grandes ciudades.

En 1924, en 167 establecimientos fiscales de instrucción secundaria y especial se educaban 55,760 alumnos y en 13 de instrucción superior, 4,688 alumnos. Hay 15 escuelas normales, 11 institutos comerciales, 29 escuelas profesionales, 4 escuelas de minería y 3 industriales.

Literatura La historia tuvo su edad de oro a mediados del pasado siglo. Brillaron los hermanos Gregorio y Miguel Luis Amunátegui por su prolíjidad y fácil don descriptivo; don Benjamín Vicuña Mackenna por su soltura, amabilidad y esplendente fantasía con la que llenaba a veces las lagunas históricas; don Diego Barros Arana, asimiladora mentalidad, rebuscador escrupuloso, por su vasto plan de trabajo; don Rafael Sotomayor Valdés por la pureza de su lenguaje, y don Crescente Errázuriz por su dicción castiza y sobriedad. Esta tradición la continúa don José Toribio Medina, investigador prolífico y concienzudo, cuya intensa labor aún no concluye.

La literatura nacional, relativamente pobre en libros de imaginación, árida, sólida, rara vez festiva, nunca pornográfica, comienza a tener vida propia, en 1864.

La poesía, simple reflejo de las letras peninsulares, rebuscada, artificiosa y fría, deja de serlo con los románticos Guillermo Blest Gana, José A. Sofía y Pablo Garriga.

Rubén Darío, que llegó a Chile en 1886, termina con el romanticismo falto de nervio y anuncia con los *claros clarines* de su bizarro y exquisito estilo el advenimiento de la nueva era lírica que comienza a imitar a los parnasianos y después a simbolistas y decadentes, a quienes siguen Francisco Contreiras y Borquez Solar.

Por el mismo tiempo aparece el extraño bohemio Pedro A. González, rimador altisonante y enfático, cuyos versos irisados de voces sugerentes y sonoras centellean; mas, continúa siendo eco de la poesía exótica, sin sabor ni color patrio. Son los nuevos portaliras más sinceros, más humanos, más originales, de sensibilidad más honda, los que han hecho poesía y novela verdaderamente nacionales.

Son ellos Pedro Prado, Eduardo Barrios, Baldomero Lillo, Carlos Pezoa V., Manuel Magallanes M., Diego Dublé, Julio Vicuña C., Víctor D. Silva, Luis F. Contardo, Ernesto Guzmán, Jorge González, Carlos R. Mondaca, Angel C. Cruchaga y la poetiza intensamente original, llena de unción maternal en sus ternuras, varonil en sus pasiones, alma criolla complicada de eslava, Gabriela Mistral.

Con excepción de Prado y otros que han hecho arte puro, orienta a los más la piedad por los humildes, las rebeldías so-

ciales, el amor patrio y la mayoría ha cantado o contado lo más característico de Chile, la naturaleza agreste, la vida del campesino, sus trillas y sus pendencias.

Es notorio el influjo francés en los primeros novadadores; mas, poco a poco han ido liberándose, cultivando la propia personalidad, el amor de la forma y la técnica del arte.

Esta evolución de la literatura es, pues, en parte imitada, en parte obra de la instrucción que ha ido extendiéndose de los hijos de los vascongados, reflexivos, sin inquietudes ni fantasías, que nos dieron historiadores y juristas, a los hijos del pueblo, más sensibles, soñadores e imaginativos, de donde han salido nuestros mejores artistas, como si aún bullera en su sangre andaluza heredada, el sortilegio, el hechizo de la tierra del sol y de la gracia.

Periodismo El periodismo avanzó también lentamente; ha ido desapareciendo el diario político o personalista, que sirve afectos, pasiones o enconos y que con títulos sensacionales, actitudes trágicas y frases altisonantes insulta, vocifera y miente. Se conserva aún este tipo de diario en la prensa extremista de provincia.

En 1860 no había sino dos diarios serios y estables: «El Ferrocarril» de Santiago y «El Mercurio» de Valparaíso. En 1889 había ya siete diarios en la capital; hoy existen 15 en Santiago, 101 en el país y 222 semanarios.

En la prensa de provincia, persisten aún los siguientes defectos: informaciones deficientes sustituídas por la fantasía inocente o la invención maliciosa, en las noticias locales; falta de conocimientos para opinar sobre toda clase de cuestiones, como lo intentan y hacen con oquedad y asaz ligereza, en los artículos de fondo; parcialidad para juzgar serenamente hechos y hombres, en la apreciación de los asuntos políticos.

Entre los periodistas menudos y sin vocación, por lo general estudiantes fracasados, es común la inmodestia y la misantropía por el desequilibrio entre su situación real y el papel superior que social y ocasionalmente desempeñan. A menudo sufren el mismo despertar doloroso después del ensueño de los actores mediocres que, después de recibir ataviados magníficamente la caricia embriagadora de la luz del escenario y de los aplausos del público, deben sentir la brusquedad de una caída al llegar

a sus hogares en donde quizá todo falta, hasta el respeto al gran hombre que ellos han encarnado en la escena y se imaginan que continúan siéndolo.

Se creen intelectos incomprendidos por el vulgo y por la sociedad que no reconoce y acata su imaginaria superioridad; pláceles por esto abatir a los poderosos, echar sombras sobre las reputaciones bien consolidadas, discutir los talentos reconocidos y hostigar a todo funcionario que no se inclina ante el cuarto poder del Estado que ellos creen representar.

Es característico, sobre todo, el desenfado de los reporteros que no respetan la reserva diplomática, ni el secreto profesional, ni la desgracia, ni el pudor.

Estas observaciones no alcanzan a los periodistas de los grandes diarios que ocupan con justicia sitial de honor en la sociedad.

La prensa depende cada vez menos de las clases ilustradas, lo que la hace esforzarse por complacer a las multitudes con desmedro de su independencia y rectitud.

Se ha restringido el número de diarios que gozan de influencia en el país y ha aumentado extraordinariamente la tirada de éstos. Exentos de los defectos que he señalado, ellos condensan y sensifican miles de opiniones individuales, borrosas, tímidas e inciertas y así auscultan y dirigen la opinión pública, en la cual se apoya principalmente el gobierno democrático.

Nuestra prensa sería honra hoy al país.

Salarios y costo de la vida Los salarios han ido aumentando al mismo tiempo que bajaba el valor adquisitivo de la moneda, por lo que el pueblo permanece en la estrechez y, como trabaja hoy menos y sigue acudiendo a la taberna, continúa llenando los hospitales y las cárceles.

A mediados del siglo pasado, el jornal fluctuaba alrededor de 40 centavos oro de 45 d. o sea tres pesos de hoy; considerando la baratura de la vida, era pues superior al jornal actual.

El primer aumento rápido de los salarios se produjo durante la administración Balmaceda por el vasto plan de obras públicas que desarrolló aquel mandatario; los peones que ganaban 40 centavos diarios abandonaron las haciendas para acudir a las faenas fiscales; el segundo, es el aumento de la hora presente.

En 1870 hubo un violento encarecimiento de la vida; el quintal de harina subió en pocos meses de \$ 2.70 a \$ 7.50.

Los precios corrientes en 1875 eran:

Harina \$ 7.00 los 46 kilos.

Trigo \$ 4.35 los 100 kilos.

Frejoles \$ 7.00 los 100 kilos.

Papas \$ 2.00 los 100 kilos.

En 1900, los precios fueron:

Harina \$ 7.60 los 46 kilos.

Trigo \$ 8.20 los 100 kilos.

Frejoles \$ 14.00 los 100 kilos.

Papas \$ 7.00 los 100 kilos.

Los precios subieron con la guerra europea y desde 1918 el alza de costo de la vida continúa incesantemente.

Los alimentos nacionales han recorrido una curva a partir de 100 en 1913, suben a 110 en 1918, a 164 en 1924, a 200 en 1925.

La causa de esta alza de precios está en el descenso del valor implícito del papel moneda; sin embargo, los precios de muchos artículos no han encarecido proporcionalmente a la desvalorización de la moneda, sino mucho más. Los frejoles que con el cambio a 46 d. se vendían a \$ 7.00 los 100 kls., con el cambio a 6.5 d. se han vendido hasta \$ 96. en 1925.

El alza de precios de 1913 a 1923 y 1925 de algunos artículos de primera necesidad es el siguiente:

	<i>En 1913</i>	<i>En 1923</i>	<i>En 1925</i>
Carne.....	\$ 1.41 Kg.	\$ 2.01 Kg.	\$ 3.02 Kg.
Harina	0.34 »	0.67 »	0.87 »
Trigo	0.27 »	0.48 »	0.64 »
Frejoles	0.36 »	0.67 »	0.95 »
Papas.....	25.00 saco	27.00 saco	39.00 saco
Arroz	0.71 Kg.	1.40 Kg.	1.65 Kg.
Azúcar	0.77 »	1.59 »	1.50 » (1)

Reduciendo los precios corrientes del costo de la vida en 1913 a la cifra ciento, resulta que en 1924 y 1925 los precios han alcanzado el siguiente aumento:

(1) Véase anexo c.

	En 1924	En 1925
Habitación (calculada por datos de Santiago)	402	304 (1)
Alumbrado y combustible.....	194	192
Alimentos nacionales.....	164	200
Alimentos importados	240	217
Bebidas	141	168
Vestuario y artículos de casa.....	238	235
Transporte	144	188
 TOTAL MEDIO	 217	 215

Los jornales de industrias de artes mecánicas desde 1913 a 1925 han subido un 133%; de otras industrias, en un 102%; el encarecimiento de la vida, en 215%.

El peón o trabajador a jornal no ha ganado hasta ahora lo suficiente para pagar un arrendamiento que equivalga al interés corriente del capital necesario para construir una habitación higiénica.

Una casita modesta vale más o menos \$ 10,000. Al interés de 10% anual debe producir \$ 83.33 mensuales. ¿Cómo puede un gañán que gana \$ 156 mensuales, a razón de \$ 6.00 diarios, pagar más de la mitad de su jornal en habitación? Paga por esto \$ 30. por un cuarto de conventillo estrecho y mal ventilado.

La mala habitación arrastra al obrero a la taberna. Como la mariposa busca la luz, así lo atrae la sala resplandeciente, cálida, bulliciosa, que es el antípoda de su hogar sin luz, ni lumbre, ni carcajadas. Olvida allí su presente misérírrimo y su porvenir incierto; su fisonomía se ilumina con el sortilegio de esa atmósfera de alegre beodez.

Con los salarios actuales, el peón con familia para vivir con relativa holgura y tener habitaciones higiénicas necesitaría hacer doble labor de la que hace. Y caería también en el seductor abismo de la taberna; el trabajo enervante impele al obrero a buscar en el alcohol el restablecimiento ilusorio de sus fuerzas agotadas.

(1) Es inferior el número índice del año 1925 al del año 1924 por el decreto ley N.º 261 que redujo en 50% la renta de las habitaciones insalubres.

**Jornales
en las
salitreras**

Se exageran los jornales que han recibido y los derroches que han hecho los operarios de las salitreras. En realidad, han ganado bastante los artesanos y las pampinos hércoles y los obreros marítimos que ejecutaron labores superiores a las normales.

En diversos días del mes de Febrero de 1925, los cargadores de salitre del puerto de Antofagasta ganaron hasta \$ 66 diarios, movilizando 800 sacos de salitre al día. El jornal medio recibido en ese mes alcanzó a \$ 246. por semana.

En 1919, el salario medio pagado por la industria salitrera fué de \$ 6.83, jornal que en aquella época era rebajado por recibir en pago fichas que se canjeaban sin descuento sólo en la pulpería, porque en éstas, aunque no en todas las oficinas, se menoscababa el peso y medida de los artículos y porque tenían que comprar la libreta de trabajo y contribuir al pago de médico y sostenimiento de banda de músicos y filarmónicas.

La comisión parlamentaria que recorrió el norte en ese año comprobó que los operarios gastaban en su alimentación entre 80 y 90% y a veces 100% de sus salarios. Ganaban, pues, sólo para comer y con un trabajo duro, en un desierto en que se carece de todos los agrados de la vida.

Y esto sucedía en oficinas piadosas.

Como el trabajo escaseaba en aquél año a causa de la paralización de muchas faenas, hubo algunas oficinas en Aguas Blancas que contrataron obreros para hacerlos trabajar en calicherías hondas, en donde, sin aumentarles el precio del caliche extraído, gastaban dos o tres veces más esfuerzo o tiempo para sacar igual cantidad de caliche que en pampas comunes donde este se encuentra en capas más superficiales.

Pude constatar en las libretas de 30 trabajadores de la Oficina Avanzada, que se había dado a estos un diario de \$ 4.50 durante meses, que no tenían saldo a su favor y aun estaban debiendo a la oficina, lo que acreditaba que el jornal medio era inferior a \$ 4.50. En 1925, los peones ganaban entre 6 y 12 pesos diarios; los artesanos entre 9 y 34 pesos (1).

La lucha por el dinero, por los placeres materiales, no atenuada por otra aspiración superior, es hoy más sin piedad que en el siglo pasado; los deseos aumentan por el refinamiento

(1) Véase anexo 6.

psíquico y la ostentación del lujo; los egoísmos son cada vez más brutales.

En una hacienda de Colchagua, perteneciente a un millonario, pude constatar hace veinte años que el 20% de los niños sufrían de raquitismo. La leche se vendía a cinco centavos el litro y no se daba una gota a las madres que ordeñaban las vacas. Hoy la situación del inquilino en las haciendas del centro del país ha mejorado notablemente.

La codicia condujo a la pampa salitrera, que fué hasta ayer matadero humano, varias generaciones de jóvenes sanos y robustos.

Crisis salitrera El año 1919 presencié cómo se arrojó a todos los obreros y sus familias de algunas oficinas que se ordenaba paralizar. Se pedía primero carabineros y dos días antes del desalojamiento se avisaba a los obreros que eran despedidos sin indemnización ni pasajes para regresar a los lugares donde habían sido contratado.

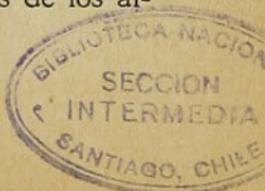
En una ocasión, quedaron vagando por la pampa doscientos hombres con sus familias por faltarles dinero para pagar los pasajes del ferrocarril. Se envió un tren a buscarlos a costa del Estado.

En ese año, llegaron a Antofagasta miles de hombres y mujeres y niños famélicos que tuvieron que pernoctar a la interperie y comer de cocinas públicas, hasta que el Gobierno los envió a las provincias centrales.

Humedecíanse los ojos al ver ese rebaño que se revolvía aturrido sobre la cubierta de las naves sin tener a veces espacio suficiente para recostarse.

Conservo en la retina una pincelada de ese éxodo doliente. Entre los desocupados que se embarcaban iba un viejo, tal vez abuelo, con una chica anémica, astrosa y descalza que estrechaba en sus manecitas enflaquecidas un atadillo de harapos y una vieja escoba, último resto del hogar deshecho.

La paralización de oficinas salitreras, en 1919, además de la intranquilidad social que produjo, acrecentó en las provincias del Norte la prostitución, los delitos contra la propiedad y la mortalidad infantil. Quien repartía leche a los niños de los al-



bergados me contó que éstos disminuyeron casi en un tercio en cinco meses.

¡Y la gente acomodada y satisfecha del centro del país se extrañó sobremanera que esas masas llegaran desmoralizadas, rebeldes, enloquecidas e inútiles para el trabajo!

En 1921, llegaron de las salitreras al centro del país, a causa del *ch-image*, 46,565 personas; se gastaron \$ 3.500,000 en las hospederías y quedaron abandonados por sus maridos y padres 4,000 mujeres y niños. Muy distinta ha sido la actitud de la Asociación salitrera en la crisis de 1925; en el año salitrero 1925-1926, se gastaron \$ 957,030 en pasajes, hospederías y auxilios en dinero a los desocupados.

El salario del obrero común no alcanza todavía para sostener la carga de una familia, procurarse relativo bienestar y preverse contra todo riesgo. El jornal de los obreros agrícolas es más bajo aún; el de trabajadores a domicilio, especialmente costureras de obra ordinaria y gañanes, es miserable.

El artesano competente y activo gana sobradamente para vivir. El inmenso desarrollo industrial le permite disfrutar de artefactos que antes eran sólo patrimonio de los ricos, de objetos que eran de lujo y hoy son de absoluta necesidad.

Nuestro obrero de las ciudades no anda ya descalzo; ha mejorado en su vestido, posee muebles, utensilios de loza y fierro; mas sus habitaciones son siempre sórdidas y su alimentación es inferior en calidad y abundancia a la que antes recibía.

El labriego, ya inquilino, mediero o peón, le va en zaga.

El artesano suele ir al biógrafo con su familia, a los parques públicos los días festivos, a las fiestas de la sociedad gremial a que pertenece. Aunque la taberna siempre lo atrae, ha refinado sus gustos. El destripaterrones continúa intonso y su única distracción la encuentra en el alcohol que se expende en la pulperia del hacendado.

A pesar del mejoramiento material obtenido por el obrero, su malestar ha acrecido, porque la distancia que media entre ricos y pobres es hoy mayor que nunca. Aquellos tienen en el día palacios, muebles, vajillas, tapices, cristales de que antes no disfrutaban los reyes.

Muchas agitaciones sociales las engendra la dificultad de fijar el límite que separa el derroche del consumo legítimo.

**Asocia-
ción obrer-
ra**

Los proletarios se han contado y su número ha despertado en ellos el sentimiento de su fuerza y una conciencia de clase.

El proletariado comenzó por unirse en sociedades filarmónicas o de socorros mutuos que fundaron pequeñas bibliotecas y escuelas nocturnas. La primera institución obrera se organizó en Santiago en 1853, con el nombre de Sociedad Tipográfica.

Las turbulencias obreras de la segunda mitad del siglo XIX fueron impulsadas por los partidos políticos que los utilizaban en sus luchas: en oposición al gobierno Montt, agita el partido liberal a la Sociedad «La Igualdad»; en contra de Santa María, alborotan los conservadores a los obreros católicos.

Por primera vez, aparece un movimiento exclusivamente obrero, durante la administración Balmaceda, en los disturbios producidos en Santiago por el alza de tarifas de los carros urbanos. Sin embargo, todavía no estaba planteada con franqueza la lucha de clases. Ella estalló en forma sangrienta en 1903. La gente de mar de Valparaíso declarada en huelga, en su exacerbación, incendió el edificio de las empresas navieras y la tropa hizo fuego sobre los huelguistas.

Desde principio de este siglo, se reunen congresos obreros que tienen por principal objeto ejercer acción social.

Se han constituido dos grandes organizaciones obreras extendidas en todo el país que tienen como programa común de acción obtener el cambio del actual régimen burgués: la Asociación de los Trabajadores industriales del mundo y la Federación Obrera de Chile.

Asimismo se han constituido dos vastas organizaciones de la clase media cuyo fin primordial es el mejoramiento social y económico de sus miembros: la Unión, Uech de Empleados de Chile, y la Asociación General de Profesores de Chile.

En todos ellos, no se atiende al domicilio, oficio, empleo, creencias religiosas de sus miembros.

Existen, además, otras asociaciones locales, religiosas, que comprenden un solo gremio de trabajadores o con fines educativos o de esparcimiento, como la de ferroviarios, metalúrgicos, marítimos, de *sport*, ateneos y centros católicos que persiguen el triunfo de la democracia cristiana.

En 1925, existían más o menos 600 sociedades obreras con un número aproximativo de 90,000 afiliados.

La Asociación de los Trabajadores Industriales del Mundo, I. W. W. es de tendencias comunistas, como lo es, desde la Convención de Rancagua de 1921, en donde acordó adherirse a la Internacional de Moscou, la Federación Obrera de Chile.

Esta última Asociación, formada por consejos federales establecidos en todas las grandes ciudades y en los centros salitreros y mineros, ha estimulado la resistencia de los gremios organizados al capital; ha presionado con eficacia al Gobierno, que hasta ayer mantuvo la desorganización del trabajo por falta de leyes que arreglaran sus relaciones con el capital y que suprimieran la inseguridad en los casos de forzada desocupación o enfermedad del obrero, y ha sabido hacerse oír por la opinión pública, exhibiendo la misérrima vida que llevaban los trabajadores de la pampa salitrera, minas de carbón y faenas agrícolas.

Además del poder creciente de las organizaciones obreras, han contribuido a mejorar la condición de los trabajadores, los píos, idealistas o políticos, generalmente avanzados, que obran por espíritu de beneficencia, solidaridad o proselitismo y los poderes públicos de tendencias reformistas.

Cambio de mentalidad del obrero

De la clase proletaria, no necesitó la oligarquía ni sus jefes, los presidentes de la República, que designaron a su antojo hasta 1891 a la mayoría del Congreso.

Obtenida la libertad electoral, fueron los partidos históricos quienes, para vencer en sus rivalidades, adularon y abrieron los ojos del proletariado, revelándole la fuerza política desconocida que les daba el sufragio universal. Y aunque, dominado primero por los fraudes electorales, vencido en la actualidad por el cohecho, la difusión de la enseñanza cívica aumenta cada día su influencia, la que llegará a ser decisiva en tiempo no lejano.

El poder electoral de que dispone, el acrecentamiento de la instrucción, el ejemplo de otros países, las peroratas de los *meneurs*, lo compacto de las masas en las grandes industrias en donde la pobreza contemplada en conjunto aparece más amarga e intolerable, han hecho cambiar en pocos años la mentalidad de la clase obrera, han trocado bruscamente su desesperanza

en mejorar de condición, su abulia, su adormecimiento en brazos del infortunio, la vida maquinaria, embotada a que lo había conducido su depresión y miseria, en un cegador deslumbramiento de ideales, en firme anhelo de abolir las barreras que la separan de las clases dirigentes, en propósito obstinado de obtener igualdad social y despertar al goce de los placeres materiales con que sueña su fogosa imaginación de niño.

Consciente de su derecho y de su fuerza, que a veces la prédica emponzoñada de los agitadores exagera y perturba, perdido el respeto que tenía por las clases altas y por la autoridad, no obstante haber ganado en consideración social, acrecido su influencia política, mejorado sus jornales, como aumenta siempre la distancia que lo separa del rico, cuya arrogancia odia y aparenta dicha envidia, el proletariado emprende violenta pugna contra la clase capitalista, en la que incluye a veces, a la clase media con la denominación común de burgueses, para destruir los privilegios de ambas y alcanzar el poder a que aspira.

Estas luchas económicas de clases, que han hecho vivir a éstas en una desconfianza recíproca sin comprenderse ni ligarse por intereses comunes, son impulsadas por los espíritus más altos entre los asalariados a quienes no se puede reprochar que sientan la falta de equidad en la distribución actual de la riqueza; si bien se mira, mayor responsabilidad cabe en el mantenimiento y exaltación de estas luchas sobre los que se opusieron en el momento propicio a las mudanzas sociales razonables, sobre los que por desidia o egoísmo no oyeron oportunamente las quejas justas, tornadas hoy en reivindicaciones peligrosas por la ignorancia en que se ha mantenido al proletariado.

Los agitadores

Los agitadores,—que las más de las veces por dogmatismo o por mantener su prestigio ante las masas trastornan el trabajo sin razón ni utilidad o perturban el criterio de los obreros al prometerles la abundancia como resultado de una perfecta igualdad social, a sabiendas que ésta sólo se obtiene en la igualdad de la miseria,—en algunas ocasiones son tan necesarios a la evolución social como son los retrógrados para evitar el despeñadero a que conducen las reformas atropelladas: desempeñan aquéllos la misión del huracán que sacude y purifica las aguas estancadas, evitando su putrefacción.

El temor a la violencia que preconizan los agitadores, las huelgas que provocaron, han cambiado la mentalidad de los capitalistas mucho más que la comprensión de la función social que toca desempeñar al capital, y en la pampa salitrera, apresuraron el mejoramiento de las habitaciones, la supresión de las fichas, la libertad de comercio, el pago de deshaucio en los casos de paro forzado y la organización del departamento del bienestar, antes y con mayor eficacia que la acción tardía del Gobierno, que en esta transformación necesaria, se limitó hasta el año 1920 a cambiar su antigua actitud parcial a favor del capital en los conflictos con el trabajo por la de neutralidad que después adoptó.

La agitación organizada de la clase proletaria comenzó en la pampa salitrera y minas carboníferas, en donde la explotación del obrero era más cruda, en las ciudades de Santiago, Valparaíso, Iquique, Antofagasta, Punta Arenas, en donde hay masas numerosas de obreros que permiten extenderse la propaganda y prender el contagio. En los campos, la organización ha sido más tarda y difícil; aun no cunde el espíritu levantisco y de rebeldía; continúa el respeto y la sumisión que, si no dan bienestar material, proporcionan a lo menos una tranquilidad resignada, verdadero narcótico de la vida.

Huelgas

La mayor cultura ha aumentado las exigencias y las necesidades de los proletarios que, incitados por las sociedades de resistencia y por los partidos que persiguen la revolución social, ha hecho multiplicarse las agitaciones obreras de carácter económico y político.

Las huelgas, que tan gravísimos trastornos económicos y tan enormes perjuicios producen, comenzaron en 1887 y han continuado en progresivo aumento. Disminuyeron en los años 1914, 1921 y 1922 en que hubo crisis salitreras con paro de oficinas y miles de desocupados.

Entre 1911 y 1920, excepción hecha del año 1915, hubo 293 huelgas en que tomaron parte 155,526 huelguistas, de las cuales, 128 tuvieron por causa peticiones de aumento de salarios, 53 fueron por solaridad con otros gremios y 93 por conflictos en el régimen interno de los establecimientos en que trabajaban. De estas huelgas, se sabe que 95 fracasaron por completo, 93 tuvieron éxito parcial y 51 éxito total.

Cuadro estadístico de huelgas

Años	Huelgas	Huelguistas
1920	105	50.439
1921	24	6.703
1922	19	5.296
1923	42	12.299
1924	86	34.353
1925	113	51.198

El año 1923, las pérdidas en salario que dejaron de percibir los huelguistas sumaron más de siete millones de pesos; las de la economía nacional fueron muy superiores.

La huelga marítima de Iquique en ese año costó al Estado por derechos de exportación de salitre que dejó de percibir más de seis millones.

En el año 1924, de las 86 huelgas que hubo, 57 fueron por aumento de jornales, 17 por solidaridad, 45 por dificultades de régimen interno; 24 tuvieron éxito, 38 se transigieron y 21 fracasaron.

En el año 1925, se declararon 113 huelgas, de las cuales 80 fueron por medras de salarios, 3 por compañerismo, 57 por cuestiones de reglamentación interior, y de ellas, 13 obtuvieron un feliz resultado para los huelguistas, 70 se transigieron y 31 se frustraron (1).

Si las huelgas, causadas muchas veces por ignorar los huelguistas las leyes económicas que rigen las industrias, por odio irracional al capital, por malhadadas incitaciones políticas, son síntomas de malestar social, también son indicios de vigor e independencia del trabajo; las primeras que se producen indican a veces el término de un régimen de servilismo o de marasmo económico.

Dignidad del obrero Con el robustecimiento del espíritu de organización y disciplina de los obreros, con la adquisición de la conciencia de clase y el concepto sano de democracia imbuido en los más emancipados, ha progresado

(1) Véanse anexo J y G.

inmensamente la dignidad y solidaridad de la clase obrera y el gobierno tiene por ella consideraciones que antes no le guardaba.

Hoy no se repetiría sin una revuelta el odioso espectáculo que ocurrió en el Club Hípico en las fiestas del Centenario. Se es- pantaron los soberbios troncos de los carroajes y en la vertiginosa carrera de los coches que se produjo, el lujoso de un se- nador se hizo pedazos. Este, en presencia de diez mil espectado- res, vapuleó inhumanamente al cochero con su propia fusta, has- ta dejarlo sangrando, sin recibir otra protesta que algunas re- chiflas.

Entonces era corriente que los administradores de salitreras o fundos y capataces que tenían buenos puños, los usaran para castigar a los obreros.

Tampoco acontecería ahora lo que voy a relatar.

Corría el año 1919. Gobernaba el Sr. Sanfuentes y era Ministro del Interior uno de los grandes duques que dirigían antes el país, caballero de voz campanuda, sangre azul, corta vista y finos modales.

Había una huelga general en el departamento de Antofagasta, escasos carabineros y policía mal armada. El ferrocarril a la pampa estaba interrumpido desde hacía un mes; comenzaba el hambre en las oficinas.

El Intendente recibió dos hombres que traían una nota pri- vada del Ministro en la cual le recomendaba cooperar en el cumplimiento de la reservada misión que llevaban. Interroga- dos sobre el objeto de su encargo, dijeron con tranquilidad y pasmosa frescura: «Somos carabineros disfrazados; mi coronel « nos manda para deshacernos del caudillo socialista y de los « cabecillas de la huelga».

El Intendente, que ignoraba este medio persuasivo y discreto de terminar huelgas, los hizo regresar a Santiago, pidió permiso y renunció su cargo.

El Ministro afirmó después al Intendente desconocer la mi- sión que estos carabineros llevaban. Sea cual fuere la verdad, hoy no habría jefe de carabineros ni ministro por cuya mente pasara, como un mal sueño, la idea de adoptar este arbitrio.

Sobremanera se interesa en los conflictos del capital y el tra- bajo la opinión pública, antes indiferente y los asalariados se esfuerzan por atraerla a su causa.

La prensa, las universidades, los pensadores, las asambleas

políticas se preocupan intensamente de las cuestiones sociales, las que en lo sucesivo predominarán sobre todas las otras.

En poco tiempo, ha pasado a ser la canalla núcleo de la Nación.

Con todo eso, enorme distancia separa todavía la clase dirigente que se ocupa de labores intelectuales, que es más blanca por tener más sangre española que indígena, que es ilustrada y rica o tiene facilidad de adquirir dinero y la clase dirigida o proletaria que se ocupa de trabajos manuales, que en su mestizaje tiene más sangre indígena que española, que es ignorante y pobre y su escaso salario y falta de aptitudes le vedan adquirir fortuna.

Favorece la evolución a un posible acercamiento y nivelación de la clase rica y los proletarios, naturalmente muy circunscritos, el sufragio universal, el aumento de los salarios, la instrucción del proletariado y la vitalidad cada vez más difundida, vigorosa y estable de la clase media que antes propiamente no existía, pues en ella figuraba sólo gente de tránsito que pugnaba por llegar a la clase alta. Los pequeños capitalistas e industriales, los directores de empresas de poca importancia, los profesionales, los empleados públicos y particulares, componen la clase media que representa genuinamente la inteligencia y la técnica profesional puestas al servicio del capital.

Protegida por el monopolio del capital y la educación, la clase alta gobernó la República por medio del parlamento cuyas elecciones se verificaban bajo la dirección espiritual de su clase, de la burocracia y la prensa, sumisas a ella; con el poder efectivo en sus manos, política y económicamente creó un derecho que la favorecía y encontraba muy natural gozar de los privilegios que la separaban de la clase inferior. Anatole France se ha burlado de este derecho igualitario creado por la clase capitalista en nombre de la generalidad, al recordar la ley común que prohíbe a ricos y pobres robar pan y mendigar.

La ilusoria creencia de haber hecho la clase rica lo bastante en favor del pueblo se ha desvanecido con la lucha emprendida contra el capital, el descontento y la activa voluntad de vencer del proletariado y con el apoyo que en sus exigencias de mejoras le ha prestado la clase media que soportó así mismo los privilegios de la clase alta.

Todo esto ha modificado la mentalidad del capitalista que hasta ayer representaba el individualismo económico extremo y

que hoy, con raras excepciones, procura el mejoramiento de los obreros.

Mejoramiento del asalariado por el patrón

Tras de esa benvolencia, de esa generosidad, la suspicacia obrera cree vislumbrar la sugerión subconsciente del interés, sobre todo el de conservar el poder político y el régimen económico actual; mas, ¿qué importaría esto a los mismos obreros si fuera verdad, si con ello se obtiene un gran bien y la paz social?

El patrón que desee cumplir con sus deberes para con los obreros debe darles un salario justo, vigilar cuidadosamente la higiene y seguridad de los talleres, reconocer sin reservas ni desconfianza el sindicato obrero, cumplir las cláusulas del contrato de trabajo celebrado con el operario o sindicato con espíritu de conciliación y lealtad y pagar sin juicios ni regateos las indemnizaciones por accidentes del trabajo.

Con mayor o menor ahínco, las compañías industriales se preocupan en mejorar la condición de sus trabajadores.

La Asociación de Productores de Salitre, desde fines de 1921, ha establecido con este objeto el departamento del Bienestar, a imitación de las empresas mineras de Chuquicamata y el Teniente y en tres años, de 1921 a 1924, ha invertido \$ 41.145,912 y \$ 16.155.306 en el año 1925-1926 (1). Ha comenzado por las viviendas, construyendo habitaciones cómodas e higiénicas y transformando los campamentos antiguos. Van ya edificadas diez mil habitaciones de material sólido y se mejoran rápidamente los servicios médicos y sanitarios de la pampa. Actualmente hay 38 médicos, 82 practicantes y 55 matronas, existen trece hospitales, doce maternidades y veintinueve pabellones para baños públicos. Se seguirá con la construcción de teatros, escuelas y bibliotecas. Por esto, la agitación social obrera de la pampa es hoy más cuestión política que social económica.

Las Compañías Chilenas tomaron la iniciativa en estas obras de mejoramiento social. Así la Compañía Salitrera «El Loa» ha invertido \$ 3.500,000 en obras de bienestar como mudanzas en los campamentos y enfermerías.

(1) Véase anexo H.

Han imitado esta enérgica labor social la Compañía Minera e Industrial de Chile, Carboníferas de Schwager, Curanilahue y Lirquén.

**Legisla-
ción social** La legislación interviene en la producción y a favor de los asalariados con fines de seguridad e higiene.

El Gobierno ha legislado en cuanto a las habitaciones obreras (1) la primera ley social dictada; en lo tocante a sillas y descanso de los empleados de comercio (2); acerca de los accidentes de trabajo (3); con respecto al servicio de cunas en las fábricas (4); en orden al descanso dominical (5) y sobre caja de retiro y prevención social de los Ferrocarriles del Estado (6).

Hasta entonces el rasgo distintivo de todas las leyes fué el individualismo clásico que dominó en el derecho común del siglo pasado.

La ley acerca de los accidentes de trabajo señaló el paso más trascendental del antiguo derecho al nuevo al aceptar, aunque con limitaciones que casi lo anulaban, el principio del riesgo profesional; las demás leyes se basaron en una intervención moderada del Estado, en que se conservaba aún demasiado respeto a los derechos e intereses individuales, olvidando que es primacial a ellos el interés general.

En 1920 se creó la Caja de Crédito Popular.

Las leyes aprobadas con apremio por el Congreso en 1924, antes de ser disuelto por la Junta de Gobierno, tuvieron por origen el Código de Trabajo elevado al Congreso por el Presidente Alessandri en 1921, y el proyecto de Legislación General del Trabajo presentado por los senadores conservadores. Ellas marcan el nuevo jalón de partida de nuestras leyes sociales; se caracterizan por la adopción de avanzadas y modernas doctrinas de política social. Su aplicación va a ser una pesada y repentina carga para las industrias, que no se sabe si sus fuerzas económicas pueden soportar; a la sola industria salitrera le costará más de \$ 50.000,000 por año.

(1) Ley N.º 1838 de 1906.

(2) Ley N.º 2951 del año 1915.

(3) Ley N.º 3170 del año 1916.

(4) Ley N.º 3186 del año 1917.

(5) Ley N.º 3321 del año 1917.

(6) Ley N.º 3271 del año 1918.

En el contrato del trabajo, (1) se fija la jornada de labor de ocho horas, se establece la abolición del trabajo infantil, la limitación y protección del trabajo de mujeres y niños, se crea la inspección del trabajo, se reglamentan los contratos colectivos y se concede a la mujer derecho sobre el salario de su marido declarado alcohólico.

En cuanto a los seguros sociales, (2) se admite el principio más avanzado de intervención del Estado: el seguro obligatorio de todo obrero contra accidentes, enfermedades e invalidez, contribuyendo a formar la Caja de Seguros el obrero con dos por ciento de su sueldo o salario, con tres por ciento el patrón y uno por ciento el Estado.

Respecto de la indemnización por accidentes del trabajo (3), se establece la doctrina integral del riesgo profesional, adoptada en parte por la ley del año 1916; se suprime en ella la culpa grave como causa de eximición de responsabilidad del patrono, se equiparan las enfermedades profesionales al accidente, se amplía el número de personas beneficiadas y se da mayor extensión al concepto de patrono. Con respecto a los tribunales de conciliación y arbitraje (4), se crean las juntas permanentes de conciliación.

Sobre organización sindical (5), se establecen los Sindicatos industriales y profesionales; para los primeros, se ha adoptado la participación en los beneficios de la industria y para los segundos, un principio constructor de la emancipación del obrero que puede alcanzarla mediante escuelas y cooperativas de producción y consumo.

También se ha legislado respecto de las Sociedades Cooperativas (6) que es la tendencia fundamental de las nuevas doctrinas sociales.

Para los empleados particulares, se dictó una ley (7) reformada por varios decretos-leyes (8) que establecen el reconocimiento legal del derecho de libre asociación, la obligación del

(1) Ley N.º 4053 del año 1924.

(2) Ley N.º 4054 del año 1924 y Decreto ley N.º 698 de 1925.

(3) Ley N.º 4055 del año 1924 y Decreto Ley N.º 379 de 1925.

(4) Ley N.º 4056 del año 1924.

(5) Ley N.º 4057 del año 1924.

(6) Ley N.º 4058 del año 1924.

(7) Ley N.º 4059 del año 1924.

(8) Decretos Leyes Nos. 188, 356, 625 y 720 de 1925.

patrón de formar un fondo de previsión y ahorro para cada empleado y la gratificación y feriado anuales obligatorios.

Escaso aprovechamiento de las reformas

El obrero no ha aprovechado hasta ahora todas las ventajas del mejoramiento obtenido ni ha sabido apreciar los esfuerzos hechos en su favor por capitalistas y legisladores. En vez de manifestarse satisfecho y propender a que la industria medre y el gobierno se estabilice para continuar más fácilmente su ascensión dentro de un estado de prosperidad, los perturba con amenazas, agitaciones y huelgas.

Por una razón psicológica, recibe arisco las mejoras hechas graciosamente por el patrón en su favor; aunque hayan sido efectuadas con discreción, lastiman su orgullo de sentirse independiente, las juzga como tutela y esta idea lo desazona y lo hace suspicaz.

Por último, se han dictado decretos-leyes en lo tocante al trabajo nocturno de panaderías (1), defensa de la raza (2), fomentos de habitaciones baratas (3), protección a la maternidad obrera (4) y alquileres (5). Este último, que creó los tribunales de vivienda, inconsulto y antieconómico, encendió la guerra social entre arrendadores e inquilinos por el amparo que el decreto prestó a la resistencia de éstos al derecho de los propietarios.

Como se ve, nuestra legislación social está en relación con la evolución rápida del último quinquenio; tal vez se ha adelantado a ella; es un instrumento ligero y delicado que debe estar en manos hábiles; así favorecerá la armonía social y el movimiento de concentración colectiva sin violentarlo.

En el cerebro de los analfabetos se han arraigado instintivamente y espontáneamente dos ideas nihilistas: el patrón es el enemigo; las leyes se han hecho para los ricos. La mente de los leídos se halla saturada de libresca demagogía y la ambición de surgir y mandar inspiran todos sus actos.

Sin otra aspiración que aumentar su jornal y disminuir sus

(1) Decreto Ley N.º 24 de 1924 y N.º 272 de 1925.

(2) Decreto Ley N.º 355 de 1925.

(3) Decreto Ley N.º 308 de 1925.

(4) Decreto Ley N.º 442 de 1925.

(5) Decreto Ley N.º 261 de 1925.

horas de labor, el obrero trabaja menos, se embriaga, derrocha y vive como antes, miserable, desarraigado y sin hogar.

Es débil en él todavía el sentimiento de responsabilidad; tal vez cuando éste se robustezca, buscará la armonía de su propia conveniencia con la de la industria en que trabaja, la de la producción y la del Estado.

Evolución democrá- tica

En el siglo pasado gobernó la oligarquía: en sus postrimerías y a principio del presente, se mezcló con ella la fortuna y dominó la plutocracia, cuyo ideal único era conservar el poder y enriquecerse. Ella sojuzgó al Congreso obteniendo sus asientos por medio del cohecho electoral y dictando leyes que aseguraban su influencia política, como la que constituía el poder electoral con la célula genésica de la Junta de Mayores Contribuyentes.

Mientras la oligarquía adinerada se enseñoreaba en el Gobierno, la clase media que había adquirido cultura y bienestar material, que ha dado a Chile el mayor número de intelectuales y artistas, que desde las cátedras de todos los colegios ha fijado rumbos a la juventud, formó la opinión pública y ha ido poco a poco reemplazando políticamente por una poliarquía a la estrecha clase que antes dirigía el país.

Por fin, conducido de la mano por el sufragio universal, el proletariado aparece en la escena impaciente ya de mando, a pesar de su ineptitud e inexperiencia, avasallador y atrevido por la fuerza del número.

En el último lustro, por la acción consciente de la clase media, por las agitaciones del proletariado, se ha producido una intensa evolución democrática que ha marchado algo desorientada a causa de la incoherencia en los fines que se pretenden obtener, de la nociva dictadura del Congreso, de la falta de integridad o preparación de algunos corifeos del movimiento.

La democracia que gobierna al mundo se cimenta en dos principios teóricos y una ficción legal. La posesión de sufragio político crea la voluntad de utilizarlo, la sapiencia que se supone en el elector crea la capacidad de hacer buen uso de su voto, estos son los principios; la ficción consiste en aceptar como inconsciente que la mitad más uno de los que ejercen los derechos electorales, además de la fuerza, tienen la razón y el derecho y les corresponde por consiguiente el poder. Por esto, la mayoría

hace la ley, no obstante que en las minorías ilustradas se refugia a veces la razón y que muy a menudo los votos que caen en las urnas electorales no expresan la voluntad individual de cada elector sino la de un grupo de *meneurs* políticos que imponen sus candidatos dentro de las asambleas.

La doctrina del sufragio universal es, pues, piedra angular de la democracia y mística expresión de la soberanía popular. Este dogma democrático de la soberanía del pueblo, no se funda en que el pueblo sea más idóneo, más sabio para gobernar que el dictador o la oligarquía, sino en su voluntad; no se fundamenta en la suficiencia de él, sino en su derecho. Desiguales en inteligencia y en virtudes, los ciudadanos de un país son iguales en derechos políticos e iguales para influir en la dirección del Gobierno que les afecta.

La Nación no tiene otra alternativa que aceptar las decisiones de la mayoría o recurrir a la violencia para constituir su gobierno.

Sus males y sus ventajas El advenimiento de la democracia entre nosotros ha sido más costoso al país que el gobierno oligárquico. Los dirigentes son tan numerosos y se cambian tan a menudo los ministros y los congresistas que llegan a ser incontables los amigos y correligionarios de aquéllos a quienes el Gobierno tiene que dar empleos y servir.

Los dirigentes del siglo pasado tenían probablemente respecto de los de ahora un espíritu menos pronto, menor erudición, lo que en sí no constituye siempre una superioridad en política; en compensación, tenían más desinteresado celo por el bien común, más rectitud y severidad, lo que les daba una fuerza moral superior y al Gobierno mayor eficiencia y vigor.

Hoy la vida pública se vulgariza y los hombres más hábiles y ponderosos se alejan de ella. Los dirigentes buscan por sobre todo la popularidad; para alcanzarla, lisonjean y reverencian la masa urbana en gran parte estulta y desarraigada; preocúpanse poco de dictar leyes prácticas destinadas a impulsar la prosperidad de la nación, absórbense en teorías abstrusas que complazcan al pueblo y satisfagan sus pasiones o al vago sentimentalismo que anubla el espíritu público. Y el pueblo a su vez

desea ser representado por personas elegidas a su imagen que piensen, sientan y hablen como ellas.

Y lo que sucede en la política acontece en todos los órdenes de la actividad social. Los artistas buscan ante todo la publicidad; van trocándose en industriales antes que en idealistas creadores; ansían el aplauso de la multitud por sobre la aprobación de los cenáculos selectos.

La oleografía, el cine, el diario, el fonógrafo, la pianola vulgarizan democráticamente las bellas artes; mas al mismo tiempo con ello decae el arte pictórico, dramático, literario y musical.

El refinamiento de las costumbres, el arte exquisito, los espíritus de selección concluirán en la trivialidad, pero nos aproximamos al reinado de la justicia social por sobre todo los intereses y prejuicios y esto compensa ampliamente aquel descenso.

Nuestra época aplebeyada señala el triunfo de la mediocridad de las masas, se caracteriza en el Gobierno por el exhibicionismo y la populachería; más se singulariza también por comenzar a respetarse en ella el derecho del débil.

Antes había una desigualdad irritante y un Gobierno eficiente y honrado: hoy va desapareciendo la iniquidad social constituida por la existencia de dos castas diversas y junto con esto disminuye la honestidad política y la rectitud administrativa.

Ahora hay menos idealismos, más apetitos de bienes materiales, menor cohesión en los elementos directivos y baja el nivel de los gobiernos en respeto y moralidad: en resarcimiento, hay más elementos de acción, mayor facultad activa individual y lo que se ha perdido en calidad se ha ganado en abundancia, la amplitud reemplaza la profundidad. La instrucción, el teatro, la lectura, los viajes, las comodidades, que eran privilegio de pocos, pasan a ser patrimonio de un mayor número; el flujo de la riqueza hace más grata la vida de los obreros inteligentes y activos y las masas ignoradas y despreciadas ganan lentamente en derechos, seguridad, ilustración y bienestar.

En este concepto democrático, sin considerar nuestro innegable progreso material, Chile ha evolucionado: la igualdad en la política legal existe con el sufragio universal, en la política efectiva se va obteniendo poco a poco con la cultura cívica; en la enseñanza, se adquirirá con la instrucción obligatoria; el reparto de los impuestos propende a gravitar cada vez más, como

es justo, sobre las clases ricas; las antiguas instituciones organizadas en provecho de la clase dirigente, van en camino de redundar en beneficio de todos, y el aumento de los jornales y las nuevas leyes sociales que se han dictado acrecientan cada día el bienestar de la clase pobre.

En este afinamiento de la conciencia pública, en este nuevo sentido de la comunidad en que el derecho a la existencia es uno de los postulados más imperiosos de la justicia social, hay un efectivo progreso moral.

Un soplo humanitario ha penetrado en todas las almas.

En su evolución, las sociedades se apartan a menudo de la senda trillada por donde a paso lento van las organizaciones sociales tradicionalistas para seguir por los atajos que permiten un adelanto rápido, hacia una forma social más amplia y más justa. Este avance simula a veces un retroceso por las contradicciones del camino que apenas se vislumbra entre la polvareda que levanta la lucha con las resistencias del pasado.

En qué consiste la democracia Por estos atajos, en que más de una vez hemos estado al borde de la dictadura del proletariado, vamos aceleradamente aproximándonos a la organización política y social democrática que la constituyen con preferencia: la extinción de clases privilegiadas, el respeto a la ley por parte de gobernantes y gobernados, el sufragio universal libre y consciente, la práctica de una ilimitada y libérrima discusión, la existencia de una opinión pública justa e ilustrada, la igual opción para todos a una enseñanza integral y a los cargos públicos, la mejora material de la clase pobre hasta alcanzar para ella una modesta independencia económica, y por último, la justificación en lo posible de las desigualdades de fortuna (que siempre subsistirán) por necesidades, méritos o servicios prestados.

En la sociedad democrática ideal, todo ciudadano debe tener aptitud para ejercer la libertad, para elegir sus gobernantes, para elevarse merced a sus propios esfuerzos hasta donde sus posibilidades lo conduzcan.

Para ser ciudadano cabal, no bastan los rudimentarios conocimientos que nuestra Constitución exige para ejercer los derechos electorales, es necesario algo más que esto, saber pensar

y juzgar, tener honradez cívica y espíritu democrático y sobre todo, poseer las más raras de las virtudes públicas, desinterés, valor moral, una conciencia libre, excelencias superiores a la misma sabiduría. Y el valor moral no estriba, como se cree comúnmente, en hablar más alto, gritar con mayor énfasis en el coro del cenáculo, de la secta, del partido, del país; porque no hay resolución animosa en provocar el odio anónimo del adversario, contando con la adhesión y aplauso de los amigos, de los correligionarios, de los connacionales, sino, libre de toda coacción, de toda influencia de dogma, clase, casta, partido, nación, señalar a aquellos sus errores, contrariar sus propósitos, si ofenden la justicia o la verdad: consiste más bien en insistir, obstinarse en sus convicciones, aunque se sienta alrededor el vacío, se oiga murmurar la opinión pública, se sufra el abandono de los más adictos, se soporte la mirada aviesa y dura que habla de traición. En verdad, los males de la época son producidos más que por el poder de los protervos por la pusilanimidad de los justos.

**Defectos
de un pre-
coz régim-
en de-
mocrático**

Antes de alcanzar el ideal en su forma más pura y elevada, trepamos penosamente a la cima llevando a cuestas el fardo de vicios y defectos inherentes a todo precoz régimen democrático, como son: el abuso en la amplitud dada al principio de igualdad, la influencia excesiva del dinero que llega hasta corromper los poderes públicos, la prodigalidad en el manejo de la hacienda nacional, la tendencia a convertir la política en una profesión lucrativa, la ineptia de los legos para administrar departamentos técnicos, la falta de discreción para gozar de libertades y ejercer derechos a que no estamos habituados, los instintos y apetitos antisociales de las masas y el egoísmo de los dirigentes, sin virtudes bastantes para consolidar un régimen que exige más abnegación que cualquier otro.

En efecto, las democracias siempre indiscretas necesitan de extensas y sólidas virtudes para subsistir: en ellas, junto al gobierno legal hay uno oculto, de hecho que vigila y dirige poder ejecutivo, congreso y electores, lo que produce la ingerencia en el gobierno de enorme número de personas y la estrecha solidaridad moral de gobernantes y gobernados que permite a los vicios expandirse fácil y rápidamente; una y otra cosa hacen,

además, que los defectos y errores de los dirigentes sean propagados y exagerados por el odio político con estruendosa publicidad.

Montesquieu con su clarividencia lo dijo, aunque entonces no existían gobiernos verdaderamente democráticos: «Sobre los otros régimenes, las fuerzas de las leyes y el brazo siempre levantado de la autoridad reglan y contienen todo, pero en un estado popular, es preciso un resorte más, la virtud».

Y bien, la carencia de este resorte que se traduce en menosprecio por la ley, antipatía y desobedecimiento a la autoridad, repulsa por los deberes cívicos, indiferencia por los asuntos públicos, envidia a los ciudadanos eminentes, esquivez por los ideales de libertad, desprestigio de los partidos políticos, del parlamento y del gobierno, sintomáticos todos de falta de disciplina y solidaridad social y aún de un comienzo de desagregación de la sociedad, ha producido una reacción violenta contra la democracia y su más alto exponente, el parlamentarismo, forma ideal para expresar la soberanía del pueblo, y ha dado origen al audaz intento de sustituirlos por dictaduras más o menos colectivas.

Dictaduras Para combatir la indisciplina social, se ha pretendido afianzar el orden con otra forma de insubordinación conculcadora de la libertad, la de entregar el Gobierno a minorías audaces, compactas y violentas que tomaron la forma de dictadura del proletariado en Rusia, de fascismo en Italia, de Directorio Militar en España y de Junta Militar de Gobierno en Chile.

En su esencia, todas ellas son reacciones antidemocráticas y antiparlamentarias y tarde o temprano caerán por su propio desprestigio para volver a las formas de gobierno más liberales y justas.

En Chile, a esta tendencia reaccionaria, le dió expresión el último pelucón, don Alberto Edwards en su conferencia de 1923 «La crisis política y la realización de la República», la impulsaron todas las fuerzas políticas y sociales conservadoras que se congregaron durante los años 1923 y 24, y le proporcionó los medios de apoderarse transitoriamente del Gobierno la revuelta de 1924. Vencidos revolucionariamente los tradicionales, en 1925, continuó germinando la misma tendencia en

algunos elementos ultra-avanzados y entre los descontentos, ambiciosos, ilusos, y algunos militares aún no aquietados, que agitaron el país proclamando la crisis decisiva de la democracia, del parlamentarismo y de los partidos políticos.

El parlamentarismo puro, en verdad, es por ahora impracticable entre nosotros, porque exige una perfección política que no hemos alcanzado todavía. Mas, esto no justifica que se abandone este régimen que puede aplicarse atemperadamente con eficacia.

Sin creer que la democracia, régimen de Gobierno en el cual participa el pueblo entero, sea la forma definitiva a que deben alcanzar y en la cual deban permanecer fatalmente las sociedades civilizadas, ella hasta ahora asegura mejor las miras de la administración pública, los fines de la libertad y la justicia y realiza mayor suma de felicidad para el más grande número de ciudadanos que el Gobierno oligárquico o de clase.

Si en ella los apetitos son más numerosos, en compensación, la censura de la opinión pública es más severa; a ella tienden las fuerzas espirituales más elevadas del orbe y, a pesar de sus defectos, nadie ha ideado todavía un régimen estable y superior que la reemplace.

Democracia y comunismo Como toda organización humana, la democracia junto a sus excelencias tiene sus debilidades e imperfecciones; éstas son en gran parte obra de indisciplina e ineducación social.

El problema que debe resolver la enseñanza democrática es conciliar la desigualdad nativa con la igualdad social aceptada como doctrina, la justicia con la libertad, ésta con el orden, los instintos individuales egoístas con los deberes de solidaridad social y el progreso con la tradición.

El régimen democrático no repudia la organización sindical ni la intervención del Estado a favor de los asalariados; al contrario, las favorece. Mantiene su culto por las libertades públicas, su invencible fe en el progreso, trata de combatir los males sociales inmediatos por medios eficaces y prácticos; eso sí, el espíritu trastornador de los partidarios de las luchas de clases, contrario al espíritu de paz y solidaridad social, no lo acepta, ni pretende la transformación súbita de las instituciones fundamentales de la sociedad económica, contrarias a las leyes de

continuidad que observamos en la historia y en la naturaleza: la revolución violenta es incompatible con la libertad y la democracia.

El individuo, con las reformas que establecen grandes sindicatos que lo absorben, obtiene indudablemente menos autonomía en su actividad económica, lo que se compensa con lo que gana en poder y seguridad a causa del valimiento que le presta el sindicato a que pertenece; pero conserva intactas las libertades ciudadanas que todo régimen democrático ampara y basta con eso para su tranquilidad.

No acontecerá lo mismo el día en que triunfen las diversas escuelas revolucionarias, partidarias de la acción directa, enemigas de la acción política; la libertad individual será entonces sacrificada tanto por las doctrinas que ellas sustentan cuanto porque dominarán sin contrapeso las masas ignorantes que carecen del afinamiento moral necesario para respetar la noción del derecho y el pensamiento individual de los que no piensen como ellas.

Y ese día puede llegar en nuestro país en donde las ideas comunistas han hecho gran camino, existe profundo descontento popular, hay poderes públicos débiles y una clase dirigente desagregada por la anarquía intelectual. Este régimen se diferencia de la democracia en que esta considera la colectividad como una entidad moral creada para el progreso integral, en donde, como dice Sócrates de la República, no se trata de hacer la felicidad de una clase más que de otra, sino del Estado entero; mientras que el comunismo la considera como un todo que existe esencialmente para las necesidades de la producción y repartición de la riqueza y trata de destruir o debilitar clases sociales determinadas y superiores.

El poder de estabilidad de nuestro cuerpo social es todavía enorme; frente a él, aparenta una gran fuerza destructiva el comunismo, porque a menudo se le confunde con el movimiento obrero, lo que es un error.

Se puede estimular el sindicalismo y sus aspiraciones dentro del orden existente y del régimen democrático. Y en Francia e Italia, los sindicatos y el partido comunista se mantienen apartados y a veces hasta hostiles, y los Trade Unions ingleses y la Federation of Labor de Estados Unidos se han constituido ajenos a toda influencia doctrinaria.

El experimento hecho en Rusia del ideal comunista ha sido un fracaso.

Se arruinó el país para volver lentamente al régimen destruído, a un capitalismo de estado en donde la vida industrial difiere cada día menos de la que existe en las naciones de régimen capitalista. Existen clases privilegiadas; la aborrecida propiedad privada, por la necesidad de activar la producción, se restablece en parte; la detestada burguesía es sustituida por otra formada de funcionarios públicos y el gobierno autocrático muerto tiene de sucesor una oligarquía de caudillos del proletariado tan despótica como aquél.

La adaptación de las masas al *self government* debe ser lenta para ser profunda y eficiente. En nuestro país es de ayer, improvisada, de imitación, por consiguiente superficial e incapaz todavía de producir todos sus buenos frutos.

El gobier- La clase proletaria, a pesar de tener derecho a
no del tomar la parte que le corresponde en la dirección
proleta- y responsabilidad del gobierno del país, lo que es
riado útil y necesario, no puede hacerlo eficazmente
por carecer de preparación suficiente, a causa del
abandono en que se le mantuvo hasta ahora. Le falta aún ilus-
tración, amplio sentimiento de justicia, verdadera voluntad de
ser libre.

En esto estriba, principalmente, la complicación propia de nuestro problema social.

El gobierno del proletariado sería menos idóneo por su ignorancia de la ciencia política que el de la burguesía, más indisciplinado por su exaltación prematura, más incapaz de la misión de cultura que hasta hoy ésta ha desempeñado, en verdad cada año con menos fe, entusiasmo y desinterés. Subiría al poder con mayores concupiscencias y egoísmos que el gobierno burgués democrático, porque la opinión de una clase la ciega ante su propio interés e injusticia, lo que no sucede con la opinión general de todo un país que por lo regular refrena los egoísmos individuales o de clase.

Menos apto todavía es el proletariado para tomar la dirección de las grandes empresas industriales como lo pretenden por carecer de disciplina, capacidad organizadora y educación técnica.

Nuestro actual orden social está muy lejos del individualismo

atómico que dominó después de la Revolución Francesa bajo la influencia de los filósofos de la libertad natural y distante del colectivismo de Marx y Lenín, vigoroso en la crítica, pero inhábil en la organización social.

El soplo de igualdad y fraternidad que por el mundo arrecia ha elevado también a la mujer. Su ilustración, cultura y capacidad para toda clase de trabajos exigen imperiosamente que se establezca su completa igualdad legal y política con el hombre. El decreto-ley sobre sus derechos civiles dictado en 1925 es todavía pusilámine y mezquino (1).

**Decaden-
cia de la ci-
vilización
contempo-
ránea**

Los usos y costumbres establecidos por una civilización común unen a los hombres de distintos pueblos y razas en unos mismos sentimientos y aspiraciones e imponen a todos ellos una misma ética, formas sociales e ideales semejantes, incansablemente variables y perfectibles, porque así lo exige su propia existencia.

Este cambio se hace cada vez más rápido. Cada generación quema lo que adoraban sus predecesores y se coloca en su lugar.

Las virtudes, los ideales de la civilización actual no fueron los de la de ayer ni serán los de mañana.

Nosotros no tenemos una cultura propia, imitamos y seguimos la occidental europea, la que, no obstante, la eminencia a que ha llegado muestra síntomas decadentes, como son el ansia brutal de abarcarlo todo y un morboso refinamiento en lo material; el predominio del hedonismo y utilitarismo en lo espiritual.

En los lejanos tiempos de la cultura greco-romana prevalecían los sentidos, triunaba el vigor físico; arrobábase el espíritu en la perfección de las formas, en la hermosura de los efebos desnudos; el ideal era lo bello superficial, el instante fugaz de una armoniosa vida; el hombre se contemplaba a sí mismo; los hechos más sublimes fueron la osadía, el coraje; su emblema natural, la espada fulgurante; el tipo excelsa, el héroe; más tarde, la civilización cristiana realza el valor moral y domina el sentimiento, se desprecia el cuerpo, se exalta el espíritu; la suprema aspiración es la santidad, con los ojos puestos en el cielo se vive fuera

(1) Decreto-ley N.º 328.

de este mundo; las virtudes máximas, hoy moribundas, fueron el fervor religioso, la humildad, la misericordia; su símbolo es la cruz doliente; la cumbre, el martirio: en la cultura occidental moderna en que impera la razón, se busca la verdad, se ama la vida y sus refinamientos, el ideal tiende a la belleza trascendental, a la profundidad, a la lejanía, al espacio; se tiene por sobre todo en mira la humanidad; se ensalza el altruismo, las virtudes cívicas, las invenciones pasmosas, las creaciones peregrinas; el símbolo es el libro redentor; la cima, la sabiduría y el apostolado social.

Hoy, cuando parece vacilar la luz de la civilización occidental del Viejo Mundo, amenazado por la irrupción de los nuevos bárbaros salidos de las más hondas capas sociales y por el egoísmo prudente y vil de los civilizados, nadie sabe cuál será la cultura que le suceda o qué raza, en donde perdure el valor moral, el principio de autoridad, la potencia espiritual, la fe en el progreso, las virtudes creadoras, continuará sosteniendo e impulsando la cultura europea o edificará sobre sus ruinas la nueva que debe reemplazarla.

¿Será la norte-americana, raza joven y fuerte, no contaminada aún con la neurosis, los males sociales, el escepticismo y las doctrinas predicantes de odios? ¿Será la india religiosa y sumisa resucitada por la suprema inspiración del apóstol Ghandi?

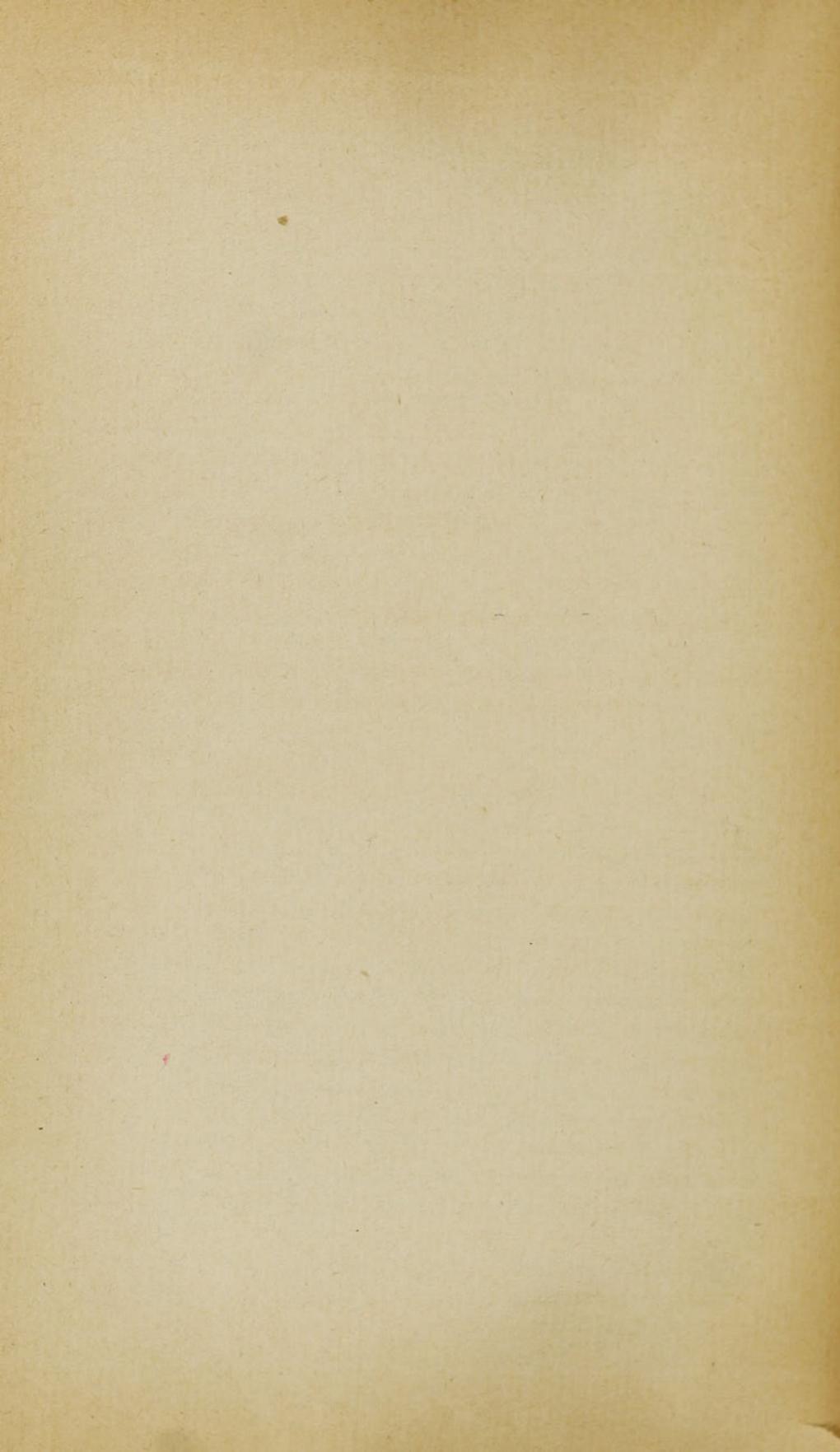
Quién sabe cuáles serán de hoy en adelante las virtudes e ideales seductivos y superiores que guíen a los pueblos cuando se ve a los reformadores avanzados, que en las generaciones precedentes buscaban ante todo el progreso del espíritu, perseguir en estos años sólo adelantos materiales, cuando se ve triunfar nuevamente el vigor físico, volver al culto del placer, acrecentarse el egoísta amor a la vida, dominar el mundo de las masas, pesar sobre el pensamiento un materialismo sin grandeza y continuar sin detenerse sino por instantes la evolución hacia la igualdad rígida, destructora de la iniciativa y el desenvolvimiento de la personalidad humana. Presenciamos la lucha entre la cantidad y la calidad y un achalamiento del cono social, en donde, si es verdad que la base gana en extensión, aquél pierde en altitud.

Antes de alcanzar el nivel de cultura de los pueblos preeminentes, nuestra alma de pueblo joven advierte ya angustiada los

primeros síntomas de la decadencia de la civilización refinadísima y caducante que hemos recibido.

Quién sabe si, para no detenernos en nuestro incipiente progreso, para no descender antes de haber alcanzado la cumbre adonde otros pueblos han llegado, los que tenemos fe en el aliento de la raza, en la inspiración de sus héroes, confianza en el porvenir de este continente y somos guiados por principios filosóficos, creencias religiosas o altos ideales, tengamos que unirnos para gritar con todas nuestras humanas energías:

¡ARRIBA LAS ALMAS!



ANEXOS

ANEXO A

SALARIOS MEDIOS POR OFICIO EN LAS FUNDICIONES Y MAESTRANZAS PARTICULARES EN LOS AÑOS 1924 y 1925.

Oficios	AÑOS	
	1924	1925
Torneros	11.20	13.83
Oficiales Torneros	6.40	6.60
Mecánicos	11.20	14.00
Oficiales Mecánicos	6.00	6.00
Caldereros.....	8.00	13.20
Oficiales Caldereros.....	5.60	9.86
Modelistas	11.20	18.13
Carpinteros.....	8.00	13.60
Herreros	11.60	13.90
Majadores.....	6.40	6.60
Fundidores	9.20	12.46
Oficiales Fundidores	6.80	7.00
Soldadores al oxígeno	12.20	12.40
Maestros Modelistas	18.75	21.00
Maestros Fundidores en bronce y fierro	18.75	21.00
Maestros Caldereros	18.75	21.00
Maestros Mecánicos	18.75	21.00

En la mayoría de los casos el salario se ha estipulado por horas, de manera que el salario al día se ha calculado sobre la base de las horas de trabajo en cada caso.

ANEXO B

Salarios ofrecidos por intermedio de la Sección Colocaciones de la Dirección General del Trabajo a los empleados y trabajadores ocupados en faenas diversas y trabajos afines a la agricultura, correspondiente al año de 1926:

Llaveros de fundos \$ 80, \$ 90, \$ 100 (1).

Mayordomos de fundos \$ 60, \$ 70, \$ 80.

Vaqueros \$ 50, 60, \$ 65.

Inquilinos \$ 1.80, \$ 2.00, \$ 2.20, \$ 2.40, \$ 2.50 (2).

Jornaleros agrícolas ambulantes \$ 3.00, \$ 3.40, \$ 3.50, \$ 3.80, \$ 4.00. (3)

Enfardadores de pasto \$ 90, \$ 100 (4).

Segadores de trigo y cebada \$ 40, \$ 50, \$ 60, \$ 70 y \$ 80 (5).

(1) Los llaveros, Mayordomos y Vaqueros, se les da casa habitación, ración de tierra, talaje para animales, cuyo número es fijado de común acuerdo con el patrón.

(2) Los inquilinos tienen casa habitación, ración de tierra y talaje para animales.

(3) A los jornaleros agrícolas ambulantes se les da ración de fundo y alojamiento.

(4) A los enfardadores de pasto se les paga por el mil de fardos, sin ración, pero se les proporciona alojamiento.

(5) A los segadores se les paga por cuadras, ración de fundo y alojamiento.

ANEXO C

PRECIOS MEDIOS POR KILOS DE SEIS ARTÍCULOS DE PRIMERA
NECESIDAD, CLASIFICADOS POR AÑOS, EN EL PERÍODO
1913—1925.

Años	Arroz	Carne	Harina	Papas	Frejoles	Trigo
1913 ...	0.71	1.41	0.34	0.25	0.36	0.27
1914 ...	0.69	1.48	0.39	0.24	0.46	0.29
1915 ...	1.16	1.53	0.75	0.31	0.66	0.53
1916 ...	1.02	1.59	0.47	0.25	0.49	0.32
1917 ...	1.08	1.54	0.51	0.28	0.76	0.35
1918 ...	1.12	1.60	0.55	0.26	0.60	0.34
1919 ...	1.44	1.60	0.59	0.26	0.58	0.38
1920 ...	2.10	2.18	0.96	0.32	0.66	0.58
1921 ...	1.59	2.10	0.83	0.21	0.51	0.53
1922 ...	1.77	1.79	0.86	0.23	0.64	0.59
1923 ...	1.40	2.01	0.67	0.27	0.67	0.48
1924 ...	1.61	2.08	0.70	0.32	0.77	0.47
1925 ...	1.65	3.02	0.87	0.39	0.95	0.64
	132.5%	114.8%	155.8%	56%	163.8%	137%

Alza de precios del año 1925 con respecto a 1913, expresada en %.

ANEXO E

SALARIOS MEDIOS EN LAS FAENAS SALITRERAS POR OFICIO DURANTE EL AÑO 1925:

Oficios u ocupaciones	Salario medio al día
Capataz	\$ 15.00
Carreteros	12.00
Carreros	9.00
Cuarteadores	9.00
Caminero	7.50
Carrocero	14.00
Oficial carrocería	9.25
Llaveros	11.00
Muestrero ripio	9.00
Macesteadores	12.00
Socavonero Ripio	12.00
Canaleros	7.75
Rayadores	6.50
Pesadores de bateas	10.00
Jornaleros	9.00
Engrasadores	12.00
Fogoneros calderos	13.00
Ayudante fogonero y broncero	8.50
Mecánico máquina	15.00
Oficial mecánico máquina	10.50
Mecánico bombas	15.00
Oficial mecánico bombas	8.50
Mecánico ascendraderos	34.00
Sereno máquina	12.00
Lavadores borras	10.00
Motoristas	10.50
Carrocero Car. Ripio y Ascend.	28.00
Electricista	11.00
Oficial electricista	8.00
Cortador yodo	18.00
Sereno yodo	11.00
Mecánico yodo	12.00

Barreteros (por pie)	0.66
Particulares (por carret.)	12.30
Muestrero	10.00
Herrero pampa	10.00
Oficiales herreros pampa	6.00
Pañolero maestranza	11.00
Serenos maestranza	10.00
Cepilleros maestranza	10.00
Taladreros de maestranza	9.00
Mecánicos maestranza	14.50
Oficiales mecánicos de maestranza.....	8.50
Herreros maestranza	14.00
Oficiales herreros	7.50
Caldereros.....	14.33
Oficiales calderos	9.00
Carpinteros.....	14.00
Torneros..	16.33
Albañiles	14.00
Pintor	13.00
Oficial pintor	9.00
Sereno pulperia	13.00

HUELGAS PRODUCIDAS DURANTE EL AÑO 1924

ANEXO F.

INDUSTRIAS	Número de huelgas	Número de guisantes huelgas	Número de guisantes asocia-dos huelgas	CAUSAS		PÉRDIDAS EN DINERO		RESULTADOS	
				Aumento de salarios	Solidaridad	Regimiento interno	Duración en días	Obreros	Patrones
Manufactura ..	34	8,541	7,150	21	2	24	387	1,969,918	655,448
Construcción.....	9	5,528	5,522	9	8	8	386	6,081,620	3,118,356
Trasportes.....	19	10,305	10,185	11	5	8	131	649,487	356,544
Comercio.....	4	678	3	6	16,218	8,906
Minería.....	14	8,845	8,685	11	1	9	143	3,801,390	1,509,020
Agricultura.....	5	454	454	4	1	3	31	15,800	2,840
Arte.....	1	8	1	1	15,000	100
TOTALES.....	86	34,353	31,996	57	17	45	1,085	12,549,433	5,651,222
								2,400	24
									38
									21

que han quedado cesantes.

HUELGAS PRODUCIDAS DURANTE EL AÑO 1925

ANEXO G.

CLASIFICACIÓN	Número de huelgas	Número de huelgistas	Número de huelgistas asociados	CAUSAS		PÉRDIDAS EN DINERO		Número de obreros cesantes que han quedado	Exito	Transacción	Fracaso	RESULTADOS
				Aumento de salarios	Solidaridad	Regrimen interno	Patrones					
Trasportes.....	25	14,329	6,591	16	2	12	179½	3,693,488	1,898,903	452	3	14
Manufacturera....	70	10,270	4,849	52	1	36	574¹/₂	1,755,887	760,034	467	10	47
Minería.....	6	23,392	7,077	2	...	3	31	1,655,429	919,714	687	...	3
Construcción.....	5	414	322	4	...	2	33	51,600	24,715	10	...	3
Comercio.....	4	1,481	80	3	...	2	68	347,560	183,830	89	...	1
Agricultura.....	3	1,312	12	3	...	2	21	31,200	30,216	5	...	2
Arte.....
TOTALES.....	113	51,198	18,931	80	3	57	907	7,535,164	3,817,412	1,710	13	70
											31	31

ANEXO H

Las cantidades invertidas por el departamento del bienestar de la Asociación Salitrera entre los años 1921 y 1924, son:

Habitaciones.....	\$ 23.021,338
Educación (Escuelas, libros, sueldos o subvenciones a profesores)	3.212,165
Sanidad (Hospitales, Casas de Maternidad, médicos, matronas, practicantes, medicinas).....	10.296,352
Higiene (Desinfectorios, alcantarillas, aseo, baños, letrinas).....	1.664,447
Recreo, (Teatro, bandas, orquestas, fomento de sociedades de Sport)	1.976,418
Estímulos (premios por producción, por ahorro, por aseo)	975,192

	\$ 41.145,912

En el año salitrero 1925 a 1926:

Campamentos.....	\$ 8.908,003
Higiene	705,741
Sanidad	3.927,096
Instrucción	1.688,413
Estímulos y Recreos	926,053

	\$ 16.155,306

ÍNDICE BIBLIOGRÁFICO

- ALTAMIRA, RAFAEL.—Psicología del pueblo español.
- ANDUEZA, ALFREDO.—Los vicios de la democracia (*Revista Chilena*).
- ARAYA BENNETT, FRANCISCO.—Observaciones para una reforma de nuestra enseñanza.
- ARGUEDAS, ALCIDES.—Pueblo enfermo.
- BARROS ARANA, DIEGO.—Historia de Chile.
- BARROS ARANA, DIEGO.—Un decenio de la Historia de Chile.
- BOURGUIN, MAURICE.—Les systèmes socialistes et l'Evolution Economique.
- BOUTROUX, EMILIO.—Ciencia y Religión.
- BRYCE, JAMES.—La América del Sur.
- BRYCE, JAMES.—Modern Démocraties.
- BUNGE, C. O.—Nuestra América.
- BUTLER NICHOLAS MURRAY.—The Meaning of Education.
- COLAJANNI, N.—Latins et Anglo-saxons.
- CRONCKLIN EDWIN GRANT.—L'hérédité et le milieu.
- CHAMBERLAIN, H. S.—La Genèse du XIXème siècle.
- DE OLIVEIRA LIMA, M.—Evolución histórica de América.
- DÍAZ ARRIETA, HERNAN (Alone).—Crónicas literarias de «La Nación».
- DONOSO, ARMANDO.—Nuestros poetas.
- DUPRAT, G. L.—La psychologie Sociale.
- DE DOSFUENTES, MARQUES.—El alma nacional.

- ENCINA, FRANCISCO A.—Nuestra inferioridad económica.
- ERRAZURIZ, CRESCENTE.—Seis años de la Historia de Chile.
- FOUILLEE, A.—*Esquisse psychologique des peuples européens*.
- FOULLEE, A.—*La democratie politique et sociale en France*.
- FUENZALIDA G., ALEJANDRO.—*Lastarria y su tiempo*.
- GALDAMES, LUIS.—*Geografía económica de Chile*.
- GARCÍA CALDERÓN, F.—*Les démocraties latines de l'Amerique*.
- GIL FORTOUL, JOSE.—*El hombre y la historia*.
- GUEVARA, TOMAS.—*Mentalidad Araucana*.
- INGENIEROS, JOSE.—*Sociología Argentina*.
- JELLINEK, G.—*Teoría general del Estado*.
- LASTARRIA, JOSE VICTORINO.—*Portales*.
- LASTARRIA, JOSE VICTORINO.—*Recuerdos Literarios*.
- LATCHAM, RICARDO E.—*La organización social y las creencias religiosas de los antiguos araucanos*.
- LE BON, GUSTAVE.—*Psychologie des temps nouveaux*.
- LE BON, GUSTAVE.—*Psicología de las multitudes*.
- LE BON, GUSTAVE.—*Lois psychologies de l'evolution des peuples*.
- MACCHIAVELLO, SANTIAGO.—*El problema de la industria del cobre en Chile y sus proyecciones económicas y sociales*.
- MARTNER, DANIEL.—*Estudio de la política comercial chilena e historia económica nacional*.
- MAXWELL, J.—*Psychologie sociale contemporaine*.
- MOLINA, ENRIQUE.—*Filosofía Americana*.
- ORTEGA Y GASSET, JOSE.—Artículos de la «*Revista de Occidente*».
- PALACIOS, NICOLAS.—*Raza Chilena*.
- PINOCHET, TANCREDO.—*Oligarquía y democracia*.
- POBLETE TRONCOSO, MOISES.—*Nuestro sendo-régimen parlamentario*.
- ROLDÁN, ALCIBÍADES.—*Derecho Constitucional*.
- RODRÍGUEZ M., EMILIO.—*Como si fuera ayer*.
- SALAS, DARÍO.—*El Problema Nacional*.
- SALAS EDWARDS, RICARDO.—*Balmaceda*.
- SCHAFFLE A., E.—*La quinta esencia del socialismo*.
- SHEPHERD, WILLIAM R.—*La América Latina*.
- SILVA, JORGE GUSTAVO.—*La cuestión social y la legislación social en Chile*.
- SOTOMAYOR VALDÉS, R.—*Historia de Chile bajo el gobierno del General Prieto*.
- SUBERCASEAUX, GUILLERMO.—*El papel moneda*

TAGLE R., ENRIQUE.—Liberales y Conservadores.

THAYER OJEDA, LUIS.—Elementos étnicos que han intervenido en la población de Chile.

VACHER DE LAPOUGE.—Race et milieu social.

VAISSE, EMILIO (Omer Emeth).—Crónicas bibliográficas semanales de «*El Mercurio*».

VALDÉS VERGARA, FRANCISCO.—Problemas económicos de Chile.

VENEGAS, ALEJANDRO (Valdés C. J.).—Sinceridad.

WALKER MARTÍNEZ, CARLOS.—Historia de la Administración Santa María.

ÍNDICE

PROEMIO

EL ALMA COLECTIVA

	<u>Págs.</u>
Espiritualismo.....	10
Dificultades para la investigación del alma colectiva.....	12
Alma de la raza.....	14
En qué consiste.....	16
Formación de las razas.....	16
Heredencia	17
Cualidades adquiridas.....	18
Selección social.....	19
Medio físico y psico-social,.....	19
Variabilidad de la raza.....	21
Características de la raza superior.....	22
El arte en el alma de la raza.....	24
Bosquejo de diferencias psicológicas de la raza inglesa....	25
Bosquejo de diferencias psicológicas de la raza norte-americaná.....	26
Bosquejo de diferencias psicológicas de la raza alemana...	27
Bosquejo de diferencias psicológicas de la raza francesa...	28
Deber de conocer nuestra raza.....	29

LIBRO I
CAPÍTULO ÚNICO
MEDIO FÍSICO

	<u>Págs.</u>
Influencia del medio físico sobre la raza.....	33
Zonas tórrida, templada y glacial.....	35
Influencia del clima.....	35
Extensión y relieve del suelo.....	37
Ríos y costas de Chile.....	37
Alimentación	38
Producción.....	38
Montañeses y llaneros	39
Población urbana y rural.....	39
Mediterráneos y costaneros.....	39
Aislamiento de Chile.....	40
Comunicaciones	41
Costumbres locales.....	41
Pampinos y labriegos	42
Los hombres del norte.....	43
Los insulares.....	45
Resumen.....	46

LIBRO II

RAZA

CAPÍTULO I

LATINOS E IBERO-AMERICANOS

En qué sentido somos neo-latino.....	51
Rasgos del carácter de los neo-latino.....	52
Diferencias genealógicas de los países ibero-americanos...	54
Rasgos de mulatos y cholos	56
Superioridad de los países australes.....	57
Carácter general de los hispano-americanos.....	57
Caudillismo y oligarquía.....	59
Profesías de Bolívar.....	62
Dictaduras	62

	Pág.
Dependencia económica.....	64
Literatura.....	65
Rasgos de carácter diferentes en los pueblos ibero-americanos.....	65
El caudillaje en la América Latina.....	66
Méjico.....	66
Colombia.....	67
Venezuela.....	67
Ecuador.....	68
Brasil.....	60
Uruguay.....	69
Perú.....	69
Paraguay.....	70
Bolivia.....	71
Argentina.....	74
En Chile no hubo tiranos.....	77
Superioridad de Chile en el siglo pasado.....	78
Imitación.....	78
Progreso de América.....	80
Americanismo	80

CAPÍTULO II

ARAUCANOS Y ESPAÑOLES

Origen de la raza chilena.....	84
Error del Dr. Nicolás Palacios de creer que los conquistadores eran godos.....	85
Formación de la raza chilena.....	86
Razas indígenas de Chile	87
Algo de psicología de la raza araucana.....	90
Algo de psicología de la raza española.....	94
Proporción de sangre española e indígena que entran en nuestra raza.....	100
Elementos provinciales de España que intervinieron en la formación de la raza.....	101
Orígenes de las clases dirigentes y dirigida	102
Opiniones sobre el mestizaje.....	104
Prejuicios sobre la superioridad de las razas.....	106
Juicio sobre el mestizo chileno y el peruano, de H. S. Chamberlain	108

	Págs.
Causas de nuestra superioridad político-social.....	109
Homogeneidad de la raza chilena.....	110
Causa de la exaltación de nuestra ascendencia araucana....	112
Nuestro orgullo debe constituirlo nuestra ascendencia española	113
No descendemos de españoles godos ni de indios extraordinarios	114

CAPÍTULO III

CHILENOS

Homogeneidad de la raza.....	117
El roto.....	118
Defectos raciales heredados ,	120
Aspecto físico del mestizo.....	121
Aspecto moral.....	122
Pugnacidad	122
Desprecio por la vida.....	123
Aspecto sentimental.....	124
Tristeza y crueldad.....	124
Improbidad.....	127
Individualismo anárquico.....	128
Inconstancia	129
Envidia	129
Superstición	129
Imprevisión	132
Sensualismo	132
Alcoholismo y juegos de azar.....	132
Pesimismo	134
Nuestro deber.....	136
Rasgo característico nacional.....	136
Hospitalidad	138
Actividad física.....	138
Actividad intelectual.....	140
Inteligencia	141
Virtudes domésticas.....	142
Vigor físico	144
Espíritu guerrero	146
Patriotismo	146
Antimilitarismo	149



	Pág.
Actitud durante las crisis.....	149
Desinterés de nuestros hombres públicos.....	151
Probidad de los Presidentes.....	152
Honradez internacional.....	153
Apego a la tierra.....	154
Orgullo racial.....	155
Carácter chileno.....	156

LIBRO III

EVOLUCION

CAPÍTULO I

LÍNEAS GENERALES

La evolución.....	161
Las manifestaciones del progreso	162
Evolución psicológica individual.....	165
Evolución social.....	165
Factores principales de la evolución social	167
Medio físico.....	167
Satisfacción de los deseos.....	167
Imitación	168
Desigualdad de los hombres	169
Comunicaciones	170
Descontento del presente.....	171
Tolerancia	171
Educación	172
Acontecimientos imprevistos	174
Guerras de 1836, 1866 y 1879	177
Revolución de 1891.....	179
» 1924.....	182
Los grandes hombres	183
Paralelo entre Bello y Lastarria	184
Bernardo O'Higgins.....	185
Diego Portales.....	185
José Victorino Lastarria	187
Manuel A. Matta.....	188
y Arturo Prat.....	189

CAPÍTULO II

EVOLUCIÓN POLÍTICA Y CONSTITUCIONAL

	Págs.
Resumen de las diversas épocas políticas.....	192
Opinión pública.....	194
Oligarquía.....	195
Las primeras constituciones.....	196
Los partidos políticos.....	199
Partido liberal y la constitución de 1828.....	201
Partido conservador y la constitución de 1833.....	203
Controversias religiosas.....	207
Presidentes de Chile.....	210
Dictadura de O'Higgins y Gobierno del General Freire..	211
Administración Prieto.....	212
Intervención electoral del Gobierno.....	213
Administraciones de Bulnes	215
y Manuel Montt.....	217
Partido Nacional.....	218
Los ultramontanos.....	219
y las luchas político-religiosas	220
Administración Pérez	222
Partido radical	223
Administración Errázuriz Zañartu	224
Reformas constitucionales.....	225
Administraciones de Pinto.....	228
Santa María	229
y Balmaceda.....	231
Parlamentarismo	234
Partido liberal democrático	235
Partido demócrata.....	236
Administraciones de Jorge Montt.....	237
Errázuriz Echaurren	238
Riesco	240
Pedro Montt.....	241
Barros Luco	243
y Sanfuentes.....	244
Crisis de los partidos políticos	245
Administración Alessandri	252
Crisis parlamentaria.....	261
Revuelta de Septiembre de 1924 y primera dictadura militar.....	263

Págs.

Revuelta de Enero de 1925 y segunda dictadura militar...	271
Primera dictadura civil.....	274
y Reforma Constitucional de 1925.....	275
Retiro del Presidente Alessandri.....	280
Segunda dictadura civil.....	283

CAPÍTULO III

EVOLUCION ECONÓMICA

Evolución económica durante la Colonia y la República.	290
Baja del cambio internacional.....	297
Balanza económica.....	300
Influencia del papel moneda.....	302
La inconvertibilidad del billete fiscal.....	303
La conversión metálica de 1895 y su fracaso.....	304
Los papeleros	306
Daños del papel moneda.....	309
Intervención económica del Estado.....	309
Libre cambio y protección.....	309
Evolución de estas doctrinas en el país.....	310
Estatismo, liberalismo, solidarismo	313
Marina mercante nacional	313
Producción: Salitre.....	315
Cobre.....	320
Agricultura, industria fabril	323
Contribuciones	326
Presupuestos	329
Deuda pública.....	332
Decaimiento económico relativo del país.....	333
Causas del decaimiento económico	336
Lo que debemos hacer para detenerlo.....	343

CAPÍTULO IV

EVOLUCION SOCIAL

Las clases sociales durante la Colonia.....	348
Salarios, costo y condiciones de la vida obrera.....	350
Costumbres de la clase alta.....	352
Influencia de la Iglesia.....	354
El roto en la primera mitad del siglo XIX.....	355
Salarios.....	356
Alimentación	556

	Págs.
Diversiones del pueblo.....	357
Espíritu antihispánico	358
Religiosidad.....	358
Instrucción	359
Literatura	360
Periódicos.....	361
Juventud.....	362
Familia	362
Rasgos característicos del país.....	363
Oligarquía	363
Paralelo de Chile con Roma.....	366
Destino de la aristocracia.....	367
Reformadores.....	368
Evolución social en la segunda mitad del siglo XIX.....	369
Influencia del dinero	370
Relajación de las costumbres.....	371
Mudanza universal de los valores ideales.....	372
Alteración social.....	373
Inmoralidad	374
Irreligiosidad.....	375
Juventud.....	577
Instrucción	378
Literatura	379
Periodismo.....	380
Salario y costo de la vida.....	381
Jornales en las salitreras	384
Crisis salitreras.....	385
Asociación obrera.....	387
Cambio de mentalidad del obrero	388
Los agitadores.....	389
Huelgas. Dignidad del obrero	391
Mejoramiento del asalariado por el patrón.....	394
Legislación social.....	395
Escaso aprovechamiento de las reformas	397
Evolución democrática.....	398
Sus males y sus ventajas.....	399
En qué consiste la democracia.....	401
Defectos de un precoz régimen democrático	402
Dictaduras.....	403
Democracia y comunismo	404
El Gobierno del proletariado	406
Decadencia de la civilización contemporánea.....	407

Índice alfabético de personas

A

	Págs.
Anderson.....	22
Aristóteles.....	24
Ayala (Presidente)	70
Arce (Pres.)	72
Arteaga A., Justo 129 y	368
Alessandri, 148, 152, 157, 183, 210, 211, 236, 237, 238, 252 y siguientes, 264 y sig. 271, 274, 275, 277 y sig. 295, 336 y	395
Aracena (Capitán)	145
Alfonso, José	151
Aldunate, Santiago	151
Asoka (Rey)	172
Alberdi.....	205
Arcos	215
Altamirano, Eulogio	227
Amunátegui, M. Luis, 228, 229, 359 y	379
Allende, Rafael	236
Altamirano (Gen.), 264, 265 y	266
Astoreca	311
Araya Bennett, Francisco	340

Págs.

Aguirre, Pedro	340
Amunátegui, Gregorio	379

B

Bartrina	13
Bergson, 10 y	165
Bethoven	25
Bunge	57
Balmaceda, 59, 77, 148, 151, 152, 153, 179, 180, 181 182, 211, 222, 227, 231, 233, 234, 238, 292, 315, 334, 369, 378 y	381
Bryce, 60, 364 y	387
Bolívar, 62, 80 y	81
Barrios (Pres.)	66
Belzu (Pres.) 66 y	72
Balta (Pres.)	70
Bernardes (Pres.)	69
Billinghurst (Pres.)	70
Blanco (Pres.)	73
Barth, Paul	96
Buckle	96
Bion (Filósofo)	114
Blest G., Alberto 126 y	361
Barros, Luis, 152, 256, 280, 283 y	324
Bulnes (Pres.) 153, 197, 210, 214, 215, 216, 330 y	336
Buttler, Nicholas	176
Bello, 184, 216, 360 y	361
Bilbao, 187, 208, 209, 215 y	369
Barros Luco (Pres.), 210, 211, 243, 262 y	294
Barros Arana, 225 y	379
Bennett (Gen.)	266
Bello, Emilio	271
Benavente, Diego J., 302, 359 y	368
Bruna, Augusto	311
Buchanan, Jorge	311
Blamo Tombona	333
Bismark	339

Págs.

Brunet, Francisco	360
Blest G., Guillermo	379
Barrios, Eduardo	379
Bórquez Solar	379

C

Castro C. (Pres.), 66 y	68
Castilla (General), 66 y	69
Carranza (Gen.)	67
Córdoba (Pres.)	73
Carlos II	87
Cortés	98
Carvallo y Goyeneche	98
Carvajal (Capitán)	99
Carrera, José Miguel	198
Cienfuegos (obispo)	208
Concha, Juan Enrique	220
Cifuentes, Abdón, 220, 224 y	225
Contardo, Avelino	236
Concha, Malaquías	236
Courcelle-Seneuil	311
Cicarelli, Alejandro	360
Contreras, Francisco	379
Cruchaga, Angel	379
Contardo, Luis J.	379

CH

Chaplín	25
Churruga (Almirante)	99
Chamberlain, H. S., 108, 109 y	110

D

Daudet, A. 22 y	258
Demolins	53
Díaz, Porfirio	66

Págs.

Daza (Gen.)	66, 72 y	73
Durand		70
Dávila, Ricardo	85 y	86
D'Aulnoy (Madame)		97
Díaz Garcés, J.		126
Dreifus		149
Dein		189
Dartnell (Gen.)		271
De Commynes, Felipe		338
Desjardin, Adolfo		360
Darío, Rubén		379
Dublé, Diego		379

E

Estrada Cabrera (Pres.)		66
Ercilla, 89 y		115
Espejo, J. L.		102
Emerson		137
Errázuriz Z. (Pres.), 151, 216, 222, 224, 227, 228 y		251
Errázuriz E. (Pres.), 152, 157, 210, 211, 216, 238, 240, 251, 262 y		336
Egaña, Juan		199
Egaña, Mariano	200, 204, 207, 216, 310, y	360
Errázuriz (Arzobispo)		221
Encina, Francisco A.	312 y	340
Edwards, Ismael		259
Edwards, Alberto		403

F

France, 11, 24, 167 y		393
Ferrero, 24 y		183
Francia (Dictador), 66 y		70
Felipe II		95
Fernández, Elías, 152 y		242
Figueroa (Pres.)	152 y	242
Freire (Gen.)	199, 211 y	212
Fuenzalida (obispo)		220

G

Págs.

Ghandi	379 y	408
García C., Francisco	57 y	78
García Moreno (Pres.)	66 y	68
Guzmán Blanco (Pres.)	66 y	67
Gutiérrez (Hermanos)		70
Gutiérrez G., (Pres.)		73
González (cronista)		88
Guzmán el Bueno		98
Guizot		188
Gandarillas, Manuel J.	204 y	360
García Reyes	215, 216 y	361
Gallo, Pedro León	217 y	223
Fernández, Domingo		220
Grove (Coronel)		271
Gutiérrez, Luis		320
González, Alfonso		353
Gay, Claudio		360
Garriga, Pablo		379
González, Pedro A.		379
Guzmán, Ernesto		379
González, Jorge		379

H

Huerta (Gen.)		67
Herbozo, Francisco		68
Homero		114
Hancock Uriel		123
Hostos, 188 y		223
Henríquez, Camilo		360

I

Irigoyen (Pres.)		74
Ignacio (Santo)		99
Irarrázabal, Manuel J.	148, 219 y	233

Págs.

Infante, José Miguel, 200, 202, 208 y	368
Irarrázabal, Galo	306
Irarrázabal, Alfredo	306
Ibáñez (Coronel) 271 y	280
Irizarri.....	360

J

Juárez Celman (Pres.)	74
Jorquera, Juan	145
Jones, Jorge	311
Jariez, Julio	360

K

Kemmerer, Walter, 275 y	285
-------------------------------	-----

L

Le Bon 20, 53, 105 y	107
Lamartine	22
Leguía (Pres.) 16, 69 y	70
López (Pres.)	70
Linares (dictador)	72
Lope de Aguirre	99
Lastarria, J. Victorino, 129, 184, 185, 187, 207, 215, 234, 361 y	368
Lillo Baldomero 126 y	379
Lamennais	209
Lazcano, Fernando	216
Larraín (obispo)	220
Linch (almirante)	228
Letelier, Valentín	236
León XIII	248
Lastarria, Washington	320
Lozier, Charles	359
Lúculo	367
Lenín	407

M

Págs.

Melgarejo (Pres.) 66, 72 y	73
Monagas (Pres)	67
Madero (Pres.)	67
Montes (Pres.)	72
Morales (Pres.)	73
Montt, Manuel, 77, 148, 151, 152, 154, 157, 210, 215, 216, 217, 222, 224, 238, 251, 291, 326, 334, 336, 360, 364, 378 y	387
Molina, Enrique	79
Molina (abate)	116
Matta, 148, 157, 185, 188, 223, 225, y	233
Montt, Pedro, 152, 153, 157, 210, 211, 218, 237, 241, 262, 293, 307 y	336
Montt, Jorge 152, 210, 211, 237, 238, 239 y	292
Mill Stuart	174
Mora José Joaquín, 202, 359 y	361
Montt, Ambrosio	205
Medina, José Toribio	379
Mac-Iver	236
Martínez, Marcial	242
Montesquieu	403
Maquiavello	260
Marx	407
Martner, Daniel	312
Muñoz de Guzmán	354
Meneses, Juan J.	359
Moesta, Carlos	360
Marín	361
Mistral, Gabriela	379
Mitridates	367
Mondaca, Carlos	379
Magallanes, Manuel	379

N

Nietzsche, 26 y	28
-----------------------	----

Págs.

Núñez (Pres.)	67
Núñez de Pereda	98
North (salitrero)	153
Neff (almirante)	266

O

Olaneta (ministro)	71
Ortíz (legionario)	146
Pérez Freire	126
Ortega y Gasset, 140, 163 y	372
O'Higgins, 151, 152, 185, 192, 198, 199, 200, 211 y ..	232
Oyarzún, Enrique	312

P

Palacios, Nicolás 14, 85 y	115
Pedro II	63
Paez (Gen.)	66
Pardo Manuel (Pres.) 69 y	70
Píerola (Pres.) 69 y	70
Pando (Pres.)	72
Plaza, Manuel	145
Pinto (Pres.) 152, 210, 217, 228 y	229
Prat, 185 y	189
Portales, 63, 77, 137, 148, 177, 185, 186, 205, 207, 213, 216, 219 y	234
Pinto (Gen.) 202 y	216
Prieto (Pres.) 210, 212, 213, 214, 216, 290 y	310
Pérez (Pres.) 210, 216, 221, 222 y	224
Philippi, Julio	312
Philippi, Rodulfo	360
Pissis, Aimé	360
Poupin Antonio	236
Pompeyo	367
Pezoa, Carlos	379

Q

Págs.

Quinet	188
Quezada, Armando	312

R

Ribot	45
Ross	60
Rosas (dictador) 66 y	74
Riquelme, Daniel	126
Reyes, Vicente 151, 152, 184, 238, 239 y	306
Riesco (Pres.) 152, 153, 211, 216, 236, 240, 241, 262, 293 y	336
Rodríguez, José Antonio	199
Rengifo, Manuel 216, 290, 330 y	334
Roca (Pres.)	240
Recabarren, Luis	243
Rivas V., Manuel	294
Rumbold, Horace	333
Ramos, Melchor	360

S

Santa Ana (Pres.)	66
Santa Cruz (Gen.) 66, 71, 72, 176 y	214
Saravia (caudillo)	69
Sucre	71
Sarmiento, 74, 359 y	361
Salcedo (obispo)	87
Séneca, 98 y	99
Schurtz	105
Smith Renel	123
Silva, Víctor D., 126 y	379
Sánchez, Juan	145
Santa María, 146, 148, 152, 153, 179, 201, 220, 222, 225, 227, 229, 230, 238, 292 y	387
Sanfuentes (Pres.) 157, 211, 244, 245, 252, 262, 292 y	336

Págs.

Spencer	165
Silva, Waldo	217
Sanfuentes, Vicente	224
Subercaseaux, Guillermo, 243, 307 y	312
Salas E., Ricardo	294
Silva, Alejandro	312
Salas, Darío	340
Salas, Maximiliano	340
Salas, Manuel	350
Sierra (obispo)	359
Sanfuentes, Salvador	361
Sotomayor Valdés	379
Soffia, José A.	379

T

Taine	40
Thayer Ojeda, 101 y	102
Tadeo (padre)	131
Tocornal, Manuel A., 215, 216, 330, 334 y	361
Tocornal, Joaquín 216 y	219

V

Vicuña, Manuel	71
Vives.....	99
Valdivia, Pedro 100 y	101
Veuillot	114
Vallejo (Jotabeche) 46, 137 y	361
Vicuña, Claudio	98
Varas, Antonoio 151, 152, 157, 215, 217 334 y	364
Valdivieso (Arzobispo) 217 y	220
Varas, Miguel	218
Vigneaux, Eugenio	320
Ventura Blanco	361
Vicuña Mackenna	379

W

Págs.

Wirth.....	108
Walker M., Carlos 220 y	222
Ward (cap. de navío)	271

Y

Yáñez (general)	262
Yáñez, Eliodoro	312

Z

Zola	22
Zañartu, Enrique	294

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL



